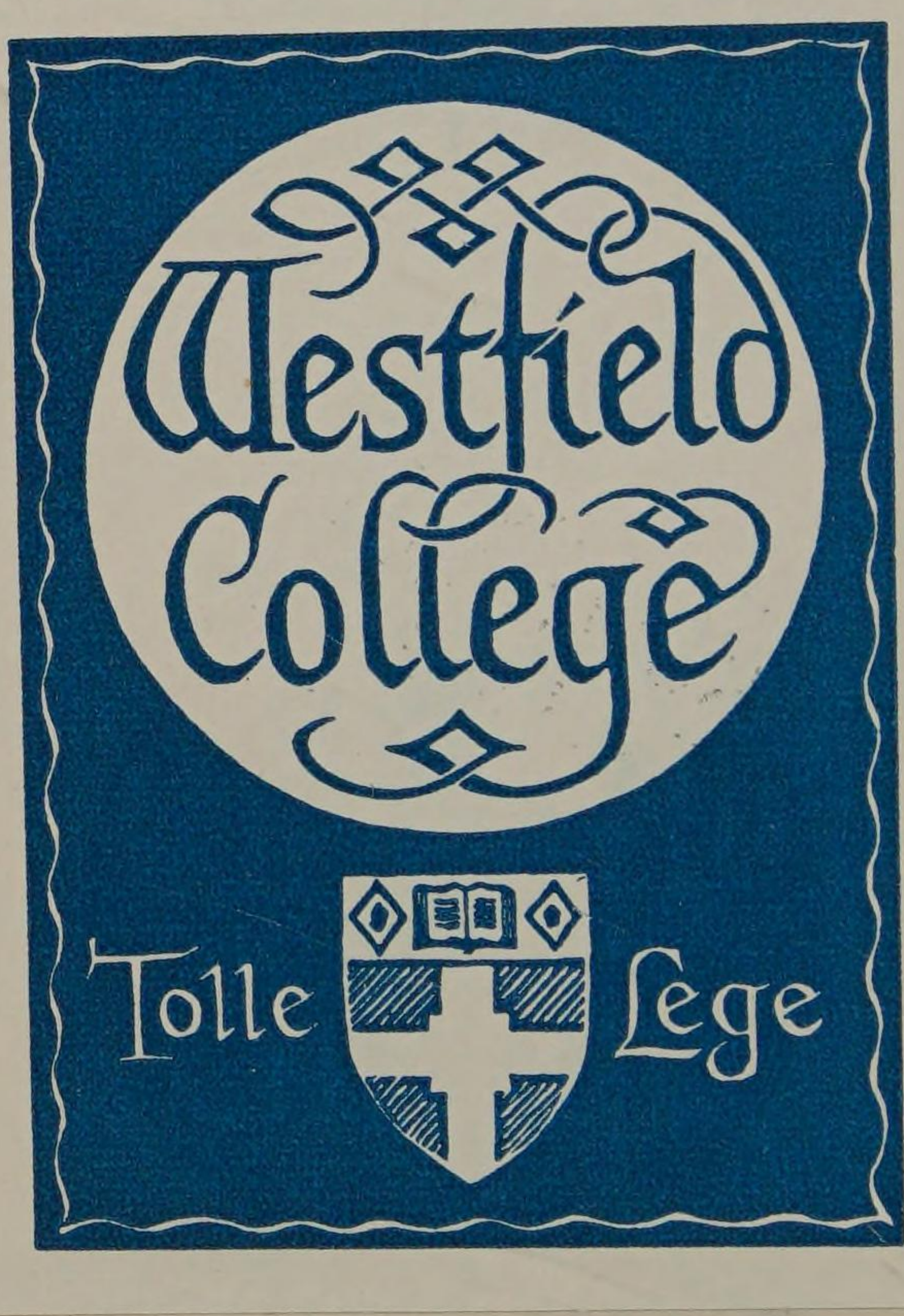
Westfield College Library

Author Diaz-Plaja, F.

Class. No DP 246

Accession No 108427



DP 246 DIA

QMW Library

23 1064953 8

WITHDRAWN
FROM STOCK
QMUL LIBRARY

FRANCÓFILOS Y GERMANÓFILOS

IMÁGENES HISTÓRICAS DE HOY

8427
11.10.74

F. DIAZ-PLAJA

EX. PROFESOR DE LAS UNIVERSIDADES NORTEAMERICANAS DE STANFORD, Sta. BÁRBARA (Calitornia), ARIZONA, TEJAS, ete.

FRANCOFILOS Y GERMANOFILOS

Los Españoles en la guerra Europea

DOPESA

WESTFIELD
UNIV.
LONDON

© Fernando DIAZ-PLAJA

1.ª Edición - Noviembre, 1973

© DOPESA
Avda. Infanta Carlota, 123
230 06 09
Barcelona-15

Depósito Legal: B - 46.079 - 1973

ISBN 84-7235-105-X

Printed in Spain

Impreso en Flamma, Masia 3, Moncada Bifurcación (Barna)

INTENTO DE EXPLICAR LA HISTORIA CONTEMPORANEA

por ROBERT SALADRIGAS

Este libro es el primero de los volúmenes que configurarán la nueva colección «Imágenes Históricas de hoy», que nace con un propósito inicial claro y a la vez ambicioso. El título de la colección creo que es de por sí bastante explícito como para no exigir minuciosas aclaraciones. El estudio de la historia general del mundo, con un enfoque de totalización, supone una tarea literalmente inabastable. Investigar la totalidad de todas las totalidades, sería tanto como intentar encerrar el mundo en un puño, para exprimirlo con el vano intento de recoger todo el líquido que contiene y analizarlo gota a gota.

Por un lado el mundo de hoy, en la suma de sus múltiples complejidades, escapa sibilinamente a todo intento de análisis global. Y por el otro, la tendencia a simplificar la visión hasta reducirla a un puñado de esquemas que se utilizan para explicar lo inexplicable, aparte de llevar consigo un margen de falsedad que por sí sólo invalida los supuestos resultados, obliga a prescindir de realidades cuya ausencia entraña un sinnúmero de deformaciones.

Personalmente entiendo que sólo hay dos procedimientos válidos para estudiar la historia: el científico y el periodístico. El primero se basa en el rigor del análisis y exige una adecuada perspectiva sobre los hechos elegidos como materia de estudio, a fin de poder examinarlos e interpretarlos con las máximas garantías de objetividad, y a la luz de las nuevas aportaciones promovidas por el desarrollo de la propia Historia. Ese es el esfuerzo reservado al historiador, que generalmente opera sobre el pasado lejano y tiende cada vez más a especializarse en períodos muy concretos de la historia general.

El segundo se interesa por la historia más próxima a nosotros en el tiempo, e incluso aborda los hechos que acaban de trasponer el umbral de la actualidad. En este caso substituye la exigencia del rigor y la perspectiva analítica, por la interpretación más o menos «en caliente» de los acontecimientos. Pretende básicamente informar e ilustrar, rehusando deducir con voluntad definitiva. Digamos que se trata de una primera aproximación a unos hechos ante los cuales forzosamente —al menos en ocasiones—, influirá la actitud adoptada por el autor en el caso de haberlos vivido o estar ligados de alguna manera a su peripecia vital. A esa segunda opción o procedimiento me atrevo a llamarla periodística, porque creo que aun cuando quienes la asuman no sean estrictamente periodistas ni aborden una rigurosa actualidad, los presupuestos de trabajo resultan sospechosamente similares.

Parece evidente que «Imágenes Históricas de Hoy», busca ofrecer los resultados de este tipo de labor orientada hacia la historia. «Francófilos y Germanófilos» de Fernando Díaz-Plaja, «El bienio "santo" de la II República» de Julián Cortes Cavanillas, «La Revolución Mexicana» de Jean Meyer, son títulos rotundamente expeditivos en cuanto a mostrar la respuesta a cualquier interrogante que pudiera plantear la naturaleza de la nueva colección. Son obras que tienen un carácter marcadamente testimonial acerca de sucedidos o acontecimientos muy cercanos a nuestra sensibilidad actual, y que de alguna manera sus consecuencias siguen revirtiendo en los rasgos fisonómicos del hombre de hoy. Eso significa que al margen de los rigurosos y sistemáticos estudios en profundidad que se han elaborado acerca de las repercusiones de la primera guerra europea, de la segunda República española o de la revolución mexicana, toda aportación que se realice a los temas respectivos habrá de inaugurar nuevas perspectivas al lector de la hora actual, y constituirá una fuente de material inapreciable para el historiador del futuro.

Quizás eso sólo bastaría para otorgar validez a la colección. Pero, además, hay otro aspecto que asimismo considero inapreciable. Los hombres de ahora estamos ansiosos por acumular información, toda suerte de información acerca de nuestro presente y nuestro pasado inmediato, y a la vez nos sentimos profundamente insatisfechos porque no disponemos de ella en la medida en que nos es necesaria. Eso puede parecer un contrasentido cuando, precisamente, vivimos en la época de máximo esplendor de los «mass media». Tenemos a nuestro alcance la prensa, la radio, la televisión, la posibilidad de comunicarnos con abrumadora facilidad o de reco-

rrer el mundo en pocas horas, la ocasión de acumular noticias a un ritmo potencialmente enloquecedor.

Y sin embargo... La actualidad es algo así como una hoja de plátano en la estación otoñal, que en la fragilidad de su desnudez es infaliblemente arrastrada por el más leve soplo de viento. Uno ve la hoja, la identifica, la recuerda incluso, pero tal vez no acierte a adivinar que la hoja forma parte de un todo en la rama del árbol, y que es necesario conocer el árbol entero para así comprender mejor el extraño destino a que ha sido condenada la indefensa hoja. Esa es la información que sólo puede sernos ofrecida por el libro que nos explique detenidamente, con amplitud y reposo el ciclo vital de aquella hoja, y de la suma de volúmenes dedicados a exponernos la circunstancia de cada hoja en particular, distinta de las demás, llegaremos a poseer la información que necesitamos para saber con exactitud cómo es el árbol que las cobijaba y bajo cuya sombra existimos para bien o para mal.

Este es en síntesis el propósito, que indudablemente responde a una necesidad que tiene el hombre moderno de saciar su muy lícita curiosidad, estimulada por tantas incitaciones como le procura el saberse impotente para explicarse el mundo y con él la naturaleza humana confiando tan sólo en sus propios medios, y de ahí también que al principio calificara el proyecto de ambicioso. Creo que lo es en su fondo, por cuanto en nuestro mundo dominado por el lenguaje de las imágenes —he aquí una nueva paradoja—, no resulta fácil recuperar las imágenes un tanto borrosas y comúnmente deformadas de nuestro pasado, que nos sirvan de lección y a la vez de acicate para no incurrir en los mismos errores y aprender la manera, si la hay, de configurar un futuro sensiblemente mejor.

ROBERT SALADRIGAS
(Barcelona. Noviembre, 1973)

Al doctor Luis Pericot; mi profesor de ayer; amigo de hoy.

PRÓLOGO

Cuando, en los manuales de historia de España, se escribe que, en la Primera Guerra Mundial, nuestro país fue neutral, se dice una verdad a medias. Fue neutral el Estado, el gobierno, pero el pueblo, la nación, tomó apasionadamente partido por uno u otro de los bandos contendientes. Por ello he subtitulado esta obra «los españoles en la Guerra Europea» en lugar de «y la guerra europea». Porque la mayoría de nuestros compatriotas se sintieron inmersos en la situación bélica, se entusiasmaron con los triunfos de los suyos y trataron de explicar sus derrotas. He querido mantener igualmente el primero de los nombres con que fue conocida esa conflagración. Como es sabido, la extensión del conflicto la hizo ser conocida más tarde por «la Gran Guerra». Hoy nos referimos a ella con un ominoso numeral: La primera guerra mundial porque ha habido ya una segunda y nadie asegura que no llegue la tercera.

Esa triste repetición quita «arqueología» a un recuerdo histórico que hoy parece lejano. Porque si quedan pocos españoles capaces de recordar con precisión lo que ocurrió de 1914 a 1918, hay todavía muchos que tienen presente lo que sucedió desde 1939 a 1945. Igual que en la primera ocasión, los españoles se dividieron entonces en dos grupos antagónicos, unos suspirando por la derrota alemana y los otros por la de los aliados occidentales.

Quien quiera ser cronista de esta segunda etapa luchará sin embargo, con dificultades sin cuento para presentar sus verdades. La España que salió de la guerra civil de 1936-1939, no permitió que la prensa, el libro, la radio, presentara otra versión de los hechos que la oficial, ni otra tendencia que la que le pareciera oportuna al gobierno. Durante la mayor parte de la guerra el observador sólo pudo anotar las sim-

patías por las potencias del Eje; las otras había que intuirlas fiándose más de conversaciones privadas que de manifestaciones públicas inexistentes. Dado que, en términos generales, la derecha, como en la guerra anterior, se mostraba partidaria de Alemania, el aliadófilo resultaba en principio acusado de izquierdismo, acusación nada cómoda en la España de los años que siguieron al 1939.

En este aspecto el historiador de la Guerra Europea es afortunado. Las manifestaciones a favor de uno y otro bando le asaltan desde el periódico y el libro, del tiempo y, a veces, ni siquiera es necesario consultar otra publicación para encontrar ambos puntos de vista. Fueron varios los periódicos que tuvieron a gala tener corresponsales situados en las capitales o en las trincheras de los bloques rivales e igualmente aceptaron a colaboradores que expresaban contrarios puntos de vista en las mismas páginas. La simpatía personal del dueño del periódico cedió a la necesidad de una información completa y así el «ABC», considerado, en principio, germanófilo, tuvo como colaborador tenaz y porfiado, al aliadófilo Azorín.

Si algo ha perjudicado al investigador de ese período ha sido precisamente la abundancia de material en donde elegir para mostrar los puntos básicos de la polémica española del tiempo. Lógicamente al hablar de «los españoles en la guerra europea» nos referimos sólo a los que expusieron su pensamiento en esa época, es decir a aquellos de los que tenemos constancia a través de la letra impresa. A estas páginas se asoman, pues, en la obligada selección, que obliga el tamaño de un libro, políticos, escritores, periodistas, autores teatrales, poetas —a veces uno solo reunía todos esos adjetivos— para darnos su opinión sobre el conflicto que destrozaba al mundo.

Lo hicieron a gritos, con pasión que resultaba curiosa al tratarse de una contienda en la que no interveníamos materialmente. Pero también jugó la inteligencia, la sutileza política, la erudición para apoyar las actitudes partidistas. Visto desde nuestra perspectiva de hoy, la España del tiempo se nos aparece como una corrida de toros en la que la mitad del público enfervorizado aplaude a un diestro, haga lo que haga, e insulta a su rival, mientras la otra multitud corresponde haciendo exactamente lo contrario.

Este libro se inició siendo el autor Profesor de la Universidad de California en Santa Bárbara, institución que ayudó materialmente las primeras investigaciones.

Se dio por terminado en Madrid, en la primavera de 1973.

«...Un César ha ordenado las tropas de Germania
contra el francés avaro y el triste moscovita,
y osó instigar la rubia pantera de Britania.
Medio planeta en armas contra el teutón milita.»

ANTONIO MACHADO «España en paz»
10 de noviembre de 1914

I. NEUTRALES... SIMPATIZANTES... INTERVENCIONISTAS...

España se declara neutral

«La Gaceta» publica hoy la siguiente declaración que hace el Gobierno español con motivo de la Guerra Europea:

«Declarada, por desgracia, la guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, sucesivamente de otro; existiendo el estado de guerra entre Austria, Hungría y Bélgica, el Gobierno de S.M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional.

»En consecuencia, hace saber que los españoles residentes en España o en el extranjero, que ejerciendo cualquier acto hostil que pudiera considerarse contrario a la más perfecta neutralidad, perderá el derecho a la protección del Gobierno de Su Magestad y sufrirán las consecuencias de las medidas que adopten los beligerantes, sin perjuicio de las penas en que incurrieron con arreglo a las leyes de España.

»Serán igualmente castigadas con arreglo al artículo 150 del Código penal, los agentes nacionales o extranjeros que verificasen o promovieran en territorio español el reclutamiento de soldados para cualquiera de los ejércitos o escuadras beligerantes.»[1]

...esto, oficialmente. Porque en el país estalló una guerra en la que, aparte de las armas de fuego, valió todo...

1. De la prensa, 7 agosto 1914.

«...una mentalidad cuaternaria de casino rural despertó conciencias dormidas que parecían decentes... el tema belicoso... estallaba a cada momento en los cafés, en los tranvías, en las simples esquinas... la discusión era inevitable y padres de familia acabaron a puñetazos y echando sangre por las narices a propósito de un problema que en realidad no les afectaba para nada... se produjeron riñas a muerte entre familiares y amigos de toda la vida y dentro de la vulgaridad corriente se declaró indeseable a un señor porque se manifestaba francófilo o se marcó en el calificativo de canibal al opinante contrario.

»Era todo naturalísimo y comprensible en un país y en un público al que se le ofrecía un espectáculo grandioso sin que le costase un céntimo y sin que peligrase un pelo de la ropa después de una serie de años de espectáculos mezquinos y representaciones grises. La guerra en realidad sentó mal a muchos: temperamentos más bien brutales, les faltó el escape auténtico que habría sido la guerra y naturalmente aquel rebaño de primarios tenía que desahogarse de una forma u otra.» [2]

Los neutrales auténticos

«He aquí mis palabras que le agradeceré transcriba usted textualmente en su crónica. "Don José Echegaray es un fanático de la neutralidad": Tan necesaria la considero, tan de sentido común, tan propia de las circunstancias que no admito la posibilidad de que se altere, cuanto menos de discutir sus ventajas o sus desventajas.» [3]

Ossorio ante la acusación de germanófilo: «Esto es una paparruchada. Los francófilos y los germanófilos están haciendo con sus controversias un grave daño a España, porque se complacen en exhibir ante el extranjero una verdadera guerra civil de los espíritus. Hispanófilo es lo que hay que ser.» [4]

«"No me hable usted de la guerra"... En los salones se ruega no mencionarla para no provocar discusiones molestas. "En algún salón reparten hojas de telégrafo amarillas

2. SAGARRA, J. M.ª DE, *Memorias*, Barcelona, 1964, p. 599 y 600.
3. Echegaray a un redactor de «El Mundo», *ref.* «La Época», 28-X-14.
4. «La Época», 30-X-1914.

(aliados), azul (alemanes austríacos) y blancas (neutrales) según las ideas de cada uno y luego dicen. Ahora señores, a comer con tranquilidad y sin hablar de la guerra".»[5]

Un neutralista de talla fue Francisco Cambó que el día 18 de agosto del mismo año 1914, cuando la guerra apenas había iniciado su camino mortífero, publicó un artículo en[6] «La Veu de Catalunya» sobre la posición que, según él, España debió ocupar ante el conflicto. Sus conclusiones parten del reconocimiento de una situación. España es pobre, España no está armada, España no tiene más remedio que ser neutral. Cambó llega a esta aseveración a través de una cadena de reconocimientos.

«Se va a una guerra para recuperar lo perdido... y España no añora ni desea lo perdido; se va a la guerra para conseguir un gran ideal nacional... y España no tiene ningún ideal nacional que nos una a todos, sólo algunos pseudo ideales de grupo, capaces únicamente de mantener una guerra civil.»

Aparte de ello no tenemos tropas, barcos... nuestra ayuda a un beligerante sería más estorbo que otra cosa. «Hemos de ser neutrales en la guerra porque no podemos ser otra cosa.»

Cambó advertía que Alemania tenía que ir a la guerra antes de que Rusia —la enemiga segura como eslava— terminase su red de ferrocarriles y en esta apreciación coincide con un personaje germánico de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Blasco Ibáñez. Dice, además, que «Inglaterra no podrá mirar indiferente el portentoso crecimiento de Alemania», «el desarrollo de la marina de guerra alemana era una amenaza de muerte para Inglaterra», suponiendo así razones comerciales donde los aliadófilos querían ver sólo entusiasmo por la libertad oprimida.

Igualmente menciona «el pacifismo tradicional de Guillermo II», anatema para quienes veían en el Emperador el símbolo de una Alemania imperialista. Y aunque afirma luego que «Alemania ha sido políticamente vencida antes de entrar en la guerra» por la defección segura de Italia, no hay en todo el artículo un solo insulto a la rapacidad agresora de los Imperios Centrales.

Pero lo que es aún más grave es la forma con que despa-

5. «La Época», 28-XII-1914.
6. Art. de Cambó en «La Veu de Catalunya».

cha la resistencia belga. «El gesto de Bélgica es de una inmensa gallardía, pero sus gobernantes han contraído una responsabilidad que cuando haya pasado la lucha, su pueblo no les podrá perdonar jamás.» Y termina el artículo con una esperanza triste: «Y si este caso llega (neutralidad atacada) deseo que no tengamos la tentación de imitar a Bélgica... una resistencia inútil es algo más que una fanfarronada quijotesca: es casi un crimen de lesa patria.» Bastó este artículo para que, para muchos catalanes, Cambó fuera un germanófilo; como Prat de la Riba (v. Catalanismo.)

El neutralismo fue un hecho concreto a la largo de la guerra europea, un hecho concreto y preciso en que estuvieron de acuerdo la inmensa mayoría de españoles. Hubo, efectivamente, algunos extremistas que gritaron la necesidad de entrar en la contienda. Uno de ellos fue Lerroux; hizo unas declaraciones propugnando la entrada de España en la guerra al lado de los aliados en París y cuando volvió a España tuvo que ser protegido por la policía de la indignación de unos grupos.

Algo había, pues, que unía a los desunidos españoles de entonces. La defensa de la neutralidad. Pero estaban los ánimos tan excitados que ni siquiera ello bastó. A medida que pasaban los meses la palabra neutral fue tomada por los aliadófilos como una vergüenza a veces, como una necesidad perentoria otras. Al instinto de acudir en ayuda de Francia amenazada se oponía la razón que les advertía que España no podía entrar en la guerra y tascaban el freno. Por las mismas razones la voz neutralista, fue convirtiéndose, cada vez más, en una expresión grata a los germanófilos que sabían que, dadas las circunstancias, era imposible que España acudiese en apoyo de las potencias centrales, por lo cual, a lo máximo que podían aspirar era a que se mantuviese al margen de la contienda. Con ello, además, podían presentarse como símbolos de un patriotismo. «España antes que nada», «España debe quedar al margen de la contienda».

La posición era políticamente hábil por resultar muy difícil de atacar. Unamuno lo intentó y lo intentó sobre todo Pérez de Ayala, que advierte que siendo todos neutralistas en España por absoluta necesidad, resulta sospechoso colocarse en las tarjetas el título de neutralista, porque realmente lo que marca no es tanto ser «neutralistas declarados, como germanófilos vergonzantes» [7].

7. Pérez de Ayala, *R. Germanófilos abiertos y neutralistas declarados*, «La Semana», 20-V-1916.

«El sabio doctor Ramón y Cajal ha hecho interesantes manifestaciones en favor de que España no salga de la neutralidad.»

«Parécele a Cajal inexplicable que la Prensa de nuestro país se haya dividido en francófila y germanófila.

»—Francia —dice Ramón y Cajal— nos atropelló y nos desdeñó siempre. Alemania, por su parte, jamás ha contado con nosotros. Nos juzgó en todo instante raza inferior. Francia nos impuso su voluntad en Marruecos; Alemania fomentó en Marruecos la acción del moro contra España. A una y a otra debemos corresponder con desprecio y desdén.

»Afirma Cajal que nuestra conveniencia está en la órbita del comedimiento y del sentido común, equidistante de unos y otros, no sin reconocer que "la garantía de nuestra integridad territorial se halla hipotecada en Inglaterra".»

«Sobre este punto discurre Cajal como sigue:

»—En el egoísmo de Inglaterra encontraremos la salvación. Claro es que, concluida la guerra todos quedaremos a merced del vencedor. Si le apetece algo nuestro, lo tomará. Pero obsérvese que Inglaterra, por su situación y por sus muchas razones, vencedora o vencida, ha de quedar poderosa. No le conviene en el Atlántico naciones fuertes. Por eso ha contrariado hasta las corrientes de la unión ibérica. Por eso nos llevó a Marruecos, por no convenirle una nación fuerte en el Estrecho. Su provecho está en mantener países débiles en el Atlántico y de ahí que se convierta, sin otro estímulo que el del egoísmo, en una garantía de España, de la que nada puede temer. De modo que en sus actos no hay romanticismo ni platonismo; no hay más que apoyo a los débiles, con su cuenta y razón.

»De la neutralidad entiende Cajal que podrían surgir enormes beneficios, tales como la apertura de horizontes para nuestros vinos, para ciertas industrias, para lograr nuevos mercados, ya que todo está por hacer en un país como éste (o era hace días), donde es más caro traer la naranja de Valencia a Madrid directamente que enviarla en grandes masas a Londres para importarla a Madrid y Bilbao, y donde los fletes resultan más baratos de Marsella a Ceuta que a Ceuta desde Algeciras.

»Y, por último, hablando de los daños y beneficios que la conflagración actual produciría a unos y otros países, dijo el sabio doctor:

»—La guerra es innecesaria para Alemania misma. Alemania, comercialmente, es dueña del mundo. Todos los mercados se le rendían. A los más apartados rincones llevaba su raza la actividad y el poder. Le ha conducido a la guerra

sólo el orgullo. Quiere mandar. No sólo apetece clientes: desea aherrojarlos. Ha provocado la quiebra de la civilización. ¡Nos embrutece lo que ocurre! Acaso la única ventaja que de ello emane sea la *débâcle* del militarismo.» [7 bis]

Un agudo observador de España ve en la división tanta violencia como frivolidad

DON GERMANÓFILO Y SU ANTAGONISTA

«He aquí un corto diálogo.

»—Yo soy germanófilo y todo el que tenga sangre en las venas también. Y al que le pique que se rasque.

»—Pues yo soy francófilo porque la libertad está en peligro y los aliados se han encargado de restablecer el equilibrio del mundo.

»—¡La libertad está en peligro, mire usted qué frase! ¿Sabe usted lo que está en peligro? La chochez, la memez y la idiotez.

»—Hasta que los alemanes no han venido a enseñarnos lo que es energía...

»—...No la ha habido, sí señor.

»—Pues sí que la ha habido.

»—Pues no la ha habido.

»—Pues, sí, señor.

»—Pues, no, señor.

»Las docenas de espectadores intervienen. Unos en favor de Don Germanófilo; otros, de su antagonista. En el enorme escándalo no oyen los unos que el pianista nos habla de Wagner, ni los otros que habló antes de Bizet...

»Y en la calle, el antagonista le dice a Don Germanófilo: —Ya habrá usted comprendido que me tienen sin cuidado los aliados y el verbo.

—»Como a mí los alemanes y la Biblia, añade el otro.» [8]

Por qué las filias, por qué las fobias...

Cuando un periodista asegura que no hizo del diario que dirigía, «El Imparcial» un órgano germanófilo, recuerda una constante partidista española.

«Lo que "El Imparcial" no podía hacer era sumarse a los que, antes de transcurridos los dos primeros meses de

7 bis. «El Diluvio», 11-IX-14.

8. NOEL, EUGENIO, *España*, 19-X-16.

guerra, acordaron trazar entre los beligerantes una línea divisoria poniendo de un lado civilización, justicia, derecho; del otro, barbarie, crueldad; de esta parte hombres dotados de todas las virtudes; de la otra, monstruos.»

Un suspicaz vería en esa división al parecer objetiva una cierta línea germanófila, porque las acusaciones típicas a los Imperios Centrales son precisamente las que él rechazaba como exageradas y malignas. Más seguro está en su comentario siguiente:

«Apenas iniciada la tragedia pudo observarse que la magnitud del suceso no nos corregía a los españoles de nuestro tradicional sistema de aplicar a las cosas más trascendentales el criterio partidista, de tendido de plaza de toros que solemos aplicar a nuestras contiendas.» [9]

«¿Germanófilos, francófilos? Insultos de unos periodistas a otros periodistas en las columnas impresas, de unos ciudadanos a otros ciudadanos en torno a la mesa de los cafés; y, estulticias oratorias, ausencia de lealtad y cordialidad nacional, palabras...» [10]

«Valle Inclán recogía (los céntimos) que tenía en el bolsillo y los arrojaba a las narices de los cuatro o cinco partidarios de Hindemburg que habían levantado los bastones promoviendo un escándalo. Valle Inclán, apedreándoles con las monedas de cobre les gritaba: Tomad mercenarios, tomad mercenarios. Los germanófilos se molestaron, reclamaron refuerzos y el respetable grupo de intelectuales bajó a la calle del Prado y se repartieron unos garrotazos y unos puñetazos.» [11]

Palacio Valdés, aliadófilo, intenta ver las cosas con serenidad.

«Unos se declaran partidarios de Alemania, porque son autoritarios y ponen, sobre todas las cosas de este mundo, la disciplina social; otros, de la Francia, porque es una República y suponen que hay más libertad; muchos marinos son amigos de los aliados porque admiran la flota inglesa; muchos militares quedan extasiados ante los métodos de

9. López Ballesteros, Luis, «El Día», 24 enero 1917.
10. Ortega y Gasset, Ob. Comp., t. I, Madrid, 1957, p. 411.
11. (Ateneo de Madrid), Sagarra, *Memorias*, p. 135.

guerra de Alemania. Algunos cándidos católicos gritan ¡Viva Alemania!, porque están ciertos de que así que el Kaiser aniquile a la Francia, su ocupación más urgente será colocar al Sumo Pontífice en su trono temporal y restablecer la Inquisición; muchos socialistas, cándidos también, gritan ¡Viva Francia!, porque suponen que, detrás de su triunfo, no se hará esperar el reparto de la propiedad. En general, los violentos, los coléricos, están con los germanos; los pacíficos, los mansos (bienaventurados los mansos) se inclinan a los aliados.» (Pág. 8.)

«...Contra Inglaterra se emplea el argumento crematístico. Inglaterra posee colonias riquísimas, Alemania, no; que las ceda.» (Palacio Valdés recuerda que lo mismo pueden decir los pobres a los ricos.)

«Contra Francia, se emplea el argumento religioso. Esa nación ha decretado la separación de la Iglesia y del Estado y ha expulsado de su seno a las órdenes religiosas; merece un castigo ejemplar.» [12]

A veces, Azorín, intenta poner un poco de orden en la polémica. «Se experimenta —dice— cierta sensación de vergüenza, de bochorno al ver lo que se escribe ligeramente en España respecto de Alemania. Creemos que son compatibles un sincero amor al pensamiento alemán... a esos apasionados detractores del genio alemán hagámosles nosotros, fervorosos francófilos, una interrogación. Dos de los más altos cerebros de la Francia moderna ¿no son Taine y Renán? Sí: de acuerdo. ¿Pues bien, hubieran sido Taine y Renán lo que han sido sin el pensamiento alemán, sin la filosofía alemana, sin la metafísica alemana? Es lamentable tener que decir como nuevas ciertas cosas conocidísimas y nimidad y justicia.» [13]

Y, atacado por «El Universo», exclama: "En esto de las aficiones a una y otra nación hay entre los españoles muchos matices. Germanófilos, germanómanos; francófilos, francómanos. Respetamos las filias, pero no las manías. Las manías no dejan de razonar.» [14]

No consiguió Azorín que cesasen las exageraciones, y llegó a cometerlas él mismo; por ejemplo, cuando buscaba en los clásicos la razón de su francesismo.

12. Palacio Valdés, A., *La guerra injusta.*
13. Azorín, «Germanofilia, germanomanía», «ABC», 3-III-1915.
14. Pérez Galdós, *Pesadilla sin fin* (17 julio 1915).

Pérez Galdós pide también serenidad, aun dentro de la simpatía.

«La neutralidad que no podemos quebrantar nos mantiene dentro del cerco de las manifestaciones platónicas más o menos exaltadas. Los que hemos puesto en los aliados todas nuestras simpatías y el fervor de nuestros corazones, debemos de perseverar en esta política sin faltar a los deberes de cortesía con todos los beligerantes y justificar nuestra preferencia con razones históricas y sociales, desechando las antipatías propias de temperamentos rencillosos.»

Admirables palabras de paz y comprensión que se contradicen con el juicio que el famoso novelista había hecho de los germanófilos unos párrafos más arriba:

«El morbo interno atávico se manifiesta en la vida exterior con caracteres gravísimos de epilepsia guerrera o *Delirio Germánico* y pronto se advierte que ni la lógica ni el sentido común han producido este formidable bloque de opinión ante la guerra. Ni sombra de afinidad religiosa puede haber en esta opinión. Aterrados quedarían Ignacio de Loyola y Martín Lutero si los germanófilos españoles les trajeran del otro mundo para que presidieran juntos este conglomerado monstruoso. Buscando afinidades sólo encontramos una razón política: el imperio de la fuerza bruta, con las conciencias dormidas y las inteligencias apagadas.

»Lo más desagradable del germanismo español es que no se limita a la muchedumbre gregaria, de abolengo clerical y absolutistas, sino que en él figuran, descollando luminosas en el vulgar montón, personas de elevada mentalidad, y esto se explica por la fascinación que en todo el mundo ejerce la ciencia alemana. Sin regatear a los países teutónicos la luz que irradian en sus Universidades y sus innumerables Institutos docentes, debemos afirmar que también han florecido las ciencias en Francia, en Inglaterra, en Italia y aun en nuestra pobre España, y que los prodigiosos inventos que han mejorado y dulcificado la existencia humana, gloria son en su mayor parte de las tierras latinas y anglo-sajonas. El mérito grande de Alemania ha consistido, no en crear la ciencia madre, sino en desarrollar la ciencia hija, o sea la industrialización de la ciencia. Afirmado esto, debemos sostener que el poder de Alemania en la presente guerra y su enorme resistencia defensiva que tanto entusiasma a nuestros germanófilos debe atribuirse a que desde 1871 los alemanes se han dedicado con increíble perseverancia a la in-

dustrialización de la guerra. Con esta inteligente y metódica preparación de todos los elementos de combate, y la formidable red de espionaje extendido por todo el mundo, y el exaltado patriotismo entre místico y egolátrico, se lanzaron a la guerra en agosto último, creyendo que pronto darían cuenta de sus rivales. La campaña no les ha resultado tan rápida y feliz como creían; hemos visto ¡ay!, dolorosos trances de la inmensa tragedia, pero el desenlace de ésta no parece cercano. En todas nuestras pesadillas vemos una esfinge que nos mira y calla.»

Un francófilo comenta un artículo de Clemenceau sobre la situación española.

«Las fluctuaciones de la opinión pública en España han sido tan visibles, que Clemenceau se reduce a numerarlas cronológicamente: confianza en la victoria aplastante de Alemania hasta la batalla del Marne, división de pareceres a partir de este momento histórico, recrudescencia de la germanofilia al irse consumando la derrota de los rusos, estupefacción de unos y reflexión serena de otros al asistir a espectáculos tan grandes como la incorporación de Italia a la Entente y la implantación del servicio militar obligatorio en Inglaterra, nuevo entusiasmo de los germanófilos al comenzar la ofensiva Verdún-París, desencanto de éstos y confianza de los contrarios ante el giro impuesto a la colosal ofensiva por Castelnau y por Petain...

»A través de estas fluctuaciones de la opinión pública, la cautela de los Gobiernos presididos por Dato y Romanones y el tino con que Don Alfonso XIII ha tratado de conciliar intereses de orden personal entre los beligerantes, han bastado para que la Entente considere como leal y equitativa la neutralidad de España. Por su parte, Alemania no puede quejarse. Ella sola, entre los que luchan, ha rozado ya nuestra epidermis. Pero como la sensibilidad colectiva es menos irritable que la individual, nosotros hemos conseguido mantener nuestra actitud pacífica sin mayor detrimento para nuestro amor propio. Hemos tenido suerte hasta ahora... Veremos si con el desarrollo creciente de la guerra submarina no comenzamos a encontrarnos en la embarazosa situación de los Estados Unidos.» [15]

Para un novelista observador de la vida española la ra-

15. AZORÍN, «ABC», abril 1916.

zón de nuestras diferencias sobre la guerra está en el deseo de odiar, innato en nosotros.

Germanofilias, aliadofilias y europofobias

«...No es el grato sabor de la justicia, no es el dulce placer de la venganza; es el deleite de la crueldad lo que nos guía a los españoles. Por temperamento, por instinto, hasta por educación, somos crueles. Tiene mucha razón el Sr. Oliver *; la mayoría de nuestro germanófilos no desean el triunfo de Alemania por franca admiración hacia el esfuerzo alemán, sino porque este triunfo significaría el aplastamiento de Francia y el descrédito de Inglaterra, como el triunfo de los aliados supondría para los aliadófilos el derrumbamiento del Imperio alemán. Nos complace que alguien se fastidie, que alguien se reviente. Más que la victoria del vencedor, nos seduce y halaga la derrota del vencido. Convencidos de que somos incapaces de engrandecernos, necesitamos para llegar a la igualdad que los demás se empequeñezcan. "Nada de aliadofilias ni de germanofilias —he oído decir a muchísimas personas que blasonan de ecuánimes—. A España no le conviene que venza Alemania ni que triunfen los aliados. Lo que nosotros, los españoles, debemos desear ardientemente es que la guerra se prolongue hasta el agotamiento; que unos y otros se destrocen de tal manera, que no quede un beligerante para contarlo. El día en que todas las naciones de Europa estén aniquiladas, España comenzará a ser en el mundo un factor importante". Convengamos en que esta fobia es mucho más repugnante que todas las filias.»

«Nosotros, sí; nosotros odiamos cordialmente, rabiosamente. Lo odiamos todo. Cuando no tenemos a quien odiar, nos odiamos a nosotros mismos. Es posible que si investigáramos con ahínco en los orígenes de la mayoría de estas fobias y filias nos encontraríamos con que en el fondo no son más que un pretexto para dividirnos en dos bandos.» [16]

Alcalá Galiano destaca una curiosa simplificación de la guerra hecha por los españoles. De todo el tablero de intereses e ideales sólo eligen entre Francia y Alemania. (Sin embargo, Inglaterra y Gibraltar estuvieron muy presentes a la hora de filias y fobias.)

* Miguel de los Santos Oliver, director de «La Vanguardia» de Barcelona.

16. MATA, PEDRO, «Blanco y Negro», 12-IX-1915.

«...los españoles al estallar la guerra, juzgaron la magna contienda como otra guerra franco-alemana. Prescindieron de Rusia, de Servia y de Austria. Sólo así puede explicarse la repentina división que se operó en nuestra sociedad; es decir, la de francófilos y germanófilos.

»Hablando en términos generales, las "izquierdas" eran francófilas y las "derechas" germanófilas. En las "izquierdas" o sea los amigos de Francia, pudieran agruparse los republicanos y radicales partidarios de la política actual francesa, y también monárquicos, liberales o independientes, "intelectuales" y escritores; la mayoría de los políticos y la minoría de los aristócratas...

»Frente a éstos, los germanófilos, o sea las "derechas"; el clero, los carlistas, la oficialidad del ejército, las clases conservadoras y la mayor parte de las damas aristocráticas y de los "sport men" elegantes que antes nos traían de Londres y París las modas, y ahora nos traen de Berlín las teorías.

»El germanofilismo, al estallar la guerra, reunió sus huestes bajo un estandarte, cuyo partido monopolizaba la representación de Dios, la "religión", "la autoridad" y la "moral" frente al ateísmo, la corrupción, la democracia y otros estigmas de la República francesa. El lema era el Kaiser, representante de la autoridad frente a la República símbolo de la Revolución... ¿Puede nadie sorprenderse de que ante bandera semejante, clérigos, carlistas, militares y aristócratas abrazaran la causa germanófila sin más detenimiento ni mayor reflexión?

»Para estos partidarios, entusiastas del Kaiser y de sus ejércitos, la victoria de Alemania era el triunfo de la religión, de la autoridad, del militarismo y de la disciplina. La derrota de Francia significaría, sobre todo, la *bancarrota de la República.* Eso y nada más vieron las "derechas" españolas: la posible desaparición de un Gobierno vecino, peligroso para nuestros intereses, la revancha de la persecución religiosa y, sobre todo, la de ciertos sinsabores entre Francia y España.» [17]

Los tres manifiestos

El espíritu partidista de los bandos en lucha se clarifica en los manifiestos que se redactan durante la guerra. En julio de 1915 se publica el primero cuya redacción directa

17. ALCALÁ GALIANO, *España ante el conflicto europeo,* págs. 22 y ss

parece es obra de Ramón Pérez de Ayala. Se presentan «como españoles y como hombres» para manifestar: «Nosotros nos hacemos solidarios de la causa de los aliados en lo que ella representa, los ideales de justicia, lo único que puede coincidir con los más profundos e imperiosos intereses políticos de la nación.» [18]

A éste siguió lógicamente el germanófilo, redactado por Jacinto Benavente y que empieza dedicando gran espacio a defenderse de las acusaciones de «retrógrados» y de reaccionarios aplicados a los enemigos de los aliados...

«...y somos unos majaderos, unos imbéciles, los que no podemos ni queremos creer: primera, que Alemania no sea una nación civilizada; segundo, que Inglaterra y Francia hayan sido nunca amigas de España» y termina con una protesta contra el calificativo intelectual aplicado sólo a humanistas.

«Nuestros aliadófilos viven en la consoladora creencia de que toda la intelectualidad se ha refugiado en los escritores, pintores, decoradores de su conocimiento. Pero ¿no hay médicos, militares, ingenieros, industriales, hombres de negocios, tan intelectuales como ellos?» [19]

El tercer manifiesto es el llamado de Liga antigermanófila que, como su nombre indica, estaba más en contra de los partidarios de Alemania en España que de los mismos alemanes. Especialmente ataca a los que aseguran defender la neutralidad —que nunca ha sido puesta en duda— por los aliadófilos. «Lo que es pura germanofilia, devoción a Alemania por odio a los países aliados, pretenden enmascararse con el concepto de neutralidad... y al mismo tiempo, desfigurar con el concepto de intervencionismo, lo que es puro sentimiento de simpatía hacia los países aliados.»

El Manifiesto germanófilo

El manifiesto de los intelectuales españoles a favor de los franceses y sus amigos tenía que provocar lógicamente, un manifiesto de tipo contrario a los pocos meses. Efectivamente en el mes de diciembre de 1915, surge el que advertía de un sentimiento germanófilo en España reflejado en una

18. «Iberia», 10 julio 1915 (vid. Apéndice documental)..
19. «Amistad germano española». Manifiesto, Madrid, 1915 (vid. Apéndice).

larga serie de firmas. «Los que suscriben amantes y cultivadores de las ciencias y las artes, afirmando la neutralidad del Estado español, se complacen en manifestar la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España, así como también su profundo reconocimiento a la magnificencia de la cultura alemana y su poderosa contribución para el progreso del mundo.»

«La Tribuna», periódico germanófilo que presenta el manifiesto y recoge luego la cifra de sus participantes, recordará que si faltan algunos se debe a varias causas. Por ejemplo, «todo el Ejército es francamente germanófilo, aunque naturalmente los oficiales no pueden ser invitados a firmar» (18-12-15). En la presentación de otra serie de firmas, recordará que muchos comerciantes, aunque comulgan con las ideas que se exponen en el manifiesto, no pueden figurar para no arriesgarse a figurar en las «listas negras» que los aliados redactaban con los simpatizantes del mando contrario para sabotear luego su economía.

A pesar de todo ello, la concepción es triunfalista. Miles de firmas indican, según el periódico, que en España hay un gran entusiasmo por los Imperios Centrales. Y como se acostumbra en la polémica del tiempo la mejor forma de presentar sus éxitos es rebajar los de sus adversarios. Aludiendo al manifiesto presentado por Melquiades Álvarez, en París, «La Tribuna» recuerda «que no se dio a conocer la lista de todos los firmantes —y añade sibilinamente— de cuya omisión don Melquiades Álvarez sabrá el por qué».

Además... «los contados nombres que en Francia e Inglaterra se lanzaron con gran ruido como representantes de la inteligencia española... aparte de una docena incompleta de prestigios, no alcanzan ni con mucho, el nivel de centenares y aun millares de hombres de positivo valer que figuran en el manifiesto alemán como modelos de la verdadera inteligencia. Aquello fue un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid. Estos callados, silenciosos, pero con méritos reales, son la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia».

«La Tribuna» tras el Manifiesto germanófilo (vid, Apéndice) inició la lista de adheridos que ocuparon largas columnas durante varios días. La división se hacía generalmente así: Catedráticos. Doctores y Licenciados en Ciencias, Filosofía y Letras; Archiveros, bibliotecarios y arqueólogos. Escritores y periodistas. Abogados y Notarios. Ingenieros y Arquitectos. Profesores, Sacerdotes y religiosos. Industriales y Comerciantes. Banqueros, propietarios, capitalistas y

rentistas. Empleados del Estado y otros. Estudiantes y finalmente, Varios. En otros casos, se añadía Registradores y procuradores a los Abogados y Notarios. O Químicos y Farmacéuticos. Nunca dejó de aparecer, sin embargo, la sección Sacerdotes y religiosos, bien nutrida, como una prueba más del espíritu germanófilo de la Iglesia española.

Vistos desde nuestra contemporaneidad la lista resulta curiosa; mientras hay nombres que todos podían imaginar hay otros asombrosos. Entre los catedráticos expresaron su amistad y admiración por los Imperios Centrales los siguientes:

Antonio Goicoechea, Pío Ballesteros, Vicente Gay, José Alemany, Francisco Gómez del Campo, Gonzalo del Castillo, Emilio Fernández Galiano, Luis Menéndez Pidal, Aniceto Marinas, J. Rey Pastor, Adolfo Bonilla San Martín, Antonio Ballesteros, Marcelino Santa María. Y entre los que serían catedráticos, o al menos muy conocidos por su erudición, figuraron Cotarelo Valledor, Clemente de Diego, Castan Cobeñas, J.M. Trías de Bes, Julio Palacios, Julio Casares, M. de Montoliu, Jordi Rubió, Bosch Guimpera, Joaquín Valcells.

Entre los escritores y periodistas figuraban: «Julio Romano», José Calvo Sotelo (que doblará luego como abogado), Julián Juderías, Angel Herrera Oria, Luciano de Taxonera, Federico Oliver, Delgado Barreto, José María Carretero («El Caballero Audaz»), Rafael López de Haro, Joaquín Arrarás, José Juan Cadenas, los hermanos Jorge y José de la Cueva, Mariano Daranas, Luis Antón del Olmet (que se pasaría al enemigo un año más tarde con igual fogosidad y entusiasmo), Jacinto Benavente, Sinesio Delgado, Carlos Arniches, Pedro Muñoz Seca (que figura entre los abogados).

En ese aparte figura Luis de Galinsoga y asombrosamente, Luis Jiménez de Asua (a no ser que se trate de un homónimo), Juan Vázquez de Mella, Antonio Villacieros Benito, luego diplomático, José María del Rey y Delgado y José Domínguez Arévalo, luego conde de Rodezno.

Entre los artistas estaban casi todos los especialistas en cuadros de historia como Moreno Carbonero, Martínez Cubells, Muñoz Degrain.

La sorpresa más grande la dan los estudiantes germanófilos. Figuran entre ellos los hijos del dramaturgo Arniches, Carlos y José, José María Gil Robles, Dámaso Alonso y Edgar Neville.

No está en la lista de artistas Bagaría que, por la misma época, hacía caricaturas antialiadas en el mismo periódico. Pero el caso de Bagaría es único en las simpatías partidistas de los españoles del tiempo. Porque, en lugar de cambiar

chaquetas, como hicieron más o menos otros, el famoso dibujante las simultaneó, presentando caricaturas aliadófilas en «España» y aliadofobas en «La Tribuna». Como es lógico esto produjo comentarios críticos a los que Bagaría creyó contestar con una carta publicada en «La Tribuna» en la que afirmaba su independencia de criterio y su odio a la guerra en general y los belicistas en particular fuesen de donde fueren.

Una carta de Bagaría

«La Publicidad» de Barcelona, ha publicado un suelto asombrándose de que nuestro entrañable compañero Luis Bagaría hiciera caricaturas de la guerra para «La Tribuna» y «España», dos periódicos que ven los sucesos exteriores de tan distinta manera.

El suelto ha dado ocasión a una carta de Bagaría definiendo su concepto acerca de la guerra y la caricatura, cuya inserción nos ruega el genial dibujante. Dice:

«Celebro que se me dé ocasión para decir las siguientes cosas:

»Primera. Creo que la guerra es una barbarie de las más odiosas e incomprensibles en nuestra época civilizada.

»Segunda. Yo, humilde español nacido en la Ciudad Condal, he viajado poco, muy poco; fuera de Barcelona y Madrid, creo que el pueblo de mayor resonancia que he visitado es Getafe. No conozco los países beligerantes, ni siento grandes odios ni grandes amores por ninguno de los dos bandos. Me limito a admirar a los grades hombres que con sus obras los enaltecieron.

»Tercera. Creo que la virtud no es patrimonio de ninguno de ellos, que todos tienen sus deformidades morales y sus yerros, y por lo tanto, creo firmemente que mi misión de caricaturista neutral, por modesto que sea, consiste en satirizar todas sus aberraciones vengan de donde vengan.

»Cuarta. Ruego al Sr. David Copperfield y a quienes como él pretenden clasificarme con mezquino espíritu partidista, que repasen un álbum que estoy preparando, en el que recojo todas mis caricaturas sobre la guerra, publicadas en la revista "España" y en el diario "La Tribuna", y verán cómo en toda mi modesta labor hay una moral humanitaria, un poco cursi acaso, pero moral al fin, que da la única interpretación honesta y noble de mi intención política.

»Y sobre el asunto no tengo más que hablar; el crimen me repugna, cométalo un alemán, cométalo un francés. Y las

demasías partidistas —francófilas o germanófilas— me irritan. Contra la guerra y la pasión va encaminada mi labor.» [20]

Esa pasión era típica de ambos bandos y la fuerza moral de los partidarios españoles, superaba a veces, la fuerza física de los «suyos» en los campos de batalla. Camba advierte al final de la guerra que todavía quedan trincheras por tomar.

Los germanófilos no se han rendido

«—Ya está ganada la guerra —me dice un amigo—. Los austríacos capitulan.

»—Los austríacos capitulan —le contesto—; pero esto no significa nada. Hay algo más fuerte que el austríaco, y es el austrófilo; algo superior al germano y es el germanófilo. Los austríacos capitulan; pero los austrófilos siguen combatiendo. Ni uno solo de los periódicos adictos a Alemania y Austria se ha decidido aún a concederles la independencia a los checoslovacos ni a los yugoslavos. El Gobierno austrohúngaro ya se la ha concedido; pero ellos no. Y no creo que lleguen a concedérsela nunca, porque su actitud, desde el primer momento, ha sido clara y unánime: negarse a aceptar la humillación que pretendía imponerles Wilson y continuar la pelea "hasta el último hombre y la última corona..."»

No. No se entregan tan fácilmente los germanófilos españoles. Todos hemos peleado con ellos alguna vez en los cafés de Madrid o en los casinos de provincias pero nadie puede jactarse de haber provocado jamás una rendición en sus filas. ¡Ni siquiera cuando, por una rarísima casualidad, podíamos atacarles con cierta superioridad numérica! Perdían algunos duros, algunos cigarros o algunas cenas, pero no retrocedían nunca...

El germanófilo es irreductible. Alemania se rendirá, pero no así él. En realidad, Alemania —la Alemania imperial y militarista que ha venido haciendo la guerra— ya no existe. Los alemanes han pasado a ser ciudadanos de otra Alemania, y de la Alemania anterior sólo queda una supervivencia: el germanófilo.

Y lo terrible, para todos los que no miramos esta guerra como una lucha zoológica, es que el germanófilo viene a ser mucho más importante que el alemán. No se ha tratado nunca, en efecto, de hacer desaparecer los ríos ni las llanuras

20. Bagaría, Luis, «La Tribuna», 12-III-1916.

alemanas, sino de ciertos principios que Alemania representaba en el mundo, y estos principios subsistirán en tanto subsista un solo germanófilo. Por esto es por lo que se puede afirmar, de un modo completamente serio, que mientras los germanófilos españoles no se rindan, no se habrá ganado la guerra...» [21]

Cuando Julio Camba sostenía que era mucho más fácil derrotar a los alemanes en el campo de batalla que a los germanófilos españoles en los cafés o en las redacciones de los periódicos no exageraba nada. El once de septiembre de 1918, es decir, a dos meses día por día, del armisticio que pone fin a la guerra, un escritor precisa en un artículo de prensa:

«...vamos a exponer por qué el Ejército alemán no será vencido.» ¿Preparación técnica, como aseguran los profesionales? No. Según Hevia «existe otro factor de importancia que no se ha querido ver. El espíritu que los oficiales y soldados germanos demuestran sin el menor desmayo no es hijo solamente de una enseñanza metódica. Tiene más hondas raíces... que el pueblo y el Ejército de Alemania se hallan unidos de una manera estrecha... el ejército es la nación y la nación es el ejército.»

Y tras recordar que no hay militarismo alemán, sino una fusión, como la del cuerpo y el alma, entre el pueblo y el soldado, el escritor resume: «Ésta es la razón en que fundamos nuestra confianza sobre la eficacia de las tropas alemanas al comenzar la guerra, no habiendo decaído aquélla por las apariencias de un triunfo de sus adversarios que no tardaremos en ver reducido a su verdadero valor.» [22]

Unas semanas más tarde —seis días antes del final de la contienda—otro germanófilo siente como una ofensa personal la insistencia de los aliadófilos para que confiesen su derrota:

«Presentemente el neutral-aliado (juego de palabras muy típico del germanófilo que aseguraba defender la neutralidad-neutralidad) se esfuerza en conseguir que los germanófilos confiesen su vencimiento militar... Cualquier especie de evasiva, cualquier atenuación le irrita, le enfurece y repite: ¡Hemos vencido!, ¡os hemos vencido!» Pero, ¿no hubiera ocurrido lo mismo en caso contrario con los germanófilos? Salaverría

21. Camba, Julio, «El Sol», 29 octubre 1918.
22. Hevia, José, «El repliegue alemán no es una derrota», «ABC», 11 septiembre 1918.

cree que sólo en la masa germanófila, pero no entre «los germanófilos inteligentes, que eran más independientes, más personales. Los aliadófilos seguían las consignas de la Entente, los germanófilos listos no seguían más que su conciencia». [23]

Ya había dicho meses antes: «Una revista aliada con aire risible exclama: ¿Pero qué le ocurre a Salaverría que se muestra tan germanófilo cuando ya en Europa no quedan casi intelectuales germanófilos? Pues ahí está la gracia, precisamente. Poder conservar la serenidad en medio del pantano donde croan las ranas.» [24]

Aliadófilos y Germanófilos. Los ataques personales

La propaganda bélica se apoyó concretamente en periódicos de los que se decía claramente estaban subvencionados. Luis Antón del Olmet explica en una narración al personaje que al parecer abundó en la época. Un señor Morcillo, director de diario, emprende una campaña francófila pero, con gran asombro suyo, el país vecino no le ofrece ninguna ayuda económica. Su sorpresa es grande cuando el que llega para ofrecerle dinero a espuertas es un alemán. No hay que recordar que Antón del Olmet es aliadófilo para que su personaje «Hoffar» pueda hablarle con ese cinismo:

«—Es mucho el dinero que pide. Veinte mil pesetas mensuales. ¿Qué tirada hace usted?

»—Ochenta mil ejemplares.

»—Sé que son treinta mil. Pero esto no me importa. Es bastante. Además, usted se sienta en el Congreso. Necesito diputados. De la derecha tengo muchos. Un republicano me conviene. Lo pagaría bien. Aunque no hiciera declaraciones germanófilas. Me basta que sea neutralista. Por un discurso podría abonar, diez, quince mil pesetas.»

(La oferta corresponde a una realidad política del momento ya comentada. Alemania, sabiendo que no podía contar con la aportación militar a su lado, intenta, al menos, mantener al país al margen de la contienda. Por la misma razón, a cualquier aliadófilo el concepto neutralista y ger-

23. Salaverría, José M.ª, «Palabras actuales; psicología del neutral victorioso», «ABC», 5 noviembre 1915.
24. Salaverría, José M.ª, «Atención con Alemania», «ABC», 14-I-1917.

manófilo tenía mucho de común. Esta es parte de las acusaciones que se hicieron contra Eugenio d'Ors y Cambó.)

Morcillo inicia su labor de propaganda, y el autor satiriza en él la general tendencia germanófila en la prensa: «¡Qué crónicas las suyas tan neutralistas y patrióticas! ¡Qué manera de recordar nuestras antiguas y naturales querellas con los pueblos vecinos! ¡Qué invocación a las pobrecitas madres que podían quedarse sin sus hijitos entrando España en la guerra universal! ¡Qué informaciones tendenciosas cantando himnos al ejército prusiano!»

Morcillo-Olmet empieza a estudiar el espionaje alemán en España especialmente en lo que se refiere a la ayuda prestada a los submarinos tanto con avituallamiento como advirtiéndoles, mediante elementos pagados en los puertos, de la salida de mercantes españoles rumbo a Francia e Inglaterra para que pudieran ser destruidos. También descubre el personaje y su autor que Alemania paga a carlistas exaltados y a anarquistas aguerridos para coaccionar al gobierno con un posible movimiento subversivo-extrema derecha o de extrema izquierda. En vista de lo cual Morcillo decide realizar un acto de patriotismo que le permita, además, lograr más dinero. Y amenaza al agente alemán con publicar los documentos, prueba de sus relaciones. Y le sacó cien mil pesetas. Luego anunció en un editorial del periódico su cambio de posición tras denunciar a los demás vendidos al oro alemán porque «Españoles antes que germanófilos. Caballeros antes que traidores».

La moraleja de Olmet es que ese hombre pudo triunfar en aquella España.

Luis Antón del Olmet es hombre de violencia verbal e incluso física (años después le matará de un tiro Vidal y Planas) pero a veces tiene curiosos vislumbres de anticipación. Por ejemplo, al tratar con dureza a los germanófilos dedica un capítulo a un hombre jovencísimo. Él mismo tiene que explicar la elección...

«El público se quedará absorto... ¿Calvo Sotelo? Estas semblanzas deben quedar reducidas a gentes famosas, ¿Calvo Sotelo?

»Pues bien; el Sr. Calvo Sotelo merece una crónica. Merece una crónica no porque sea un chico estudioso, aplicadito y morigerado, que ello no tiene importancia, sino porque, siendo maurista y germanófilo, es una especie de símbolo o síntesis de la Juventud española descarriada aunque interesante.»

Olmet pasa a describir esa juventud que es la maurista y germanófila y luego alecciona a Calvo Sotelo.

«Usted es maurista reaccionario, por odio al pecado de los liberales. Y usted es germanófilo por odio a Francia... No detestar a Francia por el prejuicio de que nos hizo daño. ¿Cuándo? ¿Dónde? Lo poco que tenemos de europeos se lo debemos a ella.

»...Usted Sr. Calvo Sotelo, es un alma juvenil que se hizo maurista y germanófilo por un espejismo. Usted no puede cometer la horrenda culpa de atrasar a España y ponerla un dique, descuajarla de su posición geográfica, de su naturaleza étnica, ni puede echarla en manos de Loyola, huyendo de Lerroux.»

...que no es mala frase. Pero el asombroso vaticinio a un muchacho que tendría entonces unos diecisiete años viene después...

«...Tienen ustedes en sus manos el futuro de España. Ustedes, dentro de unos años, muy pocos, ya que estas podridas generaciones de hoy, serán barridas como se barre una gusanera, gobernarán y dirigirán a España.»

Aproximación impresionante. Sólo nueve años después Calvo Sotelo era Ministro de Hacienda...

«Y ustedes querrán una España liberal y latina, honrada, fuerte y dichosa y no una España que se apoye en el sable carlista de Mella y en el templo jesuítico.» [25]

Ahí, Olmet perdió visión profética. Porque el Gobierno en que participó Calvo Sotelo era el del general Primo de Rivera.

(Olmet fue quizás el caso más fuerte de cambio de campos durante la guerra. Al principio de ella había merecido este elogio de un diario de derechas):

«Antón del Olmet, cerebro robusto, corazón noble y alma fuerte, es germanófilo entusiasta y en el libro * resplandecen la fe y la confianza con que su autor cree en el Triunfo del

25. OLMET, LUIS ANTÓN DE, *Los Bocheros*, Madrid, 1917, p. 227 y ss.
* *El triunfo de Alemania.*

gran Imperio que en la lucha actual representa el derecho, la cultura, la civilización y la disciplina social.» [26]

El mismo Antón del Olmet había dicho en ocasión de contestar a una encuesta de «La Tribuna» sobre la posibilidad de obtener Gibraltar: «Si prosigue la decadencia inglesa al paso que va y continúa nuestro engrandecimiento, es posible que esa romántica aspiración acabe por no ser un absurdo, en el que sólo creemos cuatro exaltados españoles.» («La Tribuna», 6-1-16.)

Pero eso había sido cuando tenía otras ideas. Como advierte él en el prólogo a su libro *Los Bocheros. La propaganda teutona en España,* Madrid s.f., cuando empezó la guerra, los españoles estaban ignorantes de quién era el culpable y se procuraban sólo huir de la catástrofe.

«Yo fui —confiesa Olmet—, entonces, neutralista. Germanófilo no lo he sido jamás. Es un crimen espiritual ése que no me atormenta.»

Pero «La Tribuna» había elogiado un libro germanófilo del autor que, además había firmado el manifiesto patrocinado por el mismo periódico a favor de los Imperios Centrales. Olmet no habla de la firma. En cuanto al libro...

«...cierto libro publiqué, para sobresalto de alemanes, que me quisieron traducir en Munich, juzgándolo por el título y que después, cuando leyeron aquellos editores muniqueses mis pleitesías a Francia, mi arrebatos líricos por Bélgica, mi respeto social y político por la gran Bretaña, lo arrojaron con indignada manera.»

Olmet sigue explicando que no se puede ser neutralista cuando ha sido claro el origen de la guerra, y se ha sabido el torpedeamiento de buques y casi toda América está en contra de Alemania, seguir siéndolo es una perfidia. (*Los bocheros, ob cit.*, pág. 242.) La misma tesis la desarrolla en forma de cuento.

La lucha entre aliadófilos y germanófilos se extiende a todos los aspectos del saber. Benavente, por ejemplo, resulta ser un autor malísimo en cuanto empieza a formar parte de las filas germanófilas. Aparte de inspirarse en plumas aliadas» como Shelley y D'Annunzio en *La noche del sábado;* en cuanto a *La Princesa Bebé...*

26. «El Correo Español», 11-I-1915.

«Para los madrileños tan fáciles de contentar en estas y otras cosas, esta obra alza a su autor a la altura de la frente de Cervantes. Inspirada en las malaventuras de la corte austríaca —precisamente la corte austríaca, ya ve usted— en el misterio de la muerte del príncipe Rodolfo, no puede gustar más que a las cocotas sensibleras y públicos de estaciones veraniegas. Es mala, francamente mala. Debiera estar escrita en versos campoamorianos.

»Y aparte de ser malo es ilógico, poco consecuente. Porque en su obra maestra (se refiere a "Los Intereses creados") ¿no va contra todos los sustentáculos sociales, contra jueces, capitanes y ricos? Pues ese escritor tan irrespetuoso, tan francés siglo XIX, tan libertario, aparece ahora adorador de las disciplinas alemanas preconizando un retorno a las viejas virtudes españolas.» [27]

Para el señor Olmet, la importancia literaria de Benavente ha bajado mucho desde que se ha hecho germanófilo.

«Yo he disentido siempre del general clamor que daba a Benavente rango de genio nacional, porque me parece un Echegaray «penúltima moda». Ambos vivieron de explotar una mina literaria de diversa índole; pero de semejante manera. Echegaray fue un alarido romántico y Benavente un sollozo modernista. Ninguno de los dos me parece genial, racial, símbolo de una edad, trasunto de unas esperanzas o de unos dolores colectivos, ese literato inmenso que escribe la historia vista o vislumbrada de sus contemporáneos con la profundidad del iluminado y la arrogancia del apóstol.

»Ambos han sido escritores oportunistas. A ninguno de los dos debe España un ideal, la cristalización de un propósito, una sacudida, un gesto siquiera. Fueron, como las modistas, vestidores de hombres. Sus hombres no tienen alma. Tienen alma de escenario, de bagatela, de mercancía.

»Aun Echegaray sabía hacer vibrar a los públicos. El espectador de Echegaray, excitado nerviosamente, es capaz al volver a su casa, de tomar cualquier resolución, de dar un grito, de pegarle a su esposa, de reñir con el sereno, de recitar o de hacer unas gárgaras. El espectador de Benavente, aletargado por una literatura frívola, cambiante, multiforme y plagiaria, o estúpidamente confusa, como *La noche del sábado*, o plebeyamente repugnante como *La Malquerida*, o tétricamente ñoña como *Los ojos de los muertos*, o vacua-

27. Paradox, «Iberia», 18-IX-1918.

mente zonza como *Modas*, es incapaz de reaccionar y de tener un gesto de contrición. Si es un cobarde no sentirá el rubor de su cobardía; si un avaro, el terror de su usura; si es un lascivo, la humillación de su abyección ruín.

»Benavente no exalta, ni guía. Cuando flagela, lo hace de un modo tan celestinesco, que más parece un incentivo para el pecado que la repulsa de un temperamento orgánicamente fuerte.» [28]

A otro grupo aliadófilo tampoco le parece acertada la obra benaventiana. «Sólo gustó a los germanófilos» dice *Iberia* del 24-6-16 «que aplaudían agresivamente creyendo poner un trágala en la oración».

«Francamente, nunca creímos que el ingenio de Benavente viniese a menos, ni que en su retórica cupiesen las banalidades mustias de los artículos patrióticos provincianos. Las antiguas agudezas benaventianas, tenían una cierta malicia que complacía a los señoritos con pretensiones literarias y a las madamitas avispadas, pero las ingeniosidades de hogaño, aun puestas en esas secciones burlones de los semanarios de batalla, resultarían manidas y chabacanas.

»*La ciudad alegre y confiada*, llenará los teatros por la fama falsa que le dio la manifestación de Madrid, pero, a la tercera representación dejará de ir la gente, y la que vaya, ya no tendrá entusiasmos para ello. Acogida como obra de proselitismo, hubiera sido fácil empresa, producir la noche del estreno una protesta, no contra las ideas que en ella se vierten, sino contra su pretendido valor literario, pero pensamos todos era mejor fuese saboreada en su propia salsa. Y así, los que no fueron al teatro de Novedades a aplaudir automáticamente, salieran sonrientes; más orondos que todos aquellos señores que aplaudieron agresivamente, creyendo poner un trágala en la ovación.

»Resultó curioso el fenómeno que se produjo la noche del estreno. Los que subrayaron con aplausos los "pensamientos del señor Benavente", salían mohinos y entristecidos, mientras se notaba en los que callaron, un singular alborozo. ¡Esto es muy malo, muy malo! —se decía—. Y como en el fondo de los turiferarios de Benavente, perduraba aún la fatiga de toda aquella monserga dialogada, eran ellos los entusiastas, los fracasados, y los incrédulos los triunfantes.

»La prensa —y no es que demos a la opinión de los críticos una importancia decisiva—, reconoció el fracaso de la

28. Olmet, Luis Antón de, *Los Bocheros*, p. 49 y ss.

obra, exceptuando aquellos periódicos, alemanes o germanófilos delirantes, que aun siendo peor de lo que fue, la hallaran inmejorable. El juicio de nuestros dos grandes periódicos —neutrales, muy neutrales claro está— *La Vanguardia* y *Las Noticias*, le fue adverso. *El Liberal*, *El Progreso*, *La Veu*, *La Publicidad*, etc., la rechazaron en absoluto. Si la *claque* del teatro, y la *claque* política de la noche del estreno, no hubieran forzado los aplausos, el señor Benavente habría tenido un fracaso, que no lo adjetivaremos, porque tal vez le fuese conveniente al autor de *La Ciudad alegre y confiada*, una oposición ruidosa a su literatura mercantil.

»Una vez dijo de Echegaray, Benavente que su perilla era el símbolo de su genio: a la funerala: A la perilla del señor Benavente, comienzan muchos a atribuirle la misma simbólica decoración.»

La revista *España* dedica al estreno de Benavente nada menos que tres artículos... ¿para el elogio?, para deshacer en lo posible su nombre y su prestigio. Parece claro que el hecho de que fuera germanófilo un hombre de esa categoría irritaba a sus enemigos políticos que hubieran dejado pasar, en desdeñoso silencio, los éxitos de cualquier otro.

Porque éxito fue. Luis Araquistain dice: «No sé por qué ante la barahúnda organizada estos días por el populacho de levita y camisa limpia (forma con que Araquistain describe a unas derechas incultas) con motivo del estreno de *La ciudad alegre y confiada*, de Benavente, he recordado el hondo drama de Ibsen, el único. También él ha oído en sus puertas los golpes de la nueva generación. También él atribuye esos golpes a la envidia.»

Pero no, no es envidia... «desgraciadamente para las letras españolas Benavente se detuvo hace tiempo y va descendiendo a pasos agigantados. La guerra ha sido para él como un despeñadero».

(Sobre todo cuando en la guerra se toma el camino benaventiano). En el mismo número un *Juan Español* ataca fe-rozmente al autor dramático «la esencia de la cursilería son las obras del Sr. Benavente, entre otras cosas porque la esencia de la cursilería es preocuparse de lo cursi y el Sr. Benavente no tiene otra preocupación más seria que ésta".

Y después de fingir creer, piadosamente, que esa obra no puede ser de Benavente, añade «si supiéramos a ciencia cierta que tan jaleada obra era del Sr. Benavente no vacilaríamos en calificarla con dureza, pese al amor filial de su pretendido autor».

Y Rivas Cherif dará el golpe de gracia al no encontrarle

ningún mérito a la última pieza teatral de Benavente. («*España*» 25-5-16.)

Un año antes la revista había lanzado un violento ataque a otro autor por las mismas razones extraliterarias. «Se nos dice que el Sr. Linares Rivas imita al Sr. Benavente en el teatro. Por lo visto quiere imitarle también en materia de política internacional.» El ataque sigue virulento, bordeando y aun cayendo en el mal gusto: «La germanofilia del Sr. Linares Rivas procede de su sordera, deficiencia física que, en cierto modo, nos explica el lenguaje de sus personajes: el Sr. Linares Rivas, por sordo, no ha podido enterarse de que las criaturas de carne y hueso no dicen tantas tonterías como él se imagina, aunque digan algunas.» El cronista continúa su descripción del caso Linares Rivas diciendo que su elección de campo internacional se debe, sencillamente, a que sólo un aparato contra la sordera alemán le ayudó en su problema, cuando habían fracasado uno de procedencia yanqui y otro inglés. («*España*» 2-9-15.)

Veamos a otro germanófilo ilustre: Baroja.

Pues Baroja, para Olmet, es un mal novelista con ansias de pasar por original. Lo único que le reconoce es su honradez...

«Don Pío tiene una tahona. Baroja escribe novelas. Como panadero, realiza este escritor una labor útil a la sociedad, en el caso de que su pan no esté falto de peso, ostente una cochura loable, y pague a sus obreros un jornal decoroso. Como novelista, Baroja nada representa de conveniente para el acervo nacional.

»¿Qué ha escrito Baroja?

»Baroja es autor de unas novelas sin asunto, ni argumento, ni tesis, ni idealismo, ni orientación. Tampoco encierran belleza literaria alguna. Su léxico cabe en una ensaimada. Son sus obras una serie de instantáneas rápidas e incoherentes de sucedidos dispersos. Parecen un álbum de fotografías pintorescas agrupadas por un bohemio sin método ni estética alguna. No creo en Baroja. Como soy un hombre de sinceridad, lo propalo.

»Ni siquiera es un escritor racial. Trajo a España las nieblas de Gorki. Tiene de Gorki su indisciplina, su incongruencia, su falta de rotundidad en el concepto y en la frase, de las que huyó el novelista ruso acaso por no enojar con exceso a Trepof. Baroja copió de Gorki sus imperfecciones y defectos. Carece de la garra gorquiana, de su emotividad ética, de sus aciertos verbales inauditos. Las novelas de Baroja parecen la traducción al castellano de la peor

obra del gran anarquista, perpetrada por un estudiante yanqui que asistiera a una escuela Berlitz, en Corfú.

»...Va donde los otros no concurren. Opina aquello que los demás reniegan.

»...¿Se ha dicho que Alemania es un país bárbaro? ¿Hemos convenido en despreciar al teutón como subtipo en la zoología? ¿Son aliadófilos casi todos —por legión— los intelectuales españoles? Pues ya veréis cómo sale Baroja a romper una barra de Viena en favor de Teutonia, encontrando en ella no sé qué fortalezas, apreciables para Benavente, Répide y Hoyas, pero absurdas para Baroja, a quien no se le reconoce ningún refinamiento estético.

»De aquí dimana el trogloditismo de Pío Baroja. Si nuestros intelectuales fueran germanófilos, este panadero arbitrario sería entusiasta de Inglaterra.

»Yo no creo que le valga dinero alguno su trogloditismo. Le tengo por persona honrada y por un despreciador de esas chucherías que se llaman las monedas. Es un romántico de la originalidad. Como no puede imponerse en fuerza de talento se encarama a fuerza de visajes.

»Claro que todo esto tiene una quiebra. Porque cuando la originalidad es una postura, se cae en la extravagancia y en vez de constituirse el original en un ser distinguido, se desciende hasta el ente estrafalario.» [29]

La dialéctica al servicio de las dos causas se envenenaba cuando el escritor atacado tenía una importancia que hacía más grave su apoyo a los contrarios. *El Correo Español* que había intentado ya disminuir los méritos de Pérez Galdós llamándole «el señor Pérez», utiliza el mismo sistema para atacar a Pérez de Ayala, otro encarnizado aliadófilo.

«Para Pérez:

»En el desmedrado periódico que, profanando el nombre de España, sirve de recipiente a la bilis de unos cuantos fracasados de la vida, que vienen empeñándose inútilmente en ser tomados en serio, acabo de leer un artículo *pro Inglaterra*, que firma un tal Pérez de Ayala. Este individuo que, *demostró* no ha mucho en otra publicación que los alemanes eran verdaderos bárbaros en el arte musical, con lo que ustedes juzgarán de la *intelectualidad* que calza, quiere hacer un chiste con ocasión del título de Marqués de Pilares que hoy lleva el almirante Auñón.»

Refiriéndose a los hombres que contribuyeron al desas-

29. Olmet, Luis Antón de, *Los Bocheros*, p. 21 y ss.

tre de nuestra guerra con los Estados Unidos, entre los que incluye a este oficial de la Armada, dice así:

«...El almirante Auñón fue de los pocos que tuvieron el buen gusto de mudar de nombre.

»Pero como este formidable intelectual es tan modesto, no dice que hasta en eso de cambiar de nombre, por rubor y quién sabe si por un poco de envidia aristocrática, de la que no están del todo libres ni los demócratas biliosos, también él puso cátedra, predicando con el ejemplo, de ser cierto, como nos aseguran, lo siguiente:

»Parece ser que un tal Ramón Pérez y Rodríguez fue educado gratuitamente por los padres Jesuitas, que a fuerza de trabajo y paciencia hicieron de él un muchacho muy capaz de ganarse la vida en un modesto empleo de librería en casa de un notario.

»Pero sucedió que los azares de la existencia le llevaron a Londres, donde el muchacho ejerció de perfecto *isidro* (cosa que le ha impreso carácter, aunque no exclusivo), y hasta se maleó un poco, en el buen sentido de la palabra.

»Vuelto a España y tras algunos desengaños, que no son de este lugar, decidió hacerse notable y doctoral, a la vez que terriblemente demoledor. Juzgó que para el caso se imponía comenzar su carrera de intelectual hablando mal y escribiendo peor de los Jesuitas, por ser cosa nueva, y publicó un libro contra la educación que dan en sus colegios, cuyas consecuencias fueron el cerrar estas escuelas, pues todo el mundo se indignó con los buenos religiosos, no tanto por lo que revelaba el libro como por el descrédito que para ellos suponía sacar discípulos así.

»Pues bien; esa excreción, y las sucesivas que fatalmente va soltando el ya famoso Pérez y Rodríguez, salen rotuladas con un *Ayala* tamaño unido a su primer patronímico, como si el antiguo y *agradecido* alumno de San Ignacio hubiese tenido también ese *buen gusto* que reconoce ahora en el almirante Auñón, y que en su caso estaba muy en su lugar, ya que en Inglaterra una de las pocas cosas que aprendió es a vestirse de máscara.

»Véase cómo, de ser cierta esta historia, con sólo sacrificar un Rodríguez que no tendrá parte en la futura glorificación de su nombre y apropiarse la noble alcurnia de Ayala, puede un demócrata bilioso, pero sencillo, dificultar, por pura modestia, su biografía.

»Pero, por fortuna, hay *neos* de buena memoria y Rodríguez que reclaman su parte de inmortalidad para el apellido.

UN RODRÍGUEZ.

»P.S. — En el artículo aludido se califica de vil el atacar a Inglaterra. Después de lo ligeramente apuntado podrá apreciarse el valor de esa palabra en boca de ese caballero.»[30]

¿Por qué bando decidirnos?, por los Imperios Centrales, o, al menos, por la neutralidad

Un partidario de Alemania se queja de la discriminación a que es sometido y pregunta: ¿Existen intelectuales germanófilos?

«Con una unanimidad que asusta, los intelectuales latinos se han puesto al servicio de los aliados. Pero en España ha sido más evidente la unanimidad, más digna de preocupación. Ello importa una cualidad gregaria, zurda, irresponsable, de nuestro mundo intelectual. Ello indica exactamente una imposibilidad para las reacciones independientes y personales. A una consigna, a una voz de mando llegada de fuera, las masas intelectuales (¡duro acoplamiento de palabras hostiles!) se han agrupado y se han puesto a chillar.

»Quedan, es verdad, algunas excepciones, como islas precarias e indefensas. Pero los intelectuales de España que no han querido sumarse son tan pocos, que fácilmente han podido los otros arrinconarlos, sitiarlos, acosarlos con rechifla y saña.

»En este caso de la guerra, ¿era, pues, imposible separar la política del criterio universal de cada uno? Las derechas se afiliaron al destino de Alemania; las izquierdas se agruparon al bando opuesto. Está bien, o está mal; ello no importa. Lo importante es que en España no existe expresamente nada más que política. Pero una política ardiente, de corazón y no de cerebro. Una política de bandos. Una política de bajo pueblo, hábil para manifestarse a puñaladas, y, cuando más, a golpe de discursos. Una política africana...

»No habiendo más que política, los intelectuales germanófilos han quedado compresos entre los dos bandos feroces. Mediante una santa simplicidad, característica de los medios literarios, poco trabajados, se ha resuelto el conflicto todavía más expeditamente: todo germanófilo, así, está incluido en las huestes reaccionarias. Unos cuantos señores, por parte milagrosa, nos hemos visto transformados en carlistas sin apelación, sin excusa, ni remedio.

»Fácilmente se explican las imprecisiones y los airados

30. «El Correo Español», Madrid, 19-VI-1915.

insultos que decoran a los dos bandos de opinión; las muchedumbres no supieron nunca hacer otra cosa. ¿Pero es admisible, en un país positivamente neutral, la existencia de una tiranía de literatos que *niegan* a otros tan literatos como ellos el derecho a discrepar? En un país combatiente son explicables esas tiranías; en España el hecho denota que los núcleos intelectuales no han rebasado el nivel de los instintos impulsivos.

»Creíamos haberse adecentado un poco esa república ideal española, donde las plumas ejercen su oficio, su misión, su sacerdocio o su gusto; pero ya vamos viendo que la violencia y la ruda agresividad no quieren abandonarnos. Ahí se contempla a escritores que se llaman eminentes caer en el dicterio y el insulto; otros se ensañan con toda la serie de habilidades perversas y triquiñuelas agresivas capciosas, que el oficio de escribir ofrece siempre a quien quiere usarlas.

»Lo singular de esta guerra, en el sentido intelectual, es que los adeptos de los aliados se ufanan como defensores de la libertad y se portan, en efecto, precisamente como despóticos, en el sentido más triste de la intolerancia.» [31]

La auténtica neutralidad, según Vázquez Mella, es no seguir el ejemplo italiano.

«¿Debemos ser neutrales? ¿Debemos inclinarnos a Alemania? ¿Debemos inclinarnos a los aliados? En el momento se impone como una necesidad nacional la neutralidad. (Vítores a España y a la neutralidad.) Hay la neutralidad del Estado y la de la opinión. Recabo para el Estado la neutralidad absoluta; pero nosotros tenemos un pensamiento y un corazón. Puede producirse una corriente de simpatía de la Nación, sin perjuicio de la neutralidad absoluta del Estado. La neutralidad pregonada por don Melquiades Álvarez, de simpatías del Estado por los aliados, es perjudicial para el país. Si triunfa el beligerante opuesto a las simpatías, nos tratarán como un vencido, sin luchar. Y si triunfan los otros preguntarán por qué no se les ha ayudado materialmente. Quiero la neutralidad absoluta, sin sombra de contrabando. (Risas.) Nosotros no podemos ser indiferentes, porque esa sería la negación de nuestra nacionalidad. Yo tengo un criterio internacional, permanente, que es el territorio patrimonial. Nosotros tenemos los límites naturales, la muralla de los Pirineos y el mar.» [32]

31. Salaverría J. M., «ABC», 20 junio 1915.
32. Vázquez Mella, Discurso, 31 mayo 1915.

Benavente—claro germanófilo dicen sus contrarios— opina que hay que mantenerse al margen.

«¿Intervención? ¿Qué puede valernos? ¿Qué podemos recuperar? ¿Qué se nos ofrece? ¿Qué podría correspondernos al final de la rebatiña de los grandes?...

»En resumidas cuentas: los unos quieren empujarnos a una guerra, en la que no vamos a ganar nada. Los otros quieren sostenernos en la paz, de la que podemos lograr mucho.

»Nuestra neutralidad no es traición ni deslealtad para nadie. ¿Quién puede culparnos por ella? Si tenemos simpatías por unos o por otros, ¿qué mayor lealtad que sacrificarlas mutuamente y lograr de ellas una común simpatía hacia todos?

»Seamos el buen amigo consejero de unos y de otros, trabajemos y pensemos todos con toda nuestra fe y toda nuestra alma en el fin de esta guerra terrible, no sembremos más odios ni más desconfianzas. ¿Quién podrá culparnos a la hora de la paz por no haber sido uno más de tantos logreros como van al río revuelto de las turbias aguas?

»Entre tantas ambiciones furiosas, España sola no pidió nada; sólo pidió paz y amor y respeto...

»Y todo esto lo pedimos para los que nada nos dieron en nuestras horas tristes, cuando sólo hallamos el egoísmo de todos. Pero aquel egoísmo, como todos los egoísmos, tuvo su castigo. Con la pérdida de nuestras Colonias de América perdió Europa todo derecho a intervenir en las cuestiones americanas; en cambio, los Estados Unidos intervienen en todas las cuestiones europeas. Los grandes castigan cuando les conviene; los humildes hallan satisfacción cuando Dios quiere. Pero esta satisfacción es más segura.» [33]

Lo más ruidoso que se dijo en favor o en contra de la intervención española fue en plena Plaza de Toros de Madrid. Hubo en el año 1917 y con diferencia de pocas semanas dos grandes reuniones públicas. La primera se llamó por antonomasia, el mitin de Maura porque en él habló el famoso tribuno. El segundo —el mitin de las izquierdas, réplica al anterior— donde hablaron Unamuno, Melquiades Álvarez y Lerroux.

La intervención de Antonio Maura fue más antialiada que germanófila. Admitió que España está situada en el ambiente cultural y económico de Francia e Inglaterra pero que

33. Benavente, J., De Sobremesa, «El Imparcial», 7-VI-1915.

esta unidad quedaba oscurecida por la enemiga que esos dos países mostraban contra nosotros al dejarnos fuera de Gibraltar y de Tánger. Y, respondiendo a una inquietud de que se hacía eco la prensa germanófila...

«Se pretende llevarnos a la guerra disimuladamente por declive, por rodeo. La gente lo teme; de aquí nace la inquietud... Yo digo que no sólo existe la voluntad unánime de no dejarnos llevar, sino que es un gran acierto de la voluntad nacional.»

Admitió luego, como hacía Baroja con quien tenía bien pocos puntos de contacto, que los países beligerantes chillasen y exaltasen su marcha al combate pero que en el caso de España no tenía sentido excitarnos por algo que nos era ajeno. Y contestando a la frase aliadista que España era, además de un Estado, un copartícipe en ideas de libertad de las naciones y de los pueblos, niega la primera.

«Nosotros debemos saber que no es verdad que se litigue la independencia de los pueblos débiles... que no es verdad que se guerree por la libertad política de los pueblos... que no es verdad que se litigue porque en el mundo no haya predominios militares; porque el predominio militar marítimo (alusión a Inglaterra) es tan militar como el otro con la diferencia de que se extiende a todos los continentes.»

España es débil —asiente con Cambó— pero aunque fuese fuerte no debería ir a la lucha en que no se ventila nada que le interese claramente. Y refiriéndose a la campaña para colocarse al menos moralmente en uno de los lados de la barricada...

«Se nos pide que declaremos la ruptura de relaciones con Alemania. ¡Ah, señores! Nosotros de Alemania no tenemos agravios que justifiquen la ruptura de relaciones... Nosotros no podemos cometer la iniquidad de romper las relaciones con quien no las ha roto no dando motivo para romperlas con nosotros.»

Y una frase final que ocasiona un torrente de aplausos entre los tradicionales conservadores que formaban la mayoría de su público... «España tiene demasiada estatura, aunque la haya encorvado la adversidad, tiene demasiada

grandeza... para ser un paje de armas de las naciones que luchan.» [34]

El caso aparte: Pío Baroja

La opinión de Camba fue dura y áspera. «Baroja ha sido el único español que se ha equivocado en esto de la guerra europea... Los militaristas, los clericales, los conservadores demostraron un instinto certero al ponerse desde un principio al lado de Alemania. Los republicanos, los socialistas, etc., tampoco parece que sufrieron un grave error al apoyar en lo posible la causa aliada. Sólo Baroja... entre quince millones de germanófilos lo era por motivos liberales y anticatólicos. El último sacristán de pueblo, el último teniente de guarnición de provincias, veía claro lo que se discutía en la guerra europea y Baroja, escritor ilustre, estuvo cuatro años sin enterarse.» [35]

El juicio del gran humorista gallego es injusto, no en lo que se refiere a la soledad barojiana en el campo que eligió sino a que «no se enterara» de lo que hacía. Porque si alguien se dio cuenta de lo extraño que resultaba que un liberal, un laico, un casi anarquista estuviera rodeado de compañeros de viaje tan distantes de sus ideas fue el mismo Baroja. Y lo prueba que intentó explicar su actitud en numerosas ocasiones y de numerosas formas.

Su postura inicial fue sentirse como ahogado en los bloques que se habían formado automáticamente en España al empezar la guerra. «Germanófilos y francófilos, en un país neutral como España se odian con el mismo fervor que antiguamente se odiaban moros y cristianos, judíos y católicos, güelfos y gibelinos.»

Esta posición que le podría colocar en cierto modo a quedarse «au dessus de la melée», como preconizaba Romain Rolland, variará esencialmente cuando la mayor parte de sus compañeros se muestran partidarios de Francia e Inglaterra. Baroja se resiste a integrarse...

«Unido como está en España a los países aliados, nuestro pequeño mundo intelectual, que es casi en bloque aliadófilo, ha aceptado la consigna de la Europa occidental con

34. Maura, Antonio, Discurso, «ABC», 30 abril, 1917, vid. F. Díaz Plaja en *España Política del Siglo XX*, t. I., págs. 286-291.
35. Camba, Julio, «El Sol», 13 nov. 1918.

una humildad un poco ridícula y ha considerado sus mitos como verdades incuestionables.

»Yo me he resistido a la aceptación íntegra de esta consigna. Primero porque no creo en la infalibilidad de los aliados. Segundo porque no tengo gran admiración por nuestros escritores aliadófilos para que puedan arrastrarme. Llevado, pues, por cierto pirronismo de temperamento he dudado de las consignas de París y de Londres como de las de Berlín y Viena.» [36]

Y en otros artículos se esforzará en desmontar las razones de la aliadofilia de muchos españoles.

Barbarie y violencia en los alemanes. «¿Se puede creer que un alemán es capaz de sacar los ojos a un prisionero o cortar las manos de un niño y un francés o un inglés no? La cosa es un tanto dudosa. No hay razón para que existan diferencias tan trascendentales en países de raza idéntica, de historia parecida y de cultura similar... Si Alemania fuera un país como lo quieren pintar tendría siempre una criminalidad especial, aun en tiempo de paz; serían los alemanes algo así como los "thugs" de la India y no parece que sean así.» [37]

«¿Defendemos a la raza latina? No sé si como vasco soy latino o no, si lo soy no tengo ningún entusiasmo por serlo.»

Y aunque asegura que a él le parece muy bien Francia...

«...¡qué he de tener desprecio por Francia! Sería un imbécil si lo tuviera. Al revés, siento envidia cuando voy a Francia al ver un país tan fértil, tan bien cuidado, con ríos tan hermosos, con ciudades tan espléndidas y en el cual no tiene uno el derecho de ser ciudadano.»

...A la hora de mencionar lo que debemos al país vecino no deja de recordar su nefasta influencia en Marruecos.

«Hay que tener esto en cuenta. Se va a Melilla con la anuencia del francés y Melilla es un desastre; se va a Alcázar y Larache con la enemiga de Francia y todo el Garb es una balsa de aceite.» [38]

Hasta aquí Pío Baroja reacciona como un germanófilo típico al que irritan tanto o casi las obligaciones de fe en la

36. Baroja, Pío, *Momentum Catastrophicum*, Madrid, 1919, pp. 78-89.
37. Baroja, Pío, *Momentum Catastrophicum, ídem.*
38. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín*, págs. 211-220.

bondad gala y en la maldad alemana, como los llamamientos a la raza y el recuerdo de la enemiga francesa en nuestra política africana. Todo ello le coloca en unas filas de un ejército que, utilizando la pluma en lugar del arma de fuego, pone en su cometido la misma rabia, la misma pasión. Un ejército de los dos en que se han dividido los intelectuales españoles. El germanófilo.

Un marbete que Pío Baroja se quita, casi se arranca, a la menor ocasión. Porque si bien acepta el título de germanófilo no quiere en ningún momento ser solidario de los germanófilos españoles. ¿Por qué?, porque «los germanófilos de aquí son, en su mayoría, los legítimos católicos y los ultraconservadores» los que han abominado siempre de la cultura germánica... estos clericales odian a Francia por haber separado la Iglesia del Estado y no ven en Alemania más que militarismo y disciplina... Yo no siento por esos clericales fósiles de la causa europea ni estimación ni simpatía, y no quiero estar ni pasajeramente en su bando.» [39]

Empiezan por compaginar una admiración hacia Alemania con el entusiasmo hacia los valores tradicionales españoles...

«...Todos los escritores germanófilos de nombradía han ido evolucionando más o menos rápidamente hacia el tradicionalismo. Así se ha visto Benavente hacer una apología de Felipe II y a Salaverría a coincidir en el elogio al sombrío Austria y llegar a exaltar las corridas de toros como una fiesta bella y culta.»

Pero hay algo que los separa todavía más de ellos. Si la mayoría de germanófilos coinciden con una serie de valores entendidos, Alemania igual a tradición, disciplina, autoridad, Pío Baroja cree exactamente lo contrario. Alemania es la revolución, especialmente en lo religioso.

«Yo creo que si hay algún país que pueda aplastar a la Iglesia católica definitivamente es Alemania.

«Si hay algún país que pueda arrinconar para siempre al viejo Jehová con su séquito de profetas, de nariz ganchuda y de grandes barbas de farsantes, con sus descendientes los frailucos, puercos y ordinarios y los curitas pedantuelos y mentecatos, es Alemania.

«...Si hay algún país que pueda acabar con la vieja retó-

39. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín*, 1917.

rica, con el viejo tradicionalismo español soez y grosero, con toda la sarna semítica y latina es Alemania.

«Si hay algún país que pueda sustituir los mitos de la religión, de la democracia, de la farsa de la caridad cristiana por la ciencia, por el orden y la técnica es Alemania.» [40]

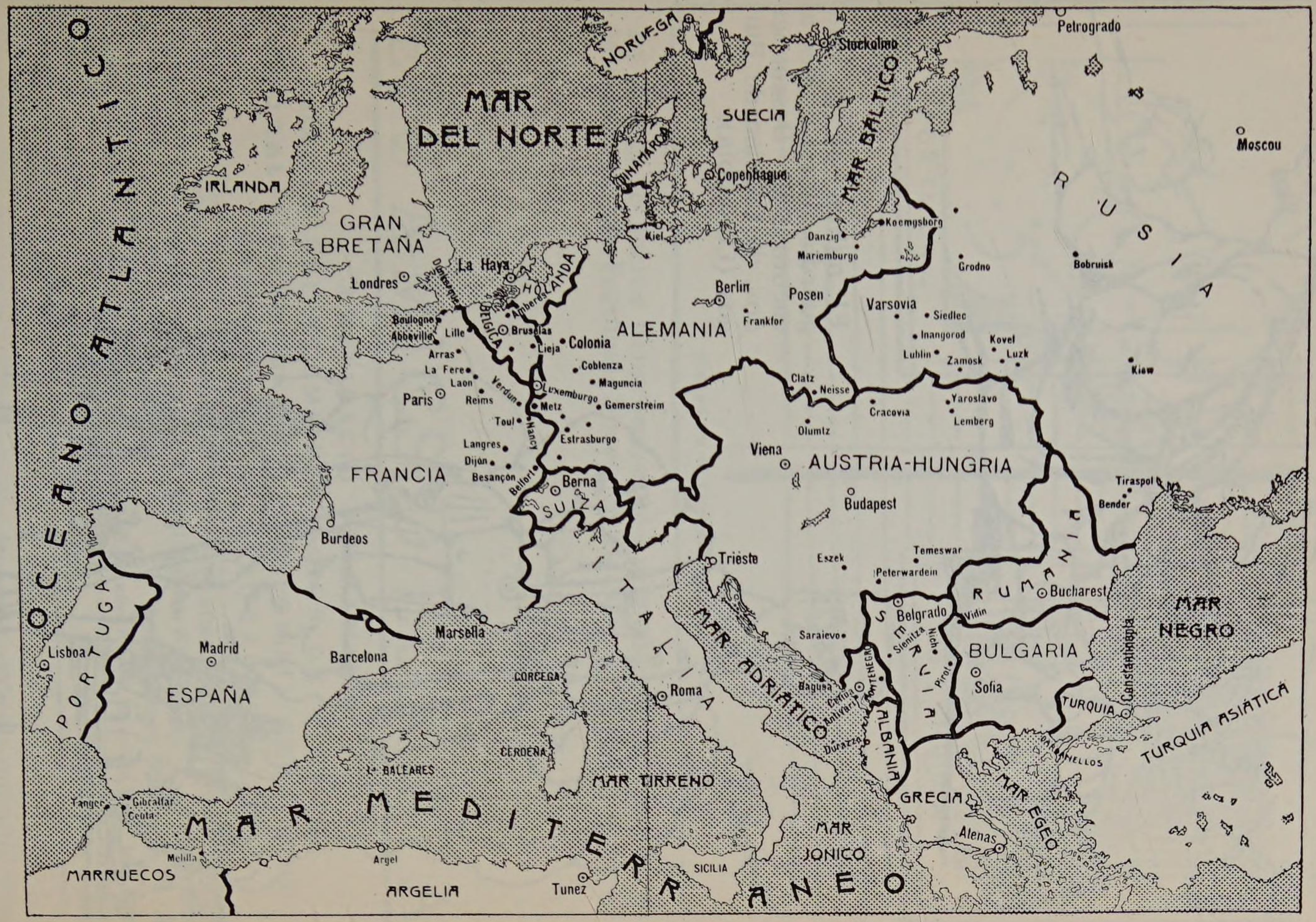
La verdad es que probablemente fuera Baroja el que tenía razón frente a todos los germanófilos españoles, los que aseguraban que el Kaiser era el protector del catolicismo y quizá, secretamente católico. La Alemania de Guillermo II fue en muchas cosas, un ensayo —desde luego preciso en la política exterior, todavía tímido en la interior— de la Alemania Nazi. Baroja sabía lo que se decía a pesar de lo que afirmara Julio Camba.

Otro germanófilo admira también la actitud «laica» de Alemania

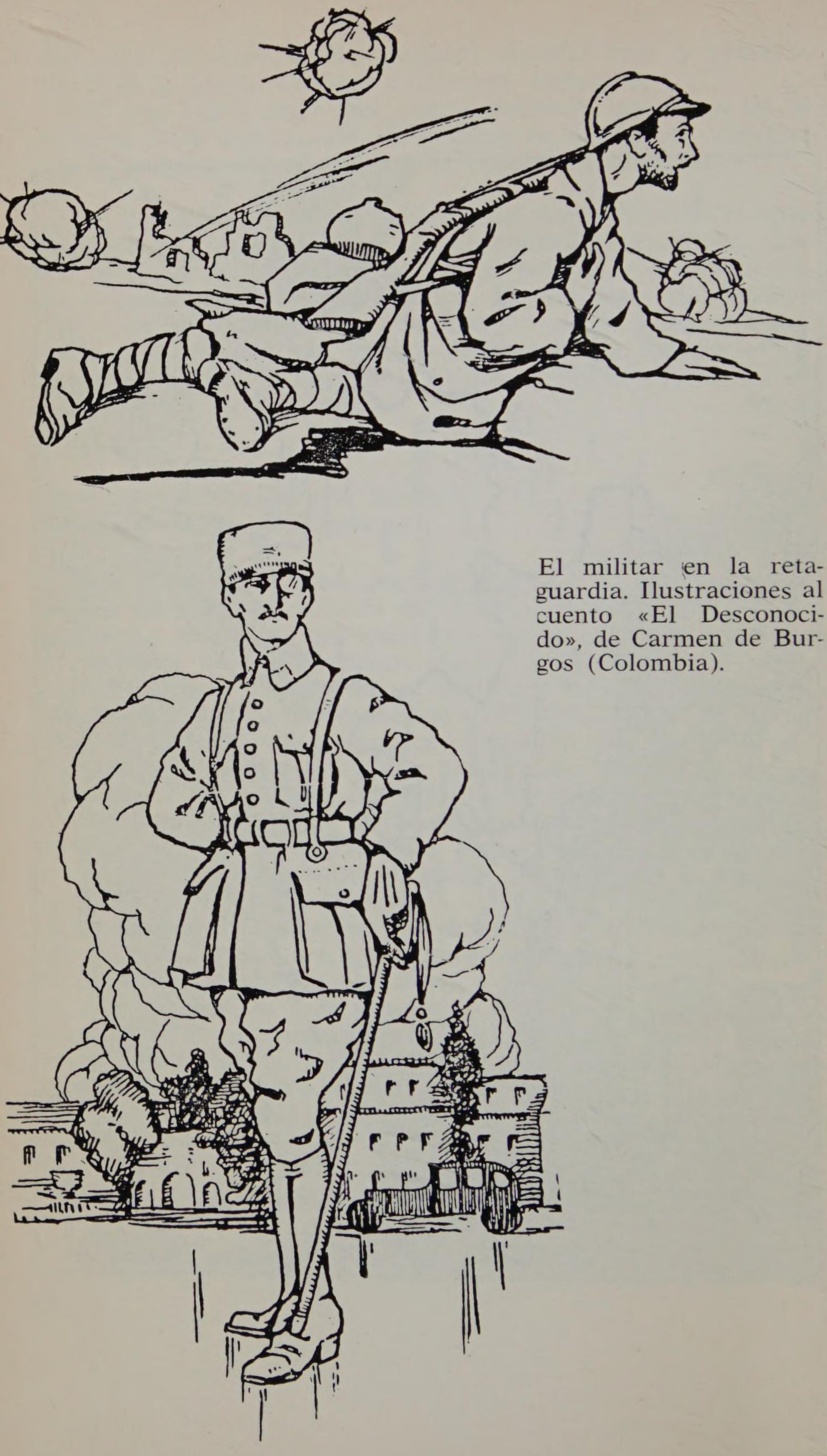
Para Montoliu la gran creación alemana ha sido conciliar las dos grandes aspiraciones del mundo desde su nacimiento. Libertad y Autoridad que sufrieron, a lo largo de la historia, los embates de sus enemigos extremos, la Anarquía en el primer caso, la Tiranía en el segundo. Montoliu cree que la Iglesia se había apoderado de ambos conceptos. El de la Libertad presentándose como campeona de ella frente al paganismo y la esclavitud, y aun reemplazándola por la autoridad pontificia o papal. La Reforma de Lutero no hizo más que cambiar el Amo sin dejar de mandar. «El mérito principal de la Revolución Francesa —dice el escritor catalán— fue el haber secularizado, es decir, humanizado definitivamente el concepto de Libertad.»

Igualmente la Autoridad fue detentada desde el principio por la Iglesia o por los que —reyes o señores— gobernaban en su nombre «ungidos por Dios» a través de sus representantes eclesiásticos. Y ha llegado la hora de secularizar definitivamente el principio de la Autoridad como hizo la Revolución Francesa con la Libertad. Y este cometido lo tiene que ejercer Alemania «el pueblo que ha logrado infundir un espíritu de profunda y humana religiosidad al puro principio de Autoridad, desligado de toda influencia eclesiástica. Esto explica el íntimo y armonioso enlace que en la vida social de Alemania presentan la más absoluta libertad de

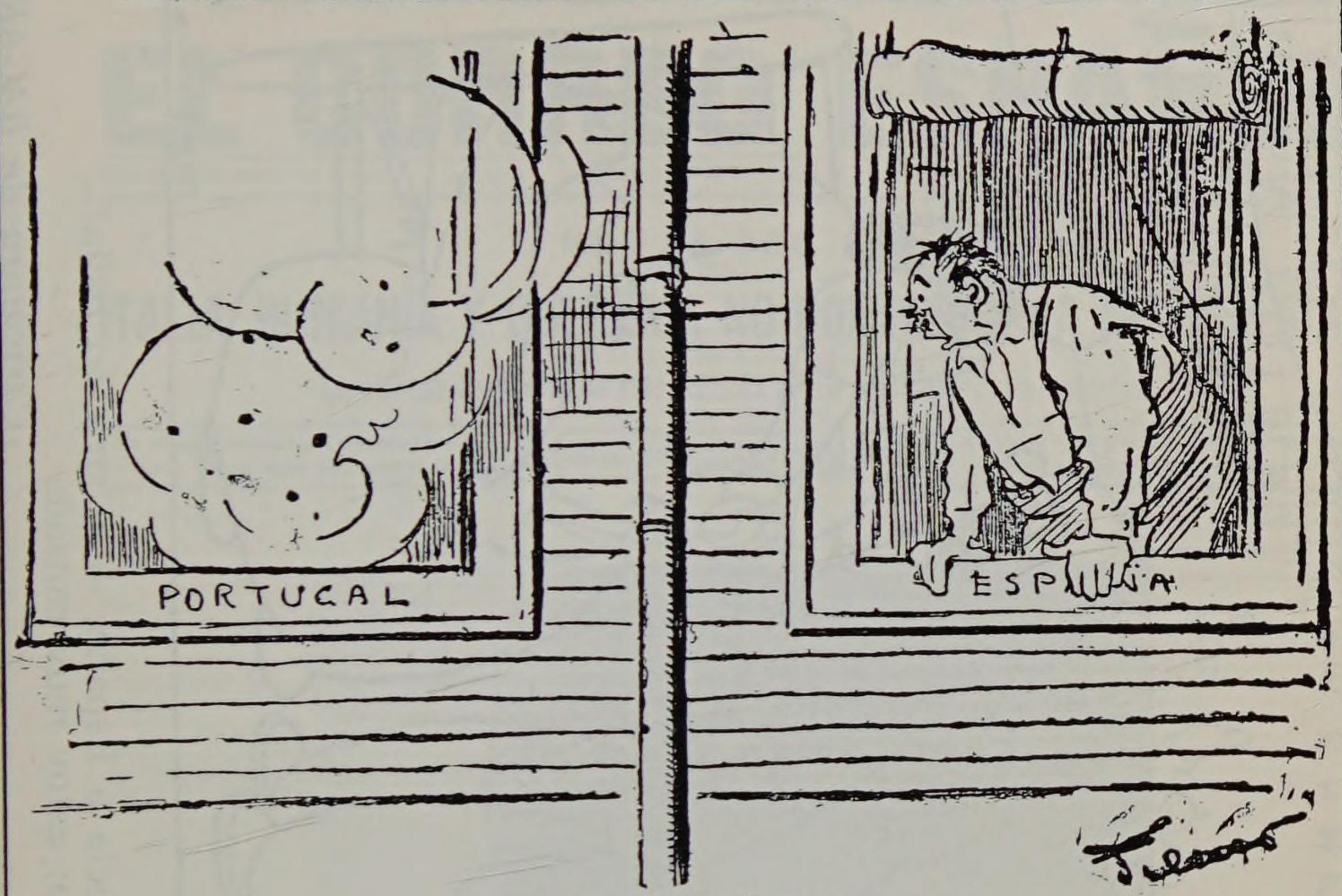
40. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín.*



Mapa de Europa en agosto de 1914



El militar en la retaguardia. Ilustraciones al cuento «El Desconocido», de Carmen de Burgos (Colombia).



La guerra se acerca peligrosamente a España con la entrada en la contienda de Portugal. Sileno se alarma.

ELS AMICS D'EUROPA

PUBLICACIÓ SETMANAL
ORGAN DEL «COMITÉ D'AMICS DE L'UNITAT MORAL D'EUROPA», A BARCELONA I DELS SEUS ADHERITS I COL·LABORADORS

«Els Amics d'Europa» serán servits per abonament, en fulla solta o acampanyada del periódic «La Sembra» de Terrassa, al qui es dirigeixi a l'Administració, acompanyant l'import de la suscripció, que es de 2 pessetes el trimestre.

ADRESSA DEL PERIODIC
M. J. Casabó, Bruch, 25. . . . . Barcelona

ADRESSA DEL COMITÉ
M. E. Durán, Ateneu barceloní. . . Barcelona

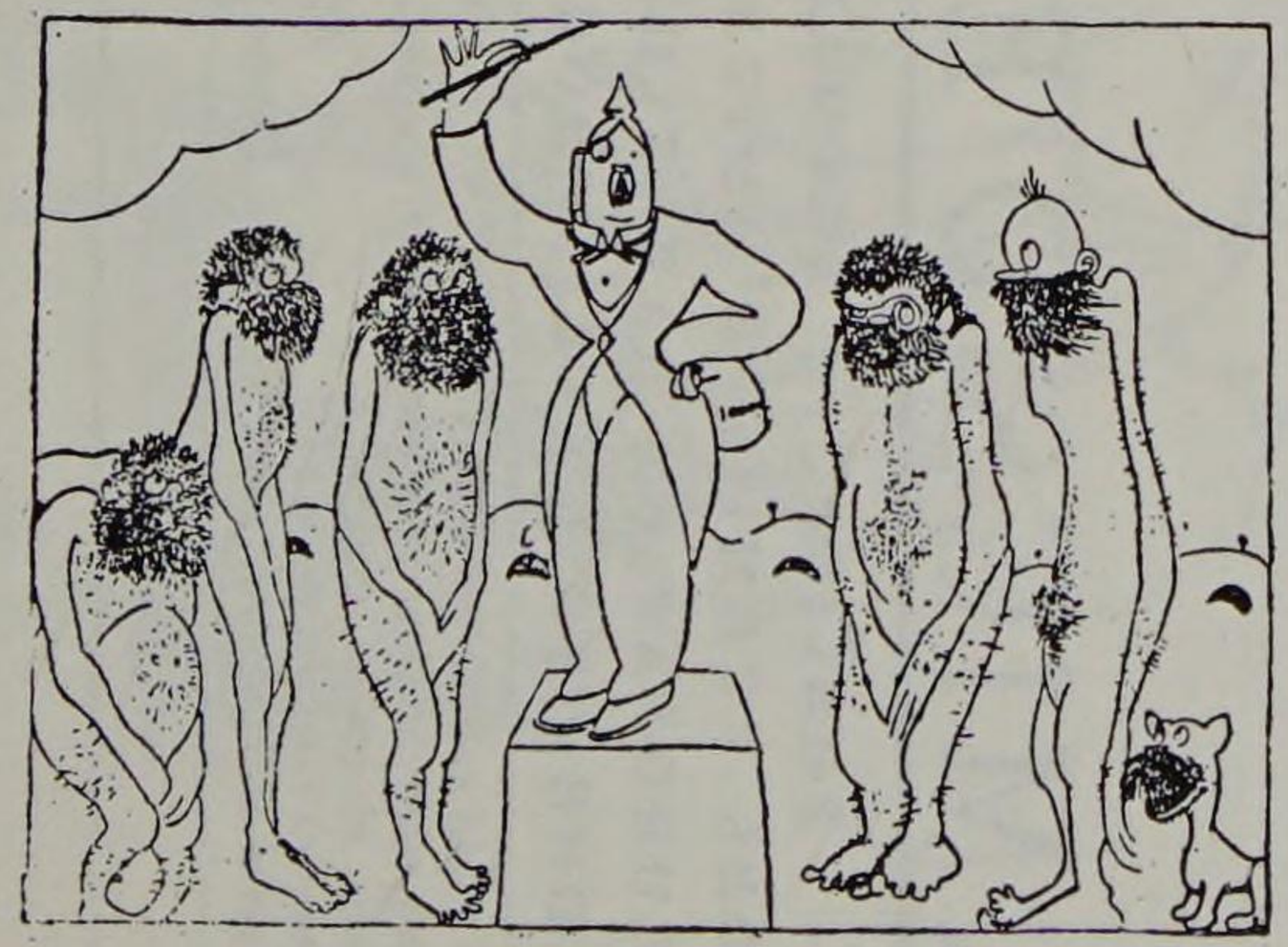
N.º 4 — 31 JULIOL — BARCELONA — 1915

Cabecera de la publicación que con Eugenio d'Ors pretendía una difícil declaración de principios unitarios europeos.

LUIS ANTON DEL OLMET

Barcelonina

LOS BOCHEROS



(LA PROPAGANDA TEUTONA EN ESPAÑA)

Francia a España. — ¡Usted no baila?...
—No; estoy muy cansada...

(Caricatura de BAGARIA)

EL CORREO ESPAÑOL

Madrid.-Año XXVIII.-Número 7.936 5 Cénts. PIZARRO, 14 DIARIO TRADICIONALISTA APARTADO, 180 5 Cénts. Lunes 25 de Enero de 1915

NOTAS DEL DIA

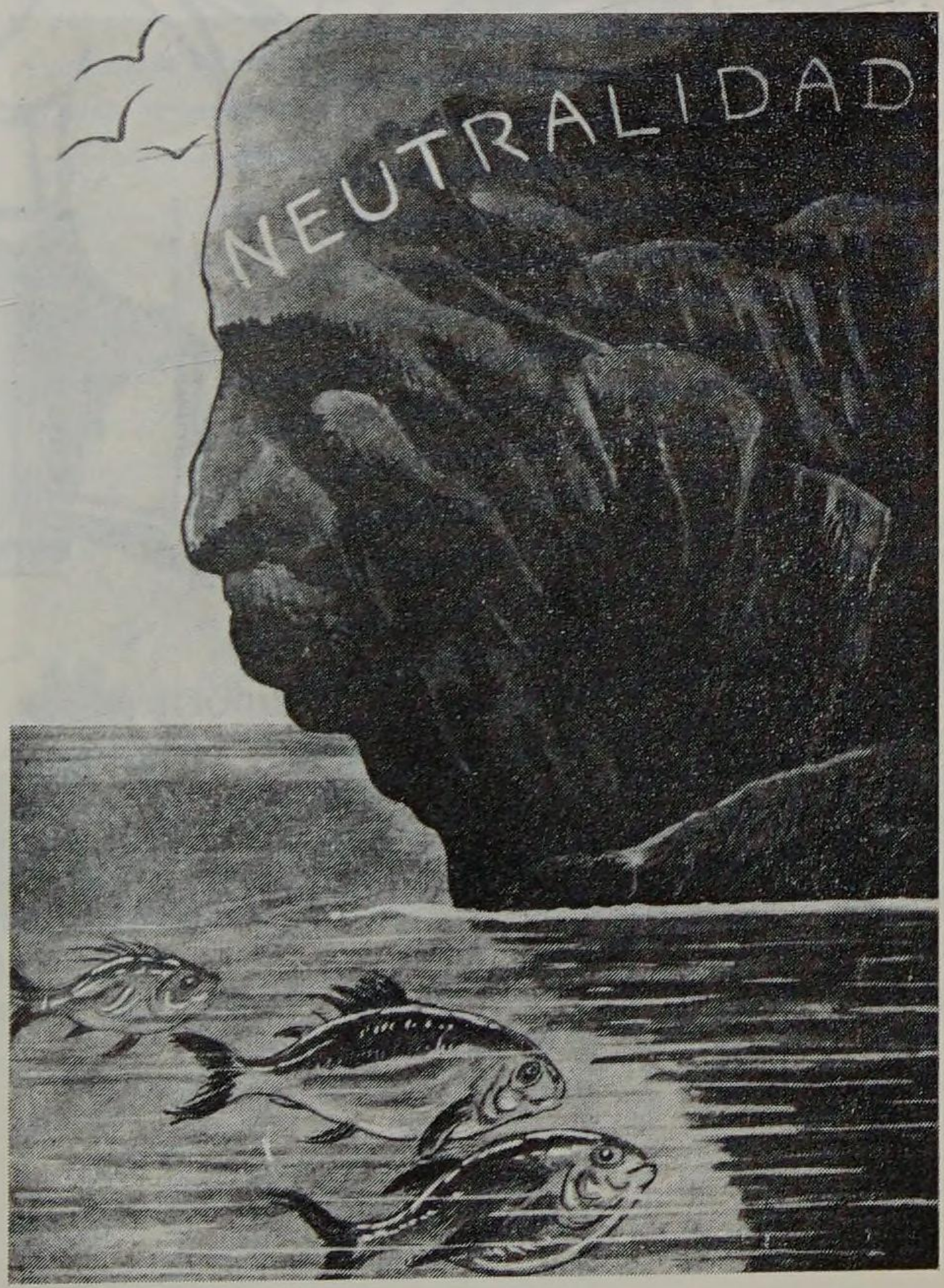
ITALIA, RUMANÍA Y BULGARIA NO ROMPERAN LA NEUTRALIDAD

La estatua de Ferrer ha sido retirada de su monumento, en Bruselas.

HA TENIDO LUGAR UN COMBATE NAVAL EN EL MAR DEL NORTE

Nueva crisis política en Portugal

NUEVOS PROGRESOS DE LOS ALEMANES CERCA DE BORZIMOW



La roca y los peces de colores.

—¡Duro con ella, amigo Melquíades! Otro picotazo que ya es nuestra!

(Dibujo de SILENO)

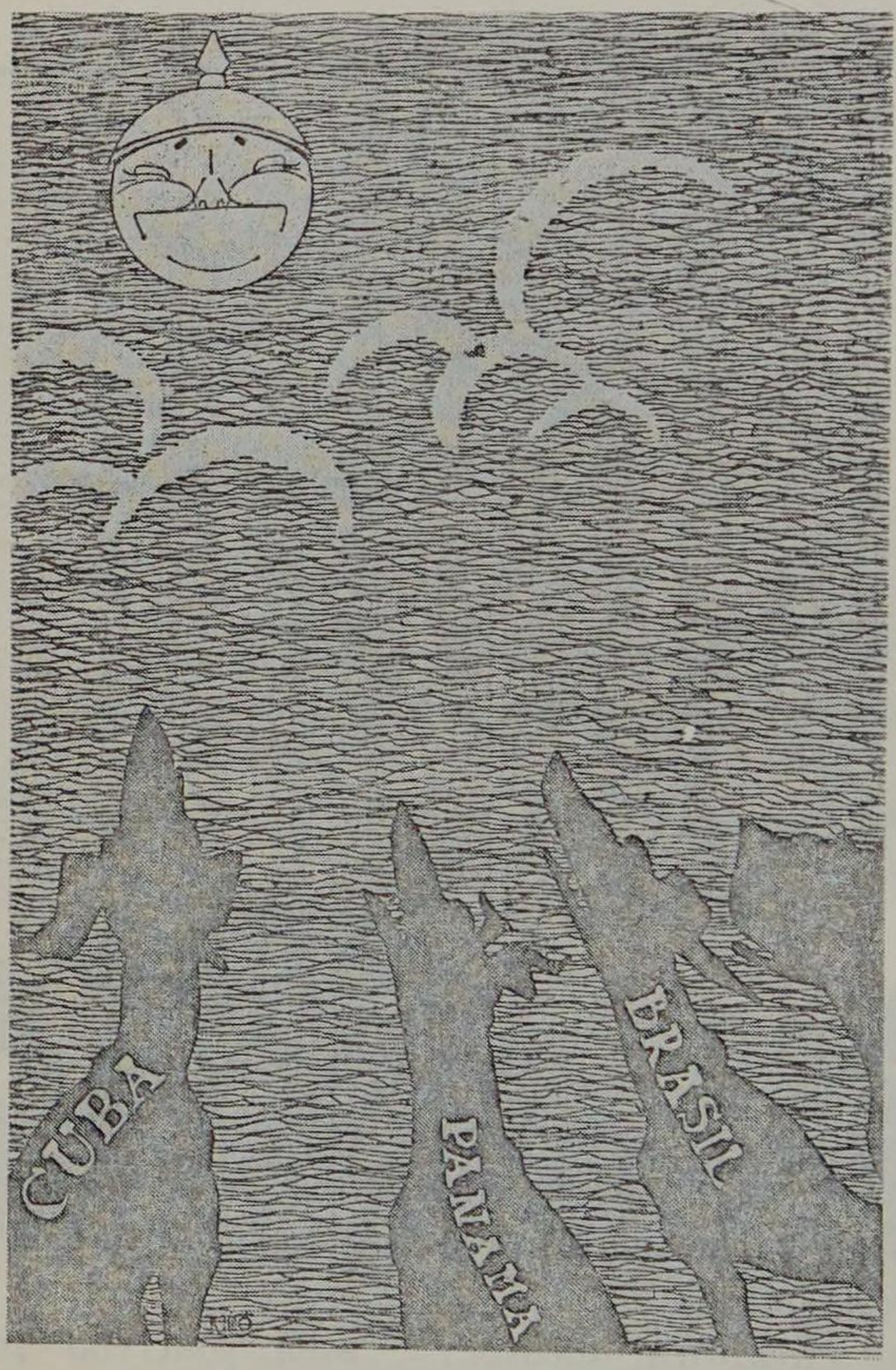
El armador. — No pasa nada... Nada importa nada... Después exigiremos... conque a bordo y a zarpar inmediatamente.

El contramaestre. — ¡Pero qué afán de embarcar a la gente... y a quedarse en tierra!

El punto de vista germanófilo sobre los hundimientos de los barcos mercantes: La culpa es de los armadores codiciosos, no de Alemania.

El Día. 4 febrero 1917

LA RUBIA ALBION
«Alza, catapúm, catapúm, catapera, alza p'arriba polichinela».
(Caricatura de N-HITO)



FRASE HECHA

Ladrarle a la luna

(Caricatura de N-HITO)

conciencia y el respeto a la autoridad secular del Estado». (Daimon. «Pro-Europa», El Diluvio», 21-XI-14.)

...por los Aliados o al menos, por la neutralidad

El mitin de las izquierdas es réplica indignada al discurso de Maura. Contra la teoría anterior, España debe de estar ausente porque estaba ya ausente de los problemas europeos, grita Unamuno «nuestras primitivas conciencias no pueden ser más que una parte de la conciencia universal. Y a esta guerra ha acabado de darle su sello la revolución rusa y la entrada de la gran democracia norteamericana. Y entonces, cuando llegue esa paz roja, si nosotros no hemos sabido incorporarnos a la gran revolución europea, será un bochorno y una vergüenza llamarse y tener que ser llamado español».

Melquiades Álvarez precisa una posición negativa. «España no puede estar en ninguna forma con los imperios centrales; se lo veda la causa suprema de la justicia, se lo veda el interés de la civilización...»

Todo el entusiasmo de la masa que le sigue no obliga al orador a palabras excesivas.

«No predicamos la guerra, pero por dignidad de España queremos... romper las relaciones diplomáticas con Alemania y que sepa Francia, que sepa Inglaterra que llenas de pasión, vibrantes de entusiasmo, están a su lado identificadas con su causa... las izquierdas que forman la democracia española.»

Lerroux precisó que ante la guerra europea la gente formaba en dos bandos «izquierdas y derechas, progreso y reacción, derecho y despotismo, esto es para mí el problema que entraña esta guerra». Alude también a la «revolución rusa en la que retoña la francesa» y saluda la intervención de los Estados Unidos «que nos han presentado el más alto ejemplo de desinterés, de abnegación, de idealismo, que en los tiempos modernos ha ofrecido pueblo alguno en ninguna democracia».

Éstas fueron las conclusiones aprobadas:

«Las personas congregadas en este magno comicio nacional, como síntesis de sus aspiraciones, declaran:

»Primero. — Que España no puede permanecer indiferente y aislada en la actual contienda de las naciones.

»Segundo. — Que por conveniencia de los intereses de España, ésta debe orientar su política internacional en la dirección de Francia, Inglaterra y de sus aliados.

»Tercero. — Que por los atropellos de Alemania a nuestra neutralidad debemos romper las relaciones diplomáticas con dicha nación, aceptando las consecuencias que se deriven de esta actitud en que España se ve obligada a colocarse para defender su decoro.» [41]

La neutralidad, aspiración al principio de la inmensa mayoría de los españoles va, pues, poco a poco, convirtiéndose en una aspiración alemana y, por ello, germanófila. Los intervencionistas de la derecha en todo caso afirman que, sólo en el caso extremo de tener que escoger, habría que situar al país al lado de los Imperios Centrales, o mejor dicho, siempre contra Inglaterra. Los intervencionistas de la izquierda, en cambio, lo eran muy en serio y muy en serio el gobierno de turno procuraba calmar sus ímpetus. Unamuno reacciona contra sus esfuerzos moderados en un artículo en el que su insulto al germanófilo alcanza su mayor floritura: «la beocia troglodita atudescada» les llama.

«¿Neutralidad?

»Lo de la neutralidad del Gobierno de Dato no es más que una mentira. Sin estar suspendidas las garantías constitucionales, suspende reuniones y conferencias, pero es cuando pueden dar origen a quejas de la Embajada de Alemania. Tolera, si es que no favorece bajo cuerda, manifestaciones contra un político, Lerroux, que dice clara y abiertamente su opinión e impide que se le dé un banquete en Valencia a Blasco Ibáñez para que éste no hable de la guerra de modo que pueda provocar quejas de esa Embajada convertida en centro de propaganda germanizante, si es que no de algo peor. Pero Mella puede libremente barbotear todo género de desatinos insultando y calumniando a Inglaterra, pues por lo visto ésta, Inglaterra, más serena que Alemania y mejor enterada, no se digna quejarse de las tonterías que se le ocurran a un político español.

»La beocia troglodita atudescada, la de los fariseos que se santiguan por rutina, pero tienen puesto el corazón en el neopaganismo imperial y militarista germánico, anda suel-

41. «El Liberal», 27-V-1917 (vid. versión completa en mi libro *La España Política del siglo XX*), Barcelona, 1972, t. I. págs. 291 y ss.

ta. Y Dios nos libre de que el triunfo —creo que ya no es posible— de Alemania, nos trajera de rechazo la supremacía en España de esa jauría. Antes quisiera verla colonia de una nación cristiana y civilizada.

»Pero hoy por hoy son los únicos que pueden decir lo que se les antoja, porque ellos, sí, propugnan hipócritamente, la neutralidad, visto que ni para jóvenes turcos servimos en España. Y pueden envenenar la conciencia nacional inventando agravios y sacando a colación historias, como esa de Gibraltar, que les tiene sin cuidado.

»Nos está haciendo falta, apoyar al fin, de un modo o de otro, a los beligerantes que luchan por la civilización cristiana, aunque sólo sea para exacerbar más esta guerra civil contra los bárbaros de dentro de casa.» [42]

Unamuno lo dijo, lo confirma Gabriel Alomar. El ser neutrales en momentos tan graves para la humanidad no es como para enorgullecerse. «Neutralidad, sí; pero por desgracia, no por fortuna... Neutralidad, sí, pero porque no nos es posible ejercer el ministerio gloriosamente quijotesco que correspondería a la patria del Quijote...»

Alomar ve en la historia cultural la necesidad de intervenir; si las herencias de nuestra cultura son clásicas y románticas...

«Como clásicos, ¿dónde queda vuestra alma latina que no se estremece como debió trepidar el corazón de los últimos romanos ante las pisadas del caballo de Alarico?... y como románticos, ¿dónde se ha evaporado vuestro espíritu de constitucionales, hijos de la revolución, copartícipes en una misma libertad, en un mismo régimen?»

Para Alomar el principio neutralista (léase germanófilo) de que España no ha sido materialmente atacada no es válido porque «aparte de una patria física, España es un estado liberal demócrata constitucional, producto de las libertades inglesa y francesa. Hay, pues, un patriotismo superior al geográfico, una fraternidad superior a la territorialidad, una conciudadanía de la libertad. Y esta conciudadanía ha sido agraviada en nosotros por la agresión contra Francia e Inglaterra.» [43]

42. UNAMUNO, M. DE, «Iberia», 26 junio 1915.
43. ALOMAR, GABRIEL, *La guerra a través de un alma*, Madrid, 1917, págs. 88 y ss.

Unamuno lo afirma más duramente:

«No hay por qué jactarse de una neutralidad vergonzosa, como no hay derecho a enorgullecerse de la esterilidad y de la impotencia. Nuestra neutralidad no es más que una vergüenza inevitable.» [44]

La tesis de Unamuno es la de Azaña. España es neutral porque no puede ser otra cosa y ésta es su vergüenza. «La neutralidad de España no ha sido ni es una neutralidad libre, declarada por el gobierno y aceptada por la opinión después de maduro examen de todas las conveniencias nacionales sino neutralidad forzosa, impuesta por nuestra indefensión, por nuestra carencia absoluta de medios militares capaces de medirse con los ejércitos europeos.»

Azaña ataca también a los neutrales puros, los que dicen que son «hispanófilos» porque «hay que pensar sólo en el interés del país». «Lo mismo hacemos todos», sostiene Azaña, pero siembre habrá que buscar ese interés del país en contraste o valoración con un hecho indiscutible que se llama la Guerra y que está ahí ante nuestros ojos. No se puede estar por encima de ella "como águilas en zonas excelsas". Hay que tomar partido porque a todos nos toca su existencia.» [45]

A los aliadistas «enragés» —debería gustarles esta palabra tan francesa— les irritaba todo lo que fuera situarse «au dessus de la melée» lo que explica su antipatía por quien acuñó la frase —Romain Rolland —y los que, como Eugenio d'Ors, la quisieron glosar aunque de forma diferente en la forma, igual en el fondo.

Neutralismo fue para ellos una palabra antipática y su manifestación externa muestra de mal gusto. Al principio de la guerra aparecieron unos botones que valían veinte céntimos y se llevaban en la solapa. Rezaban: «No me hable usted de la guerra.»

«Yo no concibo —decía un escritor catalán en un artículo con este título— que nadie pueda vivir en el gran momento histórico actual sin querer oír hablar de batallas y de obuses, de sangre y de exterminio... Ya sabemos que no es éste el ideal de las conversaciones del ciudadano culto. Tampoco

44. UNAMUNO, M. DE, Discurso en el Palace de Madrid, recogido en «La Tribuna», 27-I-1917.

45. AZAÑA, MANUEL, Obras Completas, Méjico, 1966, I - 142 y I - 156

es el ideal de las conversaciones familiares el hablar de la viruela loca, pero cuando la viruela loca se mete en el hogar...»

Naturalmente para el aliadista que habla, la obligación de preocuparse por la guerra va unida al odio al alemán.

«Es necio hacer alardes de indiferentismos a tiempo que el buen guerrero Teutón intenta imponer su ley y su ciencia por medio de gases asfixiantes, inclusive en tierras latinas.»

Y en su desprecio hacia los que se niegan a sumergirse en la atmósfera bélica, P. Bertrana, llega a la conclusión que el botón sólo presupone una confesión de impotencia para hablar de asuntos que no se entienden y que, probablemente, son muchos los temas en que son ignaros esos seres monstruosos que se niegan a tomar posiciones en la contienda mundial. [46]

En ese aspecto los aliadófilos fueron mucho más tenaces perdigueros que los germanófilos. Su afán proselitista les forzaba a buscar en las actitudes de los escritores españoles la cédula de afilición a uno de los bandos, considerando casi una traición el ocultarlo. Así se refiere, por ejemplo, Pérez de Ayala a Ortega, el profesor ya en la cumbre de su fama.

«Creo que son muchos los españoles que leen los escritos políticos de don José Ortega y Gasset, buscando en ellos una orientación, un método, una guía lógica... Pero desde que comenzó la gran guerra, los lectores de don José Ortega y Gasset... se han visto embargados por un estado de suspensión de juicios. Don Ortega y Gasset no ha definido aún públicamente su actitud intelectual frente a la guerra europea. Sabemos unos y presumen otros que sus simpatías están con los aliados. Pero esto es muy poco tratándose de un hombre en quien la opinión escueta es lo de menos y lo importante, propiamente, es la raigambre o génesis de esa opinión, su por qué.» [47]

Todo el respeto por el profesor, toda la veneración, incluso el convencimiento de que está a su lado, no impide a los aliadófilos pedir una declaración precisa; creo que Ortega no la dio nunca.

46. Bertrana, P., «No me hable usted de la guerra», «Iberia», 1-V-1915.

47. Pérez de Ayala, R., «Iberia», 29-V-1915.

Para Ciriri Ventalló, destacado prohombre del carlismo y de la germanofilia extrema, la guerra no tiene más que un final rápido y decisivo. Dado que la corrupción republicana ha destrozado el espíritu antiguo francés, el resultado de la guerra es claro. «Cuarenta años de régimen avanzado convirtieron al gallo francés en gallina clueca; nos alegramos por Alemania que tiene una bella oportunidad para realizar un buena obra moralizadora y desinfectante.

»...Abrigamos la convicción, firme y arraigada, de que la victoria de Alemania no habría de ofrecer grandes dificultades. Acaso un choque un poco duro terrestre o marítimo, y en seguida el paseo triunfal de las águilas germanas de Alsacia hasta los Pirineos.» [48]

Para el Conde de Romanones, considerado autor de un artículo sin firmar en el periódico de su propiedad, la opción es igualmente clara pero en el lado contrario.

«Neutralidad literalmente expresa no ser ni de uno ni de otro. ¿Es que España en realidad no es de uno ni de otro?... España en verdad no ha contraído compromiso con ninguna nación... pero el hecho es que España determinó su actitud en el Mediterráneo con Inglaterra primero y con Francia después; en las notas cambiadas en Cartagena, España firmó con Francia recientemente un tratado respecto a Marruecos que obligó a una y otra a una acción solidaria.»

(Antonio Maura, en su discurso de la Plaza de Toros en 29 de abril de 1917, se indignaba: «Mienten quienes dicen que el convenio de Cartagena... obliga a España a ir a la guerra.»)

Sigue Romanones ...«España es frontera por el Pirineo con Francia; por todo su litoral, en realidad con Inglaterra, dueña del mar y por el oeste con Portugal protegida y compenetrada con Inglaterra.»

...«España, pues, aunque se proclame otra cosa desde la Gaceta está por fatalidades económicas y geográficas dentro de la atracción de la órbita de la triple inteligencia (Entente).»

Y termina: «La neutralidad no es un remedio. Al contrario hay neutralidades que matan.»

Y advierte que nuestra ausencia está en manos de quienes quieren permitirla y que los alemanes en caso de vic-

48. Cirici Ventalló, «De Tartarín a Monsieur Durand», «El Correo Español», 30-VII-1914.

toria nos pedirían parte de nuestras posesiones marroquíes.[49]

Lerroux fue quizá la punta de lanza del intervencionismo español. Tanto que incluso a Fernández Flórez, hombre que sacaba mucho más partido ofensivo de la suave ironía que del ataque frontal, llegó a sacarle de sus casillas y a pedir —él, el liberal— que el Gobierno prohibiese artículos como el publicado por «El Radical», donde Lerroux pedía la intervención.

«¿Adónde se nos quiere llevar? —pregunta el galaico, aquí bien poco humorista— ¿qué ventajas nos ofrecen los intervencionistas a cambio del río de sangre que nos piden?... ¿qué justificación tendrían el dinero y la sangre gastados, la ruina del país?»

Visto que no se conseguiría recuperar Gibraltar ni la unión con Portugal, Fernández Flórez no ve en la maniobra política más que un intento de malvado interés personal, pagado en oro aliado para llevarnos a la catástrofe. Y como primer responsable cita a Lerroux.

«Lerroux es el agigantamiento funestísimo del capitán Araña.» [50]

En otro artículo, en cambio, apunta con burla más en su estilo, a los diputados intervencionistas que, súbitamente, reclaman una acción dura contra los germanos:

«De pronto, ¡zas! se alza uno de esos señores, extiende los brazos, comienza el ataque. Desde el Kaiser hasta el último alemán del Camerún, ese hombre terrible no respeta a nadie; es una ráfaga, un huracán. A veces el ataque es solapado, como una lucha de minas y se envuelve en expresiones trágicamente misteriosas. Cuando el orador termina y vuelve a sentarse, se advierte en él la misma satisfacción venturosa que si regresase de tomar una bandera sobre las murallas de Metz.» (Se refiere al diputado Azzazi.) [51]

Al humorista español le molestan, por mentirosos, todos los que hoy llamaríamos «slogans publicitarios» para arrastrar al neutral a su campo.

49. «El Diario Universal» (vid. Apéndice).
50. Fernández Flórez, W., *El Capitán Araña;* «El Noroeste», La Coruña, febrero 1917.
51. Fernández Flórez, W., *Impresiones de un hombre de buena fe,* 1914-1919, Madrid, 1971, p. 69.

«Cada individuo creía tener bien justificadas sus preferencias y las apuntalaba con todos los lugares comunes y las pomposas mentiras reclamistas que los gobiernos de las naciones en guerra lanzaban a la publicidad para enardecer a los propios y atraer a los ajenos. Descontando el Diluvio, nunca sufrió la tierra una inundación más desagradable que la de los tópicos que en aquellos cuatro años rodaron en oleaje estrepitoso sobre la superficie del mundo... cada uno de los grandes estados beligerantes había creado unos servicios de propaganda análogos a los de las industrias que quieren divulgar y acreditar un producto...

»Cuando le ofrecieron al gobierno francés estas cuatro palabras: "Luchamos por la civilización" experimentó un júbilo muy parecido al de la casa fabricante de dentríficos cuando alguien le brindó este enérgico renglón: "Esa película que recubre sus dientes..."» [52]

En la tierra donde nació lo de ser más papistas que el Papa, era lógico que se destacasen los partidarios de ambos bandos por su fanatismo, muchas veces por encima de lo que querían los mismos nacionales de los países que defendían. Así en una novela del mismo autor:

«Al día siquiente Hermann se presentó a don Manuel para comunicarle que había decidido marcharse de la ciudad. Don Manuel no daba crédito a sus oídos:

»—Marcharse, Halp. ¿Por qué?

»El tudesco hizo un ademán desesperado.

»—Porque estoy en ridículo, señor. Todo el mundo es más germanófilo que yo en Iberina.» [53]

Polémica varia

A don Miguel de Unamuno le encantaba atacar a los germanófilos con sus propias armas, con sus propios escritores. A Treinchske, por ejemplo, profeta del prusianismo imperial a quien Unamuno leía cuando aquí «no sabía nadie quién era»... Y aprovecha para lanzar una pulla más a los que acusan a Inglaterra de ser la principal creadora de la

52. Fernández Flórez, W., *Al calor de la hoguera, Apuntes para la historia de un pueblo español durante la guerra europea,* «Los Contemporáneos», 14 enero 1916. Ampliado luego con el título *Los que no fuimos a la guerra,* Madrid, 1930, págs. 25-26.

53. Fernández Flórez, W., *Los que no fuimos a la guerra,* Madrid, 1930, p. 233.

leyenda negra española, invitando a esos germanófilos a leer dos dramas alemanes. El «Egmont» de Goethe y el «Don Carlos» de Schiller. Efectivamente, la primera obra es un durísimo alegato contra la actuación del duque de Alba en Flandes y la muerte del héroe belga en el patíbulo. La segunda recoge todos los ataques que contra Felipe II lanzaran el Príncipe de Orange en su Apología y en Antonio Pérez con sus escritos desde París. Ambas obras que coinciden en la enemistad al Rey Prudente, tan amado por los tradicionalistas españoles, fueron llevadas luego a la ópera (Egmont por Beethoven, Don Carlos por Verdi) extendiendo aún más la propaganda antiespañola por el mundo. En contraposición contra esas manifestaciones germanas, Unamuno recuerda las obras más amables para nuestro pasado de Hale y Froude. «Porque lo primero —resume— es enterarse».[54]

Para Vázquez de Mella el sentimiento francófilo se apoya en dos premisas: una es la frivolidad. «Yo conozco a algún francófilo que decide que le son más simpáticos los franceses y, sobre todo, las francesas» y la otra la irreligión: «El centro católico alemán es el eje del Imperio; el Kaiser, el defensor de las bases esenciales del antiguo régimen. El triunfo de Alemania sería el triunfo de la reacción y prepararía el de la Iglesia. Luego, guerra a Alemania.»

Como se ve, el Tradicionalista sigue jugando la carta eclesiástica olvidando que en el caso del Kaiser, ésta es la protestante.

«—Aunque es conocida la opinión de usted en la guerra actual, ¿podría usted decirme cuál es su criterio para juzgarla desde el punto de vista español, y las razones en que se funda para sostenerlo?

»—Con mucho gusto. Los criterios para juzgar en conjunto la guerra actual, son tres: uno que llamaré sentimental; otro, intelectualista, con vistas jacobinas, y el último, el histórico, que tiene por base la geografía.

»El primero, que suele ser el de muchos llamados francófilos, nace de la influencia francesa sobre todas las modas, lo mismo interiores que exteriores, de ideas y de trajes, que viene ejerciendo sobre nosotros la nación vecina por la soberanía de su ingenio, por la transparencia de su lengua y, sobre todo, por ser aquella con la que han tenido ciertas clases más contacto. Francia, por el mayor conocimiento que produce la vecindad y la comunicación, es para algunos

54. UNAMUNO, M. DE, *Para alusiones. España y Treinshke*, «El Día», 13 marzo 1917.

la síntesis de Europa y del mundo. El desconocimiento de nuestro pueblo, de lo que fuimos, y de lo que hicimos, y el desprecio nacido de la ignorancia de nuestro ser, considerándonos casi fuera de Europa, hizo que se pensara en *europeizarnos*, que era como afrancesarnos, y esto ha contribuido a que, arrancada la raíz de la originalidad, no pensásemos más que en copiar servilmente lo que teníamos más cerca; y se copian algunos accidentes, pero no se copian las substancias, y las naciones, en cierta manera, lo son. Fuera del Mediodía de Francia, que es en gran parte español, el Centro galo y el Norte mezclado con elementos germánicos, no tiene la correspondencia y la armonía con nuestro carácter, que suponen falsos latinismos. No hemos copiado la intuición brillante del francés, ni su espíritu de laboriosa economía, con otras cualidades que le enaltecen; pero así la frivolidad y la ligereza que también le distinguen, y que contrastan con la gravedad reflexiva, que era antes nota común del carácter español en todas las regiones.

»Tomando las cosas desde el punto de vista psicológico, sería facil demostrar que la influencia germánica sería para nosotros más beneficiosa que la francesa, porque con la gravedad de su carácter, podría contribuir a restaurar los atributos espirituales que vamos perdiendo.

»Mucho influyen en los juicios los sentimientos y las pasiones, pero el que los tome como norma única se expone a regir sus actos por el viento. Yo conozco algún francófilo que admira la prodigiosa organización alemana, pero que decide la cuestión internacional sin consultar los intereses de España con esta razón peregrina: que le son más simpáticos los franceses, y, sobre todo, las francesas, que los alemanes y las alemanas, aunque él no ha conocido más que algunas correctas instituciones. Criterio semejante para juzgar la política de un país y los resultados de una guerra, sale fuera de toda discusión. Las pasiones no discuten, disputan.

»—¿Cuál es el criterio intelectualista con vistas jacobinas?

»—Es el de la mayor parte de los izquierdistas españoles, que, como no pueden renegar enteramente del espíritu tradicional del pueblo en que han nacido, son, como él, y en cierto modo teólogos, pero teólogos invertidos y al revés. Todo lo miran por el lado religioso, o, mejor dicho, irreligioso. Por eso discurren así: el Centro católico alemán es el eje del Imperio; el Kaiser, el defensor de las bases esenciales del antiguo régimen. El triunfo de Alemania sería el triunfo de la reacción y prepararía el de la Iglesia. Luego, guerra a Alemania.

»Francia, jacobina y radical, primogénita de la revolución, es el tronco y la savia de donde se nutren las izquierdas: luego hay que ser francófilos. Este criterio pseudoteológico se quiebra por muchas partes. Indudablemente que el vencimiento de Francia y el triunfo de Alemania no serían un aliento para la revolución. Pero, ¿lo sería el triunfo de Francia?...

»Si Francia triunfase, no triunfarían los radicales que propagaron el antimilitarismo, que establecieron el sistema de las delaciones y de las fichas, suprimieron el saludo jerárquico, postergaron a los jefes más brillantes, se opusieron al servicio de los tres años, negaron los créditos para la artillería gruesa, etc. Triunfarían los que han sostenido todo lo contrario, los que desde la postguerra, llamados por la necesidad, han ido a dirigir las líneas de fuego, los que odian todo lo que ha dejado quebrantada a Francia, obligándola a centuplicar el sacrificio y el esfuerzo hasta el punto de que, si obtuviese la palma del triunfo, sería para ella la palma del martirio. El laurel de la victoria sería en sus sienes una corona de espinas.

»El criterio izquierdista fracasará con el triunfo de Alemania, pero no triunfaría mucho más con el de Francia.» [55]

Por su parte, el humorista gallego ve en los aliadófilos unos señores que, habiendo apostado y ganado, tienen de pronto la impresión de que no se han llevado suficiente tajada de su triunfo.

«El suceso de la semana. ¡El triunfo de los aliadófilos!»

«El avance de los aliadófilos en España ha sido y sigue siendo verdaderamente considerable. Estos hombres estaban empeñados en una lucha cruenta y tenaz con los germanófilos. Los esfuerzos de ambos grupos eran ciertamente terribles. Ellos no andaban a tiros, no vivían en las trincheras, no se bombardeaban ni se asfixiaban con gases; la guerra, en estas condiciones, se les hacía bastante llevadera. Pero, más de una vez, los de uno y los de otro bando meditaban:

»—Si vencen "los míos", ¿cuál será el premio de este desinteresado concurso que les he prestado vociferando en los cafés y leyendo incesantemente los partes de las operaciones?

»...Esta razón de haberse inclinado la balanza de la suer-

55. «El Correo Español», 28 marzo 1915.

te en favor de los aliados ha venido a suscitar en el ánimo de los aliadófilos españoles la idea de que ellos son los amos del destino de España. Comienzan a creer firmemente que los germanófilos deben ser deportados y deben dejar sus destinos oficiales, y hasta sus bienes muebles e inmuebles, a beneficio de los amigos da la Entente.

»Los políticos piensan así también. Según la frase de Cambó, están presentando sus memoriales a los Gobiernos aliados para que les concedan su favor, mediante el cual y en nombre del cual piensan tener ellos la exclusiva del Gobierno de España. Don Santiago Alba, Romanones, Pedregal y otros varios se han apresurado ya a pedir que se les recompense por haber mirado con profunda simpatía la retirada del Marne.

»¡Oh, héroes de esta epopeya, que tanto habéis contribuido a su desenlace bebiendo agua con azucarillos en el Parlamento español!» [56]

Después de la Segunda Guerra Mundial, hubo un curioso libro titulado «Si Alemania hubiera vencido» en el que el autor, explica las posibilidades mundiales en caso de la victoria de Adolfo Hitler. En la Primera Guerra Mundial se dio un caso parecido; fue publicado durante el segundo año de la contienda soñando en una victoria del Kaiser. Al estar a punto de terminar la guerra, un aliladófilo le hace un comentario punzante, un poco a lo de «a moro muerto, gran lanzada». La obra comentada tiene, sin embargo, un gran interés para el estudioso de hoy. Los sueños del germanófilo español de 1915 se parecían mucho a los de sus correligionarios de 1939.

Según José María Requena Ortiz que firmaba con el pseudónimo de Jróm, los españoles intervienen en la guerra a favor de los alemanes, tomábamos Gibraltar y ocupábamos Tánger. Para castigar el anglicismo de Portugal la invadíamos con sesenta mil hombres y los derrotábamos concluyentemente. Después de lo cual, España cruzaba los Pirineos para colaborar con los alemanes en la derrota de Francia.

Dado que el autor de «España gran potencia» era tradicionalista, hacía que su sueño se compensara con la entrada en Madrid de don Jaime III. Congreso de la Paz, dirigido por Alemania que recompensa a su aliada del Sur con la posesión de Gibraltar, gran zona marroquí, Madera, Sierra Leona, Guinea portuguesa y francesa, parte del Camerún alemán, todo el Congo francés, parte del Congo belga y del Afri-

56. Fernández Flórez, W., «La Esfera», 3 nov. 1918.

ca Ecuatorial francesa, etc. Portugal mantenía su independencia, pero bajo la monarquía española como en tiempos de Felipe II.

«Pobre Jróm —dice el comentarista J. Subirá— cuánto le debe doler ahora el haber publicado "España gran potencia" en 1915!» [57]

La Alemania eterna

Recordará Salaverría a primeros de 1917 «Alemania está viva y mañana estará más viva que todas las naciones juntas... al día siguiente de la paz podrá ser un amigo benévolo, pero también un terrible enemigo que tiene memoria». La tuvo, sin duda.

Insistirá en otro artículo meses después.

«A mí sólo me preocupa un temor. Que Alemania pueda ser destruida y aplastada. Por la misma suerte de Europa me preocupa el porvenir de Alemania. Yo no he logrado absorber la idea, tan repetida en los últimos años, de que el bien de Europa depende del aplastamiento alemán... en la tranquilidad y en el equilibrio de Europa pueden excusarse otras naciones, la única indispensable es **Alemania. Contra** Alemania se dirige la mano aliada para deshacerla, desmembrarla, abrumarla. Y entonces sería el centro de Europa un nido de rencores, de pequeños pueblos hostiles, todos deshonrados.» [58]

Y un novelista advierte lo mismo. Nunca podrá acabarse con Alemania...

«Supongamos que triunfan los aliados. Supongamos que, fracasado el empuje alemán para romper el muro franco-inglés, comienza poco a poco el repliegue y la evacuación de los territorios conquistados. Los aliados recuperan los departamentos franceses invadidos, recuperan Bélgica, llegan a la frontera alemana. Bien. ¿Y después? Al genio alemán se le podrán discutir todas las cualidades, todas, menos dos: el patriotismo y la previsión. Si en la ofensiva el espíritu previsor ha llegado al asombro, ¿qué será de la defensiva? ¿Qué elementos tan enormes de resistencia no se habrán acumulado en el interior del territorio? Pero supongo que, a pesar de todo, los aliados vencen, y que Alemania vencida,

57. Subirá, J., «Iberia», 9-XI-1918.
58. Salaverría, J. M.ª, «Militarismo inminente», «ABC», 19-X-1918.

pide la paz. Al día siguiente de firmarse la paz, Alemania comienza de nuevo a prepararse para la guerra, no por espíritu de venganza, no por deseo de desquite, no por ansias patrioteras de *revanche*, sino por necesidad imperiosa del instinto de conservación. Alemania necesita vivir; tiene el imprescindible, el incuestionable derecho a vivir. Contra una nación que de tal modo muestra sus ansias y sus energías de vitalidad, nada se puede. No hay que soñar con el aniquilamiento de Alemania. Vencedora o vencida, Alemania, al día siguiente de la paz, comienza de nuevo a reclamar su papel en el mundo. Desde el día siguiente de la paz, el terrible fantasma de la guerra vuelve a cernerse sobre Europa. La paz con el vencimiento de Alemania es el triunfo del militarismo.» [59]

La Alemania frívola...

La tarea típica de un «filo» es encontrar en el país acusado defectos aplicados al que defienden ellos. Por ejemplo, para el francófilo Rovira y Virgili, hay que salir urgentemente al encuentro de esa teoría, tan repetida entre los germanófilos, que asegura que Francia es el país de la inmoralidad y que Alemania es el centro de las virtudes burguesas. Qué equivocados están, afirma el escritor catalán... «En Alemania, según un último libro titulado "La nueva Alemania", ocurren las más asombrosas bacanales; especialmente conocido en este sentido es el Alpenball a donde se va disfrazado de tirolés. A la media noche —cita Rovira i Virgili del libro de Borgese— se apagan las luces durante cinco minutos. Por si ese lapso de tiempo no bastara, hay en el teatro diversos ángulos escondidos y recónditos para las parejas cansadas de bailar. Uno de esos rincones se llama la gruta por antonomasia.»

«No queremos pintar exageradamente la inmoralidad alemana —añade Rovira Virgili—, no queremos seguir los métodos odiosos de los que han creado la leyenda de una Francia corrompida y descompuesta»... pero... «podemos deducir que Alemania está todavía más podrida.» [60]

59. MATA, P., «Divagaciones sobre la guerra», «Blanco y Negro», julio 1915.

60. ROVIRA I VIRGILI, A., «Ideari de la guerra», «Iberia», 19-VI-1915.

Los aliadófilos cultos, Pérez Galdós por ejemplo, consideran la admiración germanófila española muchas veces como resultado de una admiración general un poco femenina, diríamos hoy más freudianamente, hacia la violencia triunfante, hacia el machismo bélico. Incluso Eugenio d'Ors parece —él tan sereno— sentirse arrebatado de un cierto deslumbramiento ante las gestas alemanas al considerar totalmente perdida a su rival.

«¡Francia, ay!, la realidad se impone. ¡Si ya sólo falta pronunciar el vocablo! Francia vencida, vendida, cobijando el gobierno en Burdeos como el pájaro esconde la cabeza bajo el ala. Sí, Francia está vencida. Lo que propiamente parece discutirse hoy es la victoria entre Inglaterra, Rusia y Alemania.»

»Aunque siga creyendo en su fuerza espiritual Grecia fue vencida y nos adoctrina aún. Roma fue vencida y todavía perennemente nos ganará.» [61]

Uno de los trucos que divertían más a los antagonistas literarios de España, era citar con profusión citas que mostraran un punto de vista —contra Alemania, contra Francia— haciendo grandes aspavientos. Al terminar las pruebas, sacaban como por arte de magia, el nombre del autor que resultaba ¡Oh sorpresa!, un santón del enemigo. Así surgían frases pro francesas de Nietzsche, por ejemplo, o como en este caso, en que el humorismo —un poco pesado— del autor, se refocila pensando en la sorpresa que van a llevarse los germanófobos... Los adjetivos que se aplican eran los comúnmente usados en la polémica...

«Veamos... "A fines de la Edad Media surgió de nuevo en Europa la idea de los grandes Estados. Con ella nació al punto el absolutismo, que ha pesado por más de tres siglos sobre los pueblos de nuestra raza" (de la española). "¿Dónde halló entonces la libertad un refugio? En los pueblos de origen germánico..." ¿Quién diablos habrá escrito este libro? Un intelectual no será... ¿Y a mí qué me importa el autor?... Sigamos, sigamos la lectura. "Cuando teníamos aquí (en España) más esclavo el pensamiento, volaba allí (en los pueblos de origen germánico) libre por las regiones de la ciencia, y abría un período filosófico sólo comparable con

61. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, p. 86.

el que la antigua Grecia empezó por Tales y Pitágoras y acabó por la escuela de Alejandría.”»

«A que voy a acabar por ser más germanófilo que antes y por lo tanto menos intelectual?... No; el autor de esos párrafos debe ser un chiflado, pero, en fin, puesto ya a leer... “Alemania va a la cabeza de Europa...” “Es Alemania la reina del mundo en filosofía, ciencias y en artes...” “No se crea, sin embargo, que Alemania deje de estar adelantada en la industria...” “El movimiento de la primera enseñanza ha llegado en Suiza, como en Alemania y los Estados Unidos, a la más apartada aldea y a las últimas clases del pueblo. Francia, con ser una de las primeras naciones, está en lo material por debajo de Inglaterra; en lo intelectual, por debajo de Alemania.”

»A mí que no me digan; este libro que estoy hojeando debe estar escrito por algún alemán, pues salto las hojas y por dondequiera encuentro un himno en loor de los germanos, Alemania por arriba, Alemania por abajo... No; pues hasta el fin no veo quién es el autor.

»Francia espía la ocasión de vengarse. Recupera sus fuerzas, rehace sus ejércitos, aprovisiona sus arsenales y sus parques y se apresta a la lucha.” ¿No les dije?

»Loco está de remate quien esto haya escrito, que bien sabemos, porque a voces nos lo han dicho, que Francia ha tenido que improvisar todo; que no deseaba la guerra...

»Bien se puede asegurar que es un reaccionario que detesta la república y la libertad el que así juzga a Francia... Otros renglоncitos: “La nación que hoy predomina en Europa, no sólo por sus armas sino también por sus letras, es Alemania”... ¿Otra vez? ¡Anda!... Y a continuación, en un párrafo en que habla de que los pueblos federales no son eco de mezquinos intereses, coge el incensario y lo maneja en honor de Austria.

»Dice así: “Le concedió (a Hungría) que se rigiera por sus propias leyes, que tuviera su administración y su parlamento, y fuese dentro de su vida interior completamente dueña de sí misma”. ¡Sí, si! Que nos hablen de lo magnánima que es Austria. Ahí están las pobrecitas de Trieste y Trento dando gritos de dolor...

»Vaya, apuremos la copa hasta las heces.

»Alemania “se considera llamada a ser el antemural de los pueblos occidentales contra las temibles invasiones de Rusia. No puede por menos de pensar en un fuerte ejército y una poderosa armada”... Por las vísceras se conocen los santos... No diga usted más... Le conocí... Un militar de los de chafarote y bigote retorcido debe ser el autor de las líneas

que he subrayado, y por contra reaccionario, y por remate enemigo de las repúblicas, antiliberal, y por fin de fiesta bien se puede apostar que no será intelectual, que a serlo no escribiría tales dislates, pues yo que ya voy viendo claro y comprendiendo que los aliadófilos son los que están en lo cierto, por tales diputo esas afirmaciones que habrá hecho algún escritorzuelo de tres al cuarto.

»Vaya, saciemos mi curiosidad. Veamos la primera hoja.

»¡En el nombre del padre! ¿Sabéis quién es el autor del libro que he hojeado y de los renglones que literalmente he copiado? ¡Francisco Pi y Margall! El sabio de barba patriarcal; el hombre a quien amigos y enemigos políticos rindieron homenaje y pleitesía por su acrisolada honradez; el republicano más insigne que España ha tenido; el hombre que fue dejando la luz de sus ojos sobre los libros, corriendo su ciencia y su saber parejas con su hombría de bien.

»Vengan acá los aliadófilos que, por militar en ciertos campos de la política, creen que es de cajón rechazar cuanto huele a germanismo; vengan acá y lean *Las Nacionalidades* que publicó Pi y Margall en 1876, y en esta obra hallarán letra por letra los párrafos citados, y de paso compren un ejemplar y envíenlo a los intelectuales que firmaron el célebre manifiesto que, aun siéndolo, deben estar ayunos de lo que Pi y Margall dijo, y no estará de más que recomienden su lectura a muchos para que se enteren que uno que supo pensar alto y hablar claro, da la causualidad que enalteció como se merecen a los Imperios centrales.» [62]

¿Quiénes son los francófilos? Según Azaña hay dos grupos claramente determinados. Los que lo eran ya antes de la guerra corresponden a los que siguen la opinión liberal... los herederos y representantes de los que a partir del siglo XVIII, trabajaron por colocar la vida española en los cauces de libertad y progreso por donde ha corrido la historia de los pueblos europeos todo ese tiempo. Pero hay otros que sin estar de acuerdo en principio con esa línea de conducta decidieron, a la vista de la guerra, que Francia tenía la razón por ser una víctima de agresión injustificada y representar la justicia. De ese segundo grupo desconfía el Sr. Azaña porque teme que esperen de la victoria francesa un cambio en su política y en su vida diaria. Dicho de otra forma, se trata de los pocos francófilos «de derecha» que confían en que el país vecino cambiará de acuerdo con los principios que profesan. (Contra esa teoría ya había hablado Azorín va-

62. ARMANDO GUERRA, *De Re Bellica*, Madrid, 1916, págs. 93 y ss.

ticinando que el triunfo aliadófilo no presentaría a una Francia conservadora, por mucho que se hubiera puesto de moda la patria y la religión gracias a los servicios de la Iglesia católica durante la contienda.)

Azaña cree que sólo los que componen el primer grupo podrán servir para cimentar una acción común al terminar la contienda con nuestro vecino. Es decir, los que están con Francia, no sólo porque ahora tiene la razón sino porque ya la tenía antes, cuando era faro de libertades para Europa.

Azaña distingue también en los germanófilos dos grupos muy distintos. Los que creen que el triunfo de los Imperios Centrales favorecería el engrandecimiento español y los que gustan de ver humilladas, destruidas a Francia e Inglaterra. Azaña ve en esa segunda posición una falta total de hombría. Cuando la invasión alemana en Francia se oía «ahora las pagarán todas juntas» y eso le parece al escritor una vergüenza. Si de verdad había agravios que vengar por parte de Francia había que haber salido a combatirles directamente. No alegrarse rencorosamente del daño que le pueda hacer un tercero.

Azaña analiza luego los daños que se asegura nos ha causado Francia y las pone en el haber y debe de unos gobiernos que, en un momento determinado, hacían la guerra por fines imperialistas tanto ellos como nosotros, en tierras holandesas o italianas. Y si Napoleón invadía España antes Carlos V se había paseado por la costa mediterránea gala y Felipe II se empeñaba en hacer católico al país vecino con la fuerza de sus Tercios. Igual ocurre en el caso de Inglaterra. Unos reyes, unos jefes han atacado o se han defendido utilizando tropas nacionales pero en realidad la nación no se ha involucrado en ese aspecto. [63]

¿Quién ha hecho más por España, política
y culturalmente?
¿Francia, Inglaterra o Alemania?

¿Francia y Alemania: ¿quiénes han hecho más por España?

La pregunta tenía que formularse en la polémica antes o después. Se analiza a Francia como nación, a Alemania como estado, se examinan las razones por las que puedan dominar una a la otra, pero, luego, al defender desde España

63. AZAÑA, MANUEL, Obras Completas, Méjico, 1966, I - 128 y 150.

la simpatía por uno de los dos bandos fatalmente llega la pregunta: ¿qué han hecho por nosotros?

El francófilo tiene aquí, en principio, las de perder. Francia es la vecina y durante siglos ha disputado el cetro europeo a España con las naturales consecuencias de una lucha que, cuando no era bélica, era política o, como se denomina hoy, «de guerra fría». En el siglo XVII se menciona corrientemente «la natural antipatía entre españoles y franceses». El acercamiento del XVIII con los Borbones se truncó dramáticamente con la francesada de 1808, perpetuada en la memoria por los relatos de viejos al amor de la lumbre. La política gala en Marruecos donde dejó a España el hueso del Rif quedándose ella con la molla de la región fértil, tampoco ayudaba a amar a la vecina nación.

«Francia ha sido siempre enemiga natural de España, ha trabajado por empequeñecerla y por rebajarla... hay un proverbio árabe que dice: "Tu vecino es tu enemigo; el enemigo de tu vecino es tu amigo".

»Francia lo sabe bien y lo practica. Su política ha sido siempre no dejarnos levantar cabeza.» [64]

A estas palabras parece contestar un aliadófilo.

«No detestar a Francia por el prejuicio de que nos hizo daño... si hemos decaído ¿tiene alguien la culpa, sino nosotros mismos aniquilados por el absolutismo y el despotismo seculares, y la administración proterva y todo el rosario doloroso de nuestras desventuras?» [65]

Antón del Olmet, como la mayor parte de los aliadófilos que eran, además, izquierdistas, prefiere atribuir el hundimiento de la Gran España a problemas interiores antes que a la malévola acción francesa. Ya veremos otros ejemplos de esa tesis. Lo malo es que, en su arrebato, no recuerda que tanto el absolutismo como el «centralismo bárbaro» son ejemplos franceses. L'Etat c'est moi nació en París, como en París nació la doctrina de Richelieu que en La Rochelle acabó para siempre con las reivindicaciones aristocráticas que se confundían con las regionalistas. La fama centralizadora de Francia provocó, como es sabido, la candidatura austríaca en la guerra de Sucesión española. Y esa fama en 1914 había hecho a algunos catalanistas como Prat de la Riba, partidarios de un bando, el alemán, donde existía, por

64. BENAVENTE, J., «De Sobremesa», «El Imparcial», 22-II-1915.
65. OLMET, L. A. DEL, *Los Bocheros*, p. 229.

debajo del flamante Imperio, una organización federal. (v. Cataluña.)

«Algunos escritores franceses, Hervé entre ellos, son los primeros en confesar que sólo hemos recibido de Francia agravios y desdenes; que en la cuestión de Marruecos se han quedado solos, como vulgarmente se dice, entorpeciendo y desgraciando nuestra intervención y a cambio de todo esto, nosotros, almas grandes, todo lo perdonamos y postrados ante la hermana latina poco nos falta para decir que fuimos nosotros los pecadores. ¡Es para verter lágrimas! [66]

Hay algo que preocupa además a los españoles susceptibles de lo que piensen de ellos los extranjeros. Aparte de la antigua campaña bélica de 1808 ha habido hace poco otra campaña de prensa y pública, incluso con manifestaciones callejeras. Me refiero al proceso Ferrer, ocurrido cinco años antes de la guerra. Todas las derechas españolas recuerdan con indignación las manifestaciones que se produjeron en París (ocurrió en otras muchas ciudades europeas, pero aquí se notaron sobre todo las de París, lugar desde donde irradian los conceptos a todo el mundo civilizado). El director de «La Vanguardia», Miguel de los Santos Oliver, explica así la francofobia de muchos españoles: "Es el precipitado de dos siglos de ultraje contra España y más concretamente de un resumen de hace seis años; de la algazara internacional de 1909. Esa difamación sistemática llena de injusticias y superchería, pero sobre todo de desprecio, dejó en lo más hondo y subconsciente del alma española una irritación concentrada y oscura que acaba de encontrar su válvula de escape. Hay quien desea confusamente el triunfo de Alemania para que las pague todas juntas." » [67]

El fino escritor catalán ha puesto el dedo en la llaga. Ese «desprecio» que ha sentido Francia hacia su vecina del sur ha hecho más daño que muchos ataques. En muchos escritores españoles ha habido en sus ataques a la frívola París un incontenible despecho por no dominarla, por no poder formar parte de sus falanges intelectuales.

«Es tan poderoso el prestigio francés, tan seductora la tentación de Francia que los españoles, hasta los más empedernidos censores de otrora, olvidarán antiguas suspicacias.

66. Benavente, J., «De Sobremesa», «El Imparcial», 2-VII-1915.
67. Oliver, M. de los Santos, «La ambición de España», «ABC», IX-1915.

Por otra parte, los periódicos y revistas de Francia, abren hoy pródigamente sus columnas a los intelectuales españoles; muchos escritores de España como por méritos de guerra han recibido la deseada sanción parisiense, ingresando en el número de celebridades universales, junto a los genios checos, polacos, servios y brasileños.» [68]

El sarcasmo final no deja lugar a dudas de que esto lo escribe un germanófilo. Las líneas anteriores son, sin embargo, la concesión auténtica. Pocos escritores hispánicos se resisten a entrar en el ámbito francés por mucho que les separe de ellos sus ideas políticas o nacionales. El caso extremo, el de Blasco Ibáñez, que alardeaba ante Unamuno de tener los más refinados lectores del mundo, los que se paseaban por los Campos Elíseos. ¿No le gustaría a usted, don Miguel, triunfar ante ellos?, a lo que Unamuno contestaba con un balido nostálgico, ávido de soledad y altura: «Gredos... Gredos...»

Ese Blasco, excepción admitida por Salaverría en el poco caso de los franceses hacia la literatura española, tenía en sus libros la misma entrega intelectual que en lo humano «en efecto, eran unas novelas escritas primitivamente en castellano, pero sometidas a una estricta norma francesa».

El mismo Salaverría reconoce luego que el arte de Zuluaga triunfaba en París en el mismo período. Es difícil mantener que don Ignacio pintaba al gusto francés o con normas francesas, pero un buen polemista no se arredra. «Era un arte español, indudablemente muy fuerte; pero Francia sentíase grandemente halagada por la prueba de sumisión que importaba ese mismo arte». No, Zuloaga no llegaba de rodillas a Francia. Pero quizás hacía algo peor para complacer a los franceses. Ofrecerles la imagen de una España tétrica y oscura, a brochazos dramáticos que es la de toreros, enanos y monstruos de todas clases, con caballos destripados por los toros, es decir, la imagen que Francia y el extranjero en general, espera siempre de España y la que siempre ha amado. (Por la misma razón de servir —inmenso arte aparte— esa estampa bronca de nuestra sociedad, tendrá siempre más éxito García Lorca que Alberti y Cela que Delibes más allá de nuestras fronteras.)

Pero Salaverría recuerda demasiado claramente el proceso Ferrer y cuando lee el manifiesto de los intelectuales españoles aliadófilos se preocupa al ver entre los firmantes

68. SALAVERRÍA, J. M.ª, *La simpatía a España.*

al doctor Simarro, autor de un resonante libro en defensa del anarquista fusilado en Montjuich.

En el mismo artículo se cita un comentario de Gustavo Hervé, que se emociona ante el manifiesto español cuando tantos motivos tiene España de sentirse ofendida ante Francia. Concretamente en el caso de Marruecos... «¿podía especularse que el orgullo español no había de sentirse herido al vernos a nosotros que poseíamos en África tan vastos territorios, regatearles algunos rincones marroquíes y oponernos con nuestra internacionalización de Tánger a que la hermosa ciudad morisca (traducción incierta: Mauresque es mora, no morisco que resulta el moro entre cristianos) fuese un puerto español que a España le hubiera compensado de la pérdida de Gibraltar?» [69]

Como siempre Baroja muestra su heterodoxia dentro de las filas de los germanófilos al hablar de las maniobras francesas en Marruecos, donde la suspicacia de los germanófilos la hacía responsable de cualquier contrabando de armas; acusación que Baroja rechaza desdeñosamente. Sí admite, aunque de forma vaga —puede tratarse de un consejo o de un empujón— la influencia gala en nuestra acción marroquí que considera una equivocación. Otros, como Pujol, lo consideraban un acto maquiavélico.

En efecto, según este periodista español, tras la catástrofe de 1898 hubo un intento de reconstruir nuestra armada, nuestro ejército. «En ese momento el recelo de los interesados en que jamás seamos una gran nación se despertó de nuevo. Era preciso buscar un medio de volver a debilitarnos. Entonces se operó desde París y Londres con el señuelo de la conquista de una posición en Marruecos», igual, dice, como hacía Bismarck animando a Francia a la aventura del Tonkin o a Rusia lanzándola hacia Oriente. La prueba de que no se pretendía engrandecer a España es que «todo lo que podía darnos utilidad y prestigio —Tánger por ejemplo— se nos ha usurpado sin contemplaciones y donde el propósito de que nos arruinemos está en excelentes vías de lograrse».

El interlocutor —el maniqueo que Pujol se inventa— pregunta si, de todas maneras, Marruecos no es una buena oportunidad. «Podría ser, contesta el autor, si en el momento en que el gobierno parecía fuerte (se refiere al de Maura) no hubiera surgido el pretexto del proceso Ferrer para elimi-

69. SALAVERRÍA, J. M.ª, «El manifiesto de los intelectuales», «ABC», 12-VII-1915.

narle apoyando a la izquierda con su campaña internacional.» [70]

El caso Ferrer había dejado trauma en la mentalidad española agravada por el hecho de que esa campaña internacional antiespañola por el «mártir» se había concretado en el monumento al ajusticiado en Bruselas. Cuando la ocupación alemana varios se preguntaron si los alemanes lo derribarían para congraciarse con quienes habían sido sus más acérrimos partidarios en España, las derechas resentidas. Pujol decía que, aunque lo hiciesen, el hecho de acabar con un pedazo de piedra no cambiaría un aspecto fundamental: que los belgas siguiesen creyendo que se trataba de un mártir asesinado por la nueva Inquisición española. (v. «Bélgica».)

Si en la historia las posibilidades de los germanófilos son mayores cuando los países no son vecinos como Francia ni han tenido una flota que perturbara nuestras colonias como Inglaterra, en la literatura las armas son casi iguales. Y desde el principio de la guerra, los partidarios de ambos lados se apresuran a señalar la atención que los estudiosos franceses o los estudiosos alemanes han mostrado hacia nuestras letras, probando con ello, mayor afición y respeto que sus rivales.

En el principio fue el Verbo. En principio fue el Quijote. El libro más famoso de nuestra producción literaria ha sido seguido con atención. En algunos casos llevando el ascua a su sardina. Cuando las plumas francesas fueron preguntadas sobre el carácter del inmortal hidalgo contestaron que el Caballero de la Triste Figura no podía ser otra cosa que un tipo francés.

Salaverría se irrita ante esta connotación. ¿Por qué don Quijote es simplemente un tipo español? No. "Nos cabe el derecho a sospechar que el quijotismo, en lo que tiene de caballería, nace precisamente del mundo germánico" y eso lo dice después de advertir que estando lejos de la guerra "podemos juzgar las cosas con una libertad más grande y más serena". La preocupación germanófila del autor es tal que cuando líneas más abajo advierte que Cervantes —al menos él— era profundamente español, añade "Era español de buena raza. No era un *latino* como hoy se estila" [71]. Porque latinos, naturalmente, era la consigna aliada para estar cer-

70. PUJOL, JUAN, «España y los beligerantes», «ABC», 28-XI-1914.
71. SALAVERRÍA, J. M.ª, «Quijotismo», «ABC».

ca de nuestra hermana Francia, primero, de nuestra hermana Italia, después, frente al bárbaro.

La baza más importante de los germanófilos en el sentido de aproximación cultural a España la constituían los trabajos de Schlegel sobre nuestro teatro clásico. Pero Azorín, a veces imparcial, se deja arrastrar aquí por su amor a lo galo. Olvidando por un momento su buen razonar cartesiano, coloca en las columnas de aciertos de ambos países cantidades desiguales; así, aun aceptando a regañadientes trabajos eruditos como los de Schlegel, hace notar que antes de ello estaba Víctor Hugo que si no estudiaba a nuestros escritores vestía de españolidad a sus obras, *Hernani* y *Ruy Blas*, por ejemplo. «Y ese españolismo bien vale por lo menos... tanto como las simpatías, muy de agradecer, de los románticos alemanes». Y contrariamente a tantos españoles que han visto en la obra de T. Gautier una caricatura indigna de nuestro ambiente, exclama extasiado Azorín: «¡Cuánto y cuánto ha hecho por España este bello y sugeridor libro! ¿Hay alguno en castellano que le supere?»

Para Azorín mucho más valor que el resucitar una vieja obra española tiene el encontrar en ella materiales para una nueva obra de arte. Por ello más que el erudito alemán prefiere al Molière que escribe Don Juan y a Corneille que escribe El Cid. Lo que para un germanófilo constituiría un agravante —el robo de una idea nuestra— para Azorín resulta un delicado homenaje.

Pero aún le quedan a Azorín arrestos para combatir al articulista de «El Universo» en su propio terreno, el erudito. Si es cierto que Schopenhauer se ocupó de Gracián, otros franceses habían traducido antes al autor español del siglo XVII y además el mejor libro sobre él es obra de un francés, libro «admirable, minucioso, hondo» obra de Adolphe Coster. Y si es cierto que Fastenrath instituyó un premio anual para poetas españoles que otorga la Academia hubo, en el siglo XVIII, un erudito extranjero que subvencionó una magnífica edición del *Quijote* y encargó a Mayans una biografía de Cervantes. Y este hombre no era alemán «es verdad que tampoco era francés, pero... era aliado. Había nacido en Inglaterra y se llamaba Carteret».

En pocos capítulos de Azorín se muestra tan irreductible apasionado de lo francés como en éste. ¿Que hay una publicación alemana estupenda sobre arqueología española?, ahí están, también a su altura las francesas, entre ellas la de Pierre París. Y a la afirmación de que donde se han hecho más traducciones de libros españoles es en Alemania, res-

ponde Azorín con una frase en la que se iguala el amor a Francia y la vaguedad: «No, no. Desde el siglo XVII a la fecha es incalculable el número de libros españoles traducidos al francés.» —Con este maravilloso colofón—: «Desde luego *sea el que sea,* es superior al de los traducidos al alemán».[72]

Y en otro artículo remachará el clavo de su disparidad afirmando, sin ninguna prueba, que los románticos alemanes reivindicadores de Calderón le habían leído en la traducción francesa de Linguet. «Cuando los arrepticios alemanes del germanismo nos den en rostro con este fervoroso amor de los tudescos por nuestra literatura, que tengan la bondad de acordarse de que han sido los franceses quienes han dado a conocer a los alemanes los clásicos españoles.»[73]

Incierto —rebate un germanófilo—. Eso de encontrar en la obra española antigua materia para otra nueva, lo llama este germanófilo con otro nombre. «Yo no sé que en Francia hayan traducido a nuestros clásicos más que para fusilarlos, mientras en Alemania he visto representar muchas veces *El Alcalde de Zalamea* y *Doña Diana* (?). Del repertorio moderno recuerdo: *El gran galeote; Tierra baja; Juan José* y *El señor feudal,* entre otras. En París cuando se decidieron a dar una obra dramática española, tuvieron el tacto exquisito de elegir *Electra.* Para desacreditarnos sin duda.»[74]

Electra la obra dramática de Pérez Galdós, había sido estrenada en enero de 1901 entre ovaciones y protestas apasionadas por su carácter antirreligioso. Para Cadenas, derechista, era lógicamente una pésima imagen de su España.

72. AZORÍN, «Germanofilia, germanomanía», «ABC», 3-III-1915.
73. AZORÍN, «Shakespeare silbado», «ABC», 20-VII-1916.
74. CADENAS, J. J., «Los dominios del arte», «ABC», 5-XI-1914.

II. CATALUÑA ANTE LA GUERRA

La lucha entre aliadófilos y germanófilos en Cataluña adquirió características distintas que en el resto de España. La francofilia fue muy intensa y la publicación que se manifestó más claramente en ese sentido —tan claramente como para dar motivos a sospecharse de la procedencia de sus fondos— se llamaba «Iberia» y se publicaba en Barcelona.

En principio, Cataluña tenía que sentirse compenetrada con los países de la Entente, especialmente con la vecina Francia, con la que tantos lazos la unían. Pero algunos catalanes creyeron que el camino de las libertades catalanas estaba más de acuerdo con la organización de los Imperios Centrales. Se lo recordaba un periódico germanófilo.

«Es absurdo... que los autonomistas catalanes que debieran ver en la organización federativa de Alemania el emblema de sus ideales se hayan dejado arrastrar por los francófilos y realizar campañas frenéticas en favor de un país que se rige por el más estúpido y absorbente de los centralismos.» [1]

Históricamente nada podía negar que fuera cierto y la elección de los Austrias en la guerra de sucesión española por parte de los catalanes, se explicaba efectivamente, por el recelo ante el centralismo francés y Borbón que fue, luego, confirmado por el «Decreto de Nueva Planta» de Felipe V, aunque aquí ya puede discutirse si ello fue causa o efecto de la rebelión de los catalanes contra su rey. Lo que resulta evidente es que catalanistas informantes, empezando por Prat de la Riba y Cambó tuvieron fama de germa-

1. CIRICI VENTALLÓ, «El Correo Español», 21-V-15.

nófilos. Concretamente, al último, no le perdonaron jamás los francófilos catalanes la obsesión neutralista que reveló en su primer artículo al estallar la guerra. Cuando llegó la hora de firmar la adhesión a la causa alemana hubo, entre los adheridos, nombres tan prestigiosos dentro del catalanismo como Manuel de Montoliu, Jordi Rubio y el poeta Carles Riba.

Sabiendo la fuerza que tenía esa idea, un francófilo intenta desmontar esos principios —Alemania igual a estados federales— en la revista «Iberia».

«El federalismo alemán —empieza— está mucho más opuesto al principio de la nacionalidad que el unitarismo francés" y luego, demostrando lo enraizada que estaba la idea contraria, añade: «Ya vemos el gesto de extrañeza que se hará ante esta afirmación.» Para convencer a los que, según él, se dejan llevar de impresiones superficiales, Rovira y Virgili recuerda que el Imperio alemán está compuesto de varios estados pero todos son alemanes, mientras que las nacionalidades ocupadas por ley de guerra no tienen ninguna autonomía. «¿Dónde está —pregunta dramáticamente el autor— la autonomía de la Polonia y Lituania prusianas, o del Schlevig danés, o de Alsacia-Lorena?»

Analiza luego la autonomía de los estados alemanes que, insiste, tienen una misma lengua, son un mismo pueblo, una misma raza. Y si hay diferencias de instituciones, legislación y derecho entre Prusia y Baviera o entre Wurtember y Sajonia, el autor textualmente contesta «que no le preocupan demasiado como hecho, considerándolo más bien muestras de folklore político y jurídico sin mayor trascendencia». Mientras las tierras incorporadas por la fuerza al árbol alemán no tengan libertades, las que tengan las ramas diversas saliendo del mismo tronco no le parece a Rovira i Virgili de la menor importancia. «Es como si, en una España federal, Cataluña estuviese unida a Aragón y que ésta no le permitiese usar su propia lengua. ¿Qué ganaría la región catalana con no depender tanto de Madrid?». [2]

Lo mismo opina Nicolau d'Olwer que en un artículo, publicado en el mismo número, llama al alemán «imperialismo descentralizador pero uniformista y absorbente».

Los germanófilos insisten en sus argumentos de la comprensión de los Imperios Centrales hacia las reivindicacio-

2. Rovira i Virgili, «El feudalisme alemany», «Iberia», 1-V-1915.

nes nacionalistas y, esta vez, ponen como ejemplo el Imperio Austro-Húngaro que ya había sido citado por los regionalistas catalanes. Contestando al germanófilo «Danubio» que escribe en ABC, la misma revista «Iberia» en artículo sin firma, precisa, negando y afirmando al mismo tiempo en la más típica de las fórmulas dialécticas.

Por ejemplo, es cierto que están reconocidas oficialmente las lenguas diversas del Imperio. Pero, en gran parte, se trata de letra muerta.

Es cierto que hay una universidad checa en Praga pero... costó muchos tumultos el que se abriera. Y además no hay otra en Brunn, capital de Moravia aunque tenga tres cuartas partes de población checa. Que tampoco hay universidad italiana en Trieste (aparte de una Facultad de Derecho) y que no hay universidades rutena ni eslovena. En fin, que las nacionalidades del Imperio —excepto la Polonia galitziana— siguen luchando enérgicamente por sus derechos.

Después de lo cual, el cronista tiene que defender a los suyos de la misma acusación. Si Inglaterra no ha dado todavía el Home Rule a Irlanda, es sólo por la guerra y en Malta ha permitido el uso único del italiano en las escuelas. En cuanto a Rusia... el cronista se niega a comentarlo. "No me gusta defender malas causas". Pero ¿y Francia? Pues que aquí el proceso de la unidad francesa fue totalmente natural y Córcega, Niza, Saboya entraron voluntariamente en ella. No ve problemas a no ser... en Rosellón si "esa tierra catalana llega un día a contagiarse del anhelo nacionalista del viejo Principado".»[3]

Lo mismo dirá Martí Roger aunque su francofilia le hace equivocarse: «Si donde se habla alemán es la patria de los alemanes, Alsacia y Lorena conquistadas a Francia, donde se habla el francés, deberían ser excluidas de la patria...» (pero en Alsacia se habla alemán, aunque el ciudadano se sienta galo)... «como también las provincias polacas donde se habla polaco». Se trata de un poder absorbente constituido en el centro de Europa que la Monarquía francesa no había conseguido evitar»; y poco después da la razón a Eugenio d'Ors... «La lucha entre una y otra nación no es... debida a preconceptos ideológicos diferentes: es una lucha por la preponderancia; en este sentido no es disparatado afirmar que se trata de una guerra civil.»[4]

3. «Iberia», 22-I-1916.
4. ROGER, MARTÍ, V. L'ideal germanich, «Ilustració catalana», 14-III-1915.

Pero Cambó pone, como ejemplo de la libertad que quiere para Cataluña, la de un estado cualquiera del Imperio alemán.

«Por tanto, para que no se pueda decir que hay equívocos, que los que sepan leer nunca los habrán encontrado en mis palabras, yo os digo que para mantener el límite que se fije a la soberanía del poder catalán que pedimos, para evitar toda transgresión, admitiremos nosotros todas las garantías, todas las fuerzas del Poder central; pero, dentro del campo acotado de la soberanía que se otorgue a Cataluña no admitiremos otra sanción que la sanción de nuestros conciudadanos, que la sanción del sufragio universal, única sanción posible en las democracias. (¡Muy bien!)

»Respecto a esa delimitación de funciones, en el año 1916, yo di una fórmula: la del Estado alemán que la tuviera menor, y un año después, la Asamblea de parlamentarios concentraba, en una relación de funciones que estimábamos todos que indiscutiblemente pertenecen al poder central, una fórmula que era la traducción concreta de lo que yo había dicho el año 1916; porque eso es la autonomía, son las facultades atribuidas al imperio alemán para todos los territorios excepto para aquellos que gozan de mayores facultades. Y eso coincide casi exactamente con el Poder federal suizo y con el Poder federal norteamericano, porque en estas materias hay poco que inventar. Es tan claro, tan preciso, tan evidente lo que es la soberanía inherente al Poder central y todas aquellas otras materias que al Poder central no hacen más que estorbarle cuando hay órganos vivos capaces de ejercitarlo, que el deslinde se encuentra hecho en las Constituciones federales más diversas, siguiendo casi siempre los mismos senderos.» [5]

En otros casos, el líder catalán utiliza la guerra europea como escubierta amenaza y «La Tribuna», periódico germanófilo, se irrita cuando Cambó alude a la posibilidad de que en el intento de terminar con la neutralidad española, los países beligerantes aprovechen malestares internos y apoyen a los quejosos; la manera de terminar con esos peligros, afirma el líder político catalán, es dar a las regiones lo que es justo.

«España, señores diputados, la posición política de España, sus islas, sus puertos, sus comunicaciones, sus minas, su propia bandera no serán cosa indiferente al mundo al llegar

5. Diario de Sesiones de las Cortes, 20 noviembre 1918.

estos tiempos; todo eso está codiciado, y España y el Gobierno español estarán sujetos a diversos y encontrados requerimientos y a diversas y encontradas amenazas; y en estos momentos, hablar de neutralidad es hablar de las coplas de Calaínos; en estos momentos, España deberá tener opinión y adoptar postura y tomar resolución sobre un punto o sobre muchos puntos. Y al adoptarla causará agravios, rehusará decepciones; porque hoy la neutralidad española interesa a todos que la mantengamos; pero en aquel momento no podremos mantenerla; y, ¡ay de nosotros si la mantuviéramos! Lo que está ocurriendo a Grecia, es poco comparado con lo que ocurriría a España. Y entonces señores diputados (y aquí viene lo que algunos reputáis amenaza, lo que yo entiendo patriótica advertencia); no hay que ser muy ducho en historia diplomática para saber que un arma empleada por todas las potencias para apoyar pretensiones o vengar agravios, es la de promover, la de excitar conflictos en el país al cual se formula la petición o del cual se haya recibido el agravio, y luego convertirse en procurador, en vocero, en defensor de ese problema interior que, si no se ha creado, por lo menos se ha estimulado y se ha fomentado.

»Esto lo han hecho todos los países; esto lo hicieron los Estados Unidos en Cuba; esto lo hizo Inglaterra en Noruega; esto lo han hecho alternativamente, Austria y Rusia en los Balcanes; han aprovechado conflictos reales, los han excitado cuando les convenía, y han sido ante otras potencias los representantes no generosos, sino los representantes interesados, de esos pleitos que ellos mismos han excitado. Y para esa acción, para esa maniobra sirven mucho más los pleitos nacionalistas que los pleitos de régimen, y son los que se vienen utilizando hace años.»

«Como verán nuestros lectores —dice «La Tribuna»— los conceptos del Sr. Cambó no dejan lugar a dudas.

»Sólo nos sugiere a nosotros una pequeña aclaración. ¿Serían capaces los catalanistas de aceptar esa ayuda del extranjero, prestándose a semejantes maniobras?

»Porque la sola advertencia y la posibilidad de que tal cosa pueda ser una realidad, implica un insulto. Nosotros sabemos decir que, fuera de Cataluña, esas ayudas y esas maniobras no podrían tener eficacia alguna, y hasta nos atrevemos a asegurar, por el buen nombre de Cataluña por-que amamos sinceramente a esa región, y porque conocemos sus íntimos pensamientos, que a pesar de las advertencias del señor Cambó, tampoco en Cataluña tendrían repercusión los planes de Francia, comenzados ya a poner en práctica con el reciente viaje de la Comisión francesa, que tanto

ha dado que hablar, y cuyos planes conoce perfectamente el Gobierno.» [6]

He aquí, un artículo importante porque es una importante manifestación ideológica. Los senadores y diputados catalanes que terminan su mandato se dirigen a la opinión pública española con una propuesta: Hacer una España distinta y grande procurando la unión de pueblos hispánicos con igualdad de derechos y similitud de miras.

En su búsqueda de la solución ponen como ejemplo los países del mundo que son eficaces a pesar de su diversidad. Y curiosamente de nuevo, a pesar de la aliadofilia de la mayoría de catalanes, citan a los Imperios Centrales.

«...En el Madrid político ha sido siempre axioma para combatir los movimientos regionalistas que la unidad a través de la uniformidad refuerza a los pueblos y que, en cambio, la unidad por federación los debilita. Esto podía ser sostenido con alguna apariencia de sinceridad antes de la guerra actual; hoy no. Porque, sea cual fuere el juicio sobre causas de desarrollo y probable desenlace de la guerra actual, nadie podrá dejar de ver en la acción de los Imperios Centrales el caso de unidad, de coordinación, de aprovechamiento de todas las energías, más formidable y maravilloso que la historia haya registrado hasta la fecha. Entre Alemania, Austria y Hungría suman más parlamento, más asambleas legislativas que todos los demás estados de Europa juntos; tantos regímenes jurídicos civiles y administrativos como grandes provincias; casi tantas lenguas oficiales como lenguas habladas dentro de sus fronteras.

»Esta guerra es el triunfo del valor unificador, cohesionante del nacionalismo y la autonomía. Esas colonias inglesas, grandes como Imperios, libres como Estados independientes, que cuando nosotros las citábamos para basar reivindicaciones autónomas en favor de las colonias españolas, eran motejadas en Madrid de pueblos separados y separatistas, esas colonias aportan hoy en esfuerzo heroico a la metrópoli, a Inglaterra, tantos ejércitos y barcos y millones como España, por haberse resistido a conceder la autonomía, tuvo que invertir y gastar en perder las suyas.

»Barcelona, marzo de 1916. Ramón de Abadal, marqués de Alella, Federico Rahola, Luis Sedó, Leoncio Soler y March, Senadores del Reino; José Beltrán y Misitu, Eusebio Bertrand y Serra, Francisco de A. Cambó, marqués de Camps,

6. «El catalanismo ante las Cortes», «La Tribuna», 10-VI-16.

Manuel Farguell y de Magarola, Luis Ferrer-Vidal y de Soler, Juan Garriga Massó, Buenaventura María Plaja, Pedro Rahola, Alberto Rusiñol, Juan Ventosa y Calvell, Narciso Verdaguer y Callis, Diputados a Cortes.» [7]

Y Prat de la Riba verá en el nuevo mundo que se está forjando por la guerra el marco perfecto para las nuevas concepciones nacionales.

«La Europa de hoy... es la Europa de las grandes potencias rindiendo homenaje desde las alturas de su poder a la libertad, a la autonomía de las nacionalidades; la de los preliminares de la federación británica, la de la Polonia restaurada; la Europa de las constituciones que caen de las utopías despreciadas que triunfan: Una Europa constituyente.» [8]

Igual que en Cataluña, las declaraciones del presidente Wilson destacando los derechos de las nacionalidades en la Europa que ha de seguir a la guerra, son aprovechadas por algunos diputados vascos para reivindicar sus derechos. Éste es el telegrama que le mandaron:

«Al cumplirse el 79 aniversario de la anulación por el gobierno español de la independencia del pueblo vasco, los que suscriben, diputados y senadores en las Cortes Españolas, en nombre de todos los vascos que, conscientes de su nacionalidad, desean laborar por verla desenvolverse libremente, saludan al presidente de los Estados Unidos de América, que, al establecer las bases de la futura paz mundial, las ha basado en el derecho de toda nacionalidad, grande o pequeña, a vivir como ella misma disponga: bases que, aceptadas por todos los Estados beligerantes, esperamos verlas aplicadas prontamente para el mejor cumplimiento de lo que la justicia y la libertad espiritual y colectiva exigen. — Horn, Campion, Chaulbaud, Sota, Epalza, Arroyo, Ortueta Eizaguirre y Aranzadi.» [9]

La legión de los voluntarios catalanes fue la mayor aportación de la francofilia del Principado. Hubo otros voluntarios españoles que se incorporaron a las tropas francesas

7. «Per Catalunya i la Espanya gran», «La Veu de Catalunya», 13 marzo 1916.

8. *Document Trascendental pel govern de Catalunya. El President de la Mancomunitat als diputats que la integren,* «La Veu de Catalunya», 24-V-1917.

9. «Iberia», octubre 1918.

pero no existieron como agrupación regional. Rovira i Virgili veía en la creación de ese cuerpo, aparte de una muestra de amor a Francia, una baza importantísima para el reconocimiento internacional de los problemas de las libertades catalanas. «Esos dos mil hombres dan un valor internacional al movimiento nacionalista de Cataluña. Donde el estado español no está presente, acude un ejército catalán que, para después de la guerra, podrá pedir a Francia que sea su abogada para conseguir la autonomía.» [10]

Nicolau d'Olwer recordaba el caso de Polonia para aplicarlo a Cataluña. ¡Qué grave sería, decía, que un día España y Francia se enfrentasen en el campo de batalla y los catalanes de nacionalidad española tuviesen que luchar contra los de nacionalidad francesa! Olwer aplicaba esa posibilidad a encender su francofilia: «Catalanes... Si algún día se os habla de "intereses opuestos" de Francia y España recordad que dentro de Francia y dentro de España está Cataluña. Los intereses de un trozo no pueden oponerse a los de otro trozo de la nación catalana, ¡Catalanes!, seamos siempre catalanes!» [11]

Para algunos, Cataluña puede sacar partido de la guerra recuperando tierras irredentas.

El Padre Joan Avinyó ve como segura la constitución de los Estados Unidos de Europa que ocurrirá porque la guerra «obra en la historia como un revulsivo que disuelve y aniquila las composiciones artificiales y purifica los elementos. Al liquidarse pues, el absolutismo de las oligarquías modernas y del centralismo burocrático, sobrevivirán solamente las únicas ideas que hoy señorean ya en los cerebros. El socialismo y el nacionalismo».

Ese principio benefactor de la guerra que, en algunos momentos defendió también Ortega, está aquí asombrosamente apoyado en dos elementos que se contradicen, por muchos esfuerzos ideológicos que el presbítero enuncie. Pero su optimismo y su nacionalismo parecen más de acuerdo al pedir que, en la próxima conferencia de la paz «si no fuese posible arrancar Gibraltar a los ingleses al menos se nos devuelva el Rosellón y la Cerdaña, territorio catalán sometido a Francia».

Y ¿por qué esa diferencia de prioridades? Porque «la política de odios y discordias debilita la moralidad pública y por ello sólo la conciencia catalana siente la imputación que inicuamente se hizo de su territorio; los castellanos

10. Rovira i Virgili, «Soldats de Catalunya», «Iberia», 15-IV-1916.
11. Nicolau d'Olwer, L., «L'exemple de Polonia», «Iberia», 18-IX-1915.

apenas piensan en Gibraltar». Parece claro que el ansia de recuperar el Peñón no era tan grande en España como para evitar que surgiera la gran masa de aliladófilos, pero tampoco se vieron por las Ramblas, antes o durante la guerra, manifestaciones públicas exigiendo el inmediato retorno a Cataluña de aquellas regiones.

Para el autor la cosa es simple. De familia a nación (Cataluña considerada como tal) es una escala natural de vida. El Estado, ente artificial, debería servir sólo de enlace amplio con los otros Estados para formar la confederación europea que preconiza. [12]

El catalanismo aprovecha a menudo la coyuntura aliadófila para recordar la unión de tierras catalanas por encima de las fronteras. El editorialista de «Ilustració catalana» destaca un acto de hermandad celebrado en Perpignan.

«Ha sido, por encima de todas las convenciones políticas, un acto de familia. Los catalanes de este lado de los Pirineos han ido a consolar en su pena a los catalanes del otro lado, estrechando en esta ocasión los lazos de parentesco. Ha sido una nueva afirmación de que la frontera artificial marcada por un tratado de los hombres... no lo es para nosotros que no reconocemos más que la actual, la que ha marcado Dios sobre la tierra en los límites de la Lengua...»

El periodista recuerda que Cataluña cabalga por encima de los Pirineos porque la Lengua es más fuerte que la política. Y a propósito de ella analiza la razón concreta de la visita.

«Naturalmente, al darles el abrazo de hermandad, nos hemos dolido de sus penas en esta guerra colosal que ellos sostienen en buena parte y les hemos deseado una buena victoria para su bien y el de la civilización. Es un pedazo de nosotros mismos que está sufriendo en esa guerra terrible que tiene ya millares de mártires, que tiene a su hijo predilecto, generalísimo Jofre, catalán de cabeza a los pies llevando la alta dirección.

El cronista recuerda, que en el acto fue impuesta la Cruz de la Legión de Honor a Ángel Guimerá y reproduce sus versos escritos para la ocasión, versos en los que se

12. Avinyó, Joan, «La unitat d'Europa», «Els amics d'Europa», Barcelona, 4 septiembre 1915.

unía la relación catalana antes aludida con un brindis para la victoria final:

...Por sobre el mar del mundo civilizado
oleada de barbarie se ha alzado
que el soplo del diablo hacia el bueno desboca
pero Dios, os ha clavado donde estáis, como roca
y la onda en espuma se ha tornado. [13]

Los intentos de mostrar una unión catalana que automáticamente introdujera a la región en una guerra que algunos consideraban errónea, lejana, peligrosa para la unidad europea, había ya obligado al escritor Alfonso Maseras a protestar en la revista «Renaixement». La publicación "Els Amics de Europa" se alegra de una reacción que concuerda con sus propias ideas y reproduce el final del artículo en que Maseras «reñía» afectuosamente a sus paisanos.

«¿Sería inoportuno, sería contraproducente predicar la concordia y el respeto mutuo tan necesario en las cosas graves que están pasando? Yo os invito a todos a ser más tolerantes, más serenos, es decir, más civilizados. Dejad que esos espectáculos discordantes se produzcan en otros lugares pero no permitáis, no queráis, que sucedan en nuestra casa. ¿Hasta cuándo seremos como niños mal educados? ¡Quosque Tandem! ¿Seremos también violentos con este hermano que os habla con todo el corazón, que se lamenta de nuestros odios y de nuestras miserias y que desde siempre ha sido, "un amigo de la amistad moral de Cataluña?"» Alfonso Maseras. [14]

Madariaga sale al paso de una comparación grata a muchos germanófilos. «Inglaterra oprime a Irlanda como España a Cataluña». La permanencia del problema del Ulster hace hoy todavía actual este trabajo:

«IRLANDA Y CATALUÑA; Londres y julio de 1916.

«La primera analogía entre la opresión castellana en Cataluña y la opresión inglesa en Irlanda es que ninguna de las dos existe. Tanto Irlanda como Cataluña son hoy regiones de privilegio económico y de libertad racial. Si la balanza de beneficios en el Reino Unido arroja saldo en contra de Inglaterra, que gasta en Irlanda bastante más de lo que cobra, ¿qué diremos de la balanza española en Cataluña, que ayuda a sostener la prosperidad económica de la región

13. «Ilustració Catalana», 20 febrero 1916.
14. «Els Amics d'Europa», 15 julio 1915.

con tarifas prohibitivas? Si libre es el lenguaje en Irlanda, no menos libre lo es en Cataluña. Pese a la carta de D. Antonio Maura, no parece que los catalanes hayan sido víctimas de la persecución del lenguaje que se observa en la Polonia alemana, en Alsacia, Lorena o en Finlandia. Si no se enseña catalán en las escuelas oficiales, tampoco se enseña aritmética, y si los notarios no son del país, ello no es ciertamente debido a plan sistemático. Nada es sistemático en el Estado español.

»No para aquí la analogía. Así como en Irlanda el Sinn Feiner se opone a la Home Rule porque aspira a la Independencia, y el unionista porque desea el statu quo, así en Cataluña, el Sr. Cambó tiene a su izquierda al separatista y al radical unionista a su derecha. Mas aquí se inicia una importante divergencia. Sigámosla. En Irlanda, el Sinn Feiner o separatista (en exigua minoría) constituye una variedad extrema del nacionalista y puede confundirse con él. El unionista, por el contrario, es un tipo completamente distinto. Unionistas y nacionalistas ocupan regiones distintas en la isla, y se hallan separados no sólo por sus opiniones sobre las relaciones angloirlandesas, sino por su religión, su vida económica, su origen étnico. De las cuatro provincias de Irlanda, una, Ulster, es unionista, industrial, protestante y escocesa; las otras tres: Connaught, Leinster y Munster son, por el contrario, nacionalistas, agrarias, católicas y celtas. La falta de unanimidad procede, por consiguiente, de la inclusión en Irlanda de la Región del Ulster, meramente por estar situada dentro del perímetro de la isla. Pero es evidente que Ulster no es irlandés. Es un islote, o lo que los franceses llaman una "enclave" de la Gran Bretaña, y el problema de Irlanda se aclara considerablemente haciendo abstracción de la provincia discordante. Reducida a las tres provincias católicas, Irlanda se halla en completa unanimidad.

"De aquí una diferencia importante con Cataluña. En el principado no hay unanimidad en cuanto a las aspiraciones catalanistas. Catalanes hay que no las sienten, otros que las desean y ven en ellas la autonomía, otros para quienes son la independencia. Y esa falta de unanimidad no obedece, como en Irlanda, a la existencia de un islote de castellanos o de franceses en Cataluña, sino a la misma heterogeneidad de la masa política catalana, que no ha cuajado en un bloque catalanista único.

»Ahondemos algo más en esta idea de la unanimidad. Tal y como se presenta en Irlanda, la unanimidad sobre el problema nacionalista produce la atonía completa del ambiente

político interior. Esto es consecuencia de una ley general que la observación de los nacionalistas más europeos permite establecer. El país cuyo problema nacionalista está por resolver, carece de política nacional. Esta proposición se explica fácilmente. Las ideas políticas tienden siempre a tomar cuerpo en la ley, y mientras el instrumento legislador se halla en manos extrañas, carecen del estímulo vital de la esperanza que hace de ellas cosa más sustancial que meras posturas académicas. Por otra parte, donde hay nación, las ideas políticas se refieren a las circunstancias de la nación; mas si por la fuerza de un poder extraño la nación se ve privada de vida autónoma, si un centro de gravedad político se halla fuera del territorio y del ambiente nacional, las ideas políticas quedan descentradas y diluidas en un ambiente más amplio y heterogéneo. Esto explica que en estos casos la pasión política se consuma íntegra en el ideal nacionalista. El nacionalismo, es, pues la cuestión previa, y mientras no se resuelve, todas las demás cuestiones están en suspenso.

»Estas consideraciones se aplican rigurosamente a Irlanda. No existe más que un partido político irlandés: el partido nacionalista. Los "independientes" que siguen a Mr O'Brien, son también nacionalistas, y sus diferencias con el núcleo principal del partido que dirige Mr. Redmond, carecen de base alguna doctrinal. Y sin embargo, en Irlanda existen latentes, entre otras cosas, la cuestión obrera y la cuestión clerical. Pero aguardan en suspenso a que se resuelva la cuestión previa, y esto es tan verdad que, de creer a un diputado irlandés que me hablaba recientemente sobre la crisis de su país, el obispado católico de la isla, aunque en público ardiente defensor de la Home Rule, combate en la sombra de la reforma, sabedor de que el Parlamento de Dublín vería el nacimiento en Irlanda de un potente partido anticlerical. La situación es, pues, análoga a la de la "unión sagrada" que la guerra ha producido en los países beligerantes, y esta comparación es muy sugestiva, pues suministra un criterio que permite distinguir la existencia del ser nacional. Si el problema nacionalista crea la unión sagrada, es que la oposición del poder central antagonista actúa como fuerza extranjera o externa. Las fuerzas internas producen división, disgregan.

»Apliquemos este criterio a nuestra Cataluña. Es evidente que no hay unanimidad catalana en cuanto al nacionalismo. Ni el Sr. Salas Antón, ni el Sr. Lerroux son voces que claman en el desierto, sino manifestaciones de una opinión centralista muy extendida en Cataluña. No sólo ha sido im-

potente el nacionalismo para imponer su supremacía en el ideario catalán, para agostar, con el entusiasmo autonomista, las demás floraciones políticas de la tierra catalana sino que ni siquiera ha conseguido aunar temporalmente los diversos partidos catalanes en una común aspiración local. El bloque aquel de Salmerón se resquebrajó precisamente por las junturas del mortero nacionalista, mientras subsistían íntegras las piedras de los partidos que lo habían formado. Y el nacionalismo, una fuerza más, ha venido a aumentar, de ningún modo a disminuir la heterogeneidad del ambiente político catalán. No cabe duda que el «visca Catalunya» es hoy un grito que despierta vibración simpática en todo corazón catalán; pero mientras no sea el único grito, mientras tenga que luchar, a veces en condiciones de inferioridad, con el viva Don Jaime, o el viva la república, con el viva la monarquía o viva el Corazón de Jesús, es permitido dudar de la fuerza de opinión que apoya al Sr. Cambó y al señor Prat de la Riba.

»A la luz de este paralelo, no parece, pues, que pueda afirmarse con gran aplomo la existencia de una nación catalana. E pur si muove. ¿Será por ventura que se está formando ante nuestros ojos?» [15]

15. SALVADOR DE MADARIAGA, «Irlanda y Cataluña», «España», número 77, 1916.

NOTA:

José Carlos Mainer ha resumido muy bien la actitud catalana ante la guerra en el ensayo publicado en «Literatura y pequeña burguesía en España», Madrid, 1972, pág. 160.

III. VISIÓN PARCIAL DE ALEMANIA

¿DISCIPLINA SANA O MILITARISMO AGRESIVO?

La disciplina alemana

La disciplina es parte intrínseca del pueblo alemán y la disciplina significa organización ante la que se extasian todos los germanófilos.

«A los latinos les irrita Alemania, porque Alemania significa la tensión, el esfuerzo máximo y disciplinado: el perseguimiento de la obra, sea comercial o ideológica hasta los últimos fines. El latino —y se quiere decir todos los meridionales...»

(Salaverría toca aquí un punto interesante. La expresión «latina» que tanto irrita a Baroja, se emplea en general para hablar de Francia e Italia contra el teutón pero las consecuencias que sacan de su descripción corresponden realmente más al Mediterráneo. Si hubieran empleado esta denominación los aliadófilos hubieran sido blanco de la fácil crítica del germanófilo; racialmente considerados, más cerca estaban dos enemigos, Inglaterra y Alemania con raíz sajona que Inglaterra y Francia. Y no hablemos de cuando entra en liza el eslavo, Rusia.)

»...detesta en Alemania esa máxima tensión que obliga al mundo a multiplicarse. Se siente el latino irritado contra una humanidad que impone su sentido de una vida tensa y grave, frente a un sentido frívolo, negligente y perezoso.» [1]

1. SALAVERRÍA, J. M.ª, «Latinismo y Germanismo», «ABC», 15-VIII-1914.

Cuando llega la guerra esa diferencia técnica, matemática, precisa, evidentemente coloca al «latino» en inferioridad y para compensarla, ocurre lo que jubilosamente denuncia Benavente:

«En Inglaterra como en Francia, cuando se trata de organizar algo de lo mucho que estaba desordenado, sólo se oye lo mismo; "Imitemos a Alemania, hagamos como los alemanes; copiemos su organización..." Y para imitarlos, ¿valía la pena combatirlos? ¿Pues no habíamos quedado que todo era barbarie y fuerza bruta?» [2]

Pero naturalmente, contestan los enemigos ideológicos del autor teatral, organización la tienen toda, pero ¿para qué?, ¿con qué propósito?; pregunta Azorín.

«A cuántos españoles que como yo son liberales, les ha seducido este vocablo; ¿quién habrá que no acepte la organización? ¡Hasta las revoluciones han de ser orgánicas y sistemáticas! Pero organización ¿para qué...? ¿Cuál es el contenido de la organización alemana? Una organización, una disciplina, una jerarquía y seriación sociales dispuestas y encaminadas a la dominación militar no podemos aceptarla los liberales...» [3]

Otros escritores como Montoliu glosarán entusiasmados la técnica «como una fuerza de carácter universal».

Esa organización contrapuesta a la frivolidad, al instinto, al impulso, ¿no es una muestra clara de la superioridad de la cabeza sobre el corazón, de la lógica llevada al extremo preciso? ¿Será entonces Alemania la patria de Descartes? Así lo afirma un novelista: «La razón, pese a los jacobinos que le rinden culto en las calles de París es una diosa más alemana que francesa», dice Ricardo León.

¡Qué espíritu el alemán! Los visitantes —amigos— se pasman...

»Vengan ustedes y verán cómo trabajan las mujeres —nos dijo el fabricante.

»Nos dirigimos hacia nuevas secciones de la fábrica y pronto oímos el canto de una masa coral...»

2. Benavente, J., «De sobremesa», «El Imparcial», 5-VII-1915.
3. Azorín, «El espíritu y la organización», «ABC», setiembre 1915.

Nota aquí el autor diversos ejemplos de ritmo aplicado al trabajo agrícola o fabril.

«Pronto noté que la canción era el himno alemán "Deutschland, Deutschland über alles..." Penetramos en los vastos departamentos, y vi que el coro de trabajadoras estaba acupado en manejos distintos e inarmónicos. No había concordancia entre la melodía y el trabajo.

»Pronto me lo expliqué. El himno, la invocación a la patria era lo que regía y dominaba como sentimiento lírico toda la actividad alemana en aquellos momentos; era una inspiración que se filtraba como aliento vivificador e ideal en todos los actos independientemente de las exigencias de la armonización puramente física. Y es que aquel himno no era una canción, era una plegaria.

»—Señor Lohrmann, ¿cantan siempre como ahora?

—»Siempre, señor. Son himnos patrióticos los preferidos y constantemente los repiten.

»¿Cómo han de cansarse?, pensé. ¿Acaso se cansa el creyente de rezar? Así como éste encuentra en la oración una fuente inagotable y pura, también el alma patriótica encuentra, siempre nueva y seductora, una recóndita armonía en la invocación lírica de la patria, grande y apasionada como los salmos. Después de un año de guerra las mujeres alemanas no lloran, cantan, y repiten el himno nacional como la oración con la que se saluda el día y se santifica la noche.» [4]

(De la misma manera que se admiraba Gay en Alemania lo hacía en Francia Maeztu entrando en un taller militar lleno de mujeres «observamos —decía el escritor aliadófilo— que las mujeres alternan cuando trabajan, la Marsellesa con viejas canciones populares, canciones de amor. Cantan a coro a media voz, con voces pobres, no mal afinadas. Algunas son guapas y se adornan con flores. Las canciones amorosas son lindas pero las trabajadoras vuelven siempre a la Marsellesa.) [4 bis]

Para Gay, igualmente son de admirar los niños...

«Cuando el tren se aproximaba a la estación de Triberg, oímos un griterío muy fuerte y sonidos de trompeta. Nos abalanzamos a las ventanillas, y vimos un cuadro terrible en medio de su aparente sencillez: un nutrido pelotón de mu-

4. Gay, Vicente, *El pensamiento y la actividad alemana en la guerra europea*, Madrid, 1916.

4 bis. Maeztu, Ramiro de, *Inglaterra en armas*. Londres, 1916, p. 78.

chachos menores de trece años corría hacia el terraplén de la vía férrea, blandiendo espadas de madera y fusiles de latón uniformados unos y desgalichados otros, mientras los más pequeños se quedaban detrás soplando con toda fuerza de sus pulmones en los pequeños clarines de guerra. Treparon hasta llegar a la alto del terraplén y allí saludaron militarmente a los pasajeros.

»A mí me pareció que recibía la impresión de la infancia de una nueva Esparta, al ver aquellos niños que seguían la senda de los hombres fuertes, que tenían madres que no lloraban ante el peligro ni les llevaban pegados a sus faldas, niños herederos de un Imperio que se disponían a perpetuarle.»

Disciplina como fe...

A Ricardo León le parece que, en comparación entre meridionales y nórdicos —empleando ese término geográfico para los alemanes— las ventajas están todas a favor de los segundos aunque los primeros no quieran reconocerlo. El novelista español se extasia por el contrario ante «esos hombres sencillos e ingenuos de las ciudades alemanas, de esos sabios —niños de la aula del laboratorio, de la biblioteca y el taller— que juntan a la serenidad científica un resplandor de humanidad afectuosa y dulce».

Nada menos. Pero esa disciplina ¿no oprime? De ninguna manera... «A pesar del régimen colectivo, donde los fueros individuales tropiezan con tantas restricciones, aquí se siente el ciudadano, prácticamente, más libre y dueño de sí mismo que en parte alguna.» Dado que en otras partes reina le desorganización y la corrupción, la libertad individual no sirve para nada. En Alemania, en cambio, «disciplinada la vida material puede el entendimiento volar con más empuje y mayor anchura». Y termina con la alusión típica de tantos germanófilos a los países que no tienen más que pasado.

«¡Cuánto tienen que aprender de Alemania esos pueblos infantiles y decadentes (curioso que los "niños" sean ahora los otros)... que hoy derrochan la savia que les queda en combatir y escarnecer una cultura, la más íntegra, la más sólida y audaz de cuantas se lanzaron en nuestro siglo a la conquista del poder!» [5]

5. León, Ricardo, «Aspectos de Alemania. El ambiente», «El Imparcial», 24-IX-16.

¿Qué mérito tiene esa disciplina ciega?, se pregunta Unamuno:

«*Carboneros troglodíticos.*

»No logro resolverme a conceder valor moral ni a una fe que no duda ni a una valentía que no tiembla. Me parecen algo así como la castidad de un eunuco o la humildad de un imbécil.

»Siempre he creído que la fe humana, quiero decir la fe de un hombre, se alimenta de dudas y hasta de desesperaciones. Es la fe del apóstol Pedro vacilando en el haz de las aguas y negando tres veces a su Maestro; es la fe de Sancho dándose cuenta de la locura de su señor. La otra, la del carbonero troglodítico, no es fe humana. Ni tampoco sobrehumana. Es, dígase lo que se quiera de la obra de la gracia divina, fe infrahumana.

»La llamo carbonero por aquello de la fe del carbonero o implícita, del que al preguntarle qué creía, contestaba que lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia; y al preguntarle por lo que ésta enseña y cree, decía que lo mismo que él y de ahí no salía. Y le llamo troglodítico porque un mamífero así —no me atrevo a decir hombre— es cavernario como el oso paleontológico; por él no ha pasado la historia.

»¿Y un pueblo entero de carboneros troglodíticos de éstos? Hay quien lo admira y dice que eso es un pueblo con disciplina y con patriotismo y con fe en su destino y con voluntad de dominio. Claro que quien así admira a un pueblo tal, o es también un carbonero troglodítico o lo que es peor, es un redomado vividor saduceo a quien le conviene que sean carboneros troglodíticos aquellos a quienes explota y le mantienen.

»Un pueblo para quien la verdad oficial es la verdad, que no sólo no discute a sus autoridades, sino que las cree a pies juntillos, un pueblo que no duda de la previsión de sus directores, eso no es más que un pueblo cavernario. Y aunque muchos de los individuos que lo componen sean eminentes en tal o cual disciplina técnica de los conocimientos humanos. Porque se puede muy bien ser una autoridad científica en química, en física, en cálculo infinitesimal, en psicología o en exégesis bíblica, y tener un alma de niño o de hombre prehistórico de las cavernas. La infantibilidad se aúna muy bien con la sutileza teórica...» [6]

6. UNAMUNO, MIGUEL DE, «Carboneros troglodíticos», «Iberia», 21-VIII-1915.

Besteiro se indigna ante la benevolencia con que algunos de sus compañeros españoles ven a Alemania con el pretexto de que peor están las cosas en España.

«...¿Que no existe militarismo? ¿Pues qué son los desafueros de los ejércitos que sirvieron siempre de instrumento al imperialismo, de las mesnadas de los señores feudales, de las tropas mercenarias que a través del tiempo fueron organizándose de manera diversa hasta constituir los ejércitos actuales?

»Decía el compañero Verdes Montenegro que eso que se llama militarismo existe en España más que en Alemania. Cierto que hay militarismo en España como hay clericalismo; pero el cura español vale mucho menos, es menos inteligente que el cura de cualquier otro país, que el cura austríaco por ejemplo.»

Esa precisión negativa sobre Austria, país apenas mencionado cuando se trataba de filias y fobias, corresponde a una actitud anticatólica que compartirá Unamuno. Para la izquierda española el Imperio Austrohúngaro tenía un vicio de origen que le aparentaba más con las derechas españolas que Alemania. Era la obediencia a Roma.

En cuanto al militarismo español se manifiesta de distinta forma que en Alemania. Donde más gustan los militares de lucir el uniforme es en Madrid y en Viena más que en Madrid.»

Y acusa al ejército alemán de dura severidad que no puede aliviar el benéfico influjo de una alfabetización masiva.

«Pero si Rosa Luxemburgo, si nuestra valiente camarada hubiera oído a Verdes Montenegro afirmar que en Alemania no existe militarismo...

»En Alemania se pega bárbaramente en los cuarteles, y en la magnitud de los esfuerzos que los pobres soldados y que el pueblo alemán pone en combatir tal barbarie se puede apreciar también la magnitud de los palos que han recibido de las bestias que tienen por oficiales. Se pega en los cuarteles mucho más que en España, mucho más.

»Dijo el compañero Verdes que en Alemania, al mismo tiempo que el servicio militar obligatorio, se decretó la enseñanza obligatoria. Y yo le digo que los pedagogos alemanes son cabos furrieles.

»VERDES: Ya los quisiéramos para nosotros.

»BESTEIRO: No; quisiéramos pedagogos tan sabios, tan in-

teligentes como los alemanes, pero sin su espíritu de cabos furrieles. En los gimnasios alemanes, donde se enseña mucho y bien, muchos escolares se suicidan por no poder resistir la disciplina escolar. Como en los cuarteles. Y si Alemania es grande con el cabo furriel, nosotros queremos que sea más grande aún sin el cabo.» [6 bis]

El militarismo alemán era artículo de fe entre los aliadófilos. Ya sabe usted, allí en Alemania quien manda es el militar... el pobre civil está siempre sometido a su dura disciplina. Es el amo de la calle.

Por ello los germanófilos procuraron, desde el primer momento, acabar con la que ellos llamaban leyenda. Ya el catorce de septiembre, apenas comenzada la guerra, José María Salaverría va a aquel país y escribe para «ABC» sus impresiones.

«No en vano ha vivido uno bajo el influjo de los prejuicios universales. La disciplina alemana, el militarismo prusiano, la brutalidad teutónica... en la frontera vi los cascos de los oficiales prusianos. Entonces se redobló mi zozobra. Ya estaba en poder de la burocracia férrea, del militarismo inflexible, de la ley violenta e implacable.»

El cronista juega, naturalmente, a extremar la posibilidad negativa para que sea más interesante la comprobación contraria. ¿Qué encuentra en lugar de esa violenta expresión de autoridad? Nada.

«Bien pronto comprendí que mi temblor inicial era completamente ridículo. La mano del prusiano no la vi por ninguna parte... Alemania, en tiempo de paz, se esmera en ocultar su gente armada ocupándola en faenas y ejercicios de cuartel y campamento.»

Lo que ocurre es que el pueblo está más organizado y obedece mejor: «Yo he encontrado que la disciplina alemana no significa hostilidad, brutalidad, intemperancia, esclavitud. A mí me ha parecido, simplemente, orden.»

Para Salaverría, como para muchos otros germanófilos, esa es una virtud que los españoles deberían aprender ya que nos iría mucho mejor con ella. El cronista se niega a considerarlo imposible.

6 bis. Congreso del Partido Socialista, octubre 1915, «El Socialista», 26-X-1915.

«La vida así regularizada, lógica y densa, ¿ha sido siempre imposible en España?, es seguro que no...», y termina con una curiosa comparación: «El país vascongado vive una vida, en lo que cabe, centroeuropea.» [7]

Esa general disciplina de la población fue aprovechada por el sarcasmo de Julio Camba, que aseguraba que todo estaba programado, como hoy se diría, para que el alemán medio lo cumpliera a conciencia.

«Todos los lugares públicos alemanes están llenos de carteles donde se les dice a la gente lo que las autoridades desean de ella que hagan. Los alemanes se calan sus gafas, leen las instrucciones y las ejecutan al pie de la letra. Y no sólo se dice a los alemanes lo que deben hacer sino también lo que deben sentir. Al principio de la guerra se inició en Alemania... una verdadera caza al espía de la que resultaron muchos errores lamentables y muchas víctimas inocentes. Un simple aviso de las autoridades bastó para contener la ira popular... ahora se les ha dicho que no deben odiar a Francia ni siquiera a Rusia sino únicamente a Inglaterra y los alemanes odian únicamente a Inglaterra.»

La teoría de Camba, llevada al extremo, es que los acontecimientos que en otros países se producen por combustión espontánea, tal el heroísmo, tal el amor, en aquel país obedecen simplemente a una consigna venida desde arriba.

«La gente que fuera de Alemania lee las proclamas del Kaiser no sabe el valor que estas proclamas tienen. Cuando el Kaiser escribe, por ejemplo, que espera de sus soldados una conducta que asombre al mundo parece que hace literatura. No; no hace literatura. Los soldados leen el escrito del Kaiser y luego asombran realmente al mundo. Asombran al mundo de acuerdo con las instrucciones recibidas igual que, con otras instrucciones, se abstendrían de fumar o de escupir en el suelo.» [8]

¿Militaristas los alemanes? Un hombre tan civil, tan paisano, como Eugenio d'Ors se ríe de esa fama que atribuye, nacida en la misma Alemania, a los jóvenes melancólicos a los que un subteniente birla la novia o a los socios de un casino de provincias, irritados por el número desproporcio-

7. Salaverría, J. M.ª, «ABC», 14-IX-1914.
8. Camba, Julio, «La disciplina», «ABC», 28-XI-1914.

nado de solteros entre los oficiales de guarnición. «Personalmente —añade— no he visto, no he conocido militarismo en Alemania sino entre militares.

»¿Y un militarismo de militares qué es? Espíritu de clase, orgullo de clase... como tienen y no con manifestaciones de menor exclusivismo los profesores: véanse las sátiras de un Schopenhauer. ¿Hablaremos pues de un "profesorismo"? ¿Y los menestrales? Para comprender hasta dónde puede llegarse... bueno es echarnos a la cara mejor aún que un poema como los wagnerianos Maestros Cantores, a un relojero de Nuremberg o a un operario de la casa Zeiss. ¿Y los estudiantes?... hay un militarismo alemán como hay un profesoralismo y un artesanarismo. Orgullo de clase... orgullo de función. El hombre-función apreciado por encima del hombre-persona. La conciencia de ser un órgano prevalente, sobre la conciencia de ser un fin.

"Socialismo en suma. Lo más contrario que pueda imaginarse al militarismo si por éste continúa entendiéndose... el vicioso predominio de un órgano del Estado.» [9]

A esa conclusión llega también un germanófilo eminente, la máxima figura en su bando con Baroja. Jacinto Benavente explica: «Yo creo que en Alemania recibe el mundo la mejor lección de socialismo. Y como creo que el mundo dentro de algunos años será socialista o no será, tengo la lección por muy provechosa.»

Profecía que no era fácil en 1916 cuando se publicó el folleto «Amistad Hispano Germana» de donde es el prólogo. Antes, Benavente había hecho un ataque al que llama tópico:

«¡Ah!, el argumento supremo. ¡El militarismo, la fuerza bruta!, hay que terminar con el militarismo. Sí, es verdad. ¡Habráse visto esos alemanes! Sienten, saben, que están rodeados de enemigos y no se cuidan más que de prepararse para su defensa... ¡son unos miserables!

»...¿qué nación nos ha aturdido más con sus empresas guerreras, imperialistas y coloniales? ¿Ha sido Alemania? Aparte la guerra del 70 con Francia, imperio militarista por excelencia, ¿en qué otras funciones guerreras ha intervenido Alemania? ¿Qué conquistas, qué imposiciones han sido las suyas? Su colonización ha sido comercial y pacífica... pero como lo importante son las palabras... Alemania, Imperio...

9. Ors, Eugenio d', *Tina i la guerra gran,* Ed. Española. *Cartas a Tina,* Ed. José Ferrán, Barcelona, 1967, carta XXXIII.

Militarismo, despotismo... Francia, república... libertad, democracia. ¿Ha habido en todo el siglo nación más guerrera que Francia?»

Los gastos militares y navales por habitante en 1913 fueron en Alemania de 21,86, en Francia de 29,67, en Inglaterra de 33,05 advierte Salaverría en apoyo de esta alegación (ABC 14-I-17). Claro que, como todas las estadísticas, ésta puede rebatirse diciendo que los gastos superiores de Inglaterra y Francia eran un desesperado intento de ponerse a la par con su mortal enemigo preparado, desde hacía mucho, para atacarlas.

Insiste Benavente en la misma tesis de otros germanófilos. El militarismo alemán es sólo el resultado de un vigor general.

«¿Qué quieren ustedes decirnos, que Alemania es un país militarista? Es una nación bien organizada; es como un hombre fuerte que, por ser fuerte todo él, tiene fuerzas en sus brazos...

«¿Qué libertades faltan en Alemania? En el Parlamento se habla contra el Emperador y el Ejército; en el periódico lo mismo.» [10]

«Ese pueblo —coincide Camba— tiene un Parlamento y una representación parlamentaria formidable...»

...pero sus consecuencias son distintas:

«En efecto. Alemania tiene un Parlamento que puede discutir y que puede combatir al gobierno; pero una vez discutido y una vez combatido por todo el Parlamento en pleno, un canciller alemán sigue siendo tan canciller alemán como si no lo hubiera discutido ni combatido nadie. El partido socialista alemán dispone de una enorme representación en las Cortes; pero cuando los socialistas alboroten demasiado, el Kaiser no tendrá más que cerrar el Reichstag para quedarse tranquilo.» [11]

Alemania se limita a defenderse de sus enemigos y esto le parece irrefutable al profesor Vicente Gay que acusa a los pacifistas de pretender hacer filosofía, sin tener presente la historia y «dejan indefensos a los pueblos al apartarlos de la sana y educativa organización militar».

...«Porque, créame usted, en Alemania se ha sentido y se

10. Benavente, J., «De sobremesa», «El Imparcial».
11. Camba, J.

ha querido siempre la paz. No sé por qué se nos atribuyen intenciones belicosas», habla un profesor tudesco.

»—Pues yo me lo explico. Los que juzgan las cosas arrancándolas del conjunto en el cual tienen su significación, juzgan mal. Cualquiera de esos espíritus simplistas al ver esta fábrica de cañones, creerá que se trata de un monumento o de un culto a la fuerza bruta, sin pensar que a la grandeza de las cosas que hay que defender corresponde, o mejor dicho, debe de corresponder la grandeza de los medios de defensa. Alemania ha menester de gran fuerza militar, porque tiene mucho que defender, y sabe que los derechos, por sí solos, son como los ceros, que no tienen valor ninguno si no van precedidos por la unidad, que es la fuerza...

»—¿Luego usted no cree en eso que llaman los ingleses el militarismo prusiano?

»—¡Qué he de creer! Eso que se lo cuenten a quien no sepa historia. A ningún español le es lícito desconocer que el navalismo inglés surgió con el naufragio de la fuerza española en el mar. ¿Acaso Cromwell, sin los cañones de bronce de sus barcos, habría hundido el poder holandés en los mares? La razón última de una nación está en las armas, y ¡ay de quien esto olvide!... [12]

¿Militarismo? Los germanófilos combaten la imagen de un ejército por encima de un pueblo presentando, en cambio, la de un ejército como resultado de un pueblo, simbiosis de ambas fuerzas vivas.

«Eso que ustedes llaman fuerza bruta, militarismo... representa no ser el patriotismo lo que se le exige a los demás o al gobierno como único responsable... representa no buscar la recomendación para eludir el sacrificio penoso...» [13]

Para Salvador de Madariaga el militarismo alemán, no sólo existe, digan lo que digan los germanófilos; «es que además es contraproducente porque, con su influencia en la política no consigue más que desastres, como lo demuestran los fracasos de los alemanes en la guerra (estamos ya en octubre de 1916). Y ¿cómo es posible que el régimen militarista fracase en su medio propio como es la guerra?, porque ocurre lo mismo que si los médicos se dedicaran a hacer puentes, lo que haría más peligroso los viajes pero además, la salud pública empeoraría. El Ejército es el brazo de la

12. Gay, V., *ob. cit.*, p. 196.
13. Benavente, J., «De sobremesa», «El Imparcial», 5-VII-1915.

nación y el gobierno es la cabeza. A nadie se le ocurre gobernarse en la vida con el brazo derecho». Y recuerda que es tan poco lógica la existencia de un régimen militarista que en ninguna Constitución ni siquiera en los países más atacados del virus militarista figura oficialmente este hecho, que sería rechazado por el sentido común del pueblo. «Al ensanchar demasiado el campo de acción del ejército, organismo que debe ser especialista, perjudica a su eficacia técnica». He aquí pues la conclusión de Madariaga: «El militarismo es antimilitar.» [13 bis]

Han pasado varios años; Alemania está al borde de la derrota, exactamente a dos meses de ella, pero, como decía Julio Camba, es más fácil que admitan su hundimiento los generales alemanes que los germanófilos españoles. Las razones que da Hevia al rechazar la posibilidad de que piernes que da el ejército alemán son las mismas de Benavente y de otros ilustres germanófilos:

«Vamos a exponer por qué el ejército alemán no será vencido... (porque) el pueblo y el ejército de Alemania se hallan unidos de una manera estrecha.

»El servicio militar no se toma por los alemanes como una obligación penosa... es un honor que nadie declina y se siente desgraciado el que por un defecto físico o deberes de familia tiene que privarse de lo que hacen sus compañeros.

»El ejército es la nación y la nación es el ejército sin que pueda apreciarse dónde termina el uno y dónde comienza la otra... No existe, pues, el militarismo germánico de que tanto se habla. Tal concepto supone el predominio de la milicia sobre las demás clases sociales y como todas se consideran sumadas a las instituciones militares en cuerpo y alma, imposible fuera que nadie notase una supremacía que todos aceptan por amor y convencimiento.» [14]

La idea está en el aire y por mucho que hagan los escritores germanófilos, la animadversión al alemán se encarniza en el físico de los militares de alta graduación. La caricatura que Bagaría hará con el lápiz, la hace Julio Camba con la pluma. El casco no es, en el caso tudesco, un elemento de quita y pon. El casco es el final; en el casco remata la personalidad alemana que no puede distinguir así entre lo natural y lo artificial, entre el hombre y su uniforme.

13 bis. MADARIAGA, SALVADOR DE, «Dos casos de militarismo», «España», 3-X-1916.

14. HEVIA, JOSÉ, «El repliegue alemán no es una derrota», «ABC», 11-IX-1918.

«...Los periódicos publicaban fotografías de los generales alemanes que dirigían el avance.

»—¡Qué tíos! —decía, entusiasmada, una buena parte de nuestro público—. Pero hombre, ¿cómo quiere usted que resistan los franceses delante de unas cabezas como éstas?

»Y, en realidad, aquellas cabezas tenían una expresión así como para que el mundo entero se achantara y se rindiese. *Cara fea al enemigo*... El casco, más que una protección parecía el verdadero cráneo de los generales alemanes: un cráneo metálico con un pincho en la cúspide. Era no sólo una cobertura material, sino, en cierto modo, una cobertura ideológica, y para que no se crea que digo nada de esto por chiste, trataré de explicarlo. Si yo me pongo un casco alemán, aunque este casco esté hecho a la medida de mi cabeza, nunca me sentará realmente bien. Yo no tengo la expresión que conviene para llevar "con naturalidad" un casco alemán, y no tengo la expresión porque no tengo las ideas ni los sentimientos. El casco sería en mí una cosa puramente externa. Entre él y yo se adivinaría siempre el cráneo como una separación fundamental, y sólo quitándome la tapa de los sesos y poniendo éstos al cobijo del casco, lograría yo no hacer un mal papel. Entonces, el casco cubriría directamente mis ideas y yo tendría un cerebro militarista y prusiano. ¡Ah! Si los alemanes no hubieran sido contenidos en el Marne, ¡quién sabe qué cosas hubieran llegado a ver los hombres futuros! Yo creo que en el transcurso de las generaciones el cráneo alemán iría tomando la forma del casco prusiano, hasta que llegase un día en que este casco fuese innecesario: Los hombres nacerían con uno de hueso, y ahí está Haeckel, que es alemán, y que, o niega sus teorías científicas, o me da la razón.» [15]

Un poeta español, a pesar de su apellido —Bacarisse—, da en verso la misma caricaturesca idea de los militares alemanes, aun sin precisar nacionalidad de sus personajes...

LOS ESTADOS MAYORES

Por la siena parda de los mondos llanos,
sin gritos metálicos, sin voz de tambores,
van las cabalgatas de los soberanos
Estados Mayores.

15. Camba, Julio, «Joffre académico», «El Sol», 19-I-1918.

Los grises capotes, los cascos bruñidos,
las caras de vieja de los mariscales
gotosos o hepáticos, que lanzan gruñidos
breves y fatales.

Las gafas de oro de los comandantes
cercan los ojuelos verdosos y agudos;
brillan los monóculos de los ayudantes
que meditan mudos.

Fingen las espuelas luceros de oro
en la noche oscura de las medias botas;
los sables pronuncian un himno sonoro
de punzantes notas.

Se habla en un idioma de argucias complejas.
Lleva el polinomio el triunfo del fuerte.
Sin las ecuaciones como las madejas
que urdirán la Muerte.

Del rito estratégico las palabras técnicas
—ataques en cuña, golpes envolventes—,
dichas con recuerdos de las Politécnicas
por los subtenientes.

* *

Europa está herida. Hay sangre y destellos
por su inmensa llaga de rojos colores,
como unos gusanos ondulan los bellos
Estados Mayores.

Son tristes y trágicos. Dicen que son buenos
para dar victorias, tierras y cautivos.
No serán amables, pero por lo menos
son decorativos.

¿Qué importa el Decálogo ni la razón práctica
si pueden servir de tema a un artista?
Son rosas de luz los sabios en técnica
para un colorista.

En napoleónicas visiones antiguas
vuelve la epopeya que hace un siglo fue...

¿Por qué resucitan esas estantiguas
que con una lupa pintó Meissonnier? [16]

«Alemania significa imperialismo, cesarismo y algo que no tieno nombre, por ser demasiado monstruoso, y que es aplastamiento de los inermes sin otra justificación que el egoísmo personal. Por imperialista está frente a la Libertad; por cesárea, frente a la Democracia; por su crimen de Bélgica contra la Justicia.

»Un íbero, un latino, no tiene derecho a ser germanófilo. Y si no tiene derecho a ser germanófilo, tiene el deber de ser aliado. Que esas situaciones eclécticas, esos neutralismos espirituales ambiguos, sólo alientan en corazones epicenos, en almas grises, en inteligencias yertas, en sexos carentes de clara definición.» [17] Es el estilo directo, quizá demasiado directo, de Antón del Olmet.

Sofía Casanova denunciará otra víctima del imperialismo alemán. Los polacos sometidos a su férula que ven, poco a poco, suprimida su lengua en las escuelas: «La fuerza, la astucia, los grandes y bajos medios de que dispone Alemania en todos los órdenes de su amplísima existencia política y social los pone en ejercicio para exterminio de los polacos.» [18]

El militarismo alemán, para Ortega, radica en la esencia misma de su preparación para la vida. Sus palabras son mucho más suaves que las de otros escritores de su tiempo pero, en el fondo, mucho más graves. Porque presuponen una actitud germánica de una sola dirección fatalista, sin la posibilidad de aceptar otro camino. Otros, naturalmente, llamarían a eso fe ciega en el triunfo, pero aún así siempre iría contra la Razón, tan cara al pensador madrileño. Después de mencionar que los franceses luchan sin alegría, añade:

«Los alemanes combaten también tristemente aunque en ellos toma otro cariz la tristeza. Combaten con saña, con prisa y —perdóneseme la ingenuidad— con un excesivo afán de vencer.

»¿Es tan ingenuo esto que digo como a primera vista parece? Al Estado alemán le acontece en esta lucha lo mis-

16. Bacarisse, Mauricio, «Los Estados Mayores», «España», n.º 85.
17. Antón del Olmet, *Los Bocheros*, p. 245 y ss.
18. Casanova, Sofía, *De la guerra*, Madrid, 1920, p. 275.

mo que a los libros alemanes donde se ensaya la teoría de la guerra; que si la guerra se pierde, no sirve de nada cuanto ha hecho aquél y cuanto han dicho éstos. Y conviene servir para todo. Un pueblo no sólo ha de saber vencer sino también a ser vencido. Manifiesta cierta pobreza de espíritu no estar dispuesto a ver en la derrota una de las caras que puede tomar la vida.» [19]

El militarismo alemán —afirma R. Schneider, que en realidad se llama Domingo Teijera y cuya elección de pseudónimo habla por sí mismo— existe si...

«es una formidable máquina para fabricar ciudadanos y no le sentaría mal a España que la importara como remedio salvador para el más grave de sus males, el individualismo egoísta e infecundo.»

(Ha tocado el germanófilo uno de los secretos de los españoles que admiraban a Alemania por poseer lo que a nosotros nos falta.)

«Al soldado se le inculca en Alemania el amor al trabajo y el ejercicio de una vida sana. Aprende a obedecer, con lo que será después un elemento aglutinante, en vez de disolvente, en la vida de constantes afirmaciones de la sociedad.»

Aquí Schneider contradice a algunos compañeros de trinchera como Salaverría que afirmaba que el soldado es disciplinado porque el alemán lo es, es decir que el militar es un resultante del civil y por tanto no puede nunca considerarse como casta por encima de él. Schneider nos dice, en cambio, que en el ejército el hombre aprende a obedecer, se incorpora a un sistema, no se sabe con cuántas ganas. Y precisamente en que existan o no esas ganas previas, esa tendencia anterior, depende que el militarismo sea una imposición o que no lo sea. Lo que está claro en su defensa es que el alemán llega por el camino militar a la integración. «Ideas de abnegación, de sacrificio, de deber del propio esfuerzo, no como un fin exclusivamente egoísta sino como cooperación en el impulso social.» Estas premisas ¿no son las del futuro socialista? Schneider se extraña de que este partido

19. Ortega y Gasset, J., Obras completas, tomo II, Madrid, 1957 (1916-1934), pág. 29.

proteste del "militarismo alemán" cuando le crea masas aptas para el futuro de Europa.» [20]

El tópico del militarismo alemán irrita a Baroja continuamente, porque continuamente se lo echan en cara los partidarios de los aliados.

«Para mí —contesta públicamente— el militarismo francés y el alemán, son por el estilo. Yo siento por los dos el mismo asco; ahora el francés me parece aún más grotesco.

»Respecto al militarismo alemán al menos hay la esperanza de que, cuando caiga el Imperio con sus Hollenzohern, desaparezca de allí la peste militar; en cambio Francia ya se sabe que con Imperio, República o Monarquía será siempre un país militarista y patriota.» [21]

El cliché de la disciplina germana que deshumaniza al individuo hasta convertirle en una máquina, es repetido por un periodista español al visitar un campo de prisioneros:

«...los cuerpos y los rostros tienen un estiramiento y una dureza que no parecen naturales. Mejor que por un sistema nervioso, se creería que estos hombres están animados por un mecanismo. Hay algo de automático en sus gestos, hay algo de uniforme en sus rasgos, hay mucho de impersonal en sus ademanes... ¿Es posible, nos preguntamos, que la disciplina llegue así a modelar toda una raza en un broquel de hierro? ¿Es verosímil que el orgullo de casta consiga de tal modo suprimir en un pueblo entero los matices que constituyen el carácter?»

Aunque a veces, al parecer, no basta esa disciplina férrea porque, en otra ocasión, se habla de soldados alemanes encontrados encadenados a la ametralladora.

Los franceses amables, generosos, comprensivos, tratan de cambiar esa feroz disciplina tudesca. El coronel de Tours explica que los suboficiales alemanes no pueden ya golpear a ninguno de sus hombres. «El método prusiano les ha hecho adquirir tal idea de la jerarquía que no hay medio de convencerlos que es infame golpear a un inferior.» Pero el ejemplo de sus guardianes les impresiona: «Viendo que entre nosotros hasta el más humilde recluta habla con sus superiores afectuosamente y que fuera del servicio, la igualdad

20. SCHNEIDER, R., «Elogio del militarismo alemán», «ABC», 10-XI-1914.
21. BAROJA, PÍO, *Las horas solitarias*, Madrid, 1920, págs. 94-97.

es dogma van adquiriendo, poco a poco, la conciencia del respeto a sí mismo.» [22]

¿Imperialismo? En su línea de lógica, Pío Baroja apunta sus conclusiones. ¿Cuándo empieza a «no valer» el apoderarse de los bienes ajenos?

«En el atropello a Bélgica estoy con usted. No me parece excepcional. No hay derecho, ciertamente, para apoderarse de otro país. Pero si Francia e Inglaterra, no hubieran sido capaces de sentir ese impulso de injusticia, no serían dueños de la India, de Egipto, de la Conchinchina, de Argelia, de Marruecos, de Madagascar, de El Cabo, de Nueva Zelanda, etcétera...»

Baroja se adelanta a su tiempo en las frases siguientes a este párrafo. Porque en 1914 estaba todavía vigente en la mentalidad europea, que era la que dominaba el mundo, el concepto de su superioridad, de su cultura, de su educación, de su religión. Todo lo que había edificado la raza blanca en su historia, tenía una importancia superior a la de otras razas, todo lo que había venerado la raza blanca era más importante que lo que veneraban las razas de otro color. La ofensa no podía valorarse igual cuando se destruía un ejemplo de esa cultura máxima a que cayera otro en un lugar remoto. En 1973 hay mucha más gente capaz de admitir las palabras de Baroja que a muchos, entonces, parecieron blasfemas.

«Ante este derecho semidivino y un poco grotesco de los jurisconsultos, tan atropello es conquistar Marruecos, como Bélgica; tan bárbaro bombardear la catedral de Reims como una mala barraca dedicada al culto fetichista. »[23]

Pero, ¿dónde está el imperialismo?, ¿dónde el militarismo? Pedro Mata recuerda que desde la guerra del 70 ha habido en el mundo varias guerras; cuenta la de Rusia y Turquía (1878) y hasta la de Italia y Turquía en 1911, catorce guerras o expediciones militares, casi todas a cargo de franceses e ingleses mientras Alemania, en ese tiempo, sólo estuvo en la expedición internacional a China en 1900 y en el llamado golpe de Agadir que fue más simbólico que real.

22. Gómez Carrillo, *En las trincheras*, 1915, Madrid, 1920, p. 145.
23. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín*, Madrid, 1917, páginas 211-220.

Y recuerda que el incidente por la ocupación de las Carolinas se resolvió diplomáticamente. «Sería curioso averiguar qué habría ocurrido entonces si en vez del escudo de Alemania hubiéramos arrastrado por las calles de Madrid el de Francia o Inglaterra», termina el novelista. [24]

El mismo temor a un futuro europeo, presidido por la gigantesca figura de una Alemania triunfadora, se trasluce en el editorial con que inicia su publicación la revista aliadófila «Iberia».

«...ay del día en que Alemania, que según el químico Guillermo Ostwald ha alcanzado una etapa de civilización más alta que la de todos los demás pueblos, llegara a imponer por la guerra esa civilización a esos otros pueblos! Porque lo que Alemania quiere, según el mismo Ostwald, es organizar Europa, pues Europa dice, no ha sido organizada hasta ahora. Y ya sabéis lo que esa organización significaría: una dictadura que según ella, la dictadora, le corresponde: la muerte del libre albedrío nacional. Unos buenos animales domésticos, lucios y bien mantenidos y que daría su mayor rendimiento en manos del empresario imperial. Por algo Ostwald, al tratar de la energética sociológica en su obra *La energética* empieza por la colmena. Seríamos las abejas de Germania.» [25]

La Segunda Guerra Mundial mostró que esas predicciones no tenían demasiado de fantásticas. Hitler intentó, en el tiempo en que pudo dominar a otros pueblos europeos, una distribución de producción según sus conveniencias. Ucrania iba a ser el granero de Europa o mejor de Alemania. Checoslovaquia, su fábrica de acero; Rumanía, su fuente de petróleo, etc. Y al terminar la contienda, la Unión Soviética empleó el mismo sistema con sus satélites, cada uno de los cuales tenía que dedicarse al monocultivo o a la monoproducción industrial, para que, todos juntos, compusieran el cuadro económico que convenía a la potencia dominadora. El malestar producido por esa asignación precisa de producción con harto daño para sus posibilidades presentes y futuras produjo, casi en igual medida que la oposición política, las rebeliones esporádicas de Polonia, Alemania Oriental, Hungría, etc. La prueba es que uno de los estados más inde-

24. MATA, PEDRO, «Divagaciones sobre la guerra, «Blanco y Negro», julio-agosto 1915. «Iberia», 10-IV-1915.
25. HERNÁNDEZ CATÁ, A., cuento *La Espera*, 1916.

pendientes económicamente hoy, mantiene una rigurosa disciplina ideológica. Me refiero a Rumanía.

El profesor Vicente Gay va por Alemania buscando pruebas que justifiquen el espíritu pacífico del pueblo y las encuentra fácilmente. Si le enseñan en la casa Krupp hileras de cañones, piensa que sólo los espíritus simples pueden creer que se trata de un monumento a la fuerza bruta. Lo que ocurre es que «Alemania ha menester de gran fuerza militar porque tiene mucho que defender. Y sabe que los derechos por sí sólos, son como los ceros que no tienen valor ninguno si no van precedidos por la unidad que es la fuerza». [26]

El profesor Gay relata luego una visita a un colega suyo de la Universidad de Marburgo. Es un filósofo llamado Herman Cohen y sus razones impresionan al lector de hoy porque su raza fue acusada formalmente de la derrota por los *revanchistas* alemanes que seguían a Hitler; Cohen, según Gay, se lamentaba:

«Nosotros no hemos querido dominar a nadie —decía con voz dulce y temblorosa por la emoción— se habían confabulado contra nosotros». Y se lamenta de que algunos de sus discípulos españoles haya creído también en la cupabilidad de Alemania. [27]

Gay va luego a visitar a los prisioneros aliados. No pueden estar mejor atendidos y los rusos, por ejemplo, comen mejor que en su misma casa. De los franceses se queja un poco el capitán. El profesor ve con sus propios ojos cómo unos galos prisioneros se vuelven de espaldas al entrar el visitante con el oficial alemán. «Cuádrense» grita el capitán y ellos obedecen de mala gana. Pero no hay temor de que ocurra algo dramático. El suboficial, explica confidencialmente al visitante que el capitán no les castigará. «Cosas como éstas ocurren todos los días y no se hace nada porque entonces dirían esos irrespetuosos que les habíamos atormentado».

Sigue Gay viendo dormitorios, salas de baños, cocina, hospital, los talleres donde trabajan los prisioneros recibiendo una retribución «no tan elevada, claro está, como en el trabajo libre». Mientras cuenta lo que ve, comenta Gay lo diferente que es esta visión de lo que dicen los aliados sobre el mal trato a los prisioneros. Prueba la comida y naturalmente, la encuentra excelente. La única queja que oye es

26. GAY, V., «El pensamiento y la actividad alemana en la guerra europea», pág. 196.

27. *Ibid.* «El pensamiento y la actividad alemana en la guerra europea», pág. 196.

que quieren postre. «No se les da —advierte el capitán— porque tampoco lo comen nuestros propios soldados».[28]

El que Alemania sea lo nuevo, lo vital, lo creacional, contra el antiguo orden es aceptado, incluso por un aliadófilo tan apasionado como Valle Inclán al comentar las acciones de Bélgica:

«El abate Baudin: ...Alemania es un pueblo que nace. Tiene la furia vital, la furia erótica, la furia de destruir y crear de todas las juventudes. Camina ciega, llena de la idea del futuro, ciega de instintos, sin saber del pasado, porque su pasado es de tinieblas. Alemania representa el día de la ira.

»El teniente Rollin. — Pretende destruir la vieja máquina del mundo y vendernos otra nueva, mejor y más barata, fabricada en los talleres de Krupp. Hace la guerra, llena de un instinto vital que en las fieras es todavía más ciego y violento que en los hombres. Quiere ser creadora, y nosotros, los franceses, queremos sostener nuestra obra de tantos siglos. Alemania promete, y Francia ya ha dado su fruto. El Imperio es anarquista, y la República, conservadora.»[29]

La guerra era una necesidad biológica para Alemania. Eso lo dicen muchos germanófilos declarados y lo aceptan muchos germanófilos menos claros. Y entre tales, Ortega y Gasset, por ejemplo, rebate las afirmaciones de Gustavo Le Bon «Enseñanzas psicológicas de la guerra actual» 1916, cuando este autor francés sostenía que las razones alemanas debidas a su aumento de población, no estaban justificadas por las estadísticas y, por tanto, el casus belli por necesidad biológica era absurdo. Compara en ese libro la densidad humana de varios países recordando que, por encima de Alemania con 120 habitantes por kilómetro cuadrado, están Italia, Japón, Inglaterra, Holanda y Bélgica que llega a 254. Ortega rebate, sensatamente, que la densidad económica depende, no sólo de la relación del hombre y el espacio, sino del tipo de tierra en que vive, árida o de regadío, de la calidad humana de sus habitantes, de sus mayores deseos y de sus mayores necesidades. El francés vive mejor que el alemán, pero el italiano del sur que vive peor, tiene mejor clima. También combate otra teoría de Le Bon que da

28. Gay, V., «El pensamiento y la actividad alemana en la guerra europea», pág. 388 y ss.

29. Valle Inclán, R., «Un día de guerra visión estelar», «El Imparcial», 8-I-1917.

como prueba de que Alemania no está superpoblada, el hecho de que haya disminuido últimamente su emigración. «Si esta teoría fuera cierta —advierte Ortega— podría invertirse los datos y demostrar, por ejemplo, que la emigración española indica nuestra sobrepoblación.» [30]

Pero esa cuestión, la existencia en el centro de Europa de una nación que «no» puede perecer porque está llena de vida y de fuerza, resulta importantísima para los germanófilos. Cuando todavía estaban las cartas pintando buenas bazas para Alemania, un novelista que cree en ella, plantea la posibilidad de que sea vencida.

«Pero, supongamos que a pesar de todo, los aliados vencen y que Alemania vencida, pide la paz. Al día siguiente de formarse la paz, Alemania comienza de nuevo a prepararse para la guerra, no por espíritu de venganza, no por deseos de desquite, no por ansias patrióticas de "revanche" (alusión a la Francia herida en el 70) sino por necesidad imperiosa del instinto de conservación. Alemania necesita vivir; tiene el imprescindible, el incuestionable derecho a vivir... No hay que soñar con el aniquilamiento de Alemania. Vencedora o vencida, Alemania, al día siguiente de la paz, comienza de nuevo a reclamar su papel en el mundo. Desde el día siguiente de la paz, el terrible fantasma de la guerra vuelve a cernerse sobre Europa.» [31]

(Veintiún años después del final de la hecatombe, Hitler daba la razón al novelista frívolo.)

Los aliadófilos encontraban razones para su acusación a los proyectos bélicos de Alemania, en un libro que se hizo famoso unos años antes de la guerra. Su autor era Bernhard y sus conclusiones las siguientes.

«La guerra es el factor más grande para el avance de la cultura y del poder.

»El Estado está justificado en cualquier conquista siempre que para su provecho necesite adquirir nuevos territorios.

»Los derechos reconocidos —por ejemplo, los derechos de un tratado— no son nunca derechos absolutos; son de

30. Ortega y Gasset, J., Ob. Comp., t. I, pág. 211 y ss.
31. Mata, Pedro, «Divagaciones sobre la guerra», «Blanco y Negro», 25 julio 1915.

origen humano y por lo tanto, imperfectos y variables. Hay circunstancias en las cuales no corresponde a la verdad momentánea de las cosas, en este caso, infringir un derecho está moralmente justificado.»

Y como resumen que puede explicar la invasión de Bélgica:

«Las naciones débiles no tienen el mismo derecho de vivir que una nación potente y vigorosa.» [32]

«La guerra —escribe Gabriel Alomar— nació de una tradición de literatura y moral guerreras. La de Alemania. El pretexto histórico se eclipsa ante esa formidable maternidad espiritual cuyo abolengo va de Hegel a Nietzsche, a Tristchke, a Von Bernhardi. La guerra era el producto fatal de esa tradición literaria y filosófica como la revolución rusa era el producto fatal de una tradición opuesta.» [33]

En marzo de 1916 empieza a aparecer en el periódico «Heraldo de Madrid» en folletín, un libro que será el más famoso de los que publiquen los españoles sobre la Guerra Europea. Su autor, Vicente Blasco Ibáñez ha puesto ya de manifiesto en artículos y prólogos sus simpatías por la causa aliada, especialmente por Francia, pero la novela que se inicia es un alegato puro y simple a favor de su causa. Una familia asentada en Argentina con dos ramas en Europa, Francia y Alemania. Un muchacho, el hijo, que se traslada a París. En el barco coincide con un grupo alemán y el lector se encuentra ya de golpe con el ataque a un pueblo. La larga serie de pecados germánicos —imperialismo, violencia, barbarie— aparecerán en la novela, a lo largo de la misma, en unos retratos que rozan peligrosamente la caricatura. Ejemplo primero: Los alemanes quieren mantener a Alsacia y Lorena contra la voluntad de esos pueblos.

«—Nosotros —continuó el consejero mirando fijamente a Desnoyers como si esperase de él una declaración solemne— deseamos vivir en buena amistad con Francia.

»El joven Julio aprobó con la cabeza para no mostrarse desatento. Le parecía muy bueno que las gentes no fuesen enemigas. Por él podía afirmarse esa amistad cuanto quisie-

32. BERNHARDI, *Alemania y la guerra próxima*, 1915.
33. ALOMAR, GABRIEL, «Los valores espirituales y la guerra», «El Imparcial», Madrid, 1 octubre 1917.

ran. Lo único que le interesaba en aquellos momentos era cierta rodilla que buscaba la suya por debajo de la mesa, transmitiéndole su dulce calor a través de un doble telón de sedas.

»—Pero Francia —siguió quejumbrosamente el industrial— se muestra arisca con nosotros. Hace años que nuestro Emperador le tiende la mano con noble lealtad, y ella finge no verla... Eso reconocerá usted que no es correcto.

»Aquí Desnoyers creyó que debía decir algo para que el orador no adivinase sus verdaderas preocupaciones.

»—Tal vez no hacen ustedes bastante. ¡Si ustedes devolviesen, ante todo, lo que quitaron!

»Se hizo un silencio de estupefacción, como si hubiese sonado en el buque la señal de alarma. Algunos de los que se llevaban el cigarro a los labios quedaron con la mano inmóvil, a dos dedos de la boca, abriendo los ojos desmesuradamente. Pero allí estaba el capitán de la *landsturm* para dar forma a su muda protesta.

»—¡Devolver! —dijo con una voz que parecía ensordecida por el repentino hinchamiento de su cuello—. Nosotros no tenemos por qué devolver nada, ya que nada hemos quitado. Lo que poseemos lo hemos ganado con nuestro heroísmo.

»La oculta rodilla se hizo más insinuante, como si aconsejara prudencia al joven con sus dulces frotamientos.

»—No diga usted esas cosas —suspiró Berta—. Eso sólo lo dicen los republicanos corrompidos de París. ¡Un joven tan distinguido, que ha estado en Berlín y tiene parientes en Alemania!...

»Pero Desnoyers, que ante toda afirmación hecha con tono altivo sentía un impulso hereditario de agresividad, dijo fríamente:

»—Es como si yo le quitase a usted el reloj y luego le propusiera que fuésemos amigos, olvidando lo ocurrido. Aunque usted pudiera olvidar, lo primero sería que yo le devolviese el reloj.

»Quiso responder tantas cosas a la vez el consejero Erckmann, que balbució, saltando de una idea a otra:

»—¡Comparar la reconquista de Alsacia a un robo!... ¡Una tierra alemana!... La raza... la lengua... la historia...

»—¿Pero dónde consta su voluntad de ser alemana? —preguntó el joven sin perder la calma—. ¿Cuándo han consultado ustedes su opinión?...

»Quedó indeciso el consejero, como si dudase entre caer sobre el insolente o aplastarlo con su desprecio.

»—Joven, usted no sabe lo que dice —afirmó, al fin, con

majestad—. Usted es argentino y no entiende las cosas de Europa.» [34]

La intromisión erótica, muy del gusto de Blasco Ibáñez, tiene aquí también un matiz partidista. Porque el alemán, además de brutal y desconsiderado, tiene que ser marido engañado por el francoargentino. Unas páginas más tarde, el consejero alemán muestra su ferocidad ante las noticias bélicas...

«El capitán Erckmann, al ver al joven argentino, le ofreció una copa.

»—Es la guerra —dijo con entusiasmo—, la guerra, que llega... ¡Ya era hora!

»Desnoyers hizo un gesto de asombro. ¡La guerra!... ¿Qué guerra era esa?... Había leído, como todos, en la tablilla de anuncios del antecomedor, un radiograma dando cuenta de que el Gobierno austríaco acababa de enviar un ultimátum a Servia, sin que esto le produjese la menor emoción. Menospreciaba las cuestiones de los Balcanes. Eran querellas de pueblos piojosos, que acaparaban la atención del mundo, distrayéndolo de empresas más serias. ¿Cómo podía interesar este suceso al belicoso consejero? Las dos naciones acabarían por entenderse. La diplomacia sirve algunas veces para algo.

»—No —insistió ferozmente el alemán—; es la guerra, la bendita guerra... Rusia sostendrá a Servia, y apoyaremos a nuestra aliada... ¿Qué hará Francia? ¿Usted sabe lo que hará Francia?...

»Julio levantó los hombros con mal humor, como pidiendo que le dejasen en paz.

»—Es la guerra —continuó el consejero—, la guerra preventiva que necesitamos. Rusia crece demasiado aprisa y se prepara contra nosotros. Cuatro años más de paz, y habrá terminado sus ferrocarriles estratégicos, y su fuerza militar, unida a la de sus aliados, valdrá tanto como la nuestra. Mejor es darle ahora un buen golpe. Hay que aprovechar la ocasión... ¡La guerra! ¡La guerra preventiva!

»...La guerra —insistió, rabiosamente el consejero—, la guerra preventiva. Vivimos rodeados de enemigos, y esto no puede continuar. Es mejor que terminemos de una vez. ¡O ellos o nosotros! Alemania se siente con fuerzas para desafiar al mundo. Debemos poner fin a la amenaza rusa. Y si

34. Blasco Ibáñez, V., «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», «Heraldo de Madrid», 16-III-1916.

Francia no se mantiene quietecita, ¡peor para ella!... Y si alguien más... ¡alguien! se atreve a intervenir en contra nuestra, ¡peor para él! Cuando yo monte en mis talleres una máquina nueva, es para hacerla producir y que no descanse. Nosotros poseemos el primer ejército del mundo y hay que ponerlo en movimiento para que no se oxide.» [35]

El imperialismo alemán es anticristiano, asegura un personaje de Blasco Ibáñez.

«—¿Dónde está el cristianismo de la Alemania presente?... Hay más espíritu cristiano en el socialismo de la laica República francesa, defensora de los débiles, que en la religiosidad de los "junkers" conservadores. Alemania se ha fabricado un Dios a su semejanza, y cuando cree adorarlo es su propia imagen lo que adora. El Dios alemán es un reflejo del Estado alemán, que considera la guerra como la primera función de un pueblo y la más noble de las ocupaciones. Otros pueblos cristianos, cuando tienen que guerrear, sienten la contradicción que existe entre su conducta y el Evangelio, y se excusan alegando la cruel necesidad de defenderse. Alemania declara que la guerra es agradable a Dios. Yo conozco sermones alemanes probando que Jesús fue partidario del militarismo.

»El orgullo germánico, la convicción de que su raza está destinada providencialmente a dominar el mundo, ponía de acuerdo a protestantes, católicos y judíos.

»—Por encima de sus diferencias de dogma está el dios del Estado, que es alemán; el dios guerrero, al que tal vez llama Guillermo a estas horas "mi respetable aliado". Las religiones tendieron siempre a la universalidad. Su fin es poner a los hombres en relación con Dios y sostener las relaciones entre todos los hombres. Rusia ha retrogradado a la barbarie, creando para su uso personal un segundo Jehová, una divinidad hostil a la mayor parte del género humano, que hace suyos los rencores y las ambiciones del pueblo alemán.» [36]

35. Blasco Ibáñez, V., «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», «Heraldo de Madrid», 17-III-1916.

36. Blasco Ibáñez, V., «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», «Heraldo de Madrid», Folletín, 18 marzo 1916.

IV. LA VIOLENCIA, LA BARBARIE ALEMANA

Blasco Ibáñez, lo que hoy llamaríamos un escritor comprometido, se lanza a editar una *Historia de la Guerra europea.* El prólogo es lo bastante claro para ahorrar comentarios. Lo más interesante es la afirmación de que procurarán ser imparciales aunque añade que jamás ningún historiador ha llegado a librarse de las influencias de la pasión. El futuro autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* desde luego, no hizo ningún esfuerzo para conseguirlo.

«Vamos a relatar el desarrollo y los horrores de una guerra monstruosa entre todas las guerras, que empieza en 1914 y nadie sabe cuándo terminará.

»...Las ciudades incendiadas; las muchedumbres pacíficas en pavorosa fuga, dejando a sus espaldas la casa en escombros y los parientes fusilados; los monumentos arquitectónicos que respetaron los siglos bárbaros y acaban de ser suprimidos para siempre por el ojo y la mano de un artillero que se cree civilizado; todos los horrores de una guerra que puede llamarse única, están ahí a corta distancia de nosotros como testimonios de deshonra, justificando el anatema, el grito generoso de la indignación.

»Procuraremos ser imparciales en nuestro relato, aunque jamás historia alguna en sus deseos de imparcialidad ha llegado a librarse de las influencias de la pasión. Somos hombres de nuestra época; vemos dolorosamente cómo en unas cuantas semanas se han suprimido varios siglos de trabajos y progreso y no podemos permanecer impasibles ante estas maldades irreparables de la más desatentada de las ambiciones. La humanidad parece retroceder a la época de las cavernas. La ciencia, raptada y violada por el antiguo bárbaro, le sigue y ayuda como una esclava triste. ¿Van a

morir también —como mueren los monumentos y los hombres— las más nobles aspiraciones de la humanidad?

»Una guerra mundial es una guerra cuyo término nadie conoce, cuando los hombres creían en la paz más que nunca y guiados por la ciencia y el arte que, según Goethe, no tienen patria, avanzaban hacia la mayor perfección posible, hacia la ciudad futura soñada por este poeta generoso y humano del que son nietos espurios los intelectuales alemanes que ahora glorifican las hazañas bárbaras del militarismo de su país como algo divino.»[1]

Generalmente, los germanófilos que iban a Alemania tenían a gala rebatir la propaganda aliadófila en puntos concretos. Una, la brutalidad alemana con los extranjeros. Un famoso erudito español —Asín Palacios— cuenta su entrevista con el oficial alemán de guardia en la frontera suizo-germánica. Corrección... el profesor advierte que no habla alemán.

«El oficial se sonríe y en francés me pregunta por dónde vine de España... satisfecho de mis respuestas, sella, firma y registra el pasaporte que me devuelve saludando militarmente y al salir me advierte que marche ligero para alcanzar el expreso...»

Generosidad con los prisioneros enemigos...

«En Rastadt encontramos un tren con catorce coches llenos de soldados franceses... son prisioneros que fuman tranquilamente su pipa unos, otros miran curiosamente nuestro tren. Ningún semblante refleja pena por la perdida libertad. Quizá su vida sea menos penosa que la sufrida en las trincheras, enterrados entre nieve.»

También están contentos de sus aprehensores los del otro lado del inmenso frente, los rusos.

«Del trato que se les da podrá usted juzgar por las cartas de agradecimiento que recibo... extrae varias cartas. Son de negociantes rusos a quienes sorprendió la guerra en Alemania y tras un cautiverio de tres o cuatro meses fueron can-

1. Blasco Ibáñez, V., *Historia de la Guerra Europea,* Introducción. Tomo I, Valencia 1914. Publicado en cuadernos, todos los sábados. 50 céntimos.

jeados; y desde su país escriben agradecidos del trato que recibieron en su cautiverio.»

Religión acendrada...

«Quiero oír misa... a pesar de lo intempestivo de la hora, siete de la mañana y del intenso frío, está la iglesia llena de fieles que asisten a la ceremonia muy fervorosamente. Entre éstos destácanse numerosos soldados y oficiales jóvenes de diversas armas, equipados para salir al campo que reciben la comunión, juntando las manos sobre el pecho beatíficamente.

»Terminada la misa cantan a coro un himno que no entiendo.»

Y el catedrático acaba su crónica contestando a otra acusación generalizada.

«Y salgo pensando en los actos vandálicos atribuidos a estos soldados.» [2]

Para Insúa, novelista de fama, en cambio la violencia guerrera de Alemania es artículo de fe. Al enterarse de que los Imperios Centrales prometen guerra sin cuartel para el año 1917, pregunta retóricamente adónde pueden llegar que no hayan llegado en su burla de la legalidad.

«¿Quién ha violado la neutralidad de Bélgica? ¿Quién ha incendiado Lovaina? ¿Quién ha torpedeado el Lusitania y el Sussex? ¿Quién ha destruido el mercado de Iprés y las ciudades de Arras, de Soissons y de Reims...? Los gases asfixiantes, los gases lacrimógenos y los líquidos inflamables han sido engendrados por el "furor del teutónico".» [3]

Insúa combate la teoría de los escritores alemanes, sosteniendo que esta violencia mortífera tiene una gran carga de compasión y humanitarismo al lograrse con ello acortar la guerra. Parece evidente que ello no se ha conseguido tras treinta meses de lucha.

Los germanófilos españoles habían usado alguna vez la misma idea. Una mayor violencia bélica puede, paradójica-

2. Asín, Palacios, L., «Impresiones de un español. Un viaje a través de los países beligerantes», «La Tribuna», 14 abril 1915.
3. Insúa, Alberto, «Promesas de año nuevo», «ABC», 15-I-1917.

mente, ser humanitaria, porque obliga al adversario a rendirse antes. Esta ha sido la explicación oficial de Hiroshima.

Y, de la misma forma, Insúa está convencido de que no se detendrán en ninguna otra barrera. En esa época se hablaba de la posibilidad de que Suiza viera su neutralidad violada como Bélgica. Y el novelista español lo cree muy posible...

«La neutralidad suiza y la neutralidad holandesa están a la merced de una decisión de Hindemburg. Si ambas naciones no se ven complicadas materialmente en la guerra, no será porque los escrúpulos jurídicos refrenen a Alemania... sino porque ambas violaciones puedan resultar inútiles. No serán nunca las razones morales las que decidan a Alemania a tomar un rumbo u otro, sino las razones políticas.»

(Al final de la guerra se encontró efectivamente, un proyecto del alto Estado Mayor para la invasión de Suiza que fue rechazado. En la Segunda Guerra Mundial, dando la razón a Insúa, los alemanes entraron efectivamente en la pacífica Holanda.)

Molestaba a Baroja la acusación continua a los alemanes de llevar la guerra brutalmente: especialmente tras la campaña de Bélgica, se aseguró que varios niños de aquel país o franceses habían tenido las manos cortadas por los invasores.

«¿Se puede creer —preguntaba Baroja— que un alemán es capaz de sacar los ojos a un prisionero o de cortar las manos a un niño y un francés o inglés no? La cosa es un tanto dudosa. No hay razón para que existan diferencias tan trascendentales en países de raza idéntica, de historia parecida y de cultura similar.» [4]

Julio Camba contestaba a esa afirmación socavando su lógica.

«...Eso sería enteramente contrario a la lógica y Baroja situado en el terreno de la razón pura, se niega a admitirlo. Y si usted le demuestra a Baroja que un alemán ha cortado las manos a un niño o que todo el ejército alemán se ha dedicado exclusivamente desde que comenzó la guerra a coleccionar manos de niños franceses, belgas, servios y rusos,

4. Baroja Pío, *Momentum Catastrophicum*, Madrid, 1919, páginas 75-89.

no por eso perderá ninguna fuerza el argumento de Baroja. Teóricamente, en efecto, seguirá siendo inadmisible el que un alemán le corte las manos a un niño y un francés o un inglés, no.

»¿Pero quién ha dicho al hablar de las crueldades alemanas que estas crueldades se deriven de una capacidad antropológica para cortar manos de niño con que la Naturaleza haya favorecido al pueblo alemán única y exclusivamente? Días atrás, en el Correo de Galicia apareció un hombre asesinado. Los médicos le hicieron la autopsia y la policía se puso en movimiento... Pues, con el criterio de Baroja, el ministro de la Gobernación pudo haberle echado tierra al asunto diciendo que no había razón alguna para que se asesinase a los viajeros en el correo de Galicia y no en el expreso de Andalucía porque, en efecto, ¿es lógico que en el correo de Galicia aparezca un hombre asesinado y en el expreso de Andalucía, no?» [5]

Manuel de Montoliu rechaza la acusación de crueldad inhumana atribuida al alemán por parecidas razones que Baroja. La imposibilidad de que el germano sea naturalmente distinto de otros seres humanos.

«...las tremendas acusaciones contra ese pueblo que llenan ahora nuestro ambiente, señalándole como sistemático cultivador de la crueldad por la crueldad y de la destrucción por la destrucción, resultan en último término una agravio espantoso contra la humanidad toda; porque así como es posible suponer a la virtud privilegio de un solo pueblo, nos resistimos a admitir la maldad vinculada en una sola de las muchas naciones que hoy dirimen sus diferencias con las armas en la mano. Hoy día ya no hay ninguna razón válida para ponerlo en duda, la misma, exactamente la misma conducta moral ha de dirigir la conducta del soldado inglés del francés y del alemán.» «Sin pruebas totales e imparciales —resume Montoliu— los neutrales, los observadores, tienen que seguir creyendo que todos los horrores descritos son efectos fatales de la guerra y no programa preciso de un pueblo, de una nación. [6]

La campaña sobre las crueldades germanas en Bélgica y Francia invadidas dio la vuelta al mundo llevada por periodistas, novelistas, poetas y sobre todo dibujantes. Los germanófilos se lamentaban de lo que evidentemente era una

5. Camba, Julio, «El Sol», 13 nov. 1918.
6. Montoliu, M. de, Pro Europa. «El Diluvio», Barcelona, 4-XI-1914.

exageración propagandística, donde los alemanes eran figurados siempre como ejemplos vivientes de cobardía, crueldad, barbarie, estupidez... «soldados alemanes que mutilan a un niño y lo alzan al aire sangrando mientras las bocas feroces ríen; soldados alemanes que gritan Kamerad en cuando divisan la punta de una bayoneta adversaria; el Klompritz que roba un reloj en una casa; el Kaiser que asesina a los pueblos con un puñal de bandidos».

Salaverría explica luego que en Alemania no existen ese tipo de caricaturas insultantes, lo que honra al país, pero luego, cede, sin darse cuenta, un punto importante al adversario...

«Yo no sé si la autoridad alemana ha prohibido exponer caricaturas infamantes; ignoro si los artistas alemanes desdeñan ese género o si el público alemán lo reprueba. Lo cierto es que no existen caricaturas injuriosas para el enemigo.»

...duda que no tendría en país de mayor individualismo a la hora de decidir lo que gusta o no de hacer. Camba ya dijo que los alemanes sentían lo que el Kaiser decidía que quería sentir, ni más ni menos.[7]

Las narraciones periodísticas sobre crueldades también irritan... «otro publica las soi-disant Memorias de un sargento prusiano quien apuntó escrupulosamente las manos de niños que cortó, los ojos que saltó y las alhajas que robó a fin de que la posteridad no le crea un infeliz o un pobre de espíritu».

Fustigando la exageración en el bando contrario y como ocurre a menudo el cronista, cae en el mismo defecto negando cualquier discusión que deje malparados a «los suyos» por un fallo técnico. Burlándose de que un periodista francés escribía que los alemanes se rendían diciendo «Kamerade nain keapout» explica que no lo dirían así en ese caso y se escribiría de otra forma. Igualmente niega la veracidad de un diario encontrado en una trinchera diciendo que el capitán había ordenado que se fusilase a los prisioneros con una serie de precisiones ortográficas que, según él, no podía desconocer el oscuro soldado autor de la frase. Con lo que, además de negar una posible crueldad, se afirma una cualidad alemana. La educación que ha recibido el más humilde soldado en la escuela.[8]

7. Salaverría, J. M.ª, «El verdadero ambiente alemán», «ABC», octubre 1945.
8. Azpeitua, A., «ABC», «Ilustraciones pintorescas», 4-VIII-1915.

La traición forma parte de la personalidad del soldado alemán al menos en tanta proporción, como su brutalidad. Típica relación de un escritor visitante del frente...

«Los prusianos se defendían con arrojo pero siempre desdeñosos de lo que se llama la caballerosidad. En un blockhaus, un centenar de hombres levantaron los brazos y gritaron: ¡Camaradas, Camaradas! cuando una patrulla de alpinos se acercó, sin desconfianza, para hacerlos prisioneros, recogieron sus fusiles y dispararon a boca de jarro. No importa. Al cabo de una breve y ruda lucha, los felones pagaron caro el engaño.» [9]

A veces, según los cronistas, pueden encontrarse en poder de los prisioneros o muertos, diarios donde los invasores explican sus recuerdos de la guerra. Y resulta que esos cuadernos son de una asombrosa claridad en lo que se refiere a sus crueldades. Lógicamente todos los aliadófilos del mundo, repiten sus frases.

«Los habitantes de Courtacon recibieron a nuestras tropas con aire hostil; todas las casas fueron quemadas. Algunos aldeanos fusilados. Las mujeres también.

»Un niño en la puerta de su casa, donde se escondían soldados belgas, fue atravesado por una bayoneta y su cara hacía muecas que daban risa»... «unas mujeres muertas... tenían aspecto de ranas boca arriba.»

Resulta un poco raro que eso lo sienta un soldado pero mucho más que lo escriba. Sigue otra pieza de acusación contra la crueldad alemana también excesivamente perfecta:

«Los habitantes se reunieron en la iglesia para no responder a nuestras órdenes de requisiciones, por lo cual tuvimos que incendiar la iglesia sin dejarlos salir. Todos murieron en las llamas.» [10]

Evidentemente a Gómez Carrillo le resultan de toda autenticidad testimonios. En su intento de precisar, explica:

«Una de las cosas que más les encantan a los alemanes es matar enfermos y hermanas de la Caridad.» [11]

9. Gómez Carrillo, E., *En las trincheras* (1915), pág. 18.
10. Gómez Carrillo, E., *En las trincheras* (1915), *ob. cit.* pág. 164.
11. Gómez Carrillo, E., *En las trincheras* (1915), *ob. cit.* pág. 255.

La ofensiva artillera germana levanta gritos de protesta. He aquí el bombardeo de Arras, según Valle Inclán:

«No tiene término en la noche la lívida llanura y en medio de la bruma, al claro lunar, se revela el espectro de una ciudad bombardeada: La ciudad de Arras. Negras y destripadas humean las casas: la catedral es un monton de piedras; los sillares desbordan por las bocas de cuatro calles y las ciegan: Rosetones y cruces, gárgolas y capiteles mutilados asoman entre los escombros, bombas caen abriendo grandes hoyos sobre la plaza de los porches, llena del recuerdo español y muchas casas, con las puertas abiertas y las ventanas batiendo al viento, muestran la hondura tenebrosa del zaguán donde se amontonan los ajuares... hay parajes donde las casas se aplastaron y esparramaron por tierra como los castilletes que levantan los niños y calles enteras donde los esqueletos permanecen en pie, con las fachadas en escombros, mostrando los interiores burgueses, en una angustia de abandono, llena de gritos de mujeres y llantos de niños asustados que se agarran a las faldas.» [12]

...Y el de Reims:

«Reims. Las bombas caen sobre la catedral, el barrio que se tiende a su espalda yace todo en ruinas y es un montón de piedras mutiladas aquella capilla donde eran consagrados los reyes de Francia...

»...una bomba estalla entre los arbotantes y derriba algunas piedras. Las dos muchachas se arrodillan en el balcón rezando a media voz, los ojos extáticos sobre las puertas de la catedral coronadas de santos multicolores.»

Los capaces de hazañas tan atroces no pueden ser seres normales. Valle Inclán los hace aparecer de pronto en forma de prisioneros, para enfrentar la destrucción con los destructores.

«Mezclados con los franceses marchan los heridos y los prisioneros alemanes, rotos, mendicantes, trasquiladas las chatas cabezas, atónitos los ojos de porcelana... Las muchachas volvían la cara para ver a los prisioneros:

»Elisa: ¡Parecen bandidos!

»Paulina: ¡Parecen fieras acorraladas!

12. Valle Inclán, *La media noche. Visión estelar de un momento de la guerra,* Madrid, 1927, págs. 41 y ss.

»M. Janin: La verdad es que tiene algo de bestial ese cráneo alemán, algo de inhumano.» [13]

El bombardeo de Lovaina provoca en Ors la mayor de sus críticas a un bando favorito: el alemán.

«Eso no se hace, Tina. Abominaciones como ésta de Lovaina, no se hacen. Si es verdad la nota que las agencias han telegrafiado: si es verdad esto de "la pacífica ciudad convertida, toda, en un montón de cenizas", ¿qué justificación os absolverá del crimen? Ya veo que hay en el comunicado alguna cosa que parece exageración o absurdo. Ya comprendo que eso de atribuirlo a que vuestras tropas quisieran "disimular una equivocación" es hipótesis que no se sostiene... No importa. Yo ignoro los detalles, quiero ignorarlos. Esto otro lo sé. Sé que estas cosas no se hacen.

»...Francia, Inglaterra, Bélgica, Rusia, coaligadas, no forman una idea. Pero la pequeña Lovaina, la tan pequeña, era una idea, sí... —¡Cuidado, Tina!— Personalmente, a mí la pequeña aldea de Lovaina no me gustaba demasiado. Su intento de fundir escolasticismo y positivismo no me ha parecido nunca que pudiese traer gran riqueza a la filosofía... Pero no se trata de esto. Hay que vencer a las ideas; pero aniquilarlas es pecado. Es enorme pecado aniquilar las ideas y destruir las ciudades que les dan cuerpo visible y sustento.» [14]

A favor de los alemanes escribe una mujer que será famosa después por su adscripción al Partido Socialista y diputada en el Congreso. Esto ocurrirá en 1931. Ahora, en 1915, esa escritora rompe una lanza a favor de la bondad y cortesía alemana comparada con la brutalidad francesa. ¿En qué se apoya para esa teoría tan contra corriente? En el trato que los respectivos pueblos han dado a los ciudadanos de países enemigos que se encontraron inesperadamente en zona adversa. «Mujeres y niños indefensos fueron atacados a pedradas: alemanes establecidos en Francia hace más de veinte años tuvieron que huir abandonando todos sus bienes. Un fondista francés acusado de haber albergado en su hotel a una familia alemana tuvo que defenderse a tiros de sus compatriotas...» La escritora dice que «esas hazañas del po-

13. Valle Inclán, *Un día de guerra. Visión estelar*, 2.ª parte. *En la luz del día*, «El Imparcial», Madrid, 22-I-1917.
14. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina, ob. cit.*

pulacho» fueron inspiradas por los nacionalistas ávidos de «revanche» que lo excitaban.

«No quiero entrar en comparaciones» dice más abajo la señora Nelken, e inmediatamente procede a hacerlo. Según ella, en Alemania y Austria hay profesores franceses e ingleses que disfrutan de completa libertad y hasta cita a un comerciante francés que llevaba muchos años en tierras germanas y al que ni siquiera obligaron a presentarse semanalmente a la policía como extranjero que era «y esto por cortesía, por ahorrarle una pequeña molestia».

Al final de la crónica la autora recuerda una vez más cómo los «defensores de la civilización» podrían recibir en este aspecto lecciones de los «bárbaros», ambas definiciones naturalmente bien provistas de sarcásticas comillas. [15]

El fusilamiento de una inglesa que ayudaba a escapar a los prisioneros aliados desde Bélgica, la señorita Cavell, provoca protestas de los aliadófilos en todo el mundo. He aquí la de un novelista español:

«Pérez Galdós ha enviado a Ferdinand Buisson, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, su adhesión a la ceremonia celebrada en el Trocadero de París, en honor de miss Edith Cavell, en los siguientes términos:

»En el martirologio de la heroica Bélgica, la infortunada Miss Cavell, víctima del furor teutónico, quedará como una figura dominante.

»Actos de insolente inhumanidad, de crueldades inauditas han sido cometidos por los alemanes en el noble territorio que han invadido y devastado cínicamente, creyendo encontrar un camino fácil para dominar la frontera de Francia. Pero esos crímenes escandalosos han sido excedidos con el suplicio estúpido de una mujer cuya vida estuvo consagrada al cuidado y alivio de enfermos y heridos.

»Los maestros del espionaje no han podido ni acusarla de espía. La han condenado a muerte por el hecho excusable de haber protegido a algunos desgraciados, que, por salvar su vida, querían refugiarse en Inglaterra.

»Ese castigo impuesto brutalmente a una mujer arrojando sus despojos inertes entre los escombros de la Bélgica mutilada, es un hecho propio de salvajes y no de hombres de honor.

15. NELKEN, MARGARITA, «Al margen de la guerra. Revisión de valores», «La Tribuna», 14 agosto 1915.

»La Liga de Derechos del Hombre, ha cumplido, en la Sala grandiosa del Trocadero de París, un acto solemne destinado a glorificar a Miss Cavell, mártir, y a dar a ese nombre la mayor celebridad para que se perpetúe como un nombre sagrado en la posteridad.

»Nosotros, que amamos a Francia, como a nuestra señora en cultura, en humanidad, en sentido común y hoy, en su valiente estoicismo ante la calamidad de esta lucha por el derecho y la justicia, nos asociamos con toda efusión de nuestra alma al acto del Trocadero. Si pudiera encontrarme presente, diría, sencillamente: "Existe en Francia un principio de eternidad que prevalecerá contra los imperialismos más o menos charlatanescos que pretenden dominar el mundo."» [16]

Y Unamuno se asocia...

«La moralidad sobre la eficacia.

»Decía Joffre —y son las más nobles palabras que se han dicho en el curso de la guerra—, refiriéndose a la orden de hacer hundir el *Lusitania* sin advertencia previa, "que ningún Gobierno francés hubiera dado semejante orden seguro como estaba de ser desobedecido, porque nosotros —añadía— ponemos la conciencia y la inteligencia de los ciudadanos por encima de cualquier necesidad militar". (Muy bien. Grandes aplausos.)

»Yo os añado que ningún caballero francés, ningún caballero inglés o italiano al servicio de su Patria y de la humanidad hubiera obedecido una orden semejante a aquella de fusilar a Miss Cavell (grandes aplausos), y podría traeros en testimonio de ello, palabras de un noble caballero, de un noble general, de un místico también, del general Gordon, que por dos veces desobedeció noblemente al Gobierno de su Patria." [17]

Blasco Ibáñez describe los soldados alemanes sin perdonar un adjetivo peyoratitvo, ni uno solo de los tópicos que se repiten día a día en la literatura novelística, poética o periodística de los amigos de los aliados.

Aspecto sucio, derrengado... «Los soldados se mostraban sucios y cansados. Una respiración de carne blanca, atocinada y sudorosa, revuelta con el olor del cuero, flotaba

16. Pérez Galdós, B., «Iberia», 4 dic. 1915.
17. Unamuno, M. de, «Discurso en el banquete de "España"», n.º 106, página 50.

sobre los regimientos. Todos los hombres tenían cara de hambre. Llevaban días y días caminando incesantemente sobre las huellas de un enemigo que siempre conseguía librarse».

(Es lo que un escritor germanófilo explicaría como «huyendo cobardemente», claro.)

Dureza, falta de respeto a las leyes de la guerra... Ese ejército hambriento va mandado por unos oficiales que buscan a unos francotiradores. Desnoyers, el protagonista de la novela, advierte que se trata de soldados franceses.

«El oficial hizo un gesto de agresividad.

»—¿Usted también? ¿Usted que parece un hombre razonable repite tales patrañas?

»Y para cortar la discusión dijo con arrogancia:

—Llevaban uniforme, si usted se empeña en afirmarlo pero eran francotiradores. El gobierno francés ha repartido armas y uniformes a los campesinos para que nos asesinen.»

Si Blasco Ibáñez hubiera sido Julio Camba, su personaje podría haber contestado que efectivamente, eso es lo que hacen los gobiernos con campesinos y obreros, pero luego los llaman soldados y a su conjunto un ejército.

Crueldad despiadada por un lado, entereza y heroísmo por el otro. Puesto a ennegrecer la actitud alemana, Blasco Ibáñez, describe una asombrosa reacción de los soldados que presencian la ejecución, bastante alejada del sentido de disciplina con que el mismo escritor y otros les juzgaban. Esos alemanes que gritaban «¡a muerte el cura!» se parecen más a los compatriotas anarquistas del escritor valenciano que a los tudescos. Probablemente él mismo se da cuenta al precisar que «casi todos ellos eran católicos o protestantes fervorosos, pero sólo creían en los sacerdotes de su país. Fuera de Alemania todo resultaba despreciable. Hasta la propia religión».

«Llegó un grupo de infantería mandado por un oficial. Al abrirse las filas vio Desnoyers entre los uniformes grises varios paisanos empujados brutalmente. Iban con las ropas desgarradas. Algunos tenían sangre en el rostro y en las manos. Los fue reconociendo uno por uno mientras los alineaban junto a una tapia, a veinte pasos del piquete: el alcalde, el cura, el guardia forestal, algunos vecinos ricos cuyas casas había visto arder.

»Iban a fusilarlos... Para evitarle toda duda el teniente continuó sus explicaciones.

»—He querido que vea usted esto. Conviene aprender. Así agradecerá mejor las bondades de su excelencia.

»Ninguno de los prisioneros hablaba. Habían agotado sus voces en una protesta inútil. Toda su vida la concentraban en sus ojos, mirando en torno con estupefacción... ¡Y era posible que los matasen fríamente, sin oír sus protestas, sin admitir las pruebas de su inocencia!

»La certidumbre de la muerte dio de pronto a casi todos ellos una noble serenidad. Inútil quejarse. Sólo un campesino rico, famoso en el pueblo por su avaricia, lloriqueaba desesperado, repitiendo: "Yo no quiero morir... yo no quiero morir".

»Trémulo y con los ojos cargados de lágrimas, Desnoyers se ocultó detrás de su implacable acompañante. A todos conocía, con todos había batallado, arrepintiéndose ahora de sus antiguas querellas. El alcalde tenía en la frente una mancha roja de una gran desolladura. Sobre su pecho se agitaba un trapo tricolor: la banda municipal que se había puesto para recibir a los invasores y que éstos le habían arrancado. El cura erguía su cuerpo pequeño y redondo, queriendo abarcar en una mirada de resignación las víctimas, los verdugos, la tierra entera, el cielo. Parecía más grueso. El negro ceñidor roto por las violencias de los soldados, dejaba libre su abdomen y flotante su sotana. Las melenas plateadas chorreaban sangre, salpicando de gotas rojas el blanco alzacuello.

»Al verle avanzar por el campo de la ejecución con paso vacilante a causa de la oscuridad, una risotada salvaje cortó el trágico silencio. Los grupos de soldados sin armas que habían acudido a presenciar el suplicio saludaron con carcajadas al anciano "¡A muerte el cura!" El fanatismo de las guerras religiosas vibraba en su burla. Casi todos ellos eran católicos o protestantes fervorosos; pero sólo creían en los sacerdotes de su país. Fuera de Alemania, todo resultaba despreciable, hasta la propia religión.

»El alcalde y el sacerdote cambiaron de lugar en la fila, buscándose. Se ofrecían mutuamente el centro del grupo con una cortesía solemne.

»—Aquí, señor alcalde; éste es su sitio, a la cabeza de todos.

»—No; después de usted, señor cura.

»Discutían por última vez; pero en este momento supremo era para cederse el paso, queriendo cada uno humillarse ante el otro.

»Habían unido sus manos por instinto, mirando de frente al piquete de ejecución que bajaba sus fusiles en rígida fila

horizontal. A sus espaldas sonaron lamentos: "¡Adiós, hijos míos!... ¡Adiós, vida!... ¡Yo no quiero morir... no quiero morir...!"

»Los dos hombres sintieron la necesidad de decir algo, de cerrar la página de sus existencias con una afirmación.

»—¡Viva la República! —gritó el alcalde.

»—¡Viva Francia! —dijo el cura.

»Desnoyers creyó que ambos habían gritado lo mismo.

»Se alzaron dos verticales sobre las cabezas: el brazo del sacerdote trazó en el aire un signo; el sable del jefe del piquete relampagueó al mismo tiempo lívidamente... Un trueno seco, rotundo, seguido de varias explosiones tardías.» [18]

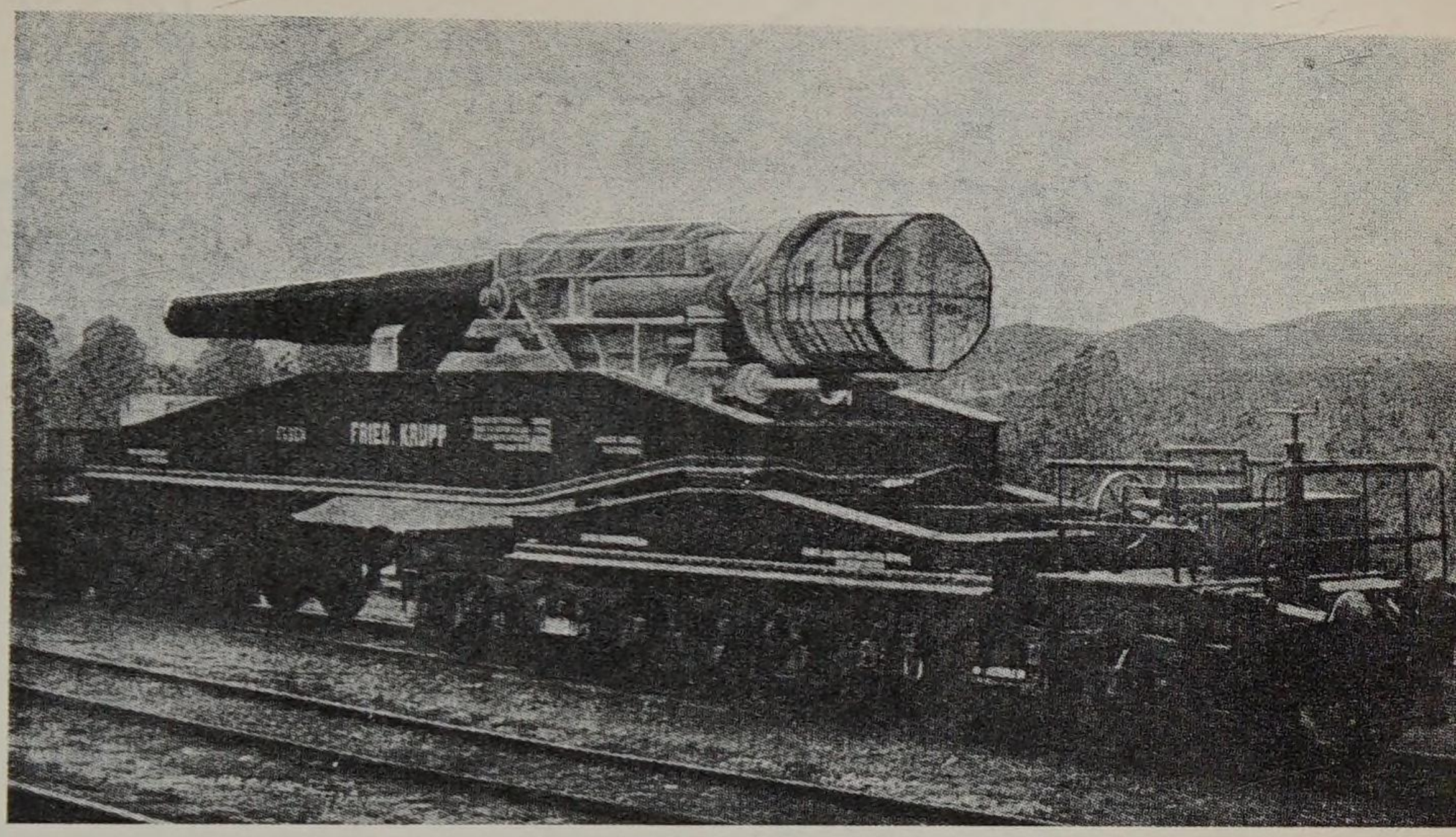
La Condesa de Pardo Bazán escribe un cuento de Navidad imaginando a Jesús y a la Virgen María caminando por la Europa de 1915. La autora no toma oficialmente partido, pero para sus lectores, el mensaje estaba claro. Quienes bombardeaban ciudades, quienes ahorcaban, fusilaban a inocentes ciudadanos podían ser sólo de un ejército, el alemán.

«A lo lejos, la artillería tronaba. Bombardeaban la ciudad cuyos fuertes respondían. Las trincheras vomitaban proyectiles. Poderosos reflectores, rasgando la sombra, buscaban en el aire a los pájaros mortíferos para cazarlos. Uno de ellos desplomó aparatos de asfixia. Cientos de hombres cayeron arrojando sangre por la boca. Y pasó una sombra gris, siniestra, y Jesús la reconoció.

»—¡Madre mía; es mi enemiga, es la Muerte! Su guadaña ha relucido, sus huesos han crujido irónicos al notar mi presencia. Parece que dicen: "No me has vencido, Galileo..."

»Una lágrima de piedad rodó por las mejillas de lirio de la siempre Virgen... Se alejó de aquel lugar maldito. Un bosque frondoso parecía no esconder horror alguno; por allí no retumbaban los morteros. Sólo al final de un haya corpulenta vieron dos ahorcados. Avanzaron hacia una villa cuyas luces hormigueaban ya próximas. En una plazuela solitaria desembocó de repente un pelotón. Conducía a una muchacha delgadita, con las manos atadas a la espalda, desmelenada, que a cada momento amagaba caer, si el que llevaba el extremo de la cuerda no la sostuviese, descoyuntándoles las muñecas. Un farol de alumbrado público les atrajo. Al pie del farol arrimaron a la tapia de un jardín a la mucha-

18. Blasco Ibáñez, V., *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Folletín n.º 41, «El Heraldo de Madrid», abril 1916.



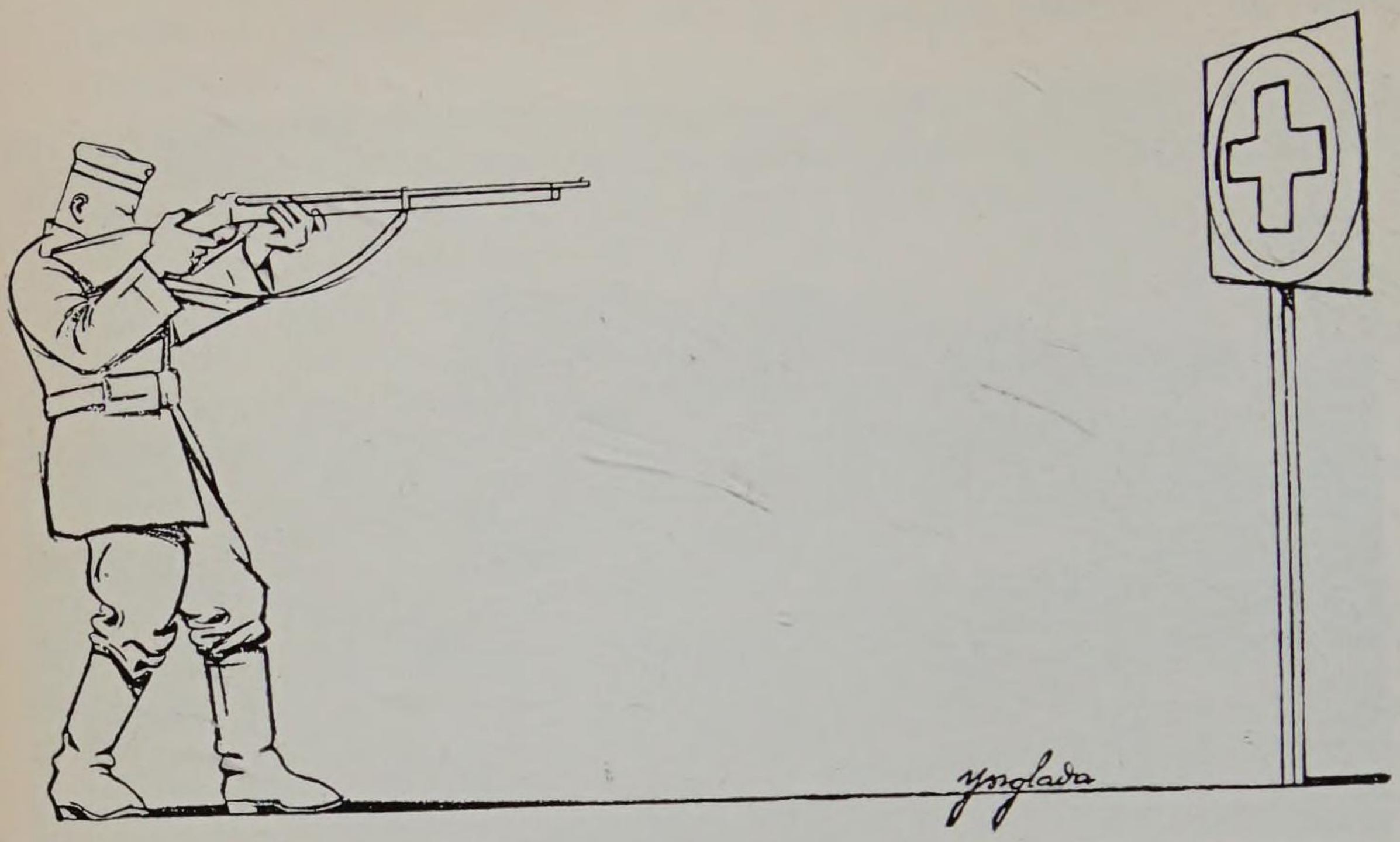
El cañón 420 del ejército alemán.

EL BARBARO ALEMAN — LA PERFIDA ALBION

Los procedimientos son distintos, pero el resultado es el mismo.

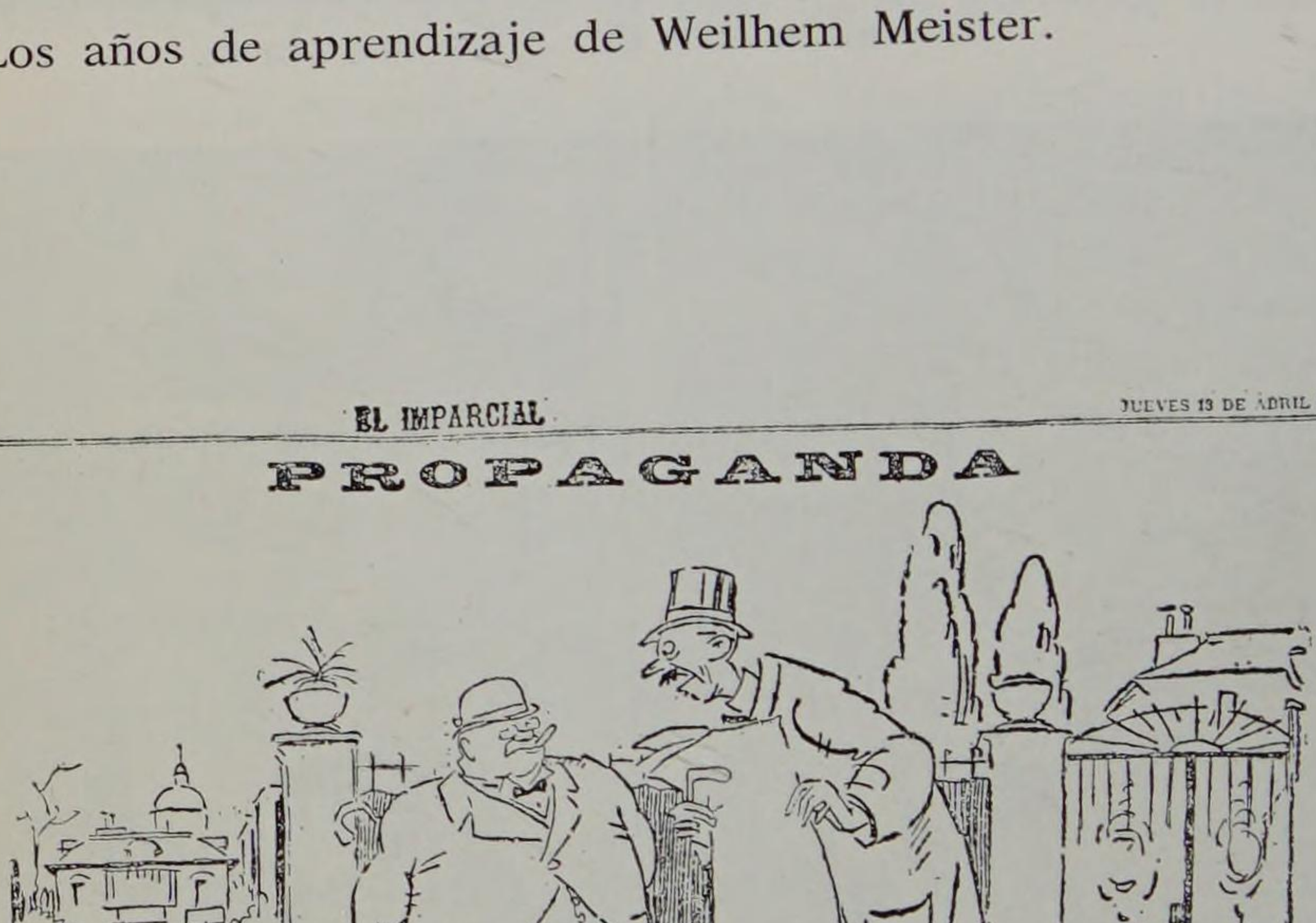
22 enero 1917.

Para el germanófilo Fresno, los dos rivales usan del mismo estilo... uno con Bélgica y el otro con Grecia.

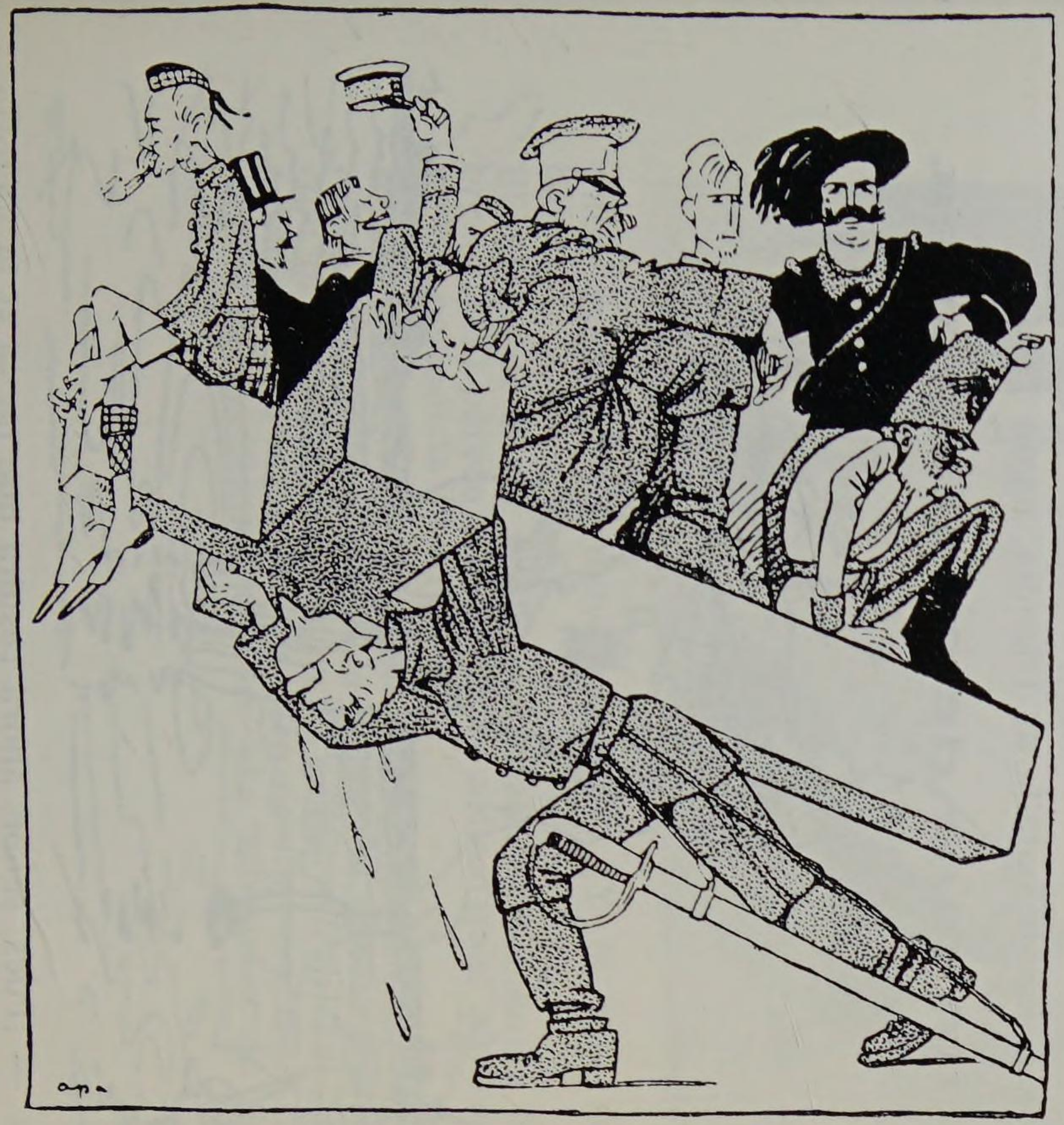


Los años de aprendizaje de Weilhem Meister.

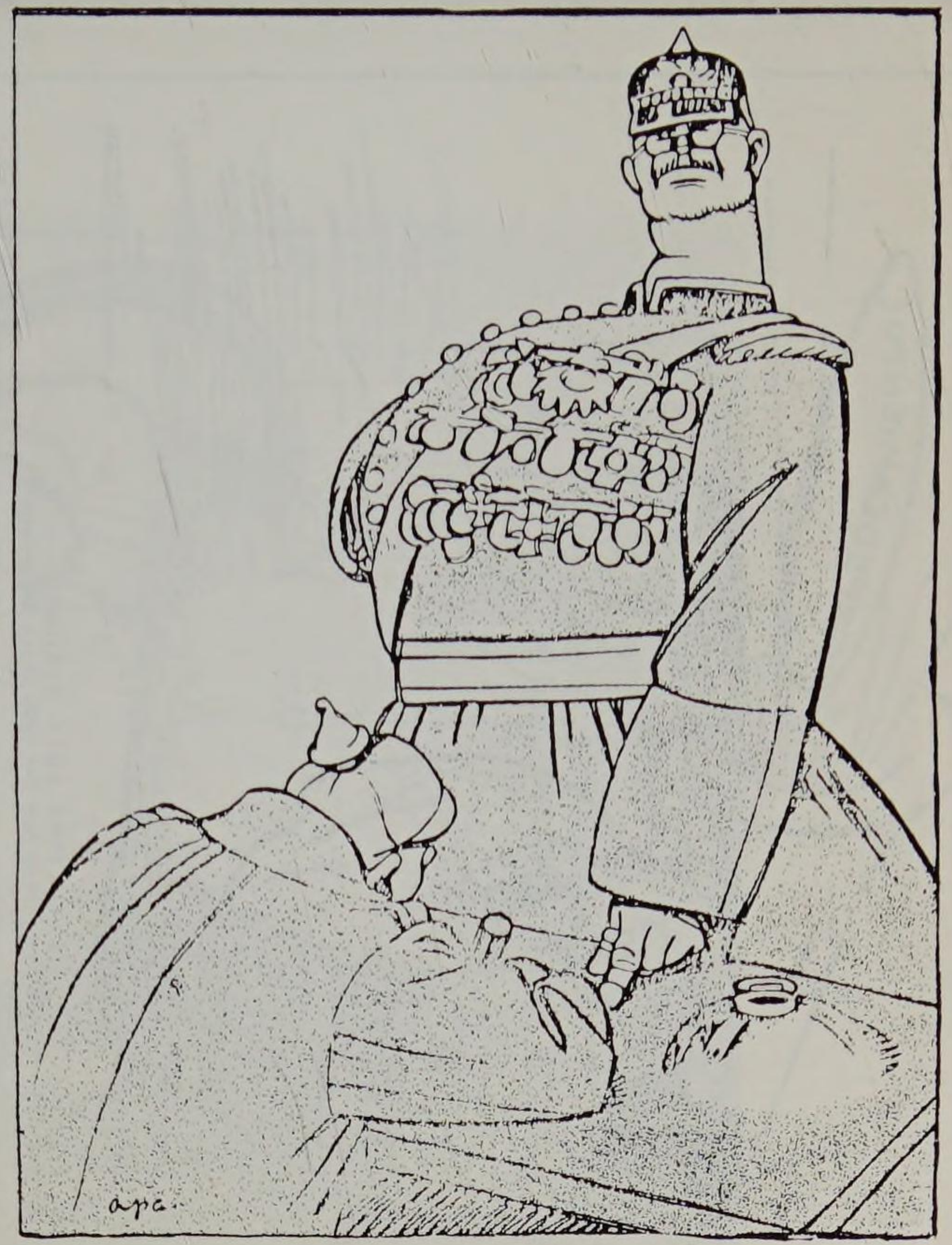
PROPAGANDA



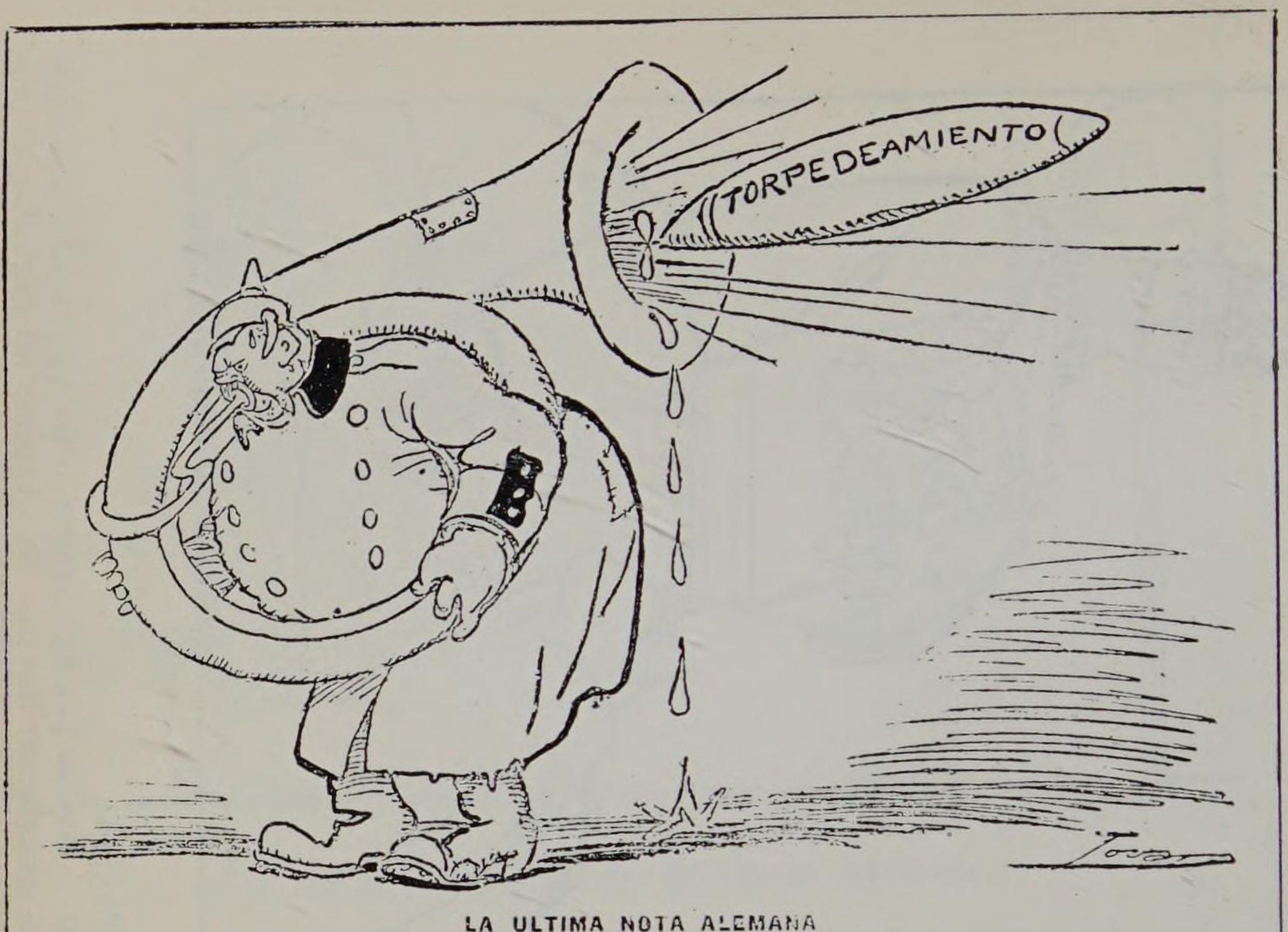
—Y ahora me dirá usted lo que es...
—Me pone usted en un gran aprieto, porque antes de torpedear a nuestros barcos yo era germanófilo; pero...



La creu de ferro.
Un dibuix polític del caricaturista Apa, publicat en la revista «Iberia» durant la Guerra del 14



DISCIPLINA
Escribe... Nadie podrá comer más de medio arenque y todos quedarán hartos. Si alguien se permite morir



LA ULTIMA NOTA ALEMANA
¡Un trompetazo que han oido hasta los sordos!

(Caricatura de TOVAR.)

La discutida batalla de Islandia, según Tovar.

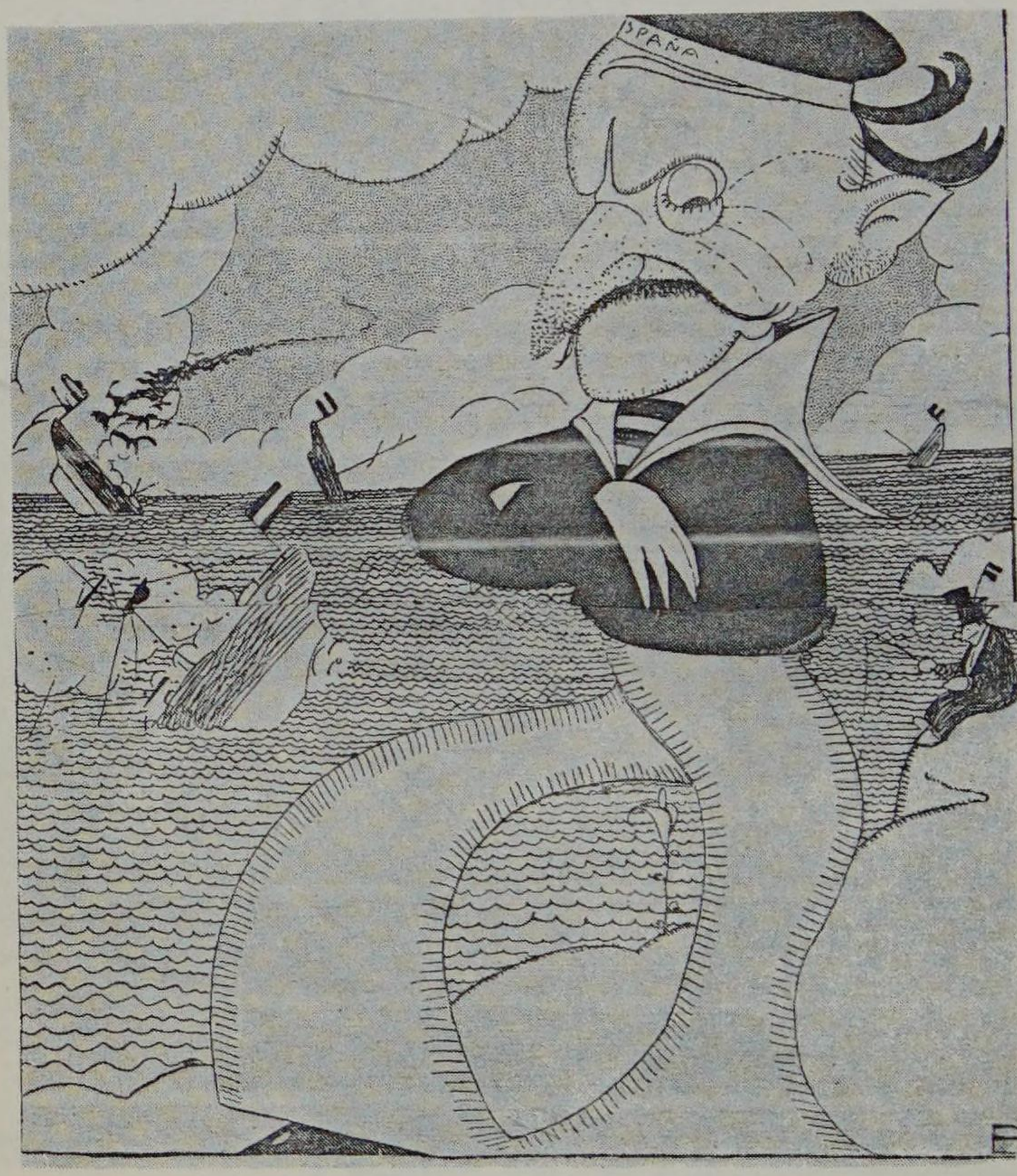
En un mar de confusiones.

Germanía. — ¡Pues, señor, ahora resulta que no sé si la victoria la he ganado o la he perdido!

¡Muy germanófila, muy francófila! ¡Y la casa sin barrer!

El dibujo de Tovar publicado en Nuevo Mundo (16 febrero 1917) parece corresponder a una frase anterior de un periodista ilustre.

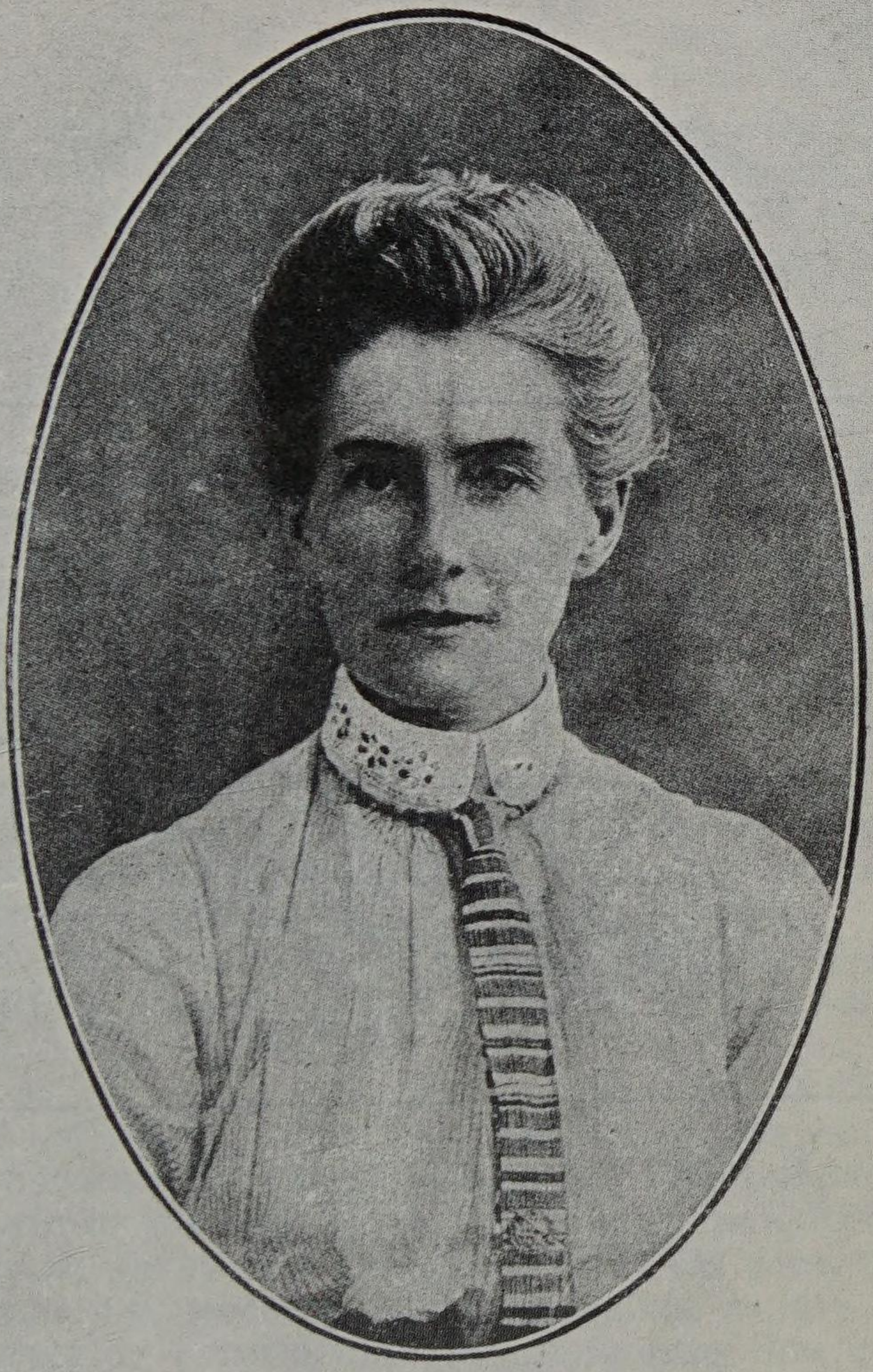
«Si los españoles hubieramos consagrado a nuestro propio problema nacional la mitad del ahínco y atención que ponemos ahora en la causa extranjera, ¿no tendríamos la mitad de nuestro camino andado?»
Miguel de los Santos Oliver: «La inhibición de España»



EL MENDEZ NUÑEZ MODERNO O EL PLEITO DE LOS NAVIEROS

—Más vale neutralidad sin barcos que barcos sin neutralidad...

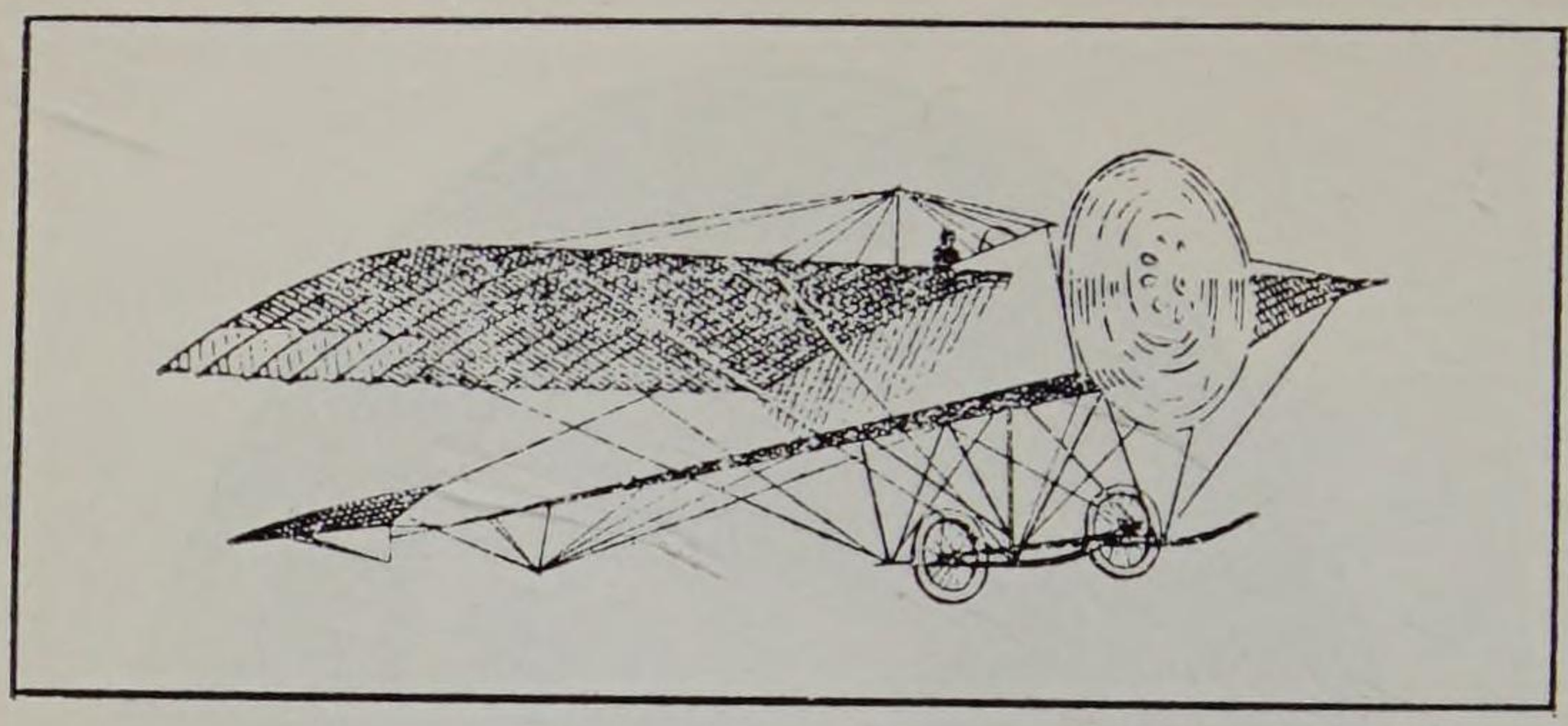
LA MUERTE DE EDITH CAVELL.



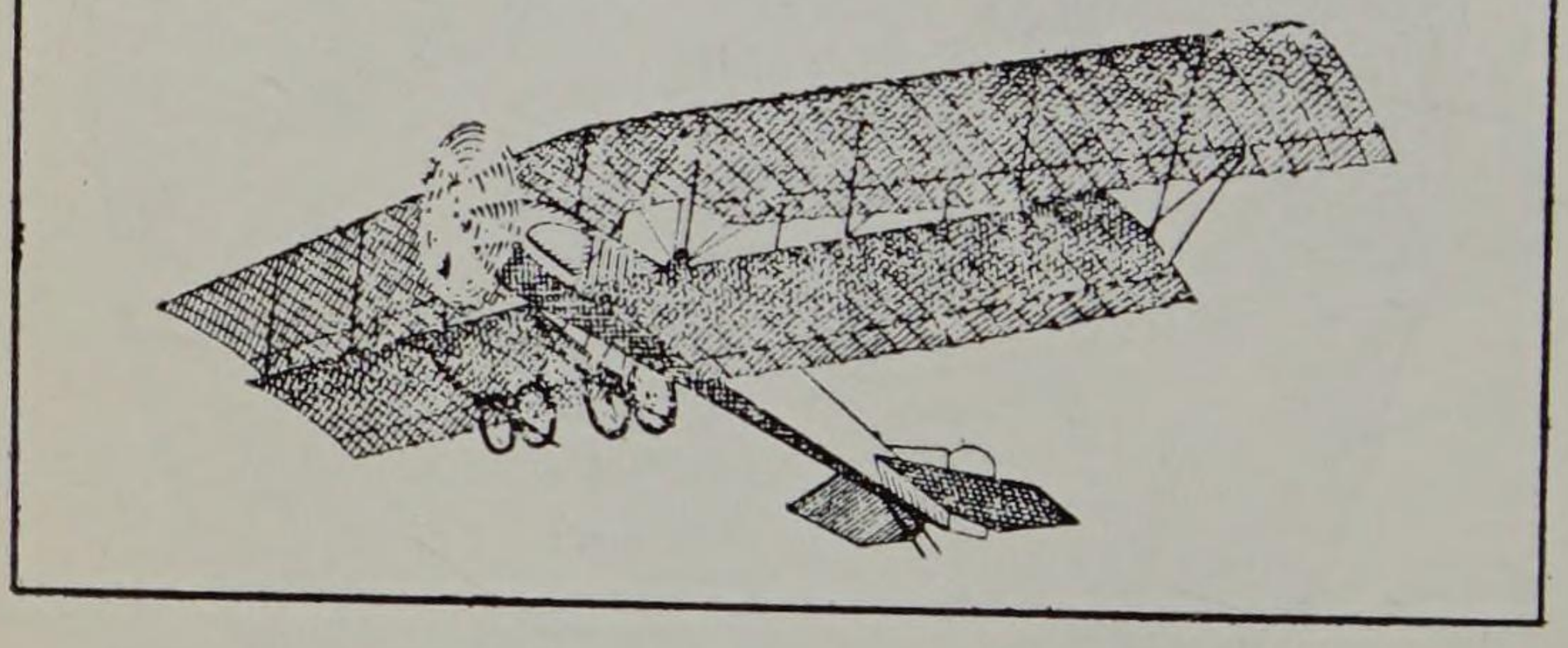
Fotografía publicadá con el permiso del "Illustrated London News."

THOMAS NELSON & SONS,
189, Rue St. Jacques, Paris.
EDIMBURGO, NUEVA YORK. LONDRES.

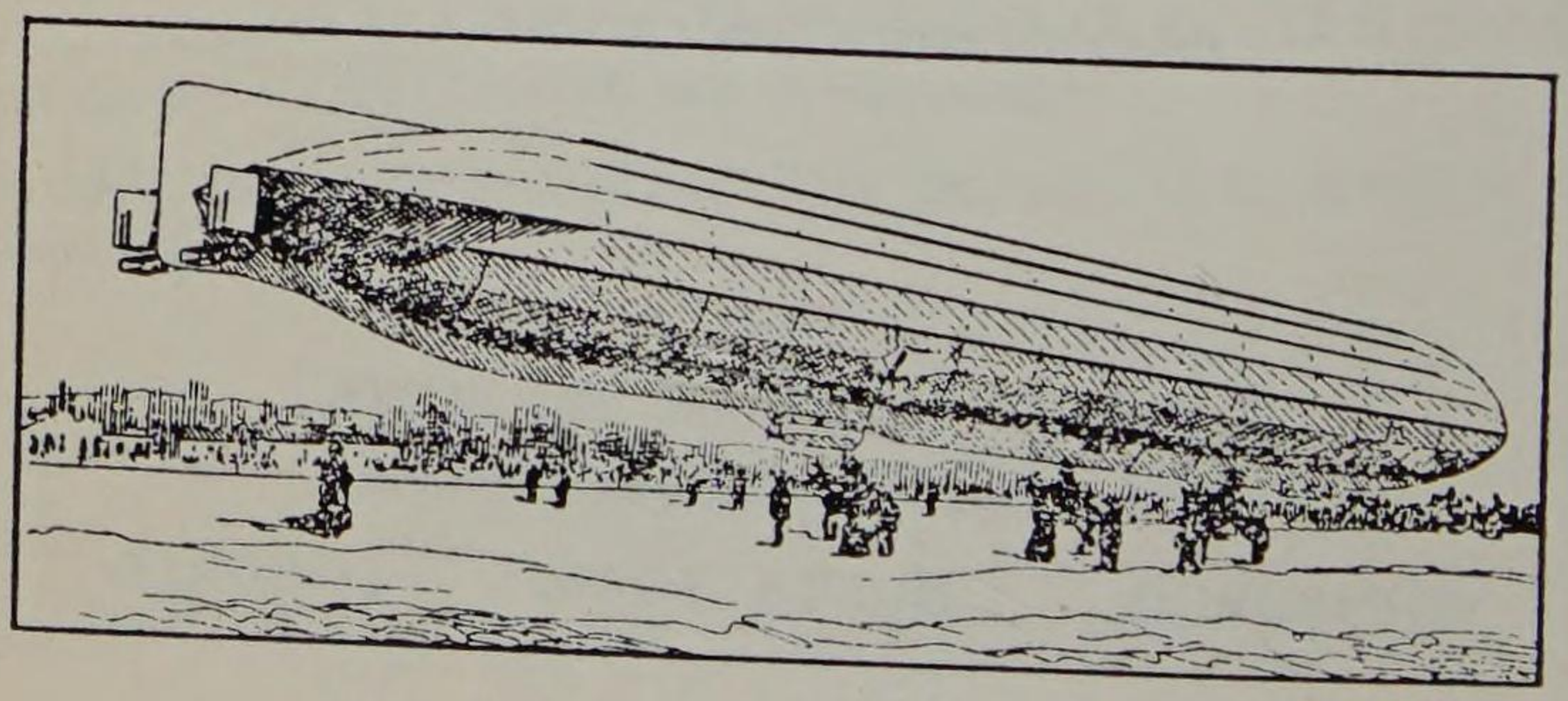
La enfermera inglesa fusilada en Bélgica por ayudar a pasar la frontera a prisioneros aliados. La campaña en contra de los alemanes por este hecho fue rebatida más tarde por los germanófilos por la muerte de Mata-Hari.



Monoplano francés.



Biplano alemán.



Zepelín en un aeródromo.

cha. Fue un momento. Unos castañazos secos y lúgubres. Cayó, rostro contra el suelo. El tiro en el oído no era necesario. pero no faltó. Se alejaron los ejecutores...» [19]

Los gases

El uso de los gases asfixiantes sirve, como otra ocasión, para alzar la voz contra los alemanes y sus métodos. Una escritora ilustre, enfermera en Polonia, explica el impresionante efecto del nuevo sistema entre los heridos que reciben en el hospital de Varsovia.

«Me han telefoneado, y aquí estoy ante un cuadro horrendo.

»Hemos recibido 600 envenenados por los gases mortíferos, y esperamos dentro de una hora otros tantos. Este nuevo aspecto de la guerra es más terrible que los ya conocidos. Nos aturde nuestra impotencia ante estos infelices, que no sabemos, que no saben los médicos cómo curar. Se ha podido prever que los alemanes usarían, aquí como en Bélgica, esa arma maldita.

»Tosen, sangran, se asfixian esos desventurados, y los asistimos con paliativos. ¡Qué angustia! ¡Esto es más terrible que lo presenciado antes! El odio, el miedo hacia los despiadados enemigos acrece.

»Parte hoy correo, y envío estas líneas, pues no sé cuándo saldré de aquí, ni cuándo podría terminarlas. (*Varsovia, junio 1915*).»

«...¡Y qué espantosa arma! Los heridos graves no tienen el doloroso aspecto de estos infelices, y salí enferma del hospital el primer día que los asistí. ¡Congestionadísimo el rostro, cárdenos, abrasados los labios; fríos los pies, hinchados la garganta y el pecho, tosían, arrojaban sangre por la boca y el estertor estremecía por momentos los cuerpos exánimes quemados por la fiebre! Una impresión inconcebible de... de quien sea nos negó el consuelo de auxiliarlos eficazmente. Ignorábamos hermanas, practicantes, médicos, lo que había que hacer. Y muchos han muerto en los hospitales. En los fosos quedaron muchísimos; dícese que una división. Y más hubieran sido de no cambiar, durante la operación, el aire, que hizo retroceder la nube densa, amarillenta, rastrera, del lado por donde venía, derribando a quie-

19. Pardo Bazán, Condesa de, «Navidad», «La Esfera», 1-I-1916.

nes la lanzaron contra los rusos. También perecieron los alemanes pues es arma de dos filos ese gas, que se confía a los aires para que mate a los hombres; y el aire avanza, retrocede, gira, matando a unos y a otros, sin discernimiento. Ahora, varios días pasados desde aquel que vimos esa nueva fase de la destrucción humana en el progresivo infernal cataclismo europeo, se circulan instrucciones y se confeccionan millares de mascarillas de algodón hidrófilo y gasas, que, mojadas en líquidos alcalinos y aplicadas a la boca y nariz, evitan, creen —acaso retardan solamente—, el mortífero influjo del veneno aspirado...

»Los gases, a base de cloro, no han podido analizarse, que no es fácil recoger un jirón de la nube mortal y traerlo a los laboratorios; pero las autopsias prueban las lesiones que causan en los pulmones y el corazón; la rápida descomposición de la sangre que se coagula en embolias; la casi imposibilidad de que sanen los menos graves, pues los órganos respiratorios, debilitados o heridos no resisten mucho tiempo.» [20]

La admiración de los germanófilos hacia las proezas científicas de sus ídolos sufrió un rudo golpe ante ese hecho. La protesta esta vez fue tan intensa apoyada por fotografías impresionantes, de ojos medio ciegos, de piel quemada, que, por vez primera, los alemanes no se vanagloriaron de haber dado el primer golpe. Por el contrario, aseguraron que los ingleses se habían adelantado en el nuevo método de destrucción. La excusa no convenció a nadie porque parecía raro que estuviesen desprovistos de caretas anti gas quienes pensaban emplearlo.

De la repercusión mundial de ese sentimiento tuvieron cuenta los alemanes de la Segunda Guerra Mundial, cuando no se decidieron a usar de la guerra química aunque al parecer tenían hechos los estudios previos para ella. Sí llevaron a cabo, multiplicado por mil el ataque de zeppelin que ahora se llamaba bombardero de gran radio de acción sobre poblaciones civiles y, como en la guerra anterior, la ventaja material que obtuvieron con sus golpes primeros la perdieron ante la reacción de los neutrales aterrados ante la llamada guerra total.

Esa impresión se mantuvo incluso cuando la suerte de la guerra cambió y los que vieron destruidas sus casas desde lo alto fueron los seguidores de Hitler. Recuerdo que en el Ma-

20. CASANOVA, SOFÍA, «De la guerra», «Crónicas», Madrid, 1916, página 174 y ss.

drid de 1944, la Embajada Británica presentó el film de Mrs. Minniver en el cual un aviador alemán hecho prisionero por la señora de la casa la amenazaba con los ojos saliéndole de las órbitas. «Yo he caído pero mis compañeros vendrán y seguirán bombardeando, destruyendo a toda Inglaterra». Al terminar la película Edgar Neville, gran anglófilo entonces, ironizó con un consejero de la Embajada. «Mejor que retiréis esa película. Ahora sois vosotros los que destrozáis a Alemania.»

Pero, para la mayoría de simpatizantes la respuesta era justa y lógica. Los alemanes habían empezado y era natural que sus poblaciones civiles supieran también lo que era el terror caído del cielo.

Valle Inclán en su apasionamiento no desperdicia una sola de las acusaciones típicas al alemán: es ante todo un bárbaro...

«El francés hijo de la loba latina y el bárbaro germano espurio de toda tradición, están otra vez en guerra.»

Más allá del relato surge la misma acusación. Los alemanes han violado a dos muchachas que acuden al médico; éste es comprensivo, sabio, francés en suma...

«...¿Usted ya está enterado?

»—De todo, hijas, de todo. Dicen que es la guerra. ¡Mentira!, nunca el quemar y el violar ha sido una necesidad de la guerra. Es la barbarie atávica que se impone... Todavía esos hombres tienen muy próximo el abuelo de las selvas y en estos grandes momentos reviven en ellos. Es su verdadera personalidad que la guerra ha determinado y puesto en relieve, como hace el vino con los borrachos.

»Una de las muchachas murmuró crispada:

»—¡Es el odio a Francia!

»El médico mira lleno de simpatía y le estrecha la mano.

»—Es el odio al mundo clásico, hija mía. Odio de inclusero a los que tienen abolengo.» [21]

Curiosamente la palabra bárbaro había sido empleada también por un germanófilo, Eugenio d'Ors, pero él la usa —tuvo que explicarlo en una de las Cartas a Tina— en su

21. Valle Inclán, R. de, *La media noche, visión estelar de un momento de la guerra,* Madrid, 1927, cap. I, y XIX.

acepción de los griegos, como extranjero, como ajeno a la cultura del Mediterráneo, sin connotación peyorativa.

Y siendo incluseros, hijos de nadie, sin raigambre ¡cómo han de tener sentimientos generosos! Si violadores en el ataque, en la defensa sólo obedecen por el miedo a sus jefes.

«Sus parapetos están llenos de muertos y los soldados atónitos, huraños a los jefes, esperan el ataque de la infantería enemiga, sin una idea en la mente, ajenos a la victoria, ajenos a la esperanza. Eran los dueños de la fuerza y advierten oscuramente que otra fuerza superior ha nacido contraria a ellos... una sima profunda se abre en aquellas almas ingenuas y bárbaras, otro tiempo llenas de fe. Los jefes sienten la muda repulsa del soldado... y a los que están en las trincheras se les emborracha para darles bríos y a los que sirven las ametralladoras se les trinca en ellas porque no puedan desertar y el látigo de los oficiales que recorren la línea de vanguardia pasan siempre azotando.»

...rindiéndose luego abyectamente:

«Los heridos alemanes se incorporan suplicantes.

»—¡Franceses, franceses! ¡Camaradas!

»Los que restan ilesos arrojan los fusiles y levantan los brazos.

»—¡Camaradas, camaradas!

»Forman grupos sombríos, atónitos, con una torva expresión de desamparo. La derrota les embrutece y envilece:

»...Perdida la esperanza de vencer, ciega como un instinto, ingenua y brutal, parecen bueyes desalentados. Los franceses les conceden cuartel con el gesto orgulloso de la victoria.» [22]

Otras páginas dan la razón a Julio Camba cuando dice que el alemán odia o ama, según le mande el Kaiser. Mencionando que en Amiens no hubo el menor abuso de las fuerzas de ocupación, el concejal da esta explicación:

«Esto demuestra... que cuando las tropas del Kaiser se muestran salvajes, cuando queman, cuando asesinan, cuando mutilan, cuando violan, cuando saquean, es obedeciendo a una orden superior... Cuando la consigna es de respeto no hay prusiano que se atreva a dar un grito. Los responsables

22. Valle Inclán, R. de, *La media noche, visión estelar de un momento de la guerra*, Madrid, 1927, caps. XXIII y XXXIV.

de los crímenes de Lovaina, de Semlis, de Lieja, no son los soldados, no... Son los jefes... Esa gente no mata, ni viola, ni incendia si no se lo ordenan sus jefes...»[23]

Una periodista española denuncia, tras cierto escepticismo inicial, actos crueles de los alemanes, esta vez con los rusos.

«Al lado de éste había otro con la cabeza vendada. Lo poco que del rostro se veía tenía cardenales tumefactos.

»—¿Te sientes mejor, Guiernof? —interrogó a su oído la superiora.

»Imperceptiblemente movió los labios el enfermo, y ella me dijo:

»—Le golpearon los alemanes con las culatas, hasta romperle el cráneo.

»—¿Lo ha contado él? —indagué, desconfiada de las novelerías que corren de boca en boca.

»—Está probado —repuso, seria, la dama y volviéndose a otro de la misma fila, añadió:

»—¿Estábais vosotros con éste cuando cayó?

»Varias voces dijeron "sí", "sí", y uno, incorporándose, refirió claramente:

»—Éramos diez en el foso. Se nos acabaron los cartuchos, y ¡zas!, dieron en la ametralladora las balas enemigas, volcándola. En seguida, unos cuantos *giermanos* echáronse a nosotros. A mí me "dieron" entonces con la bayoneta; a ése le golpearon la cabeza hasta que cayó. Pero aquel mismo día los nuestros recuperaron la trinchera y nos recogieron.»[24]

La mayoría de los narradores que escribieron en la Guerra desde el punto de vista aliado tocaron dos elementos clave. La destrucción y la dura ocupación de las ciudades. Casi siempre hay un elemento humano, un artista, un joven, una muchacha que al principio no comprende demasiado lo que ocurre pero que luego «siente hervir su sangre ante la brutal forma con que son tratados los habitantes del pueblo.»

«...antes de las veinticuatro horas entraron los primeros enemigos que se albergaron en los mejores edificios y aprisionaron en seguida, en rehenes, para garantizar la entrega de sus exigencias de víveres, formuladas con plazo perentorio, a cuantos notables habían asistido a la reunión de la víspera.»

23. Gómez Carrillo, *ob cit.*, págs., 134-135.

24. Casanova, Sofía, «ABC» en Rusia, «Los hospitales, las enfermeras», diciembre 1915.

Entre esos notables está el señor Bernard «un anciano seco de hermoso perfil ario» (sic) que ha abogado porque los franceses permanezcan para defender la localidad ocupada. Cuando pasan los días y empiezan a sentirse las privaciones, Bernard decide comunicar a los suyos la poca guarnición alemana para que intenten un contraataque. La misiva tiene que llevarla el perro de Juan, un tarado del pueblo «cuya mirada opaca delataba una de esas mentes siempre en somnolencia». Juan acepta con ciertos temores, el mensaje es interceptado, el perro llevado al patio del cuartel y se detiene a Bernard, identificado como autor del envío. Juan, que debía esperar a su perro en campo francés vuelve en su busca, se abraza con él «mutuamente fijas las miradas, húmedas de ternura...» Arriba está reunido el Consejo de Guerra. A Hernández Catá no le basta con mostrar a los alemanes crueles y añade una insinuación en otra línea...

«Mientras tanto el Consejo sumarísimo deliberaba... y un oficialito muy joven, de femenina postura, exigía:

»—Hay que hacer un escarmiento; si nos andamos con blanduras, tendremos que arrepentirnos más tarde.»

El final es el mismo de la inmensa mayoría de los cuentos del tiempo, aquí con el suplemento de la crueldad con los animales.

«...poco después sacaron a Juan y al señor Bernard del cuartel y a toque de tambores, a la vista del pueblo que miraba de lejos la escena, los fusilaron contra una tapia. Como al volver de la ejecución el perro llenaba el vasto patio con sus aullidos, un soldado se acercó a él y le hendió profundamente la cabeza de un tajo.» [25]

Otro final típico... el músico Alberico Magnard ha muerto a manos de los alemanes. Era un hombre, dice el autor español, tranquilo, entregado a su arte, olvidado de todo lo demás. He aquí cuáles fueron sus últimos momentos:

«...Las noticias de un mundo remoto no consiguieron turbar este diálogo entre el artista y sus creaciones: ¡La guerra!... Un gesto de contrariedad del músico, pero no por eso deja de sentarse al piano. ¡El enemigo que se acerca!... La conversación entre el hombre y la melodía sigue sin inte-

25. Hernández Catá, A., «Los inseparables», «Blanco y Negro», Madrid, 21 marzo 1916.

rrumpirse. ¡Los ulanos que llegan! ...Calla el piano repentinamente, el compositor se pone de pie y mira en torno, como un hombre que despierta.

»Todo el vecindario huye. Junto a las paredes de la casa ha pasado una corriente de familias en fuga, de madres que lloran tirando de sus hijos, de animales domésticos que participan del general terror, de carretas enganchadas a toda prisa, con montones de muebles y ropas en informe revoltijo de catástrofe.

»A lo lejos flamean los pueblos bajo un dosel de humo y pavesas. La guerra se ha perfeccionado. Hasta hace poco los enemigos, procediendo rutinariamente, se limitaban a alojarse en las casas invadidas, viviendo a costa del vecindario. Una civilización superior que sabe extraer del pasado las buenas enseñanzas, acaba de disipar estos errores, haciendo la guerra con arreglo a las gloriosas prácticas de la época de las cavernas. El enemigo se lo come y se lo bebe todo; envía a su familia lo que queda; incendia la casa considerándola inservible, y fusila a los habitantes para que no sufran al verse sin techo. El terror es una garantía de victoria.

»Alberico Magnard, mira sus cuadros, sus libros, la mesa en la que deposita como en una cuna sus melodías nacientes, el piano que es su voz, los divanes en cuyos almohadones ha descansado tantas veces su cabeza cargada de musicales ensueños.

»Que los hombres se maten en pleno campo si es su gusto. ¡Pero transtornar con sus pasos de hierro el silencioso recogimiento de la casa del artista! ¡Encender la pipa con pedazos de sus partituras, meter las espuelas en sus muebles, instalarse ante el amado instrumento para teclear canciones de cuartel!... ¡Ah, no!

»El músico, tímido y pacífico, se yergue como un cordero enloquecido, al que hubiesen inyectado el virus de la rabia.

»Resuena ante la casa el galope de una invasión de jinetes. Golpes en la puerta que cede y se viene abajo. Al pie de la escalera está el músico empuñando el revólver. ¡Héroe absurdo y grandioso! Un hombre contra todo un cuerpo de ejército que ocupa el pueblo. Esta hazaña sólo puede intentarla un artista ensimismado que despierta, un soñador que vivió al margen de la realidad.

»Levanta la mano y dispara. Cae un ulano... Después cae otro. El pelotón de invasores hace fuego y Magnard cae a su vez sobre los dos cadáveres, pudiendo ver, con los ojos vidriosos de la agonía, las primeras llamas que corren sobre

los papeles, se remontan por las cortinas, lamen los pies de los muebles...

»Los invasores, irritados arrojan su cadáver en la gran hoguera que forma la casa.

»El músico se consume, se volatiliza, lo mismo que los antiguos paladines quemados sobre su escudo, en una pira de guerreros despojos. El piano y las partituras se marchan con él, como trofeos de heroísmo.» [26]

La invasión de Bélgica

Gran parte de la propaganda basada sobre la brutalidad militar alemana, la dio hecha su invasión de Bélgica. Pérez Galdós se impresionaba y volvía la vista sin querer a sus descripciones de las batallas de la Independencia: «Guerra de titanes es la que hoy estremecía a Europa. Fuerte, sobre toda ponderación, es el gigante alemán, incansable, sagaz, iracundo, ávido de exterminar cuanto se le ponga por delante. Dio principio a la campaña con descomunal fiereza; asoló y atropelló sin piedad insensible al desesperado lamentar de la debilidad y de la inocencia.» [27]

La asociación de ideas resultó, desde entonces, fácil. Bastaba criticar una ofensiva violenta para que se pensase inmediatamente en los Imperios Centrales, especialmente en Alemania. Así nadie se llame a engaño cuando un famoso novelista describe: «Las ciudades incendiadas, las muchedumbres pacíficas en pavorosa fuga dejando a sus espaldas la casa en escombros y los parientes fusilados, los monumentos arquitectónicos que respetaron los siglos bárbaros y acaban de ser suprimidos para siempre por el ojo y la mano de un artillero que se cree civilizado»... todo el mundo sabía que se refería a la invasión de Bélgica, todo el mundo entendía que por un lado luchaba la Barbarie y por el otro se estremecía la civilización. [28]

Sí, Bélgica fue probablemente la carta más alta que pudieron usar los aliadófilos. Les favorecía todo. Un país que no se había metido en nada, era arrollado por la ambición de un hombre y de una raza. Entraba en juego todo el sentimentalismo posible de las masas cuando algo pequeño, diminuto, pacífico, quedaba a la merced de un ejército gigan-

26. Blasco Ibáñez, V., «La Esfera».
27. Pérez Galdós, B., «La Época», 4-VIII-1915.
28. Blasco Ibáñez, V., *Historia de la Guerra de Europa,* Tomo I, Valencia, 1914.

te. Ocurría además que las noticias de la invasión inesperada e injustificada, llegaban al mismo tiempo que las de destrucción militar que lógicamente debían acompañarla. Los medios de ataque eran más severos que los de la guerra del Setenta y más fáciles también las comunicaciones de periodistas testigos de los acontecimientos. La Guerra Total había hecho su aparición en Europa y ante ella sucumbían no sólo los seres humanos sino los monumentos de siglos. Alemania consiguió así tantos enemigos con las fotografías de las caravanas huyendo ante el invasor como con las que reproducían los muñones de las torres de catedrales bombardeadas por los cañones gigantes.

Pero con exageraciones o sin ellas, las posibilidades literario-artísticas de la Invasión eran grandes y fueron aprovechadas al máximo por los partidarios de la Entente. Las razones filosóficas de un Ortega o de un d'Ors sobre las razones de Alemania para llevar a cabo ese ataque, no pesaban nada junto al choque psicológico de unos militares irrumpiendo a caballo en la calma dulce de un hogar belga o francés, violando, pillando, quemando, destruyendo...

Hasta que, afortunadamente para los escritores germanófilos llegó otra invasión. Fue la de los rusos en Prusia Oriental. Se repetía la llegada en masa, la ocupación, la brutalidad en los ocupantes...

«Como un río hinchado por las lluvias se desborda, la invasión rusa había llegado hasta allí. Impresión de aguas fangosas y revueltas daban las hordas victoriosas por el color ocre de sus uniformes que se sucedían en hileras inacabables...»

El autor, Juan Pujol, puede añadir en este caso un elemento que ya había sido usado por otros germanófilos al burlarse de los senegaleses que acudían a salvar a la civilización europea. Esta vez se trata de los rusos de origen oriental y por ello más temerosos...

«Rostros lampiños y apolíneos animados por ojos oscuros, salvajes e inocentes a la vez, de los mancebos del Cáucaso; caras bestiales con las dos rayas brillantes de las pupilas oblicuas de los mongoles... faces aceitunadas de los tártaros, con el oleoso bigote negro caído junto a las comisuras de los labios, emergían de este mar, de un sucio amarillento por las ropas de guerra.»

Ya están los jinetes en las calles del pueblo, ya están

frente a la casa que va a ser el origen del drama. Igual que en la narración anterior se contrapone la tranquilidad de la mansión civil y la violencia militar.

«Resuena ante la casa el galope de una invasión de jinetes. Golpes en la puerta...» dice un cuento y en el otro:

«Con el puño de un sable llamaron reciamente mientras sonaba ruido de espuelas en el portón... piafaban los caballos de la patrulla a la puerta.»

El primer párrafo es de Blasco Ibáñez, el segundo de Juan Pujol, pero podrían intercambiarse sin que sus lectores lo notaran. Siempre se trata de la violencia de unos militares contra indefensos civiles sólo culpables de amar a su hogar, a su familia, a su patria.

Las narraciones de esta índole están satirizadas graciosamente por Fernández Flórez. El cuento que lee a la tertulia de Iberina el poeta local, tiene todas las características de los que inundaron las revistas españolas durante la guerra. Una patrulla de los invasores llega a una provincia francesa; ocupa una granja, fumaba un tabaco «nauseabundo y se emborrachaba con un barril de cerveza». Dadas así las premisas, grosería, embriaguez de los alemanes, sólo faltaba otra característica típica: La crueldad. Efectivamente, el sargento que mandaba la patrulla miraba con ojos terribles a la dueña de la granja y le preguntaba, entre amenazas, dónde estaban los franceses. La campesina, claro está, se negaba a revelarlo. El sargento cogía entonces al pequeño René, el hijo de la casa y le ponía el sable en la garganta, amenazándole con la muerte si no denunciaba la dirección que habían tomado los franceses. El pequeño René contestaba:

«Máteme; yo no vendo a mi patria.

»El ex conserje interrumpió admirado:

»—¡Caray! ¿Dijo eso?

»—Sí —sostuvo Medina releyendo—, dijo: Mátame; yo no vendo a mi patria.

»—¡Muy bien, muy bien! —apoyó entre dientes don Amado.»

Los malvados tudescos acuden a la tortura. Los piececi-llos del niño se arriman «al alegre fuego del hogar» y el olor de la carne quemada se esparce por el cuarto. El niño sufre pero calla, incluso cuando el fuego prende en su ropa. Está agonizando cuando se oyen disparos, los franceses han

vuelto, los malvados alemanes mueren todos; desde su cama René oye la Marsellesa y abre lo sojos «en los que ya se veían las sombras de la muerte». Llega el general francés y el abanderado, René extiende sus manitas a la bandera y expira. El general se arranca del pecho la cruz de la Legión de Honor y la prende en la camisita del niño... [29]

La verdad es que Fernández Flórez apenas forzó la copia. En la mayoría de cuentos que salieron en el tiempo aparecían cosas similares.

Sí, Bélgica es la gran mimada del tiempo. A los mismos germanófilos les cuesta defender la actitud germánica aunque la apoyen en textos oficiales berlineses, hablando de un posible ataque aliado a Bélgica, al que se adelantó Alemania.

El lirismo se destapa ante la figura del rey soldado víctima, con todo su pueblo, de la agresión no provocada. He aquí un texto típico:

«Sobre el dolor sin límites, la figura de ese joven se destaca como un pastor heroico y primitivo. A su lado, su mujer Isabel, dulcemente femenina, incorpórea y esbelta, tiene la aureola de las legendarias santas coronadas (¡Oh memoria de la otra Isabel, la de Turingia!) y parece poseer una facultad de imposición de «manos» apostólica que cura las llagas de los heridos y le vierte un óleo de consuelo y fortaleza. Él, el rey Alberto, ¿ha perdido su corona? No, acaba de conquistarla en espíritu y en verdad. Jamás de otro rey ha podido decirse lo mismo... yo no sé si rescatará su territorio... pero sé que ha conquistado a su pueblo. Sé más todavía... sé que ha conquistado el mundo.» [30]

Y Joaquín Muntaner le canta enfervorizado:

Tú eres, pálido rey de la barba dorada
como el rey de Aragón;
el de la espada y la pupila azulada
y el heroico corazón.
...Ninguno de los que rodearon tu cuna
a la luz de la luna, en tu alcoba de rey,
creyó verte debajo de la sangrienta luna
firme, contra la fuerza de la extranjera ley. [31]

29. Fernández Flórez, W., *Los que no fuimos a la guerra,* pág. 131.
30. Alomar, G., *La guerra a través de un alma,* Madrid, 1917, pág. 9.
31. Muntaner, Joaquín, «Iberia», 17-IV-1916.

La noticia del descubrimiento de protocolos secretos por los cuales Inglaterra y Francia iban a invadir Bélgica y que los germanos se adelantaron simplemente a esta operación, pudo crerse sólo a medias. Los germanófilos tuvieron que esperar otro intento de invadir un país neutral, Grecia, por los ingleses, para demostrar que las necesidades bélicas no daban campo a la compasión en ningún beligerante. Mientras tanto, la derecha española tenía que apoyarse en otro elemento más cercano. Y encontró el caso Ferrer.

Efectivamente, la inmensa campaña anti-gubernamental que se desarrolló en 1909 tras la Semana Trágica y su represión en toda Europa se había materializado en Bruselas donde se erguía el monumento «a Francisco Ferrer y Guardia, víctima de la intolerancia española». Cada vez que un aliadófilo recordaba las virtudes católicas de la pequeña nación víctima de la agresión alemana, contestaban los germanófilos recordando la masonería belga que había levantado con la estatua, perpetua muestra del insulto a España y a sus tradiciones.

Sucedía un poco como en el caso de Gibraltar; de la misma forma que a muchos anglófilos les molestaba la bandera extraña sobre el Peñón, a muchos amigos de los aliados desagradaba ese monumento levantado en el concurrido cruce de caminos europeos que era Bruselas. Por tratarse de un arma potente, los aliadófilos discutieron el caso con gala de razonamiento... Alcalá Galiano pone en boca de un belga las razonamiento... Alcalá Galiano pone en boca de un belga las escusas; el monumento fue erigido por la única voluntad del Municipio de Bruselas, dominado por radicales y masones y además, lo levantaron con la ayuda del dinero enviado para ello por los mismos revolucionarios españoles. De forma que se trataba: *a*) de un proyecto municipal contra lo que no podía hacer nada el sentimiento adverso de reyes, políticos o del mismo pueblo belga que no tenía la menor idea del «nefasto personaje»; *b*) de un proyecto llevado a término con fondos de los mismos españoles, con lo cual ya no podía hablarse de un atentado extranjero contra nuestra dignidad.

La defensa es, naturalmente, ingenua. Esos munícipes y concejales masones y radicales que habían votado la erección del monumento habían sido elegidos libremente por el pueblo belga que, al menos en principio, estaba de acuerdo con ellos en el recuerdo en piedra de un «mártir». Bruselas, si no Bélgica entera, tenía pues esa idea. Y la aportación de unos cuantos revolucionarios españoles no involucraba a la

nación que, en su mayoría, seguía considerando al menos, inamistosa esa estatua.

La prisa en defender las razones del monumento mostraba que los aliados sabían la carga explosiva que contenía. Y en varios casos, incluso se adelantaron a lo que imaginaban seria medida alemana para congraciarse con la derecha española.

Parecía tan lógico que Azorín se extrañaba que no lo hubieran realizado ya... «El lector sabe que todos los derechistas españoles han clamado por la destrucción de ese monumento, Alemania no debe ignorar esa aspiración de los tradicionalistas y conservadores españoles.» «Entonces ¿por qué no lo ha hecho?» Según Azorín porque la Alemania vencedora posible de 1914 piensa hacer lo mismo que hizo la Alemania vencedora de 1870, es decir influir para que se constituya un gobierno de izquierdas en el vencido para que sea más fácil desintegrar al país y hacerle olvidar sueños militaristas. Por ello, Alemania no se comprometería con su destrucción del monumento a Ferrer con una línea conservadora para España que no sabe si convendría seguir luego de la guerra.[32]

La teoría de Azorín es hábil e interesante pero quizá demasiado maquiavélica. Entre esa posibilidad lejana de equivocarse con un futuro español y la necesidad del gesto amistoso hacia los derechistas españoles que eran sus principales partidarios, Alemania no vaciló y el monumento a Ferrer desapareció de su pedestal, con gran alegría derechista y malestar de la izquierda que intentó minimizar el hecho...

«¿Sólo desplazado?, ¿todo en ese traslado en que para nada se mencionaba la ofensa hecha a nuestro país?», pregunta sarcásticamente Alcalá Galiano. Pero, en el fondo, sabía que la desaparición del monumento había sido un tanto importante que se apuntaron los alemanes, ante esa derecha española...[33]

...y para confirmarlo, en un viaje a Bélgica, el profesor Vicente Gay se acerca a la plazuela donde estaba levantado el monumento a Ferrer, «es una plazuela irregular, una especie de claro en la edificación. Unos pocos árboles tísicos y unos bancos de madera constituyen su ornamentación. La estatua, el pedestal habían desaparecido. En su lugar, sólo quedaba una mancha negruzca de la tierra apisonada, que

32. Azorín, *Izquierdas y derechas.*

33. Alcalá Galiano, A., *España ante el conflicto europeo,* Madrid, 1916, págs. 125 y ss.

llenaba el hueco que dejaban los cimientos del pedestal».

El viajero se sienta en un banco junto a unos viejos; quiere que éstos le confirmen lo ocurrido...

«¿No había aquí una estatua? —dije.
»—Creo que sí —me contestó.
»—¿Y cómo no está ahora aquí?
»—No sé.
»—¿La han quitado los alemanes?
»—*Je ne sais pas* —contestó inmediatamente el belga.»

El viajero se va contento. Un oficial alemán le había dicho con entera sencillez «que los alemanes no consentirían que se injuriase a España donde ellos mandasen». Y Vicente Gay estaba doblemente orgulloso de ser español en esos días porque, aparte del monumento a Ferrer, el mando tudesco había hecho arrancar una lápida del Palacio Real en la que se recordaba la memoria de Egmont y Horn «ajusticiados por defender la libertad de conciencia». Gay pregunta también a los belgas que encuentra cerca, sobre la lápida: «¿La han quitado los alemanes?» «Je ne sais pas.» «Creí que aquella gente obedecía a una consigna o que callaban por considerar que el acto de retirar el monumento no desacreditaba a los alemanes.» [34]

Parodiando y ampliando la frase de Talleyrand, la invasión de Bélgica además de un crimen, fue un tremendo error. Era difícil no simpatizar con un país neutral que no se metía con nadie. Julio Camba lo vio claro...

«Nada más que cañones»

«Alemania posee un gran Ejército y una gran Marina. Toda su suerte se ha confiado a los cañones. Ha creído que teniendo buenos cañones, un pueblo no necesitaba hacerse simpatías ni proceder con tacto. Y el resultado actual es la actitud de Italia, neutral, si no hostil; el levantamiento de Bélgica y la intervención de Inglaterra. La ventaja de atravesar Bélgica no podría nunca compensar la desventaja de hacerse enemiga a la flota británica. Si Alemania hubiera tenido ahora diplomacia, como la tenía en tiempos de Bismarck, esta diplomacia hubiera calculado las consecuencias de un acto tan serio como el de quebrantar la neutralidad belga. Pero Alemania no tiene diplomacia, sino únicamente militarismo. La invasión de Belgica ha sido planeada por los militares a quienes les resolvía un problema estratégico. Mili-

34. Gay, Vicente, *ob. cit.* págs. 251 y ss.

tarmente, estaba bien invadir Bélgica. Diplomáticamente ha sido un error funesto».[35]

El error político lo intentan explicar los alemanes, llegando a veces a extrañas teorías como la que sostiene un periódico germano y comenta, graciosamente, Julio Camba.

«Bélgica y el derecho»

«Al oponerse al paso del Ejército alemán —dice la *Vossische Zeitung*—, los belgas se han colocado fuera de la ley y han violado el derecho de gentes...» La teoría es extraña, inesperada. Constituye en la esfera del Derecho, una sorpresa, así como la que, en la esfera militar, constituían los obuses de 42 centímetros al comienzo de la guerra... Alemania es un país formidable. No sólo tiene los cañones más grandes del mundo, sino que tiene también los juristas más grandes del mundo; no sólo puede invadir militarmente un país pacífico, sino que puede, asimismo, invadirlo legalmente. Tras sus proyectiles, Alemania lanza sus libros, libros de gran calibre, enormes y pesados, que lo arrasan todo.

»Según la *Gaceta de Voss*, el derecho de los países neutrales a la inviolabilidad de su territorio no es un derecho absoluto. Es un derecho semejante al derecho civil de inviolabilidad del domicilio. Ahora bien: si la Policía entra en una casa para perseguir a un malhechor y el inquilino trata de oponerse, con las armas en la mano, al paso de la Policía, este inquilino es considerado como un criminal o como un loco. Y tal es, según la *Gaceta de Voss*, el caso de Bélgica.

»Las razones de la *Gaceta de Voss* no son tan simplistas como pueden parecer a primera vista. Están expuestas en un lenguaje científico, con citas latinas y todo lo necesario. Por mi parte, ni las acepto ni las rechazo; yo no creo en el derecho internacional, pero me parece interesante reproducirlas.

«El Ejército de un país neutral —añade la *Gaceta de Voss*— debe servir para dos cosas: mantener el orden interior y rechazar las fuerzas invasoras; pero no las fuerzas que quieren pasar para atacar a un enemigo que se encuentra al otro lado, sino solamente aquellas que pretenden invadir el territorio con fines de conquista. «Emplear el Ejército para impedir el paso de un beligerante a través del territorio neutral —dice la *Vossische Zeitung*—, matar para que no se pase, es contrario no sólo al Derecho internacional

35. Camba, Julio, *El destierro*, pág. 141.

sino también al Derecho natural. Los países neutrales pueden reclamar indemnizaciones cuando un pasaje de tropas les ha causado perjuicios, pero no pueden empuñar las armas y lanzarse a la guerra.»

«No pueden lanzarse a la guerra porque precisamente la primera condición de la neutralidad de un país se basa en el deber contraído por este país de no mezclarse en las luchas de otras potencias. Bélgica ha faltado a su deber y ha quebrantado su neutralidad. Es decir, que la neutralidad de Bélgica no ha sido quebrantada por nadie más que por ella misma.»

«Esto dice la *Gaceta de Voss*... Y es que Alemania, se ve, estaba preparada para la guerra en todas sus fases. Estaba preparada para la guerra marítima, para la guerra submarina y para la guerra sobre el papel, que no es, por cierto, la menos importante de todas.»[36]

Bélgica era un «memento» continuo para la germanofobia. De la gran cantidad de destrucciones y fusilamientos innecesarios causados por los «bárbaros del siglo XX», la mayoría habían ocurrido en la región ocupada por la primera ofensiva alemana.

Por ello resultaba lógico que un germanófilo famoso, el profesor Vicente Gay además del recuerdo de Ferrer, buscara en Bélgica ocupada su verdad y no la que le ha preparado la propaganda aliada. ¿Y qué ve? En Lovaina, la ciudad mártir según los aliados, el guía le lleva siempre por las mismas calles mostrándole los mismos destrozos. Vicente Gay entonces se mete por otras que estaban completamente intactas. Detrás de la Catedral —ésa sí, admite, estaba destruida— «una calle algo irregular estaba muy transitada con gente que entraba y salía de los comercios instalados en ella». Compra después un plano de la ciudad y no lo que muestran con mala fe las postales tomadas desde ángulos diferentes de las mismas ruinas. Por otra parte, consigue hábilmente, que un camarero le reconozca lo que él ya imaginaba. Que las casas arrasadas fue por haber albergado a francotiradores que abrieron fuego, traidoramente, contra los alemanes.

«¿Y cómo este hotel no ha sido destruido y sí el de enfrente? —pregunté al mozo.

»—Es que desde aquí no hicieron fuego —me contestó.

36. CAMBA, JULIO, *La guerra desde Suiza. «El destierro»*, pág. 217.

»—Luego, desde ese de enfrente ¿sí hicieron fuego contra los alemanes?

»—¡No, no! —dijo precipitadamente el belga—, quiero decir que el incendio no se propagó hasta esta casa.» [37]

Después de lo cual el profesor Gay descubre otra de las mentiras de los propagandistas aliadófilos. A la hora de comer en el hotel la miseria y hambre denunciada por los aliadófilos se convierte en una comida más variada, rica y abundante de lo que se encuentra en la misma Alemania. Y hay más. Mientras los belgas comen pan blanco, los oficiales alemanes, junto a ellos, prueban sólo el negro. Pregunta al canto. Contesta el militar alemán sobriamente: «Lo dejamos a los belgas» y comenta admirado Gay. «Y eran los hombres que podían dictar la ley». [38]

Y en cuanto a la cacareada neutralidad... Bélgica «no se sentía ya neutral»... Si no hubiese sobrevenido la guerra antes de diez años (sic) Bélgica habría renunciado a su neutralismo» afirma un diplomático anónimo con quien conversa el autor. Y naturalmente, además «había un plan inglés para actuar en Bélgica contra Alemania que tenía que haberse hecho de acuerdo con ellos. Total, que Alemania estaba más que justificada... en su acción». [39]

¡Ah, los francotiradores! Los aliadófilos se quejan de esos paisanos fusilados por los alemanes en las carreteras de Bélgica y no saben lo que habían hecho antes.

«Para nosotros el dilema era terrible: o castigábamos con energía estos ataques de combatientes que se ponían fuera del derecho de gentes o nos veríamos expuestos continuamente a ellos durante la ocupación del territorio belga.»

Habla un oficial alemán de Lovaina a un oído acogedor.

«Lo sucedido en Lovaina —termina Gay— fue bien aclarado. Tiroteados por todas parte "a traición" los alemanes quemaron las casas donde se les disparaba. Y la prueba que nosotros nos hemos conducido bien es que en Amberes y Bruselas donde nada se ha hecho contra nosotros no se ha fusilado a nadie.» [40]

37. GAY, VICENTE, *ob. cit.* pág. 312.
38. GAY, VICENTE, *ob. cit.* pág. 243.
39. GAY, VICENTE, *ob. cit.* págs. 268 y ss.
40. GAY, VICENTE, *ob. cit.* págs. 318 y ss.

¿Más mitos que derribar? Efectivamente. Los famosos fuertes cuya defensa constituyó uno de los motivos de mayor alharaca periodista y poética en todo el mundo aliado, resulta que fueron entregados sin un solo tiro. Y además —lo vio el mismo profesor en un teatro y precisa que fue el 15 de septiembre de 1915— un cómico se refirió en burla a los burgueses que habían huido ante el peligro dejando solos a los pobres ante la invasión. Y había una vida alegre, agradable y divertida en las ciudades belgas que él visitó. Y cuando aparecía el juicio de muerte en contra de unos espías en una pared, los transeúntes leían y seguían «continuando su conversación que no interrumpía la sentencia de los condenados a muerte». [41]

Aun escribiendo en un periódico germanófilo, Ramón Gómez de la Serna cuenta una verdad en la que estaban de acuerdo todos aunque muchos no quisieran aceptarlo. Los belgas no querían, no estaban hechos para la guerra.

«Todos los soldados belgas tienen rostros de hombres civiles, rostros llenos de consciencia y modernidad, caracterizados para la vida ciudadana y pacífica de una sociedad, toda a buen nivel, limpia y condescendiente... Parecen más que unos soldados preparados para la milicia regular, unos hombres generosos, vestidos de soldados en la revolución que salvará a su patria... Resultan extraños en la pelea, con sus sombreros de copa, su cabeza noble y su expresión ecuánime y sensata...» [42]

Otro periodista germanófilo ha ido a Bélgica. Como Gay se asombra —todos los germanófilos fingen asombrarse— al no encontrar las tremendas cosas que cuentan los aliadófilos en las tierras ocupadas por los alemanes. Pujol va a una iglesia, la de Santa Bárbara y allí se está celebrando la misa en sufragio de los soldados belgas; el cronista ve entrar a dos oficiales prusianos «respetuosamente descubiertos andando de puntillas por la nave lateral para no turbar los oficios, admirando la fábrica arquitectónica, en silencio».

Respeto, amor al arte, pero siguen siendo lejanos, ¿quizá protestantes? Pujol tiene la suerte de que el cuadro se complete:

«Y en seguida, cuatro soldados bávaros, hombres de

41. Gay, Vicente, *ob. cit.*
42. Gómez de la Serna, Ramón, Diario del lector, «La Tribuna» 3-I-1915.

cuarenta años, reservistas que van al frente, cargados ya con el equipo de campaña; y se persignan y se arrodillan y oyen también la misa que el sacerdote va diciendo ante las banderas belgas.»

Más sencillez y comprensión... Pero hay algo más, hay confraternización. En un pueblo el cronista oye música.

»—¿Qué es eso?

»—Los soldados que están bailando con las chicas del pueblo. Hoy es domingo.

»Óyese la música, evocadora de los puertos, de un acordeón. Y en el cristal enjabonado de la ventana se proyectan, como sombras chinescas, las parejas que bailan bajo el estruendo del cañón, contorno de las cabezas femeninas sonrientes y de los cascos que los soldados llevan puestos.»

...La hija del hostelero, cuyo nombre es Irma, es guapa y bromea con todos los suboficiales.

«—¿Se conducen bien aquí?

»—Muy bien, nosotros estamos haciendo un buen negocio.»

El cronista va a Bruselas.

»—Aquí, el ejército alemán no ha hecho ningún destrozo.

»—Asolutamente ninguno. Oficiales y soldados se han conducido siempre correctamente, dícenme.»

Naturalmente, el cronista habla con los alemanes que se quejan de la mala prensa. Uno le enseña las fotografías de sus hijos.

«—¿Cree usted que nosotros, habiendo dejado en nuestro país estos pequeñuelos, somos capaces de cometer las atrocidades que nos imputan? —me preguntan humildemente—. ¿Cree usted que nosotros somos bárbaros como nos llaman nuestros adversarios?

»Yo les explico que pertenezco a un país calumniado también por sus enemigos seculares y que la calumnia es un arma que Inglaterra emplea tradicionalmente al mismo tiempo y con tanta eficacia como la flota. Mis explicaciones les llenan de reconocimiento y efusión.» [43]

43. Pujol, Juan, «ABC» en Bélgica, 28 febrero 1915.

Pero ¿y los fusilamientos de Lovaina? Pujol, como Gay, los explica porque alguien «de cuya veracidad no es posible dudar» le aseguró que los estudiantes tirotearon a las tropas alemanas. «Efectivamente —contesta el oficial alemán—. Era necesario un castigo ejemplar. Sin ese ejemplo la vida de nuestros Ejércitos en Bélgica habría sido imposible».

El oficial alemán añade una frase que al español de derechas tenía que gustarle. «El populacho bruselés que se ha amotinado hasta por incidentes ocurridos en España a veces ¿qué no habría hecho contra nuestros soldados sin una mano de hierro?»

Los «incidentes» fueron el proceso a Ferrer, el acontecimiento que predispone al derechista español inmediatamente contra Bélgica. Pujol no encuentra en ese pueblo ninguna cualidad. Empezando por el valor militar. Un comerciante de Gante le dice lo que le encanta oír:

«Bélgica ha pagado su pecado de imprevisión. Su organización militar era defectuosa. Y su preparación moral para la guerra, nula. No en vano se había estado predicando duramente decenas de años contra todas las cualidades viriles de nuestra raza (el comerciante dice que se debía a los partidos progresistas). El resultado de esta propaganda fue que... creíamos poder detener el avance alemán emborrachándonos con adjetivos, y al mismo tiempo, nuestros destacamentos se entregaban presas de pánico, cada vez que veían asomar una patrulla de ulanos.»

¿Dónde queda la Bélgica heroica, la patriótica Bélgica? En nada. Pujol describe un pueblo muelle, sensual, vacío.

«Los alemanes no les han vencido por la superioridad de número o del armamento; les han vencido por la mayor fortaleza de su espíritu... les han vencido porque en conjunto son más morales, más capaces de austeridad, de sacrificio...»

Y ahora están humillados pero tranquilos. Pujol se complace recordando rencorosamente las campañas antiespañolas del tiempo de Ferrer:

«Y considero por todo extremo pausible el dominio de sí mismo, la cordura con que tolera la ocupación alemana. Un pueblo tan sensible a la injusticia que ha levantado monumentos a delincuentes condenados en tribunales legítimos de otras naciones por la presunción de que lo habían sido

indebidamente; un pueblo que ha saqueado —en el Boulevard du Nord— tiendas de pobres comerciantes que ostentaban el retrato del Rey de España, sólo porque Ferrer había sido fusilado en Barcelona, ¿no es admirable que se conduzca tan dócilmente, tan mansamente bajo la espuela de un invasor que ha pisoteado su territorio, su honor y su independencia? Cuando uno piensa en aquella impetuosidad con que se mezcló en negocios extraños, puede calcular el heroísmo de esta moderación con que el pueblo de Bruselas trata el negocio de su propia conquista por el extranjero.» [44]

Pujol escribe para «ABC» y sabe que trata un tema grato a su director que, en 1909, salió al paso de la campaña contra Maura y en estos días ha vuelto a recordar el caso:

«El notable periodista Sr. Castrovido, director de *El País*, me alude directamente en un artículo que publicó ayer en su periódico, con el título *El monumento a Ferrer en Bruselas*...

»Todo el talento del Sr. Castrovido, todas sus extraordinarias cualidades de polemista, que yo soy el primero en reconocer, no son, sin embargo, suficientes para demostrar que no es cierto lo que he dicho mil veces, y que una más me veo obligado a repetir:

»Primero. Ferrer fundó la Escuela Moderna, según propia confesión, para formar anarquistas convencidos que con el veneno y la dinamita concluyeran con todo lo existente.

»Segundo. Ferrer pudo durante mucho tiempo hacer con toda libertad la propaganda de sus ideas sin que le molestase, sin que le pusiese traba alguna ningún Gobierno, incluso el del Sr. Maura, hasta que, complicado en el crimen de la calle Mayor, se decretó la clausura de la Escuela Moderna por el Sr. Moret, jefe del partido liberal.

»Tercero. La participación de Ferrer en los horrendos crímenes de la semana trágica de Barcelona fue ignorada hasta que sus amigos y correligionarios, reforzados con el testimonio de jefes y soldados del Ejército —no podrá citar el Sr. Castrovido la denuncia de un solo religioso— le acusaron de haber tomado parte importantísima en aquella rebelión, en la que murieron multitud de personas y se incendiaron infinidad de edificios.

»Cuarto. Los tribunales militares, constituidos en virtud de leyes establecidas muchos años antes, funcionaban con anterioridad a ser acusado Ferrer, y por acuerdo de la Junta de autoridades de Barcelona, que resolvió que el gobernador

44. PUJOL, JUAN, «ABC» en Bélgica, enero-febrero 1915.

civil, a pesar de todas sus protestas, resignase el mando en la autoridad militar.

»Pues si Ferrer pudo hacer propaganda desde la escuela y desde el libro de sus ideas anarquistas y disolventes, a ciencia y paciencia de las autoridades, ¿con qué fundamento puede decirse que el monumento de Bruselas representa el libre pensamiento, perseguido por la reacción española?

»Si Ferrer fue juzgado y condenado como principal actor de los crímenes realizados durante la semana trágica de Barcelona, y no por sus ideas, a las que para nada se refiere la acusación que sirvió de base para su condena, ¿cómo puede decir el Sr. Castrovido que este monumento significaba un homenaje al mártir del libre pensamiento?

»El monumento a Ferrer representaba la protesta contra la tiranía y la reacción españolas, que habían fusilado a Ferrer, no por homicida e incendiario, sino como apóstol de la justicia, de la tolerancia y del libre pensamiento; era un homenaje al hombre bueno, que podía ser comparado por sus virtudes con Jesucristo, y que fue sacrificado ignominiosamente, en juicio sumarísimo y sin garantías de ninguna clase, como dijeron algunos diarios madrileños cuyos nombres son sobradamente conocidos del director de *El País*.

»De este modo se formó la conciencia europea por escritores españoles, y así pudo decirse por los que se consideraban representantes de la culta Europa que era una vergüenza y un deshonor que España figurase en el concierto de las naciones civilizadas.

»Los radicales españoles han querido convertir el nombre de Ferrer en una bandera de combate para acabar con dos hombres políticos, y lo que van a conseguir es concluir con el crédito de España y el honor del Ejército en el extranjero.» [45]

Los católicos y Bélgica

El caso de Bélgica fue el más duro de tragar para los germanófilos españoles especialmente para los que formaban mayoría en su seno, es decir, los católicos. Porque católica era Bélgica en su casi inmensa totalidad y porque la primera protesta importante de un príncipe de la Iglesia fue precisamente la del cardenal Mercier, que lanzó su famosa pastoral días después del ataque y bombardeos.

45. Luca de Tena, Torcuato, «ABC», 16-II-1915.

«Miles de ciudadanos belgas han sido internados en las prisiones de Alemania... La historia relatará las torturas físicas y morales de su prolongado cautiverio... centenares de inocentes han sido fusilados... sé que se han contado 91 en Aerschot, en donde bajo amenaza de muerte, sus conciudadanos se vieron constreñidos a cavar la fosa en que iban a ser enterrados.»

Mercier había hablado ya de la destrucción parcial de la Universidad de Lovaina, del incendio de la biblioteca... hechos que provocaron una primera protesta de los católicos españoles que quisieron disociarse precisamente por serlo, de la fama germanófila de sus correligionarios. Éstos son algunos de los párrafos de su manifiesto:

«...No ostentamos en este momento representación colectiva, de partido, escuela u organización de ninguna clase, viéndonos, por lo tanto, libres para exponer nuestro pensamiento sin la coacción corporativa que a menudo fuerza las voluntades que parecen más independientes.

»El tiempo transcurrido desde que fueron reducidos a cenizas los tesoreros espirituales acumulados durante cinco siglos en la venerable Universidad, da mayor fuerza a una protesta formulada con juicio sereno, ya desvanecida la primera impresión producida por el hecho y pesados tranquilamente los descargos con que los causantes de esta gran desgracia han querido justificarla ante la indignación del mundo civilizado.

»En tal concepto el incendio de la Universidad de Lovaina ha merecido y merecerá eternamente la execración de todos los hombres que no se avienen a admitir la primacía de la fuerza sobre el derecho; antes al contrario, creen que la fuerza ha de ser siempre la esclava y el brazo inconsciente que necesita el espíritu para realizar la misión que Dios le ha marcado en el mundo. Si semejante ultraje quedase sin protesta y sin reparación, sería cosa de afirmar que se habían borrado del corazón humano los sentimientos del bien y de la justicia y que las sociedades modernas, lejos de encaminar al hombre a un estado de perfección para mejor cumplir su providencial destino, le hacían retroceder a épocas que son oprobio en la historia de la Humanidad...» [46]

La poca importancia social y académica de las firmas que seguían al primer mensaje muestran un poco la verdad del

46. «Iberia», 25-IX-1915 (vid. Apéndice para nombres).

aserto de muchos uniendo las causas germanófila y catolicista; la primera llegaba a hacer olvidar los martirios de Bélgica. Para detener un poco esa teoría se lanzó al año siguiente otro manifiesto, el «Mensaje de los católicos españoles a Bélgica» donde se reafirmaba esa postura de protesta. «Iberia» que lo reproduce íntegro, advierte en la entrada que «Hay demasiados eufemismos, pero mucho es el reconocimiento del derecho y de martirio de Bélgica por los hombres prestigiosos de una opinión española que ha tenido excesivas dejadeces espirituales.»

En términos generales el Manifiesto protestaba de que en el extranjero se hubiese dicho que «los católicos españoles son del todo indiferentes, cuando no hostiles a la causa de Bélgica en el conflicto europeo». Después de afirmar su absoluto acuerdo con la neutralidad española —primer eufemismo para «Iberia»— se manifestaban contra la violación de la neutralidad de Bélgica, probada incluso con palabras del mismo Canciller alemán en el Reichstag. En lo que se refería a la violación de derecho de gentes consideraban probada la existencia de fusilamientos, saqueos y destrucciones sin fin pero tenían que aceptar la palabra del Emperador alemán que sostenía que ello había sido debido a la actitud belicosa del paisanaje belga con sus soldados. Los firmantes entonces (segundo y mucho más grave eufemismo para «Iberia») esperaban que se constituyese una comisión investigadora internacional para aclarar los hechos. El mensaje termina con su admiración hacia la pequeña nación que se había defendido contra fuerzas tan grandes y la complacencia de quien hubiera hecho eso fuera un país católico. Lo bastante, en fin, para irritar a los germanófilos pero demasiado poco para el gusto imperante de los aliadófilos.

La verdad es que, aparte del Duque de Alba, primer firmante del manifiesto, hay aquí pocas firmas de categoría social e intelectual. Evidentemente la gran mayoría de católicos seguían siendo germanófilos a pesar de Bélgica.

Así define esa actitud un economista que, años más tarde, será ministro de la segunda República española, Luis Nicolau d'Olwer:

«El Buen Español de las Derechas es hombre "de firmes y arraigadas convicciones"; nada le conmueve; es rectilíneo. Así no le immutó el atropello de la infausta Bélgica, a la cual él, campeón en otro tiempo del honor calderoniano, reprocha hoy el no haber tenido mentalidad de prostituta; tampoco le inmutó el cinismo del Canciller, que llamó "trozo de papel" el pacto en que había la firma y el juramento

por el honor de su país; menos, todavía, le inmutó el fusilamiento de inermes sacerdotes, de mujeres y de rehenes y el arresto del Primado de Malinas. ¡Ca! El Buen Español de Derechas —estoico, no como un filósofo romano, sino simplemente como Don Tancredo— miraba hasta con cierta fruición la ruina de Bélgica.

»La víspera misma de la guerra, el Buen Español de Derechas presentaba aún el reino de Alberto I como un modelo de hijos de la Iglesia. El adjetivo "católico" era inseparable de Bélgica; el partido católico, que durante tantos años gobernó y aún sigue en el poder, se le presentaba como un ideal para las derechas españolas. Pero desde que las herradas botas de un regimiento prusiano pisaron el país belga, todo cambió. El Buen Español de Derechas se apresuraba a confesar su error. Bélgica estaba vencida a la jacobina Francia; minábanla los judíos y la Masonería —aquel negro espectro que muchas noches no le dejaba cerrar los ojos... Además, había oído hace años a un párroco carlista —"sotto voce", pero con aires de persona enterada— que el Cardenal Rampolla era masón, y ¿quién sabe, Dios santo, si el hasta entonces venerable Cardenal Mercier no lo sería también? Aquello de protestar contra la conducta de los ángeles exterminadores de Francia, realmente da qué pensar, da qué pensar... Y el Buen Español de las Derechas se rasca el occipucio. Claro que el Buen Español de las Derechas veía católicos y conservadores partidarios de los aliados, pero él —murmurador por naturaleza— de todos sabía algo que les acreditaba de no "buenos" o de no ser "españoles". De este modo la vida del Buen Español de las Derechas resbalaba plácida y suave por el mar jabonoso de la Agencia Wolff. Los pormenores de la horrible tragedia belga, el bombardeo de poblaciones abiertas, las piraterías bajo pabellón de guerra, las degollinas de cristianos griegos y armenios por los turcos, no le sacaban de su placidez ni más ni menos que la sangre con tripas de la "fiesta nacional".» [47]

La guerra submarina

Si la invasión de Bélgica había sido difícil de explicar, por los germanófilos, se planteó un problema parecido con la extensión de la guerra submarina llevada a cabo por los Imperios Centrales. Se repetía el caso de Bélgica, en el

47. Nicolau d'Olwer, L., «Iberia», 17-IV-1915.

sentido de que eran neutrales los que sufrían los golpes feroces de una guerra en la que no habían intervenido. Faltaba aquí el arte destruido, faltaba la población atemorizada y huyendo de sus hogares asaltados por la soldadesca pero, a cambio de ello, los espíritus sentimentales podían contemplar el cuadro siniestro del buque hundiéndose y unas barcas con supervivientes rematadas por los disparos de los alemanes, cuando no eran víctimas de la tempestad.

El primero de los incidentes famosos fue el del hundimiento del «Lusitania», el barco de pasajeros hundido sin previo aviso por los submarinos tudescos. Un clamor general se levantó en el mundo.

Unamuno, ya lo dijimos, se hico eco de la indignación general. Eso sólo pueden hacerlo los alemanes: «Decía Joffre —y son las más nobles palabras que se han dicho en el curso de la guerra— refiriéndose a la orden de hacer hundir al "Lusitania" sin advertencia previa "que ningún gobierno francés hubiera dado semejante orden seguro como estaba de ser desobedecido, porque nosotros —añadía— ponemos la conciencia y la inteligencia de los ciudadanos por encima de cualquier orden militar"». [48]

Dice, en cambio, otro escritor: «El cronista tiene que reconocer noblemente que el movimiento de protesta e indignación ha sido unánime.» ¿Por qué ese esfuerzo en «reconocer notablemente» algo tan obvio? Porque para el escritor no lo es. En una crónica fechada en Roma por las fechas del naufragio, José Juan Cadenas hace un examen de conciencia para preguntarse por qué no se siente indignado ni asombrado por la desgracia. La conclusión es que la esperaba; dicho de otra manera, la encuentra justificada.

Cadenas divide su tesis en dos razones. La primera, basada en el antiguo refrán español de que quien avisa no es traidor, explica cómo la Embajada alemana en los EE.UU., anunció en los periódicos —pagando el anuncio, recuerda el cronista— que el «Lusitania» corría peligro de hundimiento al entrar en la zona del bloqueo germano. Los periódicos aliados se burlaron de la amenaza y el Primer Ministro británico Sr. Asquith dio toda clase de seguridades a los pasajeros norteamericanos que se apuntaron al viaje... Y Cadenas llega aquí a una conclusión, propia del enemigo de Inglaterra que es: «Me atrevo a decir más... Creo que Inglaterra ha provocado esta catástrofe... Inglaterra... amenazada... necesita que el mundo entero se levante indignado

48. UNAMUNO, MIGUEL DE, *Discurso, ob. cit.*

contra Alemania y no ha vacilado en sacrificar un navío cargado de pasajeros... Es el eterno traidor que prepara friamente los efectos... Yago, diga Shakespeare lo que quiera, no nació en Venecia. Es un producto genuino de la Gran Bretaña. Yago es Mr. Asquith, vestido de chaquet y con una flor blanca en el ojal.»

Hasta aquí Cadenas emplea los argumentos de todos sus correligionarios que se identifican con sus ideas políticas. La guerra es la guerra. Alemania necesita cortar los suministros a Gran Bretaña, lo ha advertido noblemente y todos los pasajeros inocentes que no toman en serio su amenaza tienen que correr el riesgo. Pero, en la segunda parte de su crónica, emplea un curioso argumento: el social, viendo en el barco desaparecido un símbolo de riqueza y opulencia.

«...ese coloso de los colosos, ese mastodóntico edificio que navegaba orgulloso de Liverpool a Nueva York conduciendo a los felices de la tierra a los multimillonarios que podían pagarse el lujo de vivir en un palacio sobre las aguas, con todo género de comodidades, con todos los refinamientos del lujo y del confort.»

Pero en el barco iban también gente en tercera clase y Cadenas previene al lector contra el uso que de ello van a hacer los aliadófilos:

«Ya veréis cómo explotan, hipócritas, ese argumento de los inmigrantes para buscar el camino de vuestro corazón... ya veréis cómo lloran sobre ellos lágrimas de cocodrilo... Ahora, en estos momentos, se acuerdan de los pobrecitos inmigrantes. No se acuerdan de ellos cuando los llevan como rebaños hacinados en la cubierta y en los sollados de los barcos, muertos de hambre, rendidos de fatiga.»

El autor afirma conocer esa vida porque la ha pasado. «Yo he viajado con una montaña de harapos y miseria en la cubierta de un barco por espacio de once días... el pasaje de las primeras clases huía de nosotros, la tripulación nos trataba poco menos que a puntapiés y los hombres reñían, las mujeres se lamentaban y los chiquillos lloraban, hambrientos día y noche».

No es extraño que con ese trato sobrevengan pensamientos sombríos...

«Y había muchos instantes en que nos poníamos a contemplar la superficie de las aguas y pensábamos en lo bien

que se debía estar allá abajo en el fondo, reposando eternamente.» [49]

Resulta que, casi les hizo un favor el capitán del submarino alemán. Es interesante sin embargo, que se emplee un argumento social de diferencia de clases para defender una situación política internacional. Por líneas oblicuas y con mucho menor conocimiento histórico-jurídico, J. J. Cadenas llegaría a las mismas conclusiones de d'Ors. Los que conservan son los ricos; la vieja sociedad clasista es la aliada, la nueva y revolucionaria es la germana.

En el torpedeo del «Lusitania» hubo un secreto que a los germanófilos de entonces les hubiera llenado de gozo al darles la razón. Y es que el barco americano, además de sus pasajeros ricos y sus pasajeros pobres, llevaba algo que le hacía lógico objetivo de los submarinos alemanes. Según un artículo publicado recientemente en *Life* (otoño del 72) por Colin Simpson, avance de un libro titulado «Lusitania», el navío siniestrado portaba doce cañones y municiones artilleras con destino a los aliados, cosa que se mantuvo oculta hasta 1950.

Naturalmente la situación se hizo más difícil de explicar por los germanófilos cuando los barcos que empezaron a hundirse fueron los españoles. «Iberia» acusaba a algunos periódicos partidarios del Kaiser de contradictorios al encontrar natural que desaparecieran en el fondo del mar los barcos neutrales de otros países porque Alemania tenía que forzar el bloqueo contra los malvados ingleses, mientras ponían el grito en el cielo cuando se trataba de barcos nuestros. «¿Es que pretenden que Alemania por los bellos ojos de la neutral maja hispánica, de un trato privilegiado de favor, a España y sus buques?» [50]

Se refería el semanario aliadófilo concretamente a «ABC» y a «El Imperial» capaces de reaccionar vivamente ante esos ataques. No quería mencionar siquiera a los «Correos» («El Correo Español» y «El Correo Catalán») más «alemanistas que Alemania» que no habían cambiado de actitud.

Efectivamente, para esos periódicos el problema era simple. Los Imperios Centrales anunciaban una medida, los barcos españoles la desafiaban y eran hundidos. Los responsables ¿eran los alemanes? No. Los responsables eran los malvados armadores que enviaban a sus barcos a una muerte segura porque, tanto por el valor del flete si llegaban como

49. Cadenas, J. J., «ABC», 16-V-1915.
50. Cadenas, J. J., «Iberia», 28-VIII-1915.

el del seguro si era hundido, valía la pena arriesgar las vidas... ajenas.

Esta es la teoría que defiende «Armando Guerra» seudónimo del teniente coronel Martínez Lorente de tremenda germanofilia. Cuando se planteó la posibilidad de que el Estado español sustituyese con los barcos alemanes que estaban embarcados en puertos españoles, los perdidos por la guerra submarina, Armando Guerra ironiza sobre que faltaran barcos españoles cuando hay tantos alquilados a los ingleses para ir y volver con material bélico de Inglaterra a Italia (y encima se quejan si los hunden).

«...si un día alguno de estos barcos vuela por efecto de un torpedo y sus tripulantes invocan el sagrado nombre de España, comerciantes y no españoles se sintieron buscando antes los beneficios de su bolsa que el colectivo... si desde la *Gaceta* les han dicho a voces lo que es contrabando y por el afán de la ganancia a contrabandistas se dedican, ¿debe la nación que les advirtió el peligro hacerse solidaria de su temeridad?» [51]

A Ramón Gómez de la Serna le impresionaban extrañamente esos nuevos elementos de la guerra: los submarinos, y les dedicó varias glosas, algunas rozando con el estilo de lo que luego llamó greguerías. Fantasea, a veces, románticamente...

«Porque ¿no hay historias de un fabuloso lirismo en esta guerra? ¿No haría bien esta noticia por ejemplo? «El capitán del submarino E-12 tomó una mujer, la más hermosa mujer de la tripulación del barco que se hundía y desapareció con ella en el fondo de los mares». ¿No habría en esa historia algo de legendario, algo así como si el tritón apasionado hubiese robado una mujer para hacerla reina de las aguas verdes en el palacio submarino?» [52]

A veces admira a los tripulantes de los grandes peces metálicos...

«Esos hombres de los submarinos parece que tienen una medida exacta a la que corresponde el submarino; parece que son hombres nacidos para pertenecer al submarino, recios, cuadrados, duros.» [53]

51. Armando Guerra, «De Re Bellica», Madrid, 1916.
52. Gómez de la Serna, Ramón, «Diario del lector», «La Tribuna», 11-V-1915.
53. Gómez de la Serna, Ramón, «Diario del lector», «La Tribuna», 11-V-1915.

Otras juega con la desaparición del sumergible que deja en suspenso el final de la batalla.

«Se vio hundirse el submarino después de los disparos» —dicen las noticias muy a menudo— ¿es que se escapó o es que se hundió? Como el pez escapado del anzuelo, no se sabe si morirá de la herida o si sanará... Debían tener esos proyectiles que se disparan sobre los submarinos un anzuelo y un largo «sedal» de hierro para poder tirar del pez después de cazado... y quizá se debía emplear como «carnada» para atraer a los submarinos una bella sirena arrojada al mar sobre un flotante torpedo. ¡Locura!» [54]

Un poeta del tiempo, el modernista Goy de Silva, canta líricamente al submarino acechando a las grandes presas que pasan por encima de sus cabezas:

Son los buzos furtivos...
son los buzos furtivos cazadores de los «Superdreadnoughts»
y de los trasatlánticos,
cuyos ojos nocturnos vigilan con espanto
vanamente en la sombra, inútilmente,
el mar y el horizonte... [55]

Una de esas presas, para desgracia de los españoles llevaba uno de sus más preclaros compositores; Enrique Granados, perece al volver de Estados Unidos con el «Sussex", víctima del torpedo de un submarino alemán. En la glosa poética de un fino escritor del tiempo, Muntaner, hay tanto de lamento como de protesta encolerizada.

...Oh claro amigo nuestro
no te ha valido ya ser escogido
por los dioses ni el brillo de maestro
que en tu tierra ganaste para el mundo.
...Dicen los hijos de los muertos: Contestadme:
¿Qué habéis ganado con la muerte de mis padres?
"¡Es la guerra! ¡Es la guerra!" contesta un grito trágico
Y el coro le responde: ¡Crimen! ¡Bárbaros! ¡Bárbaros! [56]

54. Gómez de la Serna, Ramón, «Diario del lector», «La Tribuna» 11-V-1915.

55. Goy de Silva, «La guerra submarina», «Blanco y Negro», 1917 (vid. Apéndice).

56. Muntaner, Joaquín, «Iberia», 1-IV-1916 (vid. Apéndice documental).

La emoción fue lógicamente fuerte. Especialmente en Cataluña.

La protesta de «Ilustració Catalana» (30-4-1916), en general contra la crueldad de la guerra, muestra, sin embargo, su antigermanismo: «¿Cómo no anatemizar las ambiciones desenfrenadas de aquellos pueblos que, parecidos a los antiguos bárbaros, asolan naciones tranquilas, asesinan entre pillaje y violaciones?»

«La Tribuna» sale al día siguiente con la mejor defensa, es decir, con un ataque desaforado contra quienes «utilizan toda clase de injurias para desacreditar a Alemania ante el mundo entero.»

¿Por qué? ¿No es cierto que Alemania fuera la culpable del hundimiento? En absoluto. «La Tribuna» está segura de lo contrario... porque Alemania lo ha negado. Y añade «La Tribuna»: «Todas las calumniosas insinuaciones de la prensa contra Alemania caen por su propio peso después de esa declaración oficial.»

Sin embargo, el órgano germanófilo no está muy seguro de que eso baste y sigue durante dos columnas, explicando otras razones que, en cierta manera, contradicen la versión oficial alemana. «Sentíamos una gran veneración por el famoso músico pero la verdad del asunto es que nuestro Granados venía en un buque inglés y por lo tanto, en peligro de ser atacado por los submarinos alemanes: que el "Sussex" no obstante no fue torpedeado sino que chocó con una mina.» [57]

El año anterior los barcos no eran ingleses sino españoles. Hunden los alemanes el «Isidoro» y el «Peña Castillo» y «La Tribuna» después de quejarse que a la prensa aliada «le ha faltado tiempo para cogerse a este clavo ardiendo del francofilismo» reconoce que se puede hacer la reclamación aun descontando que esos dos buques llevaban mineral de hierro, calificado en las estadísticas de guerra como «contrabando condicional» y además de ello —que es ya una justificación de la actitud alemana— el periódico pide que se mande una reclamación análoga a Inglaterra «verdaderamente culpable en su actitud arbitraria de que las naciones beligerantes no respeten los pabellones neutrales en la zona del bloqueo submarino». [58]

En la impresión general desfavorable que causa la cam-

57. Una algarada de francófilos, «La Tribuna», 13-IV-1916.
58. Editorial, «La Tribuna», 21-VIII-1915.

paña submarina, creyó asegurar Blasco Ibáñez el éxito de su segunda novela sobre la guerra. Escrita, según colofón, entre agosto y diciembre de 1917 en París, ofrece una reiteración constante de los temas que inició con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, pero al hacer español a su protagonista, Ulises Ferragut, el novelista valenciano intenta despertar más fácilmente la simpatía del lector de su país arrancándole de su neutralidad literaria como le hubiera gustado arrancarle de la política.

Por lo demás, resucitan en «Mare Nostrum» todos los tópicos antigermanos de los cuatro jinetes..., y aún se añaden más. Una «doctora» de gesto hombruno que dice siempre «Dios castigará a Inglaterra», un conde que «se dobla en ángulo, con brusca rigidez al besar la mano de las dos señoras» además de «llevarse un monóculo de impertinente fijeza a uno de sus ojos», etc. Freya, la alemana que acaba resultando que no lo es, apasionada, neurótica, violenta; cuando daba un beso era «de ventosa, largo, dominador, doloroso». Ulises «se sintió vaciado como si todo su interior se liquidase.» ...porque aquellos labios «tenían un lejano sabor de canela, de incienso, de selva asiática poblada de voluptuosidades y acechanzas».

No es raro que, tras caricias parecidas, Ferragut se comprometa a surtir de combustible a unos submarinos alemanes que operan en el Mediterráneo. Es sólo una vez, pero con tan mala suerte que uno de ellos torpedea el barco en el que va su único hijo.

Las descripciones de esos hundimientos están destinadas a promover la indignación del lector neutral «la muchedumbre indefensa y pacífica amontonándose en los botes que zozobran; las mujeres arrojándose al mar con un niño en brazos; toda la confusión mortal de la catástrofe... Luego el submarino que emergía para contemplar su obra; los alemanes, agrupados en la cubierta de acero húmedo, riendo y bromeando satisfechos de la rapidez de su labor; y en una extensión de varias millas el mar poblado de bultos negros ...hombres que flotaban de espaldas, inmóviles, con los ojos vidriosos, fijos en el cielo; niños con la rubia cabellera tendida como una máscara sobre el rostro lívido; cadáveres de madres oprimiendo sobre su seno, con fría rigidez, el pequeño cadáver de una criatura asesinada antes de que pudiera darse cuenta de su vida»...

Ferragut dedicará desde entonces su vida a odiar a los alemanes empezando por Freya, la malvada que le hizo colaborar en la destrucción de su propio hijo. Algún intento de nueva seducción por parte de la muchacha, fracasa ante

su rencor y su mayor alegría consiste en denunciar al conde al encontrarle en un tinglado del puerto de Marsella. «Es un espía boche» grita y los bravos cargadores del muelle corren tras el traidor hasta que le rodean. El «malo» intenta tragarse un papel pero un obrero le da en el brazo y su suboficial puede cogerlo.

«Era un pedazo de papel fino, con el contorno dibujado del Mediterráneo. Todo el mar estaba cuadriculado como un tablero de ajedrez y en el centro de las casillas había un número de orden. Estos cuadrados eran sectores y sus números servían para hacer saber a los submarinos por telegrafía sin hilo, los lugares donde podían aguardar a los buques aliados torpedeándoles.»

Este asombroso espía que circula llevando encima toda la documentación posible, se vengará explicando al juez la colaboración prestada por el capitán Ferragut a los submarinos alemanes. Un militar de contraespionaje le interrogará severamente pero cuando Ulises le cuente la historia del «romance» con Freya, como buen francés, comprenderá y perdonará. Ferragut seguirá actuando contra los alemanes, pero esta vez en un mercante armado; Freya, será entregada por sus propios amigos y condenada a muerte que sufrirá elegante y bella, «a lo Mata-Hari». Ferragut que ya no tiene nada que hacer en la vida, acabará, a su vez, víctima de un torpedo alemán, en el fondo de sus aguas arrastrado por el fantasma de su amante.[59]

«España» es una revista aliadófila. Blasco Ibáñez es un escritor que ha colocado su literatura al servicio de la causa aliadófila. Ambas circunstancias, en tiempos en que priva de tal modo la política, tendrían que haber resultado en un artículo de franco elogio de la novela *Mare Nostrum*.

Pero «España», afortunadamente, era también una publicación intelectual y Diez Canedo un hombre honesto, profesionalmente hablando. Su comentario a la novela de Blasco oscilará así entre el elogio sin cicaterías a la defensa de una causa y los lógicos reparos a uno de los peores libros del maestro levantino.

He aquí algunos ejemplos de la primera actitud: «Blasco Ibáñez ha seguido desde el comienzo con fervoroso espíritu de amor a la justicia (léase a la causa aliadófila) el desarrollo de la contienda actual, ha sabido dar en su libro con el aspecto que afecta más a España» (se refiere al bloqueo y hundimiento de buques españoles, por submarinos alemanes)... «la voz del novelista se levanta con toda la vibración de la

59. Blasco Ibáñez, Vicente, *Mare Nostrum*, Valencia 1918.

hora y dice las palabras que llegan al corazón de todos.

»...Blasco Ibáñez les da la vibración adecuada y por esto se salva el libro que tendrá, entre los de su autor, una virtud suprema; la de haber asociado, en los días más dolorosos, el grito de una España herida al clamor universal.»

La necesidad de «salvar» al libro con razones extraliterarias era obligada después de haberlo analizado con lógica y sentido común: «los tipos principales nos dan una sensación de teatralidad en el más bajo sentido de la palabra. Con tener todos ellos condiciones verdaderas, caracteres bien definidos, les falta concentración, carecen de ese vivo valor humano que alienta en las grandes creaciones literarias. Y les falta, no por haberse quedado corto el novelista, sino por haber acentuado excesivamente lo general, hasta la pérdida de los rasgos propios y característicos en fuerza de exagerarlos y agrandarlos».

«...falta de sobriedad»... «parece que se esfuerza por llenar un número determinado de páginas». No hacía falta más para hacer llegar al ánimo del lector que se trataba de una novela falsa, artificiosa, pesada y aburrida a la cual sólo redimía el carácter partidista de la historia. [60]

El Kaiser como símbolo de Alemania

«¿Quién estaba en Europa dispuesto militarmente para la guerra?» La pregunta retórica es de Antón de Olmet, en un libro duro y violento contra los partidarios de Alemania. Y explica la actitud inglesa con una asombrosa interpretación de la estrategia mundial...

«¿Inglaterra, sin ejército, con una Armada defensiva (las Armadas sólo son defensivas, pues las conquistas se hacen con soldados), plena de libertades y de ciudadanía democrática? ¿Francia, invadida de espiritual molicie? ¿Bélgica acaso? ¿Italia risueña y estética, bajo la sombra de sus estatuas y de sus torres gráciles? ¿Rusia, la acabada, la caótica, la acabada de vencer por el Japón?»

Evidentemente, no; para Olmet no existía más que un país decidido a la empresa, Alemania a la que impulsan todos los sectores de su saber.

60. Díez-Canedo, E., *Mare Nostrum,* Novela de Blasco Ibáñez, «España», 11-IV-1918.

«Sólo Prusia tiene como lema patrio un reto al mundo. Sus pensadores y filósofos han predicado el imperialismo.» [61]

Y aún peor; según el autor, representa el Cesarismo.

«Hállase aún en el concepto retrógrado casi milenario del César. Tiene una monarquía feudal y provinncial, en la que todo el derecho, la Justicia, la Riqueza provienen del Trono. «Lo manda el Kaiser». «Así piensa el Kaiser.»

Olmet confunde un poco ese principio al advertir que «Germania no se ha bañado aún en la rubia, griega, mediterránea e intelectual democracia» sin explicar dónde nació ese famoso César al que quiere seguir Guillermo II, probablemente el más satirizado y atacado de todos los hombres de Estado en la Guerra; para muchos era el único causante de ella, representación perfecta en una persona del Prusianismo, del Cesarismo, del Militarismo, del Imperialismo...

«Guillermo II —entona Vázquez de Mella, lírico— es artista, poeta, humanista; parece un peregrino cuando recorre Palestina. Es como César (la comparación aquí es elogiosa, claro) va al frente de sus tropas, preside sus ministros y cuando en los Cárpatos vacilan sus soldados, surge el Emperador. Yo le saludo como al testamentario de Felipe II y de Napoleón.» [62]

Este recuerdo histórico germánico era precisamente el que molestaba a los aliadófilos. «España ha sido devastada por el cesarismo, que vio su noble solar yerto por el cesarismo alemán aquí introducido, que perdió su vida política, democrática y fértil, para tolerar el yugo absolutista, creador de riquezas estériles, asolador de riquezas saqueadas, aniquilador de libertades sacratísimas, asesino de Padilla y de Lutero no puede ser germanófila». [63]

«La tenaz idea que viene incubándose en los cerebros teutónicos, desde la victoria de 1870, es que el Imperio regido por los Hohenzollern, no cumplirá su providencial, su divina misión hasta dominar toda la tierra. Los derechos y las tradiciones de los demás pueblos no significan nada para estos

61. Olmet, Luis Antón del, *Los Bocheros* (La propaganda teutona en España), Madrid, s. f. 1917, págs. 243 y ss.
62. Vázquez de Mella, Conferencia de... «La Época», I-VI-1915.
63. Olmet, Luis Antón del, *ob. cit.* págs. 245 y 246.

intérpretes de una voluntad superior a los designios humanos».[64] Habla don Benito Pérez Galdós.

Y Melquiades Álvarez coincidirá con esa opinión. Los éxitos antiguos predicen los futuros.

«...el pensamiento alemán... formó una cultura suya, una especie de panteísmo político sobre la base de aquella omnipotencia del Estado, ente divino, que por lo mismo que concentraba en sí la plenitud de la fuerza, sacrificaba a ella todos los intereses y todas las aspiraciones. Y de aquí a la divinización de la guerra, a la idealización de la guerra no había más que un paso. Lo apoyaba la historia. Toda la vida de los Hohenzollern y de Prusia era la apoteosis viviente de la fuerza; habían sido electores de un castillo que dominaba la Suabia, habían sido después reyes de Prusia, habían llegado a ser emperadores de Alemania y por efecto de esta eficacia de la fuerza, oídlo bien, quieren hacer que para Europa sea Alemania lo que para Alemania ha sido Prusia; el eje de una confederación donde el imperio alemán ejerce el poder absoluto y la hegemonía sobre todos los pueblos y sobre todas las naciones de la tierra.»[65]

Contra la teoría de que la guerra la ha querido un hombre llamado Guillermo II, animado de su ambición personal o de su crueldad capaz de refocilarse con la sangre derramada, cabe otra igual de simple. Ello no es cierto porque si fuera posible que «esta guerra cruenta fuera debida al capricho o maldad de un hombre, este hombre por muy Emperador que fuera, no existiría, que a manos de sus súbditos hubiera muerto pues no hay en el siglo XX ambiente para los Nerones».

Lo sostiene el famoso tratadista militar y germanófilo empecatado «Armando Guerra». Tras esta prueba, negativa, no puede existir tal tipo porque sus súbditos no lo consentirían (recuérdese por ejemplo a Hitler, o Stalin) el cronista procede a explicar las razones por las cuales no puede siquiera sospecharse en el Kaiser pensamientos tan malvados. Citando a Fernando Bac —un francés para mayor imparcialidad— que reproduce en «L'Echo de Paris» unas máximas que son obra del Emperador y le acompañan siempre en sus viajes. Hélas aquí:

64. Pérez Galdós, Benito, «Un artículo de...», «La Época», Madrid, 4-VIII-1915.

65. Melquíades Alvarez, Mitin de las izquierdas en la Plaza de Toros de Madrid, mayo 1917.

«I. Ser fuerte en el dolor. No desear lo que no puede alcanzarse o no tiene valor. Contentarse con lo que el día buenamente os trae. (Atención que ahora va a descubrirse el ser perverso) En todas las cosas no busquéis más que el bien y regocijaos con la obra de la Naturaleza y de los hombres, tales como son de una vez para siempre.

»II. Consolaos de mil horas amargas con una sola que haya sido buena. De todo corazón y de buena voluntad, dad siempre lo mejor, aunque no recibáis ninguna recompensa a cambio. Aquel que tiene esto en cuenta y lo puede hacer, aquel sólo es un verdadero hombre, un hombre feliz, un hombre libre y que puede estar orgulloso. Siempre la vida le parecerá y le será dulce.

»III. El que es desconfiado comete una injusticia hacia los demás y se perjudica a sí mismo. Tenemos el deber de tener por bueno a todo ser humano, en tanto que no nos haya dado pruebas de lo contrario.

»IV. El mundo es tan grande, y nosotros, los hombres, somos tan pequeños y tan miserables, que todo no puede girar a nuestro alrededor. Cuando alguna cosa nos daña en particular, nos causa un mal y lesiona nuestros intereses; ¿quién puede saber si esto no es necesario para el bien general y la prosperidad de todo el Universo?

»V. En cada cosa del mundo, inanimada o viva, vive la grande y sabia voluntad de un creador Todopoderoso y omnisciente. A nosotros, pobres hombres, nos falta inteligencia para comprenderlo.»

Y termina Armando Guerra preguntándole al lector si un hombre capaz de escribir estas máximas llenas de paz y buen sentido sería capaz, no ya de lanzar al país a una guerra mortífera sino de permitir después que sus soldados cometieran «las villanías que les han achacado». [66]

Rubén Darío ve al Kaiser como una estampa que admira y aterra al mismo tiempo...

...Cuál Baltasor o Darío, Guillermo
mira con ojo enfermo
de visiones de siglos
un gran tropel de espantables vestigios.
Y el casco que lo cubre,
la capa que le viste,
bajo el blancor de la nieve insalubre,
y el bigote erizado,

66. ARMANDO GUERRA, *ob. cit.*

y el aspecto cesáreo y el aire de soldado
y toda esa potencia, tienen algo de triste. [67]

Igual Emilio Carrere:

¡Oh la gloria sangrienta de los fieros pendones
del satánico y bello Emperador! [68]

Baroja se muestra escéptico ante tan mala fama:

«Ahora los periódicos ingleses pintan al ex Kaiser Guillermo como el tipo del déspota alemán y como un criminal. Yo no sé si el destronado es más criminal o no que los demás reyes y emperadores; lo que sí sé es que es hijo de un alemán y de una inglesa, y sabido es que en general en los hijos varones la herencia materna influye más que la paterna. Guillermo es casi tan inglés como alemán. Pero no les gusta decirlo a los aliados. Los datos que molestan, se escamotean cuando no conviene exponerlos.» [69]

Así ve su figura otro germanófilo, Cadenas. Un rey de cuerpo entero que trabaja y envejece al servicio de su pueblo. Es el día de su cumpleaños...

«Media noche... El Kaiser había cumplido cincuenta y seis años. Si se acercó a un espejo, habrá podido observar el cambio que en estos seis meses de campaña ha sufrido... Nosotros hemos contemplado el último retrato, que publicamos tomado del *Die-Woche*, la revista semanal berlinesa.

»Guillermo II, perfectamente enterado de la responsabilidad histórica que pesa sobre él, no vive ni descansa. Va de un extremo a otro de su Imperio, revista tropas, organiza los ataques en los campos de batalla y planea la resistencia en el interior de la nación... El trabajo es gigantesco, el esfuerzo mental intenso... Así, este hombre, antes fuerte y vigoroso, parece en su última fotografía un anciano.

»¡Pero es un Rey! Vencedor o vencido, lo será hasta el último instante... ¡Comparad ese retrato del Kaiser con los que nos ofrecen los periódicos ilustrados de cualquiera de sus enemigos los Monarcas aliados! La campaña no los ha alterado físicamente, a juzgar por los clisés fotográficos... O no se han enterado de la trascendencia de la guerra a que

67. Rubén Darío, «Pax», Ob. Comp., pág. 1.224.
68. Carrere, Emilio, *La Nochebuena trágica.*
69. Baroja, Pío, *Momentum Catastrophicum*, Madrid, 1919, pág. 20.

han arrastrado a sus súbditos, o están muy seguros de la victoria... Los Monarcas aliados van de vez en cuando a revistar a sus tropas, como podrían ir a presenciar un desfile. Ni más ni menos. No llevan en sus rostros las huellas del insomnio, sus cabellos no emblanquecen, sus cuerpos no adelgazan, no los consume la fiebre ni los intranquiliza la idea de los millares de hombres que se matan por ellos... Ved los retratos del Zar, del Rey Alberto o de Jorge V... Diríase que no son hombres... A mí me recuerdan las figuras de cera que tantas veces he contemplado en el *Panop ticum*, de Berlín.

»El Kaiser es hombre consciente de su tremenda responsabilidad, es el Monarca que ha visto roto su ideal de pasar a la Historia, dejando una nación grande, poderosa y lo suficientemente fuerte para imponer la paz... Se ha sacrificado por su pueblo, y esos Soberanos que hoy le combaten tendrán que reconocer que, gracias a Guillermo II, el "oficio" de rey ha vuelto a recobrar un poco del prestigio perdido. El Kaiser pudo limitarse a hacer lo que ellos, y ¡allá los políticos, los militares y los diplomáticos que se las entiendan...!

»Debe ser muy cómodo, mientras los soldados luchan y los cañones vomitan torrentes de fuego, acostarse en unos reales colchones bien atiborrados de *whisky*... »[70]

Contra la fama de bárbaro del Emperador de Alemania, los periódicos que defienden su causa describen su presencia, su expresión «dulce y enérgica a la vez». Como cuenta un pintor germanófilo, Moreno Carbonero...

«Se abrió la puerta y fui recibido por el Kaiser.

»—¿Qué impresión le produjo la presencia de Guillermo II?

»—No puedo explicarlo. Ante él sentí un movimiento de estupor. No es extraño; me encontraba ante una de las más grandes majestades de la tierra.

»Guillermo II es más bien bajo de cuerpo que alto; tiene una expresión dulce y enérgica a la vez; ojos azules, color moreno. Una cicatriz horizontal noté que tenía en el carrillo derecho, y que por cierto, no he visto en ninguno de los retratos suyos.

Y además de amable, culto...

»—¿De qué habló usted con su Majestad Imperial?

»—Hablamos del arte, de la pintura española. Está ente-

70. Cadenas, José Juan, «ABC», 11-II-1915.

rado de todos los cuadros que nuestros compatriotas han llevado a las Exposiciones del Imperio. Me hizo un encargo: el de que continuara pintando cuadros de la Historia de España, que era la más gloriosa del mundo.

»Tengo ganas —me dijo— de visitar la nación española para contemplar sus bellezas, para admirar la Alhambra granadina, los monumentos de Toledo, el Monasterio de El Escorial, la hermosa Sevilla y el sepulcro de Santiago de Compostela.

»Ha estudiado y conoce muy bien a los pintores y artistas españoles.»

...especialmente a él. Dada la animadversión del Emperador por la pintura modernista, tenía que gustarle forzosamente las obras de Moreno Carbonero de las que poseía una.

»—¿Cuándo le adquirió a usted el cuadro el Emperador?

»—Por el año 1898 ó 99 lo envié a la Exposición internacional, en la que me propusieron para el premio de honor, que no me dieron por haberse concedido ya en años anteriores, y no darlo más que una sola vez a cada artista. Entonces él lo adquirió, ordenando fuera depositado en la Galería Nacional.»

Y dice el pintor: «Alemania es siempre el país del arte y del buen gusto, del arte serio y honrado». Frase ampliada más tarde abajo con entusiasmo político: «Alemania marcha a la cabeza de todas las naciones en el arte de la pintura.» [71]

El gusto artístico de otro germanófilo, escritor esta vez, evidentemente está también en contra de las tendencias modernas. Por ello le parece maravilloso el discurso del Kaiser dando las directrices a un grupo de artistas:

«El arte, señores, busca sus modelos y sus inspiraciones en el inagotable manantial de la gran madre naturaleza y ésta, a despecho de su libertad, en apariencia sin límites ni reglas, obedece a las leyes eternas que el Creador le impuso a sí mismo y que nadie puede violentar sin peligro... nosotros, hombres modernos, a pesar de todo lo que sabemos y podemos, nos sentimos orgullosos hoy cuando, después de producir una obra particularmente bella nos dicen: Está

71. «Hablando con Moreno Carbonero», «El Correo Español», 22-I-1916.

casi tan bien como lo que se hacía mil novecientos años atrás.

«...La escultura no ha sido profanada aún por las mal llamadas modalidades artísticas.»

Y anota Cadenas. «El Kaiser hace alusión sin duda a esas ridiculeces que conocemos en pintura con los títulos de sincronismo, cubismo, etc.» [72]

Vuelta a los modelos clásicos, desprecio hacia nuevas formas de expresarse consideradas repugnantes, decadentes... Son palabras que hemos oído mucho más recientemente en boca de otro jefe de Estado alemán. Quien ha leído las memorias de su arquitecto jefe, doctor Speer, tendrá una sensación de «dejà vu» ante esta frase de su admirador del año 1914.

«El Kaiser mismo es un artista, y obras suyas son los proyectos de diversos monumentos. La Avenida de la Victoria en el Thiergarten de Berlín, fue idea de Guillermo II...»

...Porque, veinte años más tarde, Adolfo Hitler, coincidiría con el Kaiser en su amor a lo clásico...

«...es evidente que el verdadero artista de un pueblo es aquel que extrae su creación del imperativo de la sangre: también puede ser en sus creaciones parecido a las obras producidas por la vitalidad de las razas unidas por los vínculos del parentesco, alejándose así a las producciones artísticas resultantes de una infección ideológicamente extraña a su propio pueblo... Vienen y van los pueblos pero subsisten las grandes ramas raciales. Quienes hablan de arte oficial se han mostrado unánimes tan sólo en sembrar la confusión, en borrar las huellas del origen común y elevar murallas entre aquellos creados por la naturaleza, a lo largo de milenios, de un único espíritu y una sola materia...»

...y en su odio hacia las nuevas corrientes artísticas, Hitler aseguraba:

«...Todo el arte y pseudo arte de cubistas, futuristas, dadaistas, etc., carece de raíz racial y tampoco se asienta sobre una base popular. Hay que considerarlo, todo lo más como expresión de una ideología que se afirma a sí misma, cuyo objetivo principal parece ser la mezcolanza de todos

72. Cadenas, José Juan, «En los dominios del arte», «ABC», 5-XI-1914.

los conceptos, de todos los pueblos y todas las razas, para su mejor negación.» [73]

Con la paz termina la monarquía germana.

Se alegra Antonio Machado:

¡Qué gracia!, en la Herperia triste,
promontorio occidental
en este cansino rabo
de Europa, por desollar,
y en una ciudad antigua,
chiquita como un dedal,
¡el hombrecillo que fuma
y piensa, y ríe al pensar:
cayeron las altas torres;
en un basurero están
la corona de Guillermo,
la testa de Nicolás! [74]

73. Adolfo Hitler, «Discurso en el Congreso Nacionalsocialista», Nuremberg, 1934.

74. Machado Ruiz, Antonio, Poesías Completas, Nuevas Canciones, 9.ª ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1917-30, 1962, pág. 207.

V. GERMANÓFILOS, ERGO, REACCIONARIOS, FRANCÓFILOS, LUEGO, IZQUIERDISTAS

Reaccionarios

Se unía a la palabra germanófilo como una lapa. La derecha tenía que ser germanófila, la derecha era reaccionaria, ergo, el germanófilo era reaccionario.

«Los germanófilos —truena la voz de Unamuno— son los absolutistas, los partidarios de los viejos resortes, de los verdaderos obstáculos tradicionales.» [1]

¿Hasta qué punto es esto cierto? Baroja se indigna y asegura que los conservadores de la derecha española sólo disienten levemente de los conservadores de izquierda. Si los primeros, efectivamente, «comienzan a exaltar el pasado lejano de nuestro país, los francófilos representan el pasado próximo; aquéllos son los tradicionalistas de hace cuatrocientos años; éstos son los tradicionalistas de hace cuarenta».

Para Baroja, igual de anticuada era una actitud que la otra. Los progresistas aliadófilos seguían a fantasmas tan alejados de la realidad del momento como los germanófilos. «El espíritu aliadófilo —escribe —es la forma de vulgaridad general, rutinaria e infecunda; es la oratoria de Castelar, la literatura de Picón, la dramaturgia de Echegaray, la ciencia del Dr. Simarro, la dramaturgia de Cavia. En las avanzadas de la francofilia no hay más que retórica.

En esto se parecen germanófilos y francófilos; porque si es retórica manida la de Ricardo León al cantar a Germania

1. UNAMUNO, MIGUEL DE, Discurso en la plaza de toros del llamado Mitin de las Izquierdas.

también es retórica de la misma clase la de Gabriel Alomar al exaltar a Francia. Es el mismo Mediterráneo, la misma ola hueca, el mismo viento aquí con acento malagueño y allí con acento catalán.» [2]

...frases estas últimas, un tanto unamunescas «Siempre seréis unos niños, levantinos, os ahoga la estética» que indicarían una bella muestra del equilibrio por encima de la pasión partidista si olvidamos que, para Baroja, el atacar a uno de sus compañeros de trinchera no representa ninguna generosidad. Concretamente, Ricardo León es el prototipo de un escritor por quien don Pío no puede tener la mínima admiración; se trata de un compañero de fatigas propagandísticas del que puede prescindir muy a gusto porque representa un ideario totalmente ajeno a él. Baroja es el francotirador de un bando cuyo principal enemigo está, naturalmente, enfrente —los aliadófilos— pero al que no le importa usar las balas que sobran para dispararlas a sus comilitones.

Contra el vocablo «reaccionario» aplicado a destajo y que levantó ronchas, se manifestaron, sobre todo, los intelectuales de tipo europeizante. Jacinto Benavente defendió la postura germanófila de esta acusación insistiendo en la política neutralista...

«La palabra reaccionario —admitía— impone mucho. Por eso hay tantos, muy germanófilos en su fuero interno, que se están muy callandito. Bien les vaya con su prudencia, vulgo cuquería, ¿para qué exponerse a perder parte de la parroquia?

»Si por reaccionario se entiende el que se opone a una acción contraria, bien vaya el mote. Si por reaccionario se entiende, en la vulgar acepción, el que retrasa o detiene, veamos quién retrasa más y quién pretende pararse.

»Dicen los partidarios de los aliados que una fatalidad geográfica e histórica nos une a Francia y a Inglaterra.

»¿Qué es más reaccionario? aceptar y someterse a la fatalidad o procurar por todos los medios vencerla y superarla?» [3]

El argumento no es demasiado sutil. Tocará a otras mentes más cultas contestar con razones a las razones y quizá con sofismas a los sofismas. Eugenio d'Ors se niega también a aceptar la doble simbiosis «Conservador-germanófilo, libe-

2. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín*, Madrid, 1917, p. 245-52.
3. Benavente, J., Prólogo al manifiesto de intelectuales a favor de Alemania, 1916.

ral-aliadófilo». Porque ¿qué es un conservador?... un hombre que se bate a la defensiva... defenderá el orden establecido en una nación... o bien el orden establecido en distintas naciones, el statu quo de la extensión territorial, de la distribución de fronteras... ¿Por qué el uso corriente... suele llamar únicamente conservador a quien defiende la petrificación de un orden nacional y no a quien defiende la petrificación de un orden internacional?

Siguiendo el hilo de esta teoría, Eugenio d'Ors coloca, frente al conservador, al revolucionario, al izquierdista en suma, que intenta derribar ese orden establecido y advierte que si hay que condenar al que quiere subvertir una clase social, hay que hacerlo también con quien quiere cambiar las estructuras nacionales de Europa. «No es lícito abominar del revolucionario del orden internacional mientras se absuelve o exalta a los revolucionarios del orden nacional: desposeer a una clase de un derecho no es, ni más ni menos legítimo, que desposeer a una nación de una provincia; recíprocamente... si justificáis la violación de las murallas de Namur, debéis justificar la violación de los muros de la Bastilla.»

«Por consiguiente —¡oh revolucionarios amigos míos!— estáis en una posición falsa cuando mientras defendéis la lucha social, es decir, el derecho de una clase de agredir a otra... Por consiguiente —¡oh conservadores, amigos míos!— estáis en una posición no más firme, cuando mientras disculpáis la acción del Imperio que ambiciona territorios y quiere ganarlos, plazca o no plazca, clamáis contra la acción de la clase que ambiciona ventajas y para ella misma, plazca o no plazca, lánzase a obtenerlas.» [4]

Eugenio d'Ors prevé la respuesta de los aliadófilos. ¿Cómo se puede colocar en la misma línea a la resistencia belga de hoy y la resistencia de los nobles que se oponían a perder sus privilegios? La antigua era la resistencia al progreso. Aquí os esperaba, retruca d'Ors...

«Aquí lo que hacéis es valorar agresiones y resistencias, no por el hecho de ser agresiones y resistencias, sino por el espíritu traído por una causa o por un ejército; por la Idea a que sirve de vehículo, por donde se condena o se absuelve o se justifica o se glorifica la agresión. Usted, sin embargo, no se ha entretenido en averiguar cuál es la idea

4. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, Carta XXVII, 13 septiembre.

a que los ejércitos alemanes sirven de vehículo. No ha hecho un esfuerzo para valorar, según el espíritu, su causa. Más bien ha querido, cuando se ha tratado de esta causa alemana, juzgarla por el hecho mismo de la agresión, de la ambición, de la conquista, de aquello a que se llamaba la *ruptura de un orden.* Ha creído que, en este caso, el solo nombre de *agresores*, de imperialistas, ya bastaba para condenarlos. Usted que, en otras ocasiones, perdonaba y hasta canonizaba, el imperialismo y la agresión.

»Yo ya estoy conforme en que estos grandes momentos históricos, que señalan crisis profundas en la vida de la Humanidad, hay que valorarlos *según su idea*; *según su espíritu*; en otros términos, según los intereses de la cultura. Pero, al aceptar el criterio idealista, lo acepto íntegramente, como una ley general. Crearía en mí un descuido imperdonable o un acto de mala fe intelectual, traicionar esta ley, para seguir un instinto cualquiera.» [5]

Ortega y Gasset abunda en la misma expresión de desconcierto ante lo que consideraba falta de lógica y razonar equivocado.

«Por cierto, yo no he logrado comprender la indignación con que muchos espíritus "soi-disants" radicales y progresistas, han visto la amenaza de Alemania a los derechos adquiridos de otros pueblos. En ello, como en tantos otros de sus actos y palabras, veo la insolaridad que padecen consigo mismos. Pues, bajo todas las aspiraciones nuevas del derecho civil late también como la cuestión magna ésta del derecho a los derechos adquiridos.»

Lo decía el germanófilo del café con una frase burda y directa, «¡Ah! Inglaterra pudo quedarse con lo que quiso y ahora ¿ya no vale invadir territorios ajenos?»; lo señala Ortega con frases impecables, mostrando la incongruencia de las actitudes de la izquierda ante lo heredado.

«Poco a poco va extendiéndose la convicción de que ciertas formas de riqueza privada no puedan, sin justicia, considerarse transferibles. ¿Por qué no ha de acontecer lo mismo con el poder del Estado? Sólo la funesta analogía de lo civil con lo internacional nos lleva a la ficción de interpretar al Estado como una persona que no muere nunca.»

5. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, pág. 94.

Y, refiriéndose al caso concreto de la Guerra Europea y la ofensiva alemana:

«El hecho de que un pueblo conquistara por las armas su actual territorio no es, ciertamente, pretexto para que hoy otro, con el mismo instrumento, se lo arrebate. Pero el declarar injusta esta expoliación no convierte aquel hecho antiguo en su derecho actual.»

Y termina con una visión del futuro que resulta hoy trágica al ser confirmada por acontecimientos posteriores.

«La terca afirmación de los derechos adquiridos ha sido siempre el agente de las revoluciones donde se hace a la violencia creadora de nuevos derechos. Mucho más acontece esto con los derechos adquiridos internacionales: ellos son y serán la fuente sangrienta de donde las guerras manan.» [6]

Pero a esas «figuras» intelectuales se les hacía poco caso.

Los germanófilos son, para sus adversarios, ferozmente reaccionarios. El adjetivo que hizo fortuna, «trogloditas» fue, al parecer, y según Sánchez Rojas [7], inventado por Unamuno discutiendo con un partidario del Kaiser, en un casino del pueblo. Y como tales reaccionarios —dice Alomar— sienten como natural y aceptable la violencia de la guerra alemana porque les recuerda los viejos tiempos gloriosos cuando España imponía su Religión y su Dominio Imperial a sangre y fuego en el Continente.

«¿Sabéis por qué ha vibrado el corazón de nuestros castizos —tienen corazón— ante la marcha fulminante de los tudescos a través de Europa? Porque la tecla silenciosa ha sido percutida en el alma de esos hombres y el incendio de Lovaina y Reims han rememorado las devastaciones de la vieja Flandes... el ataque a la incrédula Francia ha revivido la persecución a hierro y fuego del heterodoxo y la sangre prodigada ha rimado con la sangre de los espectáculos y de las ejecuciones políticas.» [8]

En otra ocasión el mismo autor menciona al burgués «embrutecido por una irracional y tosca germanofilia»...

6. Ortega y Gasset, J., Obras Completas, t. 2 (1916-1934), Madrid, 1957.
7. Sánchez Rojas, «Iberia», 9-II-18.
8. Alomar, G., *La guerra a través de un alma*, Madrid, 1917, p. 176.

comprendiéndole, en cierto modo. Pero lo que irrita sobremanera a Alomar, como a otros escritores aliados, es la incorporación de espíritus selectos a lo que consideraban causa satánica.

«A mí no me irrita la germanofilia del castizo porque me parece "armónica", fiel al espíritu mismo de la escuela tradicional. Lo que ya no puede tolerarse es la conducta de los intelectuales que preconizan la causa germana como una forma nueva de libertad... Alemania es la nueva libertad. Nosotros, neojacobinos, somos los últimos representantes de un sistema moribundo, grado inferior en el progreso humano. Francia es una degeneración, una podredumbre, sobre todo París.»

Alomar comenta sarcásticamente la acusación tantas veces repetida por los alemanes y sus seguidores españoles. El pueblo nuevo, fuerte, joven se erguía y tenía que dominar fatalmente al viejo, al corrompido, al frívolo, Francia. Alomar sigue luego con el ataque a quien odiaban cordialmente todos los aliadófilos y cita frases tan típicas que no hace falta mencionar a su autor, Eugenio d'Ors:

«Todo ello me recuerda la frase de un amigo, hoy desgraciadamente resellado en el campo adverso. "El regionalismo bien entendido, esto es el centralismo. La libertad bien entendida, esto es la tiranía." No, no. La libertad no se piensa; la libertad se siente."» [9]

Para los germanófilos, en cambio, la actitud del aliadófilo era de falta de patriotismo, lindando con la traición. Dado que están en contra de los tiempos imperiales (Carlos V, Felipe II) por sus ideas izquierdistas y no vacilan en atacarles; para algunos, criticar la historia patria es como ofender a la madre. «Los buenos patriotas» ironiza por ejemplo «La Tribuna» y a dos columnas el titular: «Insultos del señor Unamuno. Extranjeros y extranjerizados». El periódico relata a continuación que, en un banquete celebrado en el Palace, el catedrático de Salamanca afirmó que «no estaba dispuesto a admirar al duque de Alba, el primer verdugo de la tierra de Flandes. Es más, yo considero como felicísimo el temporal que deshizo en el camino de Inglaterra los buques de la Invencible». «¿Se pueden pronunciar mayores desatinos?», se pregunta «La Tribuna». Luego destaca

9. ALOMAR, G., *ob cit.*, pág. 140.

frases antimilitaristas de Unamuno y su burla de quienes piden el Peñón de Gibraltar «en nombre de no sé qué ideal. Sin duda les urge utilizarlo como estación para los submarinos» [10].

Esta actitud irritaba también a Salaverría... «En España existen personas responsables ante su público que llegan a injuriar a su patria por querer acentuar mejor su cariño extranjerizado»... «Lope de Vega es inferior a Molière, Felipe II es el demonio del Mediodía; los antiguos triunfos españoles fueron injustos y viles.» [11]

Vázquez de Mella está de acuerdo...

«...Por eso amo a mi Patria y la evoco en mis sueños. Cuántas veces, al apartar la vista de la hora presente, la dirijo a la Historia, y veo a los cruzados, a los conquistadores, a Colón, Elcano, Felipe II, Cisneros, Carlos V, Juan de Austria...

»Entonces quiero ser soldado de los Tercios del duque de Alba, de Farnesio, de las naves donde fue el «Manco de Lepanto»... Quiero recordar a Calderón, a Fray Luis de León, a Vives, a Suárez, que sube a las nubes de la metafísica, que asciendan mi espíritu Santa Teresa y San Juan de la Cruz, quiero ver a Velázquez y a Ribera, sentir gloria española más que estar viviendo las horas presentes. Quiero sentir todo esto para poner mayor ardor en mis palabras y excitar el patriotismo.» [12]

Para Unamuno esta combinación Habsburgo-Jesuítica ha sido el peor mal que haya sufrido España y a Carlos V, adorado por las derechas, le llama «el de la cara de perro».

Y si la izquierda se había apoderado de la palabra «progreso» llamando a la derecha retrógrada o reaccionaria, la derecha consiguió otra y se la guardó celosamente. Fue «España». Si la izquierda se hacía portavoz de todo lo que iba hacia adelante, la derecha presumía de amor a la tierra, que primaba sobre otros elementos políticos. Obsérvese que esa disparidad ha llegado casi hasta nuestros días. Durante los años de la Segunda República el grito de ¡Viva España!, era mirado con recelo porque se identificaba con el de viva lo antiguo, viva lo tradicional, viva la monarquía, en fin. Fue probablemente un error de la izquierda dejarse arreba-

10. «La Tribuna», 27-I-17.
11. Salaverría, J. M.ª, «El peligro antiespañolista», «ABC».
12. Vázquez de Mella, J., Discurso en el teatro de la Zarzuela, «La Época», 1-VI-15.

tar ese grito porque, a la hora de la verdad en la guerra civil, muchos pensaron que su patriotismo le impulsaba hacia el bando que luchaba con ese nombre como bandera.

Durante la Guerra Europea la derecha ya había reivindicado el amor a lo español y acusaba a la izquierda de ensuciar la memoria de nuestro pasado hablando mal de Felipe II, de la Inquisición, del duque de Alba. Esta acusación, casi tan gratuita como la de reaccionarios aplicada a todos los amigos de Alemania, producía la indignación de los aliadistas moderados, tipo Azorín. «Las derechas... se hacen sustentáculo de todas las existencias, de todo el caudal español. Las izquierdas no. Naturalmente. ¡Pues no faltaba más!... Ni antes ni ahora, durante el tremendo conflicto europeo, ni nunca.

«De la historia y el caudal de España aceptaremos lo que dentro de nuestros ideales políticos, podamos aceptar y rechazaremos todo aquello que no esté conforme con las ideas que profesamos". Azorín defiende también el derecho de criticar a España en «momentos cruciales, cuando hace falta que estemos todos más unidos, etc.». Se apoya en los ejemplos de españoles ilustres, Gracián, Saavedra Fajardo, Cadalso, el Padre Mariana que buscaron, a través de la crítica, conocer mejor a su país y conseguir limar sus defectos. [13]

Por razones contrarias, Benavente tampoco acepta la división ideológica:

«...eso de dividir a los beligerantes en dos bandos... de un lado la libertad, la cultura, la democracia; de otro la tiranía, la barbarie, la servidumbre no es para tomarlo en serio.»

Benavente se apoya en el mismo punto débil que los germanófilos de 1941 buscaran para su polémica con los aliadistas, es decir, Rusia. La Rusia del Zar no tuvo nada que ver con la de Stalin desde el punto de vista social, pero sí del de la Dictadura... eBnavente recuerda que antes de la declaración de guerra intentó enviar unos libros a una señora aristócrata rusa y que ésta le disuadió de la idea, porque la censura no les dejaría entrar en «el lado de las libertades», ironiza Benavente.

Y sigue luego con unas frases que se han podido oír exactamente igual en la Segunda Guerra Mundial y quizás aún más en la postguerra; prácticamente el argumento se

13. Azorín, «Nosotros los aliadistas», «ABC», septiembre, 1915.

repite todavía en la prensa conservadora española... «y si nuestros bullangueros radicales hubieran vocinglado tanto como cuando se trata de algo que ni parecido tiene en nuestra casa, cada vez que en Rusia ha sido fusilado o desterrado a Siberia algún intelectual de verdadera intelectualidad...

»Pero no, desde la alianza de Rusia con Francia, Rusia empezó a ser un país civilizado, asiento de todas las libertades...» [14]

Por otra parte, Benavente emplea el mismo argumento que Baroja: «¿Qué significa moderno? ¿El liberalismo, el progresismo es de ahora o de hace cien años?... Si hay algo de idea de ranciedad, de estancamiento, de creerse uno en el año 40 del otro siglo, es leer un periódico radical o un manifiesto revolucionario... atrasan ustedes un siglo. El mundo va por otro camino.» [15]

D'Ors se preocupa: «¿Cómo creer que continúa representando esta idea de cara al progreso, Francia con Rusia? ¿Francia con la feudal Inglaterra? ¿Francia con el amarillo Japón? ¿Francia con los senegaleses? ¿Francia con los cosacos?» Esas alianzas para el escritor catalán significan sencillamente el desfase con el espíritu que tenían que mantener para tener razón. «Francia por un instante sin espíritu, me subleva». Por otra parte considerará esto como una traición, no sólo al propio ser de Europa, sino al continente como un todo armónico. Quien ha llorado el bombardeo de Reims, de Nancy, no puede admitir tampoco que a defenderlas haya que traer rostros africanos, amarillos; ganar así, viene a decir d'Ors, es ya como perder. [16]

Para Azorín cuando las derechas españolas se apuntan al partido alemán juegan, además, una carta equivocada. La de al ganar Alemania, este país conservador, militarista, influirá poderosamente para que en España se cree un régimen parecido. Pero Azorín, aparte de no creer en la victoria alemana, tampoco está seguro de que, en caso de que ocurriera, se diera ese caso. Y pone el recuerdo histórico de Bismarck, favoreciendo, después de la guerra del 70 en Francia, una política radical, de izquierdas. Claro —gritaron jubilosamente las derechas—; porque el enemigo presunto prefiere siempre un gobierno de izquierdas, demoledor, dimisionario, corruptor, que un gobierno de derechas, firme en el timón y que discipline a la gente en una empresa nacional de paz en el interior y de gran influencia en el exterior. Pre-

14. Benavente, J., «De sobremesa», «El Imparcial», 12-VII-15.
15. Benavente, J., «De sobremesa», «El Imparcial», 12-VII-15.
16. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*. Carta XIX.

cisamente, uno de los agravios que tenían los conservadores contra Francia es que aprovechó el caso Ferrer, para provocar, con protestas populares, la caída del gobierno de Maura, capaz de crear una nueva escuadra y un nuevo ejército y hacer sombra a Francia en Marruecos.

Azorín advierte a la derecha además contra otra ilusión que se están haciendo, es decir, que, aun ganando Francia, ésta desplace su gobierno hacia aguas conservadoras. No hay ninguna razón para creerlo, afirma Azorín. Es cierto que los sacerdotes y seminaristas han ido a la lucha como los primeros y que la Iglesia se ha manifestado con fervor contra el enemigo secular, pero la base de la República que declaró la guerra sigue siendo el ciudadano-soldado, el hombre del campo, de la fábrica, que abandona su labor para empuñar las armas y que no tiene por qué renunciar a las doctrinas liberales y laicas que son base y fundamento de la tercera república y que ha aprendido desde niño en las escuelas. Dice más Azorín. Si hay un desplazamiento político, será por el contrario, hacia la izquierda, hacia un socialismo que, en su afán francófilo, llama un socialismo «cordial y como espiritualizado». La razón es que el veterano pedirá más porque ha arriesgado la vida para una nueva Francia y porque en la reconstrucción nacional, lógicamente tendrán que ceder los que más tienen, es decir, los burgueses .[17]

Benavente no está de acuerdo: «Los que todavía saludan a Francia con toda la ilusión de su juventud no saben que, vencedora o vencida, la Francia de mañana será una Francia muy vieja, una Francia de reacción, lo más odioso a nuestros liberales.» [18]

Hay un aspecto alemán que debería complacer a la izquierda española. Sus avances sociales. Pero, para los enemigos de Alemania, esto no tiene ningún mérito. Por ejemplo, habla Luis Araquistain, socialista, de los avances que en la legislación laboral introdujo Bismarck y fueron seguidos por el Kaiser Guillermo II:

«Sensible a los sufrimientos de la clase obrera él ha querido remediarlos paternalmente, como un buen patriarca que se da cuenta, más que de la injusticia de que existen, de la debilidad que implica para la tribu que en ella haya miembros mal comidos y mal educados. En varias ocasiones ha intentado resolver la cuestión obrera con unas cuantas

17. Azorín, «La ilusión de las derechas», «ABC».
18. Benavente, J., «El Imparcial», 12-VII-15.

recetas de benévolo despotismo, más o menos ilustrado.» [19]

No se puede conceder menos, cediendo más. Los intentos de justicia social son considerados como esfuerzos egoístas para mantener la estabilidad política y las concesiones dictadas por un despotismo presentado como benévolo.

En vano se admira Vicente Gay de las ventajas sociales que ha conseguido la casa Krupp...

«—Señor Homan: ¿cuánto gasta Krupp en todas las instituciones de protección a sus empleados?

»—El último año, 20 millones de marcos.

»—¿Y hay muchos socialistas entre sus obreros? —pregunté inmediatamente.

»—Demócratas socialistas no llegarán a dos mil en Essen.

»—Lo extraño es que haya socialistas. El salario mínimo es de cuatro a cinco marcos diarios; por ochenta fenings come todo el día; recibe también su provisión de café y de manteca; se le asegura un interés mínimo a su ahorro; su casa la tiene por dos marcos; si se pone enfermo tiene su médico y su magnífico sanatorio; si la enfermedad lo exige es trasladado a las montañas del Harz... ¡Qué falta nos hace un Krupp en España!

»El partido predominante es el Centro Católico y los trabajadores llamados amarillos, los que constituyen el «Arbeitpartei», que no quiere huelgas, sino tratar siempre con los empresarios. No podía adoptar otra dirección un partido de trabajadores en la fábrica de Krupp. En ella se ve claramente la derrota de las concepciones pseudoproféticas de Carlos Marx, porque el obrero no es cada vez más pobre, sino que se encuentra cada vez mejor; la gran empresa no proletariza y despoja, sino que, antes al contrario, crea y aumenta las rentas. El patriarcalismo de Krupp lo evidenciaba. Todos los que han exprimido su magín para encontrar recursos dialécticos contra Marx, no han conseguido llegar a la demostración tan persuasiva como la de Alfredo Krupp por medio de sus inspiraciones morales.

»Esta iniciativa privada que representan los Krupp, reveladora de la existencia de profundos y afinados sentimientos morales, se une a la acción del Estado imperial, impulsada por el Kaiser Guillermo I en su mensaje de 1881 al Reichstag, en palabras memorables de protección al trabajador. A las palabras del Kaiser siguieron las leyes sobre enfermedades y accidentes del trabajo, las de seguros para los

19. ARAQUISTAIN, L., *Polémica de la guerra*, Madrid, 1915, pág. 78.

inválidos, para los viejos, todas las que constituyeron después la maravillosa legislación de reforma social alemana, ante la cual decía en 1903 el representante de la Delegación inglesa de las «Friendly Societies» en Berlín, recordando las palabras del Kaiser fundador del Imperio: «Así como los nombres de un César y de un Napoleón sonarán mucho tiempo, las palabras del emperador alemán vivirán eternamente, conmoverán los corazones aun en los más lejanos siglos..., porque no sólo fueron palabras, sino que se convirtieron en hechos».

«Acudían a mi memoria estos recuerdos, admirado por la munificencia de un gran alemán para con los humildes, y dolido, como hombre amante de la verdad, de la injusticia que comenten muchos al juzgar a Alemania.» [20]

Pero cuando no puede negarse que Alemania socialmente hablando, era una nación adelantada, se niega la eficacia que este hecho haya tenido sobre la condición humana del obrero. Un aliadófilo activísimo —A. Rovira y Virgili— asegura que hay algo más grave que no tener una inferioridad económica y es la de tener un sentimiento de inferioridad personal. Aun suponiendo —dice— que las leyes sociales alemanas desde Bismark hayan conseguido para el proletariado alemán una situación de privilegio (y el autor lo acepta aun considerando el punto discutible), piensa que el concepto de inferioridad personal crea en éste una situación más triste y más humillante que la miseria material. Para llegar a esta conclusión, Rovira y Virgili, cita unos apuntes de Manuel de Montoliu en su primera visita a Alemania, cita aprovechada con meyor gusto ya que Montoliu había pasado a formar parte de los germanófilos. «Alemania negra» calificaba al mundo kaiseriano Montoliu —recuerda Rovira— y ello por la diferencia social que existe en sus habitantes. Ejemplo al canto: Cuando entra en una peluquería un señor, los obreros que están antes que él, le ceden su turno. Igualmente —advierte Montoliu y apunta gozoso Rovira—, se ven por las ciudades alemanas seres humanos arrastrando carros en lugar de animales. La conclusión es, pues, evidente. Alemania *tampoco* está adelantada en lo social porque ha olvidado la dignidad del hombre. [21]

20. Gay, Vicente, *ob. cit.*, p. 186.
21. Rovira y Virgili, A., *L'Alemanya negra*, «Iberia», Barcelona, 2-VII-16.

Cuando Rusia se hizo bolchevique, los conservadores que, como germanófilos tenían que estar en contra del país, pero como reaccionarios, tenían que respetar al Zar, encontraron todo más fácil. El enemigo al Este de Alemania no sólo aportaba cosacos brutales; ahora traía, además, el virus de la revolución que podía infectar al Oeste, incluyendo a España. «Es posible que nosotros mismos recibamos una inyección de esa democracia disolvente formada con rezagos tribunicios del siglo XX y ampliada con bacilus bolquevikis» (*sic*).

Habla Salaverría al final de la guerra, concretamente menos de un mes antes de firmarse el armisticio. El escritor considera a Alemania exactamente como los germanófilos españoles en 1945: una barrera frente a la amenaza rusa contra Europa. En el intento aliado de destruirla ve Salaverría, como vieron sus correligionarios de la Segunda Guerra Mundial, un intento de acabar con el único parapeto que podía salvar al Occidente del golpe brutal de los cosacos rusos que ahora portan la hoz y el martillo en lugar de la Cruz de San Jorge. [22]

La relación —derecha, germanofilia— se hacía normal, corriente... «Lo más desagradable del germanismo español es que no se limita a la muchedumbre gregaria, de abolengo clerical y absolutista...», dice Pérez Galdós. [23]

Pérez de Ayala llega a la caricatura. En un tranvía va una señora elegante, mostrando «dos piernas prodigiosas». Un canónigo y un oficial de elevada graduación comentan...

«Una vez que triunfe Alemania se verá que la guerra nos ha traído muchos bienes o lo que es lo mismo, ha concluido con muchos males. Por ejemplo —añade el personaje señalando las suculentísimas piernas— la indecente moda francesa habrá dejado de predominar en el mundo y no se nos impondrá a las personas sensibles y pudorosas el denigrante espectáculo de esas desnudeces procaces y de esas turgencias aflictivas.

»—Completamente aflictivas —responde el otro.

»Y ambos clavan en las inocentes piernas una mirada larga, tenaz, recriminatoria.» [24]

La obsesión por unir lo católico a lo germano llegó a una teoría muy comentada: el emperador Guillermo era real-

22. Salaverría, J. M.ª, «Militarismo inminente», «ABC», 19-X-1918.
23. Pérez Galdós, B., «La pesadilla sin fin», «La Esfera», 17-VII-15.
24. Pérez de Ayala, R., «Apostillas a la batalla naval», «España», número 73.

mente un católico enmascarado. La razón de Estado le obligaba a presentarse como partidario de Lutero pero, en el fondo..., es la típica fórmula española para resolver una contradicción de lo que es con lo que debería ser, según nuestros principios. En lugar de aceptar lo cierto se decide que esa certidumbre es sólo aparente. De eso sabía un rato Don Quijote.

Naturalmente la prensa francesa, el intelectual francés, se apresuraba a combatir la idea general. Henri Bernard escribe un artículo en «ABC» contestando a una carta publicada en «Bonnes Nouvelles» en la que una señora española aseguraba ese catolicismo del emperador alemán. La respuesta recuerda que la primera condición de la Iglesia Católica es la confesión pública de su fe y el Kaiser lo hace de la luterana; Bernard sabe que el católico español tiende a la germanofilia, quiere convencer a las damas españolas que el mayor enemigo de Roma fue el «renegado fray Martín» y les exhorta a ponerse en guardia contra esas difamaciones...

En su natural deseo de ganarse amigos, la Francia oficial presentaba a España su lado católico y Bernard la defiende de la acusación típica.

«...la germanofilia... que pinta a Francia como incursa en la cólera divina por haber expulsado de su seno a las órdenes religiosas... ¡como si pensar de modo tan anticristiano no fuera aberración de los sentidos! Como si, en todo caso, la infausta obra perturbadora de un Combes no fuera infinitamente menos trascendental que la demoledora de un Lutero.»

Y se apresura a recordar que, los 350 votos que en la Cámara de París lograron la decisión antirreligiosa, representaban a unos seis o siete millones de católicos franceses pero que todavía quedan treinta y dos millones, ¡más católicos que en Alemania! «que con sus sabios y virtuosos prelados a la cabeza demuestran su inquebrantable adhesión a Roma...» [25]

Los obispos, la entrada de Alemania en la católica Bélgica, la destrucción de las iglesias por los bombardeos o incendios, eran cartas que Francia jugó a fondo para conquistarse el apoyo de los neutrales españoles. Como en el caso de Bernard a veces se pasaron tratando de ocultar de una forma a veces ingenua, los elementos laicos que han sido la base de la Sociedad Francesa contemporánea desde la Revolución

25. Bernard, Henri, «El Kaiser católico», «ABC», 6-VII-15.

de 1789 para no asustar a los beatos de aquí. Américo Castro que con un grupo de intelectuales españoles visitó Francia por aquellas épocas, me explicaba el asombro de los encargados de atender a los intelectuales españoles, cuando, muchos de éstos rehusaron asistir a la misa y visitar al obispo de París. En la asociación de ideas España-Catolicismo, no habían tenido en cuenta a la Institución Libre de Enseñanza a la que pertenecían la mayoría de profesores aliadófilos de nuestro país en aquella fecha.

Para el periodista Olmet, por ejemplo, era increíble que un periódico católico como «El Debate» fuera germanófilo. «Esto dejó absortos a muchos. ¿Se puede uno llamar cristiano y no unir su voz a la del cardenal Mercier? ¿Se puede defender en nombre del señor a los profanadores de catedrales?»

La razón se debe al nuevo director, Angel Herrera que, según Olmet, «no es periodista, ni escritor, ni artífice, ni caudillo, ni rebelde, ni guiador de muchedumbres. Es un monaguillo jesuítico maleable en las manos fuertes de la reacción... y ahí tenéis a «El Debate»... vendiéndose un poco entre los trogloditas engañosos y dándose postín de periódico irradiante y profuso.

Y así es como uno se explica a Ángel Herrera en calidad de director. Hacía falta un hombre gris, maleable. «Basilio y yo (Basilio Álvarez y Luis A. del Olmet eran antiguos rectores de "El Debate") habríamos dicho horrores con motivo de la nota acerca de los torpedeamientos. El seráfico Herrera enmudece y si le acongoja algún escrúpulo de conciencia patriótica, se golpea con un cilicio y se enjuga las lágrimas con un cheque.» [26]

En su antipatía hacia los germanófilos reaccionarios, Unamuno les llega a negar incluso originalidad nacional. Sus teorías son extranjeras. Y para agravar más el insulto, proceden del país que más les irrita. Sí, de Francia. La obra de Donoso Cortés «Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales» que es casi libro de cabecera de las derechas españolas no es más que «una triste caricatura del recio y denso conde de Maistre». ...La historia de nuestros tribunos profético-apocalípticos no es sino el «discurso sobre la Historia Universal de Bossuet con sus grandes síntesis oratorias. Sólo que sin la elocuencia de Bossuet».

Y remata el catedrático de Salamanca:

26. Olmet, Luis del, *Los Bocheros*, pág. 40 a 42.

«Porque siempre, y nos es triste confesarlo, esos ultramontanos franceses han sido más robustos, más llenos de pensamiento, más jugosos, más poetas y a la vez más dotados de sentido de la realidad que los nuestros, los españoles, que nunca pasaron de ser unas sombras exangües y hueras de aquéllos.» [27]

He aquí la obligada relación germanocatólica en la ironía de Fernández Flórez:

«—No sé qué se te pierde a ti por Francia.

»—Yo me debo a la libertad...

»—¡Francia! ¡La Libertad! —mordió don Arístides con desdén— ¡También los senegaleses la defienden! ¡Tú eres un cipayo!

»—¡Y tú un clerical!

»Gimió don Arístides:

»—¿Un clerical? ¿Soy yo un clerical? —movía la cabeza mirando en torno como si estuviesen presentes más personas y requiriese su indignación contra aquella injusticia— ¿Yo un clerical?, ¿qué andas llevo en las procesiones? ¿Cuántas veces me he confesado? ¿Quién es mi mayor enemigo en Iberina sino el párroco de San Eugenio?...»

Pero la reacción de Arístides tiene un valor relativo, nunca absoluto. Los españoles de la época tienen que pechar con la responsabilidad de su causa en todas sus facetas. concluye Sobrido:

«—Aunque sea así y aunque tú no lo sepas, eres un producto del jesuitismo.» [28]

Y en otro párrafo...

«...es como eso que andan propalando los francófilos... que si ustedes son protestantes —gruñó Zaera el mayor, católico reconcentrado.

»—¿Es usted acaso protestante, Halp?

»—No señor —aseguró el extranjero.

»—Entonces —clamó victorioso el señor Zaera— ¿Conoce usted a algún alemán protestante?

27. Unamuno, M. de, «Retórica profético-apocalíptica», «España», 25-IV-1915.

28. Fernández Flórez, W., *Los que no fuimos a la guerra*, pág. 77, Madrid, 1930.

»—¡Oh, muchos, sí señor, muchísimos!
Zaera funció el ceño.
»—¡Qué va a haber, hombre, qué va a haber!
»—Hay muchos —insistió el alemán.
»—¡Le digo a usted que no! —gritó el comerciante enfurecido— Alemania es un país católico. Lo demás es calumnia.» [29]

«La Francia de hoy» afirma con seguridad un sacerdote español, el Padre Bruno Ibeas, «no es católica». Cree que en los medios intelectuales altos hay una cierta reacción antivolteriana, especialmente representada por Bourget, Bazin, Bordeaux y Barres pero el campo, el pueblo, la ciudad, está de espaldas a la Iglesia. Cita varias visitas a localidades francesas con el templo vacío mientras la juventud de ambos sexos se bañaba en un río cercano «como Adán y Eva». Más interesante resulta su estadística de actos de inspiración laica realizados por los gobiernos sucesivos de la Tercera República.

1879 Las universidades libres —léase religiosas— pierden el derecho a dar títulos.
1880 Disolución de todas las órdenes religiosas empezando por los jesuitas —y con la curiosa excepción de los Cartujos— que no pidiesen autorización especial para subsistir.
1882 La enseñanza primaria se hace laica.
1884 Igual medida con los hospitales.
1884 Ley del Divorcio.
1886 Los sacerdotes no pueden ser maestros.
1889 Los sacerdotes sometidos al servicio militar.
1901 Se aprueba la ley Waldec-Rousseau contra las congregaciones religiosas.
1903 Se quitan los crucifijos de los hospitales.
1904 Se aplica «rigurosamente» la anterior disposición.
1904 Se suprime la embajada ante el Vaticano.
1906 Se abroga el Concordato y se confiscan los bienes de la Iglesia.

La lista anterior es efectivamente respetable y se comprende el impacto que, disposición tras disposición, ocasionaría en el católico español acostumbrado ya por tradición, desde el siglo XVIII, a ver en su vecino un ser de poca fe.

29. FERNÁNDEZ FLÓREZ, W., *Los que no fuimos a la guerra*, pág. 230, Madrid, 1930.

Continúa el padre Ibeas que no ve cómo puede afirmarse que un triunfo francés supondría un mayor auge del catolicismo por mucho que haya héroes entre los religiosos que combaten por su patria. La misma impresión hubo en la guerra del 70 —recuerda— y no duró más que unos años. Si Francia venciese, lo que haría sería llevar con su victoria el anticlericalismo a toda Europa.

Por otra parte, están los aliados de Francia, gente de poco fiar cuando se habla de catolicismo. Inglaterra por ejemplo «uno de los focos más activos de la anarquía religiosa protestante (!), es centro del anarquismo y de la francmasonería universales». Rusia, apoya su ambición política imperialista en un afán de dominio religioso que intenta ampliar a expensas de la Iglesia Romana.

Primera importancia pues de la victoria alemana sobre los aliados. Rusia queda limitada a su espacio oriental de donde no debía haber salido. En el caso de Francia, «la desgracia de una tal derrota... le haría entrar en si mismo, hacer un examen escrupuloso de conciencia y decidirse a variar de conducta y de ideas».

Pero ¿qué pasaría si triunfase Alemania, oficialmente protestante? El padre Ibeas deshace fácilmente la posible nube luterana. En primer lugar hay en Alemania veintidós millones de católicos especialmente en el sur y suroeste que no podrían ser ofendidos con una política protestante de captación. Pero lo más importante es que Alemania representa la Tradición, la Autoridad, símbolos bajo los cuales se siente mucho más cómodo y seguro el principio católico que bajo los disolventes de la «democracia petrolera» y del «utilitarismo burdo» de los aliados. Y ahí está además Austria, aliado fiel y base firme del sentimiento católico en Europa.

Dispuesto a admitir todas las posibilidades adversas, el P. Ibeas recuerda el temor de que la religión mahometana —la de Turquía— adquiera mayor fuerza en caso del triunfo de sus aliados austrogermanos. Pero no hay cuidado. El «mahometismo es religión definitivamente muerta porque no resiste el análisis crítico y se disuelve al ponerse en contacto con la civilización de Europa como una pasa de azúcar sumergida en el agua».

Y, en fin, para el agustino la prueba decisiva de que el catolicismo tiene mucho que ganar con la victoria germana es que la inmensa mayoría de los católicos neutrales —está pensando en España, naturalmente— la desean. Y deja para el final la prueba contraria. Los radicales —lo que llamaríamos hoy izquierdista en general— de los países neutrales están a favor de Francia e Inglaterra. Y no vamos a suponer

—añade sarcásticamente el sacerdote— «que desean el triunfo de esas naciones previendo el bien que de ello ha de seguir el catolicismo» [30].

Contra esa teoría parece escribir «L. M. Cura Párroco Francés» que cuenta historias de la guerra advirtiendo en el prólogo:

«Te mostraré a los sacerdotes que veneras en los campos de batalla asistiendo y recogiendo a los heridos, convirtiendo a millares de soldados... y tú te dirás: Y yo que creía ateos a todos los franceses y por eso no les daba mi estimación y ahora les oigo rezar el Santo Rosario en las trincheras, cantar a millares de soldados y oficiales en las iglesias el credo antiguo de sus abuelos, al lado del luterano que les viene a arrancar la fe católica.»

Como se ve ha cambiado todo el panorama. Fieles católicos por una parte —los que ya lo eran y los millares que se van convirtiendo— protestantes que destrozan por gusto las iglesias por la otra. Y que como protestante, no obtienen ninguna protección de Dios que, lógicamente, favorece a la causa católica.

Por ejemplo... «te darás cuenta de que el día de Navidad fue para nosotros el principio de la salvación y de la gran victoria del Marne... Te darás cuenta también de que el día de la Purísima fue el día de una feliz victoria naval».

En las páginas que siguen —hasta doscientas— el anónimo sacerdote describe las veces en que Dios se mostró antialemán. Como cuando no fueron descubiertos por los ocho soldados alemanes porque «en un mueblecito al que no habían tocado y envuelta en un corporal estaba la Sagrada Forma con que el sábado se había bendecido a nuestros soldados». En el resto del libro surgen continuamente los soldados que piden los servicios de la religión, los que escriben a sus familias, que confiesan y comulgan a menudo. El buen padre L. M., al parecer, no encontró entre todos los que viera en sus viajes por el frente, la retaguardia y la zona ocupada, a uno solo alejado de la Iglesia. Los enemigos, en cambio, matan con especial perversión a los religiosos que encuentran en los pueblos que han tomado. [31]

30. Ibeas, Bruno, *El catolicismo y la guerra. Nuestro pensamiento.* Artículo reproducido en la revista «España y América» (agustinos) con prólogo y epígrafe, s.f.s.l. (col. del autor).

31. L. M. Cura párroco francés, *Visiones de guerra* (1914), Madrid, 1915 (col. del autor).

Si la expresión «germanófilo» correspondía automáticamente en la imaginación de la gente a conservador aunque hubiera excepciones, como la de Baroja, la de aliadófilo estuvo ligada en un noventa y cinco por ciento también, a la de demócrata. Esta posición intentaba obtener una ventaja nacional de una lucha internacional, es decir, aprovechar el triunfo de las democracias extranjeras para fortalecer la española. El concepto se manifiesta más claramente cuando se aproxima el final de la contienda y por ello, pueden empezar a prepararse las nuevas líneas de ataque. No es coincidencia que dos acontecimientos izquierdistas ocurrieran precisamente en el año en que podía predecirse la caída de los Imperios Centrales. La huelga general de 1917 en lo social y la reunión de los parlamentarios de Barcelona en lo político.

Las aspiraciones internas, al socaire y consecuencia de un conflicto externo, se manifiestan sobre todo en dos documentos publicados en 1917 y 1918. El primero es el Manifiesto de la Liga Antigermanófila, donde se da casi tanto o mayor relieve a la situación interior que a la exterior, a la política española que a la extranjera, a los problemas de este lado de los Pirineos que a los del otro.

He aquí algunos párrafos de la introducción... «La Liga antigermanófila quiere dar la batalla a las fuerzas oscurantistas, a las heces del tiempo y de la historia... La Liga... es un instrumento de lucha civil, un órgano nuevo de la democracia y el liberalismo españoles frente a los que al amparo de la guerra, han querido reagrupar y galvanizar los restos de una España pretérita y caduca.» [32]

El segundo documento revelador aparece al final de la guerra y se titula «Un llamamiento. Unión Democrática española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres». Se trata, como en el caso anterior, de aplicar unos principios que han triunfado en el mundo al caso específico español, de buscar aquí el eco de un ambiente democrático y libre. Los párrafos más representativos de esta idea dicen...

«La primera razón para constituir en España una sección de la Liga de la Sociedad de Naciones... es la necesidad de que entre la España sedienta de vida universal quede tendido sobre la España letárgica y retrógrada, un puente por donde sea posible el contacto con los grandes valores humanos.»

32. Manifiesto de la Liga Antigermanófila, «España», 18-1-1917 (v. Apéndice).

Cosas parecidas se han oído cada vez que un régimen nacional aísla al país o al menos así lo parece a sus críticos.

Unión con otros países, mantenimiento de la paz, gracias a la solidaridad internacional, pero atención a lo más grave... «esa sociedad estará compuesta solamente de democracias, esto es de comunidades humanas gobernadas por poderes responsables ante el pueblo soberano. ¿Goza España de un régimen así? Nosotros afirmamos rotundamente que no: Nosotros afirmamos que para que España pueda formar parte de la Sociedad de Naciones debe democratizarse y desaparecer todo poder arbitrario de la gobernación del Estado Español». [33]

Y firmaban los más prestigiosos hombres del tiempo. Entre ellos Unamuno, Luis Simarro, Bartolomé B. Cossio, Gregorio Marañón, Gustavo Pittaluga, Luis de Zulueta, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Ramón Pérez de Ayala (dos de ellos aparecerían en el Manifiesto de los intelectuales al Servicio de la República años después).

33. «Un llamamiento», «España» y 1918 (v. Apéndice).

VI. EL ALEMÁN Y LA CULTURA

Los germanófilos actúan durante toda la guerra con una obsesión lógica ante el coro general sobre la incultura alemana puesta de manifiesto en su militarismo, en su obediencia ciega, en su destrucción de obras de arte (Catedral de Reims, por ejemplo).

Entre paréntesis, resulta curioso lo que vale en un mundo material las ofensas al Espíritu. El bombardeo de una iglesia antigua, de un museo moderno, tienen todavía un valor de batallas perdidas, incluso para aquellos que no han echado nunca un vistazo a una iglesia ni a un museo. Stalin podía ironizar preguntando cuántas divisiones tenía el Papa, pero Hitler no se atrevió a arrestar al Sumo Pontífice a pesar de pensarlo muchas veces. La muerte de un poeta en la España de la guerra civil fue, para el general Franco, mucho más perjudicial que la pérdida de Teruel.

Contra esa imagen de la barbarie en acción representada por los germanos —decir ulano, era decir bestia al ataque que no respetaba mujer, niño, cuadro ni piano— los partidarios de los Imperios Centrales se apresuraron, desde el primer momento de la contienda, en presentar un cuadro idílico cultural de su país favorito. Su reiteración, incluso en detalles minúsculos, mostraba el complejo de inferioridad con que actuaban. Era difícil, por no decir imposible, sacudir el sambenito de los que habían apoyado en la K. violenta, agresiva lo que creían desmedrado intento de presentar a Alemania con posibilidades espirituales.

«Es fácil bromearse de la Kultur —se quejaba un escritor germanófilo— entre tantos datos que hablan por su cuenta y nos dicen que en una zona de once años, fueron concedidos 65 premios Nobel de los que pertenecen a intelectuales alemanes, diecisiete; a franceses, ocho y a ingleses,

cinco.» Salaverría recuerda también que Alemania imprimió 65.500 libros en 1912 mientras que Francia sólo publicó 42.200. (Esas cifras parecen exageradas en ambos países a no ser que se cuenten como libros, folletos comerciales de todas clases. Hoy, con mucha mayor lectura, no se alcanzan en ninguno de los dos países).[1]

Pero aunque fueran ciertas en su tiempo no convencían a nadie porque siempre cabía el recurso de oponer la calidad a la cantidad. Julio Camba, por ejemplo, admite que hay gusto por la literatura pero la explica por una orden del día, una disposición superior. «El pueblo alemán —sostiene— no existe porque las costumbres alemanas son una consecuencia de las leyes al revés de lo que sucede en todas partes. La literatura —hecho monstruoso observado por Mme. de Stael y Heine— es una consecuencia de la crítica.»

Por la misma necesidad de obedecer se llega a lo que debería ser natural consecuencia de un deseo íntimo, la lectura. «En todas las casas alemanas donde he vivido he observado que la servidumbre leía a Goethe y a Schiller. ¿Cultura? No. Es que la portera española que lee a Ponson du Terrail en vez de leer el Quijote, tiene un gusto literario, gusto malo y no cultivado, pero un gusto al fin y la servidumbre alemana, como carece de gusto, lee lo que dicen los críticos.»[2]

El argumento, ingenioso como casi todos los de Camba, roza peligrosamente el sofisma porque no está excluido que el sirviente que empieza a leer por obligación a Goethe y a Schiller, acabe por paladearlo, mientras que la portera española del ejemplo, como mucho, pasará del folletinista francés a Luis del Val. Llevado a *extremis*, el argumento del escritor gallego excluiría la obligatoria lectura de textos literarios importantes en las escuelas españolas permitiendo al alumno seguir su personal e independiente gusto literario, quedándose probablemente con *Los Tres Mosqueteros* como cumbre de la literatura universal.

Los germanófilos eran, naturalmente, igual de injustos al juzgar de la superioridad de la cultura alemana sobre la francesa. Según uno de ellos, Juan José Cadenas, «El arte en Francia se ha prostituido... El Estado gasta centenares de millones..., subvenciona exposiciones, teatros de ópera, comedia y drama... y el arte no aparece por ningún lado. En las exposiciones vemos quilómetros de telas pintadas, en los teatros nos ofrecen latas soporíferas, en plazas y jardi-

1. Salaverría, J. M.ª, «Atención con Alemania», «ABC», 14-I-1917.
2. Camba, J., «El pueblo alemán», «ABC», 21-I-1915.

nes contemplamos las obras maestras de la escultura moderna que, salvo contadas excepciones, son verdaderos adefesios».

Baroja se quejó muchas veces —y en eso coincidió con otros muchos germanófilos— que la palabra intelectual se usaba sólo en España para los que usaban el intelecto en el camino humanístico y no para los que lo empleaban en sentido científico. Por ello, si bien admitía que los literatos o artistas estaban en su mayoría con los aliados, recordaba que los médicos, químicos y matemáticos preferían a los Imperios Centrales especialmente a Alemania. Un folleto en este sentido, el del doctor García Sola, «La cultura alemana en relación con las ciencias médicas», provocó la ira de Unamuno que dedicó un largo artículo a rebatir su contenido.

Ese era, sobre todo, catalógico. Una larga reathíla de nombres y de obras publicadas en Alemania sobre las ciencias. Su consecuencia es que gente que sepa tanto, no tiene más remedio que estar en posesión de la verdad. Unamuno empieza por negar el valor de una lista de nombres como prueba de una cultura y mucho menos como prueba de que la ciencia obligue a la gente a ser buena e incapaz de barbaridades como las perpetradas por los alemanes en Bélgica. Unamuno recuerda el caso de los noventa y tres profesores universitarios alemanes que firmaron el manifiesto por su Kaiser (vid. Apéndice) y cuya eminencia científica no les impidió ser cómplices de la furia bélica germana. Y recuerda también que los médicos aliadófilos —Achúcarro, Goyanes, Medinaveitia, Pittaluga, Simarro, Turó— conocían muy bien a esos sabios alemanes antes de decidirse por quién iba su voto en la guerra.[3]

D'Ors se congratulaba en la Segunda Guerra Mundial —se lo oí personalmente —de que la contienda no hubiera llegado al espíritu recordando, entristecido, que Bergson, en la primera, había decidido que la filosofía alemana no existía.

Efectivamente, en el respeto hacia la cultura enemiga de ambos bandos parece que los germanófilos pisaron más fuerte y, como lo sabían, se repitieron «ad nauseam», las observaciones a este respecto. Así, mientras la declaración de guerra produjo en Francia una irritación hacia lo alemán que les llevó a borrar de la Sociedad de Autores obras de Strauss y de Wagner, los alemanes siguieron durante la guerra viendo a *Sansón y Dalila,* de Saint Saens; a *Carmen,* de Bizet... Antonio Azpeitua, recuerda desde Berlín, que publi-

3. Unamuno, M. de, «Un alegato católico», «Iberia», 28-VIII-1915.

caciones literarias como Revista Blanca», de Munich, siguen mencionando y publicando obras de jóvenes franceses e ingleses. En *Kuntz,* de Leipzig el cronista encuentra versos de Apollinaire, mientras Rolland es vituperado en su patria.[4]

Pero esa cultura alemana ¿de dónde procede? Según sus enemigos, de Francia. Veamos: Unamuno distingue no ya la cultura alemana del pueblo alemán o del militarismo alemán como hacen otros; distingue, en la misma cultura, lo que tiene gracia y sal de lo opaco, lo difícil, de lo oscuro. Lo primero nace gracias a Francia.

«El que se haya acostumbrado a leer a los grandes clásicos germanos tan latinados, tan profusamente latinados y hasta afrancesados los más de ellos, a Goethe, a Schiller, Lessing, Heine, a Herder..., ¿cómo va a poder resistir a esos insoportables escritores germanos germanizantes que parecen poner todo su ahínco en que su lengua, para darle homogeneidad, sea lo más hermética posible?»[5]

¿No será al contrario?, contesta Ortega.

«...fue cuando Francia, la recién vencida, Italia, la irredenta (tras la guerra del 70) se pusieron a la escuela de Alemania decididas a remozar el fondo de sus almas. Y lo que hay en Francia de robusto y en Italia de medrado, se debe a aquella ingerencia de «nieblas germánicas»... eso que yo llamaba... reabsorción del germanismo, lo vienen realizando nuestras hermanas mayores sin alharacas, sin espantos, como cosa que cae de su peso. Si alguien las incitó a germanizarse fueron los más grandes representantes de su tradición castiza: Renan, implícitamente, cazurramente, Carducci, con sonoro entusiasmo».[6]

Resulta interesante recordar que Carducci era el gran admirado —lo descubrió a muchos españoles que ignoraban su existencia— de Miguel de Unamuno.

No, no, hay que ponerse en lo justo, hay que saber leer entre líneas; la cultura germana procede de Francia. ¿No decían todos que Nietzsche es el gran responsable de la cultura germánica, del pensamiento alemán llevado a la dominación de otras razas, el creador del superhombre?

4. Azpeitia, Antonio, «La música, la literatura y la guerra», «ABC», 9-VIII-1915.
5. Unamuno, M. de, «La Nación», Buenos Aires, 14-X-1914.
6. Ortega y Gasset, J., Ob. comp., t. I, págs. 211-214.

Pues bien, señala Azorín:

»Críticos y pensadores diversos en Francia han hecho notar con gran complacencia los múltiples aspectos latinos del genio de Nietzsche.»

La procedencia de las citas resulta harto dudosa: estas son las pruebas aportadas:

«El filósofo alemán a lo largo de su obra, ha ido multiplicando sus simpatías por los clásicos y los escritores modernos Marimée y Stendhal... France y Maupassant.»

Los autores citados por Azorín llegan para él a la prueba concluyente. Dado que el estilo francés es elegante, irónico, alado, todo escritor que escriba de esta manera tiene que estar influido por los franceses. «Hay en la prosa de Nietzsche una ligereza, una transparencia, una gracia que parecen ser puramente latinas y de las que —según se dice— carecen los escritores compatriotas del filósofo.»

El escritor levantino no se deja engañar, sin embargo, por esas apariencias formales y prefiere aceptar la teoría de un buen conocedor de la mentalidad germana, Ortega y Gasset cuando dice que «la filosofía de Nietzsche es la que se adapta más a la mentalidad germánica».

El que comentamos ahora es uno de los artículos de Azorín con mayor sentido de la realidad y el mayor deseo de remontar la polémica por encima de las pasiones. Del mismo texto son estas líneas: «...a nuestro parecer en este uso de los textos de escritores alemanes que hacemos los amigos de Francia con ciertos propósitos tendenciosos hay algún peligro». Y más abajo...

«No puede ser cerrada y dogmática la actitud que un escritor español deba adoptar en el actual conflicto; aspectos hay en el vivir de Francia que solicitan seguramente su más viva simpatía, y en cambio hay aspectos de la vida alemana que deberían tener también por parte del escritor o del simple ciudadano español, una cordialísima adhesión.»[7]

Eran nobles principios, pero el mismo escritor que los escribía no logró seguirlos. A medida que la contienda bélica halló su paralelo en la de las plumas españolas, Azorín fue enfoscando su actitud hasta negar prácticamente el pan y la sal a los Imperios Centrales. Solamente unos meses des-

7. Azorín, «Algunas aclaraciones», «ABC», 1-XI-1914.

pués del artículo anterior, citaba Martínez Ruiz unos textos de Saavedra Fajardo sobre los alemanes para mostrar que ya entonces —siglo XVII— eran poco de fiar. Ricardo Mansfield, un alemán residente en España, consideraba de mala fe las citas que había sacado Azorín de las «Empresas Políticas». Ejemplo: «En Alemania la variedad de religiones, las guerras civiles, las naciones que militan en ella han corrompido la candidez de su ánimo y su ingenuidad antigua», dice Saavedra Fajardo, según Azorín. Mansfeld le echa en cara que ha suprimido del texto original la alusión a las naciones extranjeras «que eran Francia, Suecia y Dinamarca las que han corrompido el país que no era así antes». Le acusa también de no destacar la frase de Saavedra al hablar del francés: «A los ojos son amables, al trato insufribles.» [8]

¿Minucias de eruditos?, ¿variantes posibles de lo que los investigadores discuten continuamente ante la indiferencia general? No. Mansfeld tenía razón en aclarar la cita de Saavedra, porque Azorín la utilizaba como un arma aliadófila más que como un recuerdo literario. Saavedra Fajardo era traído desde su sueño del seiscientos para demostrar que los alemanes llevaban tras de sí una larga trayectoria de maldad, de falsedad, de no mantener la palabra dada. He aquí un ejemplo de actualización. Cita Azorín el viejo texto sobre los alemanes.

«Falta en algunos la fe pública» e intercala Azorín entre paréntesis y puntos de admiración (¡Bélgica, Bélgica!) «las injurias y beneficios se escriben en cera y lo que se les promete en bronce» añade Azorín. «Ahora otra frase de actualidad: El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos y ni aman ni se compadecen». [9] Mansfeld contesta a esto que resulta lógico que, tras largas y sangrientas guerras, ocurre esto a sus paisanos: «Es la natural atonía que la depresión moral que tantos estragos hechos en su país por los extranjeros debe producirles, no tiene nada de particular que los corazones se endurezcan transitoriamente sin que por ello pueda y deba calificárseles de pérfidos, desleales y crueles.»

Mansfeld utiliza un piadoso «transitoriamente» a un defecto de sus compatriotas que no se atrave a negar, pero toca, de pasada, un punto que los germanófilos no emplearon apenas para defender a Alemania de la acusación de ra-

8. MANSFELD, RICARDO, «Azorín y los clásicos», «ABC», 16-I-1915.
9. AZORÍN, «Pinturas viejas», «ABC», 13-I-1915.

paz, de guerrera, de invasora y conquistadora. Quizá porque desde el primer momento se batieron a la defensiva contra la propaganda enemiga, los germanófilos, obsesionados por el inmediato precedente de la guerra del 70, olvidaron destacar suficientemente que, antes de Sedán, la ofensiva partió casi siempre de Francia contra Alemania y no al contrario. Francisco I atacó a Alemania, Richelieu atacó a Alemania, Luis XVI atacó a Alemania y Napoleón conquistó a Alemania. Si había que buscar la tradición para explicar el presente, Francia tenía mayores culpas que Alemania. Pero casi nadie se acordaba de ello. La toma de Metz en 1870, la entrada en Bélgica en 1914 marcaban inexorablemente a un país como agresor perpetuo, al otro como perpetuo agredido.

Se lamenta un germanófilo: «Quién había de decir a Gutemberg que los caracteres móviles que él inventara servirían para llamar bárbaros a sus compatriotas.» [10]

Indigna a Eugenio d'Ors la negación de la inteligencia, de la finura intelectual a los alemanes. Como lo que afirma seriamente un conocido publicista catalán... ante la aseveración germanófila de que los alemanes han sido hispanistas de solvencia, contesta Jori.

«Calderón y Cervantes han sido los dos ingenios españoles que más han preocupado a los alemanes y a fuerza de querer profundizar los han dejado desconocidos... Sobre *El Mágico Prodigioso* y *Don Quijote* se han montado verdaderos sistemas de filosofía esotérica, que, claro está, faltos de base, vienen al suelo al más ligero análisis, quebrándose de puro sutiles.»

¿Cuál es la razón de ese fracaso? Para el aliadófilo es clarísima:

«¿...a qué obedece esa preocupación constante de los alemanes por *Don Quijote*?, a su incapacidad para la ironía. Un alemán no comprende la flor helénica de la ironía que solamente los espíritus muy sutiles pueden llegar a sentir y comprender. No viendo las cosas con lógica y claridad a la luz del Mediodía tienen que revestirlas con el ropaje negro del misterio.»

Oscuros, torpes...

10. Cadenas, J. J., «Las causas de la guerra», «ABC», 1-XI-1914.

«El latino tiene por fuerza la gracia. El alemán tiene por fuerza, la fuerza.» [11]

A Baroja le molestaba esa simplificación.

«He oído asegurar seriamente al doctor Simarro que un alemán no puede comprender la ironía de *El Príncipe*, de Maquiavelo.

»Una raza que ha producido hombres de un ingenio irónico tal como Hoffmann, como Juan Pablo Richter, como Goethe, como Heine, como Nietzsche, no entiende lo que entiende el doctor Simarro.

»Es una afirmación de una fuerza cómica extraordinaria. Claro que ninguno de esos hombres entenderían la ironía de *El Príncipe*, de Maquiavelo, porque, sencillamente, no la tiene.» [12]

Aliadófilos y germanófilos disfrutan y se esfuerzan en quitarle puntos culturales a los países odiados. Ante una teoría que reivindica para Francia la cuna del arte gótico, Baroja se irrita...

«Puesto que me ha venido a la imaginación el arte gótico, tengo que hacer una ligera divagación acerca de él.

»Desde hace tiempo es un lugar común de los críticos de arte el decir que el arte gótico no debía llamarse así, que este nombre, puesto por primera vez por el Vasari, es inexacto. Según esos señores, el arte gótico es exclusivamente francés. La afirmación de los tales críticos se basa en que los primeros edificios góticos aparecieron en Normandía, en la Champaña, y, principalmente, en la Isla de Francia, y en que no había godos en Francia en el siglo XIII. Creen que estos argumentos son definitivos, y no lo son. Naturalmente, todo arte de construcción rico y suntuoso aparece en los países ricos, lo cual no basta para que sea exclusivamente de ellos.

»El arte gótico es una derivación científica, técnica, de elementos existentes en las artes anteriores. La historia de la ojiva no está aún bien documentada, aunque parece va encontrándose en el arte románico; respecto al contrafuerte, elemento indispensable para poder elevar la bóveda, cosa esencial del arte gótico, fue empleado en las iglesias de Lombardía, tierra impregnada de germanismo.

»El arte ojival no tiene de nuevo, probablemente, más

11. JORI, ROMÁN, «Voces de guerra», 1914-16, Barcelona, 1916, páginas 25 y 145.

12. BAROJA, Pío, «Los mitos de los aliadófilos», *Momentum Catastrophicum*, Madrid, 1919, pág. 80.

que su espíritu. Es este arte al románico lo que el cristianismo al judaísmo.

»Jesucristo, según afirma la crítica de los rabinos, no dijo nada específicamente nuevo que no hubiesen dicho los profetas judíos, pero lo dijo con más fuerza, con más pasión.

»Este espíritu nuevo del arte gótico, ¿de dónde puede provenir? Si hay una relación en el espíritu de las obras de un país, no cabe duda que no la hay entre lo que se llama hoy el espíritu francés, galo-romano, y el arte gótico, y que lo hay entre este arte y el espíritu germánico.

»Aunque el arte ojival no tuviera precedentes y hubiera nacido espontáneamente en la Isla de Francia y en Normandía, sería siempre más germánico que galo.

«En Francia ha habido tres grandes núcleos de población: el galo (céltico, velche, etc.); el latino (ibérico, mediterráneo, líguro, etc) y el franco (gótico, germánico). Que el arte gótico ha nacido en los lugares ocupados por los pueblos francos germanizados, góticos, no cabe duda; que se extendió igualmente por las zonas germanizadas de Europa: Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y España, es también indudable; por último, que su espíritu se encuentra más dentro de la corriente germánica que de la gala o de la romana, tampoco se puede negar.

»No estaba, pues, tan descaminado el Vasari, cuando llamó a este arte, arte gótico. Es, en el fondo, un arte de espíritu germánico.» [13]

Unamuno lleva la guerra entre Alemania e Inglaterra a un extraño campo de batalla. El del idioma. Y en esa contextura da también la razón al inglés...

«Los que sepáis inglés y alemán comparad uno con otro idioma... comparad la lengua inglesa suelta, casi monosilábica con ese pesadísimo alemán que aún conserva declinaciones y desarrolla el discurso en un intrincamiento de períodos en que los párrafos se enchufan los unos en los otros. Porque el escritor alemán que casi siempre escribe mal parece no haberse dado cuenta —y ya se lo decía Schopenhauer, escritor tan a la francesa— de que el lenguaje, como se desarrolla en el tiempo, no tiene sino una sola dimensión y no cabe sino decir una oración después de otra. Pero el escritor alemán parece querer decir cuatro, cinco, seis cosas a un tiempo y arma una de paréntesis y enchufamientos que no hay quien lo entienda...»

13. Baroja, Pío, «Las horas solitarias», Madrid, 1920. pág. 83.

Decía Julio Camba. «Yo no me explico la existencia de verbos irregulares en alemán. El alemán es el idioma más lógico del mundo. Es un idioma hecho por los sabios y en el que el pueblo no ha influido para nada. Todas las palabras del alemán están nuevas, flamantes y le recuerdan a uno esas palabras que se inventan para designar las invenciones científicas. Teléfono —de tele: distancia y de fonos: sonido— ...En alemán las cerillas se llaman Zündholzer de zünden: encender y Hölzer: maderas... el pañuelo se llama Taschentuch de tasche: bolsillo y de Tuch: paño.» [14]

Unamuno, sin embargo, encuentra un espacio cultural en donde el alemán tiene valor. El de la filosofía. «Un prefijo, de significación necesariamente abstracta y algo vaga, una raíz abstracta también y un sufijo igualmente abstracto, es muy difícil que den un compuesto de muy precisa concreción para el uso diario práctico de la vida, mas en cambio, eso permite pasar de unos conceptos a otros con gran facilidad y sutileza y refinar concepciones filosóficas. La lógica de la lengua alemana es de una lógica de cálculo infinitesimal integral —y bien lo ha comprendido Cohen—, en una lógica de continuidad, mas ello tiene para otros usos de la lengua gravísimos inconvenientes. Sucede con el alemán comparado con el inglés, algo de lo que sucede con el griego comparado con el latín. En griego se escribieron los inmortales diálogos de Platón, pero en latín se dio leyes al mundo.» [15]

El profesor Cohen, el judío que dramáticamente se colocaba al lado de una Alemania que un día iba a expulsar y quemar a los de su raza, se quejaba de sus discípulos que se pasaron al enemigo, hablando con Vicente Gay. Unamuno entre ellos, quizá. Sin embargo le gustaría la alusión a Alemania continuadora de Grecia, porque él emplea la misma frase: «Lo que comenzaron los griegos lo han continuado los alemanes por su congenialidad.» [16]

En el intento de negar a los alemanes cualquier posibilidad artística o literaria, cualquier sensibilidad en suma, nadie supera al escritor catalán, Román Jori. He aquí algunas de las deducciones a las que llega su aliadofilia:

«La mayor parte de las obras cubistas de Picasso han

14. Camba, J., «El pueblo alemán», «ABC», 21-I-1915.
15. Unamuno, M. de, «El inglés y el alemán», «La Nación», Buenos Aires, 14-X-1914.
16. Gay, Vicente, *Ob. cit.* pág. 380.

entrado en Alemania estableciendo allí el pintor español su principal mercado.»

Buen gusto y sobre todo anticipación de una fama se llama la figura, ¿no?

Pues resulta que no, porque «no se buscaba la obra del cubista para admirar la calidad de la pintura, la austeridad del color o la expresión abstracta de un temperamento, sino el misterio de los planos superpuestos, de las líneas cabalísticas, es decir, de lo que no tiene valor real ni positivo».

Y ¡qué poco amor por la belleza humana! «las artes plásticas en Alemania no han podido producir un tipo de belleza femenina»... «Durero es genial pero algunas veces llega a lo repulsivo. Tiene a veces también mal gusto.» [17]

¿Hay dos Alemanias?

«¿Dónde está Goethe?, ¿dónde está Beethoven?»

La pregunta según Julio Camba se la hacen los intelectuales de fuera de Alemania a los de dentro, ¿dónde han ido a parar los grandes genios del arte alemán?

«Eso quisieran nuestros enemigos, que estuvieran en primera línea estos maestros en lugar de los morteros del 42 que ahora les oponemos —contesta un alemán en el mismo artículo—; durante años hemos ganado las batallas del arte y del pensamiento mientras nuestros rivales Inglaterra, Francia ganaban las de la industria y el comercio. En vista de que por esos caminos se morían de hambre —sigue el alemán— se pasaron a la industria y al comercio, aplicando ciencias y artes a las necesidades de la vida, «si nuestras universidades han perdido un poco de su grandeza pasada, en cambio han florecido nuestras escuelas técnicas y nuestros laboratorios industriales». [18] (Hauptmann, contestando a los acusadores afirmó «que prefería que se llamara a los alemanes bárbaros hijos de Atila temiéndoles, que hijos de Goethe sobre su tumba».)

Ortega y Gasset estará de acuerdo con el humorista. «Hay muchos alemanes cuya es la opinión de que el poderío imperial se ha logrado a costa del abandono de los grandes ideales de la cultura germánica. Bismarck, dando a la raza aquella decisiva lección de agresividad, desvió hacia los múscu-

17. Jori, Román, *ob. cit.* págs. 22 y 164.
18. Camba, Julio, «ABC», 1-X-14.

los las energías que antes iban íntegras al corazón y a la cabeza.»

...Sobre las virtudes alemanas ha revestido su coraza el imperio; la riqueza industrial, los negocios coloniales, los hierros de Essen y Dusseldorf («Nuestros Goethe y Beethoven de hoy —decía Camba— se llaman... el director de la Hamburg American Line, Thissen, el rey del hierro») han americanizado una raza que vivía recogida en cien pequeños centros comerciales, simples, sobrios, cultivando su visión del infinito. [19]

Estas observaciones corresponden a un problema vivo en los escritores que estudiaban la guerra en algo más profundo que los combates. Sólo el más fanático de los aliadófilos podía olvidar que la nación cuya actuación merecía la repulsa general por su agresividad, había creado, sin lugar a dudas, la mejor música y, con algunos reparos, la mejor filosofía que se había producido en el mundo. Barbarie y refinamiento tenían el mismo acento teutón. ¿Cómo conciliarlo? Los germanófilos, explicaron la primera por la fuerza de las circunstancias y mantuvieron que el segundo seguía existiendo.

Otros neutrales y aliadófilos sensibles quisieron explicar la paradoja por la existencia de dos Alemanias en lugar de una. La espiritual y la material. Contra esa posibilidad se levantó Eugenio d'Ors coincidiendo, como en otras observaciones sobre la guerra, con Ortega y Gasset.

«Un tópico... a cuyo tenor no habría una Alemania, sino dos Alemanias. Una a la que se tiene la generosidad de declarar simpática; la otra antipática a más no poder.» (La germanofilia del autor resulta evidente en la primera frase.) «La Alemania filosófica, universalista, humanitaria, pacífica de Kant y Beethoven, de Schopenhauer... distinta de la Alemania brutal, ambiciosa de los Federico, de los Guillermo y de sus mariscales... Con lo cual, palo a ésta mientras se salva aquélla, no sabemos con qué estilo de sustituidora precaución.»

D'Ors se lanza a negar la premisa aun a sabiendas de que, al unir esas dos Alemanias fantasmas, tendrá que arrastrar forzosamente la «simpática» encadenada a la «antipática»; aun a sabiendas de que para él sería mucho más fácil defender las realidades espirituales germanas aisladas y sobrevivientes de las suerte de las armas. Pero no es así para «su tormento». Porque...

19. Ortega y Gasset, J., Ob. Comp., t. I, págs. 211 a 214.

«...raramente una cultura se ha producido tanto como en Alemania, la unidad de miras entre los hombres de espíritu y los hombres de acción, una complicidad respecto del ideal del Germanismo agresivo, ambicioso de constituir y de imponer "una cultura nueva"; de iniciar una época nueva dentro de la historia política del mundo.»

«...desde la Theología Deutsch y Lutero hasta Lambrect y Weissmann, cuatro siglos de historia intelectual alemana están unidos por una aspiración ardiente de autonomía previa, de ulterior dominación para un ideal de soberanía del Germanismo y... por un apetito de suplantación de Roma. «El hecho de la Reforma —declara Ferdinand Schmidt... constituye un fenómeno no sólo original pero ya hostil al Renacimiento romano... esto no es una oposición de raza, sino de cultura.»

Eugenio d'Ors ve a los filósofos preparando la nueva época, a Savigny y Gervinus anticipando la obra de la Confederación germánica, a Fichte poniendo las bases morales y pedagógicas de la Constitución alemana, a los científicos alejándose de Lavoisier y de Lamarck para mostrar su independencia, su propia cultura autóctona, individual, distante y distinta de la latina. Y acaba poniendo el ejemplo máximo, el de su admirado Goethe, el alemán más impregnado del clasicismo y que, sin embargo, afirmó con «palabras terribles»: «El primer deber del bárbaro es permanecer fiel a su naturaleza de bárbaro» y concretando más, cita otra frase del maestro: «La capital tarea histórica de los alemanes es romper el Imperio de Roma y ordenar un mundo nuevo.»

(El «mundo nuevo», la «nueva Europa», «la decadencia de los demás» fueron también palabras de Goebels, de Hitler.)

D'Ors multiplica las citas a lo largo de la historia cultural germana. «Novalis: "El alemán vivirá y logrará la sabiduría cuando sus hermanos sabios precoces hayan decaído... y él será el único señor de la casa". Federico Schlegel: "El alemán prepara una época superior de cultura... que le dará una gran preponderancia sobre los demás pueblos". Schelling: "Bien podemos hablar de una ciencia exclusivamente alemana... es la verdadera sustancia, el corazón de la nación... y ¿quién negará que esta nación misma halla en su ciencia su existencia verdadera?"»

El resumen del escritor catalán es que, en realidad, esa enemiga de Roma fracasó en su primer objetivo. Porque la Alemania actual ha buscado un principio total antigermánico, el principio de la Autoridad supernacional, aquel mismo que sus antepasados destruyeron al destruir a la vieja Roma.

Lo que intentan ahora es sustituir a Roma. Por algo su emperador se llama Kaiser-César. El César Guillermo. Lo nuevo entonces resulta lo antiguo.[20]

Probablemente pensaba que con esta deducción brillante había ganado adeptos a la causa germanófila. Probablemente no bastó. Probablemente su lógica precisa provocó el alivio de muchas conciencias que no se atrevían a ser totalmente germanófobos por aquello de que había que respetar a la otra Alemania, la culta, la espiritual. Después de estos artículos esos atormentados quedaron tranquilos. Podían odiar a Alemania sin ningún escrúpulo.

Para Montoliu, los que atacan a los alemanes en nombre del latinismo se contradicen esencialmente. Porque ese orgullo latino, basado en el conocimiento de historia, costumbres y lenguas se debe pura y simplemente a los estudios que hicieron para nosotros los alemanes: «la formidable potencia investigadora y la apasionada curiosidad de la Alemania moderna». ¿No fue Goethe quien dirigió primero que nadie su potente mirada a la antigua Gregia... y dio así enorme impulso a todos los estudios sobre la antigüedad helénica? ¿Y qué fue el romanticismo, esa creación eminente alemana sino un impulso irresistible hacia el amor y conocimiento de los orígenes medievales de las naciones germánicas y romáticas...?[21]

Según Azorín, la responsabilidad filosófica de la guerra es clara. «Se puede decir que la tendencia filosófica de Alemania en los tiempos modernos se encierra en un misticismo panteísta... ese misticismo panteísta engendra fatalmente otro misticismo todavía más terrible: el de la fuerza y el de un exaltado nacionalismo. En la fuerza, como cosa mística, creen todos los modernos estadistas y pensadores alemanes. Y cuando se llega a ese grado de saturación colectiva, un pueblo está perdido. Porque la fórmula suprema de ese pueblo será —lo ha expresado Hegel— la de *la identidad del hecho y el derecho*. Y esa fórmula justificará y explicará los más terribles horrores de la guerra: violación de la neutralidad de un país, devastación, martirios, incendios, etc...»[22]

Pero ese mismo escritor, unos meses antes, concretamente un año antes, cuando las pasiones no se habían intensificado, se indigna de la facilidad con que sus compañeros de ideología consideran a Alemania un país de bárbaros y a los latinos unos civilizados y pregunta: «¿Dos de los más al-

20. Ors, Eugeni d', *Cartas a Tina*, cap. XXIX a XXXII, *ob. cit.*
21. «Daimon», Pro Europa, «El Diluvio», 8-IX-1914.
22. Azorín, «ABC», IX de 1915.

tos cerebros de la Francia moderna, no son Taine y Renan? ¿(lo) hubieran sido sin la filosofía alemana, sin la metafísica alemana? Es lamentable tener que decir como nuevas cosas, hacer ciertas apelaciones a un sentimiento de ecuanimidad y justicia.» [23]

El intento de ser imparciales provoca, en los dos bandos, la misma idea de separar los gobiernos de los pueblos. Es el caso de las dos Alemanias pero en este caso no se trata de separarlos por cultura y política sino entre pueblo y gobierno. Arriba, los que deciden los destinos germanos, duros militaristas, ambiciosos políticos. Abajo, el sufrido pueblo alemán. Como Palacio Valdés:

«No quiero confundir, y me importa dejarlo bien establecido, al pueblo alemán con sus actuales directores políticos y militares. El alemán es un pueblo dotado de sólidas virtudes, inteligente, tenaz, laborioso, idealista. Pero, como todos los idealistas carece de espíritu crítico y por eso es en grado sumo, sugestionable.» [24]

Julio Camba contesta a esta afirmación muy repetida negando, como se diría en silogismo, la primera. No puede haber diferencia entre el comportamiento del pueblo alemán y de su gobierno, porque, para empezar, el pueblo de Alemania *no existe*. El humorista gallego se refiere naturalmente, no al hecho etnográfico de un pueblo, sino a conciencia de ser un pueblo, de tener una personalidad de pueblo, de dejar sentir su voz como tal pueblo.

«...he vivido dos años en Alemania... he visto que había una gran filosofía y una industria textil, un gran ejército y mucho arte musical; pero lo que se llama un pueblo, eso no lo he visto. En Francia hay una autoridad y un pueblo... en España hay un pueblo pero no hay autoridad y en Alemania hay autoridad pero no hay pueblo. Hay, claro está, empleados y menestrales, albañiles y dactilógrafas, porteras y carpinteros; pero el ideal de esa gente no consiste en gobernar sino en ser gobernada... así como al español le irritan esos letreros que le prohíben subir al tranvía por una plataforma obligándole a hacerlo por otra, al alemán estos letreros le encantan. Él quiere que le gobiernen lo más posible... No, no hay pueblo en Alemania. No hay esa fuerza inmensa,

23. Azorín, «ABC», IX de 1914.
24. Palacio Valdés, A., «El optimismo francés», «El Imparcial», 11-V-1916.

profunda, inconsciente, peligrosa y alucinante que se llama pueblo. Es un hecho en el que estarán de acuerdo germanófilos y antigermanófilos y que lo mismo puede interpretarse como una gran ventaja que como una gran desventaja para Alemania.» [25]

Para Alomar sí hay, efectivamente, dos Alemanias:

«Sentaos al piano... ¿Acaso esa sonata de Beethoven, pasional y eterna os muestra un aire de parentesco con los invasores de Flandes, los hostigadores de París?... ¿por ventura descubriréis un rasgo de divinizada barbarie en Kant, cuyo monarca le obligó de real orden a creer en Dios como Napoleón a Lalande? ¿Acaso reconoceréis la germanidad hoy en ese Scheling, el gran místico de la nueva divinidad?... ¿Imagináis a Goethe cantando la gloria de Guillermo II o al dulce Schiller, poeta de la libertad, convertido en trovador áulico de Postdam?» [26]

...pero una Alemania se ha comido a la otra. Cuando Baroja cita, como apoyo a su teoría de una Alemania intelectual, la producción industrial que llega a la perfección incluso en las menores muestras de la técnica —corchetes para señoras, por ejemplo de lo que deja de haber en España cuando no se importan—, Alomar contraataca con un concepto muy difundido entre los germanófobos. La cultura es amplia y múltiple si quiere seguir siendo tal. La especialización, al desintegrar esa entidad superior, quiebra la cultura.

«He aquí a Alemania: un pueblo-ejército, sometido a una división minuciosa del trabajo, que siempre suele obtener a costa de un mayor o menor embrutecimiento personal: habilidad corpórea adquirida a expensa del alma. El pueblo fabrica agujas, como fabrica victorias, sin alma, como la abeja en sus colmenas... La «cultura» alemana ha multiplicado la potencia de mal de sus poderes, porque no ha tenido avance paralelo de espiritualidad para contrarrestarse a sí mismo.» [27]

En esa teoría coincide Álvaro de Albornoz: «No hay un

25. Camba, Julio, «El pueblo alemán», «ABC», 21-I-1915.
26. Alomar, G., «La guerra a través de un alma...», pág. 131.
27. Alomar, *ob. cit.* pág. 29

ser aislado, llamado técnico, un elemento aparte del mundo llamado técnico.

»El técnico es un ser mutilado, deforme, monstruoso. Los técnicos sólo son útiles a condición de estar dirigidos por hombres. La técnica, por perfecta que sea, no puede pasar de ser un instrumento; jamás creará nada, jamás inventará nada.»

La búsqueda de la eficacia como tal y por encima de todo lleva al despotismo, una entrega ciega a la administración de nuestras fuerzas individuales...

«Cuando pase la fiebre de especialización en que aún estamos, reconoceremos que nos hemos alejado demasiado del tipo de la vieja Universidad de donde salían los hombres de letras y los hombres de ciencia.»

La profecía, no hay que decirlo, resultó totalmente errónea aunque perdiera el bando que más duramente la había defendido; la industrialización y la especialización, prosiguieron su camino ascendente cubriendo además todas las capas culturales de la sociedad, desde el médico al obrero del trabajo en cadena. [28]

Montoliu glosa y admira la Técnica alemana expresión suprema del genio germánico en su actuación moderna:

«Las consecuencias individuales y sociales del "principio de autoridad" secularizado que nos ha aportado la Alemania moderna son de enorme trascendencia. Poco podía pensar el genial vidente de la secularización del principio de autoridad, el ilustre filsofo Kant, que al poner como fundamento de la moral aquel humanísimo "imperativo categórico" había de causar la más marvillosa revolución espiritual que han visto los siglos. Este "imperativo categórico" lo ha hecho carne de su carne y sangre de su sangre este admirable pueblo alemán, que, gracias a la formidable fecundidad de este principio ético, ha puesto en manos de la Humanidad el más intenso y poderoso instrumento de progreso que ella ha conocido jamás en el curso de la historia. Porque la realización práctica de este "imperativo categórico" con que Kant abrió el siglo XIX, pensando ya en el siglo XX, consiste en algo sublime que ha transformado la vida humana de un modo radical en todos sus aspectos, desde el más material

28. ALBORNOZ, ÁLVARO DE, «Las enseñanzas de la guerra», «España», 30-XI-1916.

al más espiritual; este algo se llama Especialización, se llama Técnica. Y no tan sólo en el dominio de las ciencias naturales y físicas aplicadas, sino en el de las ciencias del espíritu, en el arte, en la filosofía, en la política, se ha implantado soberanamente el dominio incontrastable de la Técnica impuesta por el espíritu germánico.

»La Técnica así entendida, esto es, interpretada como una fuerza de carácter universal en toda la esfera del espíritu humano, tiene una filosofía trascendental que presta la orientación característica a la humanidad contemporánea. Esta filosofía de la Técnica no sólo ha provocado el gran progreso del trabajo humano en cuanto lucha inexorable contra las fuerzas ciegas de la Naturaleza, sino que (y esta es la enorme contribución exclusiva de la Alemania moderna) ha logrado transformar disciplinas intelectuales que antiguamente eran de pura trascendencia ideológica en dominios definidos de la más grande realidad humana que se pueda apetecer. Véase lo que ha pasado con los dominios intelectuales que en la Edad Media se designaban bajo el nombre de Humanidades: la Historia, con todas sus innumerables ciencias derivadas, se ha convertido, al calor de los rigurosos métodos nacidos en Alemania, en una ciencia "exacta"; la Filología ha pasado de ser un pedante entretenimiento de eruditos a ser una ciencia de observación escrupulosa de la realidad y de la función viva del lenguaje; la Filosofía, además de ser, como antes, una libre teorización del concepto de la vida y del mundo, ha logrado, con Psicología, echar una firme y profunda raíz en el fondo antes desconocido de la vida individual, y con la Estética investigar uno de los dominios antes más cerrados e inaccesibles al análisis del pensamiento. Y todas estas maravillosas conquistas se deben a esto que llamamos Técnica, que es la expresión suprema del genio germánico en su actuación moderna.

»La potencia de este genio consiste en que une en una sola pieza lo ideal y lo real. Su sed de idealidad dota de trascendencia universal a todas sus más dispersas observaciones de la realidad; en ningún pueblo sino en el alemán hubiera podido el materialismo científico adquirir un carácter místico y religioso, como acontece con el monismo. Y al mismo tiempo su sed de realidad es tan fuerte e imperiosa que no puede tocar nada del dominio del espíritu sin acercarlo, por decirlo así, a nuestros ojos de carne, sin hacerlo palpable a nuestras manos, sin humanizarlo, esto es, dotarlo de un organismo y de unas funciones plenamente sensibles a nuestra inteligencia. A esta estrecha y armónica unión entre lo ideal y lo real se debe el que aquel «pueblo de filóso-

fos y poetas», como era designado a principios del siglo XIX, se haya convertido a principios del siglo XX en este «pueblo de ingenieros y comerciantes», que con sus maravillosas y rápidas conquistas ha concitado el odio de aquel otro pueblo que se cree con derecho imprescriptible a ser *in eternum* el amo del globo terráqueo y cuya política de envidia ha desencadenado esta espantosa conflagración que todos lamentamos. Lo ideal realizado y lo real idealizado son los dos lemas complementarios del espíritu alemán. Por esto el hombre que mejor personifica la Alemania moderna, su más alto profeta, es Goethe, aquel espíritu portentoso que con la misma intensidad cultivó lo ideal y lo real, la poesía y la ciencia, la filosofía y la física dentro de una maravillosa unidad de vida y acción.

»La Técnica, interpretada en su valor trascendental, tal como ha sido forjada en el potente cerebro de la Germania, no es más que el resultado de la íntima subordinación de las fuerzas intelectuales del hombre a un principio de autoridad esencialmente humano, a un postulado armónico de la conciencia, a un "imperativo categórico" que nos impulsa inexorablemente al cumplimiento del deber primordial del hombre: la reconciliación definitiva de esas dos fuerzas de lo real y de lo ideal que dividen eternamente el alma humana en dos dominios distintos y opuestos y que malogran con su contraste todos los esfuerzos de perfección y de progreso.» [29]

Para Ramón Pérez de Ayala, no hay salvación para la reputación alemana; no hay, no puede haber dos Alemanias, una buena y pura, la otra, dura y áspera que la lleva por los caminos del mal. Porque, en ese caso, saldría de la primera una protesta contra la segunda. Y no ha ocurrido así...

«¿Hemos de vituperar a una nación por el acto de un individuo? Aun en la nación más culta se presume que hay individuos incultos y torpes, que no todos los hombres están vaciados en el mismo molde. Y acontece también que estos individuos abyectos ocupan puestos de responsabilidad. Al mismo tiempo, aun el individuo más culto y cauteloso puede errar, y puede errar y apasionarse injustamente la mayoría de una nación. En ninguno de estos casos será juicioso calificar de abyecta o equivocada a la nación, mientras dentro de ella se levanta una voz, la cual, rompiendo la solidaridad nacional, acuse el acto torpe, repugne el acto cruel o de-

29. «Daimon», Pro Europa, «El Diluvio», 2-XII-1914.

nuncie el acto equivocado. Estos voces aisladas limpian de culpa a la nación y la ponen en camino de salvarse. En puridad, un justo salva siempre a su pueblo. Corresponde a la voz del remordimiento o del buen sentido en la conciencia individual. Quien, después de un crimen, siente remordimientos, puede salvarse. El que no se remuerde, está perdido. Los españoles han cometido muchas atrocidades, a través de la historia, por ejemplo, en las Indias; pero siempre se ha levantado una voz española a condenarlas, antes que se oyeran las voces de fuera, por ejemplo, Fray Bartolomé de las Casas. Lo mismo ha ocurrido en Inglaterra. Lo mismo en Francia. En todos los pueblos y naciones. Yo sólo conozco dos excepciones: las ciudades de la Pentápolis bíblica, en donde todos eran nefandos, y la Alemania moderna, en donde el acto individual, por abominable que sea, es aceptado con solidaria responsabilidad y desatentada vehemencia, por la nación entera. Los ejércitos alemanes de mar y tierra invaden naciones, destruyen ciudades, violan mujeres, asesinan, roban, saquean, hunden barcos mercantes, conculcan todas las leyes divinas y humanas. Y la humanidad, con el corazón colmado de misericordia y buena voluntad, está aguardando esa voz interior que salve a Alemania del oprobio eterno; y esa voz no llega.» [30]

Y, por el contrario, llegó el Mensaje de la Intelectualidad Alemana donde un impresionante número de intelectuales y científicos de primera fila, muchos mundialmente conocidos, se declaraban solidarios del gobierno alemán y sostenían su razón de éste en la guerra. La primera declaración de los profesores alemanes salió en agosto de 1914. Decía así:

«Los catedráticos de las universidades y de las escuelas superiores de Alemania estamos al servicio de la ciencia y fomentamos la obra de la paz. Ahora bien, hemos sentido una tremenda indignación al comprobar que los enemigos de Alemania, con Inglaterra al frente, pretenden fomentar, al parecer en favor nuestro, la existencia de una oposición entre los hombres de ciencia alemanes y lo que ellos califican de militarismo prusiano. En el ejército alemán no existe un espíritu distinto al del pueblo alemán pues ambos son uno mismo. Y nosotros formamos también parte de él. Nuestro ejército vela también por la ciencia, a la que tiene que agradecer no poco sus éxitos. El servicio en el ejército hace a nuestra juventud apta también para todas las obras de la

30. Ramón Pérez de Ayala, «Apostillas a la guerra», «Iberia», 12-VI-1915.

paz e igualmente para la ciencia, pues les educa en el generoso y desprendido cumplimiento del deber, les presta la confianza y el sentido del honor del hombre auténticamente libre que antepone voluntariamente el bien común al suyo particular. Este espíritu no vive únicamente en Prusia. Está presente también en todos los países del Imperio alemán. Es el mismo en paz y en guerra. Nuestro ejército combate hoy por la libertad de Alemania y, por consiguiente, por todos los tesoros de la paz y la civilización, no sólo en Alemania. Creemos que la salvación de toda la cultura de Europa dependerá de la victoria del «militarismo alemán», de la hombría, la lealtad y el ánimo de sacrificio del pueblo alemán, un pueblo libre y unido.» [31]

La misma identidad es reflejada en unas declaraciones del profesor Hermann Cohen de Marburgo que recoge dolorosamente el aliadófilo «España»: «Es despreciable la opinión que establece distinciones entre el pueblo de los poetas y pensadores y el pueblo de los combatientes y políticos.» Y añade tristemente el comentarista «esta guerra de ahora ha hecho perder la serenidad a los mejores. Cohen había enseñado como nadie a distinguir entre la ciencia política de los grandes filósofos alemanes y la acción política de los políticos y generales contemporáneos. Ahora parece aspirar a confundirlos y poner la ciencia al servicio de intereses transitorios que aquí lo que no debe ser por que no puede ser.» [32]

Para el profesor Vicente Gay, los pedantes que ayer se vanagloriaban de su conocimiento de la ciencia germánica se pasan ahora al enemigo ayudados por gente «como un excéntrico profesor salmantino» que escribe «burlas grasientas sobre los métodos científicos alemanes sin conocerlos». ¿Y cómo es posible, como hacen otros, admitir la cultura de un pueblo calificándole al mismo tiempo de bárbaro? ¿Dos Alemanias? Es cosa que se presta al humorismo.

Gay recuerda la influencia germana en nuestros estudios filosóficos:

«La verdad de la guerra europea surgirá cuando dejen de hablar las bocas de fuego.

»Mientras tanto, no sepultemos ciertos recuerdos.

31. DOLLINGER, HANS, *La primera guerra mundial en fotografías y documentos*, Barcelona, 1969, pág. 54.
32. HERMANN COHEN, «España», 19-6-1915.

»La renovación filosófica española se debió a impulsos de la cultura germánica en el pasado siglo, y en nuestros días la nueva simiente de Alemania se ha importado también. De Krause a Cohen, a Rickert y a Wundt, se ve afirmarse la influencia de las corrientes filosóficas alemanas y la relegación del pensamiento inglés y francés. Los cultivadores de las ciencias históricas en España, que pertenecen a la nueva generación, están dentro de las directrices que representan nombres de maestros alemanes.

»Jellinek, Laband, Lamprecht, Weber, Schmoller, Wagner, Stamler, Natorp, Windelband, Kohler, Gierke, Liszt, Wilamowitz-Mollendorf. ...¿a qué seguir? La tupida fronda germánica ha invadido todos los campos de la cultura humana.

»Si gratitud les debemos como intelectuales formados científicamente por maestros alemanes, como españoles estamos doblemente obligados con la justicia científica germánica, que ayer recuperó con Schlegel y el conde de Schack para el teatro español las glorias apropiadas y desfiguradas por el teatro francés; y han sido maestros de Literatura alemanes que explicaron en Chile, los que han hecho amar la literatura española en el último rincón del Pacífico, mientras algunos escritores franceses se entretenían en desacreditarla; y alemanes los que descubrieron y consagraron a nuestro ilustre Cajal. Alemanes, como el poeta Freuligrath, fueron los que cantaron a caudillos de la Revolución española, y en nuestros días, a un alemán eminente, Juan Fastenrath, se debe la difusión en Alemania de la poesía de los trobadores españoles antiguos y modernos, la traducción de las joyas de la literatura catalana-lemosina, y de la herencia del preclaro alemán se sacan los premios en dinero para cultivadores maestros de la literatura española.

»No puede discupar la pasión del combate sangriento el que quiera calificarse de bárbaro al pueblo más culto del mundo, como es el alemán, que, aun vencido, el fulgor de su espíritu seguiría alumbrándonos como esa luz que proyecta la Grecia clásica en nuestras almas a través de dos mil años.

»Admirar e imitar las virtudes de la civilización germánica, eliminando sus defectos, ha de ser la misión de los espíritus serenos que aspiran a encarnar en la propia patria las ideas de cultura que hacen fuertes y dignos a los pueblos. Dejemos a los apasionados la innoble misión de remover los bajos instintos contra la cultura alemana, al mismo tiempo que recomienda la imitación de sus obras. En el país de la paz que representa hoy España, proclamemos la

verdad que todos reconocieron ayer y sólo aquí se recuerda hoy.

»Hagamos justicia a los que se hicieron grandes por el esfuerzo de sus almas, al mismo tiempo que nos anegamos en piedad por todos los que sufren en los campos de batalla.» [33]

No, dice Baroja, no hay más que una Alemania...

«Yo me siento germanófilo, naturalmente, más desde antes de la guerra que después de la guerra. Comprendo que la Alemania de hoy es la misma de ayer, que no hay dos Alemanias: una de Kant, Fichte, Heine y Beethoven, y otra de Von Kluck y de Motke; comprendo que son la misma, aunque no tenga datos para afirmarlo rotundamente, ni argumentos para razonarlo.

»No; yo no acepto este subterfugio de los radicales de por aquí, de que hay dos Alemanias: La Alemania culta y la guerrera.

»El espíritu de claridad, de precisión, de antidogmatismo de la crítica de la Raza Pura, preside el planeador de Otto Lilienthal, el precursos de la aviación, como el "taube" que ha bombardeado París; está igualmente en potencia en el tubo del microscopio de Roberto Koch como en el tubo del cañón del 42; informa de la misma manera la fundación de una Universidad como la organización de un Ejército. Ciencia, precisión, técnica, eso es lo único grande en el mundo: es lo que ha creado toda la civilización moderna.» [34]

33. GAY, VICENTE, «Vicente Gay defiende la cultura alemana; «La Tribuna», 10-VIII-1915.

34. BAROJA, PÍO, «Carta de un germanófilo a un suizo alemán»; *Nuevo tablado de Arlequín*, 1917.

VII. EUGENIO D'ORS, UN EUROPEO ACUSADO DE GERMANÓFILO

En sus *Cartas a Tina* (en la versión original, *Tina i la Guerra Gran*) [1] Eugenio d'Ors irá levantando su edificio ideológico. Ante la turbamulta de pasiones desencadenadas a favor de uno y otro contendiente, el pensador catalán llega a conclusiones presentadas con cierto regusto dramático, pues dramáticos eran los acontecimientos. En la carta V del 9 de agosto, apenas empezada la contienda, cuenta a su pequeña amiga que ha enviado a su antiguo maestro Boutroux de París un mensaje de simpatía y afecto ante las circunstancias en que su país se encuentra. Y al recordar sus tiempos de estudiante cuando le oía recitar versos de Schilles, surge la reveleción...

«¿Versos de Schiller? He creído oír la voz, he creído oír la pronunciación exacta. Y, de pronto, como un relámpago, un recuerdo. Emile Boutroux, joven, había ido a estudiar a Alemania; y esto, tal vez, es lo que le permitió el restaurar, tan pronto, en época en que el positivismo era dueño absoluto de las mentes, la tradición del idealismo, la buena tradición metafísica. Sí, Boutroux había ido, cuarenta años atrás, a Alemania, a aprender de Zeller, como yo ahora había ido a Francia, a aprender de Boutroux.

"¡Cómo se ligan, cómo se entrelazan nuestras historias espirituales, hombres del día! ¿Y, quién no ha dicho cómo los intereses materiales se mezclan y confunden también? Nada nos separará. Ni paz ni guerra podrían ya separarnos...»

...y, tras ello, la conclusión lógica a sus dudas:

1. Ors, Eugenio d', *Tina i la Guerra Gran,* versión original catalana.

»He cerrado la segunda carta. Al hacerlo, estaba ante la mesa, en pie. El combate interior de estos días ya cesaba. Había llegado, si no a una solución, a un armisticio. Tina, el Único Amigo ha dudado, al empezar la semana. No duda ya. Sabe lo que debe pensar, ahora.»

Efectivamente. Lo que él, lo que cualquier hombre, servidor a la causa de la cultura y que goce de bastante libertad de espíritu para hacerlo, ha de pensar, sobre el actual conflicto, es:

«La guerra entre Francia y Alemania *es una guerra civil.*»

Esta teoría se irá elaborando, afianzándose. Es la carta octava del 10 de agosto:

«Sí: "Sacro Imperio Romano Germánico." ¡Sí, la guerra entre Francia y Alemania es una guerra civil!

»Hay una Europa viva— lo que platónicamente vale como decir: hay una idea de Europa—. Grecia la paría; la Loba la amamantaba. Quién señaló su fórmula, tras el gran crecimiento, fue Señor Carlomagno.

»¿Qué me importa, en la presente lucha, vuestro anhelo, camaradas? ¿Votáis por Francia? ¿Votáis por Alemania...? ¡Mi voto es por Europa! ¡Mi anhelo es por la reconstitución mística del Imperio de Carlomagno: desde Colonia al Ebro!

»Y por un coronamiento —un sacramento— en la catedral de la ciudad aquella de los varios nombres, que podemos llamar en tu habla, Tina, y en la de los franceses y en mi habla: Aechen, Aix-la Chapelle, Aquisgrán.»

Y cita, en apoyo de sus tesis, dos autores, Maese Romeu y el Pantarca. Son autores para él muy gratos porque se trata de seudonimos distintos del mismo Eugenio d'Ors:

«Te repetiré, pues, las palabras de Maese Romeu: "Sí; la unión idealista de Francia y Alemania. Más que unión, comunidad. Alemania, Francia, forman un gran imperio único. Las glorias más puras de uno y otro país, ¿no son éstas? El arte gótico, que puede llamarse «arte francés» con la misma justicia, ¿no es esto? Enciclopedia y *Aufklaerung*, ¿no son eso mismo? ¿No lo es la amistad de Voltaire con Federico *el Grande?* ¿No lo es Leibniz? ¿No lo es Goethe ¿No lo es Nietzsche, aquel que ha llegado a escribir el dialecto de Hans Sachs, con la sintaxis de La Rochefoucauld?

»También dijo el Pantarca aquel día: me acuerdo de ha-

ber conocido, en 1909, en Viena, al múltiple y seductor Houston Stewart Chamberlain. Y, comentando la tesis de su obra sensacional *Los fundamentos* del siglo XIX, los contrariaba tal vez, le decía, la distribución de fuerzas de la cultura en Europa, convendría hacerla de otro modo. El Latino, sin duda, ha de ser considerado como una extremidad. Al Eslavo, lo tomaríamos fácilmente por otra. Entre el Latino y el Eslavo, lo Germánico tal vez no sea más que una oscilación: Vea usted la literatura, el arte alemán del siglo XIX. Goethe *nace* en Italia: todos recordamos su exclamación al llegar a Roma: «¡Por fin he nacido!» ¿No podría decirse, al revés, que Strauss u Hoffmansthal, han nacido en Oriente...? A los principios de este siglo, la arquitectura alemana construye *Propyleen*: al fin y al cabo todo lo que llamamos arte de los Sececionistas, de la escuela de Mannheim, de Hellerau, cerca de Dresden, todas las ocurrencias muniquesas de las torres de Bismarck y de los monumentos a Guillermo I, no es en el fondo más que un acomodamiento de orientalismo; no abandona las minuciosidades persas, sino para entrar en el gigantismo de lo babilónico...

»La división se presentaría así, posiblemente: Latinos y Germánicos contra Eslavos. Y, de modo general, contra el Oriente.»

»Adoptando el punto de vista de Maese Octavio, ¿no sospecharíamos, Tina, que la alianza de Francia con Rusia —tal vez (yo no sé nada) utilitariamente indispensable— fue, sin embargo, vistas las cosas ideológicamente, una manera de traición al Imperio de Carlomagno, al interés y al sentido espiritual de Europa?»

Es la carta once. En el ambiente tenso de pasión partidista la posibilidad de que Francia hiciera traición a su sentir europeo, tenía que irritar grandemente a los aliadófilos. Pero la irritación llegará a más cuando Eugenio d'Ors lance su llamada a los pueblos. El manifiesto que iba a producir reacciones brutales, el de la Unidad Moral de Europa.

«Manifiesto de los amigos de la Unidad Moral de Europa.»

«Tan lejano del internacionalismo amargo como de cualquier estrecho localismo, se constituye en Barcelona un grupo de hombres de profesión espiritual para afirmar su *creencia irreductible en la unidad moral de Europa*, y para servir a tal creencia dentro de lo que consienta la trágica estrechez de las circunstancias actuales.

»El principio de que partimos es que la terrible guerra

que hoy desgarra el seno de nuestra Europa constituye, por definición, *una Guerra Civil.*

»Una guerra civil no quiere decir necesariamente una guerra injusta. Pero entonces el justificarla es un conflicto entre grandes intereses ideales. Y al desear la victoria de cualquiera de ellos, es preciso desearla para la totalidad de la república europea y para su general beneficio. No ha de ser lícito, pues, a ninguna de las dos partes en lucha, trabajar para lograr la completa destrucción del adversario. Menos legítimo es aún partir del supuesto nefando de que cualquiera de las partes se encuentre ya, de hecho, excluida de la comunidad superior.

»Nos ha sido preciso, sin embargo, el dolor de ver cómo estos asertos eran admitidos y propagados con furia, y no siempre en medios vulgares ni por voces desprovistas de autoridad. Durante tres meses, ha podido parecer que nuestro concepto de Europa naufragaba. Pero ya se empieza a dibujar una reacción. Mil indicios auguran que, al menos en lo ideológico, los vientos se arrastran ya, y que presto van a renacer, dentro de las mejores conciencias, los valores eternos.

»Nos proponemos colaborar en esta reacción, contribuir a su conocimiento, y en la medida de nuestras fuerzas a su afianzamiento. No estamos solos. Nos acompaña, desde todos los lugares de la tierra, el anhelo de muchos espíritus clarividentes y el voto tácito de miles de hombres de buena voluntad.

»Nos acompaña idealmente, sobre todo, desde las lejanías del futuro, la aprobación de los hombres que mañana llamarán buena, la obra humilde a la que hoy se dan nuestras manos.

»Para primer paso en ella, nos esforzamos en dar la mayor publicidad posible a todos los hechos, declaraciones y manifestaciones que se producen, bien en los países beligerantes, bien en los neutrales y en lo que se revele la restauración de un sentido de síntesis superior y de altruidad generosa.

»Más tarde podremos ampliar nuestra acción y emplear en ella empresas nuevas.

»No pedimos otra cosa a nuestros amigos, a nuestra Prensa, a nuestros conciudadanos que un poco de atención a estas palpitaciones de la realidad, un poco de respeto a los intereses de la humanidad superiores, un poco de amor a las grandes tradiciones y las ricas posibilidades de *Europa Una.* Barcelona, 27 de noviembre de 1914.»

Los aliadófilos encarnizados no perdonarán la ocasión de zaherir a Eugenio d'Ors. Pero lo que entristece al Pantarca es que esa ofensiva se haga utilizando un vocablo que él usa de forma diversa. Es la voz bárbaro.

«...Sí, yo decía: "Bárbaros". Yo, a los germánicos les decía también: "Bárbaros"... Pero, no confundamos, ¡por Dios!, las cosas. Cuando el vocablo, en ocasiones así era trazado por mi pluma, tenía un sentido limitado, especial, justificado por razones largamente aducidas. Era un vocablo sinónimo, por ejemplo, de "romántico"; y bastantes más veces que "bárbaros" eran los germánicos llamados "románticos", aquí.

»...Se trataba, tan sólo, de designar con palabras de bella historia dentro del vocabulario de la cultura, una posición de no continuidad, respecto de lo central de ella, *una originalidad* naturalista, considerada como de menor precio que la continuidad de la tradición, necesaria también a su refresco.»

D'Ors niega un concepto en el que comulgan la mayoría de los aliadófilos. Que el triunfo alemán sería una amenaza terrible para la civilización. Para d'Ors la civilización es Europa, una entidad por encima de los intereses respetables de la guerra civil que es como él llama a la Gran Guerra. Y contra esa Europa actúa tanto la llamada de los senegaleses contra la frontera alemana como «esos cosacos que alguien tiene deseos de ver entrar en Berlín». De ese pecado antieuropeo tampoco exime a la política germánica en el momento en que ésta llama en su auxilio a Turquía contra Grecia. Y surge el recuerdo de Maraton, de Salamina:

«Empero, desde los inicios de la actual guerra, he visto amigos míos valerse de la mala palabra como de un instrumento para aversión hacia uno de los partidos en lucha. Por unos días, han parecido abundar en la creencia de que la eventualidad de una victoria alemana constituía una amenaza terrible para la civilización. Que un francés diga esto, y hasta lo crea, aunque ese francés se llame Bergson y el lugar desde el cual hable sea la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, resulta comprensible. Tiene a ello derecho; tal vez, de ello, obligación. Pero nosotros no estamos en el mismo caso; no estamos todavía. Ni pasión de carne, ni imperativo de conciencia nos fuerzan, hoy por hoy, a abandonar, por las perentoriedades miopes de la razón práctica, las lúcidas dificultades de la razón pura. Tenemos poder, tenemos obligación de permanecer fieles al Partido de

la Inteligencia, que no conoce bandería de casino, mientras la causa de la civilidad no se halle en juego. Y repetimos, una vez más, que entre Francia y Alemania encuéntrase sin duda los más superiores intereses; pero el interés, el ideal de la pura Civilidad, no. Quién los desconocería, en cualquier hipótesis, fuera esta apelación loca, que no ha tenido escrúpulo en traer a elementos extraños a nuestra Europa, a estos senegaleses, a esos cosacos de Asia, que alguien tiene deseo de ver entrar en Berlín. Sería la señal hecha a Turquía por Alemania; al Japón por Inglaterra: dos señales de las cuales hubiéramos de exigir, a quien ha osado hacerlas, la responsabilidad como de un renuncio, de una traición, de una contradicción a aquel momento sublime de Maraton en que nació nuestra cultura.» [2]

D'Ors cree encontrar la razón de la germanofobia de Unamuno en su antipatía general a lo europeo desde el baluarte del españolismo entrañable y casi racista del pensador vasco. El del «¡que inventen ellos!»

«Yo sé por qué es adversario de Alemania don Miguel de Unamuno. Yo sé que es adversario de Alemania porque es también, en lo íntimo de su corazón, adversario de Francia. Porque es con plena conciencia y en explícita definición, adversario de Europa. ¿Qué representa hoy Alemania a sus ojos? Representa no una anti-Francia, sino una ultra-Francia; no, como va diciendo por ahí la gente, porque Alemania sea «un peligro para Europa», sino la *sal* de Europa. Y por esto la detesta: porque no le gusta lo salado.

»Nuestra paradoja de la Gran Guerra encuentra en la lógica de las actitudes individuales la más bella, la más convincente de las confirmaciones. Aquel que se sentía y sabía enemigo del espíritu francés, se siente y sabe hoy enemigo de Alemania. Aquel que, en cambio, contradecía el espíritu germánico, ve sin demasiado temor la victoria ideológica de los alemanes. Conste que al decir los mejores entiendo siempre: los que piensan con lúcida conciencia y hablan con sincera boca.» [3]

La proclamación de la g uerra europea como una guerra civil, la creación del comité para la Unidad moral de Europa, molestó a muchos aliadófilos. En el extranjero estaban de acuerdo con d'Ors, Romain Rolland, ya muy insultado

2. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, págs. 1 y ss.
3. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, pág. 172.

por su actitud «au dessus de la melée», dos italianos —B. Croce y Farinelli— los dos, por cierto, hispanistas de fama y, en Inglaterra, Bertrand Russell que, como su compatriota Shaw, se complacía en situarse en contra de lo que opinaban los bienpensantes del Imperio Británico.

De ellos quien había alzado antes la bandera con escándalo de sus compatriotas era Romain Rolland.

Contra la versión que circulaba por España de que el apóstol de los europeístas, estaba a punto de renunciar a su cruzada ante la incomprensión y los insultos que le llovían por parte de aliadófilos del mundo entero, el periódico de Eugenio d'Ors se apresura a publicar este párrafo de una Carta de Romain Rolland a Georges Pioch.

«...No me siento ni descorazonado ni desengañado como siguen repitiendo tantos buenos apóstoles que se alegrarían de ello. Mi fe es inmutable. Estoy convencido, hoy como hace un año, que la guerra actual es un suicidio europeo, un crimen contra la civilización y que los pueblos que participan en ella, la condenarán más tarde, todavía con mayor energía que la que yo empleo.» [4]

Entre los partidarios de una Europa que está por encima de las luchas nacionales, figura un nombre que tendrá, años más tarde, una gran importancia político-social y acabará desapareciendo trágicamente en la Guerra Civil de 1936. Se trata de Andrés Nin. Su diatriba contra la guerra, tras rechazar las expresiones típicas en esta y en las anteriores batallas, «Libertad, Tiranía, Progreso, Reacción» termina con estos párrafos...

«Habíamos convenido en aceptar una fórmula común a todos. La europeización. Europa no era para nosotros ni la altura francesa, ni la inglesa ni la alemana, sino el espíritu de las culturas europeas, la inteligencia europea, la inquietud europea, el esfuerzo europeo.»

Y añade una manifestación típica del catalán que se considera, geográfica y espiritualmente más cerca de París que de Sevilla...

«Los que nos incorporábamos a esta superior comunión; como nos sentíamos extraños dentro del musulmanismo español.»

4. «Els Amics d'Europa», Barcelona, 4-IX-1915.

Para Nin, la Europa inteligente tiene que vencer moralmente claro, a la violenta, la representante de la fuerza bruta, «la otra Europa». Y termina con una esperanza que renació tras la Segunda Guerra Mundial y que ha tenido al menos hasta ahora, un pequeño éxito, el de la unión económica. Para Nin como para Eugenio d'Ors...

«Todas y cada una de las naciones europeas son necesarias para realizar el ideal que les es común: la unidad moral, sin cuya afirmación previa será siempre una bella pero utópica teoría, la constitución de los Estados Unidos de Europa, suprema plasmación política de esa unidad.» [5]

Aunque, en general, el catalanismo es aliadófilo, algunos nacionalistas catalanes creen llegada la hora de «destruir el Moloch del patriotismo», en aras de una unión europea. Se trata de la Joventut Federal Nacionalista Republicana de Barcelona (que se apoya al parecer más en su primer adjetivo que en el segundo) al buscar una solución a la contienda que divide el continente, tanto en lo material como en lo espiritual.

«...a lado y lado del campo de batalla se está troceando el alma de esta Europa que era para nosotros, como ha dicho un culto escritor "la normalidad de vivir, la plenitud de la cultura y las gracias de la cortesía y de la tolerancia". Y si muere todo esto el triunfo militar y la supremacía económica que obtenga el vencedor, sea quien sea, no le servirán de nada.»

Y siempre tras las huellas, casi con las mismas palabras de Eugenio d'Ors, se quejan del apasionamiento que ha entrado en la vida catalana infiltrando en nuestra gente sentimientos hasta ahora reñidos con el espíritu de «seny» o sensatez que ha sido noble atributo de nuestro pueblo.

Para evitarlo la J.F.N.R., se dirige al pueblo catalán y pide a todas las potencias neutrales hagan lo imposible para detener una guerra que sólo lleva a la destrucción del patriotismo común de la civilización... [6]

De la violencia verbal de un pueblo acostumbrado a sopesar bien virtudes y defectos ajenos, de esa intolerancia se quejaba también otro escritor, gran poeta en lengua vernácula. En su «Catalunya 1914» escribe unas frases que la revista de Eugenio d'Ors se apresurará a citar.

5. «Els Amics d'Europa», 24-VII-1915 (vid. Apéndice).
6. «Els Amics d'Europa», 15-VII-1915.

Misoginia.

El doctor. — 42! No té remei. Es el Krupp!
Una caricatura política de Apa, publica-

El eterno Tío Sam. — Yo siempre me he puesto del lado de la humanidad, y de la justicia, y de la verdad... ¡Y si no acuérdese usted de Maine!

Una nota germanófila de Sileno

El «guindilla» alemán. — ¡Ni a la ventana te asomes...!

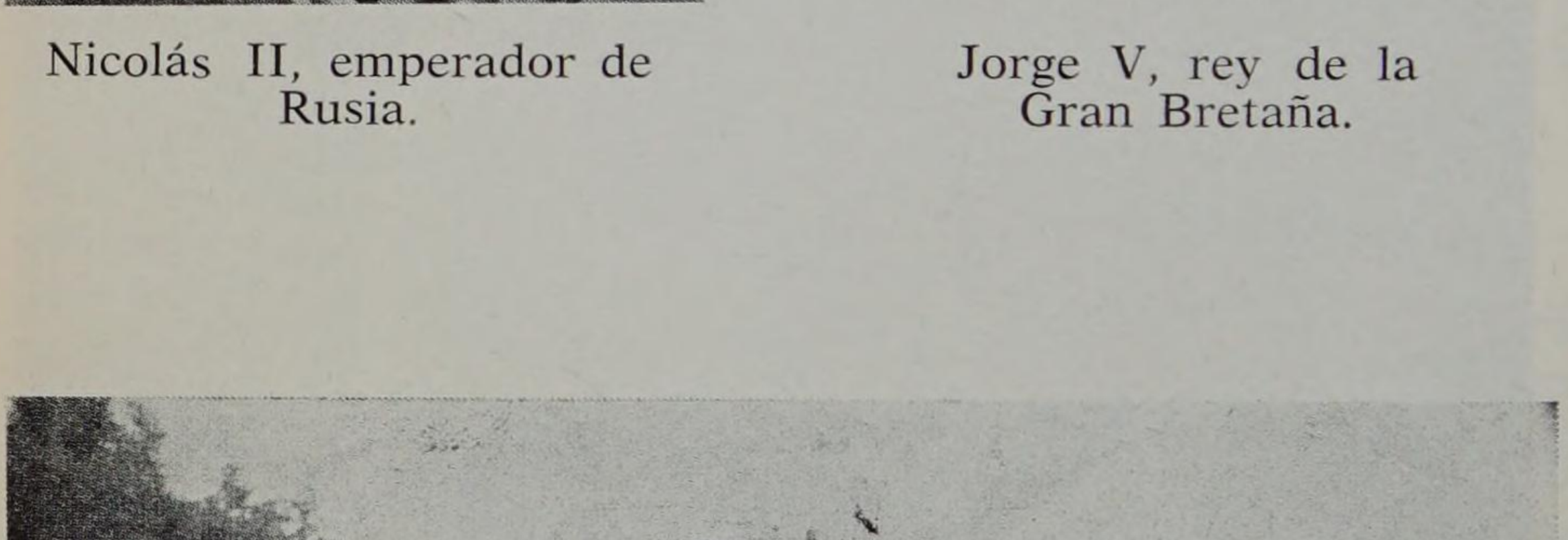
Por *SILENO*

El bloqueo total alemán visto por Sileno.

UNA PORTADA TIPICA PARA ATRAER
LA ATENCION DE LOS POSIBLES LECTORES ESPAÑOLES
El autor de la obra es Augusto Riera.

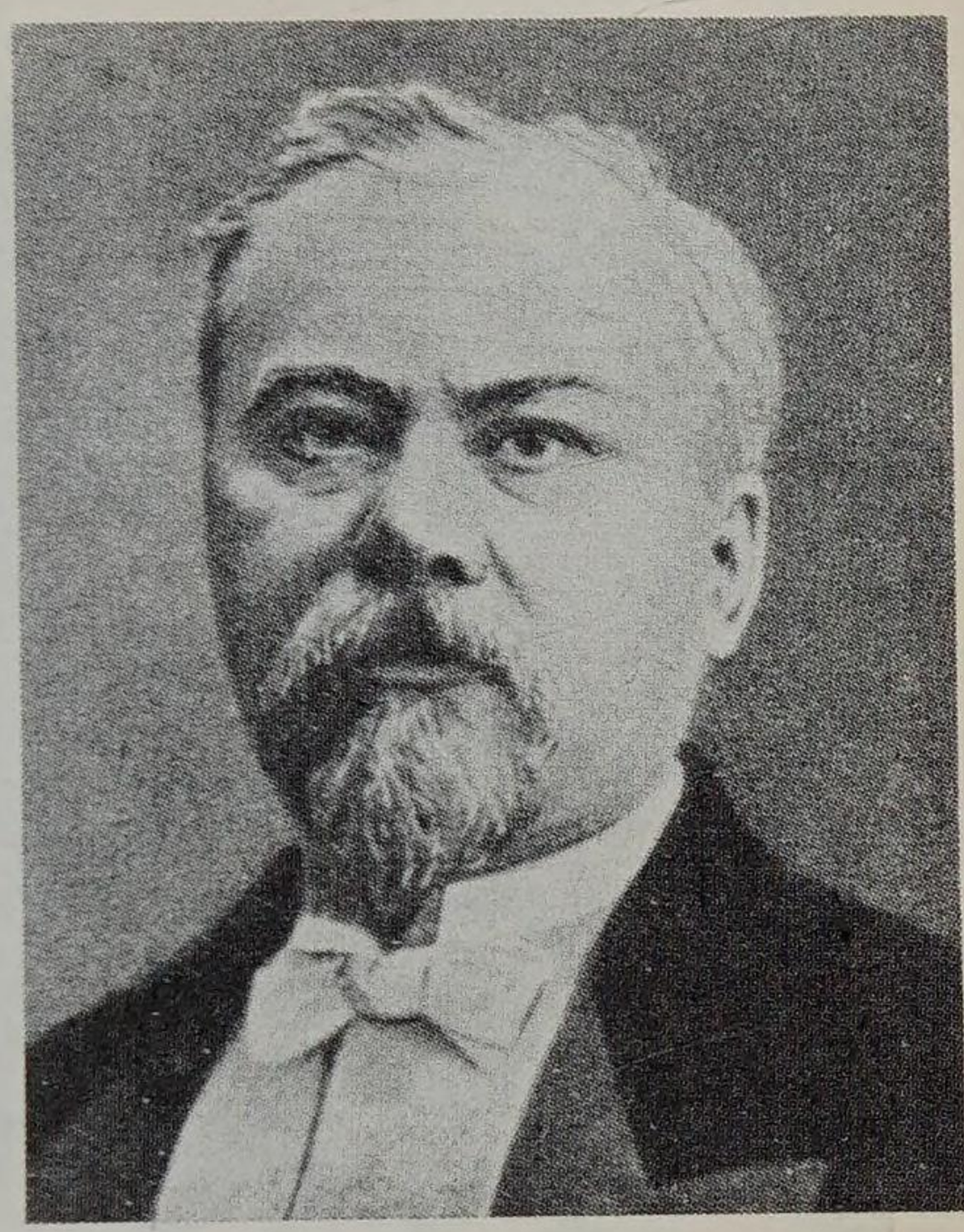
Nicolás II, emperador de Rusia.

Jorge V, rey de la Gran Bretaña.



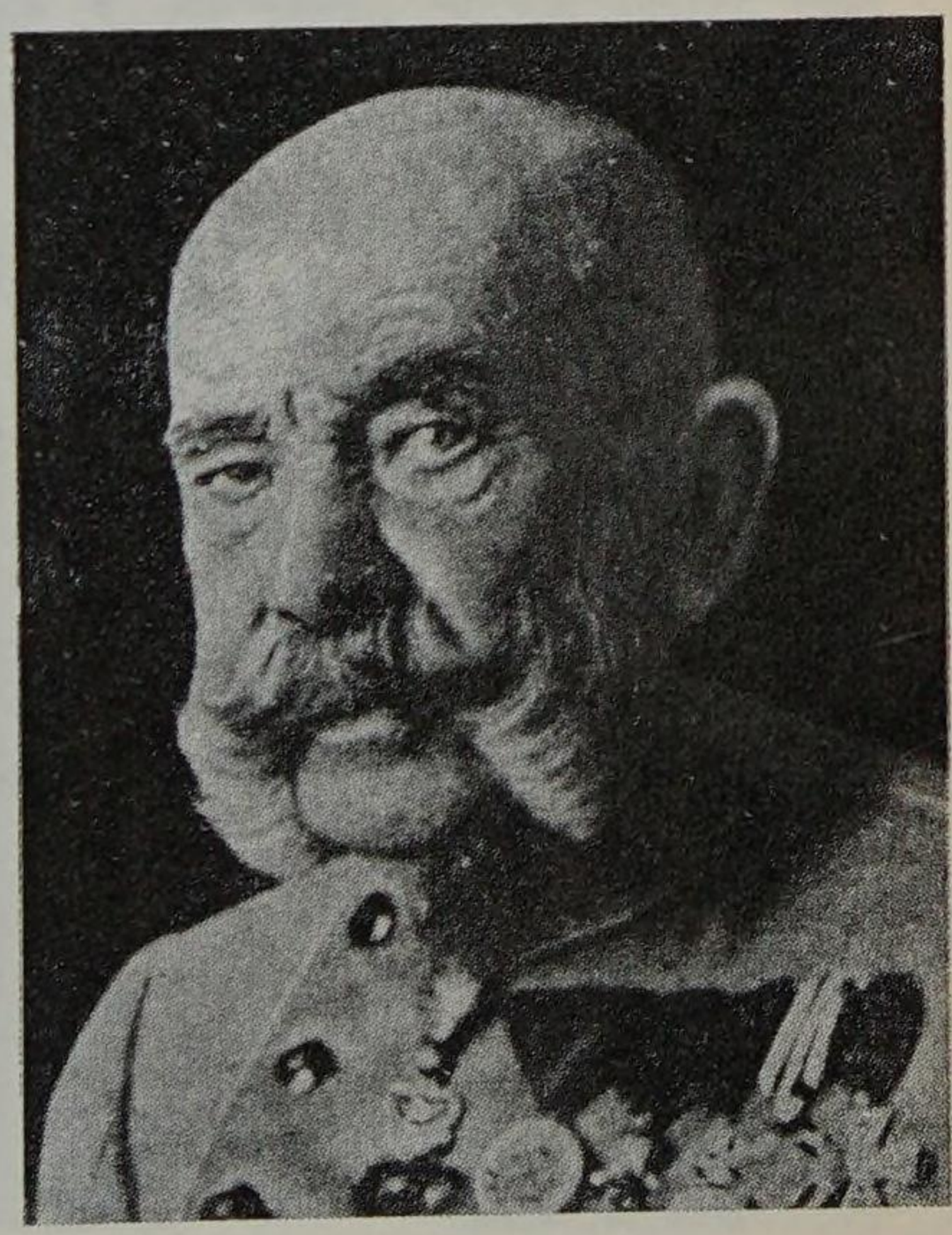
Fugitivos belgas.

Alberto I, rey de Bélgica.

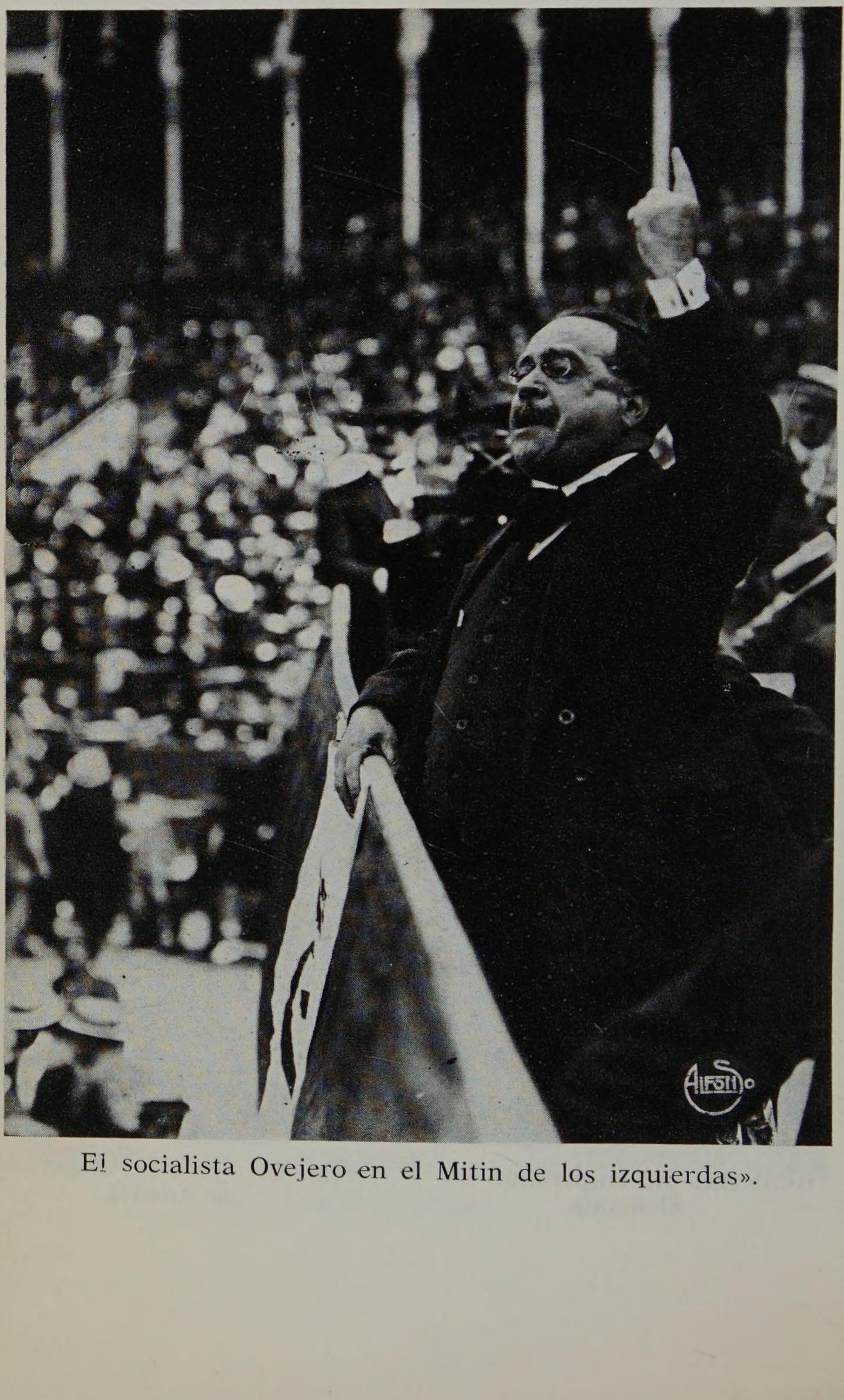


Ramón Poincaré, Presidente de la República Francesa.

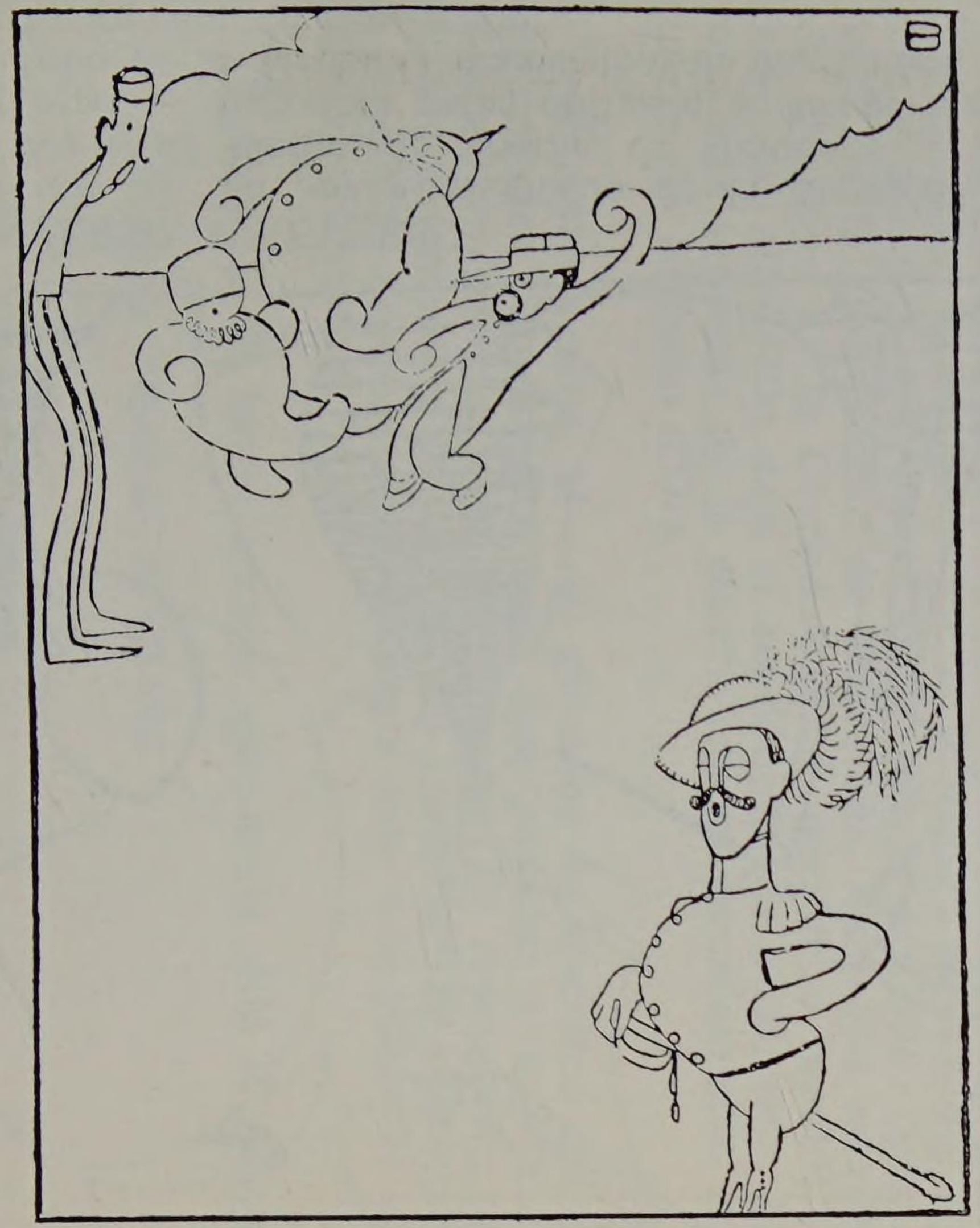
Guillermo II, emperador de Alemania.



Francisco José I, emperador de Austria.



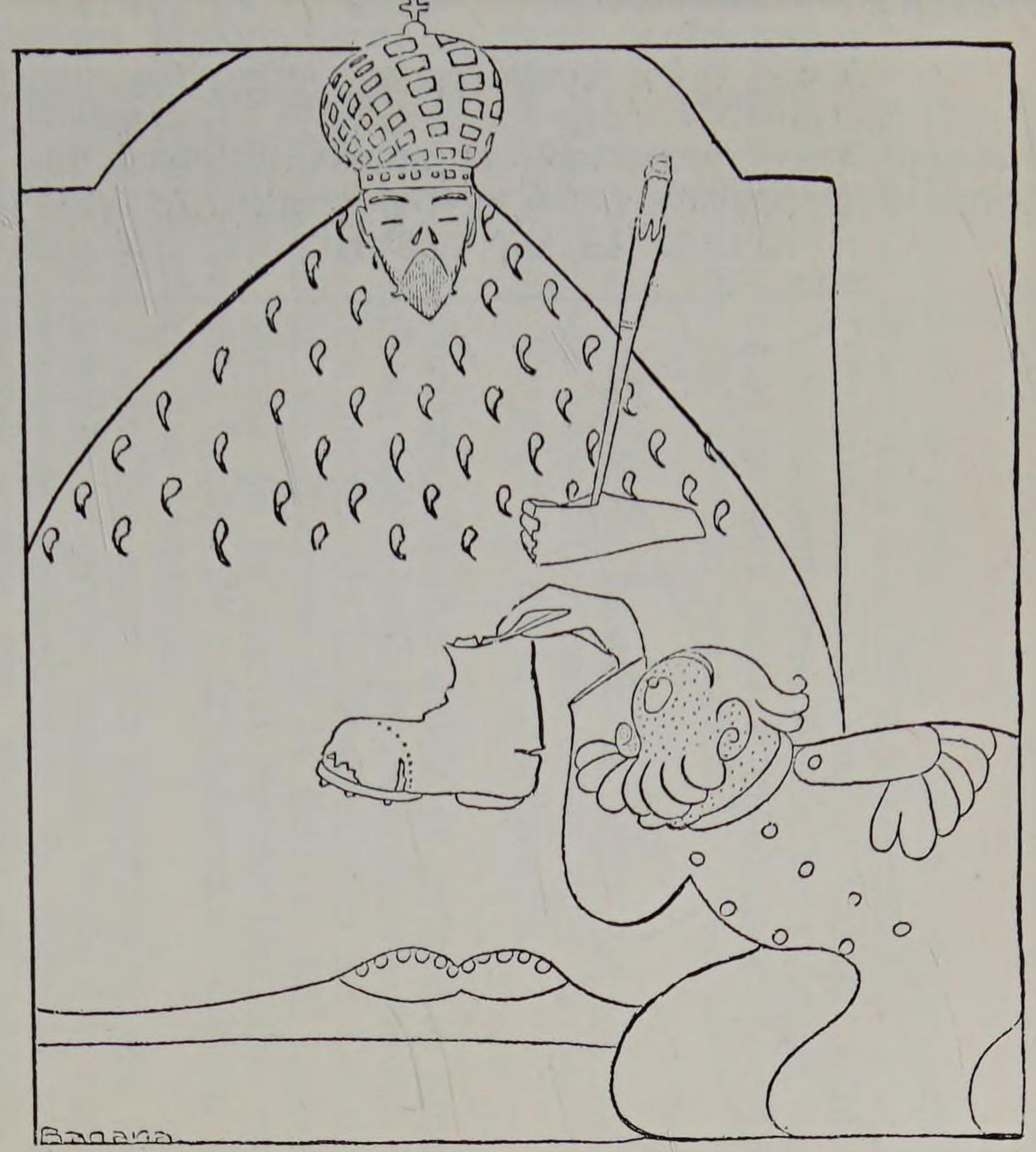
El socialista Ovejero en el Mitin de los izquierdas».



LA ACTITUD DE ITALIA

—No me queda otro camino que irme con el vencedor.

(Caricatura de BAGARIA)



DEL GENERAL AL ZAR

Señor, ya que tomáis el mando de las tropas, dejad que pongamos ante Vos las únicas armas que nos dísteis para combatir al enemigo...

(Caricatura de BAGARIA)

ANVERSO Y REVERSO

El uno. — Yo soy germanófilo de la Alemania de Kant, de Fichte, de Goethe, de Heinne...

El otro. — Entonces estás obligado a ser germanófobo de la Alemania de Bernhardi, del Kaiser, del Kronprinz, de Hindernburg...

¡HASTA EN EL CIELO!

SAN PEDRO. — Estaba usted sacando el croquis de la postería cuando le detuvieron... ¿De dónde es usted?

EL ANGEL. — De Alemania.

SAN PEDRO. — ¿Cuál es su ocupación?

EL ANGEL. — Espía. *(Caricatura de BAGARIA)*

«Es equivocación esencial hacer de la virtud el patrimonio de cualquier pueblo, con exclusión de los otros.»

En otras líneas se queja de la mínima seducción espiritual de nuestros partidistas a favor de Francia o a favor de Alemania. No se advierte en ellos ningún sentido nacional, regulador de las respectivas devociones. Y lo define como «localismo provincial de una superstición de grupo pandilla y en el ejercicio de un odio negativo».

...y lo que más debía halagar al autor de Cartas a Tina.

«Recordemos constantemente estos días la sentencia de Xeus: Yo soy un partido de la inteligencia." [7]

El grupo d'orsiano estaba desde el principio amenazado por los extremistas que si eran germanófilos echaban en cara al Pantarca, sus quejas de la destrucción de Lovaina y si eran francófilos, su concepto de la guerra civil como definición de una batalla en la que el italiadófilo sólo veía a la libertad (Francia, Inglaterra) defendiéndose contra la Tirannía representada por Alemania.

La presión francófila entre los intelectuales era tan fuerte que en su defensa, el grupo orsiano tenía que caer a menudo en el pecado de germanofilia. En algunos casos sostenían que llegaban a ella sólo porque sus opositores, les forzaban.

Quizás el ejemplo más claro sea el de Manuel de Montoliu, fino escritor, investigador de la literatura española y extranjera y a quien todavía alcancé, siendo anciano, como profesor de la Universidad de Barcelona. Montoliu escribía en «El Diluvio» de la Ciudad Condal, periódico republicano y como tal aliadófilo, con el seudónimo de «Daimon». En las primeras semanas de la guerra acepta entusiasmado la invitación de Eugenio d'Ors.

«Nuestro Xenius, el sutil glosador de nuestras más altas inquietudes espirituales, hizo días pasados a este humilde compañero suyo el inmerecido honor de reproducir en sus Glosas fragmentos de un artículo aparecido en estas páginas a propósito de nuestra situación frente a la presente conflagración europea.»

Y después de hacer constar que había sido el único que

7. «Els Amics d'Europa», 15-VII-1915.

había respondido a la llamada de d'Ors, hecho que le entristece, renueva su juramento.

«Hoy tengo que hacer constar a mi noble amigo Xenius que jamás desertaré del lugar de honor que a su lado me ha sido asignado por él y que mientras duren las luctuosas circunstancias presentes jamás cesará mi voz de predicar junto a él la indestructible unidad de Europa, la imprescindible cooperación que en nuestra definitiva educación nacional, han de tener Francia, Inglatera y Alemania, esas tres gloriosas Europas hoy en lucha por el querer de un destino diabólico.»

Hasta aquí la posición es la ortodoxa que preconizaba d'Ors. Un mirar sereno por encima de las pasiones y reconociendo a los tres países citados iguales derechos y deberes para constituir la auténtica Europa. Pero, unas líneas más tarde, «Daimon», presentará otras cartas mucho más parciales forzado, a lo que dice, por la actitud fanática de unos intelectuales, que, al colocarse resueltamente al lado de una de esas culturas, la francesa, obligará a otra postura extrema. «De aquí viene que nosotros, que lo único que somos en el fondo, perfectamente neutrales y nos hallamos en el equilibrio perfecto de las simpatías hacia las tres culturas maestras, hayamos de hacer acto continuamente de germanofilia ante los apasionados ataques de que es objeto, por parte de muchos compañeros, esa porción selecta de la moderna cultura humana que se llama Alemania.»[8] Y efectivamente, quizá para compensar lo que consideraba injusticia aliadófila, quizá porque efectivamente así lo sentía, «Daimon-Montoliu» defenderá desde las páginas de «El Diluvio» a la Germania utilizando, con cultura e intención, las típicas acusaciones contra sus enemigos. Lo que no debió satisfacer del todo al hombre que le había dado la bienvenida a su lado en los primeros tiempos de la batalla, y que no esperaba verle así de comprometido.

La ofensiva contra d'Ors vio unidos a un hispanista famoso, Morel Fatio, a Aulard, el gran estudioso de la Revolución Francesa y a Charles Maurras. Pero los mayores improperios los oyó, naturalmente, de sus compatriotas. La Unidad Moral de Europa, decían sus enemigos, no existe entre un agresor y un agredido, entre alguien que se ha puesto deliberadamente al margen de la sociedad y sus víctimas.

8. «Daimon» (M. de Montoliu), «Ideas y Acción». Pro Europa. «El Diluvio», Barcelona, 9-IX-1914.

Alemania debe ser castigada duramente si se quiere llegar a la paz. D'Ors contestó a esa actitud en una famosa glosa:

«No hay más que una guerra... En la Europa cristiana sólo hay y sólo ha habido una guerra. La espantosa guerra que ahora nos afrenta y nos consume, ¿creéis acaso que empezó en julio de 1914? No; comenzó el día en que murió Carlomagno.

»Esta guerra única es inacabable e interrumpida por cortas treguas. ¿Veinticinco años?, ¿sesenta?

»El sometido de ayer pide muy pronto venganza. El sometedor de ayer reclama muy pronto nuevas sumisiones.

»Por eso nos hacen sonreír amargamente todos cuantos paralofisan —o sofistifican— diciendo que la guerra de hoy es una lucha por la definitiva o por la durable paz, siendo la única garantía de esa paz la sumisión de uno de los actuales adversarios. ¿Una sumisión garantía de la paz? No; una sumisión garantía de nuevas luchas. En la guerra larga, en la guerra única de nuestra Europa, el perpetuo casus belli, llámase siempre "sumisión"... "Las guerras entre cristianos —escribía Leibnitz nuestro gran europeo— no son únicamente impías; son también ineptas." Querer someter naciones civilizadas, belicosas y apasionadas por su independencia, equivale a emprender una lucha interminable (a continuar esta lucha interminable) de la que no se pueda salir sino después de haberse agotado y de haber perdido toda esperanza de triunfo... ¿Remedio? el Oriente, el Egipto, insinuaba Leibnitz. Tal vez sea esta misma la íntima contestación de muchas mentes alemanas. Pero hay otros hombres que contestan con una palabra nueva. Una palabra que suena como "Federación".» [9]

«Esa unidad moral de Europa —acusa Alomar— la habían pedido ya Hauptmann y Maeterlink, pero ahora la ha roto Alemania. Es una guerra no de secesión sino de usurpación... por tanto la única manera de laborar por el restablecimiento de la unión moral de Europa consiste en apoyar con todas sus fuerzas a los que se defienden para mejor contrarrestar el empuje de los que atacan. Los aliados representan el poder federal *consentido*, mientras la ola germana representa el poder *impuesto*.» [10]

9. Ors, Eugenio d', páginas del Glosario de Xenius, versión castellana de A. Maseras (1906-1917), Madrid, 1920, pág. 289.
10. Alomar, G., *ob. cit.* pág. 116.

La indignación contra Eugenio d'Ors en las filas aliadófilas fue considerable, pero se dejó a un francés el contestar largamente a nuestro autor. Marcel Robín publica un artículo en «Mercure de France» y la revista «Iberia» se apresura a reproducirlo íntegro, con una entradilla en la que destaca la personalidad del autor, gran conocedor y divulgador de las letras catalanas en Francia y, especialmente admirador de Eugenio d'Ors. «Piénsese, pues, si la ingratitud de Ors para Francia le heriría y si no habrá sentido, antes que la agresión virulenta, el dolor de la amistad que muere.»

El artículo es duro, áspero, casi hostil, quizá, porque, como advierte al principio, no podía esperarse de un afrancesado cultural como Xenius tal defección en los peores momentos de la guerra europea. En realidad d'Ors sólo aspiraba a colocarse en una posición por encima de las pasiones bélicas, sin odio a ningún país, con voluntad de integración... Para el señor Robín, como para los aliadófilos en general, la cosa es mucho más grave...

«Xenius no es otro que el redactor del Manifiesto del Comité de Amigos de la Unión Moral de Europa, papel que hubiera pasado inadvertido en Francia a no cosquillear la curiosidad de Morel Fatio y de Aulard, los dos lo bastante perspicaces para no ver en él, a causa de la hipócrita ambigüedad de la forma, una maniobra alemana más a favor de la paz inmediata.»

Satiriza luego su resurrección ideal del Imperio de Carlomagno, su comprensión del Homo Europeus que tiene que ser germánico, etc.[11]

«Cuando se debe todo a Francia, cuando se ha sembrado el amor a Francia, no se puede impunemente hacer de Ofelia deshojando margaritas intelectuales. Sí, no... Sí, no. Ante la Francia sangrante y tenida por ellos por vencida, se preguntan: ¿Dónde está la verdad?»

Mario Aguilar, intelectual, periodista barcelonés, autor de estas líneas, está mencionando, sin necesidad de concretar, a Eugenio d'Ors que, efectivamente, había dado a Francia por vencida «escondiendo la cabeza en Burdeos» unos días antes. Igualmente son palabras textuales suyas, del mismo artículo, las que menciona a continuación Aguilar:

«Se ha dicho que estos Pilatos de la Francia se esfuerzan

11. «Un artículo del Mercure», «Iberia», 8-V-1915.

en vencer la sugestión del espectáculo de la guerra, ofreciéndose un problema y un tormento... no cabe la sospecha de que intentando hacer del espectáculo problema y tormento deseen ser ellos mismos espectáculo.»

Unas líneas más abajo, Aguilar ya cita entrecomilladas palabra dorsianas para rebatirlas. «Esta guerra representará el triunfo de la Autoridad sobre la Anarquía. ...Quiere decirse representará el triunfo de la Autoridad sobre la Democracia de la Coacción sobre la Libertad.»

Eugenio d'Ors, europeo total, había lamentado la entrada en el bando aliado de tropas negras. Aguilar intenta retorcer su argumento...

«No se puede recriminar a Francia por el aprovechamiento de los africanos. ¿Por ventura no ha practicado, señores conservadores, vuestra teoría jurídica de la fuerza sirviendo a la ley?... un pulso y un arma. Lo mismo y lo único que el orden, que la ley francesa piden a los senegaleses.» [12]

«"La unidad moral de Europa" hermosa y noble palabra. Todo lo que se diga en su favor lo suscribo. Sí, viva la unidad moral de Europa. Y no sólo de Europa sino de todo el mundo civilizado.

»Se ha dicho que ésta es una guerra civil. Sí, lo es; toda guerra entre hombres... es una guerra entre hermanos, es una guerra civil.»

El autor simula compartir las ideas de Eugenio d'Ors, pero es sólo una apariencia. Porque antes ha advertido que la voz de la filantropía y del pacifismo ha pasado ya y en cuanto a la Cultura —otra obsesión orsiana— es, con la religión, dos órdenes que han de quedar al margen de la guerra. Todos los intentos de unir a los hombres son dignos de aplauso, pero...

«Cuando hay hombres de ciencia que con el prestigio de su firma aprueban global y ciegamente las más estúpidas brabuconadas y los crímenes más revulsivos del "miles gloriosus", ¿por qué no podemos decir que son ellos los que han roto la unidad moral? Guardémonos de confundir la ciencia, calidad intelectual, con la cultura, calidad moral, porque a menudo están separadas. De cuántos hombres no decimos: es un talento, es un sabio, pero es un imbécil (bretol). ¡Dios nos libre de ellos!» [13]

12. AGUILAR, MARIO, «Nuestra guerra», «Iberia», 10-IV-1916.
13. OLWER, L. NICOLAU D', «Catalunya i la guerra», «Iberia», I-V-1915.

Extrañamente en la misma revista que tantas y tan duras palabras tiene contra la creación orsiana, hay una excepción; la del famoso poeta, López-Picó que ve en las posturas antagónicas, la del semanario y la del Glosador, dos situaciones positivas, cada una en su género.

«Hemos señalado la capacitación máxima de España para la convivencia internacional con dos actuaciones igualmente meditadas una y otra: la del Comité de Amigos de la Unidad Moral de Europa y la de los redactores y colaboradores de esta revista. Las dos representan una voluntad de creación ante el conformismo sometido de los demás; una voluntad de colaboración corrigiendo los desenfrenos del segregacionismo y una voluntad de selección que nos libre del anonimato.» [14]

14. López-Picó, J. M., «Iberia», 10-IV-1915.

VIII. FRANCIA: SUS VIRTUDES... SUS DEFECTOS...

«¡Francia!, el demócrata al pronunciar este nombre sagrado, siente igual fervor que el mahometano al hablar de la Meca.

»...¡Francia! La naturaleza espléndida variada en aromas, rica en colores, madre de la vida, viene traída de la mano por Juan Jacobo. El ciudadano ginebrino, el francés de intelectual abolengo, el maestro de Robespierre, es el que plantea descaradamente el problema social. La verdad limpia de tapujos bellamente desnuda, escapa por la punta de su pluma, alienta a los hombres para la conquista de la ciudadanía, señala despiadadamente a los autores de la miseria de las naciones.» [1]

Habla o mejor canta un político-escritor, con más de lo primero que lo segundo, aunque no dejó de escribir durante toda su vida. Alejandro Lerroux, se entusiasma y declara que tras él están todos los republicanos españoles en su amor a lo galo. Lo que evidentemente bastó para lanzar a la germanofilia a buen número de las derechas en cuyas casas todavía se recordaba aquellas frases del caudillo radical «levantad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres, para vigorizar la especie...»

«Francia, que es todo esto, es, además, la patria de Hugo, de Zola, de Anatole France; Francia es el laboratorio del progreso, donde químicos como Gambetta, Waldeck-Rousseau, Combes, Jaurés, preparan, dosifican, ensayan los productos que han de esparcirse bienhechoramente por el universo. Es el imperio de la justicia, de la libertad religiosa,

1. Lerroux, A., *España y la guerra*, Madrid, 1915.

del socialismo llevado a la práctica; es Dreyfus libre y honrado; es la ley de Separación de la Iglesia y el Estado; es la supresión de la enseñanza conventual.»

Todos los antisemitas españoles se convertían en germanófilos, incluido aquél al que le parecía bien los logros que sigue destacando Lerroux, es decir, Pío Baroja.

«Es la consagración del derecho a la huelga, el reconocimiento de las sociedades obreras, la legislación protectora del trabajador; es el impuesto sobre la renta, es la ley de dos años, la policía del pacifismo.»

Lo que tenía que hacer sentirse francófobos a todos los que tenían algo que conservar en España.

Quizá pensaba en esos párrafos de absoluta devoción, un enemigo que al mencionar el manifiesto de los intelectuales españoles les acusa de entrega excesiva.

Todos los defectos que los germanófilos achacan a los franceses lo convierten los aliadófilos en virtudes. ¿Que su individualismo es grande? ¿Su preparación mínima? No importa. «Los alemanes son superiores en número, en preparación, en máquinas de guerra, pero los medios de los franceses son ellos mismos, su destreza y su sangre fría. Los alemanes tienen más y mejores cañones; pero los artilleros franceses apuntan mejor, saben disimular los suyos con más habilidad.[2]

Pero es que además, aparte de que esos defectos franceses son «más graciosos», son más simpáticos, cuando llega la hora los corrigen. Por ejemplo, la famosa falta de organización. Citando la frase de Saavedra Fajardo de que «los franceses son corteses, afables y belicosos». «Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus se apagan», advierte Azorín que, al presente, los franceses han modificado bastante este temperamento suyo. «Gracias a un nuevo general, paciente y reflexivo (¿Joffre?) sus ejércitos se han acomodado a un nuevo sistema distinto del teatral y efectista de antaño.»[3]

«¡Francia es siempre admirable! —grita otro— su entendimiento ágil, claro, expresivo; su cosmopolitismo liberal; su bravura generosa, su hospitalidad peregrina y alegre, hizo de Francia la segunda patria de todos los hombres.

2. «El Imparcial», 11-V-1916.
3. AZORÍN, «Pinturas viejas», «ABC», 13-I-1915.

Y hoy desangrada y heroica, llena de majestad alza su frente augusta para salvar en el Marne, deteniendo las huestes del Imperialismo, estos nombres que parecen ruidosos y que encierran ¡tan sublime verdad!: Derecho y Democracia.» [4]

¿Derecho, democracia? Baroja mueve enojado la poderosa cabeza, «Francia, un país casi socialista y defensor en principio de los derechos del hombre, paga a senegaleses y argelinos para que mueran por ella y a los socialistas de todos los países enemigos de la explotación les parece esto bien». [5]

Francia pacifista

Francia ha sido siempre militarista, gritan los germanófilos, ¿es que nos olvidamos de Napoleón? Y además hay una razón concreta para que lo sea. La última guerra entre Francia y Alemania ha terminado con la derrota de la primera y la pérdida de dos provincias, Alsacia y Lorena. La palabra «revanche» ha llegado a ser tan famosa que ha invadido incluso el predio castellano, que ha dejado de utilizar su sinónimo «desquite». Ergo, quien quería la guerra era Francia.

«No es cierto —afirma Alomar—. Si, había en Francia una escuela nacionalista cuyos políticos se llamaban Carlos Maurras en la doctrina, Mauricio Baurres en la mentalidad, Léon Daudet en el impulso; Drumont fue su profeta, Daroulède su poeta, Rocafort su libelista... pero el elemento agresivo en Francia es una minoría; la Francia oficial era en el momento de la guerra, pacifista, bien diversamente que la Alemania oficial. Alsacia-Lorena había dejado de ser un germen y una amenaza de futuros conflictos, sobre todo si Alemania hubiese aplicado a esas provincias conquistadas un régimen benévolo.»

Fue apariencia, asegura Salaverría. En preparación de lo que están seguros será la victoria para ellos, «los buenos patriotas toman el mapa europeo y pónense a estudiarlo atentamente. Una cuestión se presentía desde luego: saber hasta dónde llegarán las fronteras de Francia. Alsacia y Lorena quedan comprendidas en la nueva Francia, naturalmente. Por razones de estrategia y de seguridad, la línea francesa del Este debe llegar hasta el Rhin. Ahora bien; el Rhin

4. Antón Olmet, Luis, *Los Bocheros*, pág. 230.
5. Baroja, Pío, *Nuevo tratado de Arlequín*, págs. 211-220.

no consiste sólo en la Alsacia; no llena todo el plan de Francia la ocupación de Estrasburgo. El Rhin sube hacia el norte más allá de Colonia. ¿Por qué no?... ¿Puede nadie evitar, tras la victoria cierta, la posibilidad de poseer toda la margen izquierda del Rhin?» [6]

Alomar no lo niega. Lo que hace, como buen polemista, es achacar la culpa de todos los males de un lado a la tesitura en que la ha colocado el bando contrario. Efectivamente, la Francia pacifista y que no soñaba en irredentismo ha cambiado gracias a la agresión; era así, pero...

«Hoy no. Hoy todo el ímpetu de Francia tiende a la reivindicación de su territorio amputado, como si la vieja Neustria renovase las guerras contra Austrasia, episodios de la lenta y secular unificación francesa.» [7]

Todas las plumas aliadófilas coinciden en su admiración por un hombre que siendo originariamente burgués, tranquelo, «paisano», en fin, se transforma en militar. Usan como ejemplo magno el de Hervé antimilitarista, antipatriota que, al día siguiente de iniciarse las hostilidades, pide al ministro de la Guerra un puesto en las trincheras. Su periódico «La Guerra Sociale», se llamará desde ahora «La Victoire». «El antimilitarista, el internacionalista se convertía en un hijo de Francia... ¿quién hizo el milagro? El propio enemigo que atacaba a Francia en la entraña, en la médula de su personalidad... Frente a una guerra de conquista, los franceses fueron sólo franceses.»

Para Insúa eso no es, no puede ser, una solución temporal. Como muchos amigos de Francia está convencido que la tragedia ocurrió porque se puso de moda el antimilitarismo que dio a los enemigos del país la sensación de una debilidad total de Francia frente a cualquier agresión. El novelista español se dirige retóricamente a Herbé advirtiéndole que después de la guerra habrá que seguir respetando al ejército, habrá que enterrar las locuras del antimilitarismo». Y coincidiendo con las profecías de muchos germanófilos de que, aunque pierda Alemania será sólo por unos años hasta que se rehaga, advierte: «Toda la sangre vertida no ahogará en los hombres la ambición, la codicia. Cada cual deberá defender lo suyo con las armas. Las naciones nece-

6. Salaverría, J. M.ª, «Anticipaciones», «ABC», 8-IV-1915.
7. Alomar, Gabriel, «Los valores espirituales y la guerra», «El Imparcial», 1-X-1917.

sitarán más soldados que nunca. Y será el militarismo universal, amigo Hervé. ¡El militarismo universal!» [8]

Palabras que demuestran cómo un mediocre novelista español sabía más de lo que le esperaba al mundo en general y a Europa en particular, que el profesor de Historia, W. Wilson, presidente de los Estados Unidos, que soñaba en una Sociedad de Naciones que hiciese imposible toda nueva guerra entre los pueblos.

La consideración de Francia como pacifista frente a la bélica Alemania, se afianzaba por la misma razón que hemos visto en otro capítulo, es decir, porque era la atacada. Por mucho que se equiparen las fuerzas, por mucho que el odio sea mutuo desde el primer momento, quien empieza, es siempre el agresor. Si emplea los brutales procedimientos corrientes en la guerra —¿hay otros en la ofensiva?— es más fácil sentir simpatía por el agredido. Y si, además, éste vive en un decorado de belleza y arte, su destrucción parece más grave, incluso más criminal. Hasta el germanófilo Eugenio d'Ors se sentirá herido en su sensibilidad de occidental al saber del ataque a Nancy.

«Ciudades de Francia, ricas ciudades, voluptuosas y pulidas, cada una con un nombre glorioso; glorioso en los fastos de la historia ¡y en los regalos de la mesa! Y tú, Nancy, la de las rejas de oro, con la plaza Stanislas, tan bien ordenada y las flores de hierro de Jean l'Amour, la Anfitrite y el Neptuno y su Perugino en el Museo y, en todo, aquella bella gravedad de la fina melancólica Lorena... ¿una carnicería frente a Nancy?

»Hablan de ello noticias llegadas hoy y el alma se nos llena de sombras. ¡Y todavía, la sangre! ¡La sangre la tierra sorbe y eso da aún más ufanía a la nueva estación! ¡Pero la destrucción, la ruina, la miseria, el aniquilamiento! Ah, Tina, Tina que los tuyos no manejen con mano demasiado ruda esas cosas tan delicadas y que a todos nos importan tanto.»

Aún cuando d'Ors se irrita a menudo con el tópico, aquí, movido por la emoción de la noticia, le surge del subconsciente. La joven adolescente alemana, Tina, a quien escribe esas cartas, tiene que advertir a sus compatriotas que tengan cuidado. Sus manos son rudas, sus costumbres clara-

8. Insúa, Alberto, «La conversión de ,Gustavo Hervé», «ABC», 2 enero 1916.

mente bárbaras. Enfrente tienen el delicado edificio de una civilización de porcelana. ¡Cuidado!

Esta carta es el paradigma de una actitud compartida por muchos españoles. Toda petulancia guerrera irrita, toda defensa heroica conmueve.

«Vi salir ayer noche un tren de reservistas franceses. La otra vez en los días de "A Berlín", estos hombres hubieran sido acaso odiosos de petulancia; ayer eran magníficos en la estoica simplicidad.» [9]

La capacidad sentimental de simpatía hacia el agredido se robustecía a medida que la guerra producía, casi siempre por iniciativa alemana (la excepción puede ser el tanque creado por los británicos) nuevos y más terribles golpes. El zeppelin, los morteros del 42, el Gran Berta cuyos disparos alcanzaban el centro de París, producía en los germanófilos una gran alegría ante la inventiva de su «equipo»; ante la misma seguridad los aliadófilos reaccionaban indignados porque, para ellos, se trataba de unos «golpes bajos» que al no estar previstos por el pacto, tan obvio como inexistente, de armas que se podían usar en caso de conflicto, predisponía en contra de quien lo usara sin previo aviso. Un ataque del «zeppelin» a París representaba para el germanófilo una muestra de técnica superior que mostrara a los tercos franceses que les convenía pedir la paz. Para el francófilo era un ataque a traición. En versos torpes, pero eficaces para su público, lo glosa un poeta español.

Envuelta en un velo gris
está la noche maldita;
la lluvia se precipita
sobre París.

El enemigo llega aprovechando ese tipo de noche en que toda traición tiene su posibilidad

...De pronto suena un clarín.
signo de que en raudo vuelo
sigue las rutas del cielo
un zeppelin.
...En el horizonte gris
surge la flor de una llama;

9. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, 7 agosto 1914.

bajo el bombardeo clama
todo París.

La madre, protagonista del poema, no se arredra y por el contrario se ofrece como víctima para que su hijo, que está, naturalmente, en el frente, se ahorre la muerte que cae en la indefensa retaguardia.

...Dura metralla, que aquí
vienes a buscarnos fiera,
si matar tu rabia espera,
¡mátame a mí!

El zeppelin sigue matando inocentes

...Cae una bomba... Confusión
llamas y derrumbamiento;
aquí un grito, allá un lamento.
¡Desolación!
Torna a vibrar el clarín...
con las nubes por alfombra
huye en la nocturna sombra
el zeppelin.» [10]

Dramatismo por un lado, serenidad impávida por el otro.

Habla otro apasionado de Francia, el escritor Corpus Barga. Según él, bajar a la cueva refugio de la casa cuando se anuncia la alarma es algo así como una fiesta de sociedad. «Hay cuevas, como se supondrá, con luz eléctrica, con teléfono... Se juega a las cartas, se charla, se toma el té.»

Pero el escritor español tiene que dar otro ejemplo de la serenidad francesa ante el peligro. En una esquina, tras el apagón general, hay un carretero con sus cuatro caballos. El cronista español le indica dónde está el refugio más próximo y la invita a acompañarle...

¡Sí —me contestó —podría dejar a las bestias con las patas atadas. Pero me da lástima dejarlas. Tienen mucho miedo.

»El bombardeo arreciaba y aquel hombre que parecía de cartón allí se quedó pasando sobre el lomo de las bestias la mano con ternura de niño.» [11]

10. Luengo, José A., «De la guerra», «La visita del Zeppelin», Blanco y Negro», 12-XI-1916.
11. Corpus Barga, «La otra noche», «El Sol», 22-III-1918.

Camba, el gran sarcástico, deja de serlo cuando habla de Francia. Apenas una broma dentro de un gran respeto. Todo lo negativo de la capital francesa lo encuentra él positivo. Por ejemplo: No hay luz ni música. Eso sería triste y deprimente en cualquier sitio. En París, no. «No hay... iluminación ni música en París; pero es inútil que la gran ciudad pretenda adoptar un aspecto dramático. Aquí nada es jamás completamente terrible. El mismo dolor de las huérfanas y de las viudas está neutralizado por la satisfacción del haber cumplido. Y luego, ¡es un dolor tan bien vestido!... ¡Estos lutos de la rue de la Paix tienen tanta distinción!» [12]

La resistencia al invasor produce admiración sin límites. Un poeta escribirá un aviso de envío de paquetes de Nochebuena (1915) «A los Voluntarios Catalanes» que luchaban al lado del ejército francés. La poesía, en catalán, empieza

No passareu
i si passeu
sera sobre un clap de cendra
les nostres vides ens pendreu
el nostre esprit no'l podeu pendre
mes no sera, per mes que feu
no passareu! [13]

Estas vibrantes estrofas quedaron como símbolo de una resistencia. Cuando, durante la guerra civil, las tropas nacionales se acercaban a Cataluña, a la Generalidad se le ocurrió resucitarlas y distribuirlas como si Apeles Mestres las hubiera escrito en ocasión de la contienda de 1936-39.

Debilidad, resistencia frente al invasor. ¡Pero esto es ahora!, se queja Baroja. Hubo un tiempo en que el francés era el que invadía, atacaba, destruía. «En el Arco de Triunfo, en la Estrella inscribieron como glorias los nombres de las ciudades españolas, italianas, alemanas, austríacas y rusas, arrastradas, ametralladas y robadas sin más motivo... que el capricho de un ambicioso apoyado en la fuerza de su ejército.

Si esto se hubiera olvidado en Francia estaría en su derecho al abominar de la violencia, pero si está viviendo todavía con entusiasmo, si está ansiando éxito, revancha, prepotencia militar, cascos con penacho y ruido de tambores!» [14]

En la polémica sobre lo que, de verdad, dijeron nuestros

12. Camba, Julio, «La música, la luz y la lógica», «El Sol», 22-I-1918.
13. «España», n.º 158, pág. 7.
14. Baroja, Pío, *Nuevo tablado de Arlequín*, Madrid, 1917, páginas 211 - 220.

clásicos sobre los países beligerantes irrumpe el nombre de un escritor joven que será conocido más tarde por sus trabajos humanistas, especialmente en la Fundación Bernat Metge. Este escritor reputado con razón como un admirador, mejor un enamorado de Francia donde pasará muchos años de su vida, entra ahora en liza contra Azorín y en defensa de los Imperios Centrales. Se llama Juan Estelrich. En el primero de los artículos que publicó en un periódico, lógicamente de acuerdo con sus ideas, llama la atención al escritor levantino.

«...Azorín pretende un imposible... en su fervoroso amor por *la buena, la bella, la intrépida Francia* (subrayado sarcástico de Estelrich), nos quiere demostrar que nuestros clásicos eran partidarios de los actuales aliados... que admiraban a Francia e Inglaterra y repudiaban a Alemania.» Empieza Estelrich por citar a Garcilaso en apoyo a sus ideas contra Azorín. Garcilaso menciona (Égloga segunda) al «Disciplinable, alemán fiero» lo que para Estelrich es elogio, claro. No lo es en cambio llamar en la misma égloga «mudable» a Francia. «El calificativo —dice— no necesita comentario.» [15]

Otro día, el artículista exhumará los juicios de Baltasar Gracián ...«La codicia, hallando desocupada la Francia, se apodera de toda ella... distribuyó la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones (¡Inglaterra, Inglaterra! intercalada aquí Estelrich), finalmente el cometer cualquier bajeza por dinero... y en fin, ellos (los franceses) son antípodas de los españoles.»

«¡Atípodas de los españoles!» recuerda Estelrich. Y luego echa en cara a Azorín, gran conocedor de los clásicos, que se permita ignorar palabras similares de su admirado Gracián.» Azorín prosigue su campaña en favor de los aliados y a pesar de los clásicos españoles... Y termina retóricamente preguntando:

«¿Qué anormalidad hay en la conciencia de Azorín?» [16]

En otros artículos sigue su campaña Estelrich recordando las veces que España ha sido víctima de la codicia francesa (guerra de la Independencia, por ejemplo), sigue expurgando trozos de El Criticón y se extasía ante la posibilidad de una alianza: «Diptongo es un francés inserto en español, que es la peor mezcla de cuantas hay.» Por lo visto, termina irónica-

15. «El Correo Español», 24 abril 1915.
16. «El Correo Español», 16 mayo 1915.

mente Estelrich, los aliadófilos y con ellos Azorín, ¡andan completamente de acuerdo con nuestros clásicos! Piensan lo mismo pero al revés.»[17]

Y abundando en ello, un anónimo comunicante, probablemente alguien conocido y culto que prefirió refugiarse en el anónimo, se dedica a copiar de Saavedra Fajardo lo que dijo de los franceses y que era tan poco amable como lo que dijo de los alemanes. Vid. «Alemania» En la empresa LXXXI recuerda el anónimo lector, Saavedra dice de los franceses algo más que las frases trucadas que ha citado Azorín. «El rey de Francia... mal consejero... le tiene temeroso: disidente de su madre y hermano y de todo el reino; persuadido a que sin la guerra no puede mantenerse y que su conservación depende de la ruina de la casa de Austria, para este fin levanta con los vapores de la sangre de la nobleza de aquel país, derramada en discordias domésticas, nubes que formen una tempestad general contra la cristiandad convocados el Reno, el Mosa, el Danubio y el Albis. Fomenta las nieblas de Inglaterra, Holanda y Dinamarca. Rompe los hielos de Suecia para que por el mar Báltico pasen aquellos osos del Norte a daño del Imperio. Deshace las nubes de esguízaros y grisones y las derrama por Alemania e Italia. Vierte las urnas del Po sobre el estado de Milán convocando en su favor al Tíber y al Adriático. Concita las exhalaciones de África, Persia, Tartaria y Moscovia para que, en nubes de saetas o rayos, acometan a Europa. Suelta por los secretos arcaduces de las tierras terremotos que perturben el Brasil y las Indias orientales. Despacha por todas partes furiosos huracanes que unan esta tempestad y la reduzcan a efecto, y turbado al fin el cielo con tantas diligencias y artes, vibró fuego, granizo, plomo y llovió sangre sobre la tierra.»

La cita está hábilmente elegida. La imagen de una Francia que, en lugar de agredida, es agresora y busca en todo el mundo aliados que puedan ayudarle en su lucha contra los germanos, era cierta en el XVII y se acercaba a la verdad en 1914, especialmente en esa llamada a Moscovia, la Rusia contemporánea. Resulta curioso como en esa guerra total de los polemistas, se echaba mano de cualquier figura literaria; aun ahondando en la historia de la literatura para probar un razonamiento, el sistema tenía sus quiebras.

«Conviene pues, créalo Azorín, no abusar de los clásicos que suelen ser armas de dos filos.»[18]

17. «El Correo Español», 6 junio 1915.
18. Un lector de «ABC», 11-I-1915.

Cuando un escritor español aliadófilo visita las trincheras francesas no tiene más que elogios para los suyos...

«El jefe se detiene ante un grupo de soldados... después de contemplarlos largamente murmura:

»—¡Estos bretones!

»Y en seguida con un tono, en el que hay algo de ironía y mucho de ternura, nos habla de las hazañas silenciosas de sus soldados...» [19]

»Uno de nuestros compañeros murmura:

»Tiene una buena cara este boche...

»El marsellés se pone serio y nos hace observar que les está prohibido a los soldados franceses pronunciar la palabra boche en los depósitos para no ofender a los prisioneros.»

Ironiza Baroja:

«Según nuestros aliadófilos, los aliados hacen una guerra humana y sonriente. Cada soldado es una ninfa pálida y espíritu alado, un niño lleno de inocencia y de candor. Entre estos "bebés" los peludos viejos con sus pipas, representan el buen humor, la bondad...

»Estamos en plena novela del vizconde de Arlincourt o de Pérez Escrich. En cambio, los alemanes son siempre rastreros y cobardes y cuando han avanzado, según ha descubierto ese *gran genio francés* que se llama Marcel Prevost, han avanzado llenos de miedo; a un lado de la frontera no hay más que ignominia, brutalidad, insania; al otro bando todo es idilio.» [20]

Ésta era la ironía de los germanófilos: explíquenos usted en qué se diferencian las dos posiciones. Por qué cuando el ejército es el alemán es sanguinario, brutal, violento y cuando el ejército es francés es dulce, amable, suave. Por qué cuando un soldado alemán saluda a un superior se trata de feroz disciplina y cuando lo hace un francés es cordial muestra de respeto. Por qué la idea de patria es algo digno de defenderse en el caso de Francia y algo que debe inspirar repugnancia en el caso germano.

19. Gómez Carrillo, *En las trincheras* (1915), pág. 98.

20. Baroja, Pío, *Momentum Catastrophicum, Los mitos de los aliadófilos,* Madrid, 1919, págs. 79 y 169.

A contestarles, rizando el rizo a menudo, deslizándose muchas veces en el terreno del sofisma, acudieron los primeros escritores del bando aliado. He aquí la explicación que, tras una visita al país vecino, daba en una conferencia realizada en el Ateneo de Madrid, un joven cuyo nombre tenía que sonar muy alto en la política nacional. Así explica Manuel Azaña el aparente contrasentido.

«La idea de Patria se despojaba de todos los exclusivismos e incompatibilidades que han deshonrado a veces esta idea en la Historia... la disciplina quedó fundada, no en la coerción exterior, ni en el respeto a las jerarquías históricas, sino en la aceptación voluntaria del sacrificio, como se acepta un deber impuesto por la conciencia.» [21]

El tema se repite casi obsesivamente. El ejército francés no es duro, difícil, áspero como el alemán. El ejército francés es una maravilla de comprensión, de humanidad. Esta vez nos lo dice un eminente aliadófilo, Vicente Blasco Ibáñez.

«...Lo que me ha sorprendido, sobre todo, es la disciplina del ejército francés, disciplina especial que no se encuentra en ninguna otra tropa de ningún otro país. Es aquí donde se ha podido realizar la idea de un ejército democrático, aun cuando esas dos palabras de ejército y democracia parecen incompatibles. El oficial y el soldado viven fraternalmente como dos ciudadanos unidos en ideal común. El soldado obedece porque sabe que su patria tiene necesidad de su obediencia; nunca ninguno de sus actos tiene por causa el miedo al castigo. El oficial, en mando, piensa en lo que vale la vida de un compatriota y muchas veces expone la suya antes que las de sus hombres. La más franca camaradería reina entre ellos, tanto en los que ostentan galones como en los que no los llevan. Y es así como debían ser los ejércitos de la primera República, esos ejércitos de ciudadanos que muchos consideran como una creación de novelistas y de historiadores fantasistas. He visto grupos de soldados hablar familiarmente con sus oficiales. He visto igualmente simples soldados, formar delante del auto de un general en la actitud de rigor, seguramente, pero con una sonrisa tierna como de niños que ven llegar a su padre admirado. Y es que los combatientes forman como una inmensa familia, teniendo cada uno un papel distinto que desempeñar.»

21. Azaña, Manuel, «El esfuerzo francés», «Iberia», 8 diciembre 1915.

Esa estampa de alegría y seguridad en la victoria puede convertirse en un cuadro siniestro. Basta que el espectador sea un germanófilo en vez de un francófilo...

«A medida que voy avanzando por tierra francesa veo aumentar los uniformes militares. Suben a los vagones zuavos, soldados coloniales, jefes y oficiales. La hirsuta figura de los centinelas se destaca en medio de los animados andenes. Se observa desde el primer momento la falta de uniformidad en las prendas militares, y la de juventud en los soldados. A veces se ven imperceptibles distintivos sobre una chaqueta de pana, que por sí sola no nos daría a conocer al militar. Muchos soldados peinan canas. Mujeres y niños enlutados enseñan la repercusión dramática de la guerra en los hogares; la nota negra se repite en todas las paradas. Suben al departamento en donde voy con dos oficiales, y entablan conversación en voz baja. Sus rostros no revelan contento. Para darles mayor libertad, me asomo a la ventanilla y contemplo el paisaje. Extensas y silenciosas marismas extienden su lámina gris a uno y otro lado de la vía férrea, y pequeñas bandadas de aves cenicientas levantan su vuelo en las riberas, asustadas por el ruido del tren.

«En Beziers veo el primer soldado mutilado. El corazón parece que recibe una punzada.» [23]

Los negros al servicio de Francia

La llegada de los senegaleses al frente de batalla provocó cierta preocupación en una España donde regía todavía, como en tantos otros países del mundo, el concepto de la superioridad de la raza blanca. Lo que Eugenio d'Ors denunció con pena de humanista, lo satirizó Fernández Flórez poniendo en artículo de fondo de un diario imaginario —«El Faro»— el sobresalto ante las noticias.

«...los negros de África estaban en Orleans... venían en calidad de fieras devoradoras de hombres, en calidad de máquinas de matar. Ya estaban en Europa con sus rostros hocicudos, con sus ojos ensangrentados, con su recio pelo y su prominente dentadura blanca, de antropófagos... Imprudentemente les enseñábamos los modernos sistemas de extermi-

23. GAY, VICENTE, *El pensamiento y la actividad alemana en la guerra europea*, pág. 63.

nio, enconábamos su odio contra el europeo, albergábamos la sierpe junto al corazón...» [24]

Para los aliadófilos, en cambio, la presencia de los senegaleses es una estampa encantadora. Así se expresa sobre ellos quien será conocido charlista, García Sanchiz.

«Entre las delicadas figurinas del bulevar, fue enorme el éxito de los negrazos. No faltaron humoristas que profetizaban un ajedrezado porvenir en las familias. Los adorados monstruos flameaban por las terrazas de los cafés con esa lentitud y la aparente indiferencia con que marchan los cabezudos rodeados de chicuelos, en las fiestas del Pilar. Malos quince días para el argelino y el bonaerense que tangueaba, ídolos entonces de las peripatéticas. El arrepentimiento y la paz llegaron poco después en el cinematógrafo, y gracias al Pathé Journal. Una película mostraba el idilio de los senegaleses, que encontraban de nuevo sus hogares y sus mujeres. Las parisienses se avergonzaron de rivalizar con las legítimas esposas y no menos legítimos orangutanes. Sutiles psicólogos el argelino y el bonaerense, aprovecharon el momento para disertar sobre la depravación de las sociedades modernas. Afortunadamente, ya pasó todo. Un golpe de barra de carmín en la boca, y un apretón de manos en silencio y en la sombra.

»Al cabo de dos años, he ahí a los senegaleses en la metrópoli, otra vez. Ya lucharon en la frontera alemana y se portaron como bravos. Algunos yacen heridos en los hospitales. Curiosa visión la de las formidables estatuas betunosas con una venda de nieve en la frente, con una polaina de lienzo inmaculado. Destácase uno de los soldados y le ayuda a cojear una monjita cuya cofia llega al pecho del senegalés y podría servirle de escritorio. Queda en segundo término un grupo de coloniales, en su mayoría con los brazos en cabestrillo. Flota el olor de los desinfectantes, y en la pared se extiende el pabellón nacional.

»—Hola, muchacho. Así se portan los buenos franceses. ¿Y tus camaradas? ¿Qué es eso, que todos están heridos en los brazos?

»A la pregunta caritativa contesta el africano en un idioma de cuplé pintoresco. Se impone, sin embargo, la firmeza de la acción relatada. Los senegaleses no entienden de tácticas, y se lanzaron a la bayoneta contra unos jinetes. Naturalmente, no había más remedio que levantar el arma, y los sa-

24. Fernández Flórez, W., *Los que no fuimos a la guerra*, pag. 92.

bles de los enemigos que, melláronse en los bíceps africanos... Voilà, c'est tout.» [25]

Pero el francófilo Gaziel tiene que describir una escena que parece dar la razón a Eugenio d'Ors y a tantos germanófilos que temían la llegada de esos africanos a los campos de batalla europeos.

La cuenta una enfermera procedente de los hospitales de primera línea.

«Había entre los heridos un senegalés alto, robusto, duro como una piedra que llevaba consigo una especie de saco o alforja que no quería abandonar en ninguna ocasión. Todos habíamos notado que al pasar junto a él se percibía un hedor fétido, corrompido. Uno de los enfermos, no pudiendo soportarlo por más tiempo, preguntó al herido qué era lo que llevaba guardado tan cuidadosamente en el fondo del saco. Entonces —¡pásmense ustedes!— el senegalés sin contestar palabra, nos miró sonriendo y después de meter el brazo derecho en la alforja sacó de ella, entera y verdadera, una cabeza de soldado alemán... cercenada de un tajo y arrancada del tronco... yo no sé que haya ocurrido otro caso semejante, pero si vieran ustedes ¡las docenas de orejas cortadas que llevan esos bárbaros en sus bolsillos!

»Gaziel advierte la expresión horrorizada de los que escuchan esa narración con la excepción de una rusa judía que exclama:

»¡Eso es poco todavía para esos malditos prusianos!

»Pero Mme. Durieux (la dueña de la pensión) ha replicado con energía.

»¡Cállese usted por Dios! Esos sentimientos son indignos de una persona que ha vivido largo tiempo en Francia. Yo estoy segura que nuestros oficiales castigarán debidamente esos actos innobles. Y les pido a ustedes que no hablen más de este asunto brutal.» [26]

Pero un periódico aliadófilo, no puede por menos de re petir el macabro espectáculo.

25. García Sanchiz, Federico, «Blanco y Negro», «ABC», 2-IX-1914.
26. Gaziel, *Diario de un estudiante en París*, Barcelona, 1916, páginas 255-256.

Un cronista refiere, desde Burdeos, lo que sigue:

«A la estación de Saint Jean (Bordeaux) llegamos al mismo tiempo que un tren de heridos del Aisne. Lo que presenciamos no es para describirlo. Se necesitaría ser de bronce para no sentir el latigazo del dolor en presencia de tanta desgracia. El espectáculo era sencillamente horroroso. Los heridos pretendían dar a sus rostros gestos de alegría y ese valor que sólo puede inspirarlo el orgullo legítimo del que ha cumplido con su deber aumentaba aún más la pena de los espectadores. Vimos a un senegalés que le faltaban las piernas y un brazo y aún tuvo la arrogancia de levantar el brazo que le quedaba para quitarse el turbante cuando era sacado del coche y gritar con acento indescriptible: Vive la France! Otro gumier de atlética estructura y tez terrosa, herido en el vientre de terrible bayonetazo, era depositado con grandes cuidados en una camilla donde apenas cabía. No se me olvidará en mi vida el gesto de este hombre. Vous souffrez? le pregunté conmovido. Y el hombre, que estaba en estado preagónico, contestó como en un rugido de dolor: Peu plus que l'autre, al mismo tiempo que en un esfuerzo supremo de la voluntad sonreía ferozmente con su dentadura blanca y fuerte.» [27]

¡Ah! —llora un germanófilo— decidme ¿qué preferiríais, o que los alemanes entrasen en París, en Londres o en San Petersburgo o bien que los senegaleses, marroquíes, argelinos... entrasen en Berlín y en Viena del brazo de sus honorables aliados europeos? [27 bis]

Para un buen partidario de cualquiera de los bandos en lucha, los suyos no pueden equivocarse. Si atacan es que había que atacar. Si se defienden es que defenderse en aquel momento es lo más sensato, lo más hábil. Para ello se movilizan las mejores plumas del país. He aquí a los franceses resistiendo detrás de sus trincheras, a los invasores alemanes. No hay contraataques, no hay acción ofensiva contra los enemigos mortales que están ya en territorio francés. Bueno. No importa. Si no podemos parangonar al general galo a Julio César cargando al frente de sus legiones, tendremos que compararle a otro gran romano: Fabio Cunctotor, el cauto. Mourlane Michelena. el fino escritor vasco que en

27. «El Diluvio», septiembre 1914.
27 bis. «Daimon», «El Diluvio», 13-XI-1914.

esos tiempos se firma Mourlane de Michelena, explica a los aliadófilos por qué tienen que seguir teniendo confianza en él.

«Un estratega sagaz ha conferido a Joffre este sobrenombre de oro: cunctator o sea contemporizador. El estratega trata al guerrero desde hace medio siglo; los dos son del Rosellón, del confín catalán. Se conoce bien, muy bien. Por algo, pues, el uno discierne al otro sin vacilar este dictado augusto.

»Joffre es como Quinto Fabio, el contemporizador, dice el estratega del Pirineo.»

Mourlane cuenta con detalle la actuación del general, maltratado por los belicistas de su ejército, ávidos de batalla, por los senadores que murmuran por sus movimientos al parecer inútiles, por su empeño en rehuir la batalla. Mourlane, naturalmente, está contestando a todos los estrategas de café que dentro y fuera de Francia critican a Joffre. Al final del artículo, veredicto del escritor sobre el militar.

»...ahora después de muchos siglos, en este ejemplo de las Vidas Paralelas, se lee que Fabio era el escudo de Roma. "Le bouclier". Ya se ve que Joffre es de la estirpe del dictador romano. Es sereno como él, es un poco taciturno como él, hace la guerra como él.

»Dentro de algunos siglos, los estudiantes, cuando lean las Vidas Paralelas de nuestro tiempo, meditarán ante la epopeya de Joffre. Se le llamó cunctator, leerá o sea temporizador. Fue el general más noble de su siglo. Y así como Quinto Fabio era el escudo de Roma, Joffre fue el escudo de Francia.» [28]

El espíritu francés ante la guerra...

Gaziel está en París cuando empieza la guerra. Gaziel va enviando crónicas a «La Vanguardia» de Barcelona y en la tónica de ellas, va subiendo la fiebre francófila. Gaziel se va adhiriendo cada vez más a un sentimiento aliadista que ya no le abandonará durante toda la guerra.

Está empezando, el primero de agosto. Y. Gaziel refleja la primera reacción parisina...

28. Mourlane de Michelena, P., «Joffre estratega», «Iberia», 4 sep. 1915.

«La gente no está entusiasmada ni aterrada; la gente está simplemente, profundamente preocupada.

»...Si encerráis a un francés dentro de un círculo lógico de preguntas sobre el porvenir acabará por responder: "¿Es que se nos quiere llevar a la guerra, es que se nos obliga a ir a ella? Pues bien, ¡vamos allá y nos batiremos hasta la muerte!", pero se adivina que, si no se le obligara, Francia no se batiría.» [29]

«Un centenar de muchachos, con algunas mujeres, pasan enarbolando banderas francesas, inglesas, rusas e italianas (¿italianas? Italia en ese momento era miembro de la Triple Alianza con Austria y Alemania. Hacía falta optimismo... o profecía). El aire se llena de voces ardientes cantando la Marsellesa. Entre los espectadores algunos se descubren al paso de las banderas, otros aplauden, la mayoría observa.»

Algo, como se ve, muy lejos del entusiasmo reflejado por Blasco Ibáñez en la misma ocasión...

«Circulaban con loca velocidad tranvías, automóviles y fiacres. Nunca se había visto en las calles de París tantos vehículos. Y sin embargo, los que necesitan uno llaman en vano a los conductores. Nadie quería servir a los civiles. Todos los medios de transporte eran para los militares; todas las carreras terminaban en las estaciones de ferrocarril. Los pesados camiones de la Intendencia, llenos de sacos, eran saludados por el entusiasmo general. "¡Viva el Ejército!" Los soldados en traje de mecánica que iban tendidos en la cúspide de la pirámide rodante contestaban a la aclamación moviendo los brazos y profiriendo gritos que nadie llegaba a entender. La fraternidad había creado una tolerancia nunca vista. Se empujaba la muchedumbre, guardando en sus encuentros una buena educación inalterable. Chocaban los vehículos, y cuando los conductores, a impulso de la costumbre, iban a injuriarse, intervenía el gentío y acababan por darse las manos "¡Viva Francia!" Los transeúntes que escapaban de entre las ruedas de los automóviles reían increpando bondadosamente al "chauffeur": "¡Matar a un francés que va en busca de su regimiento!" Y el conductor contestaba: "Yo también partiré dentro de unas horas. Éste es mi último viaje." Los tranvías y ómnibus funcionaban con creciente irregularidad así como avanzaba la noche. Muchos empleados habían abando-

29. GAZIEL, *Diario de un estudiante en París*, Barcelona, 1916, págs. 5, 8, 83 y 55.

nado sus puestos para decir adiós a la familia y tomar el tren. Toda la vida de París se concentraba en media docena de ríos humanos que iban a desembocar en las estaciones.» [29 bis]

En una de esas estaciones va Gaziel a ser testigo de una despedida dramática.

«Miradlas a esas mujeres de Francia... esas son las mujeres que prefieren ver a sus hijos muertos antes que rendidos. Sus rostros pálidos, fijos se mantienen tranquilos en una tenacidad heroica. Yo veo a las claras que sus gargantas están hinchadas de lágrimas que puedan salir por los ojos y sus pechos estallan por no poder sollozar.»

»El tren, tras los últimos abrazos, sale con su cargamento humano; las mujeres han permanecido en silencio...

»...Mas, al desaparecer el último rastro de los trenes, cuando no quedaban en el andén ni un solo soldado, en medio de aquel estupendo silencio que he dicho, se ha alzado de pronto un sollozo gigantesco, pero tierno a la vez y femenino; no un sollozo de rabia, de sorpresa, o de dolor carnal, sino un gemido inmenso de amor contenido, de amor desesperado, de amor infinito y entrañable.

»Entonces... todas esas mujeres pobres o ricas, desconocidas entre ellas, sí, todas ellas que nunca se habían visto juntas ni volverán a verse jamás, se lanzaron unas contra otras en un abrazo sofocante. Y así, confundidas en un apiñado montón, han llorado largo tiempo, a escondidas, por esta guerra que Francia no quiere ni ha querido y por la cual ha hecho hasta el último instante el sacrificio de su honor.» [29]

En las páginas siguientes Gaziel va, como decíamos, incorporándose a un sentimiento aunque su inteligencia le recuerda continuamente lo que de falso puede haber en ello. Describe, por ejemplo, la propaganda hecha por el gobierno francés para mostrar la guerra como un cruce de caminos importantísimos de donde saldrá una Europa dominada por Alemania, es decir, tiranizada medievalmente o comprensiva, democrática y pacifista. Tras congratularse de su éxito en el pueblo, Gaziel advierte que «como todas las explicaciones deliberadamente claras y simples, es no poco incompleta».

El corresponsal habla de una alemana en París, compañera de pensión que le cuenta aterrada cómo ha visto el intento de linchar a un compatriota suyo, pero que la policía intervino deteniendo a unos cuantos de los agresores. La señorita Ericka admite que la policía estuvo muy amable con ella y que

29. GAZIEL, *ob. cit.* pág. 8.

aquello que presenciara fue «un acto de cólera popular ciego e inevitable. En Alemania yo estoy convencida de que habría sucedido otro tanto y quizá peor». Se trata, parece, de una alemana «rara avis» que da la razón al enemigo, pero es sólo la apariencia. Porque cuando Gaziel la acompaña a su casa y la pregunta qué opina de la guerra, surge de nuevo la imagen, tan grata a los francófilos, del alemán arrogante, triunfalista...

»Mlle. Erick me ha respondido con una confianza pasmosa, sobrehumana:

»Yo no he podido ir a Alemania a juntarme con mis hermanos. Pero es igual porque ellos vendrán aquí, a buscarme en Francia.» [29 bis]

En otro testimonio resulta que ocurrió al revés. La policía era mala. El cronista, naturalmente, es germanófilo.

»Y la alemana comenzó a contarnos una verdadera odisea.

»La guerra la sorprendió en Francia. Tomó billetes para Suiza; pero la policía francesa no la dejó partir, y fue internada. Le registraron el equipaje, y le encontraron unas cartas escritas en alemán; tuvo que estar tres meses en Niza, hasta que la Administración francesa tradujo las cartas y vio que eran epístolas familiares. "¡Cómo sufrí!", decía, recordando los penosos días pasados en Francia. "La familia con la cual vivía yo en Niza era muy buena; el pueblo también; se encariñaron conmigo y me rogaron que me quedase allí, aun después de recibir el permiso para pasar a Suiza. Una amiga mía que fue internada conmigo sufrió mucho más. El pueblo, como le digo a usted, es muy bueno; pero la Policía es terrible. Mi amiga era una muchacha rubia como el oro, y en dos días sus cabellos se volvieron blancos..."»

«En tan breves palabras se transparentaba toda una elegía, que nosotros, alejados de la guerra, no podemos representarnos en toda su dolorosa intensidad.» [30]

Manuel Azaña tiene una reputación, como escritor y como político, de hombre frío, desapasionado, que ve lógicamente los acontecimientos que se desarrollan ante sus ojos, que analiza fríamente a los personajes que ante él se presentan. Pues bien, Azaña al llegar a Francia en la comisión invitada por el

29 bis BLASCO IBÁÑEZ, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, «Heraldo de Madrid», marzo 1916 (empieza su publicación en folletín).

30. Vid. GAY, *ob. cit.* pág. 73.

gobierno galo, se entrega totalmente a la emoción francófila. Desde la llegada a la estación fronteriza no hay en su prosa más que ¡ah! de admiración por el país vecino. Todo es noble, afectuoso, humano, perfecto...

«...fuimos hablando con toda clase de gente, paisanos y militares, viejos y jóvenes y un indecible sentimiento de angustia nos invadía; percibíamos la emoción que transparentaba en el tono grave de las conversaciones, en el temblor de la voz al relatar penalidades pasadas, en las lágrimas que se asomaban traídas por el recuerdo de los muertos, en la serena luz que brillaba en los ojos de los jóvenes al referirnos más que sin jactancia, con timidez, sus sacrificios en la resolución, patente en cada gesto, en cada palabra, de morir por la restauración de la patria.»

Azaña cuenta, con cierto aire emocionado, casi pasmado, los homenajes que los franceses hacen al grupo de intelectuales españoles; en una de las reuniones por ausencia de Menéndez Pidal, el señor Martinenche leyó una conferencia suya sobre la literatura española y su carácter popular. No sé si el maestro español cambió aquí sus ideas generales para complacer al auditorio a que iban dirigidas o que Azaña no comprendió bien la consecuencia porque en resumen, según el escritor, M. P. «llega al resultado que la epopeya francesa y española se ha inspirado en ideales más humanos, más amplios que la germánica que poetiza más bien ideas individuales». Uno tenía la impresión de que la teoría de Menéndez Pidal había sido la de enfrentar la Chanson con el Poema del Cid y buscarle a éste antecedentes germánicos... pero quizás es la Guerra... (1916).

Azaña encuentra a un general francés y como todos los escritores y periodistas que conocen a un oficial de alto grado «de su lado», cae en arrobo ante él. Era el general Gouraud. «Su alta estatura, la rigidez de su cuerpo, aumentada por la falta de un brazo, la gravedad de su semblante, unas luengas barbas rubias y un rápido fruncir de cejas que marca una arruga honda en su frente, componen la figura más guerrera que se puede imaginar."

Esto en lo físico. Pero esos militares tienen todos, ¡todos! un fondo mucho más humano que el aparente belicoso. Gouraud no es una excepción. Ni Azaña tampoco al describirlo.

«Pero hay en la mirada de sus ojos azules —que se mojan cuando se le habla de Francia— una vislumbre de dolor, y en su voz una entonación conmovedora que descubren un gran

corazón, no sólo forjado por los altos hechos de guerra, sino capaz también de compasión.» [30 bis]

En lo que, además, es un símbolo perfecto de su pueblo. «Esta alianza de la aptitud militar con las más suaves cualidades humanas, pudimos nosotros descubrirla en aquel jefe, representativo del espíritu del ejército francés; y el que una y otras pueden vivir juntas en los tiempos que corren, no constiuye para Francia el mérito menor.»

Esta teoría de Baroja no nació con la Guerra Europea. Ya unos años antes (1911) y con motivo de las discusiones sobre Marruecos, habían surgido discrepancias periodísticas sobre el papel de Francia en relación a España. Y ya entonces, Baroja había dicho que la influencia francesa «es perniciosa en nuestra patria y una pantalla a través de la que los destellos del alma europea llegan a nosotros desfigurados».

Le contesta quien también ya entonces estaba en una situación moral de francofilia. Manuel Azaña, utilizando el poco eufónico seudónimo de «Martín Piñol» niega que esa influencia francesa haya sido mala para nuestra patria recordando el XVIII y los bien intencionados seguidores de José I, que en el lado patriota fueron los inspiradores de la Constitución de Cádiz. Y que donde no había afrancesados tampoco había cultura. «Cita Baroja el caso de Moratín. Vaya por la mediocridad de ese ingenio; mas ¿valía más Comella.'

Francia la frívola

Cuando París es atacada por los alemanes, la admiración española de sus amigos se desborda. Y cuando esta admiración se une al temor de que el fin se aproxima, hacen esos cantos de amor más fuertens, más graves. Unos versos catalanes de Josep Carner son muestras del estilo.

No hi ha dança sino a França
no hi ha encís sino a París
Rosa roja i flor de lis!
Es'n va que el crim s'atança
amb son glavi fonedis
al coratge del somris.

(Que libremente traducido sería algo así: No hay danza

30 bis. AZAÑA, MANUEL, Obras Completas, Méjico, 1966, I - 81, 121, 123.

más que en Francia ni encanto fuera de París. Rosa roja, flor de lis. En vano el crimen avanza con su espada que se fundirá ante el coraje de la sonrisa.) [31]

J. Miró la compara con el sacrificado en el Gólgota «símbolo de la definitiva redención... Las heridas de París son las llagas del supliciado, símbolo adorado el que resucita y redime a los demás».

Gaziel hace lo que llama «Elogio sereno de Francia», pero que en realidad, es un comentario apasionado del país vecino. Y tras el amoroso piropo...

«Pero sólo viviendo largo tiempo en Francia es posible llegar a percibir la trama anónima de que está tejida el alma gloriosa de este pueblo latino, cuyas fibras más tenues requieren ojos muy claros para ser descubiertas, y cuyas palpitaciones más íntimas son ecos suavísimos de una tradición milenaria.» [32]

...Se apresura a atacar a quienes atacan a su ídolo. ¿De dónde ha salido la mala fama de Francia como corrompida, perversa? De quienes llevaban a Francia su propia perversidad.

«¿Qué sabe del pueblo de Francia y que dirá luego de él, ese viajero atolondrado y bellaco, que desciende una mañana de mayo en la Estación del Quai d'Orsay, y pasa quince días en París refocilando su carne sedienta en las alturas soeces de Montmartre? ¿Con qué derecho habla del pueblo de Francia ese escritorzuelo ruin, que sabe de memoria los últimos couplets de Mayol y Polin (y a veces los traduce desdichadamente) e ignora dónde se encuentra instalada la biblioteca Mazarine? ¿Qué idea tan estrambótica se habrá formado del pueblo de Francia ese hortera que ahorró quinientas pesetas durante diez años, en el fondo oscuro de su tierra natal, para derrocharlas luego en tres días, a tontas y a locas, presentándose en Folies Bergères armado de unas grandes tarjetas que dicen: El Marqués de Bejarano? ¿Y qué no podrían, en fin, imaginar, como características del pueblo de Francia, esos millones de extranjeros que anualmente abusan de la hospitalidad de esta tierra, llegando de todos los rincones del mundo para echar las piernas y otras cosas al aire, en un

31. «Iberia», 20-IV-1916.
32. GAZIEL, *Narraciones de Tierras heroicas, 1914-15,* Barcelona, 1916, pág. 304.

impulso de alegría bestial que habrían considerado indigno de mostrarlo en sus tierras?

«Francia ha sido inmensamente calumniada por esa formidable legión de calaveras fugaces, que todos los años venía a depositar en París los restos más viles de su economía. Al regresar a sus tierras, esas gentes explicaban al mundo lo que habían visto del pueblo de Francia, que era precisamente lo que el pueblo de Francia no ha tenido jamás la pretensión de presentar como suyo. De esta suerte se decía por el mundo en los últimos tiempos, que Francia estaba corrompida hasta la médula y que se acercaba la hora suprema de su *débâcle* final. Sólo los que conocíamos a fondo a este pueblo, los que habíamos convivido con él, recorriendo la fecunda extensión de sus tierras y penetrando en lo más hondo de sus nobles hogares —donde se conserva tan pura y tan limpia la parte más viva de su alma—, sabíamos cuán entero y cuán fuerte palpitaba todavía el vigor inmortal de la raza. Mas, como innegables sucesos políticos y ciertas ráfagas de podredumbre evidente parecían apoyar el clamor de los falsos definidores de Francia, no había más remedio que callar, y nosotros, sus amigos, callábamos.» [32 bis]

E. Díez Canedo, joven escritor que llegará a convertirse en uno de los primeros críticos literarios españoles, advierte también que quienes buscan la pornografía francesa son los extranjeros.

«...a esto responde Lecomte ("Les lettres au service de la Patrie") que esas exhibiciones escandalosas de que los extranjeros se indignan con justo título se ofrecen sobre todo a su curiosidad de pasajeros que vienen a divertirse a nuestra cosa. Ante esos escaparatistas, nunca o casi nunca hay compradores franceses.»

Díez Canedo se irrita contra otra de las bestias negras de las tradicionalistas españoles, Emilio Zola y dice con sarcasmo «sus escenas de crudeza indudable, no puede tolerarlas nuestro fino paladar hecho a las exquisiteces de la novela picaresca».[33]

Gaziel y Díez Casado aceptan, pues, dos cosas. Que la frivolidad existía —porque sino no se explica esa ansia forastera

32 bis. GAZIEL, *ob. cit.* pág. 305-6.

33. DÍEZ-CANEDO, E., «El oro extranjero y la literatura francesa», «España», 17-I-1918.

para llegar a París— y que había la posibilidad de que esa corrupción llegase a otros estadios de la vida francesa. Son las razones que da con entusiasmo un conocido germanófilo, utilizando incluso textos franceses especialmente de militares, que debían saber mejor que nadie el daño que esa corrupción podía causar al país en su preparación bélica.

«¡Contraste desconsolador! Francia se ha reído de todo, y lo más digno de respeto no es allí respetado; la virtud, la familia, el amor de la patria, el honor, la religión se presentan en Francia como motivos de mofa a una generación frívola y escéptica. Los teatros se han convertido en escuelas de cinismo y de lujuria. El veneno se filtra por todos los lados gota a gota; todas las bellas cualidades de la nación: la generosidad, la lealtad, la espiritualidad, los arranques generosos, se debilitan o se borran poco a poco y bien pronto esta noble raza francesa no se reconocerá más que en sus defectos.

»¡Cómo no estremecerse profundamente por estos contrastes cuando se está convencido como yo que la guerra es inevitable!»

El «contraste» es con Prusia donde el barón Stauffel que, a pesar de su apellido, era el agregado militar de la Embajada Francesa, lamentaba como Casandra la suerte que esperaba a su país. Sus notas son de 1869, meses antes de la debacle de Sedan; y «Armando Guerra» el comentarista termina:

«...Medio siglo ha pasado casi; los franceses han seguido por la pendiente florida en que ya se deslizaba en 1869, pensando muchos con el poeta Marcial y con el Rey godo Witiza que la espada del soldado debía encorvarse y trocarse en hoz cuando, apocalíptica, ha sonado de nuevo la espeluznante frase de que "La force prime le droit" por boca de los cañones, y mientras que la cigarra cantaba, la paciente hormiga ha ido llenando su granero, si no de granos de trigo precisamente, de proyectiles y de bocas de acero, que bueno es fiarse en la Virgen y en las fuerzas morales; pero hay que echar una miradita a la artillería...»[34]

No es cierto. Para Gaziel, al menos, no lo es porque la auténtica Francia estaba dormida debajo de la otra y el día de la guerra, despertó.

34. ARMANDO GUERRA, *De Re bellica*, pág. 40 y ss.

«Pero vino la guerra, y el alma entera de este pueblo derrumbando las vallas que la dividían, se mostró fuerte, unánime, compacta, arraigada a su santa virtud que la hace inmortal. La Francia oculta, la verdadera Francia, surgió de improviso, surgió como siempre, como en tiempos de César, de Carlomagno, de Carlos VII, de Enrique IV, de Luis XIV, de Napoleón el Grande, y como surgió formidablemente y en masa después del desastre del año 70.

»Entonces comenzaron a resonar por el mundo voces cándidas y desconcertadas. "Pero, ¿no habíamos quedado en que Francia ya estaba podrida? ¿Qué es eso? ¿Dé dónde viene este resurgimiento? ¿Cómo es posible que un pueblo descompuesto, se alce de pronto con tan enorme vigor? ¡Nadie lo hubiera dicho! ¡Esto es increíble! ¡Esto es un milagro!" Y "No, señores míos. Esto es Francia, ¡nada más que Francia!"»

«¡Qué milagros, ni qué necedades! ¿Acaso es dado a los directores de un pueblo resucitar de improviso el cadáver de una nación como los viejos taumaturgos resucitaban a su antojo el cadáver de un hombre? ¿Dónde se ha visto jamás un levantamiento tan admirable como el de Francia, sin que existiera, aunque escondido y latente, el vigor secular de la raza? Decid mejor que los vicios pasajeros ofuscaban el esplendor de las virtudes eternas; que el verdadero pueblo de Francia no es el que absolvía hace seis meses a Mme. Caillaux, * sino el que muere actualmente con un coraje indomable en las trincheras de Flandes; que éste ha existido siempre, aunque vosotros no supiérais hallarle bajo las escandalosas turbulencias de aquél; y que Francia, la Francia legítima, el verdadero pueblo de Francia, no estaba podrido, ni muerto, sino que vivía trabajando en silencio cultivando sus viejas virtudes, dispuesto a mostrarse a los detractores e incrédulos que dudaban nada menos que de su misma existencia.»

De forma, que, como en el caso de Alemania, tenemos dos Francias, la frívola, atea despreocupada por un lado; la seria, trabajadora patriota por el otro. Gaziel nos describe la segunda. La primera está en las palabras de «Armando Guerra». Así era, nada menos, el país galo...

«...Con una copa de champagne en la mano, París brindaba por sus horas de placer; por su derecho a los goces ma-

* La que mató a su marido, conocido político, constituyendo un proceso célebre.

teriales... No había necesidad de ir a la capital de Francia para ver a un pueblo materialista y ateo en gran parte, que, pensando que en la fosa termina todo, se acerca a ella impulsado fatalmente por el rodar de la vida, pero cerrando los ojos en espasmos continuos, corolarios de funciones de la médula y ahogando en risas y besos la idea de la muerte...

»Hojead la literatura francesa de los pasados años, y no creo que haya nadie que pueda sacar consecuencia distinta de la que yo saco... Las campanas de las iglesias voltean llamando a los fieles, y algunos acudían a la llamada, pero la inmensa mayoría rendían culto a la diosa Razón, a la que nació entre el humo y la sangre de la revolución francesa... Todo lo sé —gritaba el pueblo con nuestro poeta Bartrina—. Sé que lo que han dado en llamar alma no es otra cosa que vibraciones sutiles de la materia; sé que en la fosa no empieza todo sino que todo acaba en ella, y a lo sumo lo que concede es que los elementos que integran mi cuerpo, disgregados, entren a formar parte de otro organismo; sé que en la vida de la Humanidad, la de los individuos es un soplo; ¿y he de molerme las rodillas en las losas de una catedral siendo la vida tan corta cuando los labios sexuales de mujeres adorables me esperan...? El reloj de arena desgrana el tiempo sin cesar. Cuando la vejez llegue, no quiero oír a mi lado carcajadas burlonas por no haber sabido aprovechar las horas de mi vida... ¡Sensaciones me gritan mis sentidos, y no oraciones...! Que mascullen éstas en las sombrías iglesias a los sones de los órganos los necios que no han atinado a descubrir la verdad, mientras que yo, en el ambiente lleno de luz de un restaurante de moda, oyendo la música de los zíngaros, rezaré al oído de una buena moza mi culto a la carne satinada y olorosa... Y así París se dormía con una copa de espumoso vino en la mano, y si en su sueño oía voces que le llamaban camino del templo, voces atávicas, bebía éter o se inyectaba morfina, y soñando que vivía, vivía soñando.

»Soñó el cañón... Francia entera despertó sobresaltada... El sueño de placer se había terminado.»[34]

Para el germanófilo que usaba de un curioso seudónimo, París, efectivamente está pagando, con la guerra, su pecado de siempre.

París en la Guerra

Emporio voluptuoso de fiestas y placeres,

34. ARMANDO GUERRA, *ob. cit.*, pág. 68 y ss.

de artísticos torneos, de decadentes vicios,
para la carne, ardores de exquisitas mujeres
y para el pensamiento complejos artificios.
La germánica ira tu esplendor amenaza
y en la cara de pronto la risa se congela;
en el aire sereno siniestros giros traza
el pérfido aeroplano que en torno tuyo vuela.
La orgía —ola de lujo, de música y besos—
el pavor paraliza en medio de la noche.
¡Adiós, horas febriles de lúbricos excesos!
Huyen de ti empujados por militares leyes,
milenarios y pobres, en tren, a pie o en coche,
y hoy pacen en tu bosque de Bolonia los bueyes...» [35]

Para Benavente, la misma Francia se disfrazaba para atraer turistas.

«Francia merece que se la ame por sí misma, y muchos de estos admiradores la aman sin conocerla. Conocen de Francia el París que ellos llevan a París, el París bullanguero, el París que sabe hacer amable industria del snobismo, el restacuerismo y demás importaciones del extranjero vano y ocioso.

»París, por complacerles, por explotarlos, llega hasta calumniarse. París es quizá la capital del mundo en que más se trabaja; en París, y no digamos ya en el resto de Francia, hay vida de familia, de hogar; hay grandes señoras de ejemplares virtudes, muchachas con todo el candor de la inocencia obreras honradas, virtud sin ostentación, amable y tolerante...

»¿Es éste el París que aman y conocen es ésta la Francia que admiran esos energúmenos de la francofilia? De ningún modo.

»Ahora, yo, que conozco y amo a esa Francia, le hubiera dicho a M. Barrés: Francia es como esas mujeres graciosas y bonitas que, con ser muy buenas, están muy persuadidas de sus gracias y más se valen de esas gracias que de su corazón para ser admiradas. Es como una coqueta, orgullosa de que todos pretenden sus favores, sin dignarse concederlos a ninguno.» [36]

Para muchos germanófilos era artículo de fe la existencia de una Francia corrompida, sin pulso, que debía ser fatal-

35. Bobadilla, Emilio (Fray Candil), «La Esfera», 8-II-1915.
36. Benavente, «De Sobremesa», «El Imparcial», 22-II-1915.

mente dominada por una Alemania llena de fuerza y vitalidad. Olmet critica al Dr. Carracio por esas deducciones.

»Cuando estalló la guerra fue preguntado el Dr. Carracido qué opinión tenía acerca de la contienda y de su resultado final. El doctor contestó empleando un sistema químico:

»—Cuando un líquido —insinuó— baja de nivel, el líquido que está a su lado corre a cubrir la deficiencia.

»Francia era para el Sr. Carracido el líquido que baja de nivel, y Alemania el líquido supletorio.

»Además el doctor Carracido había encontrado en el ente alemán mayores calorías que en el ente francés. Lo hallaba psicológicamente más joven, más fuerte, menos gastado por la cultura. Carracido no cree en el alma, ni en la providencialidad del hombre, ni en los destinos ultraterrenos. Eso constituye una patraña ante su catalejo de farmacéutico. Carracido analiza a la bestia humana como a la bestia mamífera vulgar. Un niño es un cachorro débil. Una mujer es una matriz coquetona. Un hombre es una fiera cobarde.

»Así pensaba el doctor Carracido en agosto del año 14.

»Su opinión, pues, no podía ser más rotunda. La Europa decadente sucumbiría ante la Europa menos desgastada. Así como baja el agua de la torrentera para suplir la escasez del agua del arroyo, habría cascos en París. No era una cuestión espiritual, era una cuestión animal, fisiológica, zoológica, sin el menor refinamiento.» [37]

La cultura francesa

El consenso es unánime. Todas las mentes españolas de cierta categoría, aun las que odian al país vecino, admiten que el florecimiento de su cultura es indiscutible. El mismo Benavente, germanófilo, asegura: «No hay persona culta que no sienta admiración y simpatía por Francia.» Hay clara precisión en ello. Mencionaría igualmente: ¿«No hay persona honrada? ¿No hay persona patriota?» Probablemente, no. Pero, en lo oculto, se descubren con entusiasmo los amigos, tipo Azorín; con reconcomio los enemigos, tipo Benavente. Y aun Salaverría. Todos.

...menos Pío Baroja. Para él se trata de un espejismo que se desvanece al profundizar un poco. «La primera impresión que un español obtiene al asomarse a la cultura es que

37. Antón del Olmet, Luis, *Los Bocheros*, pág. 124, y ss.

todo es francés; la segunda es que muy pocas cosas son originariamente francesas.» Para Baroja el mundo culto galo es sobre todo un mundo pedagógico, un estilo de enseñar temas generales con gracia y habilidad. «La cultura francesa como algo muy bien armonizado, tiene la ventaja de servir de nodriza a gente de cierta mediocridad, como nuestros ateneístas, los sociólogos hispano-americanos, etc."»

Tres faltas ve Baroja en la cultura francesa. Primero la falta de cúspides.

«Todos los pueblos de Europa, incluso España, han dado una cima en la vida, en el arte, en la ciencia, más alta, más fuerte, más característica que Francia. Se trata de heréticos, no hay ninguno en Francia tan grande como Lutero; se trata de sabios, tampoco hay ninguno como Copérnico o como Newton; entre los escritores no hay un Shakespeare; entre los músicos no hay un Beethoven; entre los filósofos no hay un Kant; entre los pintores idealistas no hay un Rafael o un Botticelli; entre los realistas no hay un Velázquez o un Goya; entre los escultores no hay un Donatello o un Miguel Angel; entre los hombres de acción no hay un Hernán Cortés o un Pizarro...»

Como hemos visto en otro capítulo y contestando a una teoría que entonces empezaba a ponerse de moda, reafirma el nombre de arte gótico, arte germánico, para el ojival aunque sus primeros edificios apareciesen en regiones francesas.

La segunda falta se debe, según Baroja, al nacionalismo estrecho, especialmente vis a vis de Alemania.

«Uno de los motivos de hostilidad contra la intelectualidad es el haber querido acordonar, aislar, sombrear el pensamiento alemán con detrimento de los otros pueblos de Europa que tienen necesidad de una cultura sólida (la germánica, claro). Alemania ha aceptado todo lo grande y pequeño de Francia desde Pasteur y Branly hasta las tonterías del cubismo y del tango argentino; en cambio Francia siempre se ha cerrado a lo alemán, lo ha puesto en cuarentena y cuando ha llegado a abrirse camino y a dominar al mundo ha sido a fuerza de originalidad. Es el caso de Kant, de Beethoven, de Wagner, de Nietzsche.»

Atacando, Baroja admira, porque acepta la posibilidad de que hubiera bastado que París dijera sí a la cultura alemana para que ésta se hiciera europea, universal, conocida por to-

dos. Ese secreto parisino de tener en la mano la estampilla es la que dio motivo a la orgullosa frase.

«Las verdades aquí se hacen universales.»

Pero es que Baroja, dispuesto a negar cosas a los franceses, les niega también el ingenio, la gracia. «¿Gracia, espiritualidad, simpatía? Yo no la encuentro más que en los demás países, quizá menos que en los hombres de la Europa excéntrica.»

Hay que advertir que la idea de lo que es la gracia es bastante diferente en Baroja de la de otros seres humanos. Unas líneas antes de negar que los franceses tengan «sal» lo había negado ya de los sevillanos.

«Yo encuentro que los sevillanos son muy trabajadores, sobre todo teniendo en cuenta el clima húmedo y enervante; me parece que es gente seria, honrada y de palabra, y de quien se puede uno fiar a ciencia cierta. Ahora, gracia, no. Yo no le encuentro ninguna.» [38]

(No son ganas de «épater la bourgeois». Quien conozca la obra novelística de Baroja sabe que ese desprecio a lo que hoy llamamos folklore es constante en él. En «Las Inquietudes de Shanti Andia» el carácter flamenco en baile, el chiste y el cante, son mirados con distancia y desprecio. Son mundos llue le resultan totalmente ajenos.)

Para algún francófilo en cambio, la gracia francesa comparada con la pesadez teutona puede notarse incluso en las armas que usan.

Veamos los cañones, por ejemplo. Para Gómez Carrillo...

«El 75 es el símbolo del guerrero francés como el 42 es la imagen del soldado alemán... Enorme y terrible el 42 tiene las cualidades mecánicas del militarismo teutón, con sus innumerables ruedas rígidamente combinadas, con su robustez inconmovible, con su aspecto colosal. Su voz de trueno conmueve el espacio y su paso hace estremecerse la tierra. Cuando llega a un punto estratégico, se necesitan legiones para armarlo, para consolidarlo, para alimentarlo... En cambio el 75 entra por los desfiladeros, corre por las veredas, se establece en un punto cualquiera, brama, incendia, vuelve a ponerse en camino... un par de muchachos robustos bastan para manejarlo... sus movimientos tienen algo de nervioso y de felino, su bramido mismo es alegre, es agudo, es ligero...

38. Baroja, Pío, *Las horas solitarias*, Madrid, 1920, págs. 82-93.

es una pantera en fin, mientras su rival es un elefante.» [39]

Las influencias francesas son las que aquí tienen que llegar antes forzosamente por proximidad geográfica y facilidad en el manejo de la lengua. La cultura francesa además de explicarse por sí misma, ha servido de megáfono a la universal «perseverante y noble difusión del pensamiento ajeno —dice un galófilo—. ¿Por dónde se ha conocido en Europa, en el mundo a Kant, o Goethe, a Nietzsche? ¿Quién ha aventado a los cuatro vientos la fama de Tolstoi?, a Ibsen seguramente que tampoco lo habrán conocido los germanos y los españoles en su propia lengua o por mediación de Alemania... Poe acaso en francés (aludimos a la traducción de Baudelaire) pueda ser leído con tanta delectación como en la lengua inglesa... Shakespeare... ha sido dado a conocer en Europa también por Francia» [40] Canedo también desafía a los amantes de Tolstoi, Nietzsche, de Carlyle y de Ibsen a que nieguen que lo primero que leyeron de esos autores fue en francés que ha servido evidentemente de vehículo y de transmisor de culturas de poderosa fuerza. Pero Díez Canedo va más allá porque, en su entusiasmo por lo galo, lo cree no ya vehículo, sino inspiración de otras literaturas. «Los que hayan podido gozar de las otras literaturas en las lenguas que les son propias, declaren si no han visto a Rousseau en Tolstoi, a Stendhal en Nietzsche, a Hugo en Carducci, a los naturalistas franceses en Hauptmann. Huímos de Francia y con Francia nos encontramos en todas partes.» [41]

Los escritores aliadófilos se extasían ante la permanencia de la cultura en la vida francesa, incluso durante la guerra y los tristes días del asedio de París.

«A pesar de la oscuridad y la inclemencia del tiempo, continúan en los barrios Latino y de Saint-Bermain (los más bellos de este viejo París tan amable), las tradiciones pacíficas y culturales de las tardes de invierno. Me refiero a las conferencias de la Sociedad de Geografía, y, en especial, los cursos públicos de la Sorbona y del Colegio de Francia.

»Ésta es una de las manifestaciones más hondas y finas de la templanza íntima, de lo que podríamos llamar el apetito espiritual de la pequeña burguesía parisiense. A los cursos públicos gratuitos, que se dan en la Sorbona y en el

39. Gómez Carrillo, *ob. cit.*, págs. 74-75.
40. Azorín, «Shakespeare silbado», «ABC», 20-VII-1916.
41. Díez-Canedo, E., «El oro extranjero y la literatura francesa», «España», Madrid, 17-I-1918.

Colegio de Francia (sobre todo a los primeros), asisten muy pocos estudiantes. El público de estas reuniones académicas se compone, casi exclusivamente, de mujeres y viejos; damas de la clase media, institutrices, pequeños rentistas, tenderos que dedican sus ocios o los últimos años de su vida a procurarse una ilustración tardía y enciclopédica. Los profesores hablan de todo un poco sin profundizar demasiado: de historia, de crítica, literaria o religiosa, de poesía, de etnografía, de arduos problemas filosóficos y de lingüística. Algunas de las conferencias van acompañadas de proyecciones y prácticas musicales. El auditorio escucha con religioso silencio, y, al terminar, aplaude.

»Estos cursillos, pues, continúan dándose a pesar de la guerra. Los grandes maestros, los más famosos, se reservan un tanto. Bergson, por ejemplo, ha interrumpido sus conferencias metafísicas, y hace más de dos años que no se producen ya los escandalosos tumultos provocados por el entusiasmo de sus admiradores. Pero todavía quedan algunos maestros de nombradía —Durkheim en la Sorbona, Morel-Falié en el Colegio de Francia—, para contentar a los asiduos. El primero trata, actualmente, de La educación intelectual; el segundo está comentando el Quijote.

»El público es más numeroso, si cabe, que en tiempos de paz. Hay una razón para explicar este fenómeno. Las conferencias más gustadas suelen tener lugar por la tarde. El precio del carbón está por las nubes; y aun pagándolo a la tarifa especial, es muy difícil procurarse la cantidad suficiente para caldear un piso. Los modestos interiores de los pequeños burgueses, son fríos; hasta las habitaciones más íntimas parecen neveras. En cambio, la Sorbona y el Colegio de Francia tienen la suerte de poder alimentar todavía su calefacción central. Al comenzar la tarde, cuando anochece y hiela, ¿queréis algo mejor, más sosegado, puro y económico, que el ir a calentarse el cuerpo mientras se escuchan altas disquisiciones sobre la inmortalidad del alma...?» [42]

42. GAZIEL, *El año de Verdun 1916*, Barcelona, 1918, págs. 448-9.

IX. INGLATERRA
(la serenidad, la libertad, la democracia)

INGLATERRA
(la perfidia, la hipocresía, el odio eterno a España)

Inglaterra o la serenidad

Serenidad ante el peligro, flema ante el ataque, sencillez en el heroísmo; éstos son las cualidades británicas que sus simpatizantes pondrán de manifiesto al compás de la guerra. Un gran poeta canario recordará ese tipo humano en el recuerdo a un caído.

«El capitán ha muerto» (elegía)
El capitán inglés —oh no penséis
que es otro capitán— murió hace un día.
Él en su vida no hizo sino cuentas,
escribir cartas coloniales, firmas
de cheques y créditos, y a veces
ayudaba al cajero a contar libras.
Era un inglés de la colonia, rojo
como una llama, en un fanal sumisa;
silencioso y sutil como un reloj británico
temeroso del grito español como una niña.
Una tarde el inglés me dijo: «Ahora
yo me marcho a Inglaterra». Sonreía
porque era la primera vez que hablaba
de cosa ajena a libros de oficina.
¡...oh Mister Rowe, mis horas de poeta
chocaron en el gris de tu sonrisa...!
Yo pensé entonces que la niebla inglesa
de vuestro propio corazón salía... [1]

1. ALONSO QUESADA, «España», n.º 140.

Esa serenidad es tan extrema que es fácil para el enemigo llamarla insensibilidad. La frase de Wellington que la guerra contra Napoleón se había ganado en los campos de cricket no llega a ser comprensible para un latino, especialmente si ese latino es germanófiló. Al revés, le parece cínico mirar la guerra desde lejos, distante, ajena, superior...

«Cerrad los ojos y evocad la visión de esos campos de batalla donde se aniquilan siete naciones... sólo una nación contempla impávida ese cuadro de desolación y muerte... Inglaterra no ha experimentado los horrores ni siquiera las molestias de la guerra...»

...y algo más grave, dice Cadenas...

»Mientras los sports se hallan en Francia paralizados, la vida del sport en Inglaterra no ha sufrido interrupción alguna... las carreras de caballos siguen viéndose concurridísimas... la juventud inglesa... en traje de sport, la raqueta de tenis en la mano y mascando apática la pipa, con la mayor indiferencia hacia la lucha.»

Cuando en Francia se indignen por fin con esta actitud podrá ser el comienzo de la paz, concluye muy seguro el periodista. [2]

Pérez de Ayala se burla de esas interpretaciones germanófilas.

«En Berlín, mejor en toda Alemania, se hace la vida como de costumbre en tiempo de paz. Teatros, music-halls, salas de espectáculos y conciertos están siempre abarrotados de gente. Los bailes populares, llenos de animación. Valoración del germanófilo: "Pueblo admirable, admirable moral social, admirable disciplina y fortaleza. ¿Se puede concebir que una nación así sea vencida?" El mismo hecho: "En Londres se hace la vida como de costumbre, etc., etc...." Valoración del germanófilo: "Pueblo flemático, frío, indiferente, sordo a todo sentimiento de humanidad. En tanto los hombres mueren a millares, los ingleses se divierten.» [2 bis]

Durante la guerra hubo en la Gran Bretaña destacados partidarios de los aliados entre los corresponsales, pero también se apuntaron para el trabajo los amigos de los alemanes. (No he encontrado, por el otro lado, la misma situación. Ningún anglófilo, que yo sepa, escribió desde Berlín.) Esos germanófilos naturalmente buscaron en la sociedad británica sus

2. Cadenas, J. J., «Las Causas de la Guerra», «ABC», 1-XI-14.
2 bis. Pérez de Ayala.

debilidades, no sus triunfos, sus defectos, no sus virtudes, y para ello utilizaron fuentes locales.

Por ejemplo, Juan Pujol aprovecha datos británicos para contraatacar en un terreno donde los germanófilos se batían a la defensiva, es decir, en el capítulo de las atrocidades alemanas en Bélgica. Con entusiasmo, el periodista español cita las palabras de Keir Hardier diputado laborista en la Cámara de los Comunes. «Yo estoy seguro de que algunas mujeres, ancianos y niños habrán sido muertos en Bélgica por los alemanes, pero ¿quién osará decir que no ocurren las mismas cosas en los pueblos que los aliados recuperan?»

Y en cuanto a las victorias británicas, el Sr. Hardier se burla de los partes de guerra. ¿Por qué no avanzamos más si son ciertas? Pujol añade, contento, que las propagandas del orador laborista han contribuido a disminuir el número de reclutas procedentes de las clases obreras. Lo que no se plantea el Sr. Pujol —y probablemente se la plantearían muchos lectores— es la posibilidad de que un diputado pudiera acusar así al gobierno imperial en el Parlamento de Berlín.[3]

En otra ocasión, su crónica responde a la acusación típica de crueldad hecha en Inglaterra sobre España desde los años de Isabel I y que había aumentado con motivo del proceso Ferrer. Su defensa consiste en el típico «pues anda que tú...». Narrando el caso de un incidente ocurrido en Egipto donde unos oficiales británicos, al cazar unas palomas propiedad de los nativos fueron agredidos por éstos. A la pequeña herida de un oficial, se contestó con brutales palizas y ahorcando al protagonista. Al final de su artículo lleno de detalles, Pujol da victoriosamente el origen de su información que no puede ser sospechosa porque se trata de un autor británico. (George Bernard Shaw «Preface for Politicians en "John Bull's Other Island"», ed. 1912.)[4]

La resolución del lector pudiera ser, como en el caso anterior, ambivalente. Odiar a Inglaterra por su dureza con el egipcio o admirarla por permitir que, en su seno, un hombre se permitiera exhibir esos trapos sucios sin que al gobierno se le ocurriera intervenir para coartarle.

Bernard Shaw fue, durante la guerra, la alegría de los germanófilos y la desesperación de los anglófilos a los que les costaba admitir que un inglés pudiese hablar así de los suyos en plena guerra. Julio Camba, que tan ingeniosamente se burla de los germanófilos más alemanes que los propios alemanes, caerá un poco en el mismo defecto. Recoge, por ejem-

3. Pujol, Juan, «Los obreros y la Guerra», «ABC», 1-XI-14.
4. Pujol, J., «Militarismo», «ABC», 13-I-1915.

plo, la versión, evidentemente partidista, de que Shaw se oponía a la guerra porque en la aliada Francia había fracasado siempre mientras en Alemania y Austria era el famoso autor de «Pigmalion» y cree que su actitud es típica de su obsesión por la paradoja. Llega a decir que «En Inglaterra... no había logrado nunca imponerse por completo» y unas líneas más abajo, admite que iban a verle cuando «hacía juegos de prestidigitación por las ideas» y si Shaw, indignado porque no le tomaran en serio, insultaba al público éste decía: «Tiene gracia... este Bernard Shaw siempre tan original.»

«Pero ahora Bernard Shaw ya no le hace gracia a los ingleses» advierte Camba con auténticos deseos de que así ocurra «porque no es hora de paradojas y la cabriola tendría que ser al revés, es decir los pies abajo y la cabeza en alto". que ser al rebés, es decir los pies abajo y la cabeza en alto». lerancia ibérica ¿cómo se permite eso? Precisamente porque así es Gran Bretaña y ésa es su grandeza. [5]

Tolerancia tan extendida que los germanófilos necesitan encontrarle las fisuras. Así Pujol la busca en un campo donde, a socaire y de la irritación por el ataque alemán, es fácil encontrar la injusticia. Se trata de la colonia alemana en Inglaterra. El principio no puede ser más prometedor para los germanófilos.

«La situación de los alemanes aquí es muy penosa. La policía ha detenido a muchos de ellos bajo la acusación de espionaje.»

¡Ah, ah, también ellos tienen estado-policía!, sonreían los lectores partidarios del Kaiser. Desgraciadamente para ellos, la continuación es poco dramática...

«La mayor parte han sido libertados. Pero hay un movimiento de opinión que desea verlos expulsados del territorio inglés.»

¿Un movimiento? ¿Cuánta gente representa? ¿Qué posibilidades tiene de que el gobierno le haga caso? Pujol lo silencia. Afirma que los alemanes son treinta mil, sólo en Londres.

«La mayor parte son peluqueros, camareros, pequeños industriales, laboriosos. Muchos, naturalmente, se sienten ofen-

5. Camba, J., Mr. Bernard Shaw, «Excéntrico filósofo», «ABC», 19. IV-1915.

didos y no ocultan su cólera. Otros parecen sumidos en una tristeza silenciosa muy comprensible.» [6]

Más firme pisa Camba cuando el escritor estudiado es Kipling, el cantor exuberante del imperialismo inglés «Dios, bajo cuya mano terrible dominamos nosotros las palmas y los pinos». Al fino escritor gallego no puede gustarle el inglés convencido de que el Imperio británico es una inspiración divina y que su raza, siendo superior, tiene derecho a dominar al mundo. Y ahora Kipling, cuando su patria se encuentra en plena contienda se calla, ¿cuál es la razón? Según Camba porque «esta guerra no es la suya». Ésta no es la guerra de Transvaal ni ninguna otra «guerra de conquista» y, por ello, Kipling se abstiene. Camba cita una acertada frase de Chesterton asegurando que los imperialistas ingleses no querían a su patria como un niño puede amar a su madre, sino como un niño puede querer un tarro de confitura. Camba no puede estar, en tiempos de guerra, con un británico como Shaw que prefiere la paradoja a su deber patriótico, pero tampoco puede estar con un británico como Kipling que sostiene que el deber de la patria es dominar a los nativos de lejanas tierras, nacidos sólo para dar mayor gloria del Imperio. [7]

«¡Qué poco conocemos al Imperio Británico! —exclama un amigo— tiene el poder y no abusa del poder. Su rastro es siempre fecundo y noble. Sus antiguas colonias son ahora metrópolis egregias. La India es una maravilla de cultura y de riqueza. El boer, ayer adversario suyo, se halla gozoso con la protección británica.» Habla Olmet. [8]

Para otro exaltado del mismo lado, Inglaterra llega a los sitios sólo para beneficiarlos.

«Inglaterra, mirando por su prosperidad, con habilidades de su política diplomática un día ocupa Egipto.. Y ¿qué era Egipto...?, el régimen que existía en Egipto era el régimen feudal, el régimen de la esclavitud, el régimen de castas, el régimen de todo retardo de la civilización y le progreso. Pues bien; Inglaterra ha convertido Egipto en un país civilizado y por virtud de enormes, magníficas, audaces obras hidráulicas ha hecho que el Nilo... distribuya hoy generosamente sus aguas y ha desaparecido de Egipto la miseria y la esclavitud

6. Pujol, J., «ABC», 15 agosto 1914.
7. Camba, J., «Rudyard Kipling», «ABC», 29-VIII-1915.
8. Antón del Olmet, Luis, *Los Bocheros*, pág. 161-2.

y se han creado millones de pequeños propietarios... en la contienda actual Egipto se ha colocado incondicionalmente al lado de Inglaterra.»

Dice Lerroux aun admitiendo que quedan algunos nacionalistas que procurar atizar las discordias locales... [9]

Un tópico ilustre y, como tantos tópicos, verdad absoluta también. Inglaterra o la serenidad, Inglaterra y su entrega al patriotismo y el deber sin alharacas. Un español que era ilustre en las letras y en la diplomacia, escribe desde Londres para un periódico español y cuenta una película que ha visto entre muchos espectadores en un local londinense. Una película verídica, un documental que —dice— pone los pelos de punta por sus detalles casi macabros. Los anuncios dicen de ella que se puede reconocer entre los protagonistas a amigos y parientes. Es una película que, por su carácter brutal, bastaría a hacer que muchos públicos odiasen la guerra e hiciesen lo posible para que terminara cuanto antes. Y en cambio, señala Madariaga, el censor oficial no ha hecho nada para que perdiera algo de su horror aunque pudiera ser contraproducente para un país que tiene que seguir luchando. «No es posible dar mayor testimonio de confianza en la firme voluntad que anima a este pueblo de apurar la guerra, cueste lo que cueste, hasta que la lección sangrienta haya convencido a los responsables».

Madariaga explica luego que las familias más encumbradas dan ejemplo en el sacrificio de sus hijos. En una semana tres hijos de ministros cayeron batidos por los alemanes, entre ellos el primogénito del «premier» Asquith... «el sacrificio de su juventud da ocasión para que su anciano padre pruebe que su firme decisión de luchar hasta el fin no es vana terquedad de político irresponsable, sino la resolución consciente de un hombre que arriesga con la suerte pública la propia suerte personal». [10]

Esa columna vertebral inglesa de seguridad en sí misma, es elogiada también, sin tasa, por otro español de filiación socialista. Araquistain compara simbólicamente a los dos contendientes...

«Alemania es el gigante que en los circos encendía el en-

9. LERROUX, A., *España y la Guerra,* ed. anotada y editada por H. Cenamor, págs. 14 y ss.

10. MADARIAGA, SALVADOR, «Una cinta de la guerra», «El Imparcial», 19-X-1916.

tusiasmo de los esclavos y de los hombres y mujeres decadentes: un gigante sin alma. Inglaterra es el hombre casi microscopio que funda su fuerza, no en sus bíceps sino en su espíritu. De ahí su invencibilidad.» [11]

La serenidad se nota sobre todo en los primeros ataques de un arma nueva, y por tanto más para la moral peligrosa que para lo físico. Se trata de los zeppelines; es la primera vez que una ciudad alejada del frente de batalla es atacada desde lo alto, el primer bombardeo aéreo, en fin.

¿Y cómo lo toma Londres? Camba se extasía describiendo la reacción burlesca de sus amigos, los ingleses.

Después del «raid»

«Coches, trenes, embarcaciones, todo había sido destruido al paso de las gigantescas aeronaves que para orientarse en medio de la confusión general, no tenían más luz que la luz siniestra de los incendios. Entonces él (el príncipe alemán) pensó que tales desastres no sólo eran posibles en Nueva York, sino también en Londres y que "la pequeña isla en el mar de la plata", había perdido su inmunidad.» H. G. Wells.

«Sí. La pequeña isla ha perdido su inmunidad y los habitantes de Londres hemos tenido estos días una sensación directa de la guerra, aunque naturalmente, las cosas no han sido tan serias como Wells se las imaginaba en 1908. Al día siguiente del raid yo me he ido a los lugares donde las bombas han hecho más estragos, y el espectáculo que presencié fue sumamente curioso. Los ingleses habían aprovechado la indignación producida por el raid para obtener nuevos reclutas. Sobre montones de cascote y ladrillo, infinidad de oradores espontáneos arengaban a la juventud.

»—¿No os da vergüenza de vuestros trajes de paisano —decían— al ver cómo los bárbaros matan a vuestros hijos, a vuestras madres y a vuestras mujeres? Alistaos ahora mismo...

»Y la propaganda oral se completaba con la propaganda musical. Yo he visto a un escocés con las piernas al aire, que se paseaba entre los escombros tocando una especie de muñeira en una gaita, y que llevaba tras de sí a siete nuevos reclutas. Los hombres veían los destrozos, oían la gaita y corrían a alistarse...

11. ARAQUISTAIN, LUIS, «Polémica de la guerra», Madrid, 1915, página 185.

»En muchas tiendas, que se habían quedado sin puertas ni ventanas, aparecían unos carteles que decían: "Business as usual" (negocios como de costubre). Otros tenderos no se contentaban con la exhibición de este cartel, y ostentaban, además, carteles distintos. Así un zapatero que anunciaba su calzado como "waterproof" y "zeppelinsproof" (garantizado contra el agua y contra los zeppelines). "Las bombas alemanas han destrozado mi puerta —decía este zapatero—; pero han sido inefectivas contra mi calzado."

»Había muchas personas que se apoderaban de trozos de vidrio y de pizarra para guardarlos como recuerdo del raid. Todo el mundo podía coger recuerdos. A continuación de dejar alguna cantidad a beneficio de las víctimas. Y las gentes se abordaban unas a otras con comentarios que, a veces eran anodinos; que, otras, eran inocentes y que las más de las veces tenían una franca tendencia humorística.

»—Shocking! —exclamaba una señora.

»—Very shocking indeed. Yo no sé cómo no les da vergüenza a los alemanes de hacer estas cosas...

»—Tiene usted razón, señora —contestaba un vecino—. Estos alemanes no respetan las ordenanzas municipales. ¡Si usted supiera el ruido que armaron anoche! Yo no pude dormir.

»—Pues yo creo, al contrario —añadía un espectador—, que los alemanes son unos señores muy finos que debemos apresurarnos a devolverles su visita...

»Resumiendo: ¿Pánico? Ninguno.

»Cascote, humor, música, vidrios rotos, cariosidad, elocuencia, estupidez y reclutamiento; pero nada de pánico.» [12]

Cuando el mundo pensaba en la contienda franco alemana, pensaba en trincheras, en cañones, en tanques. Cuando de la pugna germanoinglesa, a pesar del Cuerpo expedicionario británico en Francia, sólo se acordaban de los acorazados, de los destructores, de los submarinos. Se ponía en tela de discusión la tradición naval de los ingleses contra las revolucionarias ideas navales germánicas. En lo que parecían estar todos de acuerdo, era que la flota más moderna jugaba sus mejores cartas precisamente en la más barata de las armas. Un submarino cuesta menos de construir que un acorazado, pero aunque un submarino no pueda hundir a un acorazado al quedar destruido por éste habrá hundido ya docenas de buques mercantes que lleven ayuda a las Islas Británicas.

Pero el germanófilo iba a más. También en barcos de su-

12. Camba, Julio, «ABC», 23 septiembre 1916.

perficie Alemania dominaba a su rival. La inteligencia técnica tudesca había conseguido dominar la mayor experiencia enemiga. Sus cañones eran más rápidos, su blindaje más perfecto.

La prueba tardó en presentarse. La flota alemana no dejaba sus costas, aparte de los submarinos y algunos destructores; la inglesa se paseaba por el Mar del Norte. Hasta que la primera se atrevió a salir y sobrevino la batalla de Jutlandia, casi la única de importancia llevada a cabo durante toda la guerra. Era la ocasión de saber si tenían razón los modernos o los antiguos, los descendientes de Nelson o los lobatos de Van Speer.

...las opiniones siguieron igual de divididas. Versión alemana: nuestros buques han causado al enemigo grandes pérdidas a pesar de luchar en proporción de uno a dos; la flota alemana se ha retirado a sus bases después del combate y seguimos bloqueando al Imperio.

Entonces Pérez de Ayala, apasionado aliadófilo, publicó un interesante artículo contra las pretensiones alemanas de haber conseguido la victoria. Su teoría, en forma de apólogo, describe dos potencias imaginarias, Aleppo y Barataria. Aleppo (Gran Bretaña), tiene cuarenta buques y Barataria (Alemania) veinte. Primera batalla. A pesar de su debilidad numérica, Barataria consigue hundir diez unidades al adversario perdiendo otras diez. Gran alegría patriótica. Pero resulta que ahora Aleppo tiene treinta naves y Barataria sólo diez, es decir la proporción resulta de 3 a 1 para la primera. En el segundo combate naval pierden cinco naves cada uno. Más entusiasmo en Barataria. Pero ahora la proporción es de cinco a uno a favor de Aleppo.

«Ocurre la tercera y última batalla naval. Cinco bajas de navíos de Aleppo. Barataria, que lucha contra fuerzas quíntuples, pierde cinco navíos. Moralmente otra gran victoria. Pero ha terminado con su flota.»

Pérez de Ayala se burla así del razonamiento alemán y de las estadísticas que pueden ser contradictorias. Y pone como ejemplo de tales, la que hizo un sabio empeñado en estudiar la relación entre el crimen y las profesiones manuales. El campo de su estudio fue la Cárcel Modelo de Madrid donde había dos pintores de brocha gorda, uno de ellos, pederasta. Conclusión del sabio aficionado a la estadística: «El cincuen-

ta por ciento de los pintores de brocha gorda de Madrid, son pederastas.» [13]

Inglaterra pacífica

Desde los primeros días de la contienda un escritor español, Ramiro de Maeztu, pondrá su pluma al servicio de la causa inglesa. He aquí algunas de las virtudes del país donde vivía, puesto en el trance de la contienda.

Ante la acusación de que Inglaterra no hace lo que debe para ayudar a sus aliados y que recogieron germanófilos como Pujol, Maeztu convierte esa debilidad en una alabanza del espíritu inglés porque...

«La masa del pueblo inglés, no creía en la guerra, no la deseaba, no la esperaba... los ingleses no son locos. De haber querido una guerra con Alemania se habrían preparado adecuadamente.» (junio 1916)

Inglaterra valerosa

Si se decide a enfrentarse con la realidad el inglés es un soldado decidido, sin distinción de clases. Y en junio de 1916, Maeztu apunta que han caído ya cuarenta y siete herederos de títulos nobiliarios.

Cuando habla con militares ingleses, Ramiro de Maeztu cuenta lo que cuentan todos los corresponsales destacados en los frentes al defender las ideas que les son gratas. Bastaría cambiar el título y el pie para que sirviera para otro país. Así Maeztu nos habla de la corta vida del oficial de infantería que salta el primero de la trinchera, revólver en mano. Y naturalmente no falta el jefe paternal y orgulloso de ellos.

«Debieran ustedes economizar más sus oficiales —dijo el corresponsal a un comandante.

»—Ya se les economiza todo lo que se puede —me contestó—, pero no hay manera de contenerlos. A la hora de avanzar han de ser los primeros.

»Y el comandante sonreía orgulloso.» (agosto 1916)

13. Pérez de Ayala, Ramón, «Apostillas a la batalla naval», «España», n.º 73.

Un coraje discreto, sin alharacas

Maeztu riñe cariñosamente a Valle Inclán porque echara de menos gestos heroicos y frases altisonantes en las tropas inglesas de guarnición en Francia. «¡Me enseñaron conservas!» se lamenta el escritor galaico. Y su compañero vasco trata de explicarle el carácter inglés, la reserva inglesa, su odio a lo enfático, a lo exhibicionista. Y cuenta que comiendo con un oficial superviviente del crucero «Invencible» donde había perdido a su hermano y a sus mejores camaradas le preguntó cómo había sido la batalla. «Muy divertido» contestó ("Its was great fun"). (Julio 1916.)

«A un inglés —dice ante el asombro de un oficial británico ante el uso y abuso de la Marsellesa en Francia— no le gusta proclamar a voz en grito su patriotismo como tampoco le gusta decir que dos y dos son cuatro o que las noches suceden a los días. De su patriotismo hablan su uniforme y su conducta. Sus palabras las dedica a temas más hondos. Y recuerda que mientras alemanes y franceses cantan en esta guerra canciones patrióticas como "Marsellesa" y "Deutschland uber alles", el inglés se anima con una canción de amor llamada "It's a long way to Tipperary".» (agosto 1916)

Pero deportivo...

...a la hora de la verdad... Un avance inglés sobre las trincheras enemigas se hizo echando hacia adelante un balón de fútbol y diciendo el oficial: «El gol es en la trinchera enemiga.» Salieron todos los soldados corriendo detrás de la pelota que naturalmente, acabó en la trinchera adversaria empujada por un mozo de facciones aniñadas.» Lo explica seriamente Maeztu. (julio 1916)

La Inglaterra limpia

«Veo dondequiera soldados ingleses que se echan agua al cuerpo, ya en los canales de Flandes, ya en las tierras calizas de la Picardia o que se dan jabón para afeitarse y que muestran al reirse, dientes cepillados. Todos ellos se limpian la ropa y se afeitan; la inmensa mayoría se lavan todo el cuerpo diariamente; más de la mitad se cepillan los dientes.» (agosto 1916)

Proporción que le parecía ya asombrosa a Maeztu y, probablemente en aquel tiempo lo era. Esa «manía» inglesa de

los británicos por el agua dará motivo a una comparación con sus aliados rusos de lo que habla Camba (v. Rusia).

La Inglaterra individualista

Resulta que ese carácter que parecía que no podía servir de nada en una guerra donde la disciplina y el impulso colectivo tienen valor máximo, sí ha resultado con los ingleses que han aprendido a hacer «raids». Pequeños grupos de hombres se lanzan a golpes de mano nocturnos y Maeztu describe, con arreglo al mejor tópico, a los alemanes desconcertados, desbordados, ante esa nueva táctica que ellos con su cabeza cuadrada, no comprenden. «El ejército alemán —remacha— no se funde en la iniciativa del soldado sino en la ciega obediencia al oficial».

Maeztu deja sin explicar quién mandaba a esos pequeños grupos de hombres que atacaban por sorpresa o si el oficial que les mandaba —alguien sería— no era obedecido en sus arriesgadas empresas más que cuando le pareciera bien al individualístico soldado inglés. (agosto 1916)

Misma admiración, mismo asombro en la retaguardia, contemplando una panadería. «¿Saben ustedes que puede ser interesante? y donde todos trabajan de forma maravillosa. No se advierte aburrimiento ni cansancio. Cada panadero se enorgullece de que está haciendo la labor de dos panaderos en los tiempos de paz. No hay huelgas... Y de pronto nos acomete la impresión de que el individualismo británico es perfectamente compatible con la disciplina más estricta y más militar. En esta panadería el individualismo se ha militarizado. Los generales hablan con orgullo de su maestro panadero. El maestro panadero de sus oficiales y aprendices. Éstos del ejército. La obra común. La cosa en común». La perfección en suma. (agosto 1916)

La Inglaterra simpática... y sobria

El periodista visita un pueblo y habla con el abate de la iglesia. Le pregunta qué opina de los ingleses.

«Son buenos —nos dice—, tienen los ojos buenos. Y luego describe sus diversiones. Son como niños, afirma. ¿Con decirle que se pasan el día oyendo el gramófono?»

Así describió Maurois en sus famosos «Silencios» al Co-

ronel Bramble que siempre estaba escuchando discos. Pero, más tarde, el abate dice y Maetzu recoge una opinión que sólo la obligación de hacer propaganda aliadófila puede hacer perdonar.

«¡Y no son borrachos! —añade el abate— no he visto todavía a un solo borracho entre los soldados ingleses.»

El buen sacerdote debía acostarse temprano...

Cuando habla con los franceses el corresponsal encuentra también motivos de asombro. «Han visto en ellos almas sencillas, candorosas y grandes cuerpos blancos que se recrean en lavarse.»

También se extrañan de algo más, pero eso en la tierra de «L'avare» es más lógico.

«Los franceses se asombran por añadidura de la generosidad de los soldados ingleses. Lo dan todo... sus cigarrillos son para todo el mundo.»

Y volvamos al trato militar. «Generales, oficiales y soldados se tratan como hermanos mayores y menores. Y se hablan casi siempre en voz baja y con el saludo se suelen cambiar sonrisas.» (agosto 1916)

Así de idílico era el ejército inglés, según Maeztu.[14]

Inglaterra o la perfidia

«Cuando no se grita contra el tirano, tened en cuenta que ha muerto un cuerpo y que antes ha muerto un honor. Si Inglaterra se uniera con Alemania, yo sería enemigo de Alemania. Si Francia se separase de Inglaterra, yo sería amigo de Francia. No es el odio lo que siento: es que tengo el pensamiento de mi Patria.» Habla, discursea, el más locuaz de los germanófilos, Vázquez de Mella en el acto de la Zarzuela, último de mayo de 1915 [15]

Hay dos países que apalean metafóricamente a España, advierte Juan Pujol. Uno es Francia y el otro Inglaterra. ¿Cómo? Sencillamente deteniéndonos en nuestro progreso, es-

14. Maeztu, Ramiro de, «Inglaterra en armas», Londres 1916 (artículo publicado en «La Nación» de Buenos Aires y «La Correspondencia de España», de Madrid).

15. Vázquez de Mella, en el acto de la Zarzuela, último de mayo de 1915 («La Época», 1 junio 1951).

pecialmente el internacional y el militar. Cuando Maura quiso hacer una gran armada, buscaron desviar nuestra atención hacia Marruecos, donde se nos había quitado lo importante —Tánger— y donde el propósito de que nos arruinemos está en excelentes vías de lograrse. Y los ingleses, como los franceses, levantan "el pelele siniestro de Ferrer para intimidar a la monarquía española y alentar a los revolucionarios sin prestar apoyo exclusivo a ninguno de los dos".» [16]

Salaverría tiene la misma obsesión. Inglaterra ha estado siempre contra España y sus glorias. En un puesto de libros de lance, junto al Museo Británico, descubre entre grabados viejos, el que ha de confirmarle en su teoría. Es un retrato caricaturesco del duque de Alba con piel de lobo, tibias humanas de fíbulas, dos calaveras, una tea incendiaria y unos versos.

D'un monarque cruel ministre impitoyable,
vainqueur du Portugal, bourreau des Pays Bas;
amateur des gibets autant que des combats
et du sang innocent toujours insatiable.

Salaverría no se para a considerar que esos textos son franceses —probablemente belgas— y se dispara sobre la propaganda que ha habido en Inglaterra siempre contra nuestro país. «...la historia de España durante dos siglos es un duelo a muerte; un duelo entre España y Europa. En ese espacio de tiempo se nos hace la guerra de todos modos, con la espada, la calumnia, el vilipendio.» [17]

Dos años después sigue su ira contra la Gran Bretaña. "En esa guerra —dice— yo puedo comprenderlo todo; únicamente soy incapaz de comprender que en España existan anglófilos. ¿Vínculos familiares? ¿Negocios? Todavía... Pero es incomprensible la anglofilia por simpatía, por españolismo.»

Y vuelve a la historia para explicar su antipatía. ¿Cómo puede estimarse a la nación puramente rapaz...? Desde la mitad del siglo XVI, Inglaterra es la palanca que hace fuerza en el edificio español.

«Nos ha perseguido y hostigado hasta la muerte... Se nos propondrá el olvido; pero el olvido histórico es posible cuando la potencia agraviante ha decaído y se ha esfumado; mientras tanto, Inglaterra sigue siendo la nación imperial, el ene-

16. PUJOL, JUAN, «España y los beligerantes», «ABC» Londres 28-XI-1914.
17. SALAVERRÍA, J. M.ª, «La moral inglesa», «ABC», 16-I-1917.

migo presente, la eterna ininencia, la adversaria de todo lo grande y fuerte. Inglaterra... primero debilita los pueblos, luego emerge en protectora de los pueblos débiles y siempre está vigilante, atenta a que nadie pueda salir de su estado de debilidad y de pueblo protegido. ¿Cómo puede ser estimada esa *moral de amo*?» [18]

En la misma línea de razonamiento está un joven crítico teatral, Tomás Borrás, que aprovecha el estreno de un drama con tema británico, «El protector de Inglaterra», por José María Ortega Morejón, para ver en Cromwell, protagonista de la obra, el símbolo de una actitud británica que llega hasta nuestros días...

«En estos momentos se aprecia más intensamente que nunca lo representativo que es de la idiosincrasia inglesa el lord Protector de la República. Esta guerra, que no es más que la competencia eslavogermana en el Oriente europeo y la competencia germanoinglesa en todo el mundo, ha destacado la habilidad pérfida con que Inglaterra pretende siempre disparar sus instintos y sus impulsos ambiciosos, bajo la capa de acciones altruistas y liberales. Eduardo VII y sus continuadores, creando la orientación diplomática del aislamiento alemán para aplastar a este Imperio, habla, para justificarlo, de la necesidad de defender la libertad y la civilización contra los germanos, que a su juicio, las destruían. Cada inglés es un Oliverio Cromwell, que esconde el látigo del poder absoluto entre las oriflamas de las más bellas apariencias.

»A algunos españoles que se sienten obligados espiritual y materialmente hasta a la aceptación del protectorado inglés, les convendría, para crear con la verdad sus almas serviles, repasar la historia de Inglaterra, que es la historia del egoísmo humano. No es nuestro propósito escribir una elucubración crítico-histórica sobre este tema. Solamente fijar la atención del lector sobre él.» [19]

Asiente Pedro Mata, un novelista famoso. He aquí la tremenda hipocresía británica. Atacar a Bélgica es un atropello, porque significa imponer la propia voluntad a otro neutral. Lo de Grecia, en cambio, es natural y aceptable.

«...Casi al año justo de la guerra, los aliados se han sentido en la necesidad de ocupar la isla griega de Mytilene para

18. Salaverría, J. M.ª, «La moral inglesa», «ABC», 16-I-1917.
19. Borrás, Tomás, «El protector de Inglaterra», «La Tribuna», 14-IV-1916.

utilizarla como base naval en las operaciones de los Dardanelos. Una nota conjunta de Francia y de Inglaterra ha hecho saber al Gobierno helénico que la ocupación obedece a imperiosas razones militares; pero que, terminada la guerra, será respetada la integridad del territorio. El Gobierno de Grecia se ha conformado con la nota y con la ocupación. No le quedaba otro camino que resignarse y bajar la cabeza. ¿Qué iba a hacer? Dada la configuración geográfica de su territorio —un archipiélago—, cualquier conato de resistencia contra las poderosas escuadras aliadas sería tan temerario como ineficaz. Más desdichada que Bélgica, Grecia no ha tenido a su lado en estos momentos decisivos una nación fuerte que saliera paladinamente a defender el principio de que cuando los pueblos se dejan violar su neutralidad, aunque no pierdan un palmo de terreno, pierden todo su prestigio moral. No ha podido tenerle, porque esta vez ha sido precisamente Inglaterra la que ha hollado el principio, esgrimiendo la misma teoría de las necesidades militares que hace un año justo defendió en el Reichstag el canciller Bethmann-Hollweg, y que fue rechazada por arbitraria y por absurda. Al protestar contra ella, al hacer efectiva la protesta con el empuje de las armas, Bélgica mereció la admiración del mundo. Admiremos el heroismo de Bélgica, pero compadezcamos a los pueblos a quienes no se les permite siquiera tener la probabilidad de un gesto heroico.» [20]

La salida a la palestra del venerado maestro Pérez Galdós, defendiendo a Inglaterra, produjo la ira de los germanófilos. La segunda parte de la acusación es idéntica a la anterior. Al invadir el suelo griego, Inglaterra demuestra que es lícito atacar a un neutral, lo que según ella, no valió en el caso de Bélgica.

«...un escritor español, repito, un ilustre escritor, el autor de los Episodios Nacionales, en los que todos hemos aprendido a odiar a Inglaterra y Francia juntamente, recordando Trafalgar y Zaragoza, Bailén y Gerona, ahora ha salido por el registro, de que Inglaterra es una cándida paloma sin asomo de hiel...

»—¡La cándida Albión! Sí; muy cándida. Intervino en esta guerra al ver cómo era atropellada la neutralidad de Bélgica, ¿no es verdad...? por defender a la nación débil, a la sin ventura que veía hollado su territorio por los fuertes y... cuando Inglaterra ha sentido necesidad de una base de operaciones

20. MATA, PEDRO, «Bélgica la heroica», «Blanco y Negro», 8 agosto 1915.

se ha adueñado de las islas griegas de Lemnos y Mytilene, sabiendo que la escuadra de Grecia no había de cometer la temeridad de salir al encuentro de la inglesa. Los austroalemanes, si obligados por imperiosa necesidad estratégica invadieron Bélgica, con su sangre comenzaron a sellar su paso por ese territorio...

»...y no nos gusta predicar en desierto, que dicen que es sermón perdido; pero nuestra humilde gota de agua, nuestro pobre trabajo que un día y otro vertiéndose en "ABC" ha conseguido abrir los ojos a muchos que los tenían cerrados, hoy se desliza en esta hoja volandera, para una y otra vez, en bien de mi Patria, hacer saber a los que ignoran que la candidez de Inglaterra y mi olor de santidad corren parejas, aunque frailes descalzos afirmen lo contrario; para recordar que en alguna de nuestras poblaciones las águilas imperiales que hay esculpidas en piedra recuerdan aquella época en que en los dominios de España no se ponía el sol, la época de Carlos I de España y V de Alemania, para refrescar en la memoria de muchos la idea de que tercios alemanes y españoles juntos se batieron, no frente a frente, y juntos conquistaron glorias; para que no olvidemos que a los Imperios centrales les conviene que seamos fuertes y no aumentar nuestra debilidad, como tiene que desear siempre la cándida Inglaterra, a fin de evitar que un día demos en la flor de borrar a cañonazos el borrón de Gibraltar.» [21]

Pero ¿cómo se pueden comparar ambas situaciones? se indigna «Fabián Vidal...» Bélgica podía y debía ser neutral. Pero Grecia debe su vida y su existencia a ingleses, franceses y rusos que la defendieron contra su mortal enemigo de tantos años, Turquía. Y además Servia era su aliada y requirió su apoyo al ser atacada por los búlgaros, amigos de los alemanes.

Fabián Vidal da partidistas descripciones de los personajes principales de la escena política griega. En un lado Venizelos, inteligente, hábil, honrado partidario de que Grecia entre en la guerra al lado de los aliados. En el otro, el rey Constantino, frívolo, ingrato ante la labor de su primer ministro hace campaña progermánica y probúlgara, amenazando con atacar por la espalda a las tropas de los franceses e ingleses que habían desembarcado en Salónica «de acuerdo con el rey». Fabián Vidal no vacila en recordar aquí a Miguel Paleólogo y su traición contra los almogávares... Venizelos, expulsado de la corte por una intriga cortesana, forma un

21. GUERRA, ARMANDO, *De Re bellica*, Madrid, 1916, págs. 85 y ss.

gobierno provisional en Salónica y Constantino tendrá que abdicar ante la presión aliada. El resumen del cronista aliadófilo es éste: Las tropas aliadas entran en el país, de acuerdo con el jefe del Estado, contrariamente al caso alemán en Bélgica. Segundo, los aliados se apoyan en un gobierno provisional presidido por un político de gran prestigio y que tiene a su lado jefes militares helénicos de categoría. Tampoco se ha dado este caso en Bélgica, donde no nació siquiera el colaboracionista. [22]

Esta fue una de las pocas grandes diferencias con la Segunda Guerra Mundial cuando Alemania logró una ayuda interior a su política, con nombres que pasaron a la historia con la marca de traición y que se llamaron Quisling, Doriot, Degrelle, Tisso, etc. En la Guerra Europea, las zonas ocupadas fueron militarmente dominadas, sin intento de incorporación ideológica.

Para Benavente la «cara» política de Inglaterra está patente en su propia literatura. Así escribe abiertamente a Juan Pujol que había dicho que, en la tragedia de la guerra, no había traidores. Benavente llama, en auxilio de sus acusaciones, al propio Shakespeare...

»Pero, querido amigo, ¿viene usted de la patria de Shakespeare? ¿No sabe usted que en todas sus tragedias hay traidor y aun traidores? ¿No es de ellas "Yago" que por sí solo, encarna toda la traición y la perfidia humanas? ¿Y aquel bastardo de El Rey Lear? Y no es sólo en Shakespeare; todo el teatro y toda la novela inglesa están poblados de traidores. ¡Ah! Yo no sé; pero cuando pienso en esta guerra, ¡siempre me acuerdo de las tragedias de Shakespeare, y especialmente de Otelo!

»Veo al moro impetuoso y leal, sin malicia ni engaño; veo a la inocente víctima Desdémona, veo al iluso y candoroso Casio; veo, en fin a todos los personajes de la tragedia envueltos y enredados en las tramas de Yago; el hábil, el político, el astuto.

»¿Cómo repartir los papeles? ¡Ah! El reparto de papeles es siempre cuestión delicada; nadie está contento con el suyo.

»La Historia los repartirá en su día. ¿La Historia? ¿Dónde irá a buscar la verdad de esta guerra la pobre Historia? Y, lo que es más triste: ¿Dónde irá la Poesía a buscar la leyenda?» [22]

22. Fabián Vidal, «Grecia», «España», 26-X-1916.
22. Benavente, Jacinto, «De sobremesa», «El Imparcial», 8-III-1915.

Para quien había de ser figura destacada en la segunda república española —Álvaro de Albornoz— lo de «pérfida Albión» es un mito. Al contrario, siempre ha jugado limpio en contraste con la «doble política alemana y la insincera y tortuosa política austríaca», así defendiendo a Francia contra Bismarck (pero sólo después de 1870), y advirtiendo a Rusia de los peligros de una guerra contra el Japón (hay quien opina que esa guerra fue provocada por el Imperio Británico, asustado ante el poderío ruso y sin saber la caja de Pandora de la que iba a surgir el amarillo). Albornoz admite que «si alguna vez el Estado inglés comete una injusticia como en la India, en Irlanda o en el Transvaal, no puede decirse nunca que es Inglaterra, que es la nación británica. Hay siempre, una minoría considerable por la cantidad y la calidad, que salva el honor de los sentimientos tradicionales del pueblo inglés, de amor a la libertad y de respeto al derecho».

Y en cuanto a España Albornoz acepta que ha habido agravios de Inglaterra «¿qué pueblo no los ha recibido de otro?» pregunta retóricamente y, sin precisar demasiado —no se menciona a Gibraltar en todo el artículo— destaca en la parte positiva la ayuda británica en la Guerra de la Independencia y el apoyo al bando liberal en la carlista. Y en esa línea la amplia hospitalidad de que gozaron en aquellas tierras los liberales españoles desterrados o huidos de las persecuciones absolutistas. [23]

Demasiado cómodo atribuir a Inglaterra todos nuestros problemas, afirma Alcalá Galiano.

«¿...Es que devuelta "la llave del Mediterráneo", íbamos a ser ya primera potencia...? ¿Ha de pretenderse, imparcialmente, que Trafalgar y la invasión napoleónica sean la causa de nuestras desdichas...

»Sería pueril culpar de esto a Inglaterra y cruzarnos los brazos. Nuestra política y nuestra diplomacia han dado casi siempre la victoria a las armas enemigas, desde nuestras guerras europeas y la independencia de la América española hasta el desastre de Cuba. España se agotó por la sangría de sus hombres, el despilfarro de su hacienda, la ineptitud de sus gobernantes y la indiferencia pública respecto a los asuntos exteriores. Harto hemos tenido que hacer en nuestra propia casa, y algo nos ha ayudado la misma Inglaterra contra los franceses cuando la guerra de la Independencia y en tiempos

23. Albornoz, Alvaro de, «El tópico de la pérfida Albión», «España», 25-IV-1918.

más recientes y pacíficos al apoyar nuestras aspiraciones en Marruecos.»

El culpable principal está en nuestra desunión.

«La mayor causa del atraso de España en el siglo XIX, que ha visto nacer o resurgir otras naciones, no es debida ni a Inglaterra, ni a Francia, ni a los Estados Unidos, sino a las guerras civiles, a las luchas fratricidas que ha provocado el carlismo.» [24]

Unamuno usa, como otras muchas veces, razones distintas para probar lo que afirman sus correligionarios aliadófilos. La fuente del agravio contra Inglaterra no procede de principios del XVIII (Gibraltar) ni del XIX (cortapisas a nuestra acción en África). Se remonta a los cesaristas del XVI que tienen continuadores en la política española del XX.

«La anglofobia española, de una gran parte de españoles, no proviene ni de lo de Gibraltar ni de las ingerencias que suponen ha ejercido Inglaterra, a raíz de nuestra guerra de África 1860, v. gr. para impedir el engrandecimiento colonial de España; esa anglofobia procede del servicio que Inglaterra, la de la Reforma religiosa y la Revolución civil, hizo a la futura democracia civil y laica española derrotando la Armada del despótico Habsburgo Felipe II y ayudando así a la liberación y liberalización de los Países Bajos, a la formación del reino de Bélgica, por cuya independencia tiene que volver a luchar. Y esa anglofobia procede de que al echar un ejército inglés, ayudado por portugueses y españoles, a las huestes imperiales de Napoleón Bonaparte, de España, impidió que se adueñasen luego de nuestra patria los troglodíticos y frailunos guerrilleros que, más que por su verdadera independencia civil, peleaban por cerrar la entrada a los vientos renovadores y libertadores de la gran Revolución francesa. Ni olvidan esos anglófobos nuestros que Inglaterra ayudó en la guerra civil de los siete años —la de 1833 a 1840— al liberalismo español en su lucha contra los que pretendían mantenernos en el régimen apostólico de una absurda intolerancia religiosa y de un más absurdo despotismo —aunque no fuese tiranía— político. El régimen absolutista, el de los Habsburgos españoles y aun el de sus Borbones, el preconizado por la rama de los pretendientes, a partir de don Carlos María Isidro, y no repudiado por la rama hoy reinante aquí, es el régimen del secreto de Estado, acaso el de pacto de familia, el régimen patrimonial y no el patriótico.

24. ALCALÁ GALIANO, España en el conflicto europeo, pág. 177.

»Son los españoles que no quieren que España entre en una liga de naciones independientes, libres y democráticas, lo que le obligaría a fundar su independencia, su libertad y su democracia verdaderas, lo que aquí azuzan contra Inglaterra las peores pasiones, no del pueblo, sino de esa triste masa fanatizada y embaucada por una educación lamentable; son los que saben que España no puede formar parte de esa liga si no reniega de la tradición habsburgiana de sus Austrias, heraldos de la Contra-Reforma, de los que prepararon nuestra tragedia americana y el alejamiento espiritual de las naciones americanas que de nuestras colonias ultramarinas brotaron, por haber supeditado la suerte de aquel imperio colonial a la política que heredó España del César Carlos V de Alemania y de su hijo Felipe II, el que no quiso dar la independencia a los Países Bajos, no más por conservar en ellos la tiránica unidad católica y perseguir como un delito civil la herejía.» [25]

Para Alcalá Galiano la anglofobia española tiene un vicio de origen... La causa de la decadencia de España, viene a decir, como tantos otros aliadófilos, no está en Drake o en Nelson sino en Felipe II «con su absurda política de megalomanía religiosa y de dominio universal, sin sentido de la realidad» o Carlos IV y Godoy, «reyes ineptos y ministros sin escrúpulos». Alcalá Galiano prolonga todavía más su búsqueda de responsabilidades en el régimen parlamentario y los partidos turnantes. En su pluma, como en tantas otras del tiempo, Inglaterra no es un matador de nuestra política, sino un elemento más o menos pasivo que ayuda al suicidio del país. [26]

En los comentaristas españoles de la guerra, al tratar de la pugna marítima, sólo surgían dos nombres, el de Alemania y el de Inglaterra, con olvido absoluto de los demás aliados. Tanto porque la condición insular de Gran Bretaña hacía el mar su protagonista de su esfuerzo como por el convencimiento de muchos, incluidos los germanófilos, que una de las causas importantes de la guerra había sido el intento alemán de lograr la paridad naval con su rival.

Rivalidad que germanófilos y aliadófilos denominaban con la fea palabra de la envidia. Ahora bien, como el envidiado siempre es el que está arriba, ambos bandos admitían al pecado haciendo de «su» país la víctima de él.

25. «La anglofobia española», «Iberia», 1918, noviembre, n.º extra dedicado a Inglaterra.

26. ALCALÁ GALIANO, A., *España ante el conflicto europeo*, págs. 56 y 57.

«Esta guerra que un escritor noruego ha llamado la guerra de la envidia. La envidia de Inglaterra a Alemania.» [27]

«El alemán es un pueblo dotado de sólidas virtudes... nadie... dejará de admirar sus altas cualidades, sólo manchadas por la envidia que sienten hacia los ingleses.» [28]

Pero... Gran Bretaña es un imperio, ¿cómo pueden los anglófilos acusar a Alemania de imperialismo?

Unamuno distingue entre imperios despóticos e imperios democráticos, esquivando el bulto con habilidad dialéctica que a veces está fuera de su estilo. La alusión a Irlanda del Norte resulta hoy asombrosamente viva.

«El desengaño mayor de los imperialistas a la alemana, que esperaban ver derrumbarse el Imperio británico, ha sido el glorioso espectáculo de las legiones de australianos, neozelandeses, canadienses, sudafricanos —entre ellos boers— y aun indios peleando al lado de Inglaterra contra el imperialismo militarista y despótico de Germania. Y es que han logrado percatarse de la diferencia que va de un Imperio democrático, fundado en opinión pública y que respeta la personalidad de cada nación que lo forma, a un Imperio autocrático y despótico, fundado en secretos cancillerescos y que trata de uniformar, conforme a un tipo reputado el más perfecto, todas sus naciones y las oprime. Jamás se le ha ocurrido por ejemplo, a Inglaterra imponer en Transvaal o en el Canadá el uso de la lengua inglesa, como Alemania ha tratado de imponer el de la alemana en las escuelas de Polonia o en las de Alsacia.

»Se nos argüirá con el caso de Irlanda; pero respecto a esto el caso es que los obstáculos para su completa independencia, para una independencia como aquellas de que gozan Australia o Nueva Zelanda, no proviene de Inglaterra, sino de Irlanda misma, de un número de irlandeses —menos que los otros en número, pero más en riqueza y en cultura y en cividad—, los unionistas o ulsterianos que temen ser oprimidos y víctimas de una vindictividad secular si Inglaterra no protege en Irlanda la libertad civil y hasta la de conciencia. Cualquiera que haya hablado con irlandeses separatistas y anglófobos, fanáticos católicos de ánimo tan estrecho como su mente, habrá podido comprobar que no es espíritu de

27. Benavente, Jacinto, «El Imparcial», 22-II-1915.
28. Palacio Valdés, A., «El optimismo francés», «El Imparcial», 11 V-1916.

justicia sino de venganza el que los mueve; que no quieren tanta reparación de innegables agravios antiguos cuanto el desquite de poder ellos agraviar a su vez a los nietos de los que agraviaron a sus abuelos y acaso hacer pagar un culto y una cultura a los que no participan de ellos. E Inglaterra, que ha sido el policía de la libertad civil y de conciencia en el mundo, no puede abandonar a los que no se resignan a verse sometidos a un régimen de excepción.» [29]

Manuel de Montoliu cree poder aunar dos razones básicas de su ideario, «Europa» y el amor a Alemania atacando a Inglaterra porque ésta afirma, no ha sido jamás Europa; es un continente aparte. Hay más. Toda su vida ha estado contra Europa, atacando despiadadamente las naciones —España, Francia, Alemania— cuando cualquiera de ellas ejercía la hegemonía política y espiritual del continente. Si, geográficamente, el Reino Unido forma parte de Europa, añade Montoliu, entonces Inglaterra resulta «una mala hermana» porque siempre ha hecho lo imposible para evitar el aglutinamiento europeo.

(Montoliu, naturalmente, no menciona el hecho de que esa unión europea a la que se opuso Inglaterra no era una franca y noble unión federal de los diversos países europeos, sino el dominio del continente por una sola potencia, muy contra el deseo de los involuntariamente unidos. Éste fue el caso de Felipe II, de Luis XIV, de Napoleón, iba a serlo de Hitler y lo estaba intentando el Kaiser.)

La razón del aislamiento político inglés lo encuentra Montoliu en su insularidad geográfica que le ha hecho inmune al ataque de los enemigos de Europa, eslavos, turcos, musulmanes de África. Al no compartir los peligros de los otros países europeos, Inglaterra se ha sentido totalmente desligada de sus destinos. «Inglaterra —dice dramáticamente Montoliu— sonreía cuando los demás lloraban. Pero ahora —y el escritor catalán lo subraya con cierto gozo—, Inglaterra ha recibido los primeros proyectiles de los cañones alemanes y, quiera o no se ha incorporado a los problemas europeos de los que no podrá ya desligarse. Si vencen los alemanes, concluye el escritor catalán, Inglaterra se habrá incorporado definitivamente a Europa. Si no la fraternidad política de Europa sufrirá un aplazamiento tal vez de siglos.» [29 bis]

29. «España».
29 bis. «Daimon» (Montoliu), «El Diluvio», 26-XII-1914.

Los ingleses no se libraron de la oleada de novelas y cuentos patrióticos que cayó en Francia. Pero mientras en Francia el ambiente era casi siempre, como he dicho, de un pueblo en régimen de ocupación, con la crueldad de los invasores en contraste con el patriotismo de la mayoría de los habitantes y final de héroe sacrificado, en Inglaterra, según la observación de Julio Camba, sólo había dos argumentos en las historias que aparecieron con la guerra. El primero era la descripción del mal soldado, indisciplinado, malhumorado, bronquista y borracho al que la disciplina que le quiere imponer el oficial sienta tan mal que acaba odiándole más que a los propios alemanes. Llega el momento de la verdad y, en el ataque enemigo, el mal soldado de antes, salva la vida de su teniente con riesgo de la propia. El autor —señala Camba— no explica con demasiada precisión la causa de ese cambio anímico, pero los lectores lo aceptan como parte del milagro diario de la guerra que depura a los hombres y los convierte en seres capaces de sacrificarse por sus semejantes, y especialmente por los semejantes odiados hasta entonces.

Tampoco hay demasiada lógica en otro tema que, según el escritor galaico, se repite también continuamente. En este caso no se plantea el asunto en las trincheras o cuarteles, sino en los campos de tenis ingleses. Ella, elegante, fina, bella, se enamora de un muchacho que parece entregado solamente a divertirse, vestido de inmaculado blanco mientras sus compañeros de edad están luchando en el frente cubiertos de barro y sangre. La muchacha hace continuas alusiones a los hombres que cumplen con su deber y su imposibilidad de amar a quien lo rehuye. Él cambia de conversación, como si le molestara la idea. ¿Cómo es posible que un caballero tan dotado de todas las cualidades necesarias para triunfar en la vida británica carezca del más mínimo valor personal? La explicación viene en el último capítulo... el joven en cuestión no puede alistarse en el ejército... porque lo ha hecho hace tiempo y con tal coraje que ha conseguido por su actuación la Cruz Victoria. Si se pasea «nonchalant» por el césped inglés con pantalones de franela es porque está de merecido permiso tras su gesta. «Resulta un poco raro —advierte Camba— que no le hayan advertido de ésto a la chica al hacer la presentación, pero esta omisión se explica fácilmente. No le advirtieron porque si la advierten no hay novela posible.»

Camba sostiene que esos son los dos únicos argumentos que existen en la literatura barata a consumo masivo de los

ingleses, aunque luego cada autor lo aderece con detalles distintos. Y además, cree que quien inventara otro, fracasaría... «Los ingleses son gentes muy conservadoras y cuando se han habituado a una cosa no quiere conocer otras.» [30]

El caso de Gibraltar

Era incontrovertible. La razón de uno u otro de los adversarios podía discutirse, pero el hecho concreto de Gibraltar estaba ahí, ante las miradas de cualquier español que viajase por el Estrecho por mar, o por las tierras de la baja Andalucía. Cada vez que un germanófilo lanzaba el grito de Gibraltar, los aliadófilos se encogían...

Aunque no podían por menos de recogerlo y contestar a los ataques. La táctica, en general, consistía, no en negar la injusticia de Gibraltar inglesa —en la que hubieran encontrado la repulsa general— sino en atribuir su pérdida a los mismos estamentos conservadores que tanto se lamentaban.

«¿Quién entregó Gibraltar? ¿No fue la dinastía borbónica? ¿Es que fue el pueblo español?»

Habla Alejandro Lerroux, el contrapunto de Vázquez de Mella y su teoría es de la mayoría de los izquierdistas que han tocado el problema. Gibraltar debe volver a España, pero no con amenazas... «la manera de reconquistar Gibraltar es reconquistando nuestras libertades, siendo fuertes, teniendo las debidas condiciones para pactar y cumplir lo pactado, para ser nosotros defensores en Gibraltar del paso del estrecho, neutralizado por todas las potencias y singularmente por aquellas que tienen colonias en el Extremo Oriente como Inglaterra y Francia».

Lo que Lerroux propone, es, prácticamente, lo que se ha propuesto estos días como solución al problema, que sigue igual de vigente: buscar un camino intermedio, el de la soberanía compartida para defender un Estrecho que interesa a todas las potencias, especialmente a Francia e Inglaterra. El hipotético peligro de entonces era el alemán, como hoy es el ruso y quizá, pronto el chino. A la alianza anglo-francesa se ha unido los Estados Unidos con idénticos temores e idénticos intereses. Lo que Lerroux preconiza, aunque vagamente, es una solución de la que se está hablando mucho

30. CAMBA, JULIO, *Las novelas de la guerra,* agosto 1915.

estos días como única salida al dilema Inglaterra-España. Esta solución es la de la OTAN. [30 bis]

Otro aliadófilo exaltado, Olmet, matiza igual la posible vuelta del Peñón: «Nosotros podremos aspirar a Gibraltar en armonía con los ingleses, cuando la entrega de las llaves del Estrecho a España sea una entrega a manos amigas y cuando Ingaterra obtenga por esa cesión un cambio decoroso.» [31]

¿A qué cambios se refiere Olmet? Por estos años un militar ha publicado un artículo propugnando la recuperación de Gibraltar a cambio de entregar Ceuta a los ingleses. El militar en cuestión perdió el puesto de Gobernador militar del Campo de Gibraltar y fue oficialmente reprendido por esa idea. Lo curioso del caso es que se trataba de un hombre que tenía que llevar luego al gobierno las más puras esencias del conservadurismo. Era don Miguel Primo de Rivera.

Un republicano famoso, Gumersindo de Azcárate estará de acuerdo con él: «Un cambio entre Ceuta y Gibraltar... podría convenir por igual a las dos naciones interesadas porque Inglaterra tendría una base naval análoga y para España las ventajas serían mayores porque «Gibraltar es cuestión de existencia de decoro nacional. No se trata aquí de alguna zona limítrofe disputable sino un pedazo de tierra indudablemente española.»

Y contestando a quienes sostenían que el país no tenía interés por el problema (Lerroux, por ejemplo) añade: «No se me diga que el pueblo no la siente con intensidad, con pasión, porque si esto no sintiese, no sentiría nada.»

Igualmente opinará Luis de Zulueta aunque sin precisar qué plazas marroquíes podrían entregarse a cambio del Peñón.

Azcárate, es probablemente el aliadófilo que más entusiasmo pone en la búsqueda del Gibraltar español y las dos posiciones no le parecen antagónicas.

«Nadie pondrá en duda mi simpatía y admiración por Inglaterra. Soy anglófilo de toda la vida... por eso mismo, como anglófilo y no solo español, quisiera que pudiéramos sacarnos la espina de Gibraltar que inevitablemente se nos clava en el pecho cada vez que tendemos los brazos para estrechar a la nación amiga...» [32]

30 bis. LERROUX, A., *España y la guerra,* Ed. anotada y comentada por Hermógenes Cenamor, Madrid, 1915.

31. ANTÓN DEL OLMET, LUIS, *Los Bocheros,* pág. 161.

32. AZCÁRATE, GUMERSINDO DE, «Gibraltar». «España», 23-IV-1915.

Para varios germanófilos, la situación gibraltareña tiene que ser la que decida absolutamente las simpatías de los españoles: «Los españoles que no sienten la humillación de que el territorio nacional esté mutilado contra todo derecho; los españoles sin patriotismo, sin amor a España, son los únicos que pueden regocijarse y desear la perpetuación del presente estado de cosas y ansiar el triunfo de la nación que tiene puesto a España un aro en la nariz... Imagine usted cuáles serían los sentimientos de los ingleses si Alemania se instalase en Dover. Les parecería un crimen, un atentado contra las leyes divinas.»

Juan Pujol hace hablar a su interlocutor imaginario con un razonamiento muy usado por ingleses y amigos de los ingleses. Pero, ¿cómo se puede sentir tanto una «mutilación» que tiene siglos?

«Es claro —resume Pujol—, usted considera que un dolor tan antiguo ya no tiene razón de ser que la humillación aunque viva todavía, es tan vieja en su origen que ya ha prescrito nuestro derecho a rebelarnos contra ella. Sólo que usted no es español como yo lo soy.» [32]

Es una historia larga como la europea siempre se puede encontrar ejemplos que favorezcan las diversas actitudes partidistas. Los anglófobos tiene la ventaja de que Gibraltar sigue estando ahí al sur de España, real y verdadero como un «memento» continuo. En cambio, los anglófilos tienen que remontarse más al pasado y llegar a la alianza de españoles e ingleses cuando la guerra de Independencia. Wellington tiene que pesar tanto como el conquistador de Gibraltar, cosa que resulta difícil. Por otra parte, al cantar su memoria, los aliadófilos tienen que condenar forzosamente la memoria de un francés adorado todavía por los suyos. Napoleón. Aunque algunos, como Lerroux, quieran separar aquel hombre de los republicanos igualitarios de hoy.

El caso de Gibraltar en el espíritu de los aliadófilos es de puro escepticismo, que no cambia ante las promesas alemanas. Un libro de esta tendencia menciona el caso de un prisionero español, voluntario en las tropas francesas; hecho prisionero por los alemanes estos intentan convencerle de su error al escoger campos. En la pared, había un mapa en el cual una araña representando el Imperio Británico alarga sus patas a zonas marcadas con nombres Egipto, Canadá, Gibraltar, España.

32. Pujol, Juan, «Diálogo sin trascendencia», «ABC», 15-XI-1914.

«El oficial me dijo entonces señalando con el dedo a Gibraltar: Si España hubiera hecho la guerra con nosotros, tendría Gibraltar. "Yo no respondí y salí detrás de él pensando que Gibraltar, con la victoria alemana en vez de ser inglés sería alemán, mas nunca nuestro."» [33]

Pero Gibraltar seguía ahí pesando como losa de plomo sobre los sentimientos de todos. Incluso el germanófilo Eugenio d'Ors hace reaccionar a su protagonista llevando la posibilidad británica mucho más lejos. Naturalmente se trata de una ficción literaria, naturalmente se trata de molestar a. interlocutor... estamos en un casino de pueblo en la época veraniega...

«La cosa no marcha.

»En el centro de la sala los señores comentando sesudos, el conflicto europeo.

»Ella, lejos de él, comienza a entristecerse. Él, a impacientarse. Ella opone a las preguntas de galanes y amigos, un silencio hosco; él traduce su irritación, arbolando, contra la germanofilia de los graves señores, un anglicismo impertinente.

»La cosa no marcha.

»La mirada de ella, atraviesa la sala como la de un náufrago al barco que puede llevarle a la salvación. Entonces en él la irritación llega a extraño extremo y al interlocutor astuto que le mencionaba a Gibraltar, contesta de pronto que ojalá Andalucía entera fuera Gibraltar. Esto se ha dicho en medio de tanto silencio que la sociedad entera queda consternada.» [34]

El autor, ha precisado que su estado de ánimo le ha llevado a tal «extraño extremo», porque ese exabrupto era fuerte hasta para los anglófilos exagerados.

Pero al tratarse de Gibraltar, Eugenio d'Ors olvida su situación «au des sus de la melée» y habla, aunque con mayor elegancia, en términos típicos del germanófilo corriente.

«Gibraltar resucita en algunas finas conciencias ibéricas un dolor... Un cuarto de siglo llevábamos de olvidados. En la penumbra de nuestras primeras memorias de colegio hay tal

33. SUBIRÁ, JOSÉ, *Los españoles en la guerra*, «Publicaciones del Patronato de Voluntarios españoles», Madrid, 1920, pág. 177.

34. ORS, EUGENIO D', *Gualba la de les mil veus*, 1915, Barcelona, 1935.

vez la de las voces campanudas y de las frases hechas de algún viejo dominio, plañidero por lo de Gibraltar. Luego nada.»

D'Ors acusa a Joaquín Costa de haber desviado la «mira» española a las cosas materiales fáciles, reforma, escuela, canales... y pide, con cierta anticipación falangista, más anchos horizontes para España diciendo que habla en nombre de una generación... «Una generación que ha hecho posible que hoy —primavera de 1915— el dolor antiguo de Gibraltar haya resucitado en dolor nuevo.» [35]

En el caso de Gibraltar cambian dos posiciones aliadófilas:

La fatalista. Gibraltar es demasiado importante como llave de una entrada del Mediterráneo para que la pueda tener en sus manos una potencia militar de segundo orden como España. Lógico es, pues, que la mantenga una potencia como Gran Bretaña que es pacifista en lugar que la obtenga la violenta Alemania.

La razón política. El grupo izquierdista que es anglófilo sostiene que la pérdida de Gibraltar está unida a la larga teoría de fracasos del régimen imperante en España desde hace siglos, es decir, la monarquía borbónica, responsable directa de su pérdida. En algunos de los manifiestos de esa izquierda se insinúa que un régimen más liberal —la república por ejemplo— haría más fácil la restitución de Gibraltar. Esa teoría llega hasta nuestros días y ha sido defendida por los enemigos del general Franco.

Para Alomar ésta es la situación. «España no es una nación mermada, incompleta. Gibraltar no es un habitáculo de españoles violentamente separados de los demás, sino practicamente, un mercado militar ofrecido a las ventajas de los poseedores inmediatos... Gibraltar, llave del Mediterráneo, puerta de seguridad contra imperialistas exclusivistas, tiene un interés internacional por encima del interés nacional, y claro está que la seguridad de esta llave será tanto mayor cuanto mayor sea el poderío de la nación que la posee...» [36]

Alcalá Galiano todavía hila más fino. Su tesis es la siguiente. Aun suponiendo que la toma de Gibraltar fuera un robo injustificado (advierte el autor que «hay robos justificados por la civilización: son las colonias», con lo que apunta un tanto a favor del país más colonizador del mundo sigue desmontando con cierta ligereza las razones de los patrio-

35. Ors, Eugenio d', «Xenius», «España», 7-V-1915 (vid. Apéndice).
36. Alomar, Gabriel, *La guerra a través de un alma*, Madrid, 1917, págs. 31 y 32.

tas españoles). ¿Problema nacional? Excesivo. Hay otros más urgentes. ¿Llave del estrecho? Relativamente, mientras mantengamos Ceuta y además podemos batir la plaza con la artillería moderna.

«Supongamos que se lo quitamos a Inglaterra con ayuda de Alemania. Ésta se quedaría con ella ya que lo necesita como base en el Mediterráneo.» Alcalá Galiano pasa así de menospreciar la importancia de Gibraltar para que no la deseemos tanto, a enaltecerla para que supongamos que los alemanes sustituirán a los ingleses en su posesión. Y como, desde luego nosotros solos no vamos a recuperarla por la fuerza, el autor se pregunta a qué viene tanta campaña periodística. [37]

El periódico «La Tribuna» [37 bis] —enero de 1916— de carácter germanófilo, quiso colocar a varios españoles de relieve político o cultural en la disyuntiva de manifestarse por o en contra la incorporación de Gibraltar a España y la inclusión de Tánger en nuestro protectorado. Evidentemente la respuesta se esperaba obvia —recuperación de un trozo de la patria en el primer caso, redondeamiento de una zona puesta bajo nuestra responsabilidad en el segundo. Pero, lógicamente también, quien respondiera afirmativamente se colocaba con ello entre los anglófobos. Algunos, como el autor teatral Joaquín Dicenta, separó las dos posibilidades.

«La devolución de Gibraltar a España me parece bien como satisfacción al amor propio nacional.

»Respecto a Tánger... debo manifestarle que soy enemigo de la colonización de tierras extranjeras por España, cuando ésta debiera dedicarse, para su mejor porvenir, a colonizar las tierras propias.

»Es ridículo presumir de amueblar las casas ajenas cuando la de uno está vacía.»

En la misma línea, tipo Joaquín Costa, contestó un famoso compositor, Amadeo Vives, aunque profundizando más que Dicenta. Hay que pensar primero en nuestro país.

«...Claro que sería preferible que Gibraltar fuera de España pero hay otra cosa mejor todavía y es que España fuera de sí misma. Los españoles nos parecemos a aquel hombre que habiéndose cortado la yugular y sin darse cuenta se queja de un leve dolor de muelas. Sangre de España es la estéril

37. Alcalá Galiano, *España ante el conflicto europeo*, págs. 219-220.
37 bis. «La Tribuna», enero 1916.

agua de los ríos; sangre y carne de España son las fertilísimas y secas tierras sin cultivo; la madera de los bosques, las minas de plata, cobre, hierro, carbón y plomo de nuestras montañas; las ciudades sin urbanizar, los caminos de hierro sin construir y nuestro divino mar que está deseando sostener barcos españoles sobre sus lomos.»

Después de lo cual, el maestro Vives, saca a relucir su «seny» catalán para recordar las dificultades prácticas de esa posibilidad que le plantean.

«Para hablar de Gibraltar se necesita: Primero: Que Inglaterra sea derrotada, cosa que no se ve del todo clara por ahora.

»Segundo: Que la derrota de Inglaterra sea de tal calibre que casi desaparezca del mapa como nación, y eso está todavía menos claro que lo anterior.

»Tercero: Averiguar las intenciones futuras de Alemania, asunto difícil de saber hasta para los alemanes...»

Unamuno contesta con su fórmula ya repetida anteriormente de creer que Inglaterra, en lugar de ser la enemiga a la verdadera España, la ha ayudado en el fondo «¡a saber lo que habría sido el alma española sin el providencial naufragio de la Armada invencible!» —o en el apoyo a los liberales en la guerra carlista.

Lo que es nuevo en su respuesta es el recordar a los contumaces de la neutralidad —germanófilos especialmente que temían ver a España formando en las filas aliadas— la incongruencia de pedir a Gibraltar a la vez que se predica la neutralidad a todo trance.

Pero «La Tribuna» logró una mayoría de votos. Gabriel Maura, Elías Tormo, Dionisio Pérez, a favor de la tesis irredentista. Ninguna más fuerte y dura que la de un obispo; un hito más de general simpatía del claro español hacia los Imperios Centrales.

«Gibraltar preferible a todo. Ese nombre, que suena el azote del látigo y como el golpe de la bofetada, enciende de vivo carmín las mejillas. El que para borrar de nuestro mapa semejante borrón de ignominia, no está dispuesto a los mayores sacrificios, aunque haya nacido en España, no es español.» [38]

38. «La Tribuna», 2-I-1916.

La teoría de que vale más que tal puerta esté en buenas manos, es decir, en manos duras, capaces de mantenerla abierta contra viento y marea, es también la del erudito Julio Cejador, que contesta a La Tribuna diferenciando los deseos de las posibilidades. Inglaterra no regalaría Gibraltar a España «de bobilis bobilis» pero si lo hiciera ¿qué haría España con ese venenoso regalo? «Veríase enredada la diplomacia española a cada triquete con todas las potencias sobre "déjame pasar a mí", "no dejes pasar al otro". ¿Y qué hace en estos casos en que riñen, señores, una indefensa portera? La solución estaría en que esa portera tuviese fortaleza para convertirse en la señora de su propia casa.» Y más abajo, Cejador, comprendiendo la intención de la pregunta ¿no sería mejor que nos uniésemos a Alemania para obtenerla?, recela de que los germanos sean más desprendidos que los ingleses para terminar con unas frases que no gustarían nada a los germanófilos de «La Tribuna». «De ser portera preferible le sería a España serlo de la libérrima Inglaterra que trata a sus súbditos como a la gente de mayor edad que no ser feudo de un Carlomagno sajón de horca y cuchillo.» [39]

Lerroux en un discurso pronunciado en Barcelona, agarra al toro por los cuernos pero, como Alcalá Galiano, juega con dos posibilidades dialécticas. Primero. Gibraltar no es nuestro por debilidades nacionales y no por la codicia inglesa. Pero esto no cambia el hecho de que está en manos extranjeras... y entonces se pregunta retóricamente:

«¿Qué hubiéramos hecho nosotros en Gibraltar? ¿Qué hemos hecho con Ceuta que la hemos tenido tantos años?»

Y además —otra prueba muy dudosa— a la gente no le importa nada esa llamada vergüenza.

«¡Traen a colación a Gibraltar como un motivo para enardecer la raza! Yo he visto que el país se ha quedado tan fresco cuando le han hablado de Gibraltar como si le hubiera hablado de Asdrúbal, de Amílcar...»

¡Falta de pulso histórico dirían a eso los derechistas! [39 bis]

Para Olmet, la cosa es fácil. «Para que Gibraltar sea español son precisas dos cosas: que nos hagamos dignos de poseerlo y que Inglaterra a cambio de ayudas y cordialidades

39. «La Tribuna», enero 1916.
39 bis. LERROUX, *España y la guerra*, pág. 186.

que no le brindamos... nos lo quiera otorgar.» [40] Lógica realmente aplastante.

Olmet habla de ello refiriéndose a unos párrafos agresivos de Vázquez de Mella, los más duros que se dijeron en la España neutral, cuando su famoso discurso de la Zarzuela.

«¿Ejerce España soberanía sobre todo su territorio? Tenemos, como decía Floridablanca, clavada la espina de Gibraltar. Pero yo afirmé en el Parlamento que un embajador inglés exigió a España que no fortificase en el radio de acción del castillo del Moro. Son 13 kilómetros del territorio español los que están bajo dominio inglés. Y si fortificamos, se considerará como un "casus belli". Antes de la paz de Utrecht, y después, negoció Felipe V para la devolución de Gibraltar, y en tiempos de Fernando VI se nos ofreció aquella a cambio de la isla de Menorca. Lo que intentó Godoy no pasó de preliminares. Si pudiéramos ejercer la soberanía en esos 13 kilómetros, o disponer Artillería moderna más lejos, duraría horas el Peñón de Gibraltar. ¡Poned frente a Gibraltar varios cañones de los que usan los austríacos y veréis lo que dura Gibraltar! (Aplausos). Decid cuál es el criterio de los que aplauden el irredentismo italiano y no hablan de Gibraltar. ¡Admiten el derecho de Italia a dominar el Adriático, y no el de España a dominar en el Estrecho! (Aplausos). Ese Estrecho une cuatro Continentes. Es superior al Gran Bell y al Pequeño Bell; más grande que los Dardanelos, que el Canal de la Mancha, que el de Suez, que el de Nicaragua... ¡Dios nos ha dado la llave! Las mismas olas, chocando en el acantilado de las rocas, dicen: "¡Aquí tenéis la llave y la puerta del Mediterráneo!"... Suponed que dominásemos en las dos orillas del Estrecho. Inglaterra estaría herida en el corazón, y tendrímos la base de la soberanía para imponer una política con Portugal. El Imperio espiritual volvería a surgir, y los 16 Estados que hablan español se agruparían junto a nuestra bandera. Así surgiría La Federación con Portugal, ¿Quién ha roto esos ideales? ¡Inglaterra!... (Aplausos). La nación inglesa tiene que ser grande dominando el mar. Para ello necesita dominar el Mediterráneo, que es mar de la civilización, y por lo tanto, el Estrecho.» [41]

A los germanófilos que sueñan con Gibraltar siempre les queda el recurso de ir a Alemania donde les hablan con simpatía de esa necesidad patriótica y vital. El profesor Gay se

40. Olmet, *Los Bocheros*, pág 162.
41. Vázquez Mella, Discurso, «La Época», 1-VI-1915.

emociona ante la comprensión germana ante el problema... y sus deseos de ayudarnos.

«Comandancia de Kiel. Al llegar a ella, hablamos con distintos oficiales y con un jefe superior. Entonces, sufrí una nueva estación del Calvario que he pasado en Alemania, no porque me tratasen mal, sino por haberme hablado constantemente de ideales españoles que parecen preocupar más a los alemanes que a nosotros mismos. En todas partes se me ha hablado de Gibraltar... ¿Desean ustedes los españoles recobrar Gibraltar?... Ahora es la ocasión de volver a tener Gibraltar... ¿No aspiran ustedes a la reconquista de Gibraltar?... ¿Qué harán ustedes con Gibraltar?... ¡Gibraltar! ¡Gibraltar!...

»¡Siempre oía este nombre, que encendía mis mejillas con los colores del rubor y de la ira!

»El jefe superior me dijo:

»—¿No piensan ustedes los españoles en Gibraltar?

»—Yo pienso y hasta sueño —contesté.

»...El comandante Harder es un hombre de regular estatura, fuerte y grueso. Su cara, completamente afeitada y ancha, le comunicaba un aire campechano y dado a la franqueza.

»De seguro que me habla de Gibraltar —pensé.

»—Mucho me alegro de que sea un español quien visita este barco —me dijo el capitán Harder.

»Y sonriendo, añadió:

»—"Möchten Sie Gibraltar haben?"

»—¿Si deseamos tener Gibraltar? ¡Ya lo creo! Pero no tenemos lo que hace falta: una docena de acorazados como éste que usted manda y un buen número de submarinos... ¡como ese que pasa por ahí! —y mostré el submarino que parecía dar vueltas en torno del gran dique.

»...El comandante Harder se acercó más a mí, me puso una pesada mano sobre mi hombro, y me contestó en tono que parecía cariñoso y confidencial:

»—Subarinos no les faltarían a ustedes, como ése y... como otros, mejores que ése.

»Y me contempló fijamente, clavando la mirada de sus pupilas de gris de acero en mis ojos, que siguieron interroganando mientras el marino alemán no cesaba de hablar...» [42]

42. GAY, *ob. cit.* págs. 89 y 194.

X. RUSIA
¿UNA AUTOCRACIA EN AYUDA DE LA LIBERTAD?

Camba recuerda un nombre con fuerza de mito...

«...Pero volvamos a la guerra con Rusia. Hoy han circulado ya diversas alarmas. Se ha dicho que los rusos han traspasado las fronteras y que avanzan hacia Johannesburgo. Más tarde se daba como cierto el hecho de que unos aeroplanos estaban arrojando bombas cerca de Nuremberg. El gran temor son los cosacos. Todos los periódicos hablan de los cosacos. ¡Que hay que impedir la entrada de los cosacos! Hasta el periódico socialista dice que "Alemania no va a exponer sus mujeres y sus niños a las brutalidades de los cosacos".»

«Y el caso es que los cosacos son únicamente unos cuantos miles, apenas una media docena de miles.

Mal administrados, por lo demás, y mal disciplinados. Rusia no cuenta en realidad con ellos; pero Alemania los teme más de lo que puede temer a todo el Ejército regular ruso. ¡Los cosacos! ¡Los cosacos! Es el prestigio bárbaro de la palabra. Pura literatura, como si dijéramos. Ante la imaginación popular, el cosaco aparece como un centauro fabuloso, un monstruo sobrenatural, mitad hombre y mitad caballo. ¡Los cosacos!» [1]

Igual podía haberse dicho de los hulanos, o ulanos como se escribía indistintamente.

...Aunque Julio Camba fue uno de los pocos aliadófilos que se permitió bromas sobre el ejército ruso haciéndose eco de su poco amor a la higiene y recordando un chiste inglés

1. Camba, Julio, «La Guerra desde Suiza», «El Destierro», Madrid, 170, pág 133.

en el que se veía a un moscovita indignado al observar que un soldado británico se bañaba en el río. «¡Cochino! —le gritaba el ruso—. Ya no somos hermanos.»

Los demás partidarios se apresuraron a elogiar sin reservas al aliado que acudía con su poderoso «rodillo» a aliviar la presión germana sobre el Marne. Y, la verdad es que lo consiguieron. Los cálculos germanos sobre la capacidad de concentración y movilización de los ejércitos zaristas estaban basados en las inmensas distancias a recorrer, la escasez de ferrocarriles y carreteras y la pésima administración rusa; parecían lógicos; y fallaron rotundamente. El Estado Mayor central, a pesar de sus innumerables defectos, había aprendido bastante del desastre contra los japoneses en 1905 y el patriotismo hizo lo demás. Las tropas rusas empezaron a invadir Prusia oriental mucho antes de que el frente occidental se derrumbase y nació en Berlín —directamente en la línea de avance— un enfermizo temor a los cosacos que iban a destruir la capital germana, violar a sus mujeres y saquear sus casas. Ese terror obligó al Kaiser a retirar las tropas que eran urgentes para rematar la ofensiva de Francia. Hindemburg deshizo a los rusos en los lagos manshurianos, pero los franceses aprovecharon el respiro para fijar el frente e impedir la entrada de los alemanes en París.

Ese recuerdo agradecido parece influir en la pluma de los españoles que hablan del ejército ruso, especialmente si lo hacen desde París. He aquí a Gaziel, por ejemplo, visitando unas unidades rusas que se encuentran, como intercambio simbólico, sirviendo en el frente occidental. ¿Por qué se baten esos hombres? —pregunta el cronista—; ¿por imperialismo, por irredentismo, por la humanidad? No; lo hacen "porque lo manda el Zar que es el padre común de los fieles" y si el Zar les ordena que vengan a batirse a Francia, lo hacen y "cuando se les dice ¡adelante! allá van a matar o a morir satisfechos de saber que, en todo caso, sus humildes acciones redundan en beneficio de su padre el Zar".»

Observemos que esa obediencia ciega a una autoridad, cuando se trata de los alemanes se llama fanatismo, servilismo, borreguismo. Pero aquí, al parecer, es otra cosa. «El ejército ruso nos da... la impresión de una hueste patriarcal, única entre los variados componentes de la milicia moderna... Sólo con ver y tratar al general Lowotzky y hacerse cargo de sus dotes esenciales —la actividad libre, el arrojo, la espontaneidad y el ánimo caballeresco— se advierte en seguida la desventaja enorme cuando al estallar la guerra actual prodigio de industria, de cálculo, de mecanismo.» Y Gaziel se queja más o menos, que Hindemburg preparará

concienzudamente su campaña y que se presentará a los nobles, gallardos, románticos rusos, no con la espada de Bayardo sino con «los feos morteros de Krupp». Así, claro, no vale.[2]

¿Cómo se defiende la intervención de la autocrática Rusia, de la extraeuropea Rusia, al lado de la Civilización, de la Libertad del occidente? Basta con husmear la historia por donde convenga... Alomar recuerda que Rusia no ha atacado nunca a nadie y que ahora está obligada a entrar en una conflagración de donde seguramente, se derivará una mayor influencia europea que la mejore por dentro. Y si no es así, al menos ha cumplido con una misión importante...

«La santa Rusia lanzó en auxilio de nuestro occidente, sus jinetes flagelantes. Tengamos para la ruda aliada de la civilización un gesto de gratitud.»

¿Cómo se compagina eso con la latinidad herida, etc.? Busquemos un paralelo histórico propicio.

«...como aquellas legiones bárbaras que protegían a Roma contra las invasiones de otros bárbaros, acuden desde las colonias los mercenarios (númidas, negros, oceánicos misteriosos, indostánicos decorativos) y a lo lejos... los cosacos pululan...»[3]

A Eugenio d'Ors ese pretexto le parece risible. Cuenta a Tina su encuentro en un pinar con unos cazadores furiosamente aliadófilos.

«Nosotros somos franceses... porque Francia, Inglaterra y Rusia van de cara al progreso...

»...así aquel retaba al cazador. —Diga, mi amigo, ¿también Rusia?

»—Claro —contestaba el otro... Rusia —soltó con aplomo uno de los cazadores... es un país nuevo (¡un país nuevo, Tina!) y hay que dejar que se desarrolle a ver lo que da.»[4]

El temor de Eugenio d'Ors y de tantos germanófilos más o menos entregados a la tarea europea es idéntica cada vez que se menciona Rusia, es del Oriente entrando al galope en la civilizada Europa. Juan Pujol intenta en la descripción de

2. Gaziel, *El año de Verdún, 1916*, Barcelona, 1918.
3. Alomar, G., *La Guerra a través de un alma*, pág. 33.
4. Ors, Eugenio d', *Cartas a Tina*, capítulo XIX.

los invasores, que el lector tenga esa impresión. Mongoles y tártaros entre los recién llegados.

«Como un río que, hinchado por las lluvias, se desborda, la invasión rusa había llegado hasta aquí. Impresión de aguas fangosas y revueltas daban las hordas victoriosas, por el color ocroso de sus uniformes, que se sucedían en hileras inacabables, y como las oleadas de una inundación en la misma dirección se iban, una tras otra. Rostros lampiños y apolíneos animados por ojos oscuros, salvajes e inocentes, a la vez, de los mancebos del Cáucaso; caras bestiales, con las dos rayas brillantes de las pupilas oblicuas de los mongoles; barbas del color de la estopa, encuadrando semblantes desbastados apenas por la mano del Hacedor; faces aceitunadas de los tártaros, con el oleoso bigote negro caído junto a las comisuras de los labios, emergían de este mar, de un sucio amarillento por las ropas de guerra. Pero era imposible retener el recuerdo de una sola faz, porque todas se confundían en la visión rápida y fugitiva, como si en vez de seres vivientes realmente hubieran sido millares y millares de náufragos arrastrados en la corriente cenagosa y rápida de la inundación. Y los carros, y los armones de artillería, y los camiones cargados que iban acompañando a las falanges, contribuían a esta alucinación penosa, como si hubieran ido, flotando también, sobre las olas de ocre...» [5]

La consigna más difícil de cumplir para un aliadófilo es la defensa de la autocrática Rusia. Blasco Ibáñez lo intenta también. Lo malo de los rusos... lo han aprendido de Alemania.

«...El zarismo había cometido atrocidades. Tchernoff lo sabía por experiencia y no necesitaba que los alemanes vinieran a contárselo. Pero todas las clases ilustradas de Rusia eran enemigas de la tiranía y se levantaban contra ella. ¿Dónde estaban en Alemania los intelectuales enemigos del zarismo prusiano? Callaban o prorrumpían en adulaciones al ungido de Dios, músico y comediante como Nerón, de una inteligencia viva y superficial que por tocarlo todo creía saberlo todo. Ansioso de alcanzar una postura escénica en la Historia, había acabado por afligir al mundo con la más grande de las calamidades.

»—¿Por qué ha de ser rusa la tiranía que pesa sobre mi país? Los peores zares fueron imitadores de Prusia. En nues-

5. PUJOL, JUAN, (El traidor), «Blanco y Negro», 30-XI-16.

tros tiempos cada vez que el pueblo ruso o polaco ha intentado reivindicar sus derechos, los reaccionarios emplearon al Kaiser como una amenaza, afirmando que vendría en su auxilio. Una mitad de la aristocracia rusa es alemana; alemanes, los generales que más se han distinguido acuchillando al pueblo; alemanes, los funcionarios que sostienen y aconsejan la tiranía; alemanes, los oficiales que se encargan de castigar con matanzas las huelgas obreras y la rebelión de los pueblos anexionados. El eslavo reaccionario es brutal, pero tiene el sentimentalismo de una raza en la que muchos príncipes se hacen nihilistas. Levanta el látigo con facilidad; pero luego se arrepiente y a veces llora. Yo he visto a oficiales rusos suicidarse por no marchar contra el pueblo o por el remordimiento de haber ejecutado matanzas. El alemán al servicio del zarismo no siente escrúpulos ni lamenta su conducta; mata fríamente, con método minucioso y exacto, como todo lo que ejecuta. El ruso bárbaro pega y se arrepiente; el alemán civilizado fusila sin vacilación. Nuestro Zar, en un ensueño humanitario de eslavo acarició la utopía generosa de la paz universal, organizando las Conferencias de La Haya. El Kaiser de la cultura ha trabajado años y años en el montaje y engrasamiento de un organismo destructivo, como nunca se conoció para aplastar a toda Europa. El ruso es un cristiano humilde, igualitario, democrático, sediento de justicia; el alemán alardea de cristianismo; pero es un idólatra, como los germanos de otros siglos. Su religión ama la sangre y mantiene las castas; su verdadero culto es el de Odin; sólo que ahora el dios de la matanza ha cambiado de nombre y se llama el Estado.» [6]

Asiente Sofía Casanova.

...Para orientarse en el negro laberinto de la política ruso-polaca urge rememorar que Rusia ha sido, desde Pedro el Grande, feudataria, política y socialmente, de Alemania; que de ella recibió maestros, consejos, ambiciones. En los puestos eminentes del Ejército, en los de la Corte, existen más apellidos alemanes que rusos, y la influencia de las camarillas germanófilas no han cesado aún en las alturas eslavas.[6 bis]

Curiosamente un germanófilo está aquí de acuerdo con el francófilo valenciano. Montoliu afirma también que «los

6. Blasco Ibáñez, «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», «Heraldo de Madrid», folletín n.° 18, marzo 1916.

6 bis. Casanova, Sofía, *De la guerra*, pág. 23.

germanos han enseñado a los rusos todo cuanto se refiere a la administración, orden de la vida pública. La historia política de Rusia empieza con la embajada de algunos príncipes rusos a las cortes germánicas».

Hay una identidad, casi una hermandad entre los dos pueblos, sigue Montoliu y en cierto modo se complementan. Alemania necesitaría algo del espíritu ruso místico y ferviente, para salvarles del defecto principal de su cultura, la rigidez exagerada en la sistematización del espíritu lógico y racionalista.

Después de lo cual, Montoliu marca una diferencia palpable entre los dos países y sabiendo su posición política no puede extrañarnos sus deducciones. «Rusia no produce figuras de dominadores o conquistadores de los que, en cambio, tan fecunda ha sido la raza germánica. Los que han dominado a Rusia han sido siempre gentes de sangre extranjera. Por eso hay en Rusia entre dominadores y dominados un abismo que en vano se buscaría en el pueblo germánico.»

Afirmación excesivamente tajante. No hay más remedio que recordar entre los que «dominaron» a Rusia: Napoleón y Hitler. Y en los rusos que «no conquistaron» otros países, Pedro el Grande, Catalina II, Stalin. [6 ter]

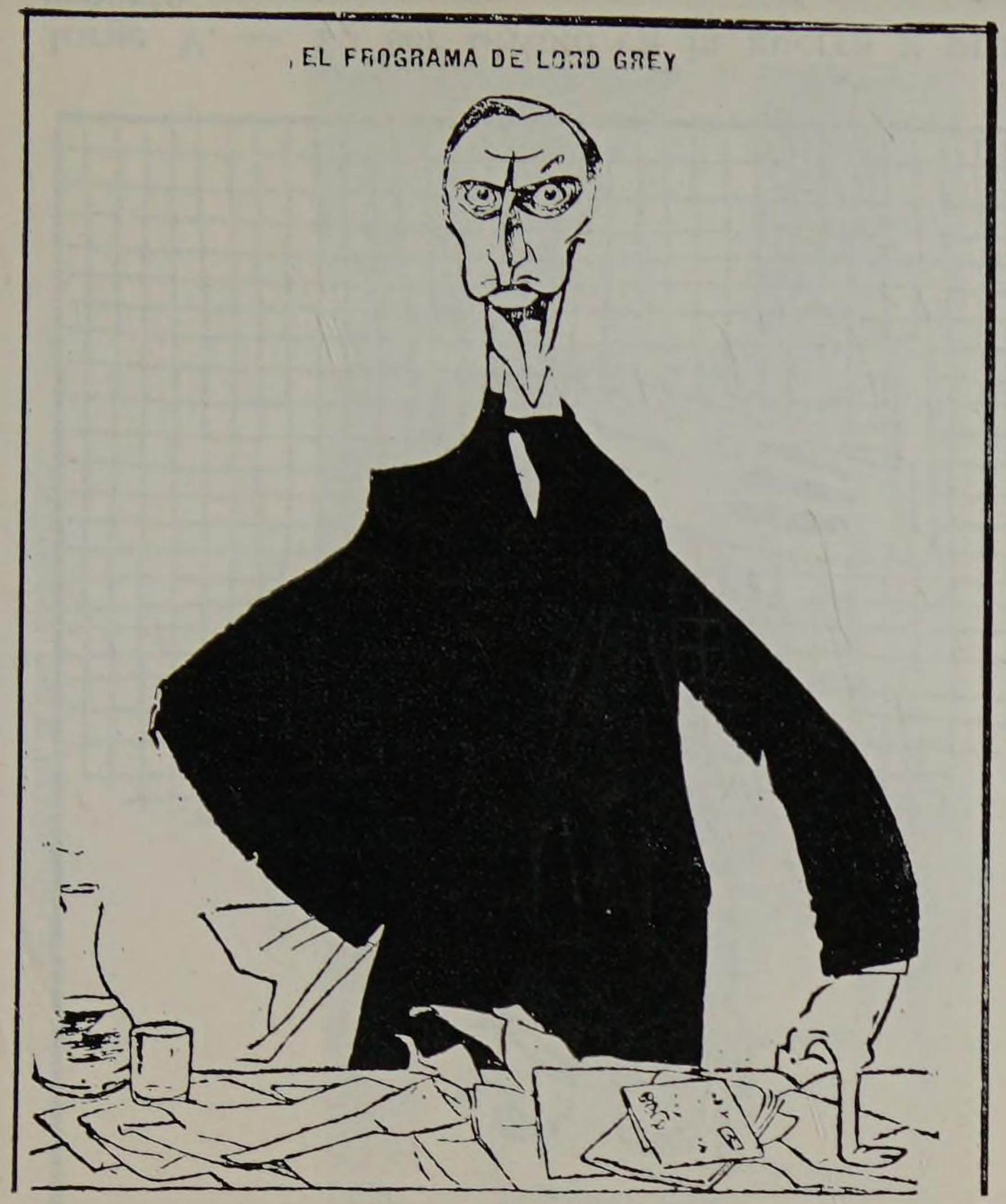
La teoría de Blasco Ibáñez y de Sofía Casanova, es la misma que defiende Rovira y Virgili. Lo malo ruso es germánico.

«Si hay algo malo en el régimen ruso se debe pura y simplemente a Alemania que ha sido la colaboradora y a veces la instigadora de la política represiva, brutal, de los gobiernos de Petrogrado. ¿Por qué? Temían que se hiciese liberal porque hubiera sido un peligro para ella. Visto a contraluz el despotismo ruso es sólo el despotismo prusiano.» [7]

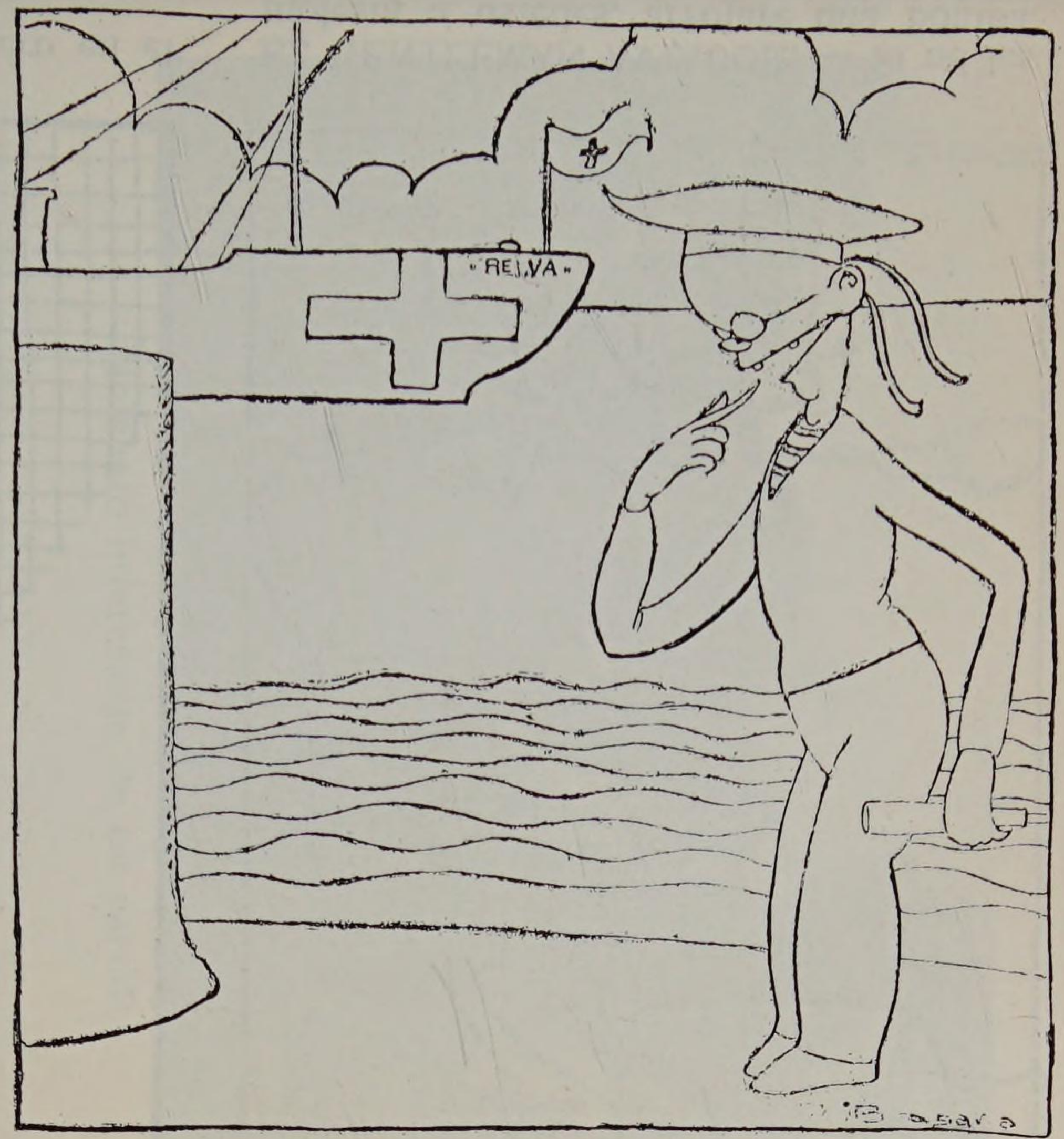
El argumento no es demasiado convincente pero el escritor aliadófilo tiene otro, discriminando entre las *armas* de la guerra —que están en oriente y occidente y las *ideas* de la guerra —que sólo están en el occidente. Rusia lucha sí, bravamente, pero dentro de una coalición y esa coalición está presidida por un principio político antitiránico y antidéspota. Con ello, Rovira i Virgili cree haber contestado a una pregunta que no dejan de hacer los germanófilos.

«¿Cómo... vosotros los liberales, los progresistas, los re-

6 ter. «Daimon», «El Diluvio», 7 y 18 octubre 1914.
7. «La Russia i l'Alemanya», «Iberia», 28-VIII-1915.



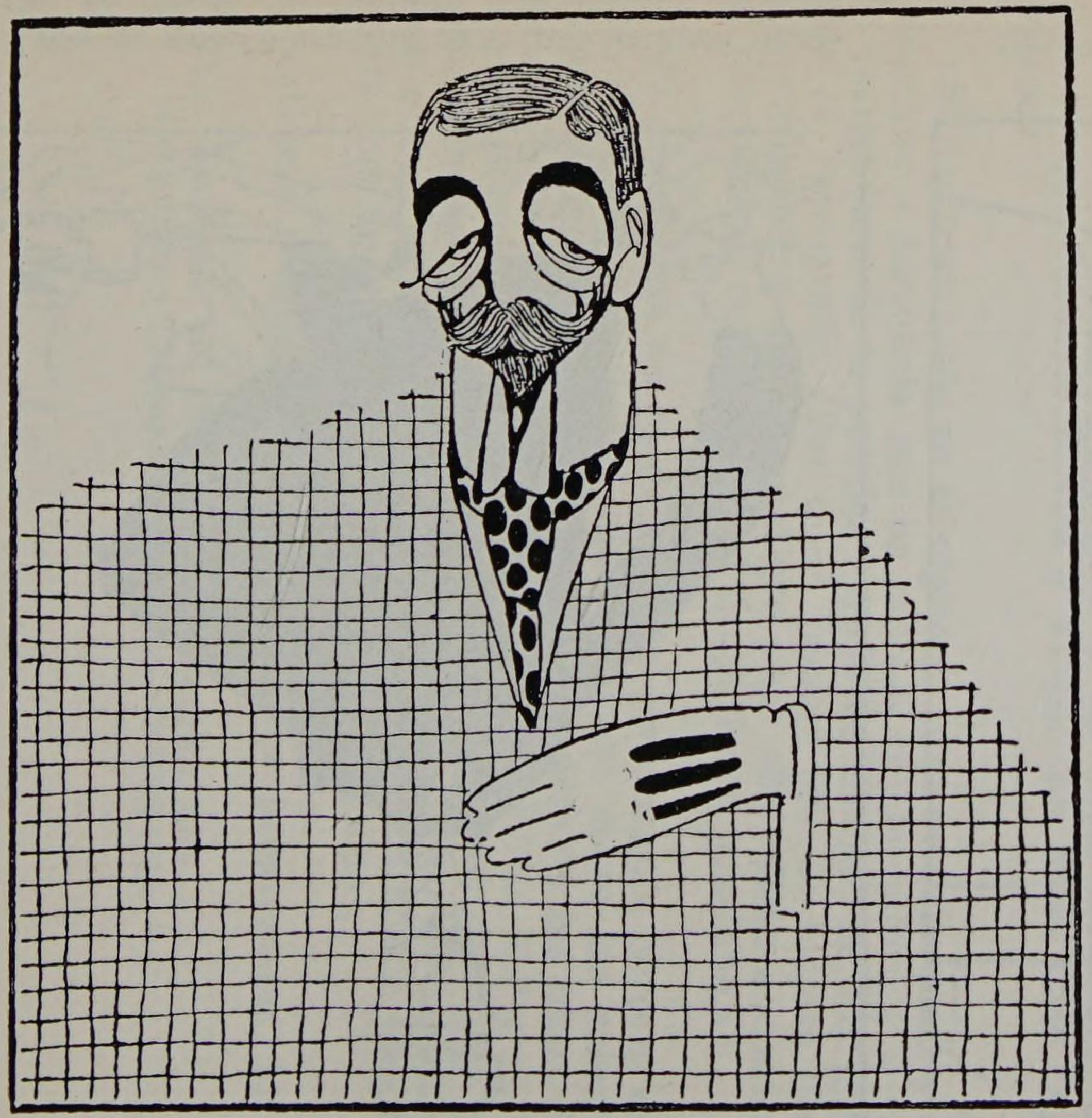
¡Nada de paz! Alemania dice que luchará mientras le quede un hombre. ¡Inglaterra luchará mientras quede un francés!



EL TORPEDEAMIENTO DEL BUQUE-HOSPITAL «REWA»

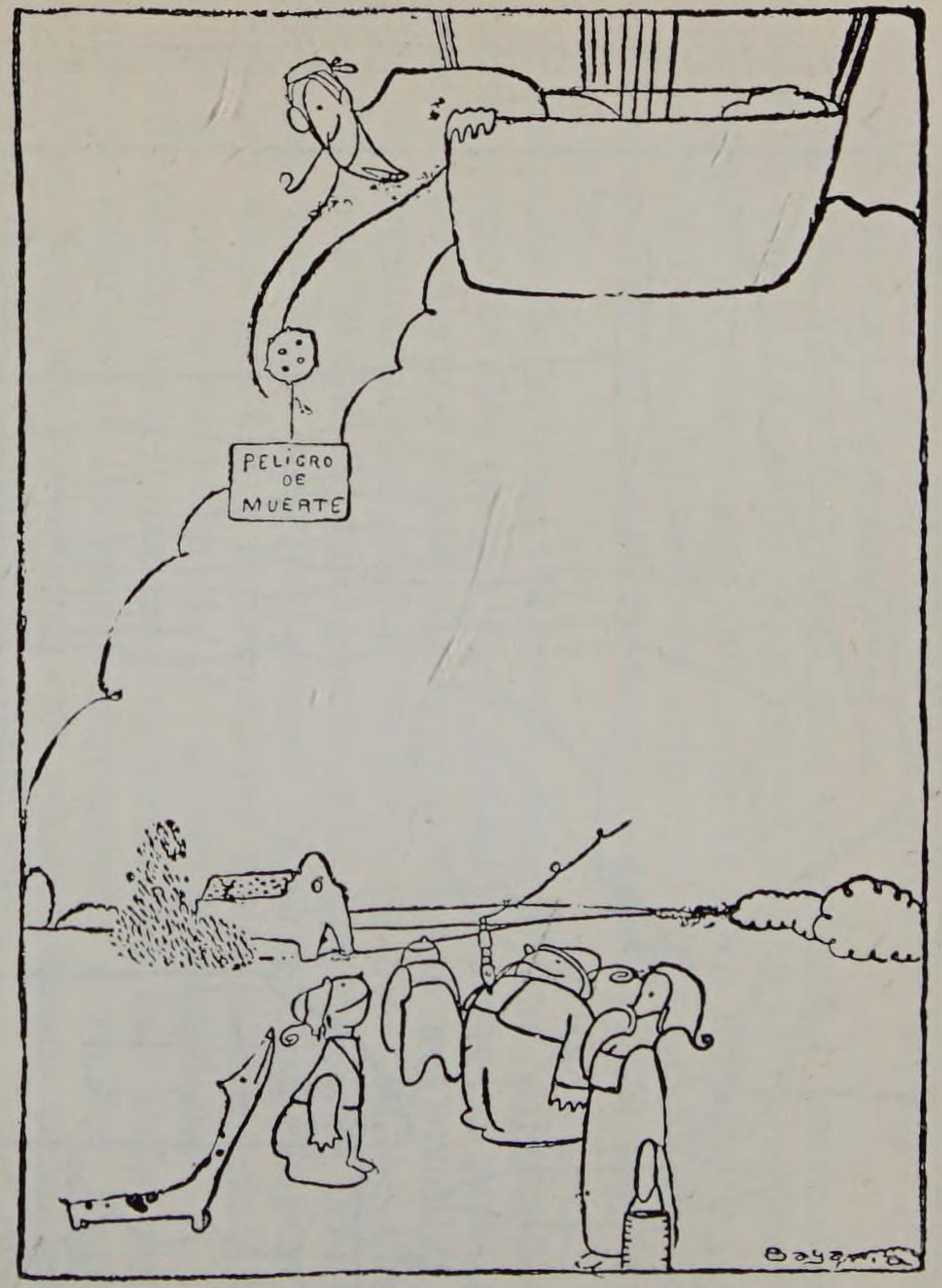
El comandante del submarino. — ¡Qué tontos! Pintan una cruz para que sea más fácil la puntería.

«LOS ULTIMOS SERAN LOS PRIMEROS»



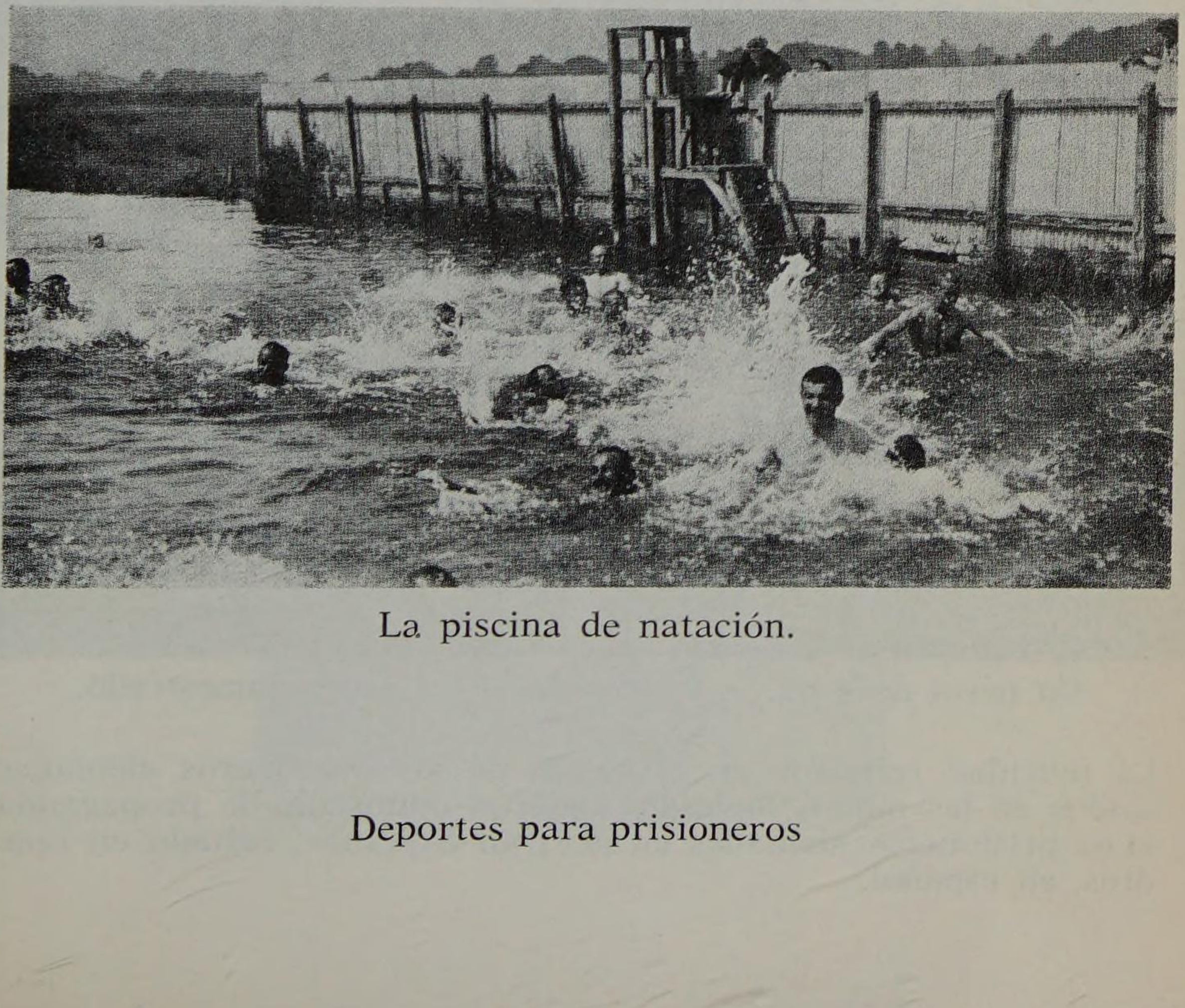
Jorge V. — Yo ser último en la guerra y primero en el reparto.

LA CABALLEROSIDAD INGLESA



EL GENTLEMAN AVIADOR. — Si no les molesta a ustedes, arrojaré una bomba.

Momento interesante de un partido



La piscina de natación.

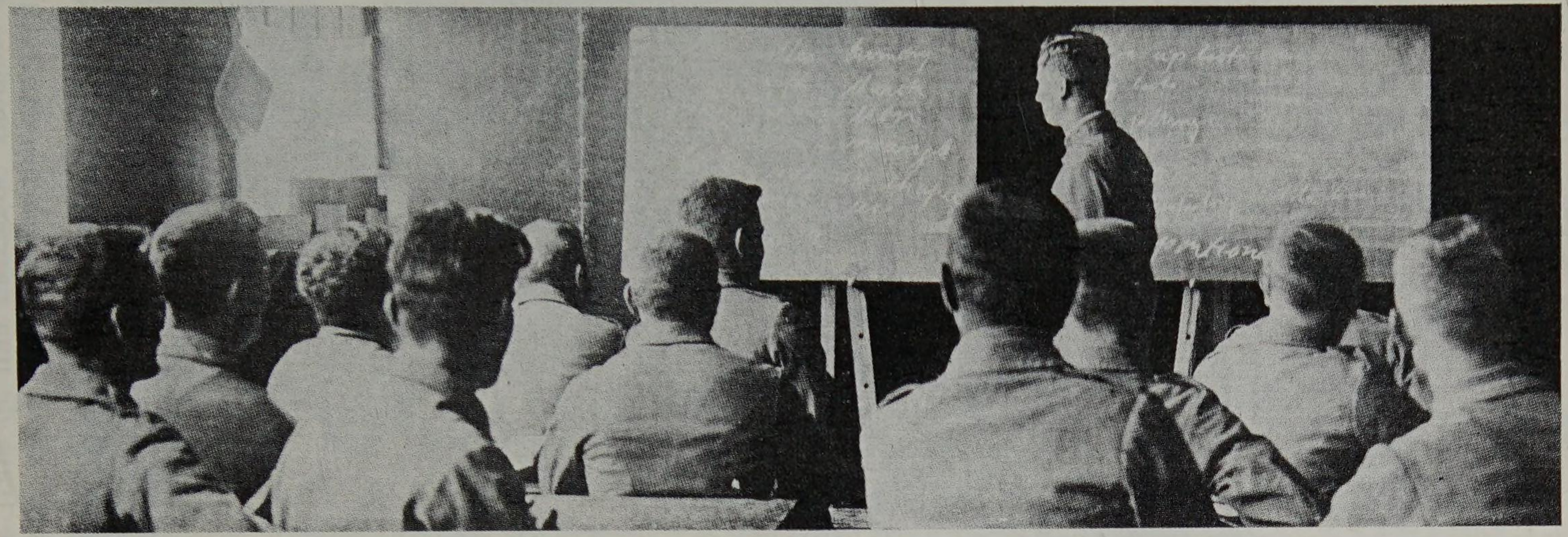
Deportes para prisioneros

Ojeando las camas: La siesta.

Un perol de sopa.

Conejo amaestrado.

La felicidad reflejada en el rostro de los prisioneros alemanes caídos en las manos inglesas, según el opúnsculo de propaganda «Los prisioneros alemanes en la Gran Bretaña», editado en Londres, en español.



Clase de idioma inglés desempeñada por un prisionero que dice haber sido juez suplente en Munster.

Portada de un libro sobre la conflagración buscando el efecto melodramático. Se trata de una narración anónima de quien se titula «Cura párroco Francés», publicada en Madrid, 1915.

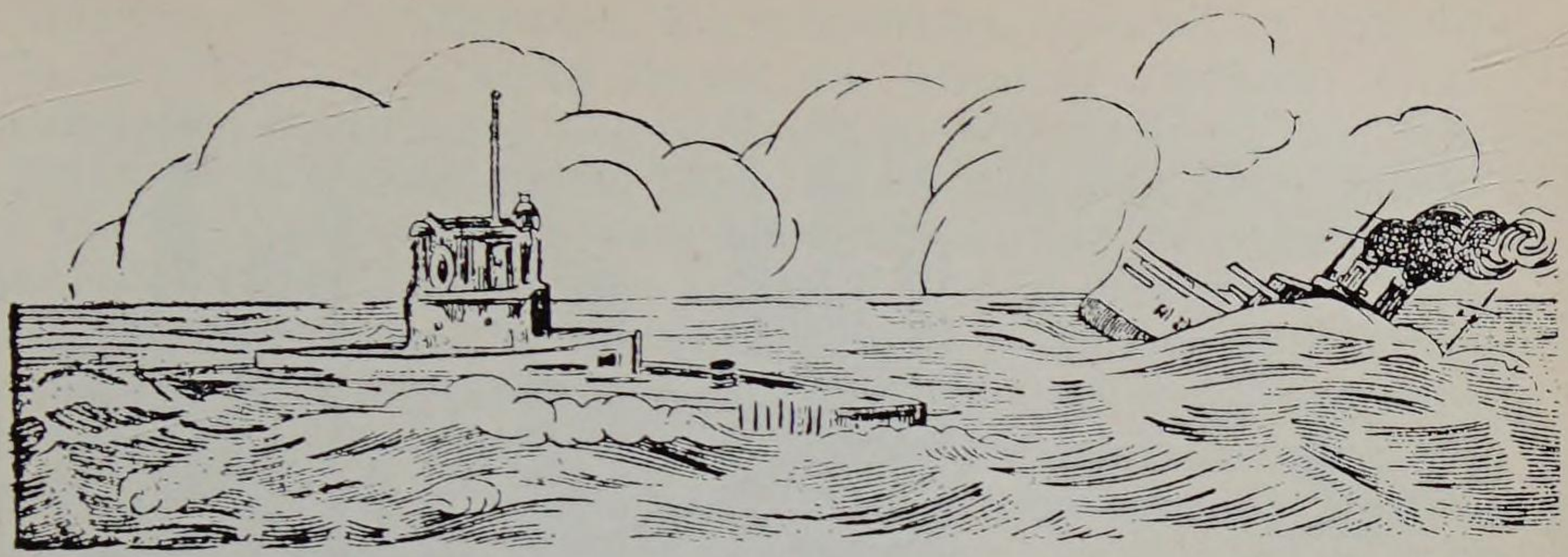
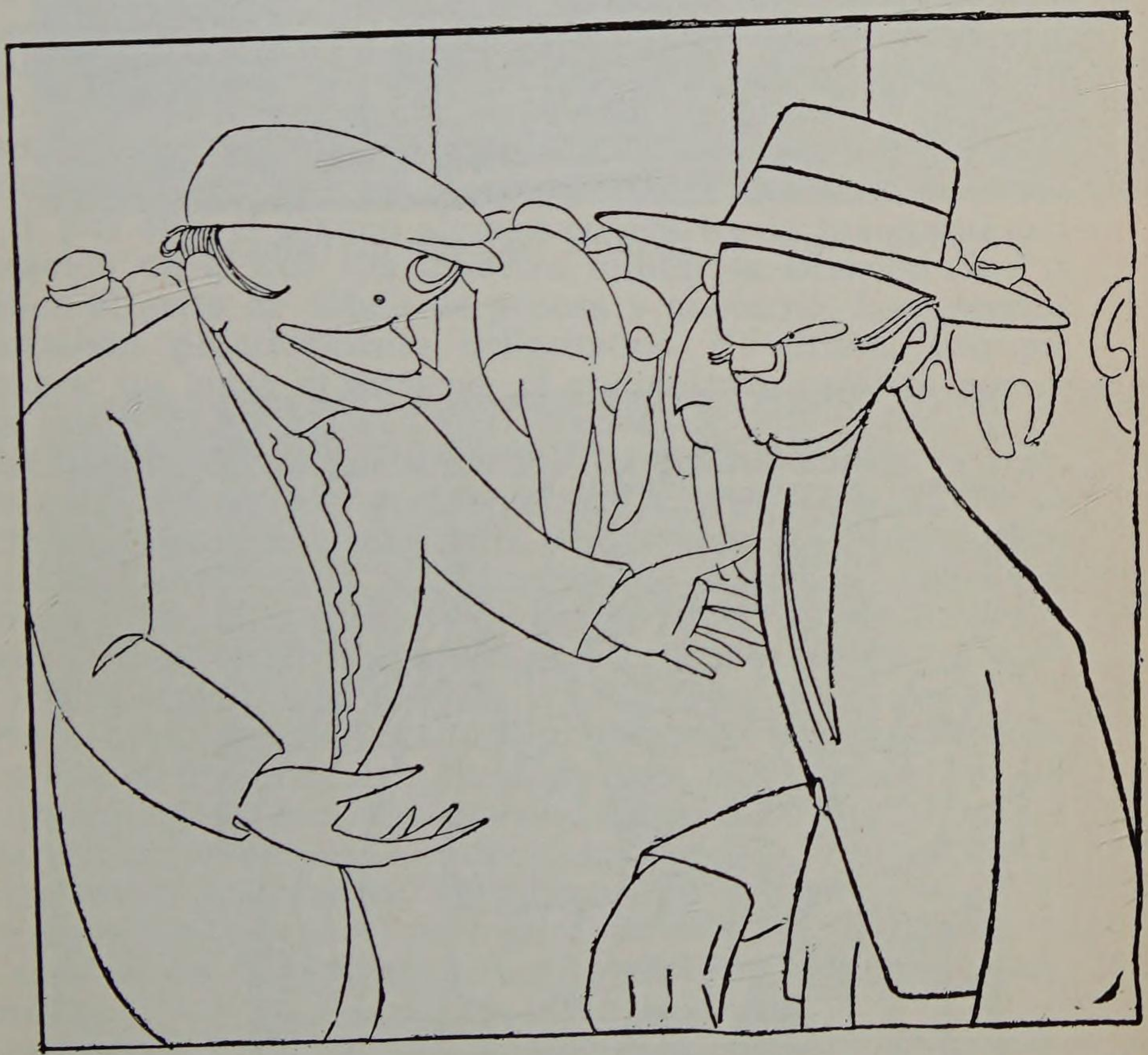


Ilustración de «La Carnaza» de Luis Antón del Olmet

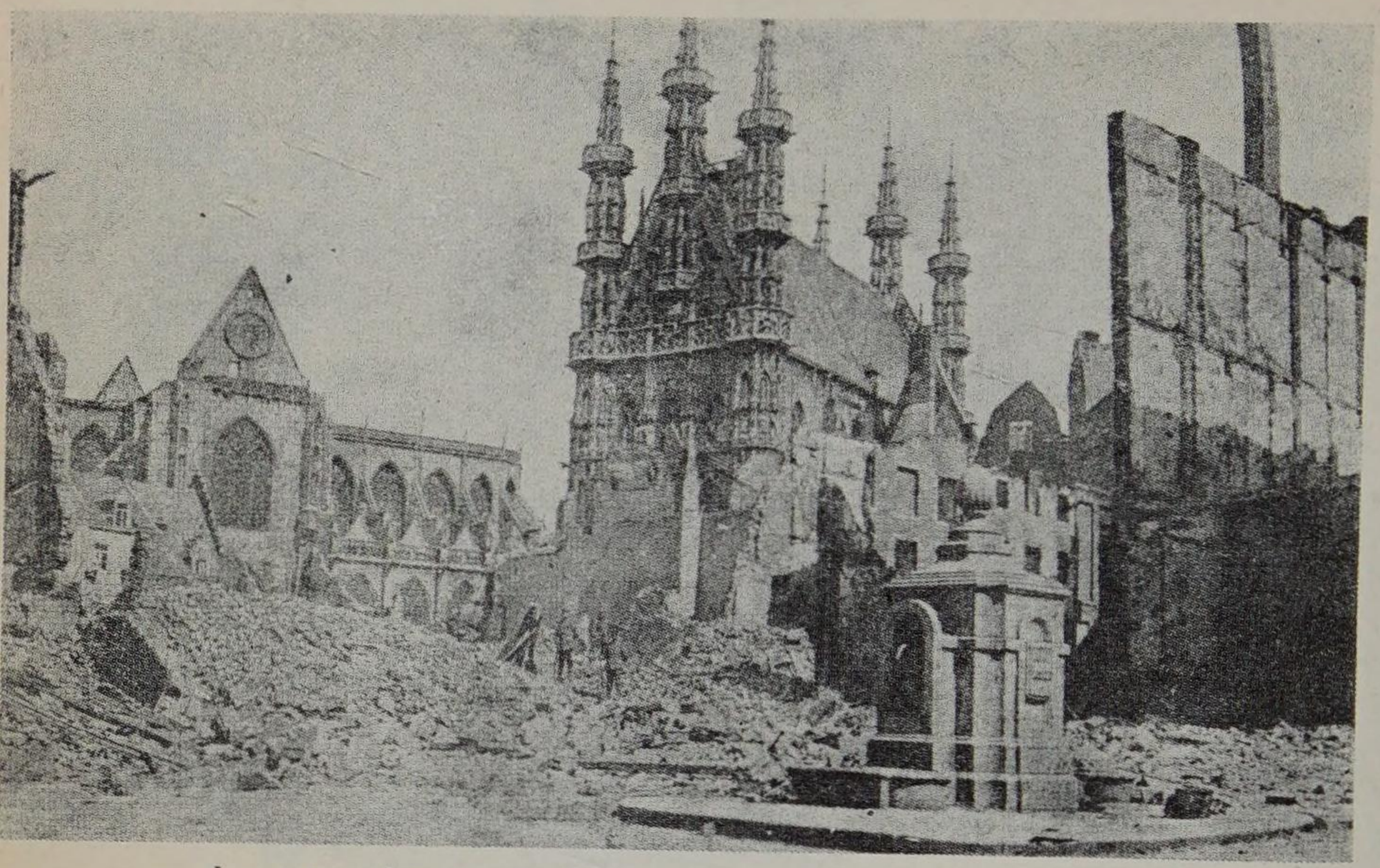


Mira tú, eso de la guerra europea es lo mismo que una corrida de toros. Alemania (pongo por caso) es el toro; Francia, Rusia y Bélgica, los toreros.

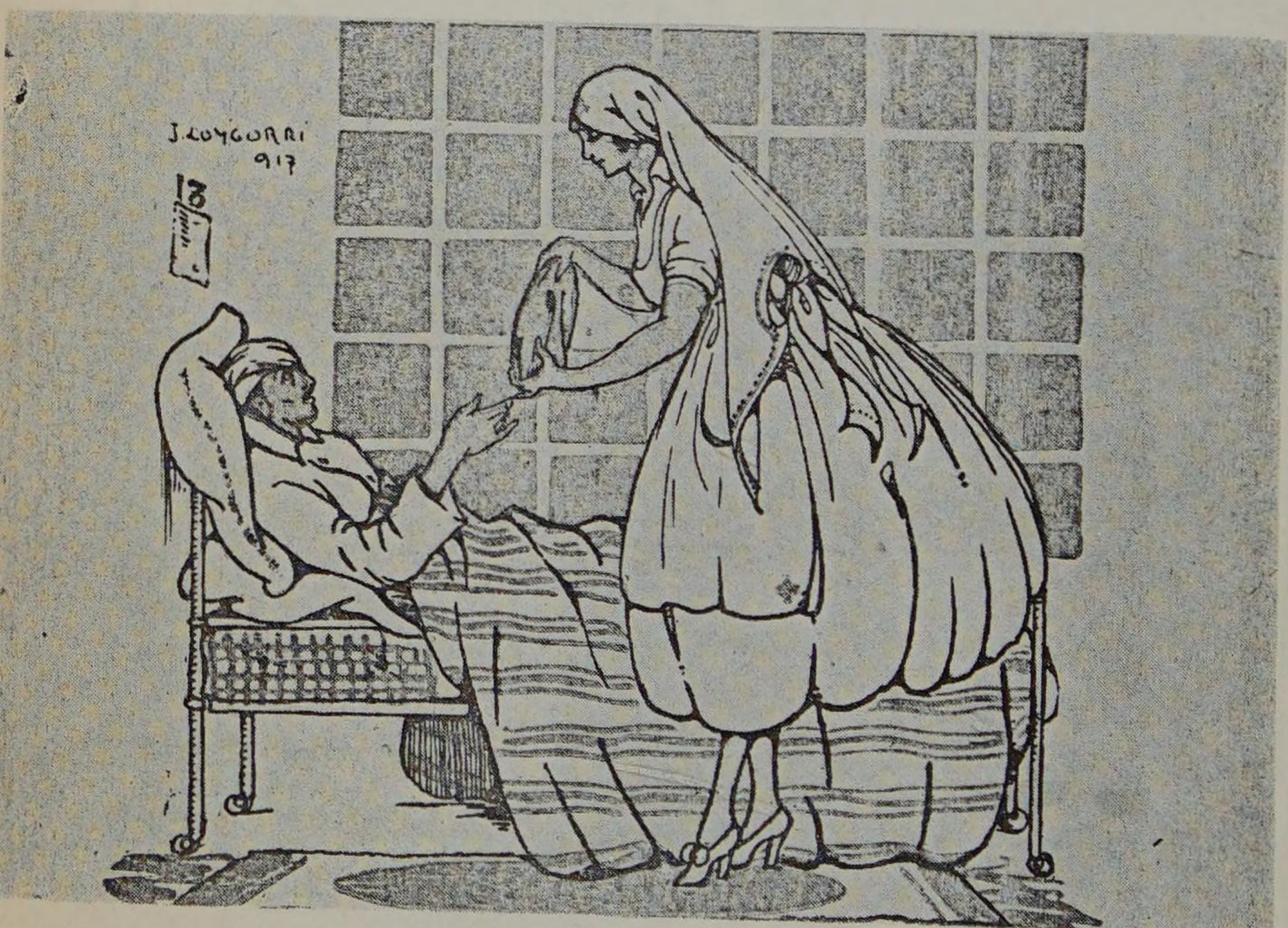
—¿Y de qué hace Inglaterra?

—Pero de qué va hacer, so primo. De «empresario»...

(Caricatura de BAGARIA)



Ayuntamiento de Lovaina rodeado de ruinas.



lustración de «El Desconocido», por Carmen de Burgos (Co-ombia), *Los Contemporáneos 2-10-1917.*

publicanos, los demócratas, los socialistas, deseáis el triunfo de la despótica y tiránica Rusia, ese imperio atrasado y semiasiático?»

Era una pregunta embarazosa de verdad y la poca habilidad del escritor catalán para contestarla fue la natural en quienes se veían diariamente entre la espada y la pared. Para todos fue una alegría la revolución rusa de la que ignoraron las crueldades extremas para aclamar a los que habían roto con su pasado absolutista. Al darle la bienvenida entre las naciones libres respiraban por el problema que se habían quitado de encima.

Algo parecido a ese suspiro de alivio, a propósito de Rusia, ocurrió en la Segunda Guerra Mundial. Las derechas españolas se quedaron desmoralizadas cuando sus amigos de Berlín firmaron un pacto de amistad y no agresión con el enemigo número uno de los bien pensantes, los soviéticos de Moscú. Durante dos años la prensa germanófila —casi toda— realizó prodigios de equilibrio para explicar la necesidad práctica de esa extraña alianza, igual que los Blasco Ibáñez, los Unamuno, los Rovira i Virgili de veinte años antes. Y por ello, el ataque alemán contra Rusia fue como una liberación de la que fue muestra militar la División Azul y política el grito de júbilo de prensa y gobierno. Los campos ya estaban prácticamente delimitados. El Orden, Europa, Dios por un lado; el ateísmo, el comunismo asiático por el otro.

La revolución de Rusia produjo la misma alegría ya reseñada entre sus amigos occidentales. La autocracia no era ya afortunadamente la aliada de la democracia. Ahora el pueblo ruso había recuperado sus libertades y marchaba, codo con codo no sólo militarmente —por usar las frases de Rovira y Virgili— sino, además, políticamente. Todo estaba ya más claro. Más lógico, más limpio.

Pero resultó que la revolución necesitaba urgentemente la paz y ésa se produjo; una paz separada, la de Brest-Livotski que aterró a los aliadófilos porque significaba que Alemania podía utilizar a decenas de divisiones contra Francia, como efectivamente lo hizo en la última ofensiva de la guerra; afortunadamente para el país galo, cuando los norteamericanos estaban ya bien organizados y eran numéricamente importantes.

Los escritores aliadófilos contemplaron el problema con una cierta ambivalencia de criterio. No podía aplaudir al régimen anterior por lo tiránico, ni al siguiente por abandonista. Algunos, como Alomar, buscaron la explicación del caso ruso en el mundo de las ideas.

«La terrible crisis anterior de Rusia tiene un valor literario considerable. No vale esgrimir contra ella las indignaciones excesivamente parciales de la prensa occidental. El maximalismo es una aplicación lógica austera, ciega del principio cristiano "no resistáis al malo"».

«...Había entre la Rusia imperial y la Rusia literaria una verdadera contraposición... La Rusial oficial, era tiránica, dogmática, dura. La otra era acrática, mística, dulce... Desapareció con la revolución rusa la antítesis entre Rusia y sus aliadas de occidente, pero nació una contraposición más trágica: la de un pacifismo obligado a la guerra más cruenta que se haya entablado jamás.

»...Partíamos del fanatismo bélico de Treischke y llegamos al fanatismo derrotista de Lenin. Desde la idolatría del estado agresor, hemos pasado a la idolatría de la pasividad inerme... (Que) ...no puede conducir más que al triunfo de la absoluta actividad germánica.» [8]

Poco le faltó. Hubo efectivamente una victoria alemana en la Guerra Europea, la del Este, pero llegó demasiado tarde para permitirle aprovecharla para el definitivo golpe a los aliados.

Un poeta canta al nuevo mundo que se levanta, esta vez sin ambages.

Salutación a un sol naciente

¡Las viejas campanas del Kremlin,
movidas de un maravilloso hálito,
que solas pónganse a cantar
el hossanna del sol eslavo!
¡Y que un rocío sentimental
baje hasta los huesos venerados
de los que murieron en la noche
por estar la aurora preparando!

En el cielo ideal
esplende un nuevo astro:
el sol de estas mañanas ideales
hoy no es latino y claro;
hay es un sol tristón, meditabundo,
porque sabe de días sin descanso
cual sabe de inquietudes sin remedio
el pueblo que se alumbra con sus rayos.

8. ALOMAR, GABRIEL, «Los valores espirituales y la guerra», «El Imparcial», 1-X-1917.

El oso viejo y triste
por el Knut amedrentado
ya no camina incierto por la estepa
ebrio de Dios y de aguardiente malo;
el oso viejo y triste
se levantó sobre sus fuertes flancos;
una onda cordial
de cálido entusiasmo
tornó la juventud a el alma vieja
y al músculo tornó el vigor titánico.
¡Oh! ¡quién osado sea
a oponerse a su paso!
Se ha puesto el oso en pie y es tan enorme
que toda Europa cabe entre sus brazos.

El horizonte inmenso
de una hoguera los rojos exaltados
inundan: ¡es la aurora más enorme
que vieron los humanos!

Es el alba más grande de la historia;
son cientos de millones de crispados
puños, de los que pende
rota la vil cadena del eslavo
los que la tea empuñan
del siervo que se torna ciudadano
y hacia el cielo la elevan
como en un holocausto.
Son cientos de millones ¡esta aurora
no la hicieron los astros! [9]

La extraña alma rusa

Sofía Casanova se asombra del comportamiento de las señoras aristócratas rusas en el hospital, apasionadas en su deber, en la iglesia... y en el amor; y recuerda a Ana Karenina. «Se puede ser extremadamente coqueta y piadosa al mismo tiempo. Todo lo que se puede ser y el carácter de estas mujeres, movedizo, novelesco (formado en los moldes de un rito más severo que la religión católica y en los de una sociedad donde la opinión no es correctora de las costumbres), integra esos dos elementos psicológicos que aparecen antipáticos.»

9. «España», 22-III-1917.

La escritora enfermera observa a la hermana Elisabeth, deshecha en llanto por el estado grave de un amigo herido. Pero, más tarde...

«...Se equivocaron los médicos, y un par de días después vi a la hermana Elisabeth más tranquila. Pasaron tres semanas y fui a despedirme de ella. La hallé en su jardincillo tomando el té en compañía del príncipe y de la condesa Cz., ambos polacos. La hermana vestía traje vaporoso, y ancho sombrero de paja con flores. Cortas las mangas y largo el escote, presentábase guapísima la dama; pero sus gracias mundanas estaban demasiado cerca de la veranda y del cuarto donde breve mejoría retardaba la muerte de su amigo.

»—Ya no lloro —me dijo—, aunque no tengo esperanzas de que viva. Es horrible; pero no tengo fuerza ya para sufrir.

»No la tenía, ciertamente, que la resistencia en las grandes crisis dolorosas se agota, llega a embotarse en cierto grado la sensibilidad; pero lo raro es esta derivación de ella: flirt y alegría.

»La condesa Cz., rubia, angulosa, desagradable, regiamente elegante, molestaba al príncipe con sarcasmos; la hermana Elisabeth lo buscaba con sus ojos expresivos, descarados de promesas.

»Charlaban los tres con desenfado, y los temas eran a veces escabrosos, de amor.

»—Yo sería una mujer mal vista —murmuró la superiora del hospital— si en vez de tres maridos hubiera tenido tres amantes. Y así, la ley ha protegido mi poligamia. Mi primer marido se murió teniendo yo veintidós años; del segundo me divorcié, y este tercero hace un año que no le veo; de modo que tengo ya derecho al cuarto. ¿Verdad, conde?

»El conde asintió, con ardorosa cortesía, cual era de rigor, a la bella amiga, que mostraba, riendo, los irreprochables dientes, grandes, y, bajo las flores del sombrero, la frente baja, primorosa, de diseño en las sienes, donde nacían algunas canas.

»Coqueta y misericordiosa, la hermana Isabel es una de las mujeres más representativas de su raza.

»Ya veremos otras.» [10]

10. «ABC» en Rusia, CASANOVA, SOFÍA, *Los hospitales, las enfermeras*, «ABC», enero 1915.

Los ejércitos rusos avanzan o retroceden de acuerdo con la estrategia, pero también de acuerdo con el gobierno y con la corte. ¿Qué pasa en esa retaguardia real? ¿Quién manda en ella? ¿De verdad hay un ser extraño que se llama Rasputín?

Sofía Casanova, que no gusta de exageraciones románticas, y pesa con sentido profesional las confidencias que recibe antes de enviarlas a los periódicos, se hace eco, porque no tiene más remedio, de los rumores que circulan en Moscú sobre la caída de un primer ministro Goremikin. ¿Se debió a la influencia del monje?

«Se pronuncia el nombre conturbador de Rasputín, el místico, duende negro de la Corte, a quien se atribuye monstruosa ascendencia sobre determinadas personas imperiales; un poder sugestivo de faquir o diablo mayor, y del cual cuéntanse sotto voce anécdotas sádicas, embrujamientos eróticos, perfidias e intrigas maquiavélicas trascendentales, que socavan el terreno político del Imperio. Yo no propagaré lo que oigo, lo que confidencialmente me han referido un diputado, damas peterburguesas, gentes serias e imbéciles chismosos; ante todo porque ninguna de esas confidencias, narraciones y secretos a gritos me garantiza la verdad. Y como no quiero hacerme cómplice de lo que en parte considero mentira colectiva, privo hoy a mis lectores de folletinescas sensaciones malsanas. Rasputín existe; es un hombretón campesino, acaso místico de verdad o acaso embaucador de esos débiles espíritus eslavos, que, aun creyentes en Dios y sus obras, buscan o hallan nuevas interpretaciones o verdades evangélicas; deslúmbranse con vacías frases de feudos clarividentes, fomentador de extrañas sectas.

»Rasputín vive en San Petersburgo con más mundano confort que sencillez ascética, y rodeado —dicen— de vasallos de su misteriosa fuerza; de su poder anímico sobrenatural. Una de las versiones características de su omnímoda desfachatez en ésta. Recibe la visita de cierto personaje, a quien obsequiará nacionalmente (sic), y ordena desde el salón: "Sacha, sírvenos el té." Y Sacha aparece con el servicio, que depone humilde en la mesa, postergándose en seguida de rodillas a los pies de Rasputín y en espera de nuevos mandatos.

»—¡Vete! —oyóse decir al enigmático.

»Y Sacha besó sus pies, y bajos los ojos, cruzadas las manos al pecho, desapareció en las sombras del interior.

»Y aquella mujer, aquella sierva, era nada menos que una hermosa condesa de encumbrado puesto en la corte.

»Por ser de las más inocentes, consigno esta versión de la leyenda rasputinesca.

»¿Quién es, en todo caso, ese hombre, del que se habla tanto? Procuraré informarme. Ha estado hace poco en Moscou, pero es inaccesible a los desconocidos. Tiene más de cincuenta años y el tipo acentuado de un campesino ignorante.

»Es probable que no se haya mezclado Rasputín en el camino ministerial, del cual se sabe concretamente que, si era el presidente anterior izquierdista empedernido y militante, su sustituto, Stuerner, lo es más, pero con mejores modos y más dulce perfidia en el trato con los adversarios. Goremikin, viejo absolutista, dicen que no es hombre de grandes medios mentales. Ce n'est pas quelq'un, me aseguraba un diputado. El nuevo presidente del Consejo de ministros afinará los medios del gobernador retrógrado, y por las gruesas espaldas del pueblo ruso resbalará el knut, el latigazo de las represiones, sin que lo sientan... Continuamos en el mejor de los mundos, y en el Cáucaso mitológico persiguen y vencen a los turcos los hijos del Zar.» [11]

El personaje impresionará incluso a quien apenas toca asuntos de la Guerra en sus escritos, la Condesa de Pardo Bazán. La obligó a ello, según explica el principio de su artículo, las preguntas que le dirigían por haberse interesado mucho tiempo por la vida espiritual rusa. La Pardo Bazán confiesa su ignorancia ante hechos tan asombrosos pero recuerda que, cuando niña, oyó hablar de otras influencias maléficas en la corte española, la de monja de las Llagas, la del padre Claret. La escritora lamenta no saber de la vida de un amigo ruso, Kelemine, porque...

«Si le encontrase por suerte, le preguntaría cómo es posible lo que leo en diarios, y hasta qué punto cabe en cabeza humana que un individuo ignorante, mal oliente, hirsuto, puerco, sin sabiduría, sin gracia, sin arte, de modales tan groseros y bárbaros haya podido imponerse en la corte de Rusia, empezando por marear, perdónese el familiarismo, a la más alta dama del Imperio, hasta el extremo de llegar a ser un peligro nacional, un riesgo para la seguridad de Estado, y haciéndose preciso suprimirle, darle caza como a lobo rabioso, a través de la blanca estepa... Ya sé, y lo he dicho, si no bien, al menos detenidamente, que Rusia es un

11. Casanova, Sofía, Moscou, 3 febrero 1916, «ABC», marzo 1916.

país de misticismo, y que, cual si estuviésemos aún en los primeros siglos de la Iglesia, pululan allí las sectas, las desviaciones y aberraciones de la fe independiente. Misticismo y superstición son los dos resortes espirituales del alma eslava. Para razonar esta afirmación habría que escribir otro libro, y, además, se cuenta entre los lugares comunes. Sin embargo, es preciso tomar en cuenta una distinción importante: la superstición y el misticismo pertenecen al pueblo, y las altas clases separadas del pueblo en Rusia por un abismo, con separación que no concebimos aquí, deben a su educación extranjera, a su género de vida, a su exasperada europeización, un tinte más bien escéptico, que se compagina muy mal con lo que nos aseguran de ese influjo arrollador del ignorante, del labriego ordinario y descomedido. Las grandes señoras rusas, Princesas, Duquesas, son las más elegantes, refinadas, modernizadas y distinguidas.

»No diré que no salte de entre ellas una extravagante, una perturbada, una maniática a quien las uñas de cernícalo lagartijero, la cabellera virgen y los desmanes del embaucador e iluminado pareciesen cosa grata, porque todo sucede en el mundo y hay gustos para todo. Lo que se me resiste, lo que es "más fuerte que yo" es la generalización del fenómeno. Y por eso digo que habrá en ello mucho que sólo se explicaría hallándose perfectamente enterado de antecedentes y consiguientes y viviendo en Rusia obra de quince años para conocer a fondo a las gentes y desenmarañar la madeja de los sucesos. Cuando son tan raros, no pueden verse con telescopio, como vemos el disco de esa Luna que el gran Alejandro asimila a las dimensiones de los dominios del Padrecito Zar.

»Un día u otro, quizá se aclare el drama truculento, intermedios de grotesca bufonada a lo Pantagruel. Un día u otro saldrán revelaciones, juicios fundados, algo que ponga en limpio —por decirlo así— el figurón de ese fanático o tunante, una de dos, a quien con balazos o puñaladas en el cuerpo enterraron envuelto en un sudario glacial... si todo ello fuese auténtico, que yo desconfío. Lo más probable, sin embargo, será que no lleguemos a salir de la duda, y que siga siendo verdad lo que dijo uno de los eslavos más ilustres: "A la santa Rusia no se la puede comprender. Hay que amarla".» [12]

El tema impresionó también a Ramón Gómez de la Serna. Su definición del éxito del monje está llena de encanto.

12. La Condesa de Pardo Bazán, «La Santa Rusia», «El día», 21-I-1917.

«En Rusia siempre ha habido un aldeano irresistible, al que se le da parte en el dominio elevado, como en representación de lo indestructible, de la fuerza terrena y fatal que viene de donde soplan los vientos desencadenados. Las aristocracias se sienten doblegadas por ese elemento y lo aceptan poseídas y timoratas. Los que son de allí y recuerdan a la memoria los nombres y representantes de ese instinto peñascoso y contundente que Rasputín representaba.

»Pero Rasputín quizá fue el más poderoso y tiránico de ellos, porque su principal triunfo lo tuvo con las mujeres, entre las grandes damas, cuya cocina necesita tanto del apio como del langostino...»

Describe Gómez de la Serna las aventuras palaciegas, del monje sus éxitos políticos y luego se hace eco de las mil versiones que corrían sobre su asesinato. "La primera fue que Rasputín había aparecido asesinado sobre el hielo entre las islas Yata y Wokle. Esta versión era bella, sombría y muda. Estaba bien tendido así en el hielo el hombre aciago, embriagado de placeres y de esas fuertes esencias de alcohol que se preparan en Rusia. Se decía también que el príncipe Yussof le había asesinado...»

Era la versión exacta, pero el nombre era Yussopof. Gómez de la Serna da en las últimas líneas de su artículo la imagen que se ha repetido muchas veces en la Europa de aquellos días. Tensión, asombro, expectación por saber un misterio más de la misteriosa Rusia; «el misterio envuelto en un enigma» como la definiría, mucho tiempo después, Churchill.

«Yo he seguido colgado del teléfono... he esperado a saber definitivamente si había sido o no asesinado y sólo me he apartado del telégrafo cuando ha durado lo bastante ese silencio imperturbable, lleno sólo del triquitraque sordo y monorrítmico que parece que le imprimen los campos por donde pasa, la extensión sobre la que se tiende.» [13]

Los polacos entre dos fuegos

Para Sofía Casanova, refinada aristócrata, había en el alemán algo de ordinario, de áspero, ya intrínsecamente, al margen de la guerra.

13. Casanova, Sofía, *De la guerra*, pág. 267.

«Es una gran nación Alemania... ciertamente, pero ¿dejaría de serlo si tuviera mejores modos, más cortesía? La civilización no me parece que deba excluir la buena crianza.» [13]

En la antipatía de la escritora española había una razón personal. Si, para muchos, Alemania era sólo la humilladora de Bélgica, de Francia, para ella, casada con un polaco, madre de polacos, era también y mucho antes, la nación que había dominado brutalmente a la suya y había impedido, a veces por la fuerza, que en regiones étnicas mezcladas con Bosnania, los niños polacos pudieran decir sus oraciones incluso las familiares en su lengua, en lugar del impuesto alemán.

El problema de Polonia era gravísimo. Separados sus habitantes entres regiones distintas porque así los habían dividido las grandes potencias, resultó que tuvieron que formar en los distintos y aun antagónicos ejércitos. Así hubo polacos con uniforme alemán luchando contra polacos que usaban el uniforme ruso y a favor de otros, vestidos de húngaros. Para conseguir su ayuda más eficazmente, las grandes potencias les ofrecieron el mejor estímulo para combatir; la independencia. Pero ni siquiera con la amenaza bélica alemana, pudo San Petersburgo hacer el gesto que hubiera desmentido una política de siglos. La promesa del Gran Duque Nicolás, al principio de la guerra, acabó siendo una concesión de autonomía local, de mínima importancia. Polonia tendría que esperar al triunfo de los aliados para conseguir la libertad definitiva.

El uso polaco que, por sus circunstancias religiosas, tenía que haber preocupado grandemente a España apenas movía aquí las aguas polémicas. El catolicismo oficial era germanófilo y por tanto se desentendía de lo que le podía ocurrir a un país ocupado por Alemania. La izquierda, por la misma razón confesional, no sentía demasiado entusiasmo por el lejano país eslavo. Sofía Casanova, la única mujer que actuó verdaderamente de corresponsal de guerra, enfermera doblada en cronista de hechos dramáticos, era una voz en el desierto.

«Veintidós millones de polacos viven espiritualmente unidos, aunque separados por fronteras. Mantienen con sacrificios —como proclama el Santo Padre— la fe católica, y, trabajadores instruidos, buenos, esperan de Dios, de la justicia de los hombres y de su esfuerzo la reintegración de su pa-

14. Casanova, Sofía, *De la Guerra*, pág. 117.

tria. La heroica Bélgica ha luchado con un enemigo despiadado; pero no apuró el cáliz de insondable amargura que es para los polacos saber que luchan fratricidamente, pues polacos hay en los Ejércitos de Austria, Alemania y Rusia.

»Asistí a un polaco de Prusia hecho prisionero en las posiciones de Bzura, que me habló así:

»—Al despedirme de mi madre en nuestra aldeíta me dijo: "Si disparas contra tus hermanos, que te alcance una bala." Disparé; Dios sabe si habré matado alguno... Me alegro de mi grave herida: he hecho sufrir y sufro... Pero no he reído con los míos por mi voluntad. ¡Qué infelices somos los polacos! —suspiró el cautivo, cruzando sobre el pecho, desgarrado por un casco de granada, las manos exangües.» [14]

Juan Pujol, aprovecha esa complicada situación étnica política para escribir un cuento antirruso...

«No tiene usted nada que temer, señora. Soy polaco yo también...

»—¡Ah!

»Había asombro en la exclamación de ambas mujeres. Disminuía su pavor con esto. Pero contemplando al compatriota vestido con el uniforme execrado, sentíanse ahora invadidas por un vago horror. Discretamente, familiarmente, él las dijo su propia historia. Era de Varsovia, había ascendido en la guerra. Desgarraba su alma de compatriota polaco esta lucha, que ensangrentaba la tierra de sus antepasados: pero ¿qué hacer? Los hermanos de raza y de lengua se veían obligados a pelear unos contra otros. ¿Qué hacer, qué hacer? ...Los austríacos estaban vencidos. Los alemanes, también. Acaso el Zar iba a reconstituir Polonia, a libertarla espontáneamente. Pero ¡este inmenso dolor de ver la amada tierra convertida en un cementerio...! Lloraban las dos pobres mujeres oyéndole hablar así. Con los austríacos habían huido sus hijos y hermanos, vistiendo el uniforme de los oficiales del viejo Emperador... Y cuando le hubieron hecho esta confesión y él las hubo oído atento y emocionado, los ojos de la joven alzáronse hasta él, llenos, a través de las lágrimas, de confianza y de sumisión.»

Ante esa coincidencia patria, la muchacha le confiesa que precisamente hay un compatriota herido en el sótano, pero éste lleva uniforme austríaco. Cuando van a verle, llega el

14. Gómez de la Serna, Ramón, «Rasputín», «La Tribuna», 24-II-1917.

coronel. ¡Ah! ¿había capturado al traidor? El polaco-ruso duda y, por fin noblemente...

»—No, yo no lo he apresado. Yo sabía que estaba aquí. Soy yo quien lo ha ocultado en esta casa. Es un polaco como yo.

»Sin dejarle acabar habían caído sobre él los oficiales rusos para despojarle de su espada, le increpaban, le insultaban. Con la fusta, lleno de cólera le cruzó la cara el coronel. Pero ella se había arrojado a su cuello, y lo estrechaba, como al amparo de un escudo invulnerable, contra su corazón...

»Por la puerta del jardín salieron los dos, con las manos atadas, como espías. Aún ella, sin hablar, lo besó en la frente. Los separaron a culatazos... Habían de fusilarlos a la alborada... Y él se fue, camino de la muerte, como si en lugar del beso ella hubiérale puesto en la frente una de las diamantinas estrellas que, sobre la nieve de los Cárpatos vecinos, tiritaban en el cielo claro de la noche invernal...» [15]

Final, absolutamente de acuerdo con las novelas partidistas de la guerra, imitadas, casi calcadas de las que los occidentales publicaban continuamente. Sólo que entonces los malvados invasores eran ulanos.

15. PUJOL, JUAN, «El traidor», 30-XI-1916.

XI. LOS ESTADOS UNIDOS

(Demócratas, imperialistas, generosos, codiciosos, etc., etc.)

Rubén Darío a pesar de desear la victoria aliada, no quería ver extenderse la guerra al otro lado del Atlántico. Su voz quiso ser el dique que detuviera la ola, lenta pero segura, que arrastraba a América, la del norte y la del sur, a la contienda.

«¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros! Juntaos
en la esperanza y en el trabajo de la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.

Ya lucharon bastante los antiguos abuelos,
por Patria y Libertad y un glorioso clarín,
clama a través del tiempo, debajo de los cielos,
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.

Ved el ejemplo amargo, de la Europa deshecha;
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;
y la piedad y el duelo sollozando los dos.
No, no dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares a la Paz, miel y rosas.
Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.» [1]

El poema es de 1915, en febrero. Contra el deseo del poeta, América entró en la guerra, dura y decisivamente en un caso, el de los Estados Unidos y más o menos simbólica-

1. Darío, R. «Pax».

mente en la declaración de hostilidades contra Alemania por Cuba, Panamá y Brasil el mismo año 1917 y de Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nicaragua y Haití el año siguiente.

Estados Unidos o la moralidad, la ética

«Wilson es la más alta expresión moral de la guerra. Su espíritu proclama, no ya la guerra de defensa y garantía, sino la guerra para *imponer* la libertad y el derecho... en la actitud de Woodrow Wilson trasciende la herencia puritana de los fundadores, transmitida genialmente a Emerson y W. James», dice Alomar. [2]

Efectivamente, coincide Azorín: «Los Estados Unidos son la libertad. Un fin puramente espiritual les ha movido a entrar en el formidable conflicto.»

Y para más prueba de que los norteamericanos no ambicionan ninguna otra cosa —los intereses de que les acusaban— para entrar en la guerra, Azorín recuerda que Wilson ha proclamado la necesidad de una Sociedad de Naciones que no podría, ya que es organismo compuesto por todos los pueblos civilizados y libres, sancionar esos fines malintencionados de que se acusa a los EE.UU. Dicho de otra manera. La Sociedad de Naciones indica, no sólo un fin espiritual sino la garantía de que esa entrada en la guerra no va a servir para ganar ventajas materiales. [3]

Para muchos, América estaba muy lejos, material y espiritualmente, de Europa para entrar en la guerra. Así resume Camba... *las evoluciones germanófilas ante la acción norteamericana.*

«Quince días antes de la entrada en guerra de los Estados Unidos, ni aun los españoles que vivían en Nueva York creían que Wilson llegase nunca a romper las hostilidades con Alemania. Yo discutía con algunos amigos una noche.

»—Si este pueblo fuese a ir a la guerra con Alemania —me decían— hubiese ido ya. Cuando no ha ido antes, es que no va tampoco ahora.

»—Ustedes creen —les contestaba yo— que los Estados Unidos no pueden ir a la guerra con Alemania porque no

2. ALOMAR, GABRIEL, «Los valores espirituales y la guerra», «El Imparcial», 1-X-1917.

3. AZORÍN, «Los Estados Unidos son la libertad», «ABC», 28 agosto 1918.

han ido todavía. Yo creo, al contrario, que pueden ir, precisamente por no haber ido aún.

»...Segunda actitud: "Los americanos han declarado la guerra a Alemania, pero nada más que por fórmula. No harán nada. Son unos salchicheros...".»

(Resucitaban en esa ocasión los adjetivos que se habían empleado contra los norteamericanos durante la guerra de 1898. Todo lo referente a la industria porcina se aplicaba a nuestros enemigos de entonces.

«Es claro y salta a la vista
¿a quién no aflige y contrista
ese duelo traicionero
entre un rico tocinero
con ribetes de rentista
y un hidalgo sin dinero
pero con alma de artista
y escudo de caballero?» [4]

Decía Manuel del Palacio. Y en las calles se pregonaban «aleluyas de Mackinley—y los cerdos de su grey».) [4]

Sigue Camba, cargado de lógica...

«Yo hice un artículo en ABC mostrando que no existía ninguna incompatibilidad teórica ni práctica entre el arte de hacer salchichas y el arte militar. Para ello citaba el caso de la propia Alemania, país de grandes tradiciones militares y salchicheras. Añadía que todas las salchichas americanas eran de origen teutón, que se fabricaban especialmente en Chicago, la ciudad más alemana de los Estados Unidos, que tenían un alma germana, y que, si pudiesen hablar, seguramente hablarían alemán; pero no convencí a nadie. En esto los Estados Unidos adoptaron el servicio militar obligatorio y se hizo evidente el que estaban formando un Ejército formidable. Y entonces los españoles dijeron:

»—Sí. Los Estados Unidos van a hacer un Ejército formidable, pero no para que se bata en Europa, sino para invadir todo el Continente americano y para luchar contra el Japón. La guerra europea es el pretexto. No. No nos la dan los americanos...

»Y cuando los americanos comenzaron a mandar a Fran-

4. Díaz-Plaja, Fernando, *La Historia de España contada por los poetas*, Barcelona, 1971.

cia diez mil soldados por día, y estos soldados empezaron a combatir:

»—Si estaba clarísimo —dijeron por aquí millares de voces—. Se apresuran para evitar que la guerra europea sea resuelta sin su concurso. No quieren que los franceses, los ingleses y los italianos la terminen solos. Quieren pelear a todo trance, dar el último golpe y ser luego los árbitros...

»Ahora, Alemania se ha dirigido a los Estados Unidos en demanda de paz. Y ahora es cuando la neutralidad germanófila española le ofrece al mundo un espectáculo más pintoresco. Hasta ese instante si hubiese habido un aparato para medir las evoluciones de dicha neutralidad, hubiésemos obtenido como resultado una línea muy semejante a la de un churro; pero, desde la petición de paz alemana, el aparato en cuestión se hubiese roto forzosamente. Y eso que, a medir semejante materia, no hubiera sido necesario un aparato de *gran precisión* ni de gran delicadeza.» [5]

Azorín también sale al paso de la teoría de que los americanos no sirven para la guerra porque carecen de espíritu militar. Si por espíritu militar se recuerda el prusiano, efectivamente no sólo no lo tienen sino que vienen a Europa para procurar que desaparezca de ella. Y si por guerra se entiende acción, acometividad, sacrificio, ¿qué pueblo hay que le forje diariamente más que ese campo adecuado que es su lucha contra la naturaleza? Azorín recuerda además la guerra de Secesión y tiene la elegancia o la habilidad de no recordar la de 1898. Porque los tradicionalistas españoles que acusaban a los yanquis de malos soldados estaban automáticamente y sin darse cuenta, llevados de su rencor, menospreciando a los españolitos que fueron derrotados por ellos en Cuba y Filipinas. [6]

Estados Unidos: Imperialismo, materialismo, egoísmo

Durante muchos meses los germanófilos creyeron a pie juntillas las consecuencias de su propia hipótesis. Estados Unidos es una nación materialista y comercial. Ahora bien, qué es lo que quiere un comerciante, ¿ganar dinero o arriesgar su vida por una causa? Lo primero, naturalmente. Así escribe Vicente Gay desde Alemania...

5. Camba, Julio, «El Sol», 18 octubre 1918.
6. Azorín, «Los Estados Unidos son la Libertad», «ABC», 28-VIII-1918.

«...Llegamos a los almacenes. Se exhibió un permiso especial y penetramos en ellos.

»—Vea usted si tenemos o no provisiones —me dijeron.

»Vi repetirse la escena de Lubeca. Verdaderas pirámides de comestibles estaban amontonadas a lo largo de almacenes y más almacenes.

»Muchos hombres y mujeres hacían un trabajo que parecía de revisión de los víveres. El capitán de Marina que nos mostraba los locales nos dijo:

»—Hacen la selección. Lo mejor es para el Ejército; el resto se destina a la población civil.

»Y recorrí las galerías que formaban los grandes montones de comestibles. Al final no pude menos de exclamar:

»—¡Buen agosto para los norteamericanos! Esa marca la conozco, y esa otra también. Todo eso es yanqui. Esto es una neutralidad bien pagada.

»Los alemanes reían. Yo me expliqué en un momento el motivo que tienen los norteamericanos para jugar con dos barajas en esta guerra, y más que nunca creí que sus notas diplomáticas con ocasión del torpedeamiento de ciertos buques, no eran sino satisfacciones aparentes al pueblo norteamericano y a los aliados. Norteamérica no le buscará cuestión a Alemania. Gana mucho con la paz y le va bien comiendo a dos carrillos y viendo cómo el dólar se levanta en la economía mundial, como un sol de bienaventuranza, para los negociantes yanquis.» [7]

Lo mismo cree José Juan Cadenas al comentar el hundimiento del «Lusitania»; ¡Ah! —gritan las gentes indignadas— los Estados Unidos harán una enérgica reclamación...

«¡Ya lo creo! Los Estados Unidos protestarán, pondrán en movimiento toda su diplomacia... y seguirán fabricando armas para que en Europa continúe la guerra.» [8]

Los Estados Unidos son también el imperialismo, el pulpo que se extiende por toda la América latina y que no vacila en destruir para ello a la pobre armada española, víctima de su inferioridad numérica.

«En el caso de los yanquis no siento la misma suspicacia, sino la misma hostilidad que las mentes cultivadas de las repúblicas vecinas a Norteamérica» afirma un germanófilo.

7. GAY, VICENTE, *El pensamiento y la actividad alemana a la guerra europea, en la guerra europea,* pág. 214, Madrid, 1916.

Y cita, sin precisar el nombre, a un venezolano que decía: «Soy republicano por origen y convicción; amo a Francia con fuego; pero antes de que los yanquis triunfen, se alcen como árbitros del mundo y manejen el universo, prefiero la victoria de Alemania, a la que detesto.»

El problema, sigue diciendo Salaverría, es que los yanquis son hombres «nuevos» con los cuales es difícil el diálogo porque «sienten la vida de otra manera que la nuestra. Además, sus formas de ejecución nos perturban, nos lastiman». Y denuncia su perplejidad al encontrarse con un yanqui, perplejidad casi similar a la que tendría ante un habitante de otro planeta.

«¿Posee este hombre suficiente educación? ¿Será su educación pareja de la mía? ¿Por dónde se arrancará este hombre?» [9]

Camba anota el impacto del ejército americano en la Vieja Europa

«El bulevar está lleno de soldados americanos. Amplios sombreros de fieltro, espaldas enormes, botas formidables, pisadas recias... De su paso por las tiendas y los cafés suele quedar como rastro alguna palabra en inglés, un buen puñado de dólares y tal o cual mano magullada en un apretón democrático y hercúleo.

«París mira a los soldados americanos con una simpatía no exenta de curiosidad. Dijérase que la gran ciudad quiere ver si estos hombres son efectivamente, tal y como los representa el cinematógrafo. Claro que la realidad no siempre responde a la leyenda, pero tampoco hay un desacuerdo manifiesto entre una y otra. Se cuenta, por ejemplo que, en el frente, es de una gran dificultad el contener a los soldados americanos, quienes quieren escaparse para ir a pelear contra el alemán. El prestigio romántico de los americanos aumenta así de día en día, y, poco a poco, irá destruyendo al nuestro. Los franceses harán cada vez menos novelas de picadores y más novelas de cow boys. El clásico cordobés tan popular en París durante un tiempo, será sustituido por el amplio chambergo de las praderas transatlánticas y ya no habrá leyenda española que admirar ni que combatir. Por mi parte, y a modo de paréntesis, permítaseme lamentarlo. Prefiero que me tomen por un banderillero, por un hidalgo,

9. Salaverría, J. M.ª, «Los extraños», «ABC», 27-IX-1918.

por un inquisidor y por un bailarín todo junto, o que me tomen por cualquiera de estas cosas únicamente, a que me tomen por un vendedor de judías.

»La leyenda americana ha recibido, como si dijéramos, una confirmación con la entrada en guerra de los Estados Unidos y los dramas cinematográficos del Far-West con sus héroes rudos, que se juegan constantemente la vida a tiros de revólver para salvar la virtud y castigar el vicio, ya no parecen tan absurdos como antes. América está asentando ahora en Francia su prestigio romántico. Después y vagamente, envueltos en este prestigio, colocará en ella sus libros, sus frutas, sus neumáticos, sus máquinas de escribir y de coser... Y hasta es posible que nuestras propias alubias sean vendidas en el mercado francés por las alubias americanas porque yo creo que, aun para vender alubias, hace falta un poco de leyenda...

»Como digo, el bulevar está lleno de soldados americanos, pero a estos soldados americanos, el bulevar les resulta un poco chico. Si les dejaran, es posible que lo ensanchasen. Su manía es ensancharlo, agrandarlo todo. El "Monde Illustrée" cuenta que, en uno de sus puntos de concentración, había una barraca que se oponía a la prolongación de cierto andén. Los americanos quisieron destruirla, pero se encontraron con la ley, con el trámite, con la autoridad superior...

»—Habrá que hacer un expediente— se les dijo.

»Y cuando vino la autorización, la barraca había desaparecido ya y el andén estaba alargado en una extensión de 200 metros.

»Porque los americanos no comprenden que para hacer un andén haya que hacer un expediente, como no comprenden que para hacer un expediente haya que hacer un andén. En el otro lado del agua —que así es como ellos designan a América— se va directamente a las cosas.

»Un periódico proponía que Francia ofreciera sus hogares a los permisionarios americanos pero la idea no cuajó. Poco a poco se va viendo que estos hombres no son hombres de tertulia casera, de guisados familiares, de zapatillas de orillo, de sentimientos domésticos. No ya el bulevar ni París, sino toda Francia, que están recorriendo de punta a punta como recorrerían uno de sus Estados, les resulta chica. Y con esa magnífica confianza en los mismos, que es uno de los rasgos principales de su carácter, no falta entre ellos quien piense como si se tratara de otra estación ferroviaria:

»—Tendremos que ensancharla.» [10]

10. Camba, Julio, «Los soldados americanos», «El Sol», 20-I-1918.

Veinticinco años después se repetía la historia. Los americanos estaban otra vez en Francia, luchando con el mismo enemigo. Y con la misma incomprensión ante sus costumbres por parte de los europeos.

Surgió en varios escritores españoles. Era una invocación desesperada porque sabían la inutilidad del verso contra la metralla. El más alto, entre ellos, Antonio Machado.

Señor, la guerra es mala y bárbara; la guerra
odiada por las madres, las almas entigrece;
mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?
¿quién segará la espiga que junio amarillece?

...Es bárbara la guerra y torpe y regresiva;
¿por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha
que ciega el alma y esta locura acometiva?
¿Por qué otra vez el hombre de sangre se emborracha? [1]

La misma impresión de abandono del campo en Carrére...

...Es que ha estallado la guerra
y han incendiado las fábricas,
y no hay quien labre el terruño,
y no hay ni abrigo ni hogaza.
—¡La guerra es un crimen, madre!
—Pero los reyes la mandan,
y los rebaños humanos
sin saber por qué... se matan. [2]

Implorará otro poeta:

Barbarie, destrucción, luto, despojos...
sólo escombros sin fin huella la planta,

1. Machado, Antonio, *España en paz.* 10 nov. 1914. Campos de Castilla.
2. Carrere, Emilio, «La Esfera», núm. 119.

sólo devastación miran los ojos.
¿Hasta cuándo, señor, miseria tanta?
¿Nunca en los surcos por la sangre rojos
brotará de la paz la espiga santa? [3]

Incorporemos otra voz aunque esta vez sea hispánica, más que española. Rubén Darío clama contra la ferocidad de la guerra en general aunque, más adelante en el mismo poema, vea a un culpable con más responsabilidad: Alemania. Aquí es sólo un grito de dolor por la Europa clásica:

...En sangre y llanto esta tierra antigua.
La Muerte, cautelosa o abrasante, o ambigua,
pasa sobre las huellas
del Cristo de pies sonrosados
que regó lágrimas y estrellas.
La Humanidad, inquieta,
ve la muerte de un Papa y el nacer de un cometa
como en el año mil.
Y ve una nueva Torre de Babel
desmoronarse en hoguera cruel,
al estampido del cañón y del fusil. [4]

Valle Inclán nos da un cuadro impresionista, vivaz, cierto, de la tristeza de la guerra en las trincheras:

«Las trincheras son zanjas barrosas y angostas. Amarillentas aguas de lluvias y avenidas las encharcan. Se resbala al andar. Los ratones corren vivaces por los taludes, las ratas aguaneras por el fondo cenagoso y ráfagas de viento traen frías pestilencias de carroña. En el talud de las trincheras los zapadores han cavado hondos abrigos donde se guarecen escuadras de soldados y en los lugares más propicios para escuchas y centinelas, silos con miradores disimulados entre pedruscos y ramajes... ante los dos fosos enemigos se tienden campos de espinosas alambradas y hay esguevas donde los muertos de las últimas jornadas se pudren sobre los huesos ya mondos de aquellos que cayeron en los primeros días de la invasión. La tierra en torno está como arada. La metralla taló los árboles y abrasó la hierba...»

...o en el ataque

«...las ametralladoras cruzan sus fuegos haciendo raya.

3. CAVESTANY, RAFAEL, «Blanco y Negro».
4. RUBÉN DARÍO, «Pax». 1915. Ob. Completas, pág. 1.121.

desgranan sus tiros sobre anchos espacios, arrasan las líneas de soldados: Unos caen a modo de peleles, recogiendo grotescamente las piernas; otros, abren los brazos y quedan aplastados sobre la tierra; otros se doblan muy despacio sobre el hombro del camarada. Y entre tan diversos modos de morir se arrastran los heridos oprimiéndose las carnes desgarradas, sintiendo fluir por entre los dedos la sangre tibia, dilatados los ojos con el horror de ser hechos prisioneros. Miles de cañones hacen fuego en batería y bajo el impulso de los grandes proyectiles se ara el aire con aquella queja dilatada y profunda que tienen las gatas al parir.»

Descripción estremecedora, lógica en una guerra en que el heroísmo individual se ha convertido en una masa sucia y repelente en el fondo de unas trincheras. Pero basta un ataque de los «suyos» para que en Valle Inclán surja el marqués de Bradomin, amante de la violencia como impulso amoroso.

«¡Qué cólera magnífica!, ¡qué chocar y rebotar, qué mítica pujanza tiene el asalto de las trincheras! y ¡qué ciego impulso de vida sobre el fondo de dolor y de muerte! ¡Cómo la gran batalla se quiebra y disloca en acciones parciales, en marchas, en flanqueos, en sorpresas, hasta desvanecer por completo su visión estelar en el tumulto del cuerpo a cuerpo y acabar en un grito que es como el canto victorioso del gallo!... La guerra tiene una arquitectura ideal que sólo los ojos del iniciado pueden alcanzar y está llena de misterio telúrico y de luz. En ninguna creación de los hombres se revela mejor el sentido profundo del paisaje y se religa mejor con los humanos destinos. Por la guerra es eterna el alma de los pueblos. La lujuria creadora se aviva por ella, como la antorcha en el viento que la quiere apagar. Sólo la amenaza de morir perpetúa las formas terrenales, sólo la muerte hace al mundo divino... la Muerte es la divina causalidad del mundo. ¡Y qué mística iniciación de esta verdad tan vieja se desvela en la guerra!, aquella ciega voluntad genesíaca que arrastra a los héroes de la tragedia antigua, ruge en las batallas.» [5]

La dramática, a veces colorista lucha de las trincheras, según Ramón Gómez de la Serna:

5. Valle Inclán, *La media noche visión estelar*... caps. II, IX y XXXIII.

«Parece que algo que no son los hombres, algo que quizá son las armas, dirige la guerra, y puede llegar a un momento en que los cañones y las ametralladoras seguirán disparando en el campo lleno de cadáveres pasas.

»...Esta guerra, lenta y parsimoniosa, no nos asombra, porque es la guerra usual y cotidiana, la guerra de los pueblos más sedentarios y más alegres... Siempre estamos así como ellos, en las trincheras, mientras la muerte está enfrente de nosotros, en otras trincheras... Las pequeñas escaramuzas son cosa de todos los días, durante todos los siglos, en una lenta, costosa y sanguinaria guerra de sucesión.» [6]

«No es un aspecto de guerreros, sino de monstruos feos y ciegos, el que toman los soldados con antifaces contra los gases asfixiantes... Las anteojeras dan cara de sapos a los hombres que las llevan... Las celadas de hierro eran más dignas, y con ellas los soldados eran, a lo menos, unos monstruos bellos... ¡Degeneración!...» [7]

«¡Juego, como de las cuatro esquinas, ese juego del abandono y la toma, de la toma y del abandono de las trincheras!... Suena como una palmada y se mueven todos los jugadores, corren y se atropellan, se aturden y se caen, se levantan y... al fin se aquietan en sus nuevas posiciones... Entonces se ve que cada cual está en la trinchera que el otro tuvo antes, y que indiferentemente es una de las cuatro... ¡Juego de las cuatro esquinas, jugado sanguinariamente! Sólo el que queda en el cambio de posiciones es el que sufre el rigor del juego, es el que ha quedado muerto. ¡Juego recomenzado y vuelto a recomenzar!» [8]

Para una observadora neutral —Sofía Casanova— la barbarie no forma en ningún ejército en particular. La barbarie es la hija legítima y lógica de la guerra.

«Estoy entre este oleaje furioso de pasiones, y, por compasión de tanto infortunio, quisiera tener los medios de calmarlos, de acallar al menos en los humildes esa punzante convicción de que serían martirizados por los alemanes si tomaran Varsovia. Mi extranjerismo, acaso un resto de optimismo, de fe en la conciencia de los hombres, merece buscar en la negrura revuelta de los hechos, de las suposiciones, de los engaños conscientes e inconscientes una ráfaga de verdad, apagada en tales tinieblas.

6. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 3-1-15.
7. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 11-5-16.
8. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 27-10-15.

»Yo creo que no hay violación, crimen, robo, infamia, de las que no sean capaces algunos soldados o jefes de todos los ejércitos beligerantes.

»Si se ordena al soldado "mata", que es lo más, ¿cómo exigirle que no lo haga con cuidado, eligiendo los medios? "Mata y triunfa", le ordenan, y él, para triunfar, mata, incendia, se hunde, se condena, borracho de coraje, de humo, de ímpetu atávico, animal, y el matador se hace héroe, se le glorifica...

»Triunfantes, insanos, malditos, entraron los prusianos en Bélgica, Kalisz y Czenstochowa: los cosacos en Prusia Oriental, y aquellos olvidados soldados de Napoleón, en nuestra Zaragoza...

»La guerra autoriza todo mal, *quiere y hace todo* mal. Viéndoles, de cerca, puede flaquear el espíritu, la creencia en la redención humana. Pero hay que levantar el corazón y los ojos, deshojando en la corriente turbulenta de estos nuestros días las venenosas flores de la calumnia y el rencor.

»...*Yo sé, yo he visto* de cuánto malo es capaz el hombre sajón, eslavo o latino enfurecido, bestializado en la guerra; el paroxismo de insensibilidad que lo empuja, desangrándose, moribundo, a herir, a matar, aún... Un pacífico bisoño ha pasado por su aldeílla para dejar en ella su rico botín... La mano que cercenó de un tajo en cierto foso de Pszasnysz.» [9]

La nueva forma de guerra, el bombardeo, es observado con dolor e imaginación por un joven escritor:

«Las fotografías de las ciudades, las vulgares postales que las representaban, ahora toman un valor extraño. Todas deben guardarse. Por ellas se aprenderá a reconstruir las ciudades que desaparecerán o que han desaparecido. Serán utilísimas para dar un parecido a lo que se arruinó o se arruinará. Ya ninguna ciudad puede tener la tranquilidad eterna y descuidada.

»Quizá los hombres que van en los zeppelines podrían decir, para disculparse, que, necesitando arrojar lastre por exigencias incontrovertibles del instinto de conservación de su aeronave, y llevando por casualidad unas bombas terriblemente pesadas, necesitaron arrojarlas precipitadamente.» [10]

«La falta de castidad que supone dejar una alcoba al des-

9. Casanova, Sofía, *De la guerra,* Madrid, 1916, págs. 155 y ss.
10. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 25-12-15.

cubierto es superior a todos los otros estragos del bombardeo... Se estaba hecho a ver en los derribos las alcobas retadas e interiores abiertas a la expectación cruda, desaprensiva e insoportable de la calle y del público, que comete así, casualmente, un indisculpable allanamiento de morada; se estaba hecho a ver desaparecer la caja de la alcoba, no quedando de ella sino un cuadro de estuco pequeño, tan pequeño, tan raquítico sobre el plano general del frontón total y final de la casa derruida, pareciéndonos que no podía haber servido de alcoba, la alcoba que suponía el agraviado estuco; pero no se estaba hecho a ver violada una alcoba en su plenitud, con la cama, la mesilla de noche y todas las pequeñas y castas cosas de su menaje al descubierto... ¡Esa es una triste y abrumadora vergüenza!... "¡Si nos hubiesen dejado arreglar un poco el aspecto de la alcoba, tirar un poco del cubrecama! ¡Si nos hubieran avisado con anticipación!", deben pensar con mucha razón las buenas mujeres consternadas que se anonadaban ya cuando una visita de su intimidad entraba, sin dejarlas prepararse, en su alcoba prudente.» [11]

«¡Qué pájaro más sombrío el avión, porque es el único pájaro sin hembra!» [12]

Los heridos, los mutilados, los muertos... Los canta, los compadece, Ramón Gómez de la Serna:

«¡Pobres heridos, tirados por el suelo, la cabeza al nivel del suelo!... ¡Poned una almohada bajo esas cabezas, abotargadas y caídas!»

* *

«¡Oh, ese mimo por los heridos! No se puede reclamar contra él; no se puede clamar lo que se quisiera...»

«Pero ese mimo por los heridos es algo capcioso, y cuida de hacer ver a los soldados sanos que no es del todo ingrata la condición de herido... Todos tienen miedo de que el herido recapacite, de que el herido despierte a los sanos, y se le abruma de mimos, se le aturde en cuidados... ¡Mimos turbados!» [13]

11. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 11-5-15.
12. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 11-5-15.
13. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 11-5-15.

* *

«Después de ver todo lo que se les enseña a los soldados por si son mutilados, "soldados aprendiendo a escribir con la mano izquierda por si les falta la derecha", "soldados aprendiendo a tirar con el ojo izquierdo, por si les falta el derecho", se piensa en el escalofrío que sufrirán esos soldados al tener tan inmediata y "concebida" sospecha, y se piensa que pronto aprenderán a ponerse el sombrero sobre lo que les quede de cuello, después de haber perdido la cabeza.»

* *

«Consuela un poco al espectador el ver que el muerto está en una postura cómoda, esa postura que se adopta en el campo para ver el cielo y ver pasar las nubes, cielo y nubes tan perfectamente aisladas así de la tierra, que llegan a resultar como un mar sin costas... Los que, por el contrario, están en posturas incómodas, desconsuelan más la idea de la muerte, la hacen más incómoda y retorcida... duele su postura.» [13 bis]

* *

«¡Oh, esos muertos de la guerra, sin la crudeza de la herida, sin la nota de la sangre, esos muertos como fallecidos de enfermedad!... ¡Muertos demasiado enteros, muertos sin la "cruz de Calatrava" de la herida sangrienta, muertos sin el apasionamiento de la herida, muertos como muertos en salud, como muertos de una enfermedad premeditada, sórdida, venenosa! ¡Pobres muertos esos que ahora abundan en la guerra, y en los que la misma heroicidad, que es muerte "sangrienta" en el soldado, queda en entredicho tomando su muerte como una gran mediocridad!...» [14]

* *

«Tantos deben ser los brazos y las piernas amputadas, que sobre el número de los muertos todos esos pedazos enterrados forman una nueva y terrible cifra de medios cadáveres, que alarga la consignación de la muerte en una tercera parte más.»

13 bis. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 4-12-15.
14. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 31-7-15.

* *

«Las flores que en esta primavera han de nacer en los sitios ensangrentados son en su dedicación natural y espontánea como coronas frescas, como ramilletes dedicados a la muchedumbre de los muertos... Nadie se atreverá a cortarlas, porque deben ser flores votivas y consolatrices de los muertos, todas, todas...» [14 bis]

Sofía Casanova, cuyo destino la ha llevado al Este de Europa, describirá el tremendo éxodo de un pueblo expulsado por el avance alemán y las órdenes de repliegue rusas.

«Por los *trakty*, las sendas características de este país, llamadas de Igumenski, Lluch y de Catalina, pasa el oleaje humano de los expulsados de Polonia, que empujan al extremo Norte y Rusia órdenes imbéciles y despiadadas del mandarinato petrogradesco. Sólo con las bíblicas hecatombes puede compararse ésta.

»La complejidad, la misma enormidad del desfile por selvas, valles y aldeas de tres millones de desterrados, aturde al cronista e, impotente, mira, oye y enmudece sin poder describir lo que ve. Dante sólo podría narrar la magnitud de esta tragedia de mil pueblos. Horas turbias del amanecer y del pleno día he visto pasar cientos de carritos aldeanos, cargados con restos del mísero ajuar salvado de las llamas, un par de almohadas, alguna mesilla, tina, cacerola, y echados entre ellos, niños enfermos. A uno y otro lado del caballejo, hombres y mujeres que lloran y caminan vacilantes. Estos y otros acampan, llegada la noche, cabe los caminos; si tienen un resto de provisiones o si alma compasiva dióles pan o un puñado de patatas, las devoran asadas en fogatas de hojas, y, acurrucados a los pies del caballo, esperan el nuevo dolor del nuevo día. Si llueve (y las lluvias de otoño, pertinaces, torrenciales, empiezan con agosto), en vano pedirán misericordia, encharcados bajo los árboles. En tal aflicción, las madres cobijan en las almohadas, allá en el fondo de los carrillos, a sus hijuelos y los hallan asfixiados al amanecer. Otras, en sus brazos los calientan, dejando el pecho en sus boquitas ávidas, y cuando hay que continuar la caminata, no pueden moverse; la fiebre las rinde, y quédanse a morir en el desamparo. Las que siguen, en las etapas próximas caen, víctimas de la disentería o del tifus.» [15]

14 bis. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 4-8-15.
15. Casanova, Sofía, *De la guerra*, p. 227.

¿Y cuando la guerra coloca a un pariente contra otro? Un escritor aliadófilo, Blasco Ibáñez, planteó el asunto en *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis* y lo resolvió con sencillez. El francoargentino mataba en una esquina al germanoargentino sin la más leve vacilación ni remordimiento posterior. Otro escritor, éste germanófilo, Manuel Bueno, decide que la única solución del protagonista de su cuento, alemán casado con una francesa, es el suicidio.

«Otto Haffner entró en su hogar ya de madrugada, y con todo sigilo para no interrumpir el sueño de su mujer. Venía en tal grado de abatimiento interior, que al verse a solas entre las cuatro paredes de su despacho rompió a llorar. La lucha entre su sensibilidad y su conciencia le había agotado y le había rendido. La preocupación de la muerte le asediaba. Era la única manera de liquidar la quiebra irreparable de sus ilusiones. No quería traicionar a su patria, ni quería ser infiel a la patria de su amor. El dilema era tan apremiante y tan atroz, que Haffner no se decidía por ninguno de sus términos. No le quedaba más que una vía libre: la evasión de la tierra por la muerte. Clareaba el día cuando se puso a escribir sus últimas disposiciones.

"Me voy de la vida —decíale a su mujer— por no ser traidor a ninguna de mis dos patrias. No sé si lo que hago es una cobardía o un sacrificio. Dios me juzgará. Te suplico, amor mío, que me perdones. Si hay otra existencia más allá de la tumba, yo quisiera encontrarte allí y ser tan tuyo como he sido en la Tierra. No puedo vivir, no debo vivir, Marcelina. Si desertase mi bandera por tu amor, me despreciaría y si te perdiese por seguir a mi bandera, sería el más desventurado de los hombres. Me voy de la vida sin traicionar a mis hermanos de patria y sin verter la sangre de los tuyos. Que Dios me juzgue. De ti sólo quiero que me recuerdes y me perdones. Es mi postrera voluntad que sea envuelto mi cuerpo en un sudario hecho con las banderas de mis dos patrias, para que mis cenizas se disuelvan entre mis dos grandes amores. Adiós, Marcelina; mi alma te verá antes de emprender la partida... ¿Nos encontraremos algún día? ¡Dios lo haga!..."

»Haffner quedóse un momento absorto, como si su pensamiento, anticipando el supremo viaje, huyese de él. Sus ojos abarcaron con melancolía cuanto le rodeaba y al tropezar con el retrato de Marcelina, lo volvió para no sentir el

influjo de su presencia. Instantáneamente, por miedo a vacilar, se aplicó el revólver al corazón y el disparo sonó...» [16]

Ironiza un poeta festivo:

Fraternidad cristiana

Tienen razón los cristianos
«Los hombres somos hermanos»
Francia... Inglaterra... Alemania...
y otros pueblos extranjeros
hacen aprestos guerreros,
en torpe y marcial insania.
Francia va contra Germania,
Germania contra Inglaterra...
Todos, de sangre la tierra,
quieren cubrir con sus manos...
Tienen razón los cristianos,
«los hombres somos hermanos» [17]

La destrucción sigue a la guerra como su sombra. Un fino ensayista y cuentista —Zozaya— busca la razón de ello en el diálogo con un demente que pretende resolver los problemas que conducen a la guerra con un combate singular de los representantes de las naciones: una pelea en el Polo o el Sahara, donde no sufriesen daños los grandes monumentos humanos...

«...—Amigo mío —he dicho al piadoso reformador— la guerra no es precisamente la ciencia del sentido común. Su fin es el triunfo y éste hay que conseguirlo de cualquier manera. Quien da primero da dos veces y no es cosa de perder el tiempo en viajes al Polo a las llanuras de la Arabia. Además, los grandes monumentos artísticos son tanto más apreciados cuanto es más difícil conservarlos, como lo son los jarrones de Sèvres, precisamente porque es muy fácil hacerlos añicos. En un cuento de Goethe: —¿Por qué soy perecedera?, ¡oh Júpiter! —pregunta la belleza— y el dios contesta: —No hay remedio; porque no hice bello sino a lo perecedero y lo frágil. Y el amor, las flores, el rocío y la juventud, se apartan llorando del trono de Júpiter.

»¿De modo —ha preguntado el pintor con angustia— que es ley eterna que se pierdan y se aniquilen las más altas

16. Bueno, Manuel, «La Esfera».
17. Tapia, Luis de, *Coplas del Día*, 1914.

creaciones del espíritu humano: que no sólo mueran, como dice el cantor de Itálica, Césares, casas y jardines, sino también las piedras que de ellos se escribieron? ¿Que es destino de las obras del genio marchitarse como las rosas, disiparse en el viento como el humo de las hogueras y perderse en las tenebrosidades del pasado y en las simas de lo desconocido como si no fueran producto de un comercio entre la inteligencia humana y la divina?

»He movido tristemente la cabeza y he dicho: —¡Sí!

»En los ojos del pobre loco han brillado dos lágrimas.

»—¡Triste destino el de los hombres! —ha murmurado en el colmo del abatimiento—. ¡Destruir, siempre destruir!...

»—Gloriosa finalidad la de los genios —he replicado—. —¡Crear, siempre crear!» [18]

«Un poco bastante nos ha matado esta guerra a todos.» ...Es la dramática conclusión de un escritor español sobre la guerra.

«Un poco bastante nos ha matado esta guerra a todos... Nos ha sucedido algo así como si nos hubiésemos partido en dos mitades contradictorias... Una mitad se ha ido al pasado, a un pasado remoto, en que nos contemplamos como a los hombres de la Edad Media, y la otra mitad se ha ido al porvenir, que no veremos, al porvenir que confundimos con nuestro tiempo... Y en el presente no vive nada de nosotros, nada, a no ser este amargo, impotente, deplorable juicio crítico que sitúa así las cosas, que nos resuelve así.» Ramón Gómez de la Serna. [19]

Hitos de esperanza en la tragedia

Entre las lamentaciones sobre la suerte que va a correr este continente nuestro ya tan baqueteado por los siglos de guerras y destrucciones, surge un comentario esperanzador. «No pienso —advierte Ortega y Gasset— que la guerra sea un poder creador como no pienso que sea capaz de aniquilar nada seriamente humano.»

Pero sí se le cree capaz de remover la sociedad y obligar al ser humano a afrontar de una forma más clara, más determinada, los problemas que se le plantean diariamente. Por ejemplo, el parlamentarismo convertido en estéril, el

18. Zozaya, Antonio, «La Esfera».
19. Gómez de la Serna, Diario del Lector, «La Tribuna», 3-1-15.

partidismo que le sigue como su eco sin altura ni grandeza. Por ejemplo la desproporción entre la seguridad que está ya en todas las mentes preclaras, de los derechos del obrero y la legislación que ha sido promulgada al respecto. «Esperemos —termina Ortega— que la convulsión bélica traiga consigo una radical revisión de las instituciones y corrija el monstruoso desnivel existente entre lo que pensamos de ellas y lo que ellas son.» [20]

En cierto modo también es optimista a pesar de la destrucción, un comediógrafo español, Martínez Sierra. Se refiere, concretamente, a la fuerza superior que tendrán las mujeres en la Europa de mañana.

«...Cuando vuelvan los hombres... ¿Y cuántos volverán? ¿Y cómo volverán? ¿Sabían ustedes que hay en Europa unos nueve millones más de mujeres que de hombres? La guerra quitará la vida a tres o cuatro millones más. Y la salud, ¿a cuántos? Esto quiere decir que se prepara para las mujeres de Europa la era de todos los heroicos renunciamientos, de todos los austeros deberes. «¿Para qué quieren las mujeres el voto?», dicen los antifeministas. «¡La mujer a cuidar del marido y de los hijos...!» Piensen ustedes que habrá en Europa, once, doce millones de mujeres sin posibilidad de encontrar marido, y tres o cuatro millones más con el marido inválido o enfermo. Once o doce millones de mujeres no podrán alcanzar la gloria y el consuelo de concebir un hijo; pero en cambio, tendrán que mantener como a hijo al hermano inútil, al padre enfermo. Y a los pequeños que han quedado sin padre, ¿quién los mantendrá? La juventud masculina habrá caído en los campos de batalla: la fuerza varonil habrá quedado enterrada en las trincheras; las mujeres de Francia, de Alemania, de Bélgica, de Austria, de Rusia, de Servia, de Turquía, muchas de Inglaterra, las de Italia tal vez, se encontrarán solas frente a los niños que piden pan, y viejos que no pueden ganarlo. ¿Qué harán? Pasaron los tiempos del llanto estéril. Se levantarán «como un solo hombre», cumplirán su deber de mujeres y el deber de los hombres, por añadidura. Comerán pan amargo, ganado con el sudor de su cuerpo y la agonía de su alma... Y mientras estén dando el alma y la sangre para ganarle, sin duda cantarán, sorbiéndose las lágrimas, una canción de cuna, para que no lloren el niño o el viejo que están a su lado.

20. Ortega y Gasset, José, Hacia una mejor política, «El Sol», 21-8-18

»Sí, de las mujeres es el porvenir. Ellas le engendrarán y le darán a luz con dolor, como siempre. De sus entrañas saldrá la Europa Nueva, amasada en su sangre. Y el fruto de su vida, ¿cómo les va a negar el derecho tan suyo? ¡Oh, feministas! Habréis ganado la batalla por la exaltación del deber silenciosamente heroico, suprema prerrogativa femenina. ¡Cara, como siempre, os habrá costado la igualdad conseguida!» [21]

Pérez de Ayala desmiente una fama de hombre perspicaz al hacer un vaticinio lleno de buena fe y entusiasmo. Ésta, afirma, será la última guerra. Hoy sus palabras nos resultan ingenuas y sin embargo, el gran escritor asturiano las basaba en razonamientos de auténtico peso. Por ejemplo, cuando se enfrenta con empíricos y escépticos.

«Los empíricos discurren así: "Puesto que siempre ha habido guerras esto demuestra que siempre las seguirá habiendo". Donoso raciocinio. La viruela es un morbo que existía en todas partes desde tiempo inmemorial; sin embargo, ya no existe en ninguna parte de Europa, salvo en España.»

Los escépticos aseguran que siendo los hombres igual de malos o peores, seguirá la guerra y lo demás es utopía. Pérez de Ayala disiente afirmando que los hombres son cada vez mejores, no porque no se cometan crímenes sino porque ahora nos damos cuenta de que lo son:

«Se pregonan los más horrendos horrores que nunca se habían cometido en otras guerras. Y esto no es verdad. Son los mismos horrores de siempre; sólo que ahora horrorizan más, gracias a Dios.» Hoy, recuerda el escritor, los países beligerantes tienen que justificarse de los destrozos que causan cuando antes esto no se mencionaba siquiera, porque se consideraba lógica parte de la guerra.

Su última razón de optimismo está en la técnica cada vez más avanzada y que, por puro terror, se anulará a sí misma. Esta etapa la ve Pérez de Ayala en el momento en que, gracias a la radiotelegrafía, «se llegará a la explosión a distancia. Y entonces —afirma solemnemente— las puertas del templo de Jano no se volverán a abrir». [22]

21. Martínez Sierra, Gregorio, Cartas a las mujeres de España, Dolorosa victoria, «Blanco y Negro».
22. Pérez de Ayala, Ramón, «El año de la Paz», «La Esfera», enero 1917.

Un catalán escritor muy conocido en su región, Rafael Campalans, comparte las ideas optimistas de Pérez de Ayala. Arranca como el de premisa muy repetida «...la guerra subsistirá mientras subsista el hombre porque es una necesidad biológica... cómo va a morir la guerra si ha existido siempre?» Es, dice Campalans, la opinión de la gente sensata. Del mismo tipo debía ser la que aseguró hace diecinueve siglos lo absurdo de prometer la liberación de los esclavos como decían los discípulos de Jesús; «entonces —dice Campalans— si la esclavitud murió definitivamente ayer (se refiere al año 1865 cuando fue abolida en los EE.UU.), también podría morir la guerra clásica, la guerra de ambiciones nacionales... bastaría sólo que los ciudadanos del mundo compartiesen nuestra voluntad, porque hoy no hay fuerza posible contra las corrientes universales de las ideas». Pérez de Ayala, recordaba en esa línea el final de la peste como enfermedad, al parecer, inevitable. Campalans lleva su argumento más cerca de la costumbre político religiosa. «¿Qué Imperio podría haber hoy lo bastante fuerte como para hacer revivir una Inquisición?»

El resto del artículo más europeísta y por tanto fuera del camino de Pérez de Ayala, es una diatriba contra los intelectuales «que en esta hora trágica prostituyen su razón a sus pasiones..., qué enorme responsab`idad contraen en este momento sin par los hombres de espíritu que en lugar de consagrarse a la única tarea digna... no dejan de alentar y espolear las furias ancestrales y los instintos atávicos de esos pobres hermanos nuestros... sacrílegamente despedazados.»[23]

23. CAMPALANS, RAFAEL, *Responsabilitat, Els amics d'Europa*, Barcelona, 15 julio 1915 (orig. en catalán).

MANIFIESTO GERMANÓFILO

El espíritu público de España se halla en la actualidad como aquel, según dice el libro de Job, que habiendo paz, sospecha que hay asechanzas.

Son muchos los obstinados en que el perro rabie, y aunque pudiera ser otro el que rabiara, malo sería que ninguno mordiera. De cualquier modo, con amordazarlos ni ponerles bozal no se consigue nada. Hablen todos, aunque sea ladridos, y háblese claro y sépase lo que cada uno piensa.

Nada de silencios prudentes, ni de medias palabras, ni de equívocos.

Así como así, ¿qué podrá sucedernos en el peor de los casos? ¿A la guerra y con la guerra triunfos y ganancias? Muy bien. ¿A la guerra y con la guerra el desastre? Mejor que mejor. La liquidación, tan necesaria en España, sería definitiva.

Pudiera ser que la liquidación fuera previa. Y esto es lo que deben meditar a solas con su conciencia, y lejos de su libro de caja, los belicosos partidarios de la intervención armada en la contienda europea.

Piensen, sobre todo, que para mancharse de sangre las manos es preciso tenerlas antes muy limpias; que pueda decirse, a lo menos, como en los crímenes pasionales, que no fue el lucro el móvil del delito.

¿Un apóstol? Sí; de una o de otra causa; pero un apóstol inmaculado, sin sospecha, en quien pueda creerse, de quien no pueda desconfiarse. Y ¿dónde está ese apóstol a la hora presente?

Pues ya que no podemos creer en el desinterés de nadie, veamos siquiera qué intereses están más o menos de acuerdo con el interés nacional.

¿Intervención? ¿Qué puede valernos? ¿Qué podemos re-

cuperar? ¿Qué se nos ofrece? ¿Qué podría corresponder nos al final de la rebatiña de los grandes?

Antes, antes, hubieran tenido valor las pruebas de amistad, y ya Vázquez de Mella, en su patriótico discurso —ésta fue su mayor fuerza, con tener tanta—, enumeró cuánto debemos a las naciones que, según los intervencionistas, deben ser nuestras aliadas. ¿Gibraltar? ¿Qué importa? A cualquier amigo se le cede una habitación en casa, siempre que esa habitación no le sirva para utilizar las demás comunicaciones de la casa.

Si el amigo fuera tan buen amigo, nos querría fuertes y fortificados como él contra los comunes enemigos. ¿Es ése el caso del amigo? ¿Qué más se nos ofrece? ¿Qué puede ofrecérsenos? Es muy difícil el regalo cuando el regalo tiene uñas y dientes.

De razones sentimentales no hablemos, porque todas se inclinarán de la otra parte, y hemos quedado, además, en que los tiempos no están para sentimentalismos.

En resumidas cuentas: los unos quieren empujarnos a una guerra, en la que no vamos a ganar nada. Los otros quieren sostenernos en la paz, de la que podemos lograr mucho.

Nuestra neutralidad no es traición ni deslealtad para nadie. ¿Quién podrá culparnos a la hora de la paz por no haber sido uno más de tantos logreros como van al río revuelto de las turbias aguas? Entres tantas ambiciones furiosas, España sola no pidió nada; sólo pidió paz y amor y respeto...

Y todo esto lo pedimos para los que nada nos dieron en nuestras horas tristes, cuando sólo hallamos el egoísmo de todos. Pero aquel egoísmo, como todos los egoísmos, tuvo su castigo. Con la pérdida de nuestras colonias de América perdió Europa todo derecho a intervenir en las cuestiones americanas; en cambio, los Estados Unidos intervienen en todas las cuestiones europeas. Los grandes castigan cuando les conviene; los humildes hallan satisfacción cuando Dios quiere. Pero esta satisfacción es más segura.

Muchos somos los que, impuestos de todos los males que España debe a Inglaterra y Francia, desde la batalla de Trafalgar hasta los obstáculos opuestos por Inglaterra a la posesión por nuestra parte de territorios africanos después de la gloriosa toma de Tetuán, nos preguntamos extrañados cómo nuestros «intelectuales» han logrado sobreponerse a la realidad histórica para elevarse a las sublimes idealidades del amor a Francia y a Inglaterra, con la grata ilusión de que ellas son y serán siempre nuestras mejores amigas y aliadas. Que la amistad de esas dos poderosas na-

ciones nos sería muy conveniente, ¿quién lo duda? Todas las amistades son convenientes si son verdaderas. Pero ¿cuándo han sido amigas nuestras leales esas dos señoras naciones? ¿Qué pruebas de amistad hemos recibido nunca de ninguna de ellas?

Por eso me parece tan admirable, por lo desinteresada, la actitud de nuestros francófilos y anglófilos, implorando y ofreciendo un amor ni correspondido ni aceptado.

Los partidarios de Alemania, espíritus vulgares y ramplones, basamos nuestra idealidad sobre fuertes realidades.

Los del bando contrario nos envuelven por igual a todos bajo el nombre de reaccionarios.

La palabra reaccionario impone mucho; por eso hay tantos, muy germanófilos en su fuero interno, que se están muy callandito. ¡Bien les vaya con su prudencia, vulgo cuquería! ¿Para qué exponerse a perder parte de la parroquia?

Si por reaccionario se entiende el que se opone a una acción contraria, bien haya el mote. Si por reaccionario se entiende, en la vulgar acepción, el que retrasa o se detiene, veamos quién retrasa más y quién pretende pararse.

Dicen los partidarios de los aliados que una fatalidad geográfica e histórica nos une a Francia y a Inglaterra.

¿Qué es más reaccionario, aceptar y someterse a la fatalidad, o procurar por todos los medios vencerla y superarla?

Los que aceptan esa fatalidad geográfica, histórica, quieren una España sometida, intervenida; en una palabra, lo que viene siendo España desde hace mucho tiempo, víctima de una política temerosa, de relaciones oficiales diplomáticas sin arraigo en la realidad, concesión tras concesión para evitar el conflicto de cada día... ¡Ah! Y si todo trascendiera al público, ¡cuántas veces la opinión no se hubiera sublevado indignada!

Los que no aceptamos esa fatalidad queremos una España fuerte, segura de sí misma por sus propios medios, libre para elegir sus amistades y concertar sus alianzas. ¿Conviene con Inglaterra y con Francia? Pues con ellas. ¿Conviene con Alemania? Pues con ella también; pero no llevados de la mano como niños chicos; por propia voluntad.

Para ello es preciso, ante todo, fortalecernos, en el más amplio sentido de la palabra, material y espiritualmente.

Que nadie nos dicte leyes; que nuestra ley sea nuestra fuerza... ¡La ley! ¡Las leyes! Eso es lo que significa el espíritu de los que se llaman en esta ocasión defensores de la libertad y del derecho. El espíritu libresco, papelero...

La ley es el Noli me tangere de quien llegó adonde se proponía y no quiere que nadie venga a quitarle el sitio.

En nombre de la ley perseguían los escribas y fariseos al Cristo Redentor...

Todo espíritu nuevo es arrollador de alguna ley. También ahora los que hicieron leyes de guerra a su conveniencia protestan contra el Imperio fuerte que no tiene por qué respetarlas, porque esas leyes le dicen: «Sucumbe», y él se siente todo vigor y vida, y puede responder: «Veremos quién sucumbe».

¡Ah! El argumento supremo: ¡El militarismo, la fuerza bruta! Hay que exterminar el militarismo.

Sí, es verdad. ¡Habráse visto esos alemanes! Sienten, saben que están rodeados de enemigos, y no se cuidan más que de prepararse para la defensa... ¡Son unos miserables!

El día que las naciones envidiosas de su poderío, de su comercio, de su riqueza, hubieran querido aniquilarla, destruirla, ellos debieron entregarse sin resistir... Era su deber...

Esto del militarismo es un argumento en que entra por mucho la envidia.

Yo he oído como razón suprema de germanofobia: —Mire usted, yo admiro a Alemania; los alemanes me son muy simpáticos; pero... el Kronprinz me revienta... —Así, como si le hubiera quitado la pareja en el baile.

Y si de militarismo hablamos, durante el pasado siglo y lo que va de éste, ¿qué nación nos ha aturdido más con sus empresas guerreras, imperialistas y coloniales? ¿Ha sido Alemania? Aparte la guerra del 70 con Francia, a la que fue provocada por el Imperio francés, Imperio militarista por excelencia, ¿en qué otras funciones guerreras ha intervenido Alemania? ¿Qué conquistas, qué imposiciones han sido las suyas? Su colonización ha sido comercial y pacífica; no ha perturbado pueblos decadentes, como Francia ha perturbado Marruecos; sus ejércitos no han paseado del Tonkín a Casablanca, y sus alianzas y su actitud han sido siempre defensivas... ¡Ah! Pero como lo importante son las palabras...

Alemania, Imperio... ¡Militarismo, despotismo!... Francia, República, aunque busque su fuerza en el Imperio Ruso... ¡Libertad, democracia! ¿Ha habido en todo el siglo nación más guerrera que Francia? ¿Ha habido en el mundo moderno, y si me apuran en el antiguo, Imperio más personal, más despótico, más militarista que el de Napoleón I? Son muy graciosos estos defensores de la libertad y de la democracia. Fuera de ellos no hay quien tenga juicio, ni siquiera sentimiento para discernir de nada.

El público aplaude una obra... pues la obra es mala de remate. ¿Quién es el público para juzgar?

Y, no obstante, ustedes pretenden ahora convencer al público con los más vulgares recursos de melodrama. De un lado, la Libertad, la Democracia; de otro, la Barbarie, el Oscurantismo... Parece el Excelsior.

Y somos unos majaderos, unos imbéciles, los que no podemos ni queremos creer: primero, que Alemania no sea una nación civilizada; segundo que Inglaterra y Francia hayan sido nunca amigas de España. Llegan, en su soberbia pretensión de ser los únicos enterados, a decirnos: «Los que simpatizan con Alemania no la conocen». ¡Ah! Ustedes son los únicos que pueden conocer y enterarse. ¿Cómo se conoce a un pueblo? Por sus costumbres, por sus leyes, por su arte, por sus periódicos...

¿Qué quieren ustedes decirnos, que Alemania es un país militarista? Es una nación bien organizada; es como un hombre fuerte que, por ser fuerte todo él, tiene fuerza en sus brazos... ¿Qué libertades faltan en Alemania? En el Parlamento se habla contra el Emperador y el Ejército; en el periódico, lo mismo; en el teatro se representa una obra, como La retreta, con marcado sabor antimilitarista. En el Honor, de Sudermann, un personaje civil responde a un oficial que le dice: «Soy oficial del ejército»: «¿Nada más?» En otra obra, Herencia, se arremete contra el propio Emperador... ¿Es posible esto en un país sin libertades, bajo un régimen despótico, militarista?

Dejémonos de barajar palabras y de poner a un lado toda la luz y del otro toda la sombra. Nadie desconoce lo que Inglaterra, Francia y Rusia significan. ¿Por qué desconocer lo que significa Alemania?

Yo creo, y dije, y repito —y he visto con satisfacción cómo coincidía en mi juicio con el catedrático de Salamanca don Tomás Elorrieta—, que de Alemania recibe el mundo la mejor lección de socialismo. Y como creo que el mundo, dentro de algunos años, será socialista o no será, tengo la lección por muy provechosa.

Los socialistas no quieren verlo. Se interpone una figura: el emperador; el emperador, que en este caso no es, como muchos piensan, la causa determinante, sino el efecto resultante...

Nuestros aliadófilos viven en la consoladora creencia de que toda la intelectualidad se ha refugiado en los escritores, pintores y decoradores de su conocimiento. Pero, ¿no hay médicos, militares, ingenieros, industriales, hombres de negocios tan intelectuales como ellos?

JACINTO BENAVENTE

MENSAJE DE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES A BÉLGICA

3 Mayo 1916

Recientemente, algunos prestigiosos escritores anticatólicos del extranjero no han vacilado en proclamar, a la faz del mundo, que los católicos españoles son del todo indiferentes, cuando no hostiles, a la causa de Bélgica en el conflicto europeo.

No contentos con esta afirmación, la esgrimen dichos escritores como arma de singular oportunidad contra el valor moral y social del catolicismo. Evocando la eternamente odiosa figura de Poncio Pilato, presentan a los católicos de nuestro país como intelectual y moralmente incapaces de decidirse entre el bien y el mal. Llegan a insinuar que la solidaridad católica es una palabra vana, y a declarar en completa bancarrota, el llamado Derecho internacional cristiano.

Nosotros no podemos permitir que se crea autorizada por nuestro silencio semejante campaña de denigración. Sentimos la necesidad de poner las cosas en su lugar, y el definir la posición que desde el principio hemos adoptado y queremos mantener frente a la gran guerra.

I

Quede sentado, en primer lugar, que la nación española acompaña unánimemente a su Gobierno en la declaración de absoluta neutralidad política frente a ambos grupos de beligerantes. Es decir, que toda España se halla perfectamente resuelta a no intervenir en la guerra ni a colaborar de modo alguno en favor, ya sea del Triple Acuerdo anglo-franco-ruso, ya de la Triple Alianza austro-germano-turca. Esta actitud es la única que corresponde a la posición internacional no menos que a los actuales intereses de nuestro país; y ella es, por otra parte, la que ha permitido a España y al Rey desenvolver entre los beligerantes esa noble actuación lenitiva de los males de la guerra, que tantos prestigios y simpatías ha conquistado a nuestro pabellón nacional y al augusto Soberano español. Dentro de esta actitud de práctica neutralidad, cada uno de los españoles es muy dueño de otorgar sus preferencias a la causa de uno u otro de los grupos beligerantes, según la entienda más o menos conforme con los dictados de la justicia y de los intereses nacionales, y en esto nuestra opinión se halla muy dividida.

Empero, dentro de esta libertad y variedad de juicios y de deseos el caso de Bélica debe ser considerado aparte. País no sólo neutral, sino neutralizado por las grandes potencias, Bélgica no entraba antes de la guerra en ninguna de las combinaciones internacionales que han podido dar margen a la tragedia europea. Es de obseravr que aún ahora, en plena fiebre bélica, no se halla adherida al Pacto de Londres. Empujada súbita y violentamente al confilicto, se levantó el 4 de agosto de 1914 para defender su derecho y cumplir su deber de absoluta neutralidad, y sigue luchando hoy para recobrar su independencia. Cualesquiera que sean, pues, nuestras diferencias ante las causas fundamentales del conflicto europeo, cabe una perfecta unanimidad de pareceres por lo que toca especialmente a la causa de Bélgica.

Esta causa se refiere a dos puntos capitales: 1.º A la violación de la neutralidad y del territorio de Bélgica, y consiguiente actitud defensiva de esta nación. 2.º A los hechos criminales que se suponen cometidos por el invasor frente a la resistencia del invadido.

Examinemos separadamente ambos puntos, empezando por el segundo.

II

No se puede, en buena justicia, pronunciarse sobre las llamadas «atrocidades alemanas» sino previas algunas distinciones que se imponen. Se hace preciso, ante todo, considerar separadamente la cuestión *de hecho* de la cuestión *de derecho*. Pero fácil es reconocer que, en el caso presente, la cuestión de hecho presenta una complejidad extraordinaria. No basta demostrar la materialidad de los actos imputados al invasor; conviene asimismo, para calificar estos actos, investigar y determinar en qué circunstancias, por qué fin fueron cometidos. Por último, la equidad pide que se puntualice si los atentados que llegaron a probarse, fueron obra de soldados indisciplinados o realizados bajo la responsabilidad y el mandato de los Jefes del Ejército: el juicio moral que en ambos casos merecieran habría de ser sensiblemente diverso.

Refiriéndonos a la cuestión llamada *de derecho*, recordemos ante todo que no por hallarse en guerra dejan los beligerantes de ser hombres y de estar por lo tanto sometidos a los preceptos de la ley moral. Siempre será un honor para el Cristianismo el haber proclamado y hecho reconocer esta verdad. Bajo su bienhechora influencia, se ha ido formando

en la conciencia de los pueblos el llamado Derecho de Gentes, cuyo visible resultado ha sido la relativa limitación de los naturales horrores de la guerra a los ejércitos beligerantes y aún dentro de aquéllos, la parcial moderación de su furor mortífero. No atacar más que al ejército enemigo y no lesionarle más que en cuanto sea necesario para quebrantar efectivamente su resistencia: tal es el doble principio sobre el cual reposa el moderno derecho de la guerra y que nosotros creemos de nuestro deber reivindicar altamente, especialmente como herederos de la gloriosa escuela española internacionalista del siglo XVI, frente a las regresivas insinuaciones de quienes pretenden justificar el empleo contra el ejército y el pueblo enemigo de todo linaje de medios, incluso los más brutales y terroríficos, con tal que sean conducentes al fin de la victoria.

Por consiguiente, ¿hará falta decir que, si son ciertas las denuncias y acusaciones lanzadas por las autoridades del pueblo belga, nos asociamos con toda energía a la reprobación que merece, aún en tiempo de guerra, toda inútil barbarie y toda injustificada crueldad? El fusilamiento en masa del paisanaje pacífico, la ejecución de sacerdotes inocentes y de niños inofensivos y sin defensa, los sacrilegios y la profanación de iglesias, la destrucción sistemática de ciudades y aldeas, el incendio innecesario de instituciones tan eminentemente pacíficas como la Universidad católica de Lovaina, hechos son que, debidamente reconocidos y demostrados, habrían de suscitar la condenación de toda conciencia honrada, ¡cuanto más de la conciencia católica, que debe ser ante todo el prototipo de la honradez natural!

Pero frente a estas acusaciones se alza la voz del propio Emperador de Alemania —secundada por su Gobierno—, en telegrama dirigido al Presidente de los Estados Unidos, reconociendo la dureza de procedimientos empleados por el Ejército alemán en la invasión y ocupación de Bélgica, pero excusándola por la actitud belicosa del paisanaje belga y las crueldades cometidas en los heridos hasta por la mujeres, por los niños y por el clero. Una alegación semejante se contiene en la conocida proclama de 93 hombres de ciencia y arte alemanes al mundo civilizado.

En presencia de semejante discrepancia en cuanto a las cuestiones de hecho, ¿qué de extraño tiene que algunos de nosotros, ciudadanos de un país neutral y por añadidura lejano del teatro de la lucha, mantengan hoy por hoy una discreta reserva?

Ninguno de nosotros, sin embargo, deja por ello de ren-

dir tributo a las exigencias de la justicia. Lejos de permanecer indiferentes ante la gravedad de los hechos denunciados, o de hallar en su mencionada incertidumbre un pretexto para soslayar el juicio que ante la Historia hayan de merecer, nos adherimos todos a la proposición de que se constituya para el debido esclarecimiento de los sucesos, una Comisión investigadora internacional que ofrezca absolutas garantías de imparcialidad a beligerantes y neutrales.

III

En cuanto a la violación de la neutralidad de Bélgica, el caso se ofrece a nuestra conciencia de un modo muy distinto.

El hecho de la violación de dicha neutralidad está confesado y calificado por su propio autor. Porque el día 4 de agosto de 1914, al anunciar al Reichstag el Canciller alemán Bethmann Hollweg que las tropas imperiales penetraban en Bélgica, tuvo la lealtad de reconocer que semejante invasión era «contraria al Derecho de Gentes», de comprender las justificadas protestas del país invadido, y de prometer que Alemania «repararía la injusticia cometida en cuanto alcanzara el fin militar propuesto».

Pero el canciller alemán no se limitó a hacer esta franca confesión, sino que intentó inmediatamente excusar la injusticia cometida alegando la necesidad de adelantarse, para asegurar el triunfo de las armas germánicas, a un proyectado ataque de Francia a Alemania a través del territorio belga, y proclamando al efecto que «la necesidad carece de ley».

Ahora bien; cualquiera que sea el fundamento de aquella afirmación, que no nos corresponde apreciar, su alegación como causa excusante ha sido solemnemente desestimada por Aquél que representa para nosotros la más alta autoridad moral de este mundo.

Invocando su calidad de «intérprete supremo y vengador de la ley eterna», el Soberano Pontífice Benedicto XV, en su alocución consistorial del 22 de enero de 1915, creyó de su deber proclamar sin ambages «que no es permitido a nadie, por cualquier motivo que sea, lesionar la justicia» y por añadidura declaró «que reprobaba altamente toda injusticia, de cualquier parte que hubiera sido cometida». Y para que no hubiera lugar a duda de si estas palabras se referían a algún caso concreto, el Cardenal-Secretario de Estado, en su Carta al Ministro de Bélgica cerca de la Santa Sede el 6 de julio de 1915, confirmó que «La invasión de

Bélgica se encuentra directamente comprometida en las palabras de la Alocución consistorial del 22 de enero último, por las cuales el Santo Padre reprueba altamente toda injusticia, de cualquier lado y por cualquier motivo que fuere cometida». [1]

Como católicos, nos adherimos sin reserva a estas palabras del Papa, que recuerda al mundo entero, en estas horas de trágica perturbación, la intangibilidad de los preceptos de la ley moral.

Nuestra cualidad de españoles añade, si posible fuera, un nuevo título de firmeza a esta reivindicación del Derecho de Gentes. Somos una nación neutral, y en tal concepto tenemos particular interés en que ante la conciencia mundial llegue a prevalecer el derecho de los neutrales, frente a toda tentativa de coacción por parte de los beligerantes. Por otro lado, la gloriosa tradición de nuestra Escuela internacionalista del siglo XVI, verdadera creadora del Derecho internacional moderno, nos obliga muy particularmente a mantener ante el mundo su inflexible criterio de justicia

1. «El Canciller del Imperio alemán, M. Bethmann Hollweg, declaró el 4 de agosto de 1914, en pleno Parlamento, que, invadiendo el territorio belga, Alemania violaba la neutralidad de Bélgica, en contra de las leyes internacionales. De ordinario, en los conflictos actuales, una de las partes acusa, la otra niega, y la Santa Sede, que no puede hacer luz por medio de una encuesta, se encuentra en la imposibilidad de pronunciarse. En el caso presente, por el contrario, el Canciller alemán reconoció que la invasión de Bélgica era una violación de la neutralidad, contraria a las leyes internacionales, aunque él la declaraba legítima por la necesidad militar.

»La invasión de Bélgica se encuentra, por consecuencia, directamente comprendida en las palabras de la alocución consistorial del 22 de enero último, por las cuales el Santo Padre reprueba altamente toda justicia, de cualquier lado y por cualquier motivo que fuera cometida. En el intervalo, es verdad, Alemania ha publicado unos documentos del Estado Mayor belga, por los que se ha propuesto probar que, con anterioridad a la guerra, Bélgica había faltado a los deberes de la neutralidad, y que, por tanto, ésta ya no existía en el momento de la invasión. No pertenece al Padre Santo decidir esta cuestión histórica, y semejante juicio no es necesario a su objeto. Aunque se admitiera el punto de vista alemán, aún sería siempre verdad el decir que Alemania, según la confesión del Canciller, penetró en el territorio belga con la conciencia de violar la neutralidad y, por consecuencia, de cometer una injusticia. Esto basta para que este acto deba ser considerado como directamente comprendido en los términos de la alocución pontifical.» (Carta del Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de S. S., 6 julio 1915, publicada en *L'Osservatore Romano* del 18 de julio de 1915.)

para con todo linaje de agresiones, vengan de donde vinieren.

Esta circunstancia da a la actitud adoptada por Bélgica un valor muy especial para nuestra conciencia. Podrá haber entre nosotros quien hubiera relevado a Bélgica con mayor o menor facilidad de tan rigurosa reivindicación de su derecho y cumplimiento de su deber de nación neutral. Más aún, podrá haber quien llegue a lamentar las consecuencias que, en el curso ulterior de los acontecimientos, haya traído la resistencia de Bélgica para alguno de los grupos beligerantes. Pero, inspirándonos en el más alto concepto de la caballerosidad cristiana, tal como palpita en nuestra propia tradición nacional, unánimemente reconocemos y admiramos el grandioso heroísmo de esa pequeña nación que no vaciló en arrostrar la acometida de fuerzas muy superiores, con sus incalculables consecuencias, antes de consentir en el sacrificio del honor nacional. Todos nos sentimos orgullosos de pensar que, si el tesoro moral de la Humanidad se halla hoy acrecentado con tan alto ejemplo de fidelidad a la voz del deber, el mundo tendrá que agradecérselo a una nación católica.

Penetrados en estos sentimientos, los católicos españoles hacemos los votos más fervientes para que, cualquiera que sea el resultado militar de la guerra, obtenga Bélgica una cumplida reparación de sus males presentes, y una restauración integral de su nacionalidad independiente.

MANIFIESTO DEL GRUPO SEGUIDOR DE EUGEIO D'ORS

LA UNITAT MORAL D'EUROPA

Amb motiu de la titánica lluita de l'hora actual i de la fonda crisi que sotscava els fonaments de la vella Europa, s'ha llençat la idea de la *unitat moral*, com a reactiu are i preservatiu demá de una altre guerra. I s'es establerta ja una lliga d'*Amics d'Europa*, entre petits nuclis selectes, que dins cada país, treballant en la supressió de les fatalitats bélliques, preparin l'elaboració d'un estat de conciencia collectiva prou ferma per a la formació d'uns *Estats Units d'Europa*.

Estém presenciant un de aquells grans cataclismes que trasvalsen el mon polític-social. La guerra obra en la Historia com un revulsiu que disol i anihila les composicions artificials i purifica'ls elements. Al liquidar-se, doncs, l'absolutisme de les oligarquíes modernes i'l centralisme burocrá-

tic, per sobre les runes del cos social sols surarán les úniques idees que avui senyorejen els cervells: el socialisme i el nacionalisme.

Per obrir el cor a l'esperança i arrivar an aqueixa *unitat moral* que'ls intellectuals de tots els paissos han escrit en llur bandera, es precís que's sostengui en perns mes ferms que la cultura i civilitat; i el socialisme i el nacionalisme basant-se en l'amor universal, que nosaltres anoménem caritat cristiana, no sembla pas que contradiguin aquella *unitat*, sinó que al contrari la fortiquen i enforteixen.

Sobre aquets dos puntals te de descansar la futura pau, servint ells de base a la *unitat moral* d'Europa, car, a la fi no son altre cosa que la reivindicació dels drets de l'home falsejats per les modernes democracies: la realit-zació del nacionalisme assegura'ls nostres drets polítics-socials i el socialisme els drets socials-económics del obrer. Tots els estatistes asseguran que'l socialisme esdevindrá amb les seves grans justicies i amb les seves grans aberracions l'eix de la política interior del Estats que l'actual lluita construeix evaporant tot lo utópic, abstracte i convencional. No creiem nosaltres amb el socialisme d'Estat, qui, apoderant-se de tots els mitjans de producció, sols canviaría la classe obrera de patró, i llurs aspiracions quedarien ofegades altre volta per la malla burocrática governamental. Sols quan es puga regular d'un modo equitatiu els beneficis patronals, quan fos trovada la fórmula per a la qual els obrers intervinguessen en el govern de les industries, aleshores desapareixería 'l desequilibri económic esmortuint les competencies; i, aquestes, enteném serán les energíes eficaces que'ns deixará la guerra de la forta empenta socialista.

Pero, pels catalans l'aspecte mes interessant del conflicte europeu, deixant la part económica-industrial pels técnics, ha d'esser l'actuació nacional. Fins el mateix socialisme amb son internacionalisme, per qual motiu sembla oposat a la doctrina descentralitzadora, ha parlat per boca del diputat socialista alemany Braun dient que, «la veritable majoría del poble no aprova l'intent de proseguir la guerra fins que siguin realitzats els projectes d'anexió que s'han concebut...» Les anexions d'aquesta mena, que foren preconitzades per un príncep confederat alemany (el Rei de Baviera a propósit de la sortida territorial de Alemanya al Canal de la Manxa), com també per nombrosos agrupaments polítics interessats, seríen mal rebudes a Alemanya, ya que porten amb elles el gérmen de noves guerres.

Heus-aquí com un diputat socialista proclama'l dret a la vida que tenen les nacionalitats, i amb aixó afirma'l nacio-

nalisme i creu que l'alteració de aquelles es la base de futures guerres, assegurant per lo tant, també, que'l nacionalisme es una basa de pau entre els Estats, que es lo que nosaltres creiém i afirmém necessari per a arribar a la *unitat moral* d'Europa.

L'ideal de nostra societat es base en el particularisme científic: lliures pero units tots per els suas llaços de la germanor i de l'afecte; aixis les agregacions d'individuus i de families formant regions; les regions, estats confederats; els estats confederats, lligues i aquestes enllaçades pels principis del dret internacional, trevallant activament i lluitant totes pel progrés i la cultura, pero contingudes per l'interès comú dins dels límits de la competencia, ens donarien feta la *unitat moral* que avui sols com una utopia propaguen arreu els vidents de cada nació.

Lloyd George, un dels árbitres de la guerra actual, en un dels seus discursos ha dit que esperava i volía que la futura pau fos a base d'una rectificació de confins geográfics, segons el principi de nacionalitat i la voluntat dels pobles respectius, pero també que les potencies firmants s'empenyessen a castigar la nació que pretingués trencar la neutralitat garantida.

Nosaltres encare que neutrals, deuriem tenir intervenció en la conferencia de la pau i allí fer pressió perque, si no fos possible arrencar Gibraltar dels anglesos, al menys se'ns tornés el Rosselló i la Cerdenya, territori catalá sotmés a França. La política de odis i discordies afebleix la moralitat pública i perçó solament la conciencia catalana sent l' amputació que inicuament se li feu de son territori; els castellans amb prou feines han pensat en Gibraltar. Ens separa un abím entre uns i altres; i axís es necessita fer un gran esforç d'imaginació per a persuadir-nos de que Andalucía o les Castelles formin una sola patria amb Catalunya, perque l'estat es una agrupació artificial que no's veu ni's toca. Puix aquest sentiment de patria, com tots els sentiments humans, es mou dins d'un cercle, qual centre es l'individuu que l'experimenta, i va perdent en força lo que guanya en extensió. Fins dintre de les grans aglomeracions de un Estat, cada ú estima mes a sa familia que al poble natal o en el qual viu; mes al poble, que a la comarca, que a la nació; i molt moltíssim mes a la nació que al Estat. A la familia l'estima perque es sa propia sang; al poble perque hi te els parents, les amistats, les coneixenses; a la comarca perque la veu i la toca i está en relació constant amb molts dels qui allá viuen; a la nació perque a tots els seus individuus els uneix uns mateixos ussos i costums, un mateix llenguatge, una

mateixa historia. La familia, el poble, la nació son agrupaments naturals amb intesessos reals i efectius comuns.

Doncs, per arrivar a una semblant cohesió espiritual entre pobles heterogenis, es servant quiscún sa fesomía propia i la llur llibertat en vasta mesura autónoma dintre'ls grans Estats. Heus-aquí com podría acceptarse el concepte dels *Estats Units d'Europa*, i una pau durable font de nou progrés i nova civilització.

JOAN AVINYÓ, *pvre.*

Bajo el principal impulso de Eugenio d'Ors los «europeístas» lanzan su segundo manifiesto repitiendo y aclarando sus deseos auque el conflicto siga y la atmósfera se envenene cada vez más.

SEGUNDO MANIFIESTO

DEL COMITÉ DE AMIGOS DE LA UNIDAD MORAL DE EUROPA

A fines de 1914, un grupo de amigos, que declarábamos serlo «de las grandes tradiciones y de las ricas posibilidades de la Europa una» nos constituimos en Comité a Barcelona. Un Manifiesto, fue publicado, donde, calificando el actual conflicto de guerra civil afirmábamos nuestra creencia irreducible de que la unidad moral sobre existía aún por encima de ella. Afirmábamos también que, según nuestras conciencias, no era lícito trabajar por el aniquilamiento de ninguna de las fuerzas nacionales en pugna, ni declarar ninguna de ellas excluida de la comunidad superior.

Este Manifiesto había de tener, según nuestro propósito un alcance modesto y local. Nos dirigimos únicamente a nuestros conciudadanos y a nuestra prensa, para invitarla a poner freno a los excesos del partidismo y a la violencia de las ideas y del lenguaje. Pero pronto nos pudimos convencer de que la influencia de aquel documento había sido mucho más extensa. En toda España, en varios países de Europa, era aquél acogido y comentado. Veníannos expresiones de entusiasmo cordial de unos, mientras otros nos dirigían agrias censuras e incluso manifestaciones de desconfianza. Aquellas cortas y sencillas palabras habían herido una fibra viviente en los corazones.

Nosotros habíamos recogido todas esas opiniones con el mismo cuidado, como el resultado de una gran información. Ella nos había revelado que la idea de una Europa una no

era, no podía ser indiferente a nadie; pero estaba al contrario presente en la conciencia de todos. Nos ha enseñado también que las concepciones del viejo liberalismo, del viejo nacionalismo, de la escuela que sostenía la irresponsabilidad mutual entre los pueblos, ha perdido todo su crédito. Ningún pueblo de Europa siente hoy su suerte separada de la de los demás. Todos ya, de hecho, constituyen una síntesis moral superior. Y los mejores aspiran a dar a esta síntesis una forma exterior y efectiva.

Pero al tratarse de la forma de semejante constitución es cuando las divergencias aparecen. Los unos creen que ha de venir por el hecho de una aplastante victoria, y por lo tanto del dominio de una parte del todo sobre las demás restantes. Los otros esperan que sin brutal imposición, por acuerdo y mutual respeto de derechos, la mutual orgánica venga a afirmarse un día. Los unos la sueñan como forzosa. Los otros como contractual y libre. Podríamos decir que los unos quieren que en el Estado superior, nazca de la suma de estados actuales, un régimen que dé el poder a uno solo, una organización monárquica. Los otros quieren un régimen que conserve el poder de todos, una organización de república.

El Comité de Amigos de la Unidad Moral de Europa quiere afirmar claramente que es partidario de estos últimos. Dejando aparte la cuestión de la forma de gobierno en cada Estado, cree, y así lo proclama, que la única forma de gobierno que parece moral y deseable en una organización general de la Europa es la forma federativa y repu blicana.

Para subrayar tal afirmación publicamos este segundo manifiesto. Y al publicarlo cabe añadir a la vez la expresión de un desengaño y el agradecimiento de un consuelo. El desengaño viene de vernos obligados a declarar que la futura claridad que demasiado optimistas creímos ver en la atmósfera ideal, con ocasión de nuestro primer Manifiesto. lejos de haberse acentuado, parece mostrarse más lejos aún, hoy que el impulso de locura y de sacrilegio contra la santa unidad ha invadido nuevas provincias de nuestra Europa. El consuelo nos ha llegado de una bella compañía de pequeños núcleos de hombres que, dentro de cada país trabajan en empresas de superación análogas a las nuestras. Día vendrá que la historia diga que esos pequeños núcleos han sido la virtud más eminente de nuestra época. Si la ciudad condenada se hubiera salvado, habiendo en ella solamente diez hombres justos, el honor de nuestros días se salvará, ante los juicios del tiempo, porque existen hoy en

Europa diez hombres libres, diez reducidos cenáculos de hombres que se han hecho, en medio de la crisis universal que sufren los valores eternos, de la acción por ellos un programa, de la fidelidad hacia ellos una manera de religión.

Barcelona, junio de 1915
El Comité de Amigos de la Unidad Moral de Europa

MANIFIESTO DE LA LIGA ANTIGERMANÓFILA A LOS ESPAÑOLES

Los peores enemigos de España se albergan en su propio territorio y se llaman ciudadanos españoles. Son los que, por inconsciencia o por interés, colaboran de continuo a la perpetuación de sus males y persiguen ferozmente todo signo de una España más libre, más culta, más respetada en el Consejo de las naciones. Cualquier hecho transitorio del curso de la historia les sirve de pedestal para erigir sus rancias baterías y descargar la retrógrada metralla sobre el espíritu del tiempo. De esperar era que en un acontecimiento de la magnitud y complejidad de la guerra europea, hallasen también ocasión de combate contra los intereses más vitales de España. Y así ha sido.

La gran catástrofe que está haciendo un montón de escombros de la parte más viril y espiritual de Europa, ha sacado a la superficie todo el odio que estos enemigos interiores de España sienten hacia los valores ideales que representan a los países aliados. No admiran a Alemania en lo que tiene de admirable, porque lo desconocen; a lo sumo les exalta lo que tiene de despreciable: su fuerza mecánica, más que orgánica, y un sistema de vida colectiva en que no cabe el libre juego de la personalidad. En conjunto, admiran a Alemania porque es enemiga de Francia, Inglaterra e Italia, ilustres cunas de tantas libertades político religiosas.

Este sentimiento negativo les ha movido, durante el curso de la guerra, a manifestarse de múltiples modos contra los países aliados sin que fuera a contenerles nuestra situación geográfica, nuestro porvenir histórico y nuestra misma economía actual. Si no se han atrevido a pedir la intervención de España junto a Alemania, han hecho, en cambio, todo lo posible para que los países aliados se enemistaran con España. Esta insensata campaña ha ideado todos los absurdos concebibles para romper entre nuestro país y las potencias de Occidente todo vínculo de simpatía

y de interés, de comunidad histórica e intercambio material. Todo el mundo recuerda el sinnúmero de patrañas urdidas, desde el peligro de una invasión de nuestro territorio por los portugueses, hasta la conminación a intervenir en la guerra hecha a nuestro gobierno por los países aliados.

Todas estas malogradas maniobras han culminado ahora en esa superchería de la neutralidad en peligro. Lo que es pura germanofilia, devoción a Alemania por odio a los países aliados, pretende enmascararse con el concepto de neutralidad, y los que esto traman pretenden al mismo tiempo desfigurar con el concepto de intervencionismo lo que es puro sentimiento de simpatía hacia los países aliados. Dicho en lenguaje matemático, he aquí la ecuación de esta malévola campaña: germanofilia es a neutralidad, como aliadofilia es a intervencionismo.

Para acabar con esta larga serie de mixtificaciones, se constituye la Liga Antigermanófila. Huelga decir que es neutral, absolutamente neutral, como lo son todos los españoles; pero porque somo neutrales, sale a la liza esta organización con objeto de combatir y desenmascarar la única antineutralidad que se conoce en España: la de los germanófilos.

Justamente, este falso movimiento neutralista ha tomado más cuerpo en el instante mismo de recibir España una respetuosa invitación de los aliados a que cumpla más escrupulosamente sus deberes de neutralidad en el asunto de suministros a submarinos beligerantes. Se ha querido hacer ver que esta invitación ponía en peligro nuestra neutralidad, cuando en rigor era un aviso de que faltábamos a nuestras obligaciones de neutrales. En el fondo, no se defendía con esto más que una neutralidad germanófila, esto es, una aparente neutralidad que permitiera a Alemania seguir aprovechándose de España con manifiesta violación del Derecho Internacional.

La Liga Antigermanófila, en suma, no se propone más que descubrir e invalidar los propósitos íntimos de quienes posponen los intereses actuales y futuros de España a las conveniencias de Alemania, y ayudar a los poderes públicos con todo género de estímulos en el cumplimiento de sus deberes para con España y para con la Humanidad. La Liga Antigermanófila no es germanófoba. Admira en Alemania lo que en ella hay de grande y permanente y repudia de ella lo que pugna con el espíritu libertador de la Historia. No simpatiza con el Estado alemán porque representa la negación de las pequeñas nacionalidades en su política exterior, y de la democracia, y en general del espíritu civil, en

la interior; pero siente, como formada por hombres, los dolores que en estos momentos sufre el pueblo alemán, digno de otro régimen de gobierno y de más nobles destinos. La Liga Antigermanófila viene a dar la batalla a los enemigos intestinos de España, a los que se están sirviendo de la terrible tragedia europea para desviar al pueblo español de la única ruta de sus libertades, de sus intereses y de su seguridad internacional. La Liga Antigermanófila se llama así por española, por neutral y por humanitaria.

Firman este manifiesto los españoles que siguen:

Entre los pintores y escultores que firmaron el Manifiesto de la Liga Antigermanófila figuraban Miguel Blay, Luis Bagaría, Ricardo Canals, José Clará, José Llimona, Apeles Mestres, Federico Ribas, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol, Ignacio Zuloaga.

Entre los músicos, Amadeo Vives, Rogelio Villar, y representando a los actores, Enrique Borrás.

Catedráticos famosos ya entonces o más tarde, estaban: Gabriel Alomar, Américo Castro, José Deleito, Manuel García Morente, Gustavo Pittaluga...

En la vaga apelación de «publicistas»» entraban periodistas y escritores de distinta índole: Leopoldo Alas, Luis Araquistain, Manuel Azaña, Rafael Cansinos Assens, E. Díaz Reitg, Pompeyo Gener, Enrique Gómez Carrillo, Ignacio Iglesias, Román Jori, Antonio Machado («periodista y poeta» se añade, mientras Manuel es solo «redactor de *El Liberal*»), Gregorio Martínez Sierra, Pedro Mourlane Michelena, Pérez Galdós (novelista y dramaturgo), Ramón Pérez de Ayala (novelista y periodista), Jacinto O. Picón, Antonio Rovira Virgili, Miguel de Unamuno (publicista), Fabián Vidal...

Hay otro apartado de Diputados y ex diputados y Senadores (no se sabe por qué no aparecen los ex senadores. No habría más que germanófilos, quizá...) con nombres importantes: Melquiades Álvarez, Álvaro Albornoz, Gumersindo Azcárate, Augisto Barcia, Roberto Castrovido, Pedro Corominas, Marcelino Domingo, Horacio Echevarrieta, Miguel Moya, Rodrigo Soriano, Pedro Rahola...

«España», 18-1-17

ALS DIPUTATS DE LA MANCOMUNITAT DE CATALUNYA

El President de la Mancomunitat de Catalunya, ambs motiu de possessionar-se del càrrec, ha dirigit a tots els diputats la següent importantíssima al·locució:

Al rebre de vosaltres per altre vegada, en aquests dies de forçada absènsia, la investidura presidencial de la Mancomunitat, he de remerciar en primer terme la confiança en mí posada, de major i més preuada significació venint d'homes de quasi totes les agrupacions polítiques; i he d'agrair després la honor, pels meus sentiments i ideals de tota la vida honor altíssima, de representar, per ministeri dels vostres vots, el poble de Catalunya.

Mes confiança i honor, m'obliguen, en compliment dels deures sagrats que a una i altra sempre acompanyen, a demanar-vos que aixequem el cap amunt, per sobra la nostra feina de cada día, i esguardant cara a cara el moment d'ara, no a dintre el nostre clos familiar tan sols, sinó terres enllà, on s'infanta amb dolors heroics una nova Europa, sapiguem sentir uns i altres tota la responsabilitat: vosaltres de constituir per voler del poble que us ha elegit la Generalitat de Catalunya, i jo la de presidir-la i representar-la.

Aspra i dura era la tasca que vàreu encomanar-nos fa tres anys: constituir un organisme oficial nou, sense medis, sense el concurs simpàtic del poder públic, sense hàbits de govern, sense la base d'estabilitat que dóna a les institucions de govern la independència de les assamblees o l'existència d'un poder moderador. A aquestes dificultats internes va ajuntar-s'hi sobtadament tota una allau de complicacions extraordinàries, nascudes del fet imprevist que va trasbalsar el món quasi totjust iniciada la nostra obra.

Amb el vostre concurs, que mai ens ha faltat, i amb el del poble de Catalunya, que en tots els moments decisius ens ha assistit, hem arribat al terme d'aquest primer període victoriosament: amb medis de no res, malgrat hostilitats i desamors, hem construit un instrument que amb fets, amb actuacions fecundes desenrotllades en circumstàncies ben adverses, amb èxits assenyalats, demostra la seva viabilitat, la seva aptitut per les altes funcions que n'espera Catalunya.

Entrem ara en el segon moment de la vida de la Mancomunitat, en el període de la seva consagració definitiva.

Som a l'hora de resoldre el problema del séu contingut, de les seves atribucions. No hem fet la Mancomunitat per tenir una Diputació més gran, ni per donar a l'ànima catalana un petit còs d'administració subordinada, secundària: una província. Tots, anant més o menys enllà, qui deturant-se aviat, qui veient lluny encara el terme del séu ideal, tots volem per Catalunya un còs d'Estat, tots sentim que la dignitat de la voluntat popular catalana exigeix imperiosament, més o menys accentuades o atenuades, formes d'Estat.

Aquest és el sentit de la reivindicació d'autonomia plantejada pel nostre poble amb el nom de «delegacions de serveis de l'Estat a la Mancomunitat». Per això aspirem a què les funcions avui confiades al poder central, que han d'ésser traspassades a la Mancomunitat, siguin funcions totalment i plenament entregades; que el límit de l'autonomia es posi a l'extensió, al nombre de funcions; però no a la intensitat, no a la plenitut de cada una de les funcions atorgades.

Imposa aquesta solució el nostre sentiment, les tradicions de govern lliure del nostre poble, la experiència històrica dels grans poders fecundes i dels poders eternament híbrids i sobretot el nostre deure de catalans, i de catalans d'ara, contemporanis de la guerra gran, ciutadans d'una Europa trasbalçada en treball de replasmació en tots els ordres, des de les fronteres dels Estats a la organització política i econòmica, a l'e perit de govern, a les orientacions totes de l'activitat estatal.

Les paraules vives —i la de les delegacions ho és pel nostre poble— no són fórmules immòbils com les inscripcions buidades en la duresa rígida dels marbres o dels bronzes, sinó carn i sang del poble que les diu. La paraula viva d'un poble és a cada hora la resultant de les seves forces, i vibra i sona amb totes les vibracions del temps, i creix i s'eixampla segons les corrents de la vida universal.

Quan les Diputacions catalanes varen formular la seva petició d'autonomia refrendada amb el vot quasi unánim de totes les espanyoles reunides a Sevilla, vivíem una hora ben diferent de la hora present. Erem llavors dintre d'una Europa que es pensaba ésser immutable, definitiva. D'una Europa satisfeta d'ella mateixa, contenta de les coses que eren i com eren. Voler canviar res de lo existent semblaba un delicte, o, per la mateixa impossibilitat de reixir, una bogeria. Les petites minories abrusades del desig de reforma, havien, per ésser tolerades, d'amagar l'ideal nou dins de la realitat vella, cercar fórmules, arbitrar combinacions, fer evolucionisme. Les delegacions eren això: un procediment per a mudar la organització unitària d'Espanya servant-ne externament la simetria.

L'Europa d'avui és tota una altra. Es l'Europa de les grans potències retent homenatge des de les altures del séu poder a la llibertad, a l'autonomia de les nacionalitats; la dels preliminars de la federació britànica; la de la Polònia restaurada; l'Europa de les constitucions que cauen, de les utopies menyspreuades que triomfen: una «Europa constituient».

Es amb l'ànima plena d'aquest foc de renovació que des

de Catalunya diem avui a l'Estat la vella paraula. No hi ha perill més gros que la immobilitat:restar aturat és morir. perill més gros que la immobilitat: restar aturat és morir. ordres, avançant-se a les exigències del nou ambient universal, o deixará d'ésser o esdevindrà monjoia humil, mostra d'un passat caigut al marge d'una humanitat fortament trasmudada.

Trasformar-se de cara a l'esdevenidor, és enfortir-se, és créixer, és habilitar-se per tenir el lloc que pertoca. I l'esdevenidor, entre altres característiques ben assenyalades, és universalisme i autonomía. Les al-liances presents i altres que en l'esdevenidor vindran a completar-les, són el pròleg de federacions immenses, que no poden constituir-se ni subsistir sense la plena llibertat interior dels pobles, de les nacionalitats que les integren. Per això avui, ensenyant una vegada més el nexe fondíssim existent entre l'humanitarisme i el nacionalisme veritables, els directors d'aquesta transformació, els que preparen aquesta nova forma d'Estat gues o tres grans lligues o unions, són precisament els que resultant de l'aglutinació de tots els Estats del món en dus'esforcen en aparéixer campions de les llibertats nacionals, de l'autonomia de les nacionalitats, fins de les més petites i resignades.

El desig de Catalunya, aquesta voluntat d'autonomia reiterada en tantes eleccions i plebiscits populars i vots unànims de la vostra Assamblea, coincideix avui amplement, plenament, amb l'interès d'Espanya, que no pot, sense greus perills, deixar de reconstituir-se i renovar radicalment govern i administració i serveis de tota mena; aixicom amb les orientacions dels pobles que manen el món.

Això ha de donar-nos confiança plena de conseguir el nostre objectiu i estimular les nostres energies, per tal d'assolir-lo abans i tot d'arribar al terme de les funcions rebudes de vosaltres.

Sitges, maig de 1917.

ENRIC PRAT DE LA RIBA

Un llamamiento

UNIÓN DEMOCRÁTICA ESPAÑOLA PARA LA LIGA DE LA SOCIEDAD DE NACIONES LIBRES

Españoles:

La paz se alza ya sobre la línea del horizonte, y sus resplandores disipan las sombras, las angustias, las incertidumbres de esta trágica noche de cuatro años en que ha

vivido la conciencia del mundo civilizado. La guerra, la belua, la bestia, está ya dominada por la humanidad civil. Y esta paz que se anuncia no será, como tantas otras paces, una tregua larga o corta, sino el principio de una era en que la guerra, si no queda radicalmente abolida, habrá de ser considerada como una desdicha teratológica e imprevista, no, como hasta ahora, como un fenómeno crónico y casi consuetudinario. Se inicia una nueva época; si no el advenimiento de la más perfecta de las utopías, por lo menos la reorganización del mundo según ideas y prácticas de justicia nunca usadas en ningún otro período. Como hombres, como ciudadanos de la gran comunidad constituida por toda la familia humana, asistimos a este único espectáculo con el alma conturbada de dichosa emoción y bendecimos la feliz contingencia de habernos tocado vivir en estos días insignes.

Pero en medio de nuestro júbilo, nacido de ver a la ley de la fuerza sometida ya a la fuerza de la ley, no podemos olvidar que simultáneamente que ciudadanos del mundo somos ciudadanos de este rincón terrestre que se llama España. Nuestros sentimientos stàn condicionados por nuestra naturaleza de españoles. El grado de nuestra emoción frente a los grandes acontecimientos del mundo se intensifica o debilita según cómo repercuten en nuestro país. ¿Y cómo va a sorprender a nuestra patria el término de este grandioso acaecimiento de la guerra? Como la sorprendió su comienzo, como la ha sorprendido su desarrollo: como una cadena de sucesos que parecen ocurridos, más que en nuestro planeta, en Sirio.

Sin embargo, bueno es advertir que no toda España, ni la más importante, ha participado de esa insensibilidad que, más propia que de criaturas humanas, es de seres inferiores de la escala zoológica. Hay una fracción del pueblo español que siente una fervorosa solidaridad espiritual con el resto de los pueblos civilizados. No sabemos si es la más numerosa; pero, desde luego, es la más inteligente, la más sensible, la mejor dotada de sentido histórico. Esa porción de España, más considerable de lo que sugieren las apariencias, no quiere que se la confunda con la otra España pétrea e insolidaria y aspira a que en los futuros consejos de las naciones libres se tenga en consideración su espíritu de comunidad con el mundo civilizado. Esa parte de España quiere que la España total deje de ser lo que ha sido durante los últimos siglos, una aldea europea, para convertirse en una nación digna de colaborar, con personalidad propia, en el nuevo orden del mundo. Ese fragmento de España preten-

de que España, como pueblo, renuncie a ser siervo, parásito o enemigo ideal de los pueblos más creadores y más justos, y que se transforme en entidad autónoma, fecunda y abierta a la cultura universal. Esta es la primera razón para constituir en España una sección de la Liga de la Sociedad de las Naciones Libres: la necesidad de que entre la España sedienta de vida universal y el resto del mundo quede tendido, sobre la España letárgica o retrógrada, un puente por donde sea posible el contacto con los grandes valores humanos.

Hay una segunda razón, tal vez la más urgente, para organizar en nuestro país una rama, extensa y vivaz, de la Liga de la Sociedad de Naciones. Queramos o no queramos, la sacudida espiritual que está conmoviendo las bases del mundo ha de prolongar sus temblores hasta España. Toda nuestra pasividad no ha de poder paralizarla. Estamos dentro del perímetro de una furiosa tempestad histórica y es inútil que pretendamos recoger nuestra vela y tendernos a dormir. Es, al contrario, el momento de erguirnos todos vigilantes y activos y de gobernar enérgicamente el timón. Pero ¿dónde está la guardia? Los viejos partidos se disuelven como una sustancia agotada y pútrida. Otros no están preparados aún para esta imperativa necesidad de salvamento. Los órganos públicos de la vida española son, en todo caso, pocos y escasamente vitales. No será, pues, superfluo que se cree un nuevo órgano que, además de enlazarnos con la humanidad civilizada, recoja y encauce el tumultuoso y fecundo oleaje que la tormenta arroje sobre nosotros. La sección española de la Liga de la Sociedad de Naciones Libres puede ser un vehículo para transportar al mundo nuestros anhelos, y una turbina para transformar provechosamente la elemental energía que el mundo despida sobre nosotros.

Pero el fin último de la sección española de la Liga de la Sociedad de Naciones Libres habrá de ser la incorporación de España a esa comunidad de pueblos que ya se está gestando, que ya está en la conciencia del mundo entero y que pronto será un código escrito. La Sociedad de Naciones tiene un fin capital: poner término a las guerras, como razón última de los conflictos internacionales, mediante un Tribunal supremo de pueblos, y reducir, por consecuencia, los armamentos de tal suerte que sólo representen la fuerza requerida para fines de policía interior y exterior. No hay pueblo a quien no convenga la abolición de las guerras, porque ninguno es tan fuerte y tan rico que pueda lanzarse a una de estas catástrofes humanas sin salir de ella debili-

tado, empobrecido, desangrado y deshecho para muchos. No hay pueblo que no se beneficie de la disminución de armamentos, de la abolición de ese bárbaro régimen de la paz armada anterior a 1914, porque ya se ha visto que no evita la guerra y ya se sabe que es insoportablemente oneroso para la riqueza pública. Pero quien más ganaría con la abolición de las guerras son los pueblos débiles, como España, porque su flaqueza es una tentación para los fuertes y un peligro para su integridad e independencia. Y nadie saldría tampoco más favorecido con una reducción universal de armamentos, porque nadie necesita tanto como un pueblo desorganizado y pobre consagrar a su reconstitución y engrandecimiento toda esa riqueza dilapidada en la conservación de una fuerza militar poco menos que inútil, después de todo, para su seguridad exterior. Por otra parte, la Sociedad de Naciones intervendrá seguramente en la relación económica de los pueblos, favorecerá a los que se acojan a sus estatutos y perjudicará a los que, ignorantes o torpes, prefieran una suicida existencia de aislamiento. La sección española de la Liga de la Sociedad de las Naciones Libres trabajará porque España no quede excluida de los beneficios de ese organismo supernacional.

Mas no basta que España quiera formar parte de la futura Sociedad de Naciones. Esa Sociedad estará compuesta solamente de democracias, es es, de comunidades humanas gobernadas por poderes responsables ante el pueblo soberano. Sólo así podrá asegurarse su perfecto funcionamiento, concluir acuerdos y esperar que se cumplan. La ingerencia de un poder arbitrario e irresponsable ante el pueblo perturbaría la totalidad del organismo y tal vez lo paralizara. De ahí que sea condición indispensable para pertenecer a la Sociedad de Naciones un inequívoco régimen de democracia. ¿Goza España de un régimen así? Nosotros afirmamos rotundamente que no. Nosotros sostenemos que para que España pueda formar parte de la Sociedad de Naciones debe democratizarse y desaparecer todo poder arbitrario de la gobernación del Estado español. La democratización de España habría de ser, por lo tanto, otra de las tareas de la sección española de la Liga de la Sociedad de Naciones Libres.

Estos son los fines que nos guían al invitar al pueblo español a organizarse en una sección española de la Liga de la Sociedad de Naciones Libres, fundada en Inglaterra por los hombres más ilustres en los dominios de la ciencia, de las letras, las artes y la política, y extendida después al resto de los pueblos civilizados. En esta organización cabe

todo hombre que sea liberal y demócrata, independientemente de que esté afiliado a cualquier partido o a ninguno. Del mismo modo que, en lo exterior, esta organización tiene fines supernacionales, en lo interior puede ser una agrupación superpartidista. Siendo su propósito esencial la radical democratización de España para que no quede fuera de la futura comunidad de democracias, denominamos a este organismo Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres. Cuando, por necesaria brevedad, se diga Unión Democrática Española, debe considerarse como sobreentendido el resto.

Españoles: ha llegado la hora de demostrar que somos dignos de pertenecer como pueblo y como Estado, a una comunidad de democracias civilizadas, y que no queremos seguir viviendo aislados de los dolores y esperanzas del mundo ni regidos por poderes irresponsables ante la única soberanía del pueblo.

Españoles: adheríos a la Unión Democrática Española.

Miguel de Unamuno, Luis Simarro, Manuel B. Cossío, Adolfo A. Buylla, Luis Hoyos Sainz, Gregorio Marañón, Gustavo Pittaluga, Manuel Azaña, Juan Madinaveitia, Luis de Zulueta, Ramón Menéndez Pidal, Álvaro de Albornoz, Emilio Menéndez Pallarés, Luis Bello, Américo de Castro, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Pedroso, Manuel Núñez de Arenas, Luis G. Bilbao, Luis Araquistáin.

Los que suscriben, amantes
y cultivadores de las ciencias
y las artes, afirmando
la neutralidad del Estado
Español, se complacen en
manifestar la más rendida
admiración y simpatía por
la grandeza del pueblo germánico,
cuyos intereses son
perfectamente armónicos con
los de España, así como
también su profundo reconoci-
miento a la magnificencia
de la cultura alemana y su
poderosa contribución para
el progreso del mundo.

Germanófilos de Barcelona, 15 de octubre de 1916.

Catedráticos: José M. Trías de Bes, Gonzalo del Castillo, Esteban Terradas.

Doctores y Licenciados: Jordi Rubio, Pedro Bosch Gimpera, Joaquín Valcells, Manuel de Montoliu, Eusebio Altisench, Costa y Deu, Rafael Moragas.

...y de Madrid

Catedráticos: J. Clemente de Diego, Luis Menéndez Pidal, Aniceto Marinas, J. Rey Pastor, Bonilla San Martín, Marceliano Santa María, Vicente Gay, Antonio Goicoechea, Julio Palacios, José Castán Tobeñas.

Doctores y Licenciados: Francisco Rodríguez Marín

Escritores y Periodistas: Jacinto Benavente, José Juan Cadenas, Jorge y José de la Cueva, Julián Juderías, José Calvo Sotelo, Julio Casares, Federico de Oteyza, Luis Antón de Olmet, Sinesio Delgado, Carlos Arniches, M. Daranas, «Julio Romano», Angel Herrera Oria, L. Delgado Barreto, Rafael López de Haro, José María Cerretero (El caballero audaz), Luciano de Taxonera, José María Salaverría, Federico Oliver.

Artistas: Fernando Fresno, Fernando Labrada, F. López Rubio, Martínez Cubells, Muñoz Degrain.

Abogados: Luis Jiménez de Azúa, Antonio Villacieros, Juan Vázquez de Mella, Luis de Galinsoga, Pedro Muñoz Seca.

Estudiantes: Enrique Herrero, Edgar Neville de Romrée, Dámaso Alonso, Carlos Arniches, Leopoldo Calvo Sotelo.

Otras obras de Fernando Díaz-Plaja

Documentación: La historia de España en sus documentos: El siglo XVI. Madrid, 1958. El siglo 1954. «La España política del siglo XX». Edición ilustrada. 4 vols. Barcelona, 1972. (Edición popular, Barcelona, 1968-72.) «Historia documental de España desde los orígenes hasta hoy». Madrid, 1973. «La historia de España contada por los poetas». Barcelona, 1971.
«Teatro español de hoy». 1939-1966, Madrid, 1967. «Antología del romanticismo español». 2.ª ed., Nueva York, 1968.

Biografía: «Teresa Cabarrus. Una española en la Revolución Francesa», 3.ª ed., Barcelona, 1969. «Guzmán el malo». Barcelona, 1963. «Cervantes, la desdichada vida de un triunfador». Barcelona, 1969.

Costumbres: «La vida española en el siglo XVIII» (agotada). «La vida española en el siglo XIX». 2ª ed., Madrid, 1969. «La sociedad española desde los orígenes hasta nuestros días». Ed. ilustrada. Barcelona, 1972 (Ed. popular, Barcelona, 1972.)

Interpretación: «Griegos y romanos en la Revolución Francesa». Madrid, 1960 (agotado). «España. Años decisivos. 1917». 2.ª ed., Barcelona, 1970. «1909». Barcelona, 1970. «1931». Barcelona, 1970. «Otra historia de España». 9.ª ed., Barcelona, 1973. (Ed. popular, 1973.)

Imaginación: «Cuentos crueles». 2.ª ed., Madrid, 1972. «A Roma por todos los caminos» (novela). Barcelona, 1973.

Observación:

«La vida norteamericana». Madrid, 1955. «El español y los siete pecados capitales». Madrid, 1973 (15.ª ed.). Trad. inglesa: Nueva York, 1967 y Londres, 1968. Al alemán: Berna, 1969. «Los siete pecados capitales en los EE. UU.». Madrid, 1970 (6.ª ed.). «El francés y los siete pecados capitales». Madrid, 1971 (5.ª ed.). «El italiano y los siete pecados capitales». Madrid, 1971 (3.ª ed.). «La Europa de Lenin». Barcelona, 1971 (3.ª ed.). «Manual del imperfecto viajero». Barcelona, 1973 (2.ª ed.). «El mundo de colores». Barcelona, 1973 (2.ª ed.).

Traducción:

Teatro. Del francés: «La reina muerta de Montherlant», «Ondina», «No habrá guerra de Troya» y «Anfitrión 38», de Giraudo. Del alemán: «La visita de la vieja dama», de Durrenmatt. Del inglés: «Macbeth», de Shakespeare. Del italiano: «Nápoles millonaria», de De Filippo. Ediciones col. teatral Escelicer, Madrid, 1958-68.

ÍNDICE

Prólogo 9

I. NEUTRALES... SIMPATIZANTES... INTERVENCIONISTAS 13

II. CATALUÑA ANTE LA GUERRA 75

III. VISIÓN PARCIAL DE ALEMANIA 89

VI. LA VIOLENCIA, LA BAABARIE ALEMANA . 115

V. GERMANÓFILOS, ERGO, RECCIONARIOS, FRANCÓFILOS, LUEGO, IZQUIERDISTAS . . 171

VI. EL ALEMÁN Y LA CULTURA 193

VII. EUGENIO D'ORS, UN EUROPEO ACUSADO DE GERMANÓFILO 217

VIII. FRANCIA... SUS VIRTUDES... SUS DEFECTOS 231

IX. INGLATERRA (La serenidad, la libertad, la democracia) 265

X. RUSIA ¿Una autocracia en ayuda de la libertad? 299

XI. LOS ESTADOS UNIDOS (Demócratas, imperialistas, generosos, codiciosos, etc. ect.) . . . 317

XII. LAMENTACIÓN POÉTICA POR LA GUERRA... 325

XIII. MANIFIESTO GERMANÓFILO 339

XVI. OTRAS OBRAS DE FERNANDO DÍAZ-PLAJA 365

WESTFIELD UNIV. LONDON COLLEGE

WITHDRAWN
FROM STOCK
QMUL LIBRARY

Library, Westfield College (University of London)
Kidderpore Avenue London NW3

Date for return